

María de los Ángeles González Briz

El *Quijote*
en Uruguay:
mito y
apropiaciones

EL *QUIJOTE* EN URUGUAY:
MITO Y APROPIACIONES

María de los Ángeles González Briz

EL *QUIJOTE* EN URUGUAY:
MITO Y APROPIACIONES

La publicación de este libro fue realizada con el apoyo de la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC) de la Universidad de la República.

Los libros publicados en la presente colección han sido evaluados por académicos de reconocida trayectoria en las temáticas respectivas.

La Subcomisión de Apoyo a Publicaciones de la CSIC, integrada por Alejandra López, Luis Bértola, Carlos Demasi, Fernando Miranda y Andrés Mazzini ha sido la encargada de recomendar los evaluadores para la convocatoria 2015.

© María de los Ángeles González Briz, 2015
© Universidad de la República, 2017

Ediciones Universitarias,
Unidad de Comunicación de la Universidad de la República (UCUR)

18 de Julio 1824 (Facultad de Derecho, subsuelo Eduardo Acevedo)
Montevideo, CP 11200, Uruguay
Tels.: (+598) 2408 5714 - (+598) 2408 2906
Telefax: (+598) 2409 7720
Correo electrónico: <infoed@edic.edu.uy>
<www.universidad.edu.uy/bibliotecas/>

ISBN: 978-9974-0-1468-8

CONTENIDO

PRESENTACIÓN DE LA COLECCIÓN BIBLIOTECA PLURAL. <i>Roberto Markarian</i>	9
AGRADECIMIENTOS.....	13
PARTE I	
INTRODUCCIÓN Y DELIMITACIÓN DE LA CUESTIÓN.....	15
Objetivos, herramientas de análisis y organización de los contenidos.....	22
PARTE II	
LA RECEPCIÓN AMERICANA Y LA CONSTITUCIÓN DEL <i>MITO QUIJOTESCO</i>	29
Capítulo 1. Los contactos culturales entre Uruguay y España: ¿por qué el <i>Quijote</i> ?.....	31
Capítulo 2. El Quijote como símbolo nacional.....	59
Parte III	
CENTENARIOS CERVANTINOS EN URUGUAY (SIGLO XX).....	99
Capítulo 1. Celebrar el centenario: ¿un imperialismo más?.....	101
Capítulo 2. Recuperación del <i>Quijote</i> : los primeros centenarios.....	139
Capítulo 3. El <i>Quijote</i> en el exilio	195
Capítulo 4. Cervantes escindido: la arena política y el campo intelectual	227
Parte IV	
LA RECEPCIÓN DEL <i>QUIJOTE</i> EN LA FICCIÓN.....	263
Capítulo 1. Huellas de Cervantes en ficciones conjeturales, testimonio y novela.....	265
Parte V	
INSCRIPCIONES DE ENTRESIGLOS: IDENTIFICACIONES, REPETICIONES Y DIFERENCIAS	289
BIBLIOGRAFÍA.....	295

Presentación de la Colección Biblioteca Plural

La Universidad de la República (Udelar) es una institución compleja, que ha tenido un gran crecimiento y cambios profundos en las últimas décadas. En su seno no hay asuntos aislados ni independientes: su rico entramado obliga a verla como un todo en equilibrio.

La necesidad de cambios que se reclaman y nos reclamamos permanentemente no puede negar ni puede prescindir de los muchos aspectos positivos que por su historia, su accionar y sus resultados, la Udelar tiene a nivel nacional, regional e internacional. Esos logros son de orden institucional, ético, compromiso social, académico y es, justamente, a partir de ellos y de la inteligencia y voluntad de los universitarios que se debe impulsar la transformación.

La Udelar es hoy una institución de gran tamaño (presupuesto anual de más de cuatrocientos millones de dólares, cien mil estudiantes, cerca de diez mil puestos docentes, cerca de cinco mil egresados por año) y en extremo heterogénea. No es posible adjudicar debilidades y fortalezas a sus servicios académicos por igual.

En las últimas décadas se han dado cambios muy importantes: nuevas facultades y carreras, multiplicación de los posgrados y formaciones terciarias, un desarrollo impetuoso fuera del área metropolitana, un desarrollo importante de la investigación y de los vínculos de la extensión con la enseñanza, proyectos muy variados y exitosos con diversos organismos públicos, participación activa en las formas existentes de coordinación con el resto del sistema educativo. Es natural que en una institución tan grande y compleja se generen visiones contrapuestas y sea vista por muchos como una estructura que es renuente a los cambios y que, por tanto, cambia muy poco.

Por ello es necesario:

- a. Generar condiciones para incrementar la confianza en la seriedad y las virtudes de la institución, en particular mediante el firme apoyo a la creación de conocimiento avanzado y la enseñanza de calidad y la plena autonomía de los poderes políticos.
- b. Tomar en cuenta las necesidades sociales y productivas al concebir las formaciones terciarias y superiores y buscar para ellas soluciones superadoras que reconozcan que la Udelar no es ni debe ser la única institución a cargo de ellas.
- c. Buscar nuevas formas de participación democrática, del irrestricto ejercicio de la crítica y la autocrítica y del libre funcionamiento gremial.

El anterior rector, Rodrigo Arocena, en la presentación de esta colección, incluyó las siguientes palabras que comparto enteramente y que complementan adecuadamente esta presentación de la colección Biblioteca Plural de la

Comisión Sectorial de Investigación Científica (csic), en la que se publican trabajos de muy diversa índole y finalidades:

La Universidad de la República promueve la investigación en el conjunto de las tecnologías, las ciencias, las humanidades y las artes. Contribuye, así, a la creación de cultura; esta se manifiesta en la vocación por conocer, hacer y expresarse de maneras nuevas y variadas, cultivando a la vez la originalidad, la tenacidad y el respeto por la diversidad; ello caracteriza a la investigación —a la mejor investigación— que es, pues, una de la grandes manifestaciones de la creatividad humana.

Investigación de creciente calidad en todos los campos, ligada a la expansión de la cultura, la mejora de la enseñanza y el uso socialmente útil del conocimiento: todo ello exige pluralismo. Bien escogido está el título de la colección a la que este libro hace su aporte.

Roberto Markarian

Rector de la Universidad de la República

Mayo, 2015

*A mis abuelos, por su ejemplo de trabajo,
sencillez y dignidad.*

*A mis padres, por sus altas y arriesgadas apuestas
en el vivir y en el educar.*

*A Antonio, Elena y Mario, los más grandes
e indeclinables amores, y a quienes pronto
nos seguirán en esta cadena de entusiasmos.*

Agradecimientos

A todos aquellos que me han acercado documentos o proporcionado datos y aportado testimonios inhallables en las bibliotecas, especialmente a Diego González Gadea y a Santiago Viturera por sus desinteresados aportes.

A Ana Briz, por su amoroso, dedicado y siempre certero auxilio en las búsquedas bibliográficas en la Biblioteca Nacional.

A Eleonora Basso, por su invaluable magisterio, sus lecturas y sus comentarios, siempre inesperados y reveladores.

A Juan Diego Vila, en primer lugar, por su confianza, y, en segundo lugar, por su dirección de tesis doctoral, que me obligó a pensar en cada caso más allá del límite del que me creía capaz.

A los chicos del Grupo de Estudios Cervantinos, a Fernando Ordóñez y a los estudiantes del seminario de grado de 2016, por las charlas y los diálogos sobre el *Quijote*.

A Pablo Bonilla y a Renzo Queirolo, por todo lo que nos han dejado.

Parte I

INTRODUCCIÓN Y DELIMITACIÓN
DE LA CUESTIÓN

El presente trabajo pretende sostener que la recepción del *Quijote* en la cultura uruguaya del siglo xx se desarrolla en estrecha relación simbólica con la promoción de una identidad nacional —constructo inestable que se manifiesta sobre todo como aspiración— vinculada en este caso a la cultura hispánica o con causas políticas que se han advertido como minoritarias o en declive, y constituyéndose en un *mito quijotesco* de clara funcionalidad política. Desde los comienzos del siglo xx, se desenvuelve la idea de don Quijote como mito que representa y explica la pertenencia cultural a la matriz hispánica, identificándose a veces, además, con alguna forma de idealismo altruista destinado al fracaso o al conflicto con los valores dominantes.

Esa interpretación y la consiguiente utilización mítica de don Quijote, presentes ya en los escritores uruguayos más representativos de 1900, corren en distintos momentos del siglo con variaciones acordes a las circunstancias, emergiendo en contextos conflictivos o en discursos políticos concretos, prácticamente hasta el presente. Al margen de esas manifestaciones, o solapándose a ellas, se irán consolidando lentamente en el país durante el período, por un lado, un campo de crítica literaria profesional que se ocupa, en algunos casos, de la obra de Cervantes, y por otro, creaciones literarias (en particular, novelas) en las que pueden reconocerse técnicas y procedimientos cervantinos, aun sin una referencia explícita al modelo y sin dependencia directa de su influencia. Este trabajo sustenta un recorrido posible por las distintas manifestaciones que produjo la recepción del *Quijote* durante el siglo xx, una clasificación de sus formas, modos y propósitos y una valoración de los efectos en el campo cultural.

Consideraciones previas

Observando panorámicamente las expresiones literarias ocurridas en Uruguay durante el siglo xx que se relacionan de un modo u otro con la obra de Cervantes, y en especial con el *Quijote*, puede establecerse, en términos generales, una primera clasificación que orientará el desarrollo de este trabajo.

En primer término, pueden distinguirse textos de ficción (poesías, novelas, cuentos, microrrelatos) inspirados directa o indirectamente en la obra de Cervantes.

En segundo término, pueden reconocerse los textos críticos que, inscriptos en muy diversos marcos, aspiran a explicar aspectos de la obra y contribuyen a su difusión o interpretación (notas en la prensa de divulgación masiva, artículos en revistas literarias o culturales, libros de ensayos y, en menor medida, acercamientos de tipo académico).

En el rastreo de estas manifestaciones, se fue imponiendo la existencia de una tercera categoría que no se ajusta rigurosamente a los propósitos que parecerían tener las dos categorías señaladas antes. Se trata de textos que invocan algún aspecto del personaje don Quijote, o de la fábula contenida en el *Quijote*, o hasta de la vida de Cervantes, para un uso persuasivo, en cuyos casos se conectan ciertas representaciones simbólicas con determinados valores que el productor

del discurso aspira a promover, generalmente en nombre de un grupo o una comunidad. En estos textos, predominan las asociaciones de don Quijote con actitudes que tienen alcances políticos en determinados contextos históricos. Se alude a cierto tipo de *representaciones*¹ y, más específicamente, a lo que llamaremos *representaciones míticas*: manifestaciones que no necesariamente dialogan con la obra cervantina —o lo hacen de manera parcial—, sino que se apoyan en el mito quijotesco gestado durante los últimos dos siglos, por lo menos, utilizando apenas un préstamo funcional a una utilización política o ideológica más o menos circunstancial.

En el correr de la investigación que dio lugar a este libro, se hizo notorio que los textos con posibilidades de llegada a públicos más masivos (publicados en periódicos y revistas, por ejemplo) o con un interés divulgativo amplio recurren, con mayor frecuencia, al uso del *mito quijotesco* con implicancias políticas o ideológicas, buscando la identificación de don Quijote en particular (y, eventualmente, del autor) con rasgos identitarios convencionalmente asociados a la cultura hispánica y aun a las llamadas *raza española* o *raza latina*, conceptos y términos utilizados de forma recurrente, como se verá, entre la segunda mitad del siglo XIX y mediados del XX, por lo menos (Ardao, 1980; Teillet, 2000).

Las oportunidades de los centenarios de publicación de las obras, nacimiento o muerte del autor generaron una concentración de textos dedicados a Cervantes y al *Quijote*, conforme a una práctica creciente a partir del siglo XIX que aprovechó estas circunstancias atadas al fetichismo de los ceros y las cifras exactas que aseguraban una larga perdurabilidad (50 años, 100 años, etcétera) y se enlazaban, a su vez, con el encumbramiento de *escritores nacionales*, los cuales se consideraron, de acuerdo a las perspectivas decimonónicas, representativos de valores abstractos, reunidos bajo conceptos tales como el *espíritu de la nación* o el *carácter de los pueblos*. La celebración del centenario se fue configurando, en el desarrollo de esta investigación, como un dispositivo de acción o intervención cultural, que resultó una oportunidad de visibilidad social y toma de posiciones

1 El término *representación* arrastra una larga historia teórica en el campo de las ciencias sociales. Cabría aclarar que, cuando hablamos de «representaciones sociales», tomamos el concepto en un sentido muy general de posición ante un objeto, que implica una actitud y, a la vez, una forma de cognición de este, según lo definió originariamente Serge Moscovici. La representación le compete, desde ese ángulo, al conocimiento que provee el sentido común, lugar intermedio entre el conocimiento científico y la ideología, y que se asocia, por lo general, a una imagen sensorial: «Cuando nos interesamos en las cuestiones simbólicas y fabricadas, lo que aparece en primer plano es una representación» (Moscovici y Marková, 2003: 120). Además, las representaciones pueden funcionar como mecanismo de presentación y persuasión de un grupo social, vinculado a expresiones de poder, y, en ese sentido, es útil también el uso que le da Roger Chartier, en tanto «formas institucionalizadas y objetivadas gracias a las cuales los representantes (instancias colectivas o individuos singulares) marcan en forma visible y perpetuada la existencia del grupo, de la comunidad o de la clase» (Chartier, 1992: 55). Sobre este uso del concepto de representación, bajo la forma del dispositivo cultural, volveremos en «Celebrar el centenario: ¿un imperialismo más?», CENTENARIOS CERVANTINOS EN URUGUAY (SIGLO XX).

de los responsables de los actos y discursos, así como una forma de incidencia en la orientación del gusto y de las opiniones del público, bajo el amparo de la gran figura, la del autor homenajeado, y de modelado de una sensibilidad nacionalista o, al menos, alineada en una comunidad espiritual (ya sea hispánica, latina o ya se tratara de una facción política o ideológica determinada). El primer centenario de Cervantes celebrado masivamente en los países de habla hispana fue el de 1905, pero, en este trabajo, se relevarán también otros textos que responden a esos dispositivos del centenario, publicados en Uruguay en ocasión de las efemérides de 1915 y 1916 (trescientos años de la publicación de la segunda parte del *Quijote* y de la muerte de Cervantes respectivamente), de 1947 (cuatrocientos años del nacimiento de Cervantes) y de 1955 (trescientos cincuenta de la publicación de la primera parte).

A su vez, los textos que entran en la primera categoría señalada (genéricamente clasificables como ficciones) permiten reconocer distinciones importantes entre ellos, como homenajes, reescrituras² u otros textos de ficción que pueden considerarse inspirados indirectamente en Cervantes, rasgo común a toda la novela moderna, ya sean guiños deliberados al *Quijote* como obra fundacional del género, ya sean recursos aprendidos de ella o bien prácticas cervantinas que han sido incorporadas al acervo acumulado por la tradición.

Harry Levin afirma que

ningún libro ha corrido suerte más espectacular [que el *Quijote*]. Como asumió un puesto tan destacado en el canon de los clásicos europeos y se encontró tan cerca de los orígenes de la novela, estaba destinado a figurar en la formación de casi todos los demás novelistas (Levin, 1973: 388).

Para distinguir los grados de influencia que ha suscitado, Levin propone una diferenciación entre *imitadores* y *emuladores*, en relación con la actitud frente al modelo literario cervantino. Considera emuladores a aquellos escritores que, «no contentos con explotar [los descubrimientos de Cervantes], se apresuraron a adelantarse», continuando, renovando y profundizando sus técnicas y hallazgos (Levin, 1973: 379).

Por su parte, James A. Parr ha afirmado que el *Quijote* «anuncia simultáneamente la novela realista, la autoconsciente y la posmoderna del momento actual» (cit. en Paz Gago, 1995: 113),³ según lo cual casi cualquier novela moderna

2 Podemos partir de un concepto básico de reescritura, proporcionado por Dafne Solá Parera: «Una obra que podemos calificar de “reescritura” es aquella que surge de la voluntad autorial de escribir a partir de un texto legado por la tradición literaria e inscrito en ella; expresado de otra manera, es aquella obra que se erige como derivativa, de tal forma que su entidad depende, en parte, de sus vínculos con la obra madre, con la que establecerá una sugerente relación dialógica» (Solá Parera, 2005: 3). La autora propone, además, en sus tesis, múltiples variantes de reescrituras y ofrece clasificaciones y orientaciones bibliográficas.

3 Es sabido que, al incluir en la novela la crítica a los libros idealistas de caballería (además de hacer coexistir en el texto la crítica o contraposición de otros muchos discursos literarios), Cervantes inaugura una forma literaria dialógica que integra diversidad de mundos ficcionales, sometidos a una elaboración consciente y crítica que prefigura la novela moderna en

permitiría la operación crítica de buscar en ella filiaciones cervantinas, lo que también sería aplicable, por supuesto, a la literatura uruguaya.⁴

Según Parr, esta amplia filiación cervantina se reacomodó en el siglo XIX a las aspiraciones románticas y luego a la impronta realista dominante, y se readaptó a las corrientes de pensamiento de la segunda mitad del siglo XX, que privilegiaron la tendencia a la metaliteratura,⁵ la difuminación de los límites entre ficción y realidad, la polifonía de narradores y voces autoriales, la poca fiabilidad del relato o debilidad de las fuentes de credibilidad, así como la base anecdótica del protagonista lector que se involucra enfermizamente en las ficciones leídas y vive vicariamente a través de la literatura (nueva versión del escapismo romántico, señalado de otro modo por Levin), entre otros procedimientos que, aunque enraizados en otro marco cultural y filosófico, ensayó Cervantes.⁶

Levin señala también algunos rasgos de lo que llama el «principio quijotesco», en el que puede encontrarse la verdadera materia emulada. Estos son, a saber, la lectura como forma de fe y la orientación libresca de la vida de un personaje literario —origen de lo que Ernest Renan denominó el «*morbus litterarius*»—; la mezcla de estilos elevado y llano que proporcionó la base textual para el realismo; la noble lucha por las causas perdidas (que el Romanticismo

sus expresiones romántica, realista, vanguardista, experimental y hasta posmoderna, que irán asumiendo y reivindicando, sucesivamente, distintos aspectos de la creación cervantina.

- 4 Con anterioridad, me he dedicado especialmente a buscar o deducir las posibles huellas de Cervantes y el *Quijote* en la obra de Juan Carlos Onetti (González Briz, 2013; 2015).
- 5 Si bien se suele señalar la tendencia al comentario metaliterario como una característica de la novela del siglo XX que admite una filiación cervantina, debe reconocerse un caso excepcional en la narrativa latinoamericana del siglo XIX, que anticipa estos intereses. Es el caso de Joaquim Machado de Assis, a quien Carlos Fuentes señaló como el único novelista latinoamericano del siglo XIX inscripto en lo que llama «la tradición de la Mancha», cuando el contexto continental era hispanófilo y los novelistas estaban muy lejos de esas prácticas narrativas (Da Costa Vieira, 2005: 30).
- 6 En los aspectos temáticos, se considera, además, que el *Quijote* inaugura la novela moderna, entre otras cosas, por la consolidación de una «épica de lo cotidiano», la trabazón de los episodios y, quizás, hasta por su ambición de «saturación del mundo», según lo desarrolló la expresión decimonónica, así como por el «dialogismo» y la desautorización de la voz autorial de la que dieron cuenta, en principio, Erich Auerbach y Mijaíl Bajtín (Martín Morán, 2007). Uno de los aspectos que más vincula el *Quijote* con una línea de la novelística contemporánea —y que estudié particularmente en la obra de Onetti (González Briz, 2013; 2015)— es la metatextualidad. Si bien advierte José Manuel Martín Morán que «en la literatura española ya existían precedentes de obras que se contienen a sí mismas, o que hablan de sí mismas: *Las cantigas de Santa María*, *El libro de buen amor*, *La lozana andaluza*, [...] en el *Quijote* la autoconsciencia del texto, al combinarse con la desautorización del narrador, lleva a exponer la crítica del relato, sus defectos de estructuración, su falta de autoridad y credibilidad, y a partir de ahí a la instauración de un nuevo contrato con el lector, en el que está implícito el reconocimiento de la falsedad de lo narrado, ya sin máscara pseudohistórica, pero también sin la máscara de la verosimilitud, pues el autor renuncia también a la búsqueda del universal subyacente en lo real. La nueva propuesta contamina el texto de la fuerza de veridicidad de las cosas del mundo, al hacer que el protagonista del libro esté al mismo nivel que este y sus lectores» (Martín Morán, 2007: 222).

adicionó a don Quijote); la ironía tragicómica del conflicto entre la vida y la imaginación; la desacreditación del propio medio verbal utilizado, y aun de la novela como medio de construcción de la propia novela, y la confrontación de una idea fija —idea dominante o ideología— con una experiencia más plena, que provoca un efecto de «desinflamamiento» o desengaño que desembocará, para el protagonista novelesco, en un mejor conocimiento de sí mismo (Levin, 1973: 377-396).

A su vez, para Javier Pardo, el mito de don Quijote consiste, precisamente, en un «patrón narrativo cuyo origen último puede remontarse de forma inequívoca al *Quijote*, pero que no implica la reproducción literal de la identidad del personaje cervantino o de las aventuras en que se ve inmerso» (Pardo, 2011: 237). El carácter mítico del personaje y su éxito en la posteridad de las creaciones artísticas y literarias se basaría

no tanto en la duplicación como en el símil, no [solo] en su repetición literal con nuevos rasgos y en nuevos contextos, sino en su desplazamiento metafórico. El mito de don Quijote se identifica en personajes cuyas características, comportamiento y peripecias son quijotescos por analogía con el de Cervantes (Pardo, 2011: 238).⁷

En esta investigación, nos hemos ocupado, en la categoría dedicada en particular a los textos de ficción, de los casos de las recreaciones, continuaciones y reapariciones más notorias de los personajes de Cervantes en publicaciones uruguayas durante el siglo xx, así como de otras pocas ficciones que aprovechan temáticamente aspectos de la novela, de la vida del autor, de la historia del libro o de su lectura. En el transcurso de esta, se pudo constatar, a su vez, que las categorías o los tipos de textos que surgieron de una primera clasificación solapan, en muchos casos, sus características, haciéndose difícil una separación tajante. Así, por ejemplo, muchos relatos ficcionales hacen uso del tópico de la reescritura o continúan las aventuras de don Quijote, mientras que, al mismo tiempo, pueden considerarse *representaciones míticas*, con un propósito persuasivo de corte ideológico o político, como se verá.

También ocurre que en algunos artículos o estudios de corte académico o erudito se cuelan opiniones y sugerencias atadas a las circunstancias políticas más concretas, que dan lugar a versiones enmascaradas del *mito quijotesco*.⁸

Además de esto, se ha encontrado, como resultado inesperado de esta búsqueda, que algunas novelas uruguayas de fines de siglo xx y comienzos del XXI vuelven a dejar en evidencia —mediante la trama argumental y la composición de sus personajes, por ejemplo— tensiones, asimetrías y hasta resentimientos

7 A la hora de estudiar el mito quijotesco en la cinematografía, Pardo agrega que «la recurrencia no es solo de un tipo de personaje, sino de un argumento asociado a él, por eso es más adecuado hablar de mito que de tipo» (Pardo, 2011: 238).

8 Respecto a la impregnación de opiniones derivadas de campos extraliterarios en la crítica académica cervantina, Anthony Close ha trabajado extensamente en el desarrollo del concepto de «crítica romántica» (Close, 2005).

respecto a la compleja relación cultural con España. En estos casos, España aparece en el horizonte simbólico como lugar de origen de generaciones de inmigrantes insertos desde hace décadas en la cultura uruguaya y completamente asimilados, pero cuyos descendientes aún no han elaborado completamente la ruptura traumática, que emerge en la literatura por medio de esas tensiones. En algún caso, un siglo después de las primeras referencias significativas, vuelve a aparecer la figura de don Quijote como nexo simbólico entre dos culturas emparentadas, haciéndose eco de la necesidad de señalar cercanías y diferencias. El ejemplo más elocuente y amable de esa ansiedad de origen y reafirmación filial aparece en la reescritura o continuación de un *Quijote* uruguayo por parte de Marcelo Estefanell.⁹ Un posible corolario de estas apariciones remite al *mito quijotesco* como una de las expresiones más visibles de las relaciones culturales y simbólicas entre Uruguay y España, de acuerdo a las variaciones registradas en la literatura uruguaya del último siglo.

Objetivos, herramientas de análisis y organización de los contenidos

El primer objetivo de este libro es historiar la recepción del *Quijote* en Uruguay durante el siglo xx. Para esto, se hace imprescindible distinguir distintos tipos de recepción, de acuerdo a las características de los discursos que registran una presencia del texto cervantino,¹⁰ estableciendo diferencias por períodos, intentando discernir propósitos y efectos, lenguajes y recursos expresivos, así como las relaciones posibles con la serie literaria y con la serie social.¹¹

9 Especialmente en Estefanell, 2004. Las obras cervantinas de Estefanell y la consideración de otras ficciones uruguayas de fines del siglo xx, que registran este tipo de tensiones en relación con la matriz familiar española, se tratarán en la parte 5.

10 Usaremos, en algunas ocasiones, el término *discurso* para referirnos a las expresiones comunicacionales analizadas que se relacionan con Cervantes y el *Quijote*, de modo de tomar en cuenta una categoría más amplia que la de texto, a menudo insuficiente para abarcar otras producciones no verbales, así como su contexto y condiciones de producción y recepción (véase *discurso* en Charaudeau y Maingueneau, 2005: 179). Cuando aludimos a *discursos*, a lo largo de las páginas que siguen, tomamos en cuenta textos de diversos tipos y géneros, a la vez que imágenes (de las artes visuales y de la publicidad, por nombrar algunas). Aun así, somos conscientes de que, en la mayoría de los casos, los análisis siguientes se basarán en textos escritos. En alguna oportunidad, nos referiremos a conferencias u otras piezas oratorias dedicadas a Cervantes y pronunciadas en un acto público (que tienen su origen en enunciados verbales orales), pero que, en casi todos los casos, llegaron a nosotros bajo la forma de un texto escrito. En otras ocasiones, nos referiremos a historietas o cuadros cómicos publicados en periódicos, o analizaremos imágenes e ilustraciones aparecidas en tapas de libros, afiches publicitarios o propaganda política. En cualquiera de estos casos, se hará expresa mención al tipo de discurso que se trata (entendiendo que la lectura e interpretación de esas imágenes las constituye como un discurso articulado). Si, en alguna oportunidad, se usara *discurso* en el sentido que le otorga Michel Foucault (1991; 2006) de sistema social de pensamientos o ideas, se hará expresa aclaración de ello.

11 Empleamos los conceptos «serie literaria» y «serie social» en el sentido otorgado por Tinianov y ampliamente difundidos en los estudios literarios (véase Tinianov, 2002: 89-102).

Otro objetivo es analizar el impacto cultural del *Quijote* en Uruguay, atendiendo no solo a las repercusiones literarias, sino a la construcción y consolidación de un *mito quijotesco* que excede el conocimiento y la referencia a la obra de Cervantes (incluso puede omitirla), para operar en discursos que, con fines políticos o ideológicos, apuntan a un público masivo. Los diferentes capítulos atenderán a un criterio cronológico de sucesión, a la vez que se centrarán, en cada período considerado, en los textos que resulten más numerosos y relevantes para caracterizar la presencia de Cervantes en la cultura uruguaya de ese momento específico, ya sean, en algunos casos, textos persuasivos que hacen uso del *mito quijotesco* con finalidad político-propagandística o didáctica, ya se trate de reescrituras cervantinas o de novelas que registran contactos formales o temáticos menos explícitos con el *Quijote*, por ejemplo.

El interés inicial de este trabajo es reconstruir un fragmento de la historia de la lectura del *Quijote* en Uruguay en sus manifestaciones más variadas, pues, como afirma Levin, «a la larga, el impacto de cualquier libro es la suma de sus varias lecturas, y cuando estas difieren de los propósitos del autor, revelan los intereses especiales de los lectores» (Levin, 1973: 386). De modo que el acercamiento a estas expresiones dirá tanto o más de la sociedad o del campo cultural que la recibe en determinado contexto y le otorga cierta interpretación o cierto uso, cuanto de la obra de Cervantes.

En este proceso de abordaje, ha sido indispensable tener en cuenta los aportes de la teoría de la recepción estética, que revalorizó la importancia del lector en el proceso interpretativo, su capacidad de producir significados y otorgar sentido a la obra, así como la consideración de las influencias tanto literarias como extraliterarias que la obra produce y la investigación de las valoraciones que esta recibe (Jauss, 1985; Ingarden, 1968; Iser, 1985).

Asimismo, la forma en que será abordada la recepción del *Quijote* en Uruguay está en estrecha relación, como es obvio por lo expuesto hasta el momento, con las características de la sociedad uruguaya en las circunstancias en que se consideran las diferentes concreciones receptoras de la obra. Es decir, este tipo de análisis requiere, necesariamente, la consideración de la recepción literaria como un producto social, aunque no pueda reducirse a eso. En ese sentido, a los efectos de analizar la inscripción y repercusión de la obra en el contexto social, han sido de gran utilidad los estudios de Pierre Bourdieu, especialmente en lo relativo a la consideración del público en el análisis de la obra de arte y a las formas de legitimación, canonización y perdurabilidad, tan fértiles en el tratamiento de una obra como el *Quijote* (Bourdieu, 1995).

Resultará útil, de igual modo, a pesar de lo muy discutido y discutible que ha sido, el concepto de «campo» concebido por Bourdieu, quien, para evitar la consideración del artista y la obra en forma aislada, estudia el fenómeno artístico según un modo de pensamiento relacional, cuya principal noción es, precisamente, la de «campo» (Bourdieu, 1995).

A estas herramientas debió agregarse, al momento de estudiar los efectos de un texto, la consideración de las modalidades concretas del acto de leer, en particular la interrogación sobre la importancia de las formas materiales, para lo que tuvimos en cuenta los aportes de Roger Chartier. Se intentará identificar, cuando sea posible y productivo, «las disposiciones específicas que distinguen las comunidades de lectores y las tradiciones de lectura», de modo de atender la historia de los efectos, la posteridad literaria o cultural de un texto, sin obviar las variaciones de las «disposiciones de los lectores, de los dispositivos de los textos y de los objetos impresos que los contienen», y teniendo en cuenta el lugar y el soporte desde el cual un discurso se emite o se recibe, en cuanto estas variaciones pueden incidir en la construcción del sentido (Chartier, 1992: 50).

Otro aspecto que requirió una indagación bibliográfica específica fue el relativo al concepto de mito y al proceso de mitificación a que se vio sometido el personaje de don Quijote, gracias a los simbolismos que se fueron adhiriendo al libro en su historia interpretativa prácticamente desde sus inicios o, al menos, desde hace dos siglos. Fue de gran utilidad, como punto de partida, la noción de mito manejada por Roland Barthes, en cuanto a «un uso social que se agrega» al sentido preexistente de un objeto, una imagen o un discurso (Barthes, 1981: 200). Esta acepción, según la concibe Barthes, está sujeta a una circunstancia histórica, emerge al servicio de una interpretación, para luego desaparecer.

Al ocuparse de la figura de don Quijote como representación nacional, a través de textos peninsulares del siglo XIX, María de los Ángeles Varela ha propuesto el concepto de «mitologema» (Varela Olea, 2003). Su lectura hace hincapié en la universalidad del personaje, que funciona en ciertos textos como un recurso de naturaleza ideológica y política. Cuando se precipita la crisis de España como potencia internacional, los intelectuales activos a fines de siglo XIX se interrogan sobre las causas y el diagnóstico de la decadencia. Es, entonces, cuando aparece, en muchos textos críticos y filosóficos, la referencia al personaje de Cervantes como clave para obtener una respuesta sobre el proyecto nacional, siempre vinculado al constructo de Estado-Nación, anclado en presupuestos esencialistas y necesitado de símbolos que expliquen su naturaleza y destino.

Varela explica el empleo del término *mitologema* por sus posibilidades de reformulación y apertura, que harían del *Quijote* «una narración adaptable a las circunstancias». Esta aplicación se ajusta a una ya clásica definición de mitologema propuesta por Károly Kerényi y Carl Gustav Jung, como «un material mítico pasible de ser continuamente reactualizado, remodelado y plasmado como un río de imágenes sin fin» (Varela Olea, 2003: 15-17).

Si Barthes concibe el *mito* como un uso circunstancial adherido a un discurso u objeto y puesto al servicio de una aplicación, Varela elige el término *mitologema* extendiendo sus connotaciones a la perdurabilidad, siempre sujeta a mutaciones y readaptaciones. En este caso, adoptaremos la idea de mitificación del *Quijote*, en aquellos casos y períodos en que fue leído, básicamente, en clave político-simbólica, funcional a ciertas circunstancias históricas, y reducido a esa

esfera por un ejercicio de apropiación de quien lo adopta. *Mito quijotesco* o *representación mítica* del *Quijote* serán los términos que privilegiaremos y con los que pretendemos abarcar buena parte de las características que se repiten en las distintas reformulaciones y readaptaciones extraliterarias del personaje creado por Cervantes, es decir, con aplicabilidad social o política, ya sea de valores pretendidamente universales, nacionales o de facciones políticas, y que suele expresarse mediante ciertos tópicos o invariantes (por ejemplo: idealismo frente a prosaísmo o materialismo, victoria moral frente a derrota material, emblema del fracaso histórico de España, valores selectos incomprendidos por las mayorías).¹²

En el desarrollo de este trabajo, optaremos por esos términos aplicados a un uso simbólico que se ha independizado del relato y que se agrega al *Quijote* en tanto objeto cultural que no puede separarse de su propia historia. Entendemos también que, de algún modo, la mitificación reduce la interpretación del objeto literario —del personaje, de la trama, de la historia del libro, de la vida de su autor—, usufructuando solo aquellas aristas relevantes en función de su utilización circunstancial. En distintos momentos históricos, cuyos contextos y formas de lectura se tratará de relevar en este trabajo, podrá comprobarse, según estos criterios, la existencia de textos que revelan la mitificación del personaje (y aun del libro y el autor).

Debe dejarse constancia de que, en la búsqueda de una terminología más apropiada para nuestro tema de estudio, nos han sido de utilidad para pensar la función del objeto cultural y sus representaciones colectivas algunas aplicaciones de estos conceptos derivados del *mito* en la teoría social de las comunicaciones, en tanto los medios masivos a menudo realizan un proceso de «mediación cognitiva» que supone una mitificación. En un estudio de contenidos míticos en los medios de comunicación de masas, Stefanello y De Francisco definen los mitos como «representaciones privilegiadas por su permanencia en el tiempo» y afirman que la «mitología mediática puede reforzar en el imaginario colectivo el reconocimiento y la representación de los símbolos y arquetipos que han contribuido a edificar la sociedad y el conocimiento» (Stefanello y De Francisco, 2006: 1). Los autores distinguen *mitologema* de *representación mítica*, en tanto que reservan *mito* para las expresiones derivadas de la oralidad. De modo que un mito es, para ellos, solo una forma de representación mítica, en tanto un mitologema es la reformulación de un mito en sus elementos básicos (las grandes preguntas que superan el ámbito de la ciencia o la explicación racional del mundo). Según este criterio, las «formas de representación mítica» suponen una categoría que incluye todas las expresiones de los mitologemas de una sociedad dada (las leyendas urbanas, la creación literaria, el periodismo), refieran o no a hechos reales (Stefanello y De Francisco, 2006: 4). Ha sido útil el discernimiento que estos autores hacen de los discursos

12 Estos tópicos son, por supuesto, construcciones históricas paulatinas. Harry Levin señala que el Romanticismo convirtió en héroe a un antihéroe, lo que indica «una inversión de valores» entre dos épocas. En ese proceso, don Quijote pasó a encarnar el valor romántico de la «noble lucha por las causas perdidas, el *unus contra mundum* para bien o para mal» (Levin, 1973: 386).

de los medios de comunicación de masas entre «discursos míticos manifiestos (formas de representaciones míticas) y latentes (mitologemas)» (Stefanello y De Francisco, 2006: 6). Dado que, en los diferentes enfoques considerados, el alcance del término *mitologema* varía tan sustancialmente, hemos reducido al mínimo su uso, tomándolo en cuenta solo para referirnos a la aplicación que le da María de los Ángeles Varela en la adaptación del *Quijote* a las ideas políticas de varios intelectuales decimonónicos españoles (Varela Olea, 2003).

Otra herramienta imprescindible para analizar la repercusión de una obra literaria española —identificada, además, como emblemática de esa nación— supone comprender y explicar brevemente el marco genérico de contactos culturales que une Uruguay con España y las etapas que la historiografía cultural ha reconocido (Ares Pons, 1970; Rama, 1982; Zubillaga, 1997). Se revisaron las etapas posibles en la recepción del *Quijote* en Uruguay, para lo que se debió tener en cuenta las existencias de las primeras bibliotecas inventariadas en el país y las huellas de su lectura en los primeros escritores nacionales, sin dejar de mencionar y comentar los escasos trabajos que se han ocupado de la recepción cervantina en el país.

Por una parte, ha sido necesario relevar los antecedentes indispensables acerca de la recepción del *Quijote* en el resto de América Latina desde la publicación hasta 1900, por lo menos, como forma de encuadrar las primeras referencias significativas entre los escritores uruguayos de comienzos del siglo xx.¹³ Debe señalarse que ese primer recorrido americano del *Quijote* en los primeros doscientos años, cuando Cervantes y su obra no son todavía objetos conmemorables, cuando aún no han impactado las lecturas románticas europeas ni la valoración canonizante del neoclasicismo, configura ciertos modelos (la apropiación bajo la forma de la reescritura, la continuación, la adaptación) que persistirán en las variantes receptivas a lo largo del siglo.

Por otra parte, la atención a los antecedentes críticos y la presentación del estado de la cuestión no pueden dejar de considerar someramente la recepción del *Quijote* en España y en el resto de Europa durante los primeros siglos, atendiendo, en especial, al giro que tomó la interpretación de la obra a partir del Romanticismo y su posterior conversión en mito que representó, en primer lugar, el dualismo del hombre, escindido trágicamente entre espíritu y materia, y en segundo lugar, y sin abandonar el tópico anterior, la forma en que pasó a encarnar, en el siglo xix, el carácter y el destino nacional español, todo lo cual se plantea, al menos genéricamente, en las primeras secciones de este libro.

13 A los efectos de considerar los múltiples aspectos de la recepción americana del *Quijote* debe tenerse en cuenta la monumental obra de Luis Correa Díaz (2006). Disponible en la página del Centro Virtual Cervantes, <http://cvc.cervantes.es/literatura/quijote_america/correa.htm#npasn>.

Para las recepciones particulares clasificadas de acuerdo a las literaturas nacionales, ver «El *Quijote* en América», selección de textos de variados autores, disponible en <http://cvc.cervantes.es/literatura/quijote_america/default.htm>.

En la tercera sección, se abordarán específicamente las representaciones míticas de carácter político e ideológico del *Quijote* en oportunidad de los distintos centenarios cervantinos ocurridos en el siglo xx. Para eso, se dedicará un primer capítulo a los alcances de la celebración del centenario como dispositivo cultural y sus implicancias (teniendo en cuenta, incluso, una forma más genérica y extendida: el dispositivo de homenaje), así como a los antecedentes del primer centenario cervantino y el marco político en que este se inscribe.

El segundo capítulo de esta sección se centrará en la zona de fechas que cubre los centenarios de 1905 a 1916, analizando los comentarios que en ocasión de ellos vierten algunos de los escritores más representativos del período en Uruguay, publicados básicamente en la prensa cultural, aunque muchos hayan sido luego recogidos en libros, que consolidan en el campo uruguayo la presencia del *mito quijotesco* antes señalado y destacan su utilización para enfatizar la recuperación de una tradición europeísta, la reivindicación del catolicismo o del espiritualismo laico, el casticismo lingüístico y el rechazo a la *barbarie*.

El tercer capítulo de esta sección se concentrará en las apropiaciones mítico-políticas y las polémicas suscitadas en torno al centenario cervantino de 1947. En esa oportunidad, como ocurrirá luego en 1955, la prensa periódica es el territorio privilegiado de despliegue del dispositivo de homenaje, y el texto breve (la nota periodística, por ejemplo), la forma más frecuente de manifestación de los principales actores de las distintas fuerzas que pugnan por la apropiación del simbolismo del *Quijote* y aun de la figura de Cervantes.¹⁴ Este tercer capítulo dará cuenta del devenir del *mito quijotesco* a partir de las tensiones generadas en el campo cultural uruguayo por la presencia de exiliados españoles y por el amplio rechazo al franquismo entre los artistas e intelectuales nacionales. En este contexto, como se verá por el tenor de los textos encontrados, básicamente combativos y propagandísticos, el personaje de don Quijote recupera y aun acentúa su potencial mítico nacido en el entorno del novecientos, reconvertido ahora a efectos de representar la causa republicana. Esto no impide que aparezca similar operativo de apropiación política del mito por parte de algunos partidarios del bando español vencedor en Uruguay, que harán uso de otras aristas del personaje y del autor, en particular aprovechando el arrastre nacionalista promovido por otra línea de lectura.

El centenario de 1955 será ocasión de nuevos debates y enfrentamientos más explícitos entre los sectores organizadores de los homenajes y algunos medios de prensa, lo que será desarrollado en el capítulo cuarto. En esta oportunidad, se radicaliza y simplifica al extremo la recurrencia al *mito quijotesco* como operativo de persuasión y propaganda, cada vez menos vinculado al personaje literario y al libro que le da origen. Sin embargo, por la misma época, nacen en Uruguay algunas instituciones de enseñanza terciaria que imparten cursos de literatura y, simultáneamente, ocurre la lenta consolidación de espacios críticos académicos o especializados que promueven la independencia creciente de la

14 Las páginas relevadas a los efectos de esta investigación corresponden a los principales periódicos montevidianos (en especial *España Republicana* y *España Democrática*).

esfera literaria. El capítulo 4 dará cuenta de estas bifurcaciones en las correspondientes relecturas del *Quijote* y presentará los principales trabajos críticos hasta los años setenta del siglo xx, los que inauguran una nueva etapa de la recepción quijotesca destinada a sustituir la prolífera apropiación mítica que corrió con el siglo, aunque no pueda decirse que esta se haya extinguido completamente, sino que parece emerger en épocas conflictivas o frente a determinadas posibilidades de aprovechamiento político, con la fuerza que la dota de tradición y que presumiblemente habilita algunos acercamientos críticos o didácticos en épocas dispares. El repaso de esas tensiones en las últimas décadas del siglo dará cierre a este capítulo.

La cuarta sección abordará la recepción del *Quijote* en la ficción, tomando en cuenta diferentes formas: emulación, continuación, reescritura y aun otras formas de diálogo no menos evidentes. El capítulo cinco se dedicará a los diálogos detectables en la creación literaria desde las últimas décadas del siglo xx hasta 2004, cuando aparece una arriesgada versión novelada de nuevas aventuras del *Quijote*, invención de Marcelo Estefanell (1950), *El retorno de don Quijote, caballero de los galgos* (2004). En este marco, se considerarán algunos textos de finales del siglo xx, cuando algunos escritores vuelven a Cervantes o bien a través del juego intertextual y del tratamiento del tema de las fuentes y la veracidad de la ficción, o bien como una manera de manipular la ansiedad que suponen los desafíos del nuevo entresiglo en la relación Uruguay-España, con sus necesidades de reconocimiento o fantasías de retorno.

Parte II

LA RECEPCIÓN AMERICANA
Y LA CONSTITUCIÓN
DEL *MITO QUIJOTESCO*

Los contactos culturales entre Uruguay y España: ¿por qué el *Quijote*?

Las breves iluminaciones que sobre él han caído proceden de almas extranjeras: Schelling, Heine, Turgeñef... Claridades momentáneas e insuficientes. Para esos hombres era el Quijote una divina curiosidad: no era, como para nosotros, el problema de su destino.

José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*

El contacto cultural con Europa, en sentido amplio, y en particular con España y Francia, ha sido un territorio donde se ha jugado la definición de las identidades nacionales de los países latinoamericanos durante los siglos XIX y XX, tanto o más que en las relaciones laterales entre ellos, vinculadas a la construcción y fortalecimiento de la idea de Estado-Nación (Ardao, 1980; Halperin, 1987; Zubillaga, 1997).

Un fenómeno común en estos países ocurre también en España y en el resto de Europa en el último tercio del siglo XIX: la reflexión sobre la propia nacionalidad. En el caso de España, cuya historia moderna, sellada en 1492, marcó la construcción de un imaginario fuertemente unitario y homogeneizante, el diálogo necesario con Europa ayudó a la autodefinición y autopredicación identitaria.¹⁵ La idea de nación española, que se había configurado mediante la anulación de las diferencias en la clausura del disenso impuesto, se rearticulará solo a partir del diálogo con la cultura europea (López Baralt, 1985; Fuchs, 2011).

En el siglo XIX, el relevo de poder en el ámbito internacional, los cambios sociales producidos por el surgimiento del proletariado y el nacimiento de la sociología nacional son síntomas de un fortalecimiento del concepto de nación y de revisión de su desarrollo histórico. Los países del sur de América no contaban con una base estable y homogénea, ni cultural ni étnica, ni muchas veces lingüística, sobre la que fortalecer una identidad nacional. La fuerte oleada inmigratoria que recibieron los países platenses en la segunda mitad del siglo XIX, que aumentó a fines de ese siglo y comienzos del siguiente, contribuyó a intensificar el debate sobre las identidades nacionales, y de estas como sustratos de los Estados (Aznar

15 Este diálogo y la configuración gracias a la mirada de y hacia el *otro* se dieron gracias, por ejemplo, y entre otras cosas, a la consideración de los testimonios de los viajeros europeos desde la modernidad temprana, según lo ha propuesto Barbara Fuchs (2011). La autodefinición identitaria, en este caso, también implicaba «resolver simbólicamente» la relación «con el otro árabe y judío», cuestión que dividió la historiografía española hasta muy avanzado el siglo XX.

y Wechsler, 2005: 18). En ese sentido, definir una posición frente a la tradición cultural europea significó, muchas veces, buscar raíces ajenas a las problemáticas locales y obtener un estatus legítimo sobre el que sustentar los proyectos de los sectores dominantes. En el caso de naciones jóvenes, como la uruguaya, fundar un proyecto de país moderno suponía elegir una tradición a la que afiliarse, tarea que, además, emprendieron a fines del siglo XIX las élites intelectuales en toda América Latina (Ardao, 1980).

Según Eric Hobsbawm, al abordar «la cuestión nacional, es más provechoso empezar con el concepto de la nación (es decir, con el nacionalismo) que con la realidad que representa. Porque la “nación” real solo puede reconocerse *a posteriori*» (Hobsbawm, 1998: 17). El liberalismo trajo consigo la idea de sentimiento nacional: un segundo concepto de nación como singularidad cultural que apareció, durante el siglo XIX, como desarrollo de ideas nacidas en Alemania, tomando como bases teóricas la lengua y la etnicidad (Hobsbawm, 1998: 12-20). A partir de entonces, se incrementaron las investigaciones sobre las lenguas vernáculas y su utilización como criterios de pertenencia a un grupo:

De hecho, la identificación mística de la nacionalidad con una especie de idea platónica de la lengua, que existe detrás y por encima de todas sus versiones variantes e imperfectas, es mucho más característica de la construcción ideológica de los intelectuales nacionalistas, cuyo profeta es Herder, que de las masas que utilizan el idioma. Es un concepto literario y no un concepto existencial (Hobsbawm, 1998: 66).

Sin embargo, indirectamente, la lengua será central para la definición moderna de la nacionalidad y, por consiguiente, también para su percepción popular. Porque «donde existe una lengua literaria o administrativa de élite, por pequeño que sea el número de los que la usan, esta puede convertirse en un elemento importante de cohesión protonacional» (Hobsbawm, 1998: 68). La lengua oficial o de cultura de los gobernantes y de la élite, generalmente, llegó a ser la lengua real de los estados modernos «mediante la educación pública y otros mecanismos administrativos» (Hobsbawm, 1998: 70).¹⁶

16 Respecto a la etnicidad, en su sentido habitual, esta suele relacionarse con el origen y la descendencia comunes, de los que, supuestamente, se derivan las características de los miembros de un grupo. El parentesco y la sangre tienen ventajas obvias para unir a los miembros de un grupo y excluir a los que son ajenos a él y ocupan un lugar central en el nacionalismo étnico (Hobsbawm, 1998: 71). Sin embargo, está claro que el método genético de abordar la etnicidad no sirve a los efectos de la cohesión nacional, dado que su base es cultural y no biológica (Hobsbawm, 1998: 72). Asimismo, es útil tener en cuenta el papel cohesivo de los iconos: «Si la religión no es una señal necesaria de protonacionalidad, los iconos santos, en cambio, son un componente importantísimo de ella, como lo son del nacionalismo moderno. Representan los símbolos y los rituales o [las] prácticas colectivas comunes que por sí solas dan una realidad palpable a una comunidad por lo demás imaginaria. [...] La importancia de los iconos santos la demuestra el uso universal de sencillos retazos de tejido coloreado —a saber: banderas— como símbolo de las naciones modernas y su asociación con rituales y cultos a los que se concede gran importancia» (Hobsbawm, 1998: 81).

En los momentos en que Uruguay intentó, hacia fines de siglo XIX, consolidar una idea de nación, tomar partido respecto a la tradición española, esto pudo servir también para incorporar una pertenencia a la cultura europea y definir una identidad que, sin duda, se percibía frágil, cuestión que ha sido compartida con otros países de América Latina desde el surgimiento de los Estados nacionales, nacidos bajo el sustento del liberalismo político y de la idea de progreso. En ese sentido, Francia e Inglaterra fueron modelos prestigiosos. A este modelo se le enfrentarían, a menudo, los partidarios del modelo norteamericano, aunque la potencia del norte se avizoraba como un peligro para los más débiles países del sur, lo que suscitó no pocas controversias.

Los vínculos con España debieron soportar, además, el trauma de la ruptura independentista y su lenta y dificultosa reconciliación, el acomodo a las variables circunstancias políticas que vivió la península durante el siglo XIX y sus complejas escisiones internas, especialmente el contradictorio avance de las ideas y prácticas liberales, así como de los intentos de derrocar la monarquía. En términos muy generales, podría decirse que las relaciones culturales entre Uruguay y España sufrieron continuos vaivenes que manifiestan, de uno u otro modo, la tensión dependencia/autonomía.

Durante el siglo XX, como han señalado Yayo Aznar y Diana Wechsler para el caso argentino, se observan diferentes modelos sobre los que se está construyendo la identidad de uno y otro lado del Atlántico, y solo en algunos puntos coinciden. También en ambas orillas, cada modelo echará mano recurrentemente a los tópicos históricos convenientes al proyecto político que se desea sostener:

Los más conservadores remitirán una y otra vez a las tradiciones coloniales y a la hispanidad [, mientras que] los más progresistas insistirán en centrar el debate sobre la España contemporánea, la que había logrado concretar la utopía republicana [o luchado] por sostenerla (Aznar y Wechsler, 2005: 18).

Después de los procesos independentistas, el lazo cultural con la exmetrópoli se había visto resentido, y Francia surgió como modelo cultural y político más apetecible para los países del sur de América durante el siglo XIX,¹⁷ hasta la emergencia de Estados Unidos como nueva potencia mundial, cuando fue necesario plantearse la realineación internacional. Así, el Tratado de París de 1898, que consolidaba la pérdida de las últimas colonias y el ascenso de Estados Unidos en el control internacional, no fue solo un hecho traumático para los españoles, también enfrentó a los latinoamericanos a una nueva disyuntiva. La prédica originada en Francia a favor de una teoría de la latinidad frente al avance anglosajón se unió a la conciencia del peligro potencial que representaba Estados

17 Sin embargo, eso no implicó, en absoluto —al menos en el caso uruguayo—, desinterés por la política española. Por el contrario, las vicisitudes del liberalismo español fueron seguidas muy de cerca en Uruguay. Como ejemplo de esto, puede tomarse la influencia que tuvieron los artículos de Mariano José de Larra, publicados en libro muy tempranamente en Montevideo (en 1837), así como el reconocimiento de que gozó José de Espronceda (véase Basagoda, 1940).

Unidos para los países de América del Sur y propició lo que Tulio Halperin llamó «un retorno afectuoso hacia el pasado español», cambio de rumbo que pudo advertirse ya en los festejos por el tercer centenario de la Conquista de América, en 1892 (Halperin, 1969: 295).¹⁸

Es por esa misma época cuando empieza a definirse el problema de identidad subcontinental. La idea de América Latina nace indisolublemente ligada a la amenaza del expansionismo norteamericano. En 1927, Víctor Haya de la Torre advertía, además, que la nomenclatura podía connotar posturas políticas bien diferenciadas, afirmando que «Hispanoamericanismo [es] igual [a] colonia; Latinoamericanismo [es] igual [a] independencia y república; Panamericanismo [es] igual [a] imperialismo, e Indoamericanismo [es] igual [a] unificación y libertad» (Haya de la Torre, 1931: 3). Llegar a esas conclusiones, suponía, según lo ha estudiado Arturo Ardao, casi un siglo de debates y búsquedas.

El investigador uruguayo fija en la década de 1830 el origen del concepto de una América *latina* que se va definiendo en oposición a otras entidades, aun cuando el sintagma no se aplicara todavía como nombre, en una época en la que

se sigue hablando [...] de América Española o de América Portuguesa, no obstante su independencia [, haciendo referencia al] área cultural de las correspondientes lenguas; por más resabio colonial que haya en ello, lo connotado no es su pertenencia a España, Portugal, Inglaterra o Francia (Ardao, 1980: 20).

A su vez,

dos de ellas, la América Inglesa y la América Española, desde la época de la Independencia, vienen siendo mentadas también con otras denominaciones que no representan, respecto a ellas, más que variantes lexicográficas: Angloamérica e Hispanoamérica. Sin embargo, esta última equivale a América Española solo en acepción estricta. En acepción amplia, que tiene por fundamento la antigua aplicación a toda la península ibérica del nombre romano Hispania, Hispanoamérica —con sus variantes América Hispana y, sobre todo, América Hispánica— abarca, al mismo tiempo, las Américas Española y Portuguesa: los países americanos de origen español y el Brasil [...]. En esta acepción amplia, resultan equivalentes a una tercera, Iberoamérica, de uso no menos frecuente (Ardao, 1980: 20).

Uno y otro término encuentran su sentido particular solo cuando los otros son usados de un modo estricto. Pero, en general, «en cualquiera de estas denominaciones, se sigue tratando, ante todo, en el conjunto del hemisferio, de la pluralidad de raíz lingüístico-cultural» (Ardao, 1980: 21).

18 A mediados de siglo XIX, el emprendimiento de la revista *La América: Crónica Hispano-Americana* puede considerarse un hito de acercamiento intelectual, que constituiría la primera expresión de panhispanismo, «réplica española a la inevitable aparición del panamericanismo norteamericano» (Del Arenal, 1994: 16). En el capítulo 1 de la parte III, se profundizará en los alcances del centenario de 1892 en el contexto cultural y político de la época y aun como antecedente de los festejos por el tercer centenario del *Quijote* en 1905.

Además de la pluralidad lingüística, existe una pluralidad étnico-cultural que se ha marcado en la división entre América Sajona y América Latina. En este caso, «la terminología empleada arranca directamente de la filiación étnica de las poblaciones de origen europeo que implantaron en tierras americanas determinadas formas de cultura» (Ardao, 1980: 21). Dicha pluralidad étnico-cultural tiene por antecedente inmediato a la lingüístico-cultural, y esta, a su vez, tiene por antecedente inmediato a la geográfico-política. Cada uno de estos sectores (agrupados en geográfico y geográfico-político, lingüístico-cultural y étnico cultural) desembocan en una dualidad: América Septentrional o del Norte y América Meridional o del Sur (en el sentido político), y América Sajona y América Latina.

Una y otra dualidad son, en el fondo, la misma. [...] Esta última dualidad ha sido, como la primera, un producto histórico, pero tiene de distintivo que ha sido un producto histórico voluntariamente perseguido. Ha resultado de un dificultoso, y por momentos angustioso, empeño por definir su identidad histórica, de un sector de lo que iba a llamarse América Latina: el sector hispanoamericano en sentido estricto, el de los pueblos americanos de origen español (Ardao, 1980: 22).

Como se ha venido explicando, de acuerdo a las circunstancias culturales y políticas internacionales, el advenimiento histórico y el desarrollo de la expresión *América Latina* no se explica sin su relación dialéctica con la expresión *América Sajona*, a pesar de que, en el léxico,

la segunda expresión haya quedado como subsidiaria de América del Norte o Norteamérica, mucho más usada. Pero, en la génesis, está la idea de la oposición a otra región, y este no es uno de los menores motivos de atracción en el sorprendente destino alcanzado por una idea (Ardao, 1980: 25),

la de América Latina, gestada precariamente a mediados del siglo XIX.

La idea aparece entre 1830 y 1850 en algunos escritores franceses: la de distinguir en el Nuevo Mundo dos grandes áreas determinadas por las etnias que habían llevado a cabo la colonización.

En un momento histórico en que se agita con intensidad la cuestión de las razas, [numerosos publicistas de París y Madrid] se inclinan de buen grado a subsumir lo español o hispano en lo latino, para mejor contrastarlo a lo sajón o anglo-sajón, en que había venido a convertirse lo meramente inglés o anglo (Ardao, 1980: 27).

Bajo la exaltación romántica de la idea de raza —en vínculo con la idea nacional, expresada por la lengua también nacional—, «era la hora de general boga europea del principio étnico, en su primera forma decimonónica de identificación de la raza con la nación a través de su lengua específica». Estas aclaraciones de Ardao resultan muy útiles para entender en su contexto histórico muchas de las afirmaciones que se encontrarán en textos sobre Cervantes y el *Quijote* escritos entre fines del siglo XIX y casi la primera mitad del XX, en el sentido de que fue corriente hablar tanto «de “raza francesa” [como], por ejemplo, de “raza

inglesa” o de “raza española”, y así, sucesivamente, siguiendo la línea de los idiomas nacionales» (Ardao, 1980: 41).

Al margen de esto,

en cuanto al ámbito de los países latinos, es Francia la que encabeza el reconocimiento de la raza nacional solo como un sector de otra más amplia: la raza latina. No se trataba tampoco de raza en función de estrictos factores bio-físicos, en la que pondría el acento el próximo naturalismo sociológico del positivismo. El dominante principio lingüístico seguía siendo el fundamento: pero dándosele ahora a la etnia una filiación idiomática de más ancha base histórica y geográfica (Ardao, 1980: 41).

Entre los franceses, Alexis de Tocqueville y Michel Chevalier son dos de las figuras que van a contribuir al desarrollo de la idea de América Latina y a la contraposición con América del Norte, así como a la advertencia del desequilibrio en cuanto a la creciente expansión sajona y del papel preponderante de Francia en el destino de las naciones latinas. Es recién en el primer lustro de la década de 1850 cuando aparece el nombre *América Latina*, gestado por intelectuales de ese continente.

Este proceso lleva a Ardao a concluir que, aunque sea opinable «hasta qué punto haya alcanzado, a través del nombre, la plenitud de su identificación, [lo cierto es que] nuestra América resulta ser, a esta altura, el único continente cuyo nombre consagrado se lo forjó [ella misma] en el ejercicio de su voluntad histórica» (Ardao, 1980: 66).

El expansionismo norteamericano coincidió o incidió en ese proceso, que se interpretó por el historicismo romántico vigente como un producto del mayor empuje y energía de la raza sajona. A esto se le sumó el peso de la versión negativa de la latinidad que aportó el *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, de Joseph Arthur de Gobineau. Sin embargo, una publicación que rápidamente acogió y difundió la idea de la latinidad, muy relacionada ya con la idea de la resistencia al dominio sajón y a la absorción territorial, fue la *Revista Española de Ambos Mundos*, que dirigía, en Madrid, el uruguayo Alejandro Magariños Cervantes (Ardao, 1980: 67). A su vez, el primero en utilizar el nombre fue el colombiano José María Torres Caicedo en París. Entre otras, la *Revue Sud-Américaine*, bastión de la colonia hispanoamericana en París, publicada en castellano y dirigida por el uruguayo Pedro S. Lamas, lo adoptó rápidamente (Ardao, 1980: 73).

Con respecto a la forma en que fue leído el *Quijote*, pueden aislarse, por lo menos, dos razones históricas, estrechamente relacionadas entre sí, que explican su productividad como obra proveedora de símbolos útiles para representar esas nociones abstractas que implicaban un carácter colectivo, ya sea el llamado «espíritu del pueblo», la idea de nación, la «raza española» o la latinidad, según fue utilizado en distintos tipos de discurso desde el último tercio del siglo XIX hasta bien entrado el XX en España y Latinoamérica. Más bien se trata de procesos de simbolización que, luego de una serie de etapas históricas, dieron como

resultado una mitificación del *Quijote*, funcional para la representación de la nación española en cierto contexto histórico.

En el campo europeo, el terreno había sido abonado por la crítica extranjera, especialmente alemana en sus inicios, que desvió la interpretación del *Quijote* como obra de entretenimiento y principalmente paródica, aunque ya canonizada como clásico en el siglo XVIII, hacia la lectura de don Quijote como prototipo de los ideales humanos destinados a fracasar en la realidad —es decir, en la moderna sociedad burguesa (Montero Reguera, 2001; Riley, 2004: 227). Y, concomitantemente con esta idea, fue en aumento la posibilidad de interpretar la dupla don Quijote/Sancho como representación de la dualidad de la condición humana: idealismo y materialismo respectivamente. De esa idea germinal, se desprenderán otras representaciones posteriores de gran desarrollo, como, por ejemplo, y entre otras, la identificación de Sancho con el pueblo, lo que pudo derivar en su consiguiente idealización eventual como depósito de sabiduría, sentido común y bondad, pero ligada originariamente a su materialidad.

Además de la «dualidad Quijote/Sancho como metáfora de los contradictorios, pero inseparables, componentes de la personalidad humana [...]», la crítica posromántica asumió, a menudo,

la simbiosis entre personaje y creador, con la identificación de este último, ante todo, como un rasgo de carácter nacional, primando, por tanto, su condición de español, lo cual supone, obviamente, una visión nacionalista (Montero Reguera, 2001: 197).

A medida que avanza el siglo XIX,

Cervantes y lo cervantino se convirtieron [...] en iconos glorificadores de lo nacional, lo mismo que tantos otros temas históricos. [El *Quijote*] se encuentra por todas partes y es utilizado de manera constante y permanente, con propósitos y objetivos muy diversos (Montero Reguera, 2001: 197).

Un derivado histórico de esa interpretación romántica idealista cuajó en España, favoreciendo, entonces, la identificación del *Quijote* con el destino de la nación, proceso también relacionable con la tendencia desarrollada en Europa durante el siglo XVIII proclive a la consolidación de la figura del escritor nacional y al encumbramiento de obras que representaran el espíritu de la nación.

Durante el proceso de consolidación de los Estados nacionales, la figura del *escritor nacional* se convirtió en una necesidad para la construcción del panteón laico. Es el momento en que se desarrollan las colecciones de «parnasos nacionales», que proponen un canon que corresponda a la identidad cultural colectiva y actúan mediante la consagración atemporal (Achugar, 1997). Sin embargo, hay algunos antecedentes a esos sistemas de consagración decimonónicos: la creación de un canon áureo por medio de la alegoría del Parnaso, tarea que desarrollaron los escritores, estableciendo una galería de pares ilustres destinados a perdurar (Vélez-Sainz, 2006). Es probable que sea la «topografía de la fama» (Vélez-Sainz, 2006) que nació bajo el amparo aristocrático la que se retoma tiempo después, bajo otro signo, al servicio de la construcción del

imaginario simbólico de las jóvenes naciones americanas, así como en la reconfiguración de los nacionalismos europeos.

Primeros contactos uruguayos (y americanos) con el *Quijote*

Es innegable que la recepción del *Quijote* en Europa durante los dos primeros siglos posteriores a su publicación repercutió con fuerza en las lecturas latinoamericanas. Sin embargo, se considerará, en primer lugar, en esta introducción, el recorrido más notorio de la recepción latinoamericana como un fenómeno, al menos, paralelo a aquel, para compararlos en una segunda etapa.

La historia de la recepción crítica y creativa latinoamericana del *Quijote* es riquísima y se ha abordado ya desde múltiples enfoques. Existen muchos trabajos que se ocupan del tema, ya sea a partir de una perspectiva de conjunto o considerando los casos de las distintas literaturas nacionales. El Centro Virtual Cervantes, un sitio de internet creado y mantenido por el Instituto Cervantes, registra una sección llamada Cervantes en las Américas. Allí se recogen textos de distintas épocas, en general, breves, por lo que, muchas veces, se trata de fragmentos, recopilados por el país de procedencia. Los países latinoamericanos que están presentes en esa página son Argentina, Colombia, Cuba, Ecuador, México, Perú y Chile.¹⁹ Aun así, el conjunto permite concebir las líneas principales de la forma en que Cervantes fue leído y valorado, por lo menos, en el último siglo.

Respecto a los antecedentes más significativos en relación con la recepción cervantina, estos se remontan a inicios del siglo xx, como el estudio de Francisco Icaza sobre la historia de las repercusiones intercontinentales del libro, *El Quijote durante tres siglos* (1918). Hay una serie de acercamientos importantes hacia el medio siglo, probablemente alentados por el tercer centenario del nacimiento de Cervantes, como los *Estudios cervantinos* de Francisco Rodríguez Marín (1949) y el aporte de Juan Uribe Echeverría, *Cervantes en las letras hispanoamericanas. Antología y crítica* (1949). En 1950, Rafael Heliodoro Valle publica, en México, una *Bibliografía cervantina en la América española*, y, en 1951, Emilio Carilla da a conocer, en Buenos Aires, *Cervantes y América*.

En épocas más recientes, Ignacio Zulueta repasa la proyección de «La tradición cervantina (algunos aspectos de la proyección del *Quijote* en Hispanoamérica)» (1984) y José Montero Reguera ofrece un exhaustivo detalle de la recepción en la región durante los primeros siglos en su ensayo «La recepción del *Quijote* en Hispanoamérica» (1992). El número monográfico Cervantes en América de la revista *Studia Colombiana* (diciembre de 2005) está íntegramente dedicado a las relaciones entre las letras latinoamericanas y la obra cervantina. En 2013, María

19 Véase en: <http://cvc.cervantes.es/literatura/quijote_america.htm>.

Stoopen coordinó un volumen apuntado a la recepción ficcional del *Quijote* en Hispanoamérica (Stoopen, 2013).²⁰

En Argentina existe una fuerte tradición hispanista y, en particular, cervantina. Quizás, para dar cuenta de la cantidad y del grado de análisis de lo producido, bastaría remitirse a la voluminosa *Bibliografía cervantina editada en la Argentina* (2005), de Alejandro E. Parada, y al número monográfico de *Olivar*, dirigido al estudio de algunos aspectos del cervantismo argentino, que ofrece una valoración global (Vila, 2005b). Pero, además, se impone mencionar, al menos, la temprana síntesis de Guillermo Díaz Plaja, *Don Quijote en el país de Martín Fierro* (1952), el trabajo de Carlos Orlando Nállim, *Cervantes en las letras argentinas* (1997), por su consideración global y por la amplitud de sus referencias, y los trabajos «El *Quijote* en la Argentina. Período hispánico» (2004) y «Ficciones cervantinas contrafácticas» (2005) de Pedro Luis Barcia sobre la recepción en el período hispánico y las reescrituras cervantinas.

Respecto a la fortuna de Cervantes en otros países de América Latina en particular, hemos podido consultar un artículo de Francisco López Estrada sobre «Don Quijote en Lima» (1951) y el más extenso estudio de Raúl Porras Barrenechea sobre Cervantes en Perú (1945), ambos de muchos años atrás. Otro estudio que ya tiene varias décadas, pero recaba abundante información sobre la recepción colombiana es el de Eduardo Caballero Calderón, *Cervantes en Colombia* (1948).

Hemos accedido también a varias investigaciones sobre la presencia del *Quijote* en Brasil, como el temprano panorama, «Cervantes en el Brasil» (1947), de José Carlos Macedo Soares, publicado en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras*. En los últimos años, Maria Augusta Da Costa Vieira ha llevado adelante cuantiosos estudios de historia y de literatura comparada que analizan la importante recepción creativa del *Quijote* en ese país (1992; 1995; 1997; 2001; 2004; 2005; 2013), los cuales han sido continuados, al menos, por Marta Pérez Rodríguez en su tesis de maestría *Tras un siglo de recepción cervantina en Brasil. Estudios críticos sobre el Quijote* (2007) y por Paula Renata de Araujo en su ponencia «Don Quijote en la escuela. Relato de una experiencia de lectura con adolescentes brasileños de 13 años» (2013).

Esta parcial muestra bibliográfica de diferentes áreas de América Latina alcanza para poner de manifiesto la preponderancia de estudios de corte positivista en la primera mitad del siglo xx. Al menos, muchos de ellos están basados en la información de ediciones y en la descripción de títulos críticos (en definitiva, en recopilaciones documentales y panoramas histórico-literarios) que la lectura de Cervantes fue generando, tendencia que, en algunos casos, sigue pesando

20 En el IX Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas, celebrado en la Universidad de San Pablo (Brasil) del 29 de junio al 3 de julio de 2015, se presentó una mesa redonda sobre el cervantismo en América Latina, con referencias específicas al panorama actual en el Río de la Plata. Jorge Sagastume y Alberto Rodríguez han preparando, a su vez, una obra colectiva dedicada al cervantismo en América (en proceso de edición).

en los volúmenes dedicados a este tipo de estudios. Asimismo, puede notarse en el repaso de épocas el efecto que han tenido las fechas conmemorativas de Cervantes o su obra como disparadoras de trabajos y publicaciones.

En Uruguay, el único trabajo previo de conjunto que repasa la repercusión de Cervantes en el campo literario local coincide, precisamente, con el centenario de la publicación del primer *Quijote*, en 2005. Diego González Gadea, paciente recopilador de documentos y referencias relacionadas con Cervantes, profesor de historia en educación secundaria hasta los primeros años de la dictadura militar —cuando fue destituido—, librero, bibliófilo y apasionado cervantista publica *Cervantes en el Uruguay*, libro fundamental que tiene el valor de dar a conocer una bibliografía que contempla no solo las ediciones de obras de Cervantes y los trabajos críticos, sino aun inadvertidos artículos de periódico, obras para niños, materiales didácticos y buena parte de cuanto se publicó en Uruguay sobre el tema. Incluso, ensaya en él algunas valoraciones y comentarios.

Es evidente que, no solo por ser el primero en abordar en algún sentido —en este caso, panorámico— la historia de la presencia del *Quijote* en publicaciones uruguayas, sino, además, por lo confiable de sus referencias y la variedad de entradas bibliográficas que registra, el libro de González Gadea (2005) fue un apoyo indispensable para el inicio de esta investigación.

Uno de los propósitos de este será trazar un recorrido lector del *Quijote* en el Uruguay del siglo xx, sobre todo, intentando poner en evidencia cómo funcionó su lectura en ciertas inflexiones históricas concretas, especialmente conflictivas. Este plan dejaría afuera, en principio, las huellas de su recepción durante los dos siglos anteriores. Aun así, es útil un repaso de los antecedentes, que permiten partir de la seguridad de que el libro de Cervantes estuvo materialmente presente en las primeras bibliotecas existentes en Montevideo, afirmación para la que existen datos suficientes (Pierrotti, 2008-2009). Puede agregarse, aun a través de esos mínimos datos, que el *Quijote* pertenece al patrimonio cultural y simbólico propio desde los orígenes mismos de la sociedad uruguaya; de ese modo, puede mostrarse que la conversión del libro de Cervantes en un mito cultural al servicio de ciertos ideogramas vinculados con la identidad nacional y la matriz hispánica, que empezó a consolidarse hacia fin de siglo y se potenció en los centenarios cervantinos de 1905 y 1916, partió de un estatus previo de la obra. Así, en el estrecho campo cultural montevideano también conquistó la condición de clásico de la lengua y de la cultura latinoamericana en general.

En principio, y aún en el terreno de las hipótesis, no parecería demasiado arriesgado suponer un conocimiento temprano de la obra en la sociedad montevideana, que nace en 1724, bajo el estatuto de colonia española. Sin embargo, pudo no haber sido así, ya que, como se verá, hasta avanzado el siglo xviii, el *Quijote* no conquistó férreamente la condición de clásico en el campo cultural español.²¹ A un rapidísimo éxito en el siglo xvii en España, simultáneamente al

21 Existen muchas formas posibles de establecer la condición de un texto como clásico. Una forma puede ser aportada por la teoría de la recepción estética. Así, para Hans Robert Jauss,

del resto de Europa y a una singular recepción en América, le siguió una etapa de menor atención, sobre todo en la península. Aun así, no puede desconocerse la trascendencia que el libro tuvo en América Latina, casi desde su aparición. En muchos estudios, se ha relevado la gran cantidad de ejemplares que ingresaron al todavía llamado Nuevo Mundo desde el siglo xvii (Icaza, 1918; Torres Revello, 1940; Rodríguez Marín, 1911; Leonard, 1953).

Pedro Luis Barcia sintetiza, de este modo, las investigaciones sobre los números que se han recabado respecto al envío de ejemplares a América:

Se ha documentado que, el 25 de febrero de 1605, Pedro González Refolio presentaba a la Inquisición un pedido de autorización para enviar a América cuatro cajas de libros, y que en ellas figuraban «5 Don Quixote de la mancha». Y que, el 26 de marzo de 1605, 75 ejemplares del Quijote fueron embarcados en Sevilla, en una de las 45 cajas de libros enviados a América, y que fueron desembarcados en San Pedro de Portobelo, en Tierra Firme, remitidos por el mercader peninsular Juan de Sarriá [...]. En fin, Francisco Rodríguez Marín (1911) ha probado que el 12 de julio de 1605 se envió a las Indias una partida de nada menos que 262 ejemplares de *El Quijote* (Barcia, 2004: 74).

José Montero Reguera supone que ese elevado número habría contribuido en forma decisiva al rápido agotamiento de las seis primeras ediciones de la novela y que «el envío de ejemplares a tierras americanas comenzó el mismo año de la publicación de la primera parte del *Quijote*» (Montero Reguera, 1992: 135), a pesar de que estuviera prohibido por las autoridades remitir hacia América obras «de imaginación» (Rodríguez Marín, 1911: 21).²²

«la comprensión histórica de un texto se lleva a cabo mediante la unión del sujeto y lo que el objeto aporta. Pero ambos a la vez son vehículos de diferentes creencias y valores determinantes en ese proceso dialógico [circularidad que supone la dialéctica pregunta-respuesta, un constante ejercicio de conocimiento mutuo]. El lector lo hace en diferentes tiempos y con diversos fines, lo cual pone a prueba la potencialidad del texto de ser un clásico, en la medida en que es capaz de ser “una especie de presente atemporal, simultáneo a todo presente”» (cit. en Freire, 2011: 201). Muy conocida es la definición de Jorge Luis Borges acerca de que «un clásico es aquel libro que una nación o un grupo de naciones o el largo tiempo han decidido leer como si en sus páginas todo fuera deliberado, fatal, profundo como el cosmos y capaz de interpretaciones sin término»; en esa condición variable estaría la posible perdurabilidad de cualquier obra literaria, cuyos medios «se gastan a medida que los reconoce el lector» (Borges, 1980: 281). Italo Calvino, por su parte, enumera ciertas condiciones que atribuye a los textos clásicos para que puedan considerarse tales. Entre ellas, «un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir», que es lo mismo que considerarlo inagotable y abierto siempre a las nuevas interpretaciones (Calvino, 1993: 14). Pero, a la vez, para Calvino, «los clásicos son esos libros que nos llegan trayendo impresa la huella de las lecturas que han precedido a la nuestra, y, tras de sí, la huella que han dejado en la cultura o en las culturas que han atravesado (o, más sencillamente, en el lenguaje de las costumbres» (Calvino, 1993: 15).

22 Anastasio Rojo consigna los títulos de los libros que más se enviaron a América en el siglo xvi: «La literatura está representada por *Espejo de caballerías*, *Amadís de Grecia*, *La araucana*, de [Alonso de] Ercilla, el *Romancero historiado*, de Lucas Rodríguez, *Romancero*, de [Pedro de] Padilla, *Orlando furioso*, [de Ludovico Ariosto], *Segundo cancionero*, de Jorge de Montemayor, *Florisel de Niquea*, de Feliciano de Silva, acompañado de obras menos numerosas, entre las que

Un dato interesante para reconstruir las condiciones de la primera recepción figura en las *Tradiciones peruanas* (crónicas escritas entre 1889-1908), donde Ricardo Palma cuenta una atractiva historia de cómo habría llegado el primer *Quijote* a esta zona del mundo en noviembre de 1605, enviado desde México a las manos del virrey de Perú, Gaspar de Zúñiga Acevedo y Fonseca. Las fuentes orales de las que el escritor romántico dice recoger estos datos no ofrecen garantías de su veracidad, pero, en cambio, parece más confiable su testimonio de un ejemplar dedicado por el propio Cervantes a un amigo de juventud, Juan de Avendaño, quien residía en Lima. Según Palma, existió en Lima un ejemplar del primer tomo del *Quijote*, con dedicatoria de Cervantes a un caballero español radicado en Perú:

Llamose este don Juan de Avendaño, quien vino desde España con nombramiento del rey, expedido en 1603, a servir un empleo en las Cajas reales, y que en 1610 pasó con ascenso a Trujillo. Avendaño había sido en la Universidad de Salamanca amicísimo de Cervantes, amistad que no se enfrió con la distancia, pues, aunque de tarde en tarde, cambiaban cartas. [...] Así, cuando en 1606 tenía ya el *Quijote* lectores en Lima, Avendaño daba noticias personales sobre el autor, agregando que no le sorprendería verlo de repente por acá, pues lo animaba para que viniese a América en pos de fortuna más propicia que la que lograba en la madre patria (Palma, 2012).

Una nota del autor aclara al final del artículo que investigaciones posteriores a su primera redacción han demostrado la intimidad entre Cervantes y Avendaño, quien «mantuvo conversación amorosa (discreta frase de aquellos tiempos) con doña Constanza de Ovando, hija de doña Andrea, hermana de Cervantes, a la que no olvidó en América, pues desde Trujillo le envió dinero en 1614» (Palma, 2012).

Además de estos datos históricos conocidos por Palma, aparece un Juan de Avendaño como personaje de *La ilustre fregona*, una de las *Novelas ejemplares* (1613) de Cervantes. Agustín González de Amezúa y Mayo fue uno de los investigadores que se dedicó a buscar las fuentes históricas y documentales de la existencia de este personaje, señalando *La ilustre fregona* como la más que posible fuente histórica para sus dos protagonistas (Diego de Carriazo y Juan de Avendaño), ya que en los libros de registro de matrículas de la Universidad de Salamanca aparecen dos mozos homónimos a los de la novela, inscriptos entre

cabe señalar los cuatro *Amadís* [de Gaula], *Celestina*, *Belianís de Grecia*, *Celidón de Iberia*, *El caballero determinado*, de Olivier de la Marche y *Olivante de Laura*» (Rojo, 1992: 129).

La prohibición de enviar a América «muchos libros de romance, de historia y de profanidad, como son el *Amadís* y otros de esta calidad» se remonta a una Real Cédula de 1531 y se reitera en 1543 con el agregado de la prohibición de tenerlos en las casas y, especialmente, de suministrárselos a los indios. Hay referencias a registro de naves buscando obras prohibidas en 1556, 1558 y 1585. Una pragmática de 1585 recomendaba la presencia de religiosos en los escrutinios. De todos modos, no parece haberse acatado en los hechos y la Iglesia probablemente hiciera la vista gorda en tanto no se trataba de libros que estuvieran en el índice de obras prohibidas o expurgadas (Rojo, 1992: 129).

1581 y 1584 (González de Amezúa y Mayo, 1956: 285).²³ En el caso de los Carriazo, «procedían del solar de este nombre en la montaña, pero se establecieron en Burgos. Entre 1569 y 1570 era corregidor de esta ciudad un licenciado, Diego de Carriazo». Respecto a Juan de Avendaño, un vecino con ese nombre, residente en la ciudad de Trujillo en Perú,

aparece en una escritura de lasto, otorgada por doña Constanza de Oviedo, sobrina de Cervantes, a favor de aquel, lo cual, a juicio de don Emilio Cotarelo, identifica al Avendaño de *La ilustre fregona*, no solo con el estudiante matriculado en Salamanca, sino también con el caballero perulero, generoso favorecedor de la sobrina de Cervantes, a título ciertamente no muy claro para su honra (Amezúa, 1956: 296).

Hay otros casos en la literatura cervantina que muestran su gusto por bautizar a los personajes con nombre de sujetos reales, y las motivaciones debieron ser, sin duda, variadas.²⁴ En este caso, el enigma se refuerza por la coincidencia del nombre de la bella protagonista de la novela, Constanza, con el de la sobrina de Cervantes, protegida económicamente por Juan de Avendaño. En la urdimbre de la trama, el autor deja sobresalir un bucle, alimenta una pista posible de reconocimiento íntimo o público que, por un lado, ayuda al espesor histórico de un relato saturado de casualidades literarias y, por otro, permite la sospecha de un mensaje cifrado, ya sea de un homenaje cómplice, ya sea de alguna misteriosa ironía.

En cualquier caso, el valioso volumen del *Quijote* que habría conocido Ricardo Palma en su juventud quedó en poder de la marquesa de Casa Calderón, literata limeña, y luego del doctor Agustín García. El propio Palma confiesa en su relato haber hecho en él su primera lectura del *Quijote* hacia 1850 (Palma, 1977: 398-400).²⁵

Además de estos testimonios, en los virreinos más antiguos se ha rastreado la carnavalización de los personajes de don Quijote y Sancho, como ocurrió

23 Por una parte, a pesar de la opinión de Palma, no se puede afirmar que Cervantes haya asistido alguna vez a las aulas de Salamanca ni a otras. Algunos investigadores especulan con su asistencia allí en el curso de 1567-1568; otros lo conciben alumno universitario en Alcalá de Henares (véase: <<http://www.espanolsalamanca.com/ciudadsalamanca.asp?lang=es&sec=7&subs=3>>).

Lo cierto es que miles de jóvenes deseosos de saber o de medrar asisten por esa época a los cursos de Salamanca sin matricularse, por lo que no es posible encontrarlos en sus registros (Piñeiro, 2005: 23-35). Por otra parte, las ventas cervantinas están llenas de jóvenes como Carriazo y Avendaño, escapados de la autoridad de sus mayores: los protagonistas de *La señora Cornelia* abandonan las letras por las armas, dejando Salamanca para ir a Flandes, lo mismo que hace Tomás Rodaja con el permiso de su amo. Ese mismo gesto aparece en *La ilustre fregona* solo como un simulacro. La coincidencia puede hacer pensar tanto en el trayecto del propio autor como en un itinerario frecuente en la época.

24 Uno de los casos más sobresalientes es el de Ginés de Pasamonte, que ha dado lugar a tanta literatura (véase Jiménez, 2005; Riquer, 2003).

25 Como se verá en distintos momentos a lo largo de este libro, el deseo de imaginar la llegada del primer *Quijote* a América ha dado réditos literarios en diferentes épocas con muy distintos propósitos y adscriptos a diversas categorías textuales.

en fiestas de disfraces de Perú ya en 1607 (Icaza, 1918: 115), pero habrá que esperar a 1746 para obtener una mención directa de algún libro cervantino en el inventario de una biblioteca chilena (Montero Reguera, 1992: 137). De hecho, podría citarse una referencia anterior al *Quijote* en las letras brasileñas, si se tiene en cuenta que en 1735 se representa en Lisboa la pieza *Vida del gran don Quixote de la Mancha y del gordo Sancho Panza*, escrita por el autor Antonio José, *el Judío*, nacido en Brasil (Macedo Soares, 1947: 599).

Respecto a la búsqueda de datos que confirman huellas de las primeras recepciones en los distintos países y zonas, así como de la existencia de las ediciones más antiguas del *Quijote* en territorios americanos, cualquier información es provisoria y sujeta a nuevos hallazgos y nunca suficiente para basar en los datos aquí consignados afirmaciones concluyentes. Aun así, pueden señalarse algunos hitos ya sancionados por la crítica, fechas estimadas y periodizaciones en las que existe consenso. Por ejemplo, parece natural que, en ciudades como México y Lima, fundadas a mediados del siglo XVI y rápidamente colonizadas por los españoles, se hayan encontrado testimonios anteriores de la recepción cervantina. En su meticulosa revisión de fuentes e investigaciones americanas y españolas, Montero Reguera atribuye a factores como la lejanía y la fundación tardía del Virreinato del Río de la Plata el retardo del conocimiento de Cervantes. En ese sentido, utiliza los argumentos de Guillermo Díaz Plaja:

La cultura literaria en los terrenos situados en el extremo meridional del Virreinato del Perú se produce, como es sabido, con un lógico retraso en relación con el núcleo intelectual de Lima. Nadie ignora que Córdoba es el primer foco intelectual de lo que un día habrá de ser la República Argentina, y, asimismo, es bien conocida la posición que en este grupo cultural mantiene la Compañía de Jesús hasta el momento de su expulsión, [que dio] a su labor cultural un fuerte matiz teocrático. No es fácil, en este ambiente, encontrar a Cervantes en las bibliotecas de los centros culturales de la época (cit. en Montero Reguera, 1992: 138).

A pesar de este retraso respecto a otras zonas de América Latina, la huella de la lectura del *Quijote* está presente en la etapa fundacional del campo cultural uruguayo. Es necesario recordar la pobreza material y cultural de Montevideo a fines del siglo XVIII y dejar claro que los libros no abundaban, más bien lo contrario, y no era fácil comprar un ejemplar del *Quijote* en un comercio de la ciudad. Isidoro de María cuenta una historia de un inglés que, en 1799, solicita a un librero español instalado en Montevideo, José Fernández Cutiellos, «Feijoo, Lope de Vega y el *Quijote*», encontrando una respuesta negativa (cit. en González Gadea, 2005: 16). A pesar de esto, los inventarios conservados de las bibliotecas particulares más antiguas de Montevideo ya relevan la existencia de ejemplares del *Quijote*. Se trata de bibliotecas formadas entre 1780 y 1810, pertenecientes a Cipriano de Melo —constituida por 72 ejemplares— y a Francisco Ortega y Monroy —quien poseía 276 volúmenes. En la colección de este funcionario

del Imperio Español se halló también un ejemplar de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (Sábat Pebet, 1958).

La biblioteca de Ortega y Monroy estuvo depositada durante algún tiempo en la estancia de Martín José Artigas, padre de José Gervasio Artigas, héroe de la Revolución Oriental.²⁶ Por una parte, ese dato sirvió a algunos historiadores o ensayistas para tejer la hipótesis de que el héroe patrio pudo haber leído esos libros, lo que, de comprobarse, revelaría su formación autodidacta posterior al nivel básico alcanzado en el colegio de los padres franciscanos de Montevideo (González Gadea, 2005: 16). Sería una hipótesis más arriesgada aún, aunque atractiva, suponer que Artigas leyó el *Quijote* en esa biblioteca.

Por otra parte, la presencia del *Quijote* en la inspiración de las gestas independentistas latinoamericanas fue señalada ya en su momento, aunque no siempre con un sentido elogioso. González Gadea registra el uso del término *quijote* como calificativo aplicado a Artigas en una carta de Gervasio Antonio de Posadas al general José San Martín.²⁷ El uso de *quijote* en ese sentido era, entonces, despectivo, en tanto lo confirma el *Diccionario de autoridades* de la Real Academia Española de 1726. En similar sentido se atribuye a Simón Bolívar la frase: «Jesucristo, don Quijote y yo hemos sido los tres mayores locos de la historia» (González Gadea, 2005: 18). En 1810, a poco de iniciarse el levantamiento independentista en México, aparecen dos libelos contra Miguel Hidalgo: uno firmado por el doctor Agustín Pomposo Fernández, intitulado *Las fazañas del Hidalgo, Quixote de nuevo cuño, facedor de tuertos, etc.*, y, poco después, uno anónimo, con el siguiente título: *Nuevo encuentro del valiente mameluco don Quijote con su escudero Sancho en las riberas de México, diálogo... para la instrucción de la presente historia revolucionaria, en que igualmente se ridiculiza el execrable proyecto del cura Hidalgo y socios* (Salvador, 2005: 52).

Es obvio que la lejanía con respecto a los primeros centros coloniales del continente y la fundación tardía del Virreinato del Río de la Plata incidieron en el retardo comparativo del conocimiento de Cervantes en el territorio en cuanto a otras zonas de América del Sur. Si se observa el detalle de los inventarios publicados de las bibliotecas coloniales rioplatenses, puede sacarse otras conclusiones que permiten rebatir las afirmaciones de Díaz Plaja sobre la ausencia de divulgación cervantina en la órbita educativa jesuítica del extremo sur de América.

Respecto al período colonial en Argentina, Barcia documenta la existencia de «dos libros de don Quijote» en el testamento del español Miguel Antonio de Escalante, en Cuyo, fallecido en 1738. Lo mismo ocurre en una biblioteca de Catamarca, perteneciente al padre Bartolomé José de Castro, en 1741, en el

26 *Oriental* es un gentilicio referido a los uruguayos, que deriva de una de las primeras denominaciones del territorio, que luego correspondería al Uruguay actual: Banda Oriental.

27 Existe un trabajo que aproxima a don Quijote al propio San Martín. Véase: GUZMÁN, Carlos Alberto, *Paralelo entre don José de San Martín y don Quijote de la Mancha: estudio comparado de la vida, los hechos y el pensamiento de dos héroes legendarios*, La Plata: Ramos Americana, 1981.

inventario de bienes de Felipe Haedo, un pulpero de Córdoba, a fines del siglo XVIII, donde se registra «un don Quijote de la Mancha muy viejo». Asimismo, aparecen referencias a volúmenes en la provincia de San Juan, en 1770, y en Mendoza, en 1776. En 1787, hay dos ediciones del *Quijote* en el catálogo de la biblioteca del obispo de Buenos Aires, quien poseía más de un millar de volúmenes, los que luego de su muerte pasaron a la recién fundada Biblioteca Pública de Buenos Aires (Barcia, 2004: 79-81).

Mientras tanto, en Montevideo, todas las bibliotecas particulares eran muy inferiores a la que poseía en esta ciudad la comunidad jesuita al momento de su expulsión, en 1767. En el arqueo realizado en esa fecha, la biblioteca disponía de 1930 volúmenes, entre los cuales se hallaron los primeros ejemplares conocidos en el Río de la Plata de los *Autos sacramentales* de Pedro Calderón de la Barca y, de nuevo, un ejemplar del *Quijote* (Ferrés, 1975; Sábat Pebet, 1958). El destino de esos libros confiscados es bastante incierto. Una orden emitida por la Junta Provisional de Temporalidades de Buenos Aires que entendía sobre los bienes jesuíticos resolvió que aquellos se entregaran al cura de Montevideo «para que sirv[ier]an al público» (Ferrés, 1975: 197). La resolución, que hubiera dado lugar a la creación de la primera biblioteca pública montevideana, no se llevó a cabo, y, en 1775, se dispuso que los libros se entregaran a Buenos Aires, por lo que quedaron en custodia del cura interino de la Iglesia Matriz, don José Manuel Pérez Castellano (Ferrés, 1975: 199), el primer escritor criollo de Montevideo. Es fácilmente conjeturable que el ejemplar del *Quijote* de la biblioteca jesuítica fue el que leyó con devoción Pérez Castellano.²⁸ Algunos años más tarde, en un libro redactado por encomienda del Gobierno patrio, *Observaciones sobre agricultura* (1813), acude varias veces a ejemplos del «inmortal poema de don Quijote [sic]» y recuerda algunos episodios del libro (Pérez Castellano, 1968: 95). Hay que notar que el sacerdote concluyó el texto en 1813, pero venía trabajando en él desde hacía algún tiempo. El delicioso libro de consejos basados en sus prácticos conocimientos botánicos y en su experiencia como agricultor integra reflexiones y comentarios. En el mismo texto, defiende el método de intercalar digresiones aunque se alejen del asunto que venía tratando, cuando al hablar del cultivo de membrillos hace la historia de los primeros pobladores de la ciudad: «Yo veo en escritores sabios y de mucha reputación digresiones que solo las hacen para aliviar la atención de los lectores, que se fatigan muchas veces en una lectura larga y seguida, cuando es monótona y aburrida» (Pérez Castellano, 1968: 95).²⁹

28 La edición del *Quijote* de la Real Academia Española de 1780 venía precedida por una introducción de Vicente de los Ríos, basada en el estudio de Gregorio Mayans y Siscar, cuya importancia se desarrollará más adelante. Lo más probable es que Pérez Castellano leyera esa edición, puesto que al final de las *Observaciones sobre agricultura* hace referencia a «Don Vicente de los Ríos en su análisis del *Quijote*».

29 González Gadea observó que este pasaje es, casi con seguridad, una referencia indirecta a Cervantes. Pérez Castellano debió conocer, por lo menos a través del análisis de Vicente de los Ríos, las distintas opiniones que generó en la crítica la inclusión de episodios intercalados en la primera parte del *Quijote* (González Gadea, 2005: 21).

Pérez elogia directamente a Cervantes, en la entrada correspondiente al cultivo de nabos:

No sé si los nabos entran también en la prohibición caballeresca de los ajos; ni me acuerdo tampoco si alguna vez don Quijote le da en rostro a su escudero de ese grosero alimento, o si el mismo Sancho Panza hace confesión ingenua de que los usaba. Esto último me parece más propio de la discreción de don Quijote, o, por mejor decir, de la de Cervantes, que engendró a aquel héroe en su cabeza fecunda. Solo sé que los nabos no son un alimento ni fino, ni delicado (Pérez Castellano, 1968: 62).

Esta primera referencia escrita a una lectura del *Quijote* en la orilla oriental del Plata prueba, si no la circulación, por lo menos, el contacto de los pocos hombres ilustrados de la pequeña ciudad con el célebre libro. Del otro lado del estuario, en el actual territorio argentino, se han hallado ediciones del *Quijote* en los respectivos catálogos llevados a cabo al momento de la expulsión de los jesuitas: en el Colegio de Buenos Aires, en el Colegio de Santa Fe y en la Universidad de Córdoba (Furlong, 1946: 147). Es probable que otras tantas piezas existieran en algunas bibliotecas particulares de Buenos Aires, a juzgar por la opinión de Adolfo Saldías (1849-1914), para quien el *Quijote* gozaba de una gran aceptación en «las repúblicas de habla castellana, porque encarna la democracia y la libertad», tanto que, en su opinión, «hacia 1810 era el más popular de todos, el que más leían y releían los hombres de la revolución» (cit. en Montero Reguera, 1992: 134).

Para Icaza, aunque sea impreciso, la devoción por el *Quijote* se habría extendido en los años prerrevolucionarios a otros puntos de la América española:

El *Quijote* era ya más leído [...] durante el período de crisis que precedió inmediatamente a la emancipación de las antiguas colonias. Es de notar que no fuera tan citado por los hombres que personificaban la cultura hispanoamericana entonces —los que representaron a América en las Cortes de Cádiz, por ejemplo—, como por otros menos doctos y más populares, por francamente revolucionarios: hombres de acción que hacían historia a la vez que la escribían; que estimaban la literatura como medio de propaganda; que la practicaron con rudeza de pueblo (Icaza, 1918: 118).

Si se tiene en cuenta que Icaza fija la primera referencia literaria hispanoamericana a la novela de Cervantes en *La Quijotita y su prima*, publicada en 1819 por el mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi (Icaza, 1918: 120), las inocentes incursiones cervantinas de Pérez Castellano, lógicamente desconocidas por Icaza, podrían ser las primeras referencias literarias a la obra en América.

Además, en 1818, aparece una referencia literaria en Argentina, esta vez en un registro de tono gauchesco. Se trata de la *Confesión histórica en diálogo que hace el Quijote de Cuyo Francisco Corro*, de Juan Gualberto Godoy, publicado en Mendoza (Chávez, 2004), lo que obliga a pensar en un conocimiento bastante amplio de la novela en el Río de la Plata y de su apropiación en una lengua mestiza y criolla hasta un extremo que nunca pudo haber imaginado siquiera

Juan Montalvo.³⁰ Lauro Ayestarán rescató un caso similar en territorio uruguayo, recogido en un periódico de 1823 (Ayestarán, 1949: 143-208). Se trata de *El cielito del día*, una forma poético-gauchesca de protesta contra la ocupación brasileña del territorio uruguayo, cuyos blancos de crítica son el Imperio del Brasil y el emperador don Pedro I:

Atención pido, señores
que el asunto lo merece,
tengan silencio por Cristo,
para que el cielito empiece.

Cielito, cielo que sí,
cielito de Manduré,³¹
el que quiera lazo verde
que se vaya a San José.
Oiganle a mi villa vieja
en grande con el Barón,
al cabo sacó sus prendas
tan luego en el pericón.

Cielito, sielo que sí,
cielito de la esperanza,
también en la gangolina
se metió D. Sancho Panza.
Ellos han tomado tema
de volvernós imperiales,
y nosotros por sistema
que hemos de ser ORIENTALES.

Cielito, cielo que sí,
cielito que habrá fandango,
no les hemos de aflojar
la pisada de un chimango [...].
Orientales y Españoles
ya todos somos hermanos,
tenemos igual derecho
de no consentir tiranos.

Cielito, cielo que sí,
cielito de la igualdad,
que la independencia viva,
y viva la libertad [...]

(Ayestarán, 1949: 143-144).

En este cielito, forma criolla de poesía de protesta por excelencia, se afirma que hasta Sancho Panza se metió en «gangolina», término que parece tomado

30 Alejandro E. Parada menciona el siguiente artículo de prensa sobre la presencia del *Quijote* en la gauchesca: FERNÁNDEZ LATOUR DE BOTAS, Olga, «Rastros del *Quijote* en la tradición gauchesca», en *La Nación*, Buenos Aires, 16 de abril de 2005.

31 El manduré es un pez de río. Aquí parece ser el nombre de un lugar emblemático. Quizás se refiere a la zona del arroyo Manduré, en la Provincia de Corrientes (Argentina), cerca de Mercedes.

del portugués, como tantos otros de la gauchesca de la época (Ayestarán, 1967), con el significado de barullo, pero también redada y revuelta.³² Probablemente, el autor anónimo aprovecha la cobardía de Sancho, tantas veces referida en el *Quijote*, para darle sentido a la arenga, que cuenta con la adhesión generalizada y la seguridad de que habrá «fandango»,³³ porque todos los habitantes desean ser orientales y porque todos, tanto españoles como criollos, merecen la libertad y la autonomía política de sus gobiernos electos, conforme a los ideales republicanos que alientan los versos.

Por su parte, en *El hombre de importancia*, Francisco Acuña de Figueroa ejerce su ironía contra los figurones, los pedantes, probablemente los intelectuales, políticos y escritores románticos, en una letrilla satírica que menciona el desprecio esnob por Cervantes, y aun por toda la tradición literaria española —de distintos signos y épocas, representados en Lope de Vega, el padre Juan de Mariana y Manuel Bretón de los Herreros—, como gesto (al menos, declarativo y ya mencionado) de moda afrancesada y pretendidamente culta, cosmopolita y progresista:

No historia, ni poesía,
ni ciencia estudies, Fabio;
quien más charla ese es más sabio,
lo demás es bobería:
en Pomposa algarabía
hable con gran petulancia;
y ya es hombre de importancia.
Órgano de la opinión
llame a cualquier periodista
con mucho de socialista,
luces, progreso y fusión;
carta, y no constitución,
dirá al estilo de Francia;
y ya es hombre de importancia.
No se deje en el tintero
a la clase proletaria,
con lo de acción trinitaria,
receta y mes financiero;
apanaje y flibustero,
den a su asunto sustancia;

32 En *Una excursión a los indios ranqueles*, Lucio Mansilla usa el término como sinónimo de ruido, alboroto (véase: MANSILLA, Lucio, Cap. XXII, II Parte «Una nube de arena. Cálculos. El ojo del indio. Segundo parlamento. Se avista el toldo de Mariano Rosas. Frente a él», en ídem, *Una excursión a los indios ranqueles*, Buenos Aires: Biblioteca de La Nación, 1905: 236). A su vez, el escritor *gaúcho*, João Simões de Lopes Neto, en el relato «O duelo dos farrapos», lo registra en el siguiente contexto: «Por esse entrementes, no Estado Oriental, andava gangolina grossa entre Oribe e Rivera, que eram os dois que queriam o penacho de manda-tudo. Volta e meia as partidas deles se pechavam e sempre havia entrevero» (en: <<http://www.somosdosul.com.br/index.php/contos-gauchos/713-0-duelo-dos-farrapos>>).

33 El significado originario se refería a un baile español, pero aquí tiene el sentido de gresca.

y ya es hombre de importancia.
Retrógrado ha de decir,
statu quo, y feudalismo;
que el siglo marcha al cinismo,
y que es nuestro el porvenir;
sueño de oro ha de embutir,
y talismán y elegancia;
y ya es hombre de importancia.
Fracasar, cotización,
casación y aprendizaje,
masacre, ojivo y carruaje,
adornen su locución;
y en larga lucubración
dé a luz una extravagancia;
y ya es hombre de importancia.
Con aire de quien desprecia,
al drama más bello embista:
hable del protagonista,
prótasis y peripecia,
extasiando a Roma y Grecia
con sarcasmo y con jactancia;
y ya es hombre de importancia.
Elimine con baldón
a Cervantes y Mariana,
descargando su macana
desde Lope hasta Bretón;
¡Anatema!, ¡maldición!,
lance en esa turba rancia;
y ya es hombre de importancia.
No hay que una vida, dirá
con galicismo expresivo,
y el mundo definitivo
su diorama aplaudirá;
y de un parque elogiará
la escultural elegancia;
y ya es hombre de importancia.
Mutua solidaridad,
e impulso emancipatriz
son voces que harán feliz
a una notabilidad;
y en misteriosa ansiedad
haga votos por la infancia;
y ya es hombre de importancia.
Con satánica sonrisa
jure a su virgen amor
con un volcánico ardor
que cruce cual blanda brisa,
y de hinojos ante Elisa
acredite su constancia;

y ya es hombre de importancia.
 La toaleta y el buró,
 lo de prosaica figura,
 y el llamar pastor a un cura,
 son de un hombre comm'i fó:
 dará quitanzas, mas no
 recibos, que es cosa rancia;
 y ya es hombre de importancia.
 Instaure un comicio y dé
 garantías a las masas,
 con facultades escasas
 al que en la poltrona esté;
 y haga profesión de fe
 con moderna altisonancia;
 y ya es hombre de importancia.
 Hable en tono campanudo
 al emitir su moción,
 como hombre de corazón,
 y no estacionario rudo;
 y, en fin, sabio y concienzudo
 charle con gran arrogancia;
 y ya es hombre de importancia
 (Acuña de Figueroa, 1890: 199).³⁴

Las formas originales de la gauchesca y la peculiar pieza satírica de Acuña evidencian zonas propias de resignificaciones que dan cuenta de un campo literario que se está construyendo en una relación de tensión inevitable con la matriz hispánica, a cuyos símbolos y mitos se apela, aun así, recurrentemente.

Al margen de estas manifestaciones locales y en términos bien generales, tanto la recepción latinoamericana del *Quijote*, la demanda y la circulación de volúmenes como el sentido en que fue leído funcionaron, más o menos, de modo similar a lo que ocurriera en la metrópoli: una fuerte e inmediata repercusión en el propio siglo xvii, cuando ante todo se lo leyó como un libro de burlas, que fue decayendo a lo largo de esa centuria y reapareciendo en citas y ediciones ya avanzado el xviii, siglo en el que se lo consideró, entonces, como obra canónica. En términos más generales, ha habido consenso en afirmar que en el siglo xvii se leyó el *Quijote* como novela cómica y que el interés por la obra en España fue decayendo en el siguiente (Icaza, 1918; Montero Reguera, 1992; Riley, 2001; Close, 2005), aunque, recientemente, Jesús Pérez Magallón atenúa bastante el punto, mostrando que «si tenemos en cuenta las diferencias demográficas [con Francia y España], lo que resulta evidente es que en España se sigue conservando una afición lectora del *Quijote* proporcionalmente más alta que en los demás

34 Además de recogido en las *Obras completas* (1890) de Acuña de Figueroa, lo escogió Marcelino Menéndez y Pelayo para su célebre *Antología de poetas hispanoamericanos* (1893). Emilio Carilla ha estudiado las particularidades lingüísticas del poema, en particular su léxico (su manejo de los anglicismos y galicismos, así como de la jerga romántica de moda, el uso americano de algunos vocablos). Véase Carilla, 1960: 211-217.

países» en el XVIII y el XIX, que el libro es leído «por todos los sectores de la sociedad que saben leer» y que gozó ininterrumpidamente de una «inmensa popularidad» (Pérez Magallón, 2015: 13, 14).

Sea como fuere, las ediciones americanas de la novela se hicieron esperar hasta bien entrado el siglo XIX. La primera de todas que se ha registrado hasta el momento ve la luz en México, en 1833. A partir de esa fecha, varias se suceden en forma casi ininterrumpida en esa ciudad; en la chilena Valparaíso, se realiza una edición abreviada en 1863. Un sello editorial, presente en Buenos Aires y Montevideo, pone en circulación una edición de lujo con grabados de Otto Neussel en 1875.³⁵

Por fin, en 1880, sale en Montevideo el que podría ser el primer *Quijote* impreso en el Cono Sur de América, aunque la edición argentina —publicada en la ciudad de La Plata en 1904— ostenta en su portadilla la inscripción «Primera edición sudamericana». Hasta 1930, la anterior era desconocida. El hallazgo de esta rara edición de 1880 correspondió al uruguayo Arturo Xalambri, quien atesoró una importante biblioteca cervantina.³⁶ Un folleto publicado en Madrid en 1930 contiene un apéndice en el que se detalla la forma y el estado en el que encontró el ejemplar y oficializa esta edición en el ámbito de los estudios cervantinos (Báig Baños, 1934: 11).³⁷ El *Quijote* uruguayo fue publicado en entregas, sin encuadernar, por el periódico *La Colonia Española* como regalo para sus suscriptores, por lo que Xalambri estima que la edición no pasaría de los 500 ejemplares.

De todos modos, a mediados del siglo XIX, la historia crítica del *Quijote* ya había sufrido profundas transformaciones en el ámbito europeo respecto a su primera recepción. Para entender las circunstancias culturales en que surgen, así como las etapas y variaciones de esos cambios que se percibirán en el campo uruguayo de manera contundente a partir de los primeros años del siglo XX, hay que remontarse a la historia de su recepción europea.

35 CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*, 2 tomos, Buenos Aires: Joya Literaria de Piqueras Cuspina y Cía.; Montevideo: Sucursal de la Joya Literaria, 1875. Además de los magníficos grabados de Otto Neussel, estaban ilustrados con un mapa y su encuadernación era en tela roja y cuero. Ambos tomos se imprimieron en el establecimiento tipográfico de J. Amalio Muñoz en España (véase: catálogo de De la Mancha a la Pampa. Exposición Cervantes, Azul, 2004. Disponible en: <https://www.academia.edu/3838416/Cat%C3%A1logo_Exposici%C3%B3n_Cervantes_2004>. Consultado en diciembre de 2013).

36 En la actualidad, la biblioteca cervantina de Xalambri está en poder de la Universidad de Montevideo, aunque el catálogo editado en 2001 no registra los 600 libros cervantinos que se expusieron en 1947 en vida del bibliófilo, según se notifica en el n.º 1 de la revista *Escritura* de Montevideo de ese mismo año (véase Claveria, Morandi, Armas *et al.*, 2001).

37 Xalambri dio a conocer la primera edición uruguaya del *Quijote* en un número extraordinario del diario católico *El Bien Público*, publicado en homenaje al centenario de la Jura de la Constitución de 1830 (agosto de 1930): «El libro más idealista de la humanidad», donde afirmaba que «[l]a primera edición del *Quijote* suramericana es uruguaya» (Xalambri, 1962: 105).

La conversión romántica del *Quijote*

Las interpretaciones románticas del *Quijote*, y sus distintas variantes históricas, han sido ampliamente estudiadas por Anthony Close, así como las insospechadas derivaciones de estas matrices interpretativas en la crítica académica del siglo xx y aun en la actualidad, aplicando el concepto de crítica romántica en un sentido amplio y ajustándolo, sobre todo, a aquellos escritos que en los últimos siglos desarrollan tres principios fundamentales, a saber:

1. la idealización de don Quijote, atenuando el carácter cómico-satírico de la novela;
2. la interpretación de la obra en un sentido simbólico, ya sea respecto al «alma humana» y la realidad o acerca de la historia de España y sus posibles mensajes políticos;
3. la interpretación del simbolismo de la novela «de forma que refleje la ideología, estética y sensibilidad del período contemporáneo», de acuerdo a una tendencia acomodaticia (Close, 2005: 15).

Quizás lo que más corresponda relevar del amplio trabajo de Close en función de nuestros propósitos sea, por un lado, la invención de una nueva forma de leer el *Quijote*, fundada por los escritores románticos alemanes, y por otro, cómo esas interpretaciones marcharon, inicialmente, al margen de la crítica erudita, para, finalmente, terminar, permeándola a principios del siglo xx, especialmente en España. Y esto si se tiene en cuenta que las interpretaciones y lecturas críticas del *Quijote*, a diferencia de lo que ocurrió con otros clásicos, tendieron a diversificarse, *grosso modo*, en dos tendencias: una centrada en la comprensión histórica del texto (el estudio lingüístico, filológico o ideológico, pero que parte de las circunstancias concretas del autor y de los lectores contemporáneos) y otra, en las muy variadas posibilidades de adaptación de la obra a las perspectivas del lector posterior, con una fuerte inclinación a la búsqueda de simbolismos universales o nacionales. En este sentido, la crítica académica tiende a representar un *reflujo regulador*, mientras que el *flujo liberador* estaría representado por las apropiaciones míticas y las libres interpretaciones acomodaticias.

La primera tendencia procuró el rigor metodológico y se resistió al subjetivismo, aunque, claro está, como dice Close, si

la filología —por ejemplo— se propone recuperar el sentido original y las circunstancias en que se crearon [las obras], no es menos cierto que no puede sustraerse por completo a la influencia de su propio tiempo, y ello afecta a la clase de preguntas que escoge plantear a un libro antiguo, a los métodos de análisis y, en mayor o menor medida, a la imagen que de estos textos se nos ofrecen (Close, 2005: 19).

No hay que dejar de considerar, además, que la crítica académica también se ha apoyado mucho en una concepción de la literatura «que presupone que el verdadero sentido de los textos subyace más allá de la superficie visible, es decir, en distintas formas de crítica simbólica, en un sentido lato» (Close, 2005: 19).

Cualquier presunción de la interpretación óptima, que hoy sería considerada ingenua, parte de la posibilidad de desentrañar un sentido único y verdadero de cualquier texto. Según algunas de las categorías propuestas por Hans Robert Jauss para la recepción estética, entre otras, debe tenerse en cuenta, sin embargo, la movilidad de los horizontes de expectativas que ocurre en cualquier experiencia lectora y, por lo tanto, crítica. Pero es sabido que el acto de comprensión, y, especialmente, la hermenéutica literaria, puede presuponerse como algo incuestionable, y así ha ocurrido, tanto en la interpretación gramatical como en la alegórica. Esto ha dependido, en buena medida, de qué sea lo que se entiende por comprensión de un texto, ya sea como «reconocimiento o interpretación de una verdad ya dada o revelada» o, por el contrario, «como búsqueda o comprobación de un posible sentido» (Jauss, 1985: 19). En todo caso, el acercamiento a un texto a partir de la primera forma enunciada por Jauss —partiendo de la existencia de *una* verdad— solo puede llevarse a cabo de ese modo ingenuo, ya sea que se considere la interpretación gramatical o la alegórica, «que lo actualiza en vistas a la comprensión contemporánea, para borrar la alteridad del pasado y volver a hacer presente la única verdad, siempre válida, del texto canónico» (Jauss, 1985: 19). Tener en cuenta los horizontes de comprensión que afectan la recepción de un texto dado supone, entonces, en principio, hacer consciente la «tensión entre texto y presente», de modo de evitar la ilusión de inmediatez de los textos clásicos bajo el presupuesto de su contemporaneidad atemporal.

En todo caso, la recuperación de ciertos horizontes de lectura (de una encrucijada histórica o social) puede servir en un triple sentido: para iluminar una potencialidad del texto, para dar cuenta de una historia de su lectura y para entender o explicar mejor las preocupaciones de una época.

Por tanto, en el recorrido histórico de la interpretación del *Quijote* que pueda visualizarse desde el presente, habrá que considerar el cruce de varios planos: por un lado, el horizonte histórico de su producción frente al horizonte del presente, y por otro, estos dos aspectos con relación a la «historia de los efectos» de lectura que el texto ha suscitado en los últimos cuatro siglos, para seguir con las categorías propuestas por Jauss. En esas distancias, se juega una nueva comprensión, probablemente más productiva de la obra, entendida como territorio de diálogo entre el presente y la tradición. En esa necesaria «fusión de horizontes» que propone Jauss, la reconstrucción del sentido de un texto puede admitir también diferentes métodos, ya sea «mediante la reconstrucción contrastante del horizonte de sentido ajeno o, en otros casos, mediante métodos modernos de alegorización, lo que supone alcanzar el sentido ajeno mediante una traslación actualizadora» (Jauss, 1985: 23). Es decir, el contexto ulterior también despliega el sentido del texto histórico, siempre abierto a nuevas potencialidades.

Lo más sorprendente, en el caso del *Quijote*, es la disparidad de discursos y representaciones culturales que el texto clásico ha suscitado, y, todavía más, la durabilidad de esas representaciones y su resistencia a desaparecer o, más bien, su reaparición en distintos contextos. Partiendo de estas advertencias o precauciones sobre la historicidad, provisoriedad y, por tanto, fragilidad de cualquier

interpretación, se tratará, a continuación, de describir los efectos históricos de la lectura del *Quijote*, pero, sobre todo, de procurar explicarlos en su contexto social y político cuando estos lo requieran, dadas las implicancias que desplegó el libro, fundamentalmente en el siglo XIX, así como de destacar la importancia de su productividad posterior, aunque sea enmascarada en otros discursos.

Hecha esta aclaración, puede considerarse un *segundo aspecto* que contribuyó al afianzamiento del simbolismo en la obra de Cervantes y, en especial, del vinculado con lo patriótico-nacional. Y es que, gracias al abono proporcionado por la concepción romántica, no es difícil entender que se recurriera al *Quijote* como símbolo cuando aparecen las primeras alarmas de los intelectuales frente a la crisis de España hacia fines del siglo XIX. De este modo, se gesta la identificación del *Quijote* con el destino de la nación en algunas páginas de Benito Pérez Galdós y de los regeneracionistas, principalmente en Joaquín Costa, ya entonces convertido en mito para un uso estrictamente político (Varela Olea, 2003). El tercer centenario del *Quijote*, en 1905, coincide con la toma de conciencia colectiva acerca de las consecuencias del Desastre de 1898 y la urgencia de los intelectuales por buscar remedios a los males históricos y actuales de España y por redefinir su destino (Storm, 2001; 2008).

Las primeras advertencias sobre el posible simbolismo oculto en el *Quijote* son muy tempranas también en España y pueden encontrarse en las primeras manifestaciones de la sensibilidad romántica —si se considera a José Cadalso y a Juan Meléndez Valdés como primeros románticos, según fundamenta Russell Sebold (2001 [1968]). En la LXI de sus *Cartas marruecas* (1789), Cadalso ya da por supuesto que el libro de Cervantes encierra un gran misterio, buscando en él un sentido alegórico: «En esta nación hay un libro aplaudido por todas las demás. Le he leído y me ha gustado sin duda, pero no deja de mortificarme la sospecha de que el sentido literal es uno y el verdadero, otro muy diferente» (Cadalso, 1981: 136).

A su vez, la creencia de que Cervantes había dejado escrito un documento donde revelaba los misterios del *Quijote* tomó carácter de leyenda a partir de que Vicente de los Ríos se hizo eco de esa afirmación que corría boca a boca. Damián Ferrer ubica el hecho concreto en 1780, cuando De los Ríos aseguraría «la existencia de una tradición cervantina mantenida a través de los años, según la que Cervantes, preocupado porque no se entendía su novela, habría escrito un buscapié que orientase su lectura» (Ferrer, 1989: 31). José María González de Mendoza detecta unos años antes el origen de esta versión, cuando, en 1773, De los Ríos leyó el texto *Elogio histórico de Cervantes* en la Academia Española, aunque es probable que lo haya dicho y escrito en más de una oportunidad (González de Mendoza, s. f.).

Lo cierto es que estas opiniones o tradiciones orales alimentaron la búsqueda de sentidos ocultos. El propio Vicente de los Ríos proponía leer el *Quijote* como una sátira encubierta contra importantes figuras de su época, como Carlos V o el duque de Lerma. Una y otra vez, a lo largo de los años, distintas lecturas críticas han recogido esos guantes e intentado desentrañar sentidos escondidos

bajo la letra.³⁸ Lo cierto es que, en 1848, Adolfo de Castro publicó un texto con ese título, *El buscapié*, que se presentaba como autógrafo perdido de Cervantes, supuestamente escrito por el autor como promoción y guía graciosa y crítica para la lectura del *Quijote*, en la que insinuaba que la obra contenía una «sátira fina — según Vicente de los Ríos— de muchas personas conocidas y principales, pero sin descubrir ni manifestar [sus nombres]» (Rico, 2012: 109). Aunque pronto se descubrió que era una falsificación, se siguió buscando en el libro y fuera de él revelaciones de tipo político y esotérico, concibiendo la novela como sátira alegórica. Recientemente, Francisco Rico repasa la historia del falso autógrafo cervantino, poniendo en evidencia posibles causas que explicarían no solo el embuste, sino las acaloradas polémicas que suscitó y qué otros asuntos estaban en juego, en momentos en que en Londres se publicaba una importante biografía de Cervantes (la de Mayans y Siscar) y España intentaba competir y compensar el rezago histórico, exhumando noticias desconocidas del autor. Como si esto fuera poco, debía enfrentarse la opinión europea de que Cervantes, al reírse de la caballería, se estaba riendo de España, ridiculizando sus valores tradicionales, y de que, al conseguirlo, había provocado la decadencia de España (Rico, 2012: 112). Rico sintetiza los conflictos en torno a *El buscapié* y su contexto, señalando que «incluso una divergencia en puntos de erudición cervantina implicaba entonces cuestiones de más alcance. En el fondo, se estaba hablando de España, vista en el espejo de Europa y a los destellos de la Ilustración» (Rico, 2012: 111).

Simultáneamente a esta línea de trabajos, se desarrolló la actitud panegírica hacia el libro de Cervantes. Ambas concepciones, predecesoras de la propiamente romántica iniciada en Alemania y caracterizadas ambas por su acercamiento simbólico, terminaron por entrelazarse (Close, 2005: 133-135).

La otra línea de interpretación que se desarrolló en forma posterior, con consecuencias evidentemente importantes a fines del siglo XIX y principios del XX, también fue esbozada tempranamente: se trata de la identificación entre el texto y lo que está fuera de él, y, específicamente, entre don Quijote y España. El padre René Rapin, uno de los más importantes críticos del neoclasicismo francés, ya en 1675 afirma que el libro de Cervantes es «una muy fina sátira de su nación, pues toda la nobleza española, a la que ridiculiza por ese medio, estaba obsesionada por la caballería» (Riley, 2001a: 226). La línea que entendió el libro como sátira de ciertas figuras relevantes le dio un alcance nacional colectivo, solidarizando, en el futuro, la figura del hidalgo con la representación de la decadencia de España y su ceguera histórica, para atemperar la soberbia del imaginario social frente a las progresivas pérdidas materiales y simbólicas.

Entre 1617 y 1637, no hay ninguna edición española, y desde entonces, solo una hasta 1704. A partir del siglo XVIII, triunfará en la península (Riley, 2004: 223).

38 Sin ir muy lejos, el argentino Damián Ferrer, de cuyo trabajo tomé el dato inicial sobre la participación de Vicente de los Ríos en la importancia alcanzada por *El buscapié*, dedica su esfuerzo a probar ese propósito de sátira política en el *Quijote*, que no solo tomaría como blancos a Carlos V o el duque de Lerma, sino también, según la lectura que hace del texto, a Felipe II y Felipe III (Ferrer, 1989: 31).

No ocurre lo mismo en Inglaterra y Francia, donde proliferan las traducciones del *Quijote* y los comentarios que apuntan a la admiración de Cervantes como un satírico elegante, civilizado y benigno. En primer término, el desarrollo de la novela cómica inglesa, especialmente en los casos de Henry Fielding, Tobías Smollett y Laurence Sterne, dejan clara la deuda con el *Quijote* de Cervantes.³⁹ En segundo término, aparece la elogiosa e influyente *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* de Mayans y Siscar, que prologó la edición londinense de 1738. Por lo tanto, puede afirmarse que hacia 1840 Cervantes ha conquistado en Inglaterra el lugar de un clásico. Básicamente, en el siglo XVIII y en toda Europa, bajo la impronta del racionalismo, don Quijote se consideró paradigma del fanatismo religioso, del conservadurismo anacrónico y del entusiasmo irracional (Close, 2005).

Simultáneamente a estos énfasis interpretativos, avanzó la identificación entre don Quijote y Cervantes, a medida que aumentó el interés por indagar sobre los aspectos desconocidos de la vida del autor. En las biografías de Cervantes, se fueron acentuando, a su vez, los aspectos heroicos y novelescos y, «mediante una sencilla transición, las virtudes del autor pasaron a engalanar el carácter del personaje y ambos fueron “absorbidos en el seno del sentimentalismo”» (Close, 2005: 36-37). Como se verá, esa identificación será de gran productividad posterior.

Las opiniones circulantes en Inglaterra y las consideraciones de Jean-Jacques Rousseau y Johann Gottfried Herder referidas a la nobleza de don Quijote anticiparán la idealización romántica del personaje. Es en el siglo XVIII cuando surgen las interpretaciones de la novela que tendrán tanto peso en el desarrollo posterior del género: «La perspectiva dual e irónica que contrapone el mundo social en su aspecto ordinario, prosaico y mezquino a la visión subjetiva del protagonista» (Close, 2005: 37). Los hermanos Schlegel, Schelling, Tieck y Richter se ocuparon del *Quijote* y su exégesis, inaugurando una perspectiva poética, como bien lo ha estudiado Close,⁴⁰ al buscar coincidencias con una de sus principales inquietudes metafísicas y estéticas: «la oposición entre sujeto y objeto, mente y naturaleza, espíritu y materia, y las esferas de la libertad y la necesidad» (Close, 2005: 60), y al hallar, en dicha novela, una expresión de su visión del hombre «escindido trágicamente entre razón e intuición imaginativa, espíritu y naturaleza. He aquí la clave del sesgo sombrío que tomará en las novelas del siglo XIX el conflicto quijotesco entre ilusión y realidad» (Close, 2005: 63). En las novelas deudoras de esta visión del mundo, por lo menos a partir de *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* de Johann Wolfgang von Goethe, el choque entre ilusión y realidad «suele poner a prueba los errores del sujeto ilusionado, corrigiéndolos o destrozándolos en un lento proceso de educación o de desengaño»

39 Fielding, en el prólogo a *Joseph Andrews* (1742), la califica como «a comic epic-poem in prose» y reconoce que está escrita «in imitation of the manner of Cervantes, author of don Quixote». Se basa en Cervantes, además, para distinguir lo burlesco y lo cómico y, al igual que Tobías Smollett, insiste en la verosimilitud como requisito de la caracterización (Close, 2005: 34).

40 También Jean Canavaggio se ha ocupado de la influencia y las consecuencias de las lecturas de Friedrich Schlegel y Friedrich Schelling en España (Canavaggio, 2006 [2005]: 161).

(Close, 2005: 64). El desarrollo novelesco de este conflicto del ideal que fracasa frente a la sociedad se profundizará a lo largo del siglo XIX. La herencia cervantina implícita o declarada en la concepción de la novela europea del siglo XIX y en la construcción de un héroe conflictivo ha sido suficientemente estudiada, ya sea respecto a Honoré de Balzac, Fiódor Dostoievski, Gustave Flaubert, Charles Dickens, Daniel Defoe, José María Eça de Queirós o Mark Twain, sin contar los que, además, cultivaron un aspecto satírico: Jonathan Swift, Henry Fielding y Joaquim Machado de Assis.⁴¹ En España, recién se efectivizará en creaciones ficcionales españolas en las novelas de Benito Pérez Galdós y Leopoldo Alas.⁴²

41 Puede leerse una síntesis de las huellas cervantinas en la novela del siglo XIX en dos artículos breves: Martín Morán, 2007 y Hagedorn, 2007, aunque para una consideración más extensa y profunda del tema necesariamente hay que remitirse a los estudios fundacionales de George Lukács, Marthe Robert, René Girard, entre tantos (ver bibliografía). Con un panorama amplísimo y una generosa perspectiva histórica y crítica, Jean Canavaggio considera la incidencia de Cervantes en la novela de los siglos XVIII y XIX, deteniéndose en Charles Sorel, Pierre de Marivaux, Henry Fielding, Charlotte Lennox, Tobías Smollett, Laurence Sterne, Charles Dickens, Gustave Flaubert, León Tolstói, Iván Turguéniev, Fiódor Dostoievski, Herman Melville y Mark Twain (Canavaggio, 2006 [2005]). Sobre las distintas formas de la relación de Machado de Assis con Cervantes y, en general, sobre su vínculo con la literatura brasileña existen varios trabajos de Maria Augusta Da Costa Vieira (1997; 2001; 2005).

42 Pedro Álvarez de Miranda advierte el signo conservador que tuvo el «quijotismo» en la narrativa española de comienzos del siglo XIX. Utiliza el término «quijotismo», según lo encuentra aplicado en la época que estudia, como imitación literaria de Cervantes, pero registra, además, algunos usos de la expresión como «actitud» ya en el siglo XVIII, sobre todo con signo despectivo: «Aguilar Piñal [lo explica como] una actitud beligerante que se propone abatir los residuos barrocos de la vida y las costumbres, en nombre de la razón y del buen gusto. La palabra designó [también] «la pretensión nobiliaria o de enriquecimiento burgués del estamento llano». En términos más precisos, René Andioc, que ha dedicado a la cuestión palabras luminosas, expone que «se califica de quijotismo toda actitud que testimonie un deseo de promoción social y que lleve consigo, como consecuencia, el abandono de un trabajo productivo por regla general». Pero podemos acudir incluso a definiciones de época, pues hubo escritores que nos dejaron algunas estupendas. Una, muy sintética, la debemos a don Ignacio de Merás Queipo de Llano, y está en verso: «Hablo del Quixotismo, / o vanidad infame / de no vivir contento / con su destino nadie»; el poema al que pertenece la cita, *El quixotismo*, es de 1786. Otra, que los estudiosos citados no recogen, orienta de nuevo el concepto hacia la manía nobiliaria, y es también inequívoca, además de explicativa del proceso semántico que condujo a tal significado. Es de Andrés Piquer, de fecha muy temprana (1755), y dice así: «Muchos hay que se jactan de nobles y descendientes de familias muy ilustres. Esta especie de jactancia se puede llamar quixotismo, tomando la denominación del fingido Cavallero Don Quixote, que, según le pintó Cervantes, siempre estaba haciendo alarde de la hidalguía y valentía cavalleresca» (Álvarez de Miranda, 2004: 31). Jean Canavaggio remite a la introducción de dos neologismos, el sustantivo *quijotismo* y el adjetivo *quijotesco*, en el *Diccionario* de la Academia de 1840. El primero, «sin connotación necesariamente negativa», se aplica «a toda conducta que recuerda el comportamiento de don Quijote, mientras que [el segundo] designa primero ese comportamiento, antes de calificar, por oposición a *cervantismo*, la preferencia dada al héroe más que a su creador. Después de la crisis nacional de 1898, Unamuno se hará el mejor intérprete de ese quijotismo. Pero, desde la segunda mitad del siglo, se expresa en el seno de una corriente inesperada, la de las interpretaciones esotéricas» (Canavaggio, 2006 [2005]: 159).

El Quijote como símbolo nacional

¿Cuál es la garantía de la interpretación correcta? En la práctica, la garantía es el contexto; en teoría, tiene que haber alguna auctoritas que haya determinado los límites y condiciones de la descontextualización. [...] El mito, junto con el símbolo, ayuda a soportar el dolor de la existencia y necesita de un control social. [...] Parece como si el modo simbólico se produjese en un consenso de hecho: no hay acuerdo sobre lo que quiere decir el símbolo, pero sí sobre su capacidad semiótica. No importa que luego cada cual lo interprete a su manera: el consenso social se logra cuando todos reconocen la fuerza, el mana del símbolo.

Umberto Eco, *Semiótica y filosofía del lenguaje*

Cualquier libro puede leerse de un *modo simbólico*, pero, en el caso del *Quijote*, dadas las adherencias que ha ido sumando en los últimos tres siglos, lo difícil es *no leerlo de un modo simbólico*. Cuando la intelectualidad española recurre, en el siglo XIX, a la figura de don Quijote en la búsqueda de un símbolo capaz de suscitar consenso y de lograr la suficiente repercusión pública para expresar la preocupación por el presente y futuro de la nación, el libro de Cervantes y su protagonista ya habían incorporado el *mana* del símbolo.

La evolución de la importancia del *Quijote* y su proceso de simbolización en España puede seguirse, para un primer panorama, a través de las ediciones que se sucedieron en ese país desde el siglo XVIII. La introducción a la edición inglesa del *Quijote* de 1738 fue un encargo que el aristócrata inglés Lord Carteret hizo al valenciano Gregorio Mayans y Siscar, quien era entonces bibliotecario real de España. La *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* no era solo una biografía, sino el más serio estudio hecho hasta el momento de las obras de Cervantes, especialmente del *Quijote*, que marcó la línea de la crítica cervantina por más de un siglo, promoviendo la idea de que estas cumplen con las normas de la preceptiva neoclásica y destacando, fundamentalmente, la naturalidad de estilo por oposición al fustigado arte barroco, quintaesenciado en Luis de Góngora (Close, 2005: 38-43). La oposición entre Cervantes y Góngora, tal vez implícita en muchos juicios de la época sobre la obra de ambos, puede servir, metodológicamente, para calibrar los criterios de valoración dominantes por lo menos hasta 1927, año de polémica y final rescate de la obra de Góngora.

La definitiva aceptación en España del *Quijote* como clásico ocurre a fines del siglo XVIII y principios del XIX.⁴³ En 1780, aparece la primera edición del *Quijote* de la Real Academia Española con una introducción de Vicente de los Ríos que se basa en el estudio de Mayans, pero con aportes importantes, como, por ejemplo, la definición del conflicto entre ilusión y realidad como base de la novela, y la idea de la doble perspectiva —«ordinaria» y «extraordinaria»— con que se construyen las aventuras y la mirada irónica sobre los libros de caballerías, aspecto este último que el Romanticismo no tendrá prioritariamente en cuenta, sino que tomará en serio el papel heroico de don Quijote.

La segunda edición de la Real Academia es de 1797-1798, con notas de Juan Antonio Pellicer. A su vez, en 1819 se publicó la *Vida de Cervantes*, de Martín de Navarrete, y entre 1833 y 1839 la edición anotada del *Quijote* en seis tomos, de Diego Clemencín, quien fue uno de los primeros en cuestionar la pureza idiomática de Cervantes, asunto que dio lugar a una polémica de largo aliento y generó varios acercamientos críticos que procuraron la defensa del autor del *Quijote* (Close, 2005).

Es comprensible el impacto que las lecturas románticas causaron en el campo literario español, si bien no inmediatamente. Según Close, también el krausismo ejerció una profunda influencia en la forma en que se consideró la literatura española: «Los krausistas distinguieron entre la historia “interna” o espiritual y la “externa” o política, y consideraban a los clásicos como representantes sensibles de su época, de las tradiciones nacionales y de las fuerzas de transformación histórica». Esas ideas tuvieron especial influencia en Miguel de Unamuno, José Martínez Ruiz (*Azorín*) y Ortega, y en su forma de leer el *Quijote*. Otra vía de historización de los estudios literarios fue la influencia de Hipólito Taine: el estudio de la literatura se convirtió en una forma específica de estudiar la historia y su objetivo no era la obra de arte en sí misma, sino el *ethos* de las naciones (Close, 2005: 155-157).

43 Montero Reguera sintetiza el proceso de canonización del *Quijote* en España, que se materializa en la consolidación como lectura obligatoria en los manuales escolares, y el ingreso a un lugar destacado en las historias de la literatura: «El siglo XIX lega también la penetración generalizada del *Quijote* en el sistema educativo español. [...] “Con *El Quijote para niños* y con los fragmentos [de este] seleccionados por lista para su colegio, culminará, en la década de los ochenta, casi coincidiendo con el Programa de Literatura Española de Menéndez y Pelayo, que consagra la lección 65 a Cervantes, la implantación del *Quijote* como manual de uso obligado en las horas de lectura y escritura al dictado de los escolares de todos los tramos del sistema educativo de los dos últimos siglos. [Así,] se inicia la penetración generalizada del *Quijote* en el sistema educativo español”. De esta manera, se culmina el proceso iniciado en el siglo XVIII de incorporación del *Quijote* a las historias de la literatura como uno de los grandes valores de la literatura española y continúa y se consolida en los manuales, preceptivos e historias de la literatura decimonónicas, tanto españolas como extranjeras: Francisco Giner de los Ríos (1866-1867), Manuel de la Revilla (1872), Manuel Milá y Fontanals (1873-1874), James Fitzmaurice-Kelly (1898), Marcelino Menéndez y Pelayo, etc.» (Montero Reguera, 2001: 198).

Estos factores contribuyeron a la utilización de la literatura por parte de personas no especialistas, de historiadores y políticos, en tanto fenómeno ejemplar o ilustrativo de la expresión de una nación. Un momento clave de esta trasposición ocurre en el estudio de Joaquín Costa, *Introducción a un tratado de política sacado textualmente de los refraneros, romanceros y gestas de la Península* (1881). Aunque, en principio, Costa no se ocupa del *Quijote*, su método y, en especial, su utilización de la figura del Cid como símbolo inspirador de la regeneración nacional inspirarían muchos de los escritos de la llamada generación del 98 sobre el *Quijote*.

Simultáneamente a estos puntos de vista, perduraron los estudios de preceptiva neoclásica y los defensores de la exégesis del texto, sin hacer entrar en ella las condiciones exteriores a la obra, así como el establecimiento de fuentes, el estudio del lenguaje, etcétera. El ala erudita de ese sector de la crítica será representada, sobre todo a fines del siglo XIX, por la figura de Menéndez y Pelayo y luego por Ramón Menéndez Pidal, dos figuras de gran peso académico y solidez intelectual. Estas aproximaciones coexisten, en algunos períodos, con las tendencias que leyeron el *Quijote* buscando, en su interpretación, claves político-nacionales, simbolismos filosóficos o claves ideológicas, cuando no, lisa y llanamente, premoniciones históricas.

Esos dos polos —académico regulador, por un lado, y simbólico o acomodaticio liberador, por otro— entre los que se ha movido la crítica, en especial cervantina, según se ha venido argumentando, pueden encontrarse, en las distintas etapas que se irán considerando, corriendo, a veces, paralelas y, a veces, francamente enfrentadas. Posiblemente, solo a la distancia pueda entenderse hasta qué punto pudieron ejercer influencias mutuas y colaborar en los derroteros críticos del *Quijote* en el siglo XX.

Lo cierto es que, en la segunda mitad del siglo XIX, aun críticos y exégetas que se mostraban escépticos ante la crítica simbólica manifiestan implícitas concesiones que dejan ver la influencia de esas ideas. Tanto Juan Valera (en una conferencia de 1864) como Menéndez y Pelayo, en cuyas opiniones se basa Valera, aceptan que el *Quijote* representa el eje de la cultura del siglo de oro para que, finalmente, acabara siendo considerada la obra del desengaño nacional: una novela en la cual la histórica actitud de melancolía por el lamentable rumbo que había adquirido la historia nacional desde el reinado de Felipe III podía encontrar un eco de confirmación o, mejor todavía, de clarificación y consuelo. Al cabo de muchas metamorfosis, el viejo tópico según el cual el libro había causado la decadencia de España se convirtió en el del autor que había visto con lucidez la naturaleza de esa decadencia, había advertido el peligro y tal vez incluso propuesto una solución (Close, 2005: 169).

Francisco Icaza fue uno de los primeros en advertir el momento de ese giro de los estudios cervantinos cuando, en 1918, afirmó que, a partir de los trabajos de Valera y de Menéndez y Pelayo, el *Quijote* deja de ser «un texto gramatical y un almacén de figuras retóricas», para transformarse en «la representación

armónica de la vida nacional en su momento de mayor apogeo e inminente decadencia, y la epopeya cómica del género humano, breviario eterno de la risa y de la sensatez» (Icaza, 1918: 128). El paso siguiente lo dará la llamada generación del 98, que consolidará a don Quijote y el quijotismo como verdaderos símbolos nacionales. Un recorrido similar se podrá reconocer en el incipiente campo literario uruguayo (aspecto que se desarrollará más adelante).

En ese período que media entre 1898 y 1918 es cuando se afianza la apropiación del *Quijote* para interpretar el pasado y el futuro de España. Y una fecha clave en ese proceso es el centenario del *Quijote* de 1905, momento en el que la conmemoración resulta útil para popularizar esta identificación y aprovecharla con fines políticos.⁴⁴

Carlos M. Gutiérrez conecta este proceso con tendencias que venían creciendo en otros países europeos, como la búsqueda de poetas nacionales y el gusto por lo simbólico y esotérico. Para esto, distingue, entre las dos últimas décadas del siglo XIX y el primer lustro del XX, la oposición entre lo que llama, siguiendo a Close, un «cervantismo intrínseco» y otro «extrínseco». Mientras el primero, de tendencia inmanente, «aspira a leer la obra desde su propia lógica o, en última instancia, desde la lógica de la filología positivista académica», el segundo «se decanta por volver a mezclar desde el simbolismo y desde una cierta hermenéutica *a priori* todos esos dominios (ciencia, moral, arte) que la modernidad pretendía separar» (Gutiérrez, 1999: 113).

Esta distinción fue muy tardía en Uruguay, lo que comprometió todo el siglo XX. Esto se debió, entre otras cosas, a la debilidad del campo académico, de difícil y lenta consolidación. La crítica literaria se ejerce en la prensa periódica (reseña, artículos de opinión, valoración circunstancial), en el ensayo recogido en libro, en la obra literaria o filosófica y en el texto de propaganda, ya con un fin más práctico. A causa de esa debilidad, proliferaron las libres interpretaciones y la utilización acomodaticia de la obra a las circunstancias y, en particular, a las aspiraciones de algún grupo social.

Gutiérrez, a su vez, diferencia dentro del cervantismo extrínseco de carácter extraacadémico: 1) las tendencias panegíricas y los estudios sobre un aspecto específico de la obra de Cervantes, como la medicina o la astronomía, por ejemplo, u otros; 2) el estudio interpretativo esotérico (como lo es el de Nicolás Díaz de Benjumea)⁴⁵ y 3) el análisis hermenéutico simbólico (que

44 El término *apropiación* se usará, por el momento, en el sentido de hacer uso de una interpretación simplificada o reductiva —en este caso, de un texto— para fines propios exclusivos. Por si acaso, puede recordarse el alcance que le da Michel Foucault cuando se refiere a la apropiación social de los discursos como un procedimiento por el cual estos son sometidos y confiscados por los individuos o las instituciones que se arrojan su control exclusivo (Foucault, 2006: 111).

45 Nicolás Díaz de Benjumea publicó una serie de artículos en *La América*, entre el 8 de agosto y el 24 de diciembre de 1859, que tuvieron gran resonancia y, según Close, «transformaron la crítica española». Por un lado, siguiendo a Samuel Taylor Coleridge, asumió la idea de que don Quijote personifica el idealismo moral y lo convierte en un arquetipo abstracto (del

sería el caso de las contribuciones de Ramiro de Maeztu, José Ortega y Gasset y Miguel de Unamuno).⁴⁶

El cervantismo extrínseco y, en especial, el que asume el carácter «hermenéutico simbólico», para seguir las categorías de Gutiérrez, fortalecerá la interpretación del *Quijote* como mito adaptable a la España finisecular, cuyo ápice se cumplirá en 1905 —el centenario del *Quijote* en el pasado siglo. Para entonces, si tomamos, en este caso, el concepto de Pierre Bourdieu, la obra cervantina devino en «capital cultural simbólico» por excelencia y trasladó su campo de significación fuera de los márgenes de la esfera artística (Bourdieu, 1995).

Las interpretaciones ideológicas del *Quijote* que se acomodan a lo que Gutiérrez llama «cervantismo extrínseco» fueron, para algunos, como también se dijo, consideradas un desvío. En 1918, Alfonso Reyes (1889-1959) comenta un libro de André Suarès sobre Cervantes, al que le señala desaciertos y «consideraciones de actualidad política que caen fuera de nuestro campo», apartándose él mismo, con este comentario, de la interpretación ideologizada de los textos y recortando un campo específico para el crítico literario profesional. De paso, revela la necesidad de deslindar esos dos territorios que tendían a contaminarse mutuamente desde hacía casi dos décadas y la condición ya advertible del *Quijote* como texto proclive a tales interpretaciones. La condescendencia de Reyes apunta también a motivos extrínsecos: «No se debe juzgar a Suarès por este ensayo aislado, que es, en todo caso, un testimonio elocuente de amor a España» (Reyes, 1948: 129). Por la misma fecha, y por razones similares a las que pudieron motivar a Reyes, Icaza habla peyorativamente de las lecturas «al margen del Quijote», tomando la frase de Unamuno y considerando, además, inapropiadas las libres interpretaciones y sugerencias que despierta la novela en el propio Unamuno y en Ortega y Gasset (Icaza, 1918).

La apelación al Quijote como símbolo, ya sea como crítica de una nación que se niega a renunciar a su pasado de grandeza o ya sea como llamado a retornar al hogar, abandonando estériles y alocadas aventuras extranjeras, bajo el ejemplo de Alonso Quijano, empieza a desarrollarse en España, como lo demuestra María de los Ángeles Varela Olea, desde los días de la Revolución Septembrina (Varela Olea, 2003). Uno de los primeros llamados a abandonar los sueños de grandeza de la España imperial es el que hace Galdós en un artículo de 1868, ya que «el único domino sobre el que no se pone ni se pondrá nunca el sol [...] es el recuerdo de

alma, del idealismo, de la fe y de la sed de justicia). Por otro, le otorga a la novela un sentido filosófico y profético, llegando a proponer que Cervantes tuvo como destino providencial instruir a la humanidad en su progreso histórico, orientado por esos ideales (Close, 2005: 135-136; Canavaggio, 2006 [2005]: 159-162).

46 En adelante, podremos adoptar estas categorías discriminadas por Gutiérrez en el sentido que él las asume, siempre que nos reframamos a «cervantismo intrínseco» y «cervantismo extrínseco», a pesar de que, como se viene diciendo, esta distinción no siempre es nítida y, por tanto, pertinente, ya que ambos carriles corren muy próximos durante buena parte del siglo xx y se entrecruzan en los discursos de modo, incluso, a veces, en apariencia, inconsciente o no explícito.

Cervantes, de don Quijote y Sancho Panza, únicas manifestaciones que todavía proporcionan reputación a nuestra raza» (cit. en Varela Olea, 2003: 15).

Joaquín Costa, quizás el más destacado de los intelectuales del regeneracionismo, hizo especial uso de la figura del Cid en la exposición de los males y remedios de España. En 1878, publicó *Representación política del Cid en la epopeya española* y, en 1885, *Programa político del Cid Campeador*. En un mensaje a la Cámara Agrícola de Aragón, en 1898, planteó una fórmula que dio mucho que hablar en su momento y que siguió utilizándose mucho después, cada vez que en el siglo xx se revisaron los símbolos de ese pasado nacional colonialista y guerrero. Como «frontispicio de un plan o programa de reconstitución nacional», Costa propuso echar «doble llave al sepulcro del Cid, para que no vuelva a cabalgar». El punto generó, por supuesto, polémicas, y el propio Costa debió explicar que la idea no era hacer tabla rasa del pasado o de la tradición ni «borrar del corazón y la memoria de los españoles las figuras del Campeador y de don Quijote, para levantar altares a los tenedores de libros» (Costa, 1969: 171).⁴⁷

No solo en las páginas de Costa se cruzó el Cid Campeador con el Quijote y Sancho, en esa doble (o triple) simbología necesaria para representar los problemas de España, pues un poema satírico, compuesto en ocasión del centenario del *Quijote* en 1905, pone de manifiesto la generalización de los símbolos en otra variante que tendría su desarrollo: la espiritualidad de Sancho.⁴⁸ Puede leerse, en este poema, un programa que promueve la necesidad de que el pueblo asuma los idearios activos de don Quijote, oponiéndolo al lugar común supuestamente «aristocratizante», que presupone la cobardía del «vulgo»:

A LA ENTEREZA DE SANCHO
EN EL CUENTO DE A. RIVERO⁴⁹

Viéndote, Sancho, ausente de Teresa,
lanzado al monte, a montañesa dado,
temí do un escudero hube dejado
toparme un caballero de montesa.
Miedo mayor cobré, por ley aviesa
viéndote a infame lecho condenado;

47 Parece evidente que la figura de don Quijote estaba más activa y vigente en América Latina que la del Cid, por ejemplo, y eso la hacía, entre tantas otras cosas, más apta para una utilización más amplia y elocuente por sí misma. Al respecto, puede tenerse en cuenta la interesante observación de Alexander von Humboldt, en su *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*: «Las memorias nacionales se pierden insensiblemente en las colonias, y aun aquellas que se conservan no se aplican a un pueblo ni a un lugar determinado. La gloria de Pelayo y del Cid Campeador ha penetrado hasta las montañas y los bosques de América; el pueblo pronuncia algunas veces esos nombres ilustres, pero ellos se presentan a su imaginación como pertenecientes a un mundo puramente ideal o al vacío de los tiempos fabulosos» (cit. en Rodó, 1957: 712).

48 El soneto es recogido por Xesús Montero Alonso (2005: 11-17).

49 Atanasio Rivero, periodista asturiano que residió muchos años en Cuba, editó en La Habana, en 1905, el relato corto *Pollinería andante*, una continuación del *Quijote*, tan comunes en el siglo xix, cuyo protagonista es Sancho (Montero Alonso, 2005: 13).

que nunca a participio de pasado
llega á mi tierra un Castro sin sorpresa.
Una vez más de esas andanzas graves
sacáronte el arrojo y las doctrinas
del amo muerto que olvidar no sabes,
y no las enseñanzas peregrinas
que al sepulcro del Cid echando llaves
quieren que en él empollen las gallinas.

Unos años después de esas primeras declaraciones que se hicieron célebres, y a la luz del desastre colonial, Costa necesitó, incluso, aclarar que no proponía erradicar el heroísmo, la nobleza o la generosidad, sino dirigir las a otro tipo de empresas. Para eso, necesitó valerse de las ya emblematizadas figuras cervantinas:

La humanidad terrestre necesita una raza española grande y poderosa, contrapuesta a la raza sajona, para sostener el equilibrio moral en el juego infinito de la historia. [No es posible sostener el equilibrio moral] si al lado del Sancho británico no se irguiese puro, luminoso, soñador, el Quijote español, llenando el mundo con sus locuras, afirmando a través de los siglos la utopía de la edad de oro (Costa, 1969: 171).

Ramón Bernárdez opina, sin embargo, en 1905, que Cervantes, en su novela, ha elaborado cuanto humanamente puede laborarse por exterminar sin violencia ni efusión de sangre, las dos razas más dañinas de la sociedad: la raza de los delirantes y de los pastranes. La primera hállase daguerreotipada en el Caballero de la Triste Figura, desequilibrado, fanático, energúmeno, hambriento de grandezas y dominación, so capa de caballero andante, visionario, soñador empedernido, ¡pobre víctima de una civilización estrafalaria y fantasmagórica! La otra raza fue personificada en aquel cuco vulgar y chabacano, en aquel egoistonzuelo agreste, en aquel majadero socarrón, que respondía al grotesco nombre de Sancho Panza... Pero, ¡oh, desdicha!, a pesar de labor tan esmerada y gigantesca, los quijotes y los sanchos continúan siendo las razas dominantes de la sociedad... española (Montero Alonso, 2005: 13).

Para entonces, la mitificación de don Quijote en función de un uso estrictamente político estaba en marcha, y en su desarrollo y divulgación, debe destacarse el aporte de Unamuno. *En torno al casticismo*, publicado en 1902, pero cuyos capítulos habían ido apareciendo desde 1895 en la prensa, da clara cuenta de esto. Varela destaca que la utilización que hace Unamuno de don Quijote debe mucho a la que había hecho Costa del Cid (pues reclama, por ejemplo, el retorno de Alonso Quijano a su hacienda o arenga que «¡muera don Quijote!»), y, de hecho, resulta evidente que no es Unamuno quien concibe el símbolo en esa dirección, sino quien lo generaliza (Varela Olea, 2003: 68).

Lo cierto es que la adopción del *Quijote* como metáfora para diagnosticar los males o proponer reformas se usó a fin de siglo, por lo menos, en dos sentidos, si no en más, no siempre coincidentes. Por un lado, para cuestionar el exceso de idealismo estéril y el ambicionar empresas desmedidas. Ese uso levantó como contraparte el encomio de la sensatez de Alonso Quijano o el pragmatismo de

Sancho como componentes indispensables a recuperar para salvar el destino de la nación, ya sea uno u otro según el caso. Por otra parte, el de quienes, empleando las mismas asociaciones, reivindicaron el idealismo como especificidad nacional o de la «raza», como se concebía en ese momento, para contraponerlo al avance del pragmatismo anglosajón representado, primero, por Inglaterra y, luego, por Estados Unidos. Hubo quienes bregaron por un Quijote que abandonara las luchas para vivir pacífica y civilizadamente, y quienes reclamaron, como Ángel Ganivet o José María Salaverría, una nueva salida quijotesca (Varela Olea, 2003: 32). Unos lamentaban el carácter soñador y otros ensalzaron, como Costa, la belleza de la locura quijotesca española. Incluso, ocurre que un mismo autor use el mito en distintos sentidos según la oportunidad y necesidad. Los mitos más ricos o más productivos son, precisamente, aquellos que se adaptan a distintas circunstancias o permiten una movilidad acorde a diversas encrucijadas, como tratará de mostrarse en los próximos capítulos.

De modo que, como se viene diciendo, en el siglo XVIII, el *Quijote* se constituyó como obra clave de la literatura hispánica y, a la par, Cervantes fue construido como escritor nacional. Estas asociaciones van a ir admitiendo, además, distintas derivaciones. Una de ellas, de gran interés y fortuna, emparentará o bien enfrentará a don Quijote con Hamlet. José Somoza parece haber sido el primero en España en equiparar, en 1838, a Cervantes y Shakespeare, con relación a la altura de la fama y como representantes de una cultura nacional (Pujante y Campilo, 2007: XL). En el siglo XIX, el emparejamiento se repite en páginas españolas de Antonio Alcalá Galiano, Juan Valera, Emilia Pardo Bazán y Ricardo Blanco Asenjo, quien desarrolló también un paralelo entre Hamlet y Segismundo (1870). Al llegar los primeros y claves centenarios cervantinos del siglo XX (1905 y 1916), la equiparación entre los autores estaba bien establecida, así como el parentesco y la oposición entre Hamlet y don Quijote se había desarrollado, particularmente, a partir, sobre todo, de la influyente conferencia de Iván Turgueniev al respecto, en 1860, y de la divulgación de la crítica romántica, que leyó a los personajes de acuerdo a sus propias ansiedades —la fascinación por la locura, la expansión del yo—, hasta transformarse en un signo de época (Turgueniev, 2008).

Si la dupla don Quijote/Sancho valió para oponer un supuesto idealismo latino al correlativo pragmatismo anglosajón, en esas derivas, no faltó quien opusiera también don Quijote a Hamlet, significando enfrentamientos de temperamentos culturales. La moda era interpretar a los grandes personajes literarios como representantes concentrados de ciertas formas del espíritu o de la historia de las naciones. Como Joaquín Costa se refirió en 1901 al «Sancho británico» (Costa, 1969: 171), el poeta alemán Ferdinand Freiligrath había afirmado que «Alemania es Hamlet», frase que, a su vez, invirtió el estudioso Georg Gervinus al decir que «Hamlet es Alemania» (en *Shakespeare*, de 1862). En «Hamlet y don Quijote» (1906), Ramiro de Maeztu opinó —siguiendo a Spencer— que uno representa la duda y otro, la fe, y si la actitud de Hamlet produce Quijotes en

su público, don Quijote provoca en este la actitud analítica de Hamlet. Las dos figuras representan el alma de sus pueblos, porque «Inglaterra ha conquistado un Imperio» y «España ha perdido el suyo» (Maeztu, 2008: 57).⁵⁰

Estas apropiaciones tuvieron su espacio propio en el ámbito latinoamericano y hasta en el Río de la Plata. La «Letanía de Nuestro Señor don Quijote» (1905), de Rubén Darío, admite leerse como enaltecimiento de España frente al triunfalismo anglosajón luego de la derrota frente a Estados Unidos en Cuba. Aunque el digno vencimiento que representa don Quijote es despreciado por «advenedizas almas de manga ancha [...]», hay espacio para otras formas de gloria: «tiembla la floresta de laurel del mundo» y «el pálido Hamlet [...] ofrece una flor» (Darío, 1967). El diálogo entre «Dos ilustres lunáticos o la divergencia universal» (en *Lunario sentimental*, 1909), de Leopoldo Lugones, aprovecha también los arrastres simbólicos y las fortunas que traían asociadas estos personajes para dar cuenta de algunas oposiciones tópicas y actualizarlos políticamente. En ese sentido, deben leerse también algunas páginas de Juan Zorrilla de San Martín, Carlos Vaz Ferreira, Carlos Reyles y Emilio Frugoni.

Las revistas *Don Quijote*

Los simbolismos y las asociaciones que venimos presentando necesitaron de representaciones icónicas claramente distinguibles y vinculables a ciertas actitudes que las hicieran aptas para la arenga política. En ese contexto, es necesario señalar un fenómeno común a España y a varios países latinoamericanos, sin que sea posible aquí ahondar en las causas o las interrelaciones que lo explican, aunque sea indispensable consignarlo como aledaño al tema de este trabajo. Se trata de la coincidencia de una serie de revistas satírico-políticas que bajo el nombre *Don Quijote* aparecieron simultánea o sucesivamente, por lo menos entre 1873

⁵⁰ El español Manuel García Puertas, radicado en Montevideo tras su exilio al final de la guerra civil española, dedica un capítulo a la comparación entre Hamlet y don Quijote, en un fascículo publicado en Montevideo por la Facultad de Humanidades y Ciencias, en 1962 (luego recogido bajo el título «A modo de prefacio», en Turgueniev, 2008). El profesor y crítico hispano-uruguayo García Puertas se ha detenido en las dos figuras simétricas de Hamlet y don Quijote, considerando sus recepciones históricas paralelas: retoma la idea de Spencer de que «Hamlet, al obrar sobre el público, produce Quijotes, mientras don Quijote provoca en los espíritus la actitud analítica de Hamlet» (Turgueniev, 2008: 11). Reivindica aun que «uno será el arquetipo del genio nórdico, y el otro, del genio meridional» (Turgueniev, 2008: 9) y considera que ambos son «unos fracasados: la realidad los vence sin remisión[;] [1]os verdaderos triunfadores de esa realidad serán Fortimbrás y Sancho» (Turgueniev, 2008: 10), y que Shakespeare y Cervantes escribieron sus personajes «contra Hamlet y contra don Quijote» (Turgueniev, 2008: 11). Otro español devenido montevideano, José Mora Guarnido, había escrito un artículo sobre el tema, durante su período juvenil español, anterior a su radicación en Uruguay (Mora Guarnido, 1917: 351-354).

y 1907, hasta donde hemos podido registrar, aunque existieron también algunos casos aislados anteriores y posteriores, como se verá, dentro de una amplia gama de publicaciones de este tipo. La primera se detecta en Lima, con el título *Don Quijote. Periódico Crítico con Caricaturas*, dirigido por Justiniano de Zubiría y Joaquín Pablo Posada. En las páginas de Internet, puede localizarse la portada del número 3, con fecha del 10 de mayo de 1873, presentada en una exposición dedicada al *Quijote* en Perú (2005). Otra portada de la muestra corresponde a 1907, aunque no se especifica si se mantuvo durante esos años o reapareció por entonces.⁵¹

En Buenos Aires, apareció una revista llamada *Don Quijote* entre 1884 y 1905, dirigida por el dibujante y periodista español Eduardo Sojo, republicano y ultraradical (quien firmaba con el seudónimo Demócrito y probablemente había debido abandonar su país por razones políticas), la cual contaba con las inconfundibles caricaturas de Manuel Mayor (conocido por el seudónimo Heráclito, quien también era español, nacido en Cádiz), a las que después se agregaron las de José María Cao (quien firmó primero como Sancho Panza y luego como Demócrito II). Antes de llegar a Argentina, Eduardo Sojo publicó algunas de sus caricaturas en periódicos satíricos y revistas españolas como *El Motín* (1881-1926) o *Madrid Cómico* (1880-1883), además de dirigir publicaciones de corta vida, como *El Caos* (1870) y *El Noventa y Tres* (1871), cuando tenía solo 21 años (Malosetti, 2005: 252).⁵²

El uso de seudónimos, tanto como el mensaje iconográfico, es aprovechado por Sojo para fines comunicativos masivos. La finalidad principal de las publicaciones satíricas fue la crítica política y la prédica republicana o libertaria. En ese sentido, la doble identificación de Sojo con Demócrito, a través de la firma, y con don Quijote, a través del título de la revista, son «metáforas de sí mismo» que apuntan a reforzar estas prédicas a través de símbolos comprensibles rápida y sencillamente, a efectos de poder explicar fenómenos o situaciones a menudo complejos. Por un lado, es «el filósofo que ríe, el que descreyó de los dioses, el viajero; [por otro, es] don Quijote: caballero andante, loco sabio, empeñado en remediar entuertos» (Malosetti, 2005: 255). Respecto a las imágenes de sus caricaturas, sus metáforas burlonas se nutrieron del «repertorio iconográfico de la caricatura revolucionaria francesa, así como de imágenes de la tradición pictórica europea», de referencias a obras consagradas del arte y la literatura e, incluso, apelando a la «resignificación de símbolos cristianos en clave política». En este último aspecto, la provocación a la Iglesia es evidente —*Don Quijote*

51 Puede encontrarse en:
<https://issuu.com/mazzymazzy/docs/historia_de_la_republica._basadre._t_d3e86288276b18>.

52 Existe abundante y detallada información sobre la revista y sus creadores en la página argentina <<http://www.learevistas.com/notaHistoria.php?nota=9>>, la principal fuente de los datos recabados aquí. Además de estas fuentes, pueden consultarse muchos números de *Don Quijote* escaneados en la página <<http://ravignanidigital.com.ar/libros/quijote/Q1000000.html>>, que forma parte del Proyecto Patrimonio Histórico de la Universidad de Buenos Aires.

tuvo también una impronta claramente anticlerical, sobre todo si se tiene en cuenta que aparecía los domingos y que se elegía siempre el día de Pascua para lanzar alguna caricatura excepcionalmente fuerte. Aun así, hay que admitir que la elección de los símbolos en este tipo de prensa está básicamente orientada a la comunicación: se trata de apelar a un territorio compartido por los lectores, a un lenguaje a partir del cual crear consensos, «condición inapelable de la caricatura para que sea efectiva» (Malosetti, 2005: 256-259). En este sentido, operó también el ya consolidado simbolismo de don Quijote y Sancho.

Lo cierto es que, durante más de veinte años, *Don Quijote* ocupó un lugar destacado en la prensa periódica argentina y marcó una impronta en la historia del humor gráfico de signo político. Fue contemporánea de *El Mosquito* (1863-1893) y de *Caras y Caretas*, aparecida en 1898, por cuyas páginas pasaron varios redactores y dibujantes de *Don Quijote*. Se trató de una publicación de oposición al poder y, en especial, al sector político, que reclamaba por los derechos del pueblo y la transparencia en el Gobierno, a través de un humor cáustico, motivo por el cual la revista debió sufrir varias veces la censura y hasta el secuestro de los números («La sátira política como ejercicio del periodismo de opinión», 2011).

A partir de 1903, la revista manifestó algunos cambios, por lo que se publicó con el título de *Don Quijote Moderno*, aunque

mantenia en lo esencial el estilo combativo y crítico de su predecesora. El lanzamiento de *Caras y Caretas*, con un estilo algo menos político pero más cercano a los gustos de la época, menos frontal pero con un perfil editorial acorde a las circunstancias, con profusa información sobre acontecimientos sociales, las plumas de Fray Mocho y Eustaquio Pellicer, las caricaturas de Cao y Mayol y atractiva tapa en colores, obligaron a Sojo a aggiornarse. En junio de 1904 se incorporó como dibujante Manuel Redondo, quien se complementará con el inefable Demócrito en la producción de la página central («La sátira política como ejercicio del periodismo de opinión», 2011).

Si durante el gobierno de Miguel Ángel Juárez Celman la revista *Don Quijote* hizo una tarea de oposición permanente y sostenida, esta tuvo un papel más concreto y significativo en la gestación de la Revolución del 90 (Biagini, 1991: 103).

En 1888, apareció una versión de la publicación para Uruguay, editada en Montevideo, que se denominó *Don Quijote Oriental*. Este semanario político, también humorístico e ilustrado, era un apéndice del proyecto argentino. Más adelante, hacia 1891, la revista *Don Quijote* argentina incluyó una sección llamada *Cosas Uruguayas*, cuyo contenido informativo provenía de la vecina orilla y, según se informaba, era traído especialmente por un desconocido que firmaba *Maese Nicolás*. Asimismo, hemos podido registrar la existencia de una publicación montevideana anterior, igualmente llamada *Don Quijote*, cuyo primer número salió a la luz en mayo de 1885, es decir, muy cercana a la irrupción de Sojo en Buenos Aires, y que aparenta ser una imitación apócrifa de la argentina. Es difícil pensar que se trate de un primer intento de Sojo por crear un satélite

montevideano, entre otras cosas, por una diferencia sustancial con todas las otras publicaciones que dirigió: la absoluta ausencia de ilustraciones. Sin embargo, apunta a tópicos similares que hacen pensar en una imitación o, al menos, en una inspiración en aquella: aparece los domingos, adopta un lenguaje quijotesco y realiza alguna broma anticlerical (que juega con los conceptos del matrimonio y la crucifixión como sinónimos). Aun así, está muy lejos del espíritu combativo de la publicación de Sojo, y sus provocaciones se quedan en chismes provincianos. Una única referencia, quizás engañosa, haría pensar al público en una incursión que llega desde afuera: «Alentados por la benevolencia de la ilustre prensa montevidiana, nos permitimos venir a su terreno, anhelosos de corresponder dignamente a esa bondad, trabajando en nuestra modesta esfera por el bien y el progreso de la sociedad en que vivimos».

Pero bien pudo tratarse de un intento de aprovechar la popularidad del periódico bonaerense que con seguridad se leyó siempre en Montevideo. Respecto a los encabezados, debe señalarse la ausencia de nombres, puesto que solo figuran don Quijote como director y Sancho como redactor. Si bien el titular principal de la primera página del único ejemplar que se conserva en la Biblioteca Nacional dice «Montevideo. Año I, Número 1», el segundo encabezado (en la misma página) dirá «Batuecas, 3 de mayo de 1885». Gracias a esta clave, podemos hacer otra conexión en sus primeros periódicos satíricos: la inspiración de este periodismo en la figura de Mariano José de Larra, pero, sobre todo, en el estilo de sus artículos que firmó como *El Pobrecito Hablador*, antes de ser *Fígaro*, en los que exponía, mediante el género epistolar, los avatares que sucedían en la República de Batuecas. Sin embargo, esto no es nada sorprendente, porque Larra gozó de amplia recepción en Uruguay. En Montevideo, se publicó una reunión de sus *Artículos* a poco de su muerte (Larra, 1837).⁵³

A su vez, para dar cuenta de esa incidencia y como complemento a esta incursión en la prensa satírica del siglo XIX, puede servir la referencia a otro periódico montevidiano de esas características, que apareció entre 1861 y 1862. Continuator de *Zipi-Zape*, los números de *El Zapirón*⁵⁴ (ambos periódicos aparecen firmados por Francisco Fernández como director responsable) se amparan en una cita de Pierre-Augustin de Beaumarchais en *Las bodas de Fígaro*, la misma que había servido, a su vez, de epígrafe a cada uno de los tomos de los artículos publicados por Larra en vida. El segundo número de *El Zapirón*, a su vez, critica la actualidad política y, sobre todo, la censura de la prensa, especialmente respecto a la clausura del anterior *Zipi-Zape* y al juicio que enfrenta su editor como consecuencia. La estrategia larriana de presentación del tema es a través de

53 En ocasión de la muerte de Larra, Miguel Cané publicó un artículo valorativo de su obra en el periódico *El Iniciador*, de Montevideo (Rodó, 1957: 683). José Enrique Rodó menciona la importancia de la obra periodística de Juan Bautista Alberdi en su exilio montevidiano, que «hizo glorioso el nombre de Larra, mentor y maestro suyo» (Rodó, 1957: 685).

54 *Zapirón. Continuación de Zipi-Zape. Periódico joco-serio, crítico, literario e ilustrado con caricaturas* (1862). María Bedrossian ha encontrado una referencia quijotesca en el n.º 2 de *Zapirón* (Bedrossian, 2015).

la correspondencia entre dos personajes llamados Zapirón y Patatas. El segundo le escribe al supuesto editor desde la República de Batuecas, describiendo la paz y prosperidad que allí reina, aunque deja sospechar mejores posibilidades cuando expresa: «¡Ojalá nos gobernase el Gran Turco!» (Patatas y Zapirón, 1862: 1).

Para responder la carta, Zapirón echa mano al episodio de los molinos de viento, explicando la caricatura que se publica en la segunda página de la revista. Por razones legales y fundados temores, prefiere no mencionar a qué «desfaceador de agravios» corresponde el rostro del don Quijote allí dibujado y enfrentado a molinos, a un gigante que saca la lengua y a un ejército de conejos, para evitar —dice— una «espantosa batalla, de peores resultados que las de la época de Cervantes», si bien informa al señor fiscal que «ha servido de modelo el mismo director de este periódico» (Patatas y Zapirón, 1862: 3).

La jocosa alusión a la amenaza que se cierne sobre la libertad de prensa (sobre las libertades en general) se completa con el cierre de la carta: «¿Entiendes, lector? [...] Ahora, si eres malicioso, haz las aplicaciones que te plazcan y no olvides que la espada de Damocles está amenazando tu cabeza» (Patatas y Zapirón, 1862: 3).

Varios años después, en 1894, registramos otro periódico con el título de *El Pobrecito Hablador*. El editorial del primer número declaraba lo siguiente:

Mentiríamos por la barba, de que carecen los tres redactores de este pequeño periódico, si afirmásemos que *El Pobrecito Hablador* viene a llenar algún vacío que de tiempo atrás se notaba en la prensa de Montevideo; como suelen poner y ponen, sin ser gallinas, los redactores de los diarios [...]. Ni de tiempo atrás, ni de tiempo adelante, lo que llegue, ni de tiempo alguno, ni en ningún tiempo, se ha observado, observa u observará ese vacío en la prensa de Montevideo, ni en la prensa de otra ciudad de la República, ni en la prensa de todo el país, a mayor abundamiento [...]. Un pobrecito más, ¿qué importa al mundo?⁵⁵ [...], supuesto que convenimos en que no hay falta de habladores en la prensa... Y mucho más allá todavía. Al revés, reconocemos que, en lugar de falta, lo que hay en nuestra prensa es sobra (*El pobrecito hablador: periódico satírico*. Año 1, n.º 1, 1 de julio de 1894: 1).

Respecto a otras revistas satíricas llamadas *Don Quijote*, el fenómeno se extendió hasta Brasil y más. En 1895, Ángel Agostini, caricaturista italiano, fundó, con Antonio Bernardes Pereira Neto, la revista *Don Quixote* en Río de Janeiro, que perduró hasta 1906.⁵⁶ Maria Augusta Da Costa Vieira menciona,

55 Aunque encubierta, hay referencia al verso final del célebre *Canto a Teresa*, de José de Espronceda: «Qué haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?». Como puede apreciarse, el Romanticismo liberal español está muy presente en el período.

56 «Según Monteiro Lobato, Ángel Agostino (1843-1910) introdujo el arte de la caricatura a Brasil y tuvo marcada influencia sobre el trabajo de otros que se dedicaban a ella. La aparición de su nombre se asocia al surgimiento de la caricatura en San Pablo, en la Revista Diabo Coxo (1864), de corta duración, que daría lugar a Cabriao (1866), revista fundada por el artista y cuyo tenor le valió amenazas, que lo llevaron a dejar San Pablo. En Río de Janeiro, colaboró en la Revista Arlequim (1867); en Vida Fluminense (1868-1875), revista que sustituyó a Arlequim (1867); en O Figaro (1876-1878), que sustituyó a Vida Fluminense;

además de la de Agostini, otra revista satírica que se publicó con idéntico nombre en Río de Janeiro, entre 1917 y 1927, bajo la dirección de Bastos Tigre (Da Costa Vieira, 2005).

Por su parte, Iris Zavala registra la existencia en España de *El Semanario Satírico Ilustrado, Don Quijote* (1887-1890) y su sucesor *Don Quijote, Periódico Político-Satírico* (1892-1902) (Zavala, 1977). Desde las páginas de este semanario, Francisco Pi y Margall defendió la razón de los combatientes cubanos entre 1895 y 1896. Como contraparte, Marcelino Menéndez y Pelayo defendía la posesión española y la guerra por Cuba en la misma revista, en mayo de 1896 (Barbáchano, 2005: 68).

A su vez, en la hemeroteca digital de la Biblioteca Nacional de España se detalla la existencia solo del segundo periódico mencionado: *Don Quijote*, publicado en Madrid entre el 31 de enero de 1892 y el 26 de diciembre de 1902. En la primera página, aparece la misma leyenda que encabezaba las ediciones rioplatenses: «Este periódico se compra pero no se vende». La descripción de la ficha bibliográfica dice:

Es una publicación satírica, irreverente y anticlerical fundada por el precursor de la caricatura política, el periodista y dibujante Eduardo Sojo (1849-1908). La dirigieron J. Osorio Pérez Castañón y Miguel Sawa (1867-1910). En ella, publicaron escritores destacados, como Pío Baroja (1872-1952), Francisco Pi y Margall (1824-1901), Ramiro de Maeztu (1875-1936), Vicente Blasco Ibáñez (1928-1967), Jacinto Benavente (1866-1954), Rubén Darío (1867-1916), Alejandro Lerroux (1864-1949) y los hermanos Manuel y Antonio Machado.

De cuatro páginas e ilustrado, las dos interiores estaban dedicadas enteramente a las viñetas y caricaturas, impresas en blanco y negro, y, al final, en color. Empezó a publicarse el 9 de enero de 1892 y aparecía semanalmente. Se estampó en varias imprentas. Sus textos no son muy extensos, tanto en prosa como en verso. Incluso contiene anuncios comerciales y una sección de anuncios humorísticos.

Entre sus colaboradores, aparecen también Joaquín Dicenta (1863-1917), Alfredo Calderón (1850-1907), Juan Pérez Zúñiga (1860-1938), Luis Bonafoux (1855-1918), José Nakens (1841-1926), Vicente Medina (1866-1937), Vicente Rubio (-1910), José Fernández Bremón (1839-1910), Rodrigo Soriano (1868-1944), Ricardo de Mella (-1926) y Pompeyo Gener (1848-1920) («Revista Don Quijote», Biblioteca Nacional de España).

Como se ve, la coexistencia de Sojo en las ediciones españolas y argentinas exime de otras búsquedas de coincidencia ideológica para estos casos. Lo cierto es que, en 1892, Sojo volvió a España, sin abandonar el protagonismo en Buenos Aires, pues trabajó alternativamente en las dos orillas y aprovechó en cada lugar

en la revista *O Mosquito* (1869-1875). [...] Visto retrospectivamente, su trabajo se presenta como una perspicaz lectura de los usos y costumbres locales, marcada por la tolerancia social y racial, y por la ironía frente a los poderosos» (traducción de la autora; original disponible en: <<http://www.unicamp.br/cecult/AngeloAgostini/vida.html>>).

la notoriedad adquirida en el otro. El primer número del *Don Quijote* español reivindica la autoría del nombre y la paternidad de la revista que, además, como se está viendo, era «altamente popular desde hacía tiempo en varias publicaciones que llevaban el mismo nombre» (Malosetti, 2005: 254). Para reforzar la identificación, la publicación española tenía la misma viñeta de tapa y el mismo lema: «Este periódico se compra pero no se vende».

Aprovechando otra tradición anexa a la existencia del *Quijote*, es decir, el debate por la paternidad, la autenticidad y la polémica por las continuaciones espurias, la primera edición de la revista en España advertía:

Muchos Quijotes avellanescos precedieron esta mi salida; pero, juro a Dios! Que desde los tiempos en que el inmortal Miguel de Cervantes me hizo volver cuerdo a mi hogar, después que luché contra la soberbia y la malicia, no he vuelto a presentarme en público (salvo una excursión por el Nuevo Mundo) y por lo tanto, fueron apócrifos en esta, la ínsula Tiberia, cuantos Quijotes vieron nuestros contemporáneos por estas calles de Dios, paseando su mala catadura (Malosetti, 2005: 254).

Por su parte, María de los Ángeles Varela Olea define los propósitos de *Don Quijote* (1892-1902) como publicación que reunió a los escritores jóvenes «bajo el nombre del hidalgo manchego para dar expresión a demandas regeneracionistas sustentadas por escritores como Maeztu, Blasco Ibáñez, Miguel Sawa», como puede verse en la presentación de un número de la revista que explica que esta «viene a ser paño de lágrimas de los menesterosos, la atalaya vigilante contra el agio bursátil, bancario y otros garitos inmorales». Presentada en dos hojas de gran formato, está «copada por las caricaturas de *Demócrito*, muchas veces groseras e irreverentes, y con frecuencia protagonizadas por los personajes cervantinos [...] [, aunque] con cierta ligereza y humorismo, lejos de las profundas cavilaciones de los ensayos posteriores» (Varela Olea, 2003: 46).

Como si todas estas publicaciones registradas en tan breve período no bastaran para mostrar un fenómeno común, apareció otra revista *Don Quijote* en Ciudad Real entre 1902 y 1903, bajo la dirección de Emilio Bernabeu y Novalbos. En este caso, su estilo no es humorístico satírico, pero hay una inspiración claramente liberal e hispanoamericanista. En el n.º 6 de la revista (del 18 de julio de 1902), se publica un artículo de José E. Rodó. Otros temas y colaboradores de la revista pueden dar cuenta de la atención prestada a las relaciones acuciantes por entonces entre literatura y sociedad, puesto que se daban cita escritores modernistas junto con teóricos regeneracionistas.⁵⁷

57 A modo de ejemplo, puede interesar, para ver esos cruces estéticos y sociales tan de fin de siglo, el registro de poemas de Francisco Villaespesa (n.º 5), Antonio Machado (n.ºs 56 y 58), Alberto Lista y Emilia Pardo Bazán (n.ºs 80 y 82), un artículo de Joaquín Costa sobre «El problema agrario obrero» (n.º 87) y textos de Gregorio Martínez Sierra, Alejandro Sawa y Joaquín Dicenta (n.ºs 90 y 91), así como una nota de Juan Valera, «Sobre la decadencia de la raza latina» (n.º 97). Entre los n.ºs 56 y 59, se publica un extenso artículo de Arturo Marriera sobre «Recuerdos de Cervantes en la Mancha» y, en el n.º 6, una nota

Algo que parece claro por todo lo dicho antes y que la existencia de estas publicaciones refrendaría es que, al menos desde el último tercio del siglo XIX, fue creciendo un aprovechamiento de la imagen de don Quijote con fines estrictamente políticos. Si bien los casos mencionados aquí corresponden a periódicos republicanos, Varela releva también un antecedente monárquico y antirrevolucionario por los días de la Septembrina, un semanario igualmente llamado *Don Quijote* (1868), que concentraba la crítica política en una sección denominada Quijotadas (Varela Olea, 2003: 46).

Del repaso de estas revistas puede extraerse, por lo menos, otra conclusión: que las publicaciones latinoamericanas no son un mero reflejo de las urgencias políticas peninsulares, sino que el mito de don Quijote, su imagen y las connotaciones que esta traía aparejadas se volcaron en función de denuncias políticas propias de cada país, acomodándose a ellas, aunque con similar orientación. En los capítulos siguientes, se tratará de dar respuesta a preguntas que consideramos centrales: ¿para qué necesitaba América Latina y, en especial, Uruguay el mito del Quijote? ¿En qué sentido se aprovecharon los *mitemas* que su representación arrastraba desde mediados de siglo en España? ¿En qué aspectos fue resignificada esa representación?

Los usos moldeables del mito

Es indudable que el *Quijote* funcionó, desde el siglo XIX, como un texto capaz de resignificarse de acuerdo a distintas visiones del mundo y de funcionar como símbolo adaptable a idealismos varios. No solo no es posible prescindir de las sucesivas lecturas del *Quijote* que se han acumulado en cuatro siglos y que se adhieren al texto, sino que es necesario, para este trabajo, entender el sentido extra de que fueron dotando al personaje literario.

El Romanticismo privilegió, en su lectura del *Quijote* —fundante de una tradición crítica de gran peso, como ya se dijo—, al héroe solitario que fracasa en el enfrentamiento a una realidad prosaica y material impuesta, en buena medida, por el triunfo de la burguesía. Don Quijote se prestaba a la identificación con el artista y su lugar marginal en la sociedad. A su vez, en el siglo XIX, florecieron las lecturas que encontraron en el *Quijote* señales políticas claras de oposición a lo establecido y una crítica más o menos oculta a las pretensiones imperiales de España, así como una advertencia de su fracaso. Es cierto que también se leyó el *Quijote* en un sentido nacionalista y se encontró en él la encarnación de los ideales de la Contrarreforma, y, en algún caso, se acentuó su tendencia al ascetismo hasta convertirlo en una especie de santo (Riley, 2004: 227-228). Aun esas facetas pudieron combinarse de las maneras más variadas. Levin señala la

sublimación progresiva del propósito cervantino a lo largo de los siglos [...] [, el cual] fue transportado a alturas metafísicas por las reinterpretaciones del

sobre la necesidad de un monumento a Cervantes, lo que manifiesta un interés por el tema anterior al centenario de 1905.

movimiento romántico [y] alcanz[ó] su punto culminante con Dostoievski, cuando el trastornado caballero aparece bajo la figura del Loco por Cristo (Levin, 1973: 388).⁵⁸

Unos enfatizaron la sátira corrosiva, y otros, su idealismo trascendente, pero, sin dudas, fueron esas líneas de lectura que se sumaron durante el siglo XIX las que desembocaron, junto con las circunstancias políticas españolas, en la importancia que la llamada generación del 98 dio al *Quijote* en su búsqueda de un mito que sintetizara el carácter y el destino español.

No deja de ser pertinente la pregunta acerca de si la capacidad de adaptabilidad del personaje a un uso mítico permanentemente resignificado es una condición que está en la naturaleza misma de la obra cervantina. Así parece sugerirlo Edward Riley cuando afirma que «una constatación del éxito de Cervantes en su intento de reflejar la vida con un libro tan poco dogmático es que la gente haya estado tan dispuesta a encontrar en él las respuestas que deseaba encontrar» (Riley, 2004: 166). Evidentemente, hay algo en la dupla central de Cervantes, en don Quijote y Sancho, que ejerce una fuerza icónica especial, es decir, que se asocia inmediatamente a una imagen⁵⁹ si dichos personajes literarios se comparan con otros, la cual puede ser, por lo pronto, una primera clave de su popularidad. Ya lo había señalado Borges, anticipador de tantos análisis del cervantismo:

Que los personajes de una novela asciendan (o decaigan) a mitos, depende casi tanto del ilustrador como del autor; también importa que no sean demasiado complejos... Quienes ponderan que Quijote y Sancho sean mitos, suelen asimismo abundar en la opinión de que son símbolos (Borges, [1947] 2005: 51).

A diferencia de don Juan o Fausto, mitos modernos también proyectados desde la literatura, don Quijote no presenta otras versiones literarias que compitan con la de Cervantes ni se registra una evolución del personaje. El mito tiene un único texto legítimo, que es la obra de Cervantes, aunque haya miles de versiones, adaptaciones, continuaciones, en distintas épocas, géneros, soportes y formatos. Pero lo más peculiar, señala Riley, es que

los dos héroes de Cervantes son reconocibles al instante y casi de forma incomparable. [...] En efecto, hay pocas figuras de ficción que puedan reconocerse sin mucho problema. [...] En una estación de metro de Baker Street, Londres, se encuentra esta imagen: la silueta de una cabeza de perfil, nariz aguileña, gorro de cazador de ciervos y pipa curva. Seguramente lo reconoceríamos en otra estación de metro. [...] [Pero], ¿hay algo comparable a don Quijote? Lo cierto es que lo ignoro. ¿Quién tiene una estatuilla de Edipo? ¿Se encuentran ceniceros con el Orlando furioso? ¿Alguien ha visto a lady Macbeth en una jabonera? ¿Impresa en una camiseta? (Riley, 2001: 172).

58 El proceso de cristificación a que fue sometido el personaje de don Quijote se tratará en III, capítulo 2.

59 El propio texto habilita esta representación desde el comienzo: en el capítulo IX ya se presenta un *Quijote* ilustrado. El capítulo de Riley aquí citado, «Don Quijote, del texto a la imagen», traza un recorrido en la historia del libro a efectos de mostrar el poder icónico presente en la recepción de la obra desde 1605 y, en particular, sobre la aventura de los molinos de viento como representación de lo quijotesco (Riley, 2001).

Las respuestas a estas interrogantes no pretenden zanjar ni la cuestión de por qué los personajes cervantinos han sido tan ampliamente utilizados para explicar asuntos universales relativos al alma o al destino humanos ni políticas respecto a representar circunstancias nacionales o ideológicas, pero, al menos, pueden poner en evidencia alguna causa de la popularidad, tan consagrada por el lugar común, que afirma que el *Quijote* es el libro más nombrado, pero menos leído. Probablemente, tan poco leído como cualquier otro libro clásico, como sugiere Ítalo Calvino (1993), pero

¿cuántas de estas figuras salidas de la literatura mundial reconoceríamos a primera vista sin que nos dijeran de quién se trata? Cervantes ha realizado el sueño de cualquier publicista: crear un símbolo ampliamente reconocible para su producto. No menos que los publicistas, también los políticos y propagandistas nacionales (siguiendo sus ancestros heráldicos) tienen ese anhelo de inventar buenos símbolos (Riley, 2001: 172).

Las opiniones de Riley, aunque apuntan a explicar otros efectos de lectura, son muy apropiadas para ayudar a entender la conversión política del símbolo en una fase de su historia. Entre otras cosas, Don Quijote y Sancho han sido y siguen siendo utilizados con fines extra literarios porque son representaciones nítidas y claramente asociables con unos pocos semas. Aun sin mencionar las más explícitamente políticas, pueden destacarse las dualidades más conocidas en su divulgación: España y lo hispano, locura/cordura, triunfo caballeresco y realidad / derrota y falsificación de la realidad, locura como sueño o idealismo por oposición a prosaísmo o visión materialista del mundo. A partir de esto, se ha ido sumando adherencias significativas con el tiempo, muchas de las cuales no se desarticulan fácilmente. O sea, son impregnaciones que se generan exponencialmente: el Quijote como representante del idealismo, de una forma heroica del fracaso, de voluntad o tenacidad frente a la hostilidad del medio. De igual manera, ha persistido un modo de concebir estos mismos semas con un tinte humorístico.

Para reforzar la persistencia del mito, basta con volver a la opinión de Riley, quien afirma la irracionalidad de algunas connotaciones y lo innecesario de las explicaciones cuando se trata de ese tipo de asociaciones:

Parece que voy a terminar con una tautología. La imagen de Quijote es expresión de la idea de lo quijotesco. Ello no precisa de disculpa: es el destino de los símbolos que contienen figuras míticas. Dichas imágenes evocan ante todo lo que son. No hay ninguna necesidad siquiera de recordar las historias originales de donde proceden. San Jorge y el dragón, Romeo y Julieta, la criatura del doctor Frankenstein: todos ellos se han desvinculado de las historias en las que aparecieron por primera vez. Así ha ocurrido también con don Quijote y Sancho. Los reconocemos, tal vez, porque los podemos hallar dentro de nosotros mismos (Riley, 2001: 182).

Más cercanamente, y pensando en las apropiaciones políticas a que han dado lugar Cervantes y el *Quijote* en Latinoamérica, Juan Diego Vila se pregunta, en primer lugar,

cuáles fueron las condiciones de posibilidad de que dos constructos discursivos [, don Quijote y Sancho,] migraran del libro y se convirtieran en imágenes perfectamente reconocibles por el gran público en los contextos más impen-sados, inclusive, y muy especialmente, en aquellos donde los no-lectores de la fábula e ignorantes de su argumento terminaban [reconociéndolos], incluso aquellos apenas conocedores de la «esquemática parábola» adaptable al discurso político, del «argumento quintaesenciado» en el cliché (Vila, 2005b).⁶⁰

Y, en segundo lugar, indaga qué elementos de la obra hicieron posible la conversión en «parábola o analogía reconocible que contamina discursos y programas de acción política».

Vila toma en cuenta la posibilidad de que la apropiación política resulte de una mera «traición al texto», que le hace decir lo que no dice, pero también advierte la posible existencia de resortes propios de la obra que la harían apta para su politización y más aún: «Solo se puede obtener un Quijote apolítico si se cercena [...], si se ignora la cosmovisión carnavalesca que la informa [...] [G]ran parte de su éxito se forjó en ese ataque y crítica evidente, mediado por la estética cazurra, del *status quo* de ese entonces» (Vila, 2005b). Considerada de este modo, la lectura política del *Quijote* no sería el resultado de una «torsión voluntaria del texto», sino que podrían aislarse elementos intrínsecos a la fábula que la hicieron apta como «parábola ficcional» adecuada a la regulación de la vida política. Para empezar, es política la gesta que encarna el propio hidalgo convertido en caballero en una sociedad que no admite la movilidad estamentaria. Y como conclusión, Vila propone cuatro factores de incidencia para la fortuna de las interpretaciones políticas: 1) la masculinidad de los protagonistas, 2) la bimembración don Quijote/Sancho, en la que don Quijote legitima su poder en la escucha de Sancho, así como va incorporando sus demandas a su acción, 3) «la entronización de la palabra en una voz autorizada», es decir, el hecho de que en la novela es la palabra de don Quijote la que configura el mundo y establece las reglas del juego y 4) el «quiebre de las órbitas públicas y privadas».

El protagonista es quien, en un gesto eminentemente político, se atreve a salir de la anonimidad para granjearse un nombre reconocible, el que aspira a realizar su mutación con independencia absoluta de su pasado, con y para aquel que confía en él, y que sabe que el teatro privilegiado de su accionar es, efectivamente, comunitario (Vila, 2005b).

60 En particular, Vila se ocupa del discurso de Juan Domingo Perón en el homenaje oficial de la Academia Argentina de Letras de 1947 y de la Operación Dulceina llevada a cabo por Hugo Chávez durante el centenario cervantino de 2005, para la cual se imprimieron un millón de ejemplares de algunos capítulos del *Quijote* para divulgar entre los ciudadanos, como parte de una acción de propaganda de su régimen político (Vila 2005b y 2009).

Quizás habría que hacer el debido hincapié en este último rasgo, que distingue a don Quijote de otros protagonistas ficcionales célebres de la modernidad, colocándolo muy marcadamente en el lugar de aspirante a representar valores colectivos, así sea en un plano elaborado por su imaginación. En capítulos posteriores, se volverá sobre estas hipótesis de Vila, en especial con relación a otros dos aspectos que desarrolla: lo relativo a la épica del derrotado, el «punto de partida melancólico que ofrece a la lucha» política la recurrencia al modelo quijotesco, y la conveniencia del «signo bifronte» que posibilita la dupla Cervantes/don Quijote. Así, en unos casos, convendrá utilizar una cara del signo, la del hidalgo idealista, cuando se trate de reivindicar un gesto revolucionario o la recuperación de un poder perdido, y, en otras circunstancias, se echará mano a la biografía del autor, estilizada a conveniencia, como símbolo de virilidad militar y servicio a la patria, cuando sea necesario defender un estado de cosas, una legitimidad estatal. En los capítulos que siguen, se demostrará de cuánta utilidad fue la posibilidad de esa ductilidad encomiástica, fundamentalmente en ocasión de los centenarios cervantinos, a lo largo del siglo xx, en España y Latinoamérica.

El *Quijote* consolidó en la América hispana el terreno de mito literario hacia 1905 y, con otros tintes, se radicalizó en las décadas del cuarenta y cincuenta, cuando el acercamiento a la cultura española implicó, necesariamente, una toma de posición y había una presencia de españoles exiliados en las publicaciones y el quehacer cultural de América Latina. Siempre habrá que elegir ciertas zonas interpretativas que quieran iluminarse, dejando otras en la sombra. En la tercera sección de este libro, se priorizará esa línea receptiva que Gutiérrez llamó «cervantismo extrínseco» y que se inició hacia el tercer centenario del *Quijote* en respuesta a una búsqueda de símbolos culturales que ayudaran a aglutinar los intereses y las aspiraciones de las élites más bien antinorteamericanas.

En el caso de Uruguay, las lecturas míticas del *Quijote* encontraron eco en algunos tramos de la historia. En las proximidades del centenario de 1905, le interesó a un grupo de intelectuales para reorientar las relaciones simbólicas con España y representar algunos aspectos de la identidad nacional. Aunque las circunstancias políticas y las necesidades ideológicas fueran diferentes, hay un terreno común —una cierta búsqueda o recuperación de la hispanidad— que halla en el *Quijote* un símbolo-mito que sirve tanto a los españoles como a los latinoamericanos. Puede ser discutible si el uso del *mito quijotesco* por parte de la crítica uruguaya novecentista funciona como respuesta para enfrentar una clave histórica o si el personaje mantiene su apertura de significados pese a ser revisitado con frecuencia en ese tipo de discursos. Lo cierto es que, con alzas y bajas, el mito del *Quijote* se construye en el entorno del Novecientos, readaptada su funcionalidad española al uso latinoamericano, y sigue corriendo durante el pasado siglo. Simultáneamente, empiezan a nacer en Uruguay los intentos de profesionalización crítica, los estudios académicos y aun los esfuerzos eruditos,

que se desarrollan con altibajos durante las tres primeras décadas del siglo xx.⁶¹ De todos modos, la posibilidad del *Quijote* como mito, nacida a principios del siglo, llegará, vigorizada, a las circunstancias de la guerra civil española. Con la llegada a América de grandes contingentes de españoles exiliados reaparecerá el *Quijote* con toda la fuerza del símbolo-mito.

Como se hizo explícito en la INTRODUCCIÓN Y DELIMITACIÓN DE LA CUESTIÓN, para considerar la historia de los efectos a que dio lugar el *Quijote* en Uruguay, se tendrá en cuenta el concepto de recepción aplicado a distintos tipos de textos. En este caso, partimos de una clasificación sencilla, que discrimina tres tipos de recepción literaria: pasiva, reproductiva y productiva. La pasiva se referiría a la opinión del público en general, la cual, en la mayoría de los casos, solo se puede conocer sociológicamente. La recepción reproductiva, a su vez, haría referencia a «la crítica, el comentario, el ensayo, cartas o apuntes de diario y otros documentos más que se esfuerzan en la transmisión de una obra literaria» (Moog-Grünewald, 1984: 82). Finalmente, la recepción productiva consideraría las obras de «literatos y poetas que, estimulados e influidos por determinadas obras literarias, filosóficas, psicológicas y hasta plásticas, crean una nueva obra de arte» (Moog-Grünewald, 1984: 82).

La clasificación de María Moog-Grünewald, si bien nos ha servido como punto de partida para reflexionar sobre los tipos de textos, resultó insuficiente para dar cuenta de la variedad que hemos ido reuniendo dentro de la categoría de «recepción» y de las distintas formas en que cada uno de estos dialogan con la novela cervantina, de modo que la consideramos solo en un sentido muy general y nunca reductivo. Pensamos, por ejemplo, que la tarea de la crítica supera el esfuerzo por la transmisión de las obras literarias y que puede considerarse también una actividad productiva y creativa. Prueba de esto es el caso de lo que llamaremos *ficciones críticas*, o sea, textos de ficción que, sin embargo, funcionan a la vez como interpretación y comentario del *Quijote* (por ejemplo, las recreaciones o los relatos referidos a los destinos del libro o a algún aspecto de su explicación), y *ficciones conjeturales*, es decir, relatos que conciben escenarios hipotéticos o narran situaciones alternativas ocurridas a los personajes del libro: don Quijote, Sancho, y otros, en especial los que se dejan llevar por la tentación de agregar nuevas aventuras a las imaginadas por Cervantes.

Muchas veces, si debiéramos aplicar un criterio excluyente, estos tipos de textos, por ejemplo, entrarían más cómodamente en la clasificación de recepción productiva. En esta misma categoría, ingresarían, por supuesto, los textos de

61 A lo largo de este trabajo, simultáneamente al análisis de la evolución del uso simbólico y politizado del *Quijote* en el campo cultural uruguayo durante el siglo xx, se mencionarán los textos críticos o estudios sobre Cervantes desarrollados durante ese período, también registrados en la bibliografía. Pero debe observarse que, en general, aun en los casos en que documentamos textos críticos extensos y especializados sobre Cervantes, se trata de esfuerzos individuales, ya que el país no contó, hasta mediados de siglo xx, con espacios institucionales o académicos donde se formaran hispanistas.

creación ficcional en los que pueden reconocerse huellas más o menos explícitas del *Quijote*, con relación tanto a sus procedimientos formales como al tema.

De modo que una clasificación general de los textos considerados presuponediferenciar, por un lado, los textos críticos que, inscriptos en muy diversos marcos y soportes, aspiran a explicar aspectos de la obra y contribuyen a su difusión o interpretación (notas en la prensa masiva, artículos en revistas literarias o culturales, libros de ensayos y, en menor medida, acercamientos de tipo académico), sin hacer pesar una distinción entre «activo» o «pasivo», la cual nos resultó reductiva y esquemática, y, por otro lado, los textos de ficción (poesía, cuento, novela), inspirados directa o indirectamente en la obra de Cervantes. A su vez, los textos ficcionales admiten diferencias importantes.

Las creaciones literarias inspiradas en Cervantes o el *Quijote* pueden ser textos de homenaje o encomio, como textos que se valen de la repetición de personajes y situaciones. Puede tratarse de continuaciones o reescrituras, con invención de nuevas aventuras o vicisitudes de don Quijote y Sancho (género prolífico en el mundo entero y en todas las épocas), o de ficciones que apelan a la creación de otros personajes muy inspirados en aquellos, aunque difieran mucho o poco los nombres, las situaciones y las circunstancias.

Asimismo, hay textos de ficción inspirados indirectamente en Cervantes, rasgo común a toda la novela moderna, ya sean ecos deliberados del *Quijote* como obra fundacional del género, recursos aprendidos de ella, o ya sea prácticas cervantinas que han sido incorporadas al acervo acumulado por la tradición. En esta investigación, nos hemos ocupado, en esta categoría en particular, dedicada a los textos de ficción, de los casos de recreaciones, continuaciones y reapariciones de los personajes de Cervantes en publicaciones uruguayas durante el siglo xx, así como de otras pocas ficciones que aprovechan temáticamente aspectos de la novela, de la vida del autor, de la historia del libro o de su lectura.

Respecto al primer caso de recepción señalada, se considerarán, en especial, aquellos momentos del siglo xx en que se produce una gran concentración de textos críticos y textos-homenaje, que coincidieron, además, con la agudización de la interpretación mítico-simbólica: los centenarios del autor o de la obra en 1905 (trescientos años de la publicación de la primera parte del *Quijote*), 1915 y 1916 (trescientos años de la publicación de la segunda parte y de la muerte de Cervantes respectivamente), 1947 (cuatrocientos años del nacimiento de Cervantes) y 1955 (trescientos cincuenta de la publicación). Esto último ocurrió, en parte, por las circunstancias políticas españolas o latinoamericanas casi permanentemente inestables, cuando no alarmantes, en el pasado siglo, y, en parte, porque las fechas conmemorativas suelen ser acontecimientos que propician discursos destinados a públicos masivos y, por tanto, adquieren una evidente y aprovechable potencialidad política. Por consiguiente, la recepción reproductiva o crítica, como se elegirá designar a estos discursos, se concentrará en esas fechas y en ese tipo de discurso, sin desmedro de la descripción de las otras tantas formas que asumió a lo largo del siglo.

Jauss afirmaba que una obra literaria «es acogida y juzgada tanto sobre el fondo de otras formas artísticas como sobre el de la experiencia cotidiana de la vida» (Jauss, 2000: 189). Siguiendo este criterio, para el estudio de la recepción, se reconstruirá el clima político, social y literario de los diferentes períodos analizados, de modo de tomar en cuenta, en lo posible, el horizonte vital y literario en que han surgido las obras, o se han leído y juzgado, según el caso.

Quizá en este punto, cabe un apartado sobre las grandes tendencias que la crítica cervantina internacional ha transitado durante el siglo xx y que podrían servir de marco comparativo a la evolución registrada en Uruguay en el mismo período. Este marco panorámico será considerado al momento de evaluar filiaciones y alcances de la llamada recepción reproductiva del *Quijote* en Uruguay, que incluirá, primeramente, los comentarios y las interpretaciones críticas recabadas.

El mito quijotesco y la crítica del siglo xx

Ya se han desarrollado las variantes y bifurcaciones de la crítica de los comienzos del siglo, especialmente en el enfrentamiento entre los acercamientos que Gutiérrez diferenció como «cervantismo intrínseco» y «cervantismo extrínseco», así como la proliferación de las lecturas simbólicas y acomodaticias hasta la llamada generación del 27, poco más o menos (Close, 1995; 2005). Debe retomarse el proceso en la inflexión que supuso el libro de Américo Castro,⁶² *El pensamiento de Cervantes* (1925), «capital para la historia del cervantismo» (Montero Reguera, 2001: 195), ya que, entre otras cosas, cumple la monumental tarea de ubicar la obra de Cervantes en el contexto europeo de su época (erasmismo, relaciones con la cultura italiana, humanismo renacentista) (Montero Reguera, 2001: 210).⁶³

A su vez, de acuerdo a su particular modo de encuadrar los resabios de la crítica romántica, cuyas premisas ya se han expuesto, Close considera que el enorme éxito de *El pensamiento de Cervantes*, obra a partir de la cual casi todo el cervantismo posterior sería para él «una larga apostilla», se debió a que utilizó los fundamentos de la «crítica filosófica», en cierta forma acomodaticia y tendenciosa, «y le confirió por primera vez una aureola de autoridad, erudición

62 Hijo de españoles, Américo Castro nació en Brasil en 1885 y murió en España en 1972. Fuertemente marcado por el Centro de Estudios Históricos que dirigía Ramón Menéndez Pidal, fue investigador en ese centro y catedrático universitario. Al finalizar la guerra civil española, se exilió en Estados Unidos y trabajó en varias universidades, donde dejó su huella, especialmente en Princeton, de la que surgieron, bajo su magisterio, importantes hispanistas, como Russell P. Sebold o Stephen Gilman.

63 Antonio Marco García sintetiza, de este modo, la orientación intelectual de Américo Castro y Tomás Navarro Tomás: «para ellos la literatura resultaba imprescindible para conocer el espíritu nacional, y la lengua era valorada como reflejo de las influencias culturales en la vida de un pueblo» (Marco García, 1992: 87).

y sofisticación metodológica» (Close, 1995: 314). El aporte más fecundo de Castro sería, para este crítico inglés, la presentación del

nuevo Cervantes como un Montaigne español: un novelista profundamente escéptico y reflexivo, quien, nutrido por las ideologías más innovadoras de su siglo, y en medio de un clima de opinión reaccionario, ha llevado a cabo una revisión radical del programa del «yo», disimulando su mensaje por medio de un arte cargado de elocuentes apartes y de segundas intenciones (Close, 1995: 314).

La aceptación favorable del libro de Castro —sobre todo fuera de España— hizo que una serie enorme de estudios aparecidos entre 1940 y 1960 no solo no discutiera, sino que diera por sentadas sus tesis y las aplicara a diversos campos del cervantismo.

Entre quienes discuten a Castro, se destaca las obras de Alexander Parker, Otis Green, Peter E. Russell y Eugenio Asensio, inspiradas en un esfuerzo empírico y riguroso, en la necesidad de superar tópicos cómodos y de someter a un examen más crítico la evidencia disponible.⁶⁴ Sin embargo, como el espíritu empírico suele ser

conservador en el sentido neutro de reacio a admitir novedades especiosas, [...] también puede serlo en un sentido ideológicamente tendencioso. De esto, nos ofrecen numerosos ejemplos las posturas de rechazo que ante el pensamiento de Cervantes se adoptaron en España, y también fuera de España, durante el período de posguerra (Close, 1995: 317).

Uno de los problemas principales que debió afrontar la obra de Castro radica en su hipótesis fuerte que adjudica el empobrecimiento y declive de España a la depuración racial y religiosa. Esto llevó a un sector de sus detractores a acusarlo de pretender *semitizar* la historia de España. A la vez, fue muy hostigado por los embanderados de los estudios históricos más tradicionales (y de sus métodos); aun cuando hoy pudiera considerarse a Castro precursor de los estudios culturales, su enfoque chocaba contra las líneas más duras de la tradición historiográfica. Su gran detractor, en este sentido, fue Claudio Sánchez Albornoz, exiliado en Buenos Aires desde comienzos de la guerra civil, quien lo enfrentaba desde una concepción tradicionalista y confiada en una identidad *hispana* homogénea y en cierta forma esencialista (Araya, 1983).

A su vez, y volviendo a la deriva de los estudios cervantinos en el siglo xx, el célebre capítulo de Auerbach en *Mimesis* (1942), «La Dulcinea encantada», parte también de premisas ajenas a Castro, y aun partiendo de la

64 Montero Reguero destaca, del método de Parker, la aplicación al *Quijote* «de la particular visión inglesa de acercarse con rigor a los textos clásicos, combinada con las modernas corrientes del new criticism americano, a fin de recuperar el significado original de la obra de Cervantes. Los estudios de Parker han sido seminales, pues, como ha señalado Javier Herrero, mostraron a una nueva generación de críticos que para estudiar de manera responsable una obra literaria es esencial una atención muy estrecha al propio texto y, al mismo tiempo, iniciaron un “non sense, irreverent reading of the *Quijote* which is the basis of some of the most important modern interpretations of Cervantes masterpiece”» (Montero Reguero, 2001: 218).

importancia del *Quijote* en la conversión de la mimesis clásica, «según la cual lo cotidiano era esencialmente risible, a la propia de la novela moderna, que es capaz de tratarlo como algo trágico y problemático», pone de manifiesto toda la «distancia que media entre la visión del mundo cervantina y la nuestra» (Close, 1995: 319). El análisis de Auerbach apunta a dejar claro que las técnicas narrativas de Cervantes niegan la problemática de ese conflicto:

El héroe nunca sufre sus fracasos trágicamente; su sabiduría ocupa los paréntesis de su locura, y sus actos nunca ponen en duda el derecho de la sociedad a ser como es; el autor ve la acción lúdicamente, como una serie de leves enredos, deleitándose en su variedad multicolor (Close, 1995: 319).

De esta manera, sus actos no cuestionan realmente la sociedad en que la obra surge (Montero Reguera, 1997: 217).

A su vez, Close agrupa bajo cuatro grandes titulares las líneas del cervantismo tradicional que perdurarían, con diferente fuerza, hasta fines del siglo xx: 1) la investigación del sentido filológico del texto, de la vida del autor y de sus fuentes; 2) la aproximación al *Quijote* como experiencia agridulce y simbólica del desengaño personal y sociopolítico de su autor; 3) una actitud entre crítica e idealizante hacia la caballería medieval, en la descendencia de *Amadís* e, incluso, del *Romancero*, y 4) una interpretación de Don Quijote y España a través del vitalismo autocreador de Unamuno y Ortega, que incluyen las lecturas existencialistas y las exploraciones en el concepto de vida en el *Quijote*, así como las discusiones en torno al realismo (Close, 1995: 315-317).

De estas cuatro líneas, la segunda y la tercera habrían decaído desde la década de los setenta, por no acompañarse de ningún modo con las corrientes de teoría literaria imperantes en Europa y Estados Unidos, pero las otras dos podrían rastrearse aún en la crítica contemporánea. En la primera tendencia, ubica, por ejemplo, a Ángel Rosenblat, Luis Murillo, Daniel Eisenberg, Jean Canavaggio y Francisco Márquez Villanueva (Close, 1995: 317). Como derivados de la cuarta tendencia, agrupa, por ejemplo, los trabajos críticos que se ocupan del delicado tema del *realismo* en el *Quijote*, en tanto condición de la novela moderna (y de la filosofía a partir de Descartes): la construcción del universo desde uno o varios puntos de vista, pero, en todo caso, como representación de la mente humana (Claudio Guillén, Helena Percas de Ponsetti, Juan Bautista Avallé-Arce, Stephen Gilman, entre otros) (Close, 1995: 327).⁶⁵

65 El estudio de Anthony Close, en su versión original inglesa, *The Romantic Approach to Don Quixote*, fue publicado en 1978, el cual se cierra con la consideración de la década de los sesenta. Para la publicación en español (de la editorial Crítica, 2005), agrega un capítulo, en el que considera la evolución general de los estudios cervantinos en los últimos cuarenta años no analizados en la edición inglesa, y en especial, las variaciones (decadencia y remozamiento) de lo que él llamó la «concepción romántica». Las conclusiones de 2005 le permiten a Close moderar algunos juicios muy categóricos de 1978, en especial respecto al carácter erróneo o descaminado («misguided») que había atribuido entonces a la crítica romántica, así como aceptar con cautela la posibilidad de lecturas simbólicas de la obra —que antes había anatemizado, y llega a reconocer que el estilo «denso y sugerente» de Cervantes admite considerarlas en algún

A su vez, las premisas antipositivistas de las que parte Castro en *El pensamiento de Cervantes* presuponen que «la mente del artista estructura prismáticamente la realidad», y «que el arte emplea un lenguaje y una forma que les son propios, solo medibles por criterios estéticos, y que son únicos en el sentido de que varían de una obra de arte a otra» (Close, 1995: 319). Este último aspecto es afín a los supuestos de tres movimientos de crítica literaria desarrollados entre 1920 y 1960: la crítica nueva (new criticism), la estilística y el estudio de movimientos artísticos. Los dos primeros movimientos se asientan sobre la paradoja de pretender el uso de métodos científicos para objetos singulares o únicos. En la última línea, los aportes más destacados al estudio del *Quijote* como obra barroca serían los de Helmut Hatzfeld y Joaquín Casaldueiro, cuyas categorías son discutibles (y fueron discutidas ya entonces) en sí mismas, porque tienden a la rigidez de las clasificaciones y más aún cuando son utilizadas para justificar afiliaciones estéticas que pretenden explicar el texto.

Respecto a las contribuciones de la estilística al cervantismo, debe destacarse, antes que nada, el ensayo de Leo Spitzer, «Perspectivismo lingüístico en el *Quijote*» (1948), de gran repercusión posterior, que parte de «la hipótesis de que el estudio minucioso de las idiosincrasias de estilo de un escritor [...] revelarían los principios rectores de su pensamiento y su arte». Para Close, «el procedimiento de Spitzer está motivado por un credo en que van mezclados el idealismo antipositivista, el humanismo liberal y la historiografía romántica» (Close, 1995: 321).

Spitzer concibe el *Quijote* como la creación de un autor que, a imitación de Dios, «crea y preside con enigmática sabiduría un universo ficticio de múltiples perspectivas» (Close, 1995: 322), aunque la idea del perspectivismo cervantino ya fuera insinuada por Ortega y Gasset.⁶⁶ Esta orientación sigue gozando de prestigio en el presente, dada la posible conexión del perspectivismo con postulados de Jacques Derrida y de Mijaíl Bajtín (Close, 1995: 323).

Gracias a estas derivas, la lectura de Cervantes se fue actualizando —acomodaticamente, según Close— a las tendencias vanguardistas de los primeros años del siglo xx (representadas en las obras de André Gide, Miguel de Unamuno, Luigi Pirandello, James Joyce), adaptándose al rechazo del naturalismo decimonónico, a la presentación de la realidad desde múltiples puntos de

caso, fundamentalmente si se tiene en cuenta que algunos pasajes del *Quijote* «están imbuidos de un amplio y rico potencial de significación» (Close, 2005: 299-300). Ya en un extenso artículo de 1995, el crítico británico había abordado panorámicamente la crítica más reciente (Close, 1995: 311-334).

66 Montero Reguera señala algunas «intuiciones» de Ortega que fueron aprovechadas por la crítica posterior: la puesta en duda de la supuesta ejemplaridad moral de las *Novelas ejemplares*, el perspectivismo como una de las claves del *Quijote* («el ser definitivo del mundo no es materia ni alma, no es cosa alguna determinada, sino una perspectiva») y la reivindicación de la obra cervantina como germen de la novela moderna («falta el libro donde se demuestre al detalle que toda novela lleva dentro, como una íntima filigrana, el *Quijote*, de la misma manera que todo poema épico lleva, como el fruto del hueso, la *Iliada*») (Montero Reguera, 1997: 206).

vista y a la reflexión sobre el proceso creador, y, a la vez, recreando una lectura «a la imagen de las modas literarias del siglo xx» (Close, 1995: 323).

Será Riley, con su *Teoría de la novela en Cervantes* (1962), quien otorgue al perspectivismo, «un almacén convincente fundado en la estética renacentista» y quien ponga en circulación una serie de temas vigentes en la crítica cervantina hasta hoy, como la relación entre historia y poesía o la función del narrador en el *Quijote*, en tanto resultan preocupaciones dominantes de la teoría actual (Close, 1995: 324).

Otra rama de estudios se desprende de la tesis de Castro acerca de un Cervantes discrepante con la ortodoxia tridentina y de la discusión acerca de su posible erasmismo, en la que Close agrupa a críticos como Marcel Bataillon, José Antonio Maravall, Ciriaco Morón Arroyo, Alban Forcione y Francisco Márquez Villanueva. A estas perspectivas, deben agregarse las posibilidades abiertas por las aproximaciones psicológicas a la obra de Cervantes, en particular a partir de la *Guía del lector del Quijote*, de Salvador de Madariaga (1926). Según Close, numerosos críticos posteriores deben mucho a este libro, cuyo éxito, además del innegable mérito de un análisis sutil de situaciones y personajes del libro, se debió a la aplicación de un análisis freudiano, pero también a que aborda el «tema predilecto del cervantismo de nuestro siglo: la idea de que Cervantes dirige su punto de mira a la precaria línea divisoria entre ilusión y realidad, leyenda e historia, vigilia y sueño» (Close, 1995: 329). Algunos de los continuadores de Madariaga en estos aspectos serían Juan Bautista Avallé-Arce, Helena Percas de Ponsetti, Edward Riley, Ruth El Saffar y Diana de Armas Wilson, entre otros.

La tesis de Lukács en *Teoría de la novela* (1920), superpuesta a la influencia de Ortega y Gasset, ha desarrollado otra línea de crítica cervantina afianzada en la idea del *Quijote* como expresión del desarraigo de la época moderna y del héroe como un ser escindido entre la adhesión a valores absolutos y la necesidad de pactar con una realidad decepcionante. Según Close, de esta línea se desprenden, en algún nivel, los estudios de René Girard, Marthe Robert, Cesáreo Bandera, Ruth El Saffar y Anthony Cascardi.

El investigador inglés repasa los efectos de los movimientos y las tendencias surgidos a partir del estructuralismo y del posestructuralismo, que desplazaron la atención de la mente consciente del creador para ocuparse de los códigos culturales que motivan y estructuran la obra, aun no de modo consciente. La narratología y los estudios de Michel Foucault —que han supuesto un nuevo historicismo—, Roland Barthes, Jacques Derrida y Jacques Lacan desacomodaron las premisas de la crítica literaria tradicional y los presupuestos sobre la actividad creadora.

Con el propósito de distinguir lecturas que desactiven supuestos falaces y en la renovación de los métodos de análisis, Close destaca el aporte de Monique Joly, quien, escudriñando el fenómeno de la burla en la literatura del siglo de oro, pone de relieve un punto —el de la burla— despreciado por Castro en la

interpretación del *Quijote*. En *La bourle et son interprétation* (1982), Joly estudia el contexto sociocultural con una perspectiva más amplia que la historia literaria tradicional, combinando la minuciosidad filológica que admira en trabajos como los de Margherita Morreale o de Frida Weber de Kurlat con los métodos inspirados en la narratología y el estructuralismo francés (Close, 1995: 318). De la narratología, en la versión de Bajtín, nace el concepto de dialogismo, recogido por los estudios cervantinos más recientes, así como los conceptos bajtinianos de parodia e inversión carnavalesca, que han sido aprovechados, entre otros, por Augustin Redondo (Redondo 1998; 2011). En síntesis, Close diagnostica, en 1995, un «precario equilibrio [en la crítica cervantina] entre dos fuerzas opuestas: la teoría por un lado, y, por otro, los hábitos mentales del humanismo tradicional» (Close, 1995: 330).

Carroll Johnson, por su parte, repasa, por la misma fecha, la crítica cervantina más reciente partiendo del quiebre que supone el abordaje de Michel Foucault en *Les mots et les choses* (1966), en lo que respecta al énfasis en el descubrimiento que hace Cervantes de la problemática sustitución de representación por referencialidad: la ruptura, en definitiva, de la vieja relación orgánica de la palabra con la cosa; la idea de que, a partir de Cervantes, las palabras que ya «no son, sino que significan», intuición que ya estaba presente en Ortega y Gasset (1914) (Johnson, 1995: 336). A su vez, por los mismos años, Edward Riley (1962) y Alban Forcione (1970) desarmen la convención de que Cervantes necesariamente adhería a la poética aristotélica en los términos que pueden adherir algunos personajes de su obra.

Johnson destaca que los sistemas narratológicos desarrollados por Gerard Genette y los trabajos de Percy Lubbock sobre el punto de vista en Henry James, así como las nociones de polifonía textual y heteroglosia de la novela desarrolladas por Bajtín, sirvieron a los cervantistas para interpretar de otro modo la ambigüedad cervantina y desarrollar nuevas hipótesis sobre los narradores del *Quijote*, a la vez que permitió distanciar estas voces de la voz de Cervantes (Johnson, 1995: 341).

Con respecto al desarrollo de la crítica peninsular durante el siglo xx, aunque se han ido mencionando algunos hitos —autores y títulos—, merece especial referencia la llamada Escuela Filológica Española, influyente en los estudios cervantinos, así como en toda el área de los estudios literarios en España y en otros países de Latinoamérica: en Argentina, dio lugar, como se dirá, a una escuela propia, y, en otro sentido, en Uruguay, debe destacarse la difusión e importancia que tuvieron en la formación de los profesores de literatura tanto las ediciones Clásicos Castellanos, de Espasa-Calpe, que seguían la metodología y el rigor filológico del Centro de Estudios Históricos, como la colección de estudios monográficos Biblioteca Románica Hispánica, de Gredos, dirigida por Dámaso Alonso, formado filológicamente por Ramón Menéndez Pidal e influido por la estilística.

La Escuela Filológica Española comprende a un grupo de investigadores formados bajo el magisterio de Menéndez Pidal y nucleados en torno al Centro de Estudios Históricos de Madrid (fundado en 1910),⁶⁷ con quienes «viene a nacer en España la filología en el sentido moderno del término» (Montero Reguera, 2001: 213). Menéndez Pidal entendía la filología como «ciencia que se ocupa de fijar, restaurar y comentar los textos literarios, tratando de extraer de ellos las reglas del uso lingüístico», por lo que se encarga de la historia de la literatura y de la lengua no en forma aislada, sino como parte de un amplio proyecto historiográfico, dando importancia a las conexiones y relaciones internas (Marco García, 1992: 85). Muchos de sus discípulos destacaron *a posteriori* esta amplitud de enfoque interdisciplinario como el principal aporte de la Escuela Filológica Española, que rebasaba «los límites habituales de la filología, al relacionar los hechos lingüísticos no solo con los literarios y folclóricos, sino, además, con los de la historia jurídica, institucional y política» (Marco García, 1992: 88).

Los primeros colaboradores de Menéndez Pidal fueron Américo Castro, Tomás Navarro Tomás y Vicente García de Diego, a los que después se sumaron los discípulos de estos, que desarrollaron sus actividades académicas e investigativas dentro y fuera de España: Amado Alonso, José F. Montesinos, Federico de Onís, Dámaso Alonso, Manuel de Montoliú, Joaquín Casaldueiro, Samuel Gili Gaya, Rafael Lapesa, Alonso Zamora Vicente y Enrique Moreno Báez. La situación política de España y las oportunidades de trabajo en el extranjero llevaron a muchos a radicarse en el exterior, cuando no directamente al exilio. Casualmente, fueron los cervantistas los que más emigraron (Montero Reguera, 2001: 215). De modo que las actividades individuales y la formación permanente de equipos de investigación en los diferentes lugares de radicación dieron lugar, a su vez, a un crecimiento exponencial de los métodos de la Escuela Filológica Española en áreas universitarias de América Latina y Estados Unidos: Buenos Aires, México, Puerto Rico, Columbia, Harvard, Princeton, por citar los centros más importantes (Montero Reguera, 2001: 213).

67 Marco García reseña la trayectoria de Menéndez Pidal destacando que asimiló, en principio, los estudios de Meyer-Lübke, Diez, Hanssen, Gessner, lo que dio lugar a «una disciplina propia sustentada sobre dos pilares: tradicionalismo y evolucionismo». Del tradicionalismo, rescataba los vínculos entre los hechos lingüísticos con la vida de cada comunidad hablante, dependientes de la historia general, superando, gracias a esto, «el idealismo estetizante de Benedetto Croce y Karl Vossler, pero seguía, en cierta medida, la vocación iniciada por Manuel Milá y Fontanals de investigar las mejores tradiciones literarias y artísticas de España, penetrando en aquella zona más desatendida por la universal curiosidad de don Marcelino Menéndez y Pelayo. [...] El rigor y la especialización frente a las limitaciones de la bibliografía y la desatención de la crítica textual se convertían en las dos características primordiales de su quehacer investigador. Menéndez Pidal elevó su disciplina a unos planteamientos teóricos propios con el fin de alcanzar la anhelada filología científica comparable a la europea. Con la superación del diseño científico positivista, Menéndez Pidal conseguía una concepción integradora de los hechos lingüísticos, de los literarios y de los históricos» (Marco García, 1992: 84).

Sin embargo, los que se quedan en España durante el franquismo tienen el *Quijote* en la cabeza, pero escriben poco sobre él, aunque, cuando lo hacen, ofrecen páginas de enorme interés, como Dámaso Alonso o Rafael Lapesa, [...] Enrique Moreno Báez, discrepante en ocasiones con Américo Castro y autor de unas *Reflexiones sobre el Quijote* todavía válidas. [...] Pero, en general, los objetivos de los filólogos que se quedan en España van por otros caminos; se concentran en otros autores o temas [...]. Como posible razón de la falta de estudios sobre el *Quijote*, se ha sugerido, por ejemplo, el peso excesivo de la tradición filológica que acaso ha impedido la incorporación de otras corrientes críticas; quizás también el extraordinario influjo de las ideas de Castro sobre todos sus discípulos, tanto en Estados Unidos como en España: pero aquellas no eran del todo bien vistas en España, con una situación política que quiso hacer de Cervantes un héroe glorioso con una imagen afín al régimen, muy alejada de la que Castro nos ofreció; acaso por eso los filólogos del Centro de Estudios Históricos en España no se ocuparon con frecuencia del Quijote: por un lado, existía la convicción de que poco nuevo se podía añadir a lo ya dicho por Américo Castro, y, por otro lado, eran ideas no bien vistas: mejor, por tanto, no acercarse al tema (Montero Reguera, 2001: 215).

Respecto al polo cervantino bonaerense, es inevitable fijar la atención en el contacto de Ricardo Rojas con Menéndez Pidal en 1922, a efectos de nombrar un especialista que dirigiera la creación del proyectado Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires. Como se sabe, la elección recayó en Américo Castro, quien se hizo cargo del Instituto en 1923 y fue relevado por Manuel de Montoliú y luego por Amado Alonso, que lo dirigió entre 1927 y 1946, nada menos. El nivel de las investigaciones y publicaciones durante ese período, y aun después, contribuyó a ubicar al Instituto como «el centro de mayor prestigio mundial en los estudios hispánicos», según lo consideró Rafael Lapesa (Weber de Kurlat, 1975: 3).

En los años setenta del siglo xx, el deterioro político y económico de Argentina afecta, por supuesto, los destinos de la Universidad, que queda sumida, como dice Juan Diego Vila, «en clara posición melancólica [...], contemplando las pérdidas, con su mirada hacia un pasado cuya prolongación en el futuro quedaba librada a la voluntad individual de cada docente, que permaneció con cada vez menos auxilio institucional» (Vila, 2005d: 96).

Aun así, puede afirmarse sintéticamente que desde el ámbito del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas (luego llamado Doctor Amado Alonso) se fue forjando, desde sus inicios, un campo académico de profesionales, en el que se formarán importantes hispanistas como María Rosa y Raimundo Lida, Marcos Morínigo, Juan Bautista Avalle-Arce, Ana María Barrenechea, Celina Sabor de Cortázar, Isaías Lerner,⁶⁸ entre otros, muchos de ellos con aportes

68 Estos dos últimos fueron responsables de la edición crítica de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (publicado en Buenos Aires por Eudeba en 1969 y 2005), la primera pensada para un público latinoamericano, labor que destaca Juan Diego Vila en cuanto a las posibilidades de comprensión del texto cervantino teniendo en cuenta los arcaísmos léxicos

sustanciales a la historia del cervantismo y, sobre todo, iniciadores de una tradición crítica y de interés por la obra de Cervantes, que ha posibilitado un «núcleo intelectual independiente» de gran peso hasta hoy y cuyas figuras tutelares son Alicia Parodi y Juan Diego Vila, que cuenta con el respeto del cervantismo mundial (Weber de Kurlat, 1975; Barrenechea, 1998; Di Tullio, 2002-2003; Montero Reguera, 2005).

Dado que es imposible relevar todas las líneas en que se bifurca el cervantismo internacional en el siglo xx, y consignando aquí solo las que incidieron de modo más evidente en el campo literario uruguayo, no pueden dejar de mencionarse los aportes a la interpretación del *Quijote* que surgen de los escritores españoles vinculados cronológicamente a la llamada generación del 27, en un movimiento similar, aunque en diferentes contextos y con resultados también distintos, al que interpe-
ló, como se vio, a la denominada generación del 98. Como aquella, la producción cervantina de estos creadores y ensayistas estará destinada a tener gran impacto en la literatura uruguaya (González Briz, 2011).

Montero Reguera destaca, entre los acercamientos a la obra de Cervantes por ensayistas y creadores cercanos al 27, las figuras de Ramón Gómez de la Serna, José Gaos y León Felipe, mencionando, especialmente, el ensayo pionero de Concha Espina, *Mujeres del Quijote* (1916). Y no deja de señalar la vinculación de los escritores del 27 con la Escuela Filológica Española, ya que algunos de ellos fueron, además de poetas, filólogos o críticos literarios: Pedro Salinas (doctorado con una tesis sobre los ilustradores del *Quijote*) y Jorge Guillén, ambos catedráticos, primero en España y luego en Estados Unidos, quienes dedicaron trabajos a la obra de Cervantes. Otros dos catedráticos que han contribuido también con aportes cervantinos son Dámaso Alonso y Gerardo Diego. El segundo, ganador del Premio Cervantes, lo ha hecho revalorizando la poesía. Los otros escritores del 27 son poetas o ensayistas, aunque no «filólogos de profesión, [...] lo que no impide que se acerquen a Cervantes desde perspectivas muy distintas: más técnicamente, Francisco Ayala; filosóficamente, María Zambrano; desde una perspectiva extraordinariamente personal, José Bergamín» (Montero Reguera, 2001: 216). La radicación de José Bergamín en Montevideo, y su contratación como profesor en la Facultad de Humanidades, será tomada en cuenta en el capítulo 4 para describir la situación del campo académico, el estado de los estudios literarios hispánicos y los trabajos de una cadena de discípulos que, llevados por el entusiasmo del español, abordaron luego temas cervantinos.

americanos, lo que, además, contribuye a desarmar supuestos peninsulares atados a prejuicios político-lingüísticos que muchas veces van en contra de un sentido posible del texto (Vila, 2005a: 100-101).

Las reescrituras como forma de apropiación americana

En una conferencia en homenaje a Cervantes, Pedro Luis Barcia propuso la categoría de «ficciones contrafácticas» para clasificar ese tipo de textos de creación, increíblemente abundantes, que se ocupan de hechos conjeturales ocurridos al propio Cervantes, a la historia del *Quijote* en cuanto libro, a su recepción, o bien, y quizás esto sea lo más frecuente, hechos también conjeturales ocurridos a los personajes del libro: don Quijote, Sancho y un largo etcétera. La tentación de inventar y desarrollar nuevas aventuras de don Quijote es contemporánea a Cervantes y no parece en vías de detenerse. La primera empresa contrafáctica la emprendió quien firmara como Alonso Fernández de Avellaneda, no solo por retomar la obra, sino, sobre todo, porque en su novela se suceden alteraciones y reversiones respecto al texto cervantino.

Este tipo de ficciones no serían, según Barcia,

lecturas anticanónicas o revulsivas, libres de acepciones codificadas. Se trata de rifaturas o rifamiento [sic], como dicen los italianos, que modifican el curso de los acontecimientos del relato, la índole de los personajes, la dirección de la acción, los finales, etc., imaginando otras salidas y soluciones posibles (Barcia, 2005: 1).

Desde el punto de vista psicológico, lo que subyace al pensamiento contrafáctico es la simulación, la capacidad de construir escenarios hipotéticos o situaciones alternativas. Y si bien la psicología puede usarlo como método de análisis y la sociología o la historia puede echar mano a estos razonamientos para especular sobre la derivación posible de hechos pasados, actuales o futuros, la literatura parece ser el territorio más liberado para la explotación del pensamiento contrafáctico (Segura Vera, 1999). Por eso mismo, sigue diciendo Barcia, la ficción se ha aprovechado a menudo del «juego de la alteración del curso de los acontecimientos de la cultura y la historia, a partir de la modificación de un hecho que incidirá en una concatenada sucesión de acontecimientos generados en el cambio introducido», y este uso se ha privilegiado, sobre todo, en la ficción científica (Barcia, 2005: 1).

De modo que el procedimiento contrafáctico puede aplicarse literariamente al plano de lo real o histórico (conjeturando con base en hechos que pudieron haber ocurrido en un plano real), a la vez que permite, también literariamente —ya que se trata de simulaciones en cualquier caso—, «ensayar alteraciones en los hechos de las obras de ficción» (Barcia, 2005: 1). En el territorio específicamente cervantino, Barcia observa la existencia de exploraciones contrafácticas en dos planos: «el “real” de la vida de Cervantes y el virtual o ficticio de los personajes y episodios [del *Quijote*]». En los dos casos, los textos pueden definirse también como «reescrituras creativas a propósito de Cervantes y su obra».

La ficción contrafáctica más notoria y fundacional en la historia de la literatura latinoamericana se encuentra en la obra de Juan Montalvo, *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes: ensayo de imitación de un libro inimitable* (1895),

una invención de nuevas aventuras corridas hipotéticamente por don Quijote en América. Pero existieron otros esfuerzos en ese sentido llevados a cabo en el resto del continente durante los siglos XIX y XX, por lo que no es raro que también en Uruguay puedan encontrarse algunos ejemplos de ese modelo de imitación.

La forma de apropiación por medio del relato conjetural, las recreaciones y las reescrituras han sido muy abundantes en los países latinoamericanos, pero no son exclusivas de esta parte del mundo, sino que parecen ser un fenómeno anejo al libro, que viene ocurriendo desde la irreverencia de Avellaneda hasta el presente, con mayor o menor tensión entre rivalidad y admiración. Henry Fielding publicó su *Don Quixote in England* en 1734. Pronto aparecen noticias de un «*le don Quichotte français, un der deutscher don-Quixott e*, incluso, un don Quijote pomerano,⁶⁹ *Siegfried von Lindenberg*, de J. G. Müller»; Smollet no solo tradujo el *Quijote* al inglés, sino que creó un personaje «basado en el modelo de Cervantes, en *The Life and Adventures of Sir Launcelot Greaves* (1760)», por citar algunos casos europeos anteriores a la experiencia americana intentada por Montalvo (Levin, 1973: 384).

Las continuaciones y reescrituras parten de un concepto especial de influencia. Cervantes no fue un escritor imitado en América, en el mismo sentido en que lo fueron, por ejemplo, Luis de Góngora o Francisco de Quevedo.⁷⁰ Durante el siglo XIX, se produjeron en América, sobre todo, comentarios, homenajes, estudios críticos dedicados a Cervantes o a la novela y sus personajes, más que textos de creación (Icaza, 1918; Salvador, 2005). Sin embargo, se han señalado referencias y hasta reminiscencias claras en el siglo XIX, como en *La Quijotita y su prima* (1818-1819), del mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), que no es una imitación, sino una novela de costumbres cercana a los manuales para la formación de las jovencitas, que pinta el ambiente colonial de comienzos del siglo XVIII. Uno de los personajes de esta novela justifica la elección del nombre de la protagonista:

Don Quijote era un loco y doña Pomposa es otra loca. Don Quijote tenía lúcidos intervalos en los que se explicaba bellamente, no tocándole sobre caballería. Doña Pomposa tiene los suyos, en los que no desagrada su conversación; pero delira en tocándole sobre puntos de amor y de hermosura [...] Don Quijote... Pero ya habré cansado vuestra atención, serenísimo congreso, con tanto quijotear (Icaza, 1918: 20).⁷¹

A su vez, en 1832, Fernández de Lizardi publicó *Vida y hechos del famoso caballero don Catrín de la Fachenda*, otro relato de inspiración cervantina. En Colombia y en 1849, José Calcedo Rojas estrenó una obra teatral sobre la vida

69 Pomerania: región geográfica situada al norte de Polonia y Alemania en el litoral báltico.

70 Véase Carilla, 1946.

71 Según Icaza, esta es la primera mención literaria al *Quijote* de Hispanoamérica (Icaza, 1918: 120). Sin embargo, como se ha dicho, son anteriores las *Observaciones sobre agricultura* de Pérez Castellano, de 1813, aunque publicado en 1848, a más de treinta años de la muerte del autor.

de Cervantes. Luis Otero y Pimentel, un militar gallego que participó en la guerra de Cuba y radicado en la isla desde muy joven, publicó allí *Semblanzas caballerescas o las nuevas aventuras de don Quijote de la Mancha* (1866), que sería, según opiniones recogidas por Álvaro Salvador, «una voluminosa y extravagante narración enmarcada en ambiente cubano» (Salvador, 2005: 53).

Otra obra del género costumbrista e inspiración quijoteril fue *El cristiano errante* (1845-1847), del escritor y polemista guatemalteco Antonio José Irisarri (1786-1868), pero solo en los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. Ensayo de imitación de un libro inimitable*, del ecuatoriano Juan Montalvo (1833-1889), el concepto de imitación se reformula a partir de una conciencia estética.

Se busca recuperar la lengua de Cervantes como una herencia común que pertenece a los latinoamericanos y como un modelo para dignificar el castellano frente al prestigio del francés por entonces entre las élites intelectuales. Para Montalvo, la figura de Cervantes, por tanto, sirve de andamio para uno de los primeros intentos de definir una identidad lingüística y cultural continental, cuando esta se hallaba explícitamente en proceso de construcción.

Aunque no sea el primer texto americano que se ocupe de *Don Quijote de la Mancha*, los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes...* es la obra puente o, si se quiere, el punto de partida para rehacer el itinerario del encuentro con la obra cervantina en América. Cervantes despertó, en el siglo XIX, el interés de críticos y gramáticos como Andrés Bello,⁷² Amenodoro Urdaneta (1877), Adolfo Saldías (1893) y Rufino José Cuervo,⁷³ por mencionar los más notorios. Juan Bautista Alberdi le rindió homenaje en su *Peregrinación de luz del día* (1871), estableciendo las posibilidades de un *Quijote* «emigrado» a América y posrevolucionario, satirizando la situación política local a partir de un riesgoso rebajamiento del personaje del que, sin embargo, logra salir airoso:

Don Quijote ha hecho de la libertad su Dulcinea. Digo mal en llamarle don, porque como se ha hecho republicano, ahora se firma Quijote, liso y llano. Leyó en los libros y en los poetas de la caballería americana las proezas de un San Martín y de un Bolívar, y porque ellos conquistaron la independencia o la libertad exterior del país a punta de sablazos, Quijote ha descubierto que él podía conquistar la libertad interna, o el Gobierno del país, por el país a punta de lanza. Se comprende que a sablazos se eche del país a un dominador extranjero en un solo día, por el efecto de una sola batalla victoriosa; pero solo

72 Además de la confesada admiración juvenil por Cervantes, Bello documenta su conocimiento del autor y en especial del *Quijote* en sus trabajos sobre gramática de la lengua. Véase, a modo de ejemplo en su vasta obra: BELLO, Andrés, «Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana» (1841), en ídem, *Obra literaria*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979 (selección y prólogo de Pedro Grases).

73 Cuervo editó y prologó —probablemente en 1907— *Cinco novelas ejemplares* de Cervantes (publicado en Estrasburgo, por Heitz & Mündel). Otras referencias a Cervantes se encuentran en *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* y en el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, iniciado en 1872 por el lingüista colombiano, y continuado y culminado por el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá.

a un loco le ha ocurrido que a sablazos puedan extinguirse las tinieblas y la ignorancia de la cabeza de un pueblo, que ignora radicalmente el gobierno de sí mismo, en qué consiste la libertad moderna. Tal batalla es más loca que la que tuvo con los molinos de viento en España.

Don Quijote no nació para entender esas distinciones. Sin dejar de ser siempre el mismo loco, en América se ha vuelto un loco pillo, un loco especulador; le ha tomado a Sancho un poco de su locura astuta de escudero, así como Sancho le ha tomado a él un poco de su locura de caballero. Es la influencia de la democracia, que los ha igualado y acercado más y más de condición social.

Don Quijote ha creído que el modo de introducir la libertad interior en Sud-América era dejarla sin liberales; por esta razón, que no es mala del todo, a saber: que los liberales mentidos son el mayor obstáculo de la libertad verdadera. Pero él olvidó que matarlos no es educarlos, y que enterrar la licencia es enterrar la libertad. Pero, ¿es capaz don Quijote de matar de veras a hombre alguno? Él mata carneros, y vacas que toma por enemigos de la libertad, porque los carneros y las vacas no entienden de votaciones, ni de discusiones parlamentarias, ni de opinión libre en los negocios de la estancia a que pertenecen; sin embargo, como loco pillo, no se descuida en vender los cueros y la carne salada de sus enemigos muertos, y en guardar el dinero que recibe, para no tener que vivir siempre de aventuras. Quijote, así, ha perdido todo su lustre; se ha hecho prosaico, calculador, común, egoísta, sin dejar de ser el mismo loco; si ve apalearse a una mujer, él mismo ayuda a apalearla, lejos de defenderla, siempre que la cosa le ofrece algún provecho. Ha tomado a Sancho mucho de su villanía de resultas de la república, que ha igualado a los amos con los criados.

Sancho, por su parte, se ha hecho insoportable con sus pretensiones de hacerse un caballero igual a otro caballero; invocando la democracia, se ha dado a elegante, hombre de gran mundo (porque también hay gran mundo en las repúblicas); se ha puesto peluca colorada y lleva corsé, lo cual le hace sudar y bufar como una máquina de vapor, con una libertad que él llama democrática. Sus ventajas de republicano han puesto celoso a don Quijote, que no puede ocultar su ojeriza al viejo escudero insolentado. Este advenedizo caballero ha llevado su impertinencia hasta ofrecer un empleo a sueldo en su casa a su antiguo señor. Pero es indudable que Sancho ha ganado y es más feliz en América que don Quijote: lo pasa mejor y tiene mayor aceptación; sus cualidades son más americanas, por decirlo así, en el sentido que son más democráticas.

Sancho se ha entregado a la política, como la industria más lucrativa; es una nueva forma de su vieja industria de escudero. El comercio de votos, la agencia de electores, las empresas electorales para las presidencias, que aseguran empleos lucrativos, la formación de clubs, la organización de convites y bailes por subscripción son ramos de su tráfico especial; pero su rol es secundario siempre en ellos; es el del revendedor; el del que negocia por segunda mano; especie de judío vulgar y oscuro, calculador y logrero, más que su viejo patrón, se interesa en el Gobierno, no por el brillo, sino por el dinero y por los beneficios anexos al Gobierno (Alberdi, 1983: 110).

Alberdi detecta las posibilidades autoritarias que ofrece el personaje trasladado a épocas sin honor y hasta dónde puede encarnar los conflictos del liberalismo,

claro que forzando mucho las cosas, gracias a una tipología simbólica reduccionista, en la que el principal objetivo es la crítica sociopolítica y la prédica ideológica.

Pero Montalvo fue el primero en la ambición de apropiarse más estrechamente del modelo y captar el tono cervantino, en buena medida imitándolo. En 1882, da a conocer sus *Siete tratados*, el último de los cuales —*El buscapié*—⁷⁴ servirá como prólogo a *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. Ensayo de imitación de un libro inimitable*, el cual, pese a los esfuerzos del autor, solo será publicado en forma póstuma en París, en 1895. Es posible que la permanente reescritura a la que sometió su texto, así como los intentos denodados por publicarlo, reflejen la alta estima que Montalvo tenía de esa obra suya, a la que llamaba «*mi Quijote*» (cit. en Jácome, 2007: 201).

Cada época pone el énfasis en uno u otro aspecto de la realidad y lee los textos recibidos por la tradición de acuerdo a sus inquietudes y obsesiones. Aun a pesar de la hermenéutica positivista, en el siglo XIX, se consolidó, como ya se dijo, una tendencia, nacida en el Romanticismo alemán, a encontrar en el libro de Cervantes símbolos trascendentes, en especial el reflejo de una dualidad humana eterna, encarnada en don Quijote y Sancho como opuestos complementarios. También así lo lee Montalvo, como manifestación de «los dos polos del hombre»: para él, don Quijote y Sancho representan «el espíritu y los sentidos, el pensamiento y la materia» (Montalvo, 1930: VII-IX). De ese modo, participa de una visión «moderna» del *Quijote* inaugurada con el Romanticismo, la que consolidó la superación de los tipos cómicos y la mera parodia. Es probable que de la *Filosofía del arte*, de Schelling, arranque la dicotomía entre lo trascendente y lo empírico emblematizada en el *Quijote*, tal como la toma Montalvo. De acuerdo a esta concepción, los personajes son funcionales a la idea de la lucha eterna del espíritu entre el ideal y el pueblo. Friedrich Schlegel y Heinrich Heine tenderán a expandir esas interpretaciones históricas, e igual suerte tendrán los elogios de Friedrich Hegel al *Quijote* como modelo de obra artística, cuya acción se basa en oposiciones y permite la libertad de un personaje con independencia de la sociedad (Menéndez y Pelayo, 1943: 201; Rodríguez, 2003). O la importancia que al humor cervantino dieron Jean Paul Richter y Arthur Schopenhauer, como procedimiento elevado para poner en evidencia las antítesis de la vida. En adelante, y por esos carriles de significación, comienzan los personajes a adquirir categoría de símbolos, y así se interpretan también en Latinoamérica.

Nada puede extrañar, entonces, que Montalvo participe de la concepción romántica de don Quijote, tanto como héroe trágico que se esconde tras cómicas desventuras cuanto en un sentido de la obra inteligible solo para algunos, según el cual el Quijote es el símbolo del hombre:

74 *El buscapié* es un opúsculo apócrifo, atribuido a Cervantes como defensa de la primera parte del *Quijote*. Adolfo de Castro lo publicó en 1848 en Cádiz (Imprenta, Librería y Litografía de la *Revista Médica*), con notas históricas, críticas y bibliográficas. Sobre la repercusión de *El buscapié* y su interrelación con la crítica de la época se habló en la INTRODUCCIÓN Y DELIMITACIÓN DE LA CUESTIÓN.

Don Quijote es una dualidad; la epopeya cómica donde se mueve esta figura singular tiene dos aspectos: el uno, visible para todos; el otro, emblema de un misterio, [que] no está al alcance del vulgo, sino de los lectores perspicaces y contemplativos que, rastreando por todas partes la esencia de las cosas, van a dar con las lágrimas anexas a la naturaleza humana, guiados hasta por la risa (Montalvo, 1930: vi).

No faltan en las páginas críticas de Montalvo consideraciones estéticas que, en este caso, están muy ligadas a la ética. La valoración sobre la obra admirada y monumentalizada del pasado arroja luz sobre su propia poética, y esta implicancia se extrema si se tiene en cuenta hasta dónde Montalvo quiere *impregnarse* de Cervantes, escribir una continuación. Escribir, en fin, su propio *Quijote*. Consciente o inconscientemente, elige un Cervantes que coincide con sus propios objetivos: el propósito moral, el uso de la pluma como arma de combate y el afán reformador, quizá más quijotesco que cervantino conforme a la inclinación de su temperamento, también afín a Larra. Aunque el autor americano es muy explícito respecto a algunos propósitos de los *Capítulos...*, deja que la crítica a la sociedad contemporánea se lea entre líneas, aunque a un lector de su época le resultara clara la sátira sobre la política y los hombres de su país. Montalvo prefiere el humor que roza la ironía y, conforme a eso, afirma que «la espada de Cervantes fue la risa». Lee el *Quijote* pasando por encima de su triunfo sobre las novelas de caballería, al fin en el plano estético, para quedarse con la derrota que la letra es capaz de infligir en la realidad social, su eficacia en el plano ético que consideraba superior: «El triunfo de Cervantes fue la sátira boyante, el golpe tan acertado, que la enorme locura de ese siglo, herida en el corazón, quedó muerta» (Montalvo, 1930: xiv, cxvii).

En el capítulo iv de *El buscapié* trata Montalvo de la imitación, motivo que le sirve para problematizar la posibilidad de una cultura americana original. Sin cuestionar el eurocentrismo ni la idea de la cultura americana como copia o reflejo, sugiere, con falsa modestia, que el único aporte posible es escribir un *Quijote* para los americanos: «Lo que no les fue dable a los mayores ingenios españoles ¿ha de alcanzar un semibárbaro del Nuevo Mundo? Sírvale de excusa la ignorancia, abónele el atrevimiento, que suele ser prenda o vicio inherente al hombre poco civilizado» (Montalvo, 1930: xxiv).

Ironizando sobre el problema de la americanidad como una hispanidad de segundo orden o, dicho de otro modo, el de una cultura mestiza que carece de carta de ciudadanía para parangonarse con la europea, Montalvo intenta afirmar la legitimidad del escritor americano a la par que reconoce válidos los modelos de una tradición castiza que entiende como vigentes y aun dignos de emulación. Así, propone como una osadía la imitación de Cervantes: «Si él llegare a caer por aventura en manos de algún culto español, queda advertido este europeo que hemos escrito un Quijote para la América española, y de ningún modo para España» (Montalvo, 1930: cxviii).

Cervantes le proporciona el tono y la inspiración, así como la procura de un idioma que busca preservar y limpiar de barbarismos, pero los hechos que se narran se fundan en acontecimientos del presente que, aunque pudieron haber ocurrido en escenario americano, han sido trasladados al ámbito arcaico y español del original, para cumplir cabalmente el propósito de la *recreación*. En la nota introductoria de la edición de 1930, el editor afirma que en la lectura de los *Capítulos...* es posible encontrar «no sé qué airecillo de sierra ecuatoriana».75 Es claro que la fuente no es otra que la real y cotidiana, otra forma de fidelidad a Cervantes:

Las escenas [...] no son casos ficticios ni ocurrencias no avenidas; mas antes acontecimientos reales y positivos en su totalidad. [...] Muchas escenas puestas en tono caballeresco son las comunes y diarias, sin otra dificultad para componer de ellas un paso fabuloso, que echarle a la historia cortapisas y arrequives con sabor a antigüedad y caballería (Montalvo, 1930: cxiv).

Cuando escribe estas páginas, ya se había empleado algo de tinta en la posibilidad de una cultura americana original. Piénsese en los casos vigorosos de Domingo Sarmiento y de Andrés Bello. Si bien el primero abogó por la europeización de la Argentina y el imperio de la *civilización* frente a la *barbarie* del mestizo, defendió una forma de escritura diferencial del escritor americano, no atada a casticismos. Conocida es la aspiración de Bello a una cultura hispanoamericana independiente, dentro de la órbita de la gran comunidad del castellano, y habitual el reconocimiento de su *Silva a la agricultura de la zona tórrida* como un grito de independencia en el campo poético. Concedor de estos precedentes, Montalvo se inclina más bien, como liberal universalista, a la apertura de los americanos a los modelos de ilustración que tienen que venir de Europa, pero a los que se debe inyectar —siguiendo una impronta hegeliana— una savia nueva, la fuerza de los pueblos jóvenes, rústicos pero fecundos:

La naturaleza prodiga al semibárbaro ciertos bienes que al hombre en extremo civilizado no da sino con mano escasa. La sensibilidad es suma en nuestros pueblos jóvenes, los cuales, por lo que es imaginación, superan a los envejecidos en la ciencia y la cultura. El espectáculo de las montañas que corren a lo largo del horizonte; [...] los nevados estupendos que se levantan en la cordillera [...], estas cosas infunden en el corazón del hijo de la naturaleza ese amor compuesto de mil sensaciones rústicas, fuente donde hierve la poesía que endiosa a las razas que nacen para lo grande. El pecho de un bárbaro dotado de inteligencia inculta, pero fuerte, de sensibilidad tempestuosa, es como el océano en cuyas entrañas se mueven desacompañadamente y se agitan en desorden esos monstruos que temen al sol y huyen de él (Montalvo, 1930: xlii).

No es ajeno a Montalvo el problema del lenguaje, ante el que adopta una posición conservadora, entendiendo que la lengua estándar es la de Castilla. Su

75 Este editor, que firma G. Z., es Gonzalo Zaldumbide, quien vierte idénticos conceptos en una conferencia leída en Argentina en 1947: «El don Quijote de América o *Capítulos que se le obviaron a Cervantes*» (Zaldumbide, 1947: 657).

manifiesta preocupación frente a la primacía de la literatura francesa y lo que estima pésima influencia del francés, que permea aun inconscientemente en los escritores latinoamericanos, lo hace volver a Cervantes. Ya se dijo, aun en los *Capítulos...*: Montalvo no deja de opinar e intervenir en las cuestiones que atañen al presente y se manifiesta sobre la importancia de la traducción de obras francesas al español. Coincide, en ese punto, con las ideas de Larra sobre un arte que eduque a las masas, asunto tan urgente en Latinoamérica como en la España de entonces. Debe traducirse mucho, pero con un criterio didáctico y constructor de una alta cultura que ilumine y no embrutezca al pueblo. De ahí que sostenga la urgencia de traducir los clásicos y no

cient romancillos franceses en los cuales el escritor les cuenta los bajos a sus heroínas, sin descuidarse de advertirnos si tienen buena o mala pierna [...]. Que son la vergüenza de la España moderna, la vergüenza de la América hispana [...]. Traducidnos la Enciclopedia, por Dios (Montalvo, 1930: cxxv).

La incorporación sin digerir de todo producto que venga de Francia tiene sus efectos morales o, más bien, desperdicia la capacidad educativa que tiene la letra impresa. Pero, además, cree que el abuso de galicismos deforma la pureza de la lengua, cuestión que argumenta para luego relativizar como ejercicio de esgrima que le permita, al fin, arribar a una apología de las prácticas de lenguaje propias de Latinoamérica, en el sentido de que el mejor decir es el de la expresión directa, sin remilgos afrancesados, que nace del contacto directo con la vida:

No hay gusto que se iguale con llamarle vieja a una vieja, negro a un negro, pícaro a un pícaro: si hay satisfacción comparable con esta, es la de llamarle vieja a una presumida que las da de joven; cholo, roto o lépero a un Capoché por cuyas venas corre sangre de Benavides de León o de Zúñigas de Villamanrique.

Nicolás Rosa ha analizado la reescritura de Montalvo en tanto integrada a una serie o cadena de creaciones que dispara el *Quijote*, pero que tampoco comienza con este, y que pone en tela de juicio el concepto de autor, originalidad, imitación y copia, cuestiones que Montalvo tiene en cuenta de manera expresa (Rosa, 2006).⁷⁶ Montalvo inicia también, de ese modo, el camino americano de imitación o copia que obsesiona a Pierre Menard:

76 Hubo muchos escritores americanos que se dedicaron a escribir continuaciones de las aventuras quijotescas ambientadas en América. En el siglo XIX, además de Montalvo, el ya mencionado Luis Otero y Pimentel publica *Semblanzas caballerescas o las nuevas aventuras de don Quijote de la Mancha* en 1886. En el siglo XX, se destacan las novelas de los también venezolanos Mario Briceño Iragorry (*El caballo de Ledesma*, 1942) y Pedro Pablo Paredes (*Leyendas del Quijote*, 1976). En la última década, los libros del ya mencionado uruguayo Marcelo Estefanell, a medio camino entre la ficción y el ensayo, también ofrecen nuevas aventuras del hidalgo: *Don Quijote a la cancha* (2003) y *El retorno de don Quijote, caballero de los galgos* (2004), cuyos contenidos se retomarán en la segunda parte de este trabajo. Sobre el tema puede consultarse: OCHOA PENROZ, Marcela, *Reescrituras de don Quijote*, Santiago: Lom, 1997 (donde la autora dedica un capítulo a Montalvo).

Toma sus precauciones [—dice Rosa—], [ya que] evidentemente no las tenía todas consigo; como imitador hispanoamericano, dice que su «intento» es una «obrita», una «miniatura», sin dejar de pensar que el diminutivo aminoraba su intento, pero, al mismo tiempo, tenía clara conciencia de integrar la serie. [Censurando el *Quijote* de Avellaneda, Montalvo registra] que la emulación, aceptable dentro de la relación discípulo-maestro, recrea, sin embargo, el campo de las competencias y rivalidades (Rosa, 2006).

De modo que acepta el «robo textual» al precio de la continuación de la serie: «la identidad específica del *Quijote* no afecta la “identidad numérica” de sus distintas expresiones en el tiempo histórico y en distintos medios» (Rosa, 2006: 159-160). Pero Montalvo tiene claro que su *Quijote* usará la lengua americana. Mayores problemas respecto a la lengua ofrecerá, según Rosa, el *Quijote* de Pierre Menard:

¿Texto bilingüe, en una o dos lenguas[:] Menard lo escribe en español y lo piensa en francés o lo escribe en francés y estamos leyendo una traducción siguiendo el ejemplo del *Quijote*, o es el *Quijote* en lengua americana de Montalvo?, ¿o es que hay otro *Quijote* desconocido enterrado en tierras argentinas, un *Quijote* baldío? (Rosa, 2006: 163).

El *Quijote* de Pierre Menard suscitó, a su vez, una reescritura uruguaya, que hubiera fascinado a Rosa en esa cadena de hipertextualidades que descubre o concibe. Se trata de un microrrelato de Mario Levrero, «Giambattista Grozzo, autor de “Pierre Menard, autor del *Quijote*”».77 Una línea muy similar a ese punto de vista sigue «El ojo de la cerradura», de la argentina Ana María Shua (ambos textos en Ortega, 1992).78

77 Me ocupé de analizar este texto en relación con Borges y el tema de la paternidad y bastardía de la obra en un capítulo de *Onetti: las vidas breves del deseo*.

78 Recientemente, Rosa Pellicer se ocupa de estas microficciones, detectando en la literatura latinoamericana una serie de ellas que nacen en diálogo con el *Quijote* y fundamentando la pertinencia del libro de Cervantes como productor de intertextualidad: «Algunas de las características fundamentales del microrrelato, como la elipsis, la alusión y la intertextualidad, hacen del *Quijote* un libro privilegiado para lograr el diálogo necesario entre escritura y lectura: aunque no se haya leído, todos los lectores conocen a los personajes principales y algunos de sus episodios, [lo que favorece] la brevedad. Para Basilio Pujante Cascales, las razones de esta provechosa relación entre la novela y el microrrelato son las siguientes: “En primer lugar, el *Quijote* se ha convertido, especialmente en el ámbito de la cultura en español, en el libro por excelencia, leído por muchos y conocido por casi todos. Este hecho les permite a los autores de minicuentos trabajar con un hipotexto fácilmente reconocible y al que una mera alusión abre una gran fuente de conocimientos compartidos. Tampoco debemos olvidarnos de los valores propios del texto cervantino. El microrrelato es un género de escritores para escritores, donde son innumerables los guiños al oficio de escritor y a otras obras literarias; se trata esta de una tendencia de clara estirpe cervantina”» (Pellicer, 2013: 82).

Parte III

CENTENARIOS CERVANTINOS
EN URUGUAY (SIGLO XX)

Celebrar el centenario: ¿un imperialismo más?

*¡Padre nuestro, que estás en los cielos!
Si has de consentir que a la sombra
de los grandes hombres medren
y se den tono tantos majaderos...
No críes en adelante más que
honradas medianías,
sin centenario posible.*

Leopoldo Alas (*Clarín*), *Paliques*⁷⁹

El centenario como dispositivo

Desde el punto de vista metodológico, es necesario interrogarse acerca del valor y del alcance cultural de lo que llamaremos el *dispositivo de homenaje* o, aun en una aplicación más estricta, el *dispositivo del centenario*, en la medida en que la proyección de representaciones culturales que tiene cabida en los discursos críticos y encomiásticos de los centenarios cervantinos celebrados en el siglo xx es uno de los objetivos planteados para este trabajo.

Creemos que el dispositivo del centenario tiene muchos puntos en común con el dispositivo más general de homenaje, y, en algunos sentidos, las características que podemos encontrar en los discursos y actos propiciados por los centenarios podrían aplicarse a muchos otros marcos celebratorios de autores u obras, que parten de una lógica memorialista y promueven o refuerzan una canonización.

A las coincidencias de operatividad de esos dispositivos genéricos se suma, en este caso, el prestigio del número redondo, derivado del uso de la base decimal (que explica la conmemoración de los diez, veinte, treinta años, etcétera). Quizás la decena marque el tiempo mínimo requerido para que la lógica memorialista funcione: por ejemplo, la estimación de un autor tras los diez años de su muerte. La canonización de la obra parece requerir un tramo un poco mayor; quizás el medio siglo marque un hito de perdurabilidad.⁸⁰ Asimismo, la muerte

79 Citado en Izard, 1997: 183.

80 Pueden tenerse en cuenta, por ejemplo, para medir estos efectos, las ediciones conmemorativas que han venido publicado la Real Academia Española, junto con la Asociación de Academias de la Lengua, en homenaje a los cincuenta años de *La región más transparente*, de Carlos Fuentes (2008), y de *La ciudad y los perros*, de Mario Vargas Llosa (2012). Sin embargo, *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, no necesitó llegar al medio siglo y fue homenajeada en una edición conmemorativa de sus cuarenta años, en esa misma colección, en 2007.

de un autor inicia su fama póstuma y puede servir para consolidar el reconocimiento de sus pares: se trata de una canonización que parte de la muerte para proyectarse hacia el futuro. El rescate, la reivindicación y la confirmación del valor canónico de un autor de otra época, en cambio, implican una apropiación y un uso contemporáneo: es un programa de homenaje desde el futuro hacia el pasado, por lo que se conforma un dispositivo arqueológico que, al igual que la necrológica inmediata, tiene también valor prospectivo.

A su vez, en el centenario, destella más fuertemente la aureola que rodea al número cien, que también garantiza un largo tramo de consagración y supervivencia. Las celebraciones de los veinticinco, cincuenta o setenta y cinco años de una obra o de un autor derivan de la división del cien en tramos más acotados de consolidación y funcionan como refuerzos de la durabilidad.

El espacio crítico y el texto-homenaje a un autor o a una obra consagrados son discursos que, entre otros, evidencian manifestaciones de diversos imaginarios sociales, representan formas de actuación simbólica de una identidad cultural a través de valores estéticos, ideológicos y sociopolíticos. Los discursos emitidos en ocasión del homenaje pueden servir como condensados ideológicos para analizar cómo operó en esos tramos la concepción simbólica del *Quijote* y su mitificación política y para interrogarse sobre los sujetos de enunciación, sus soportes y contextos, de modo que arrojen alguna luz sobre la función de esas construcciones sociales.

Aunque puede considerarse en su sentido primario de organización o mecanismo dispuesto para llevar adelante una acción, el término *dispositivo* trae también consigo su arrastre teórico. Puesto en vigencia fundamentalmente por Michel Foucault, viene siendo utilizado de un modo bastante laxo y en campos de investigación muy variados en las últimas décadas, sobre todo para estudiar las relaciones de saber y poder dentro de un sistema, tal como la han analizado Óscar Moro Abadía (2003) y Luis García Fanlo (2011).⁸¹ Para adoptar el concepto de dispositivo con cierta precisión, hay que tener en cuenta sus implicancias con el de sistema o red, tanto en el sentido de que la multiplicidad de elementos que lo componen «no son significantes en sí mismos, sino que su significado deriva de su posición relativa dentro del conjunto», como por el carácter constrictor que adopta, «que nos impide escapar de su red: siempre se piensa en el interior de una ordenación definida por una época y un lenguaje» (Moro Abadía, 2003: 33).

81 Foucault ha empleado el concepto de dispositivo a lo largo de su obra con un significado muy abierto y variable, negándose en varias oportunidades a cerrar una definición. Para acercarnos a una síntesis, hemos consultado también a Gilles Deleuze, «¿Qué es un dispositivo?» (1990), y a Giorgio Agamben, «¿Qué es un dispositivo?» (2012). Cada uno de estos autores desarrolla su lectura e interpretación de este aspecto de la obra de Foucault. Moro Abadía, en su recorrido, toma en cuenta, sobre todo, la contribución de Deleuze a la delimitación del concepto foucaultiano, y García Fanlo analiza la idea de dispositivo a partir de las ideas de Foucault diseminadas en su obra, a la vez que los aportes de Deleuze y de Agamben (2011).

Según Foucault, el dispositivo existe como juego de fuerzas que se produce en el relacionamiento entre discursos, instituciones, leyes, reglamentos, enunciados científicos, proposiciones morales y filosóficas. El dispositivo se define por cada uno de estos elementos, así como por la malla que se establece entre ellos. De esto resulta que pueda caracterizarse como la red que se instaura en este conjunto heterogéneo de elementos.

Lo que define el dispositivo es la relación o red de saber-poder [...] que existe situada históricamente —espacial y temporalmente—, y su emergencia siempre responde a un acontecimiento que es lo que lo hace aparecer, de modo que para hacer inteligible un dispositivo resulta necesario establecer sus condiciones de aparición en tanto acontecimiento que modifica un campo previo de relaciones de poder (García Fanlo, 2011: 2).

En el aspecto que interesa a esta investigación, se pensará el dispositivo como conjunto de acciones que otorgan visibilidad a un cierto grupo o a una cierta esfera de poder y, a veces, incluso, determinan su constitución e identidad.

Moro destaca también las cuatro líneas que componen un dispositivo:

1. líneas de visibilidad: «los dispositivos tienen como primera función hacer ver. Su régimen de luz dibuja una arquitectura de la realidad, haciendo visibles ciertas partes y dejando otras en penumbras»;
2. líneas de enunciación: «su función es hablar a través de la producción de un régimen de enunciación concreto»;
3. líneas de fuerza: permiten la adopción de una forma concreta en el espacio y regulan el tipo de relaciones que puedan producirse;
4. línea de subjetivación: dan forma al individuo, lo orientan;

se refieren al individuo y a las condiciones en que este se convierte en sujeto/objeto de conocimiento. [...] Es un proceso de individuación que tiene que ver con grupos o personas y que se sustrae a las relaciones de formas establecidas como saberes constituidos: es una especie de plusvalía (Moro, 2003: 38-39).⁸²

Para el caso, una conmemoración cultural que supone la monumentalización del pasado (de un autor, de una obra) necesariamente crea o recrea el objeto, a la vez que realza al organizador, lo visibiliza, alineándolo al objeto o a algún aspecto de este. Al mismo tiempo, procura orientar al público hacia una determinada actitud frente al objeto conmemorado y hacia el reforzamiento de ciertas relaciones sociales.

Cuando el sujeto de enunciación del discurso de homenaje es el crítico o el académico, puede pensarse que, además de buscar la visibilidad del objeto

82 García Fanlo desarrolla este aspecto del dispositivo en cuanto productor de subjetividades, ya que, para Foucault, «los discursos se hacen prácticas por la captura o pasaje de los individuos [...] por los dispositivos, produciendo formas de subjetividad; los dispositivos constituirían a los sujetos inscribiendo en sus cuerpos un modo y una forma de ser. Pero no cualquier forma de ser. Lo que inscriben en el cuerpo son un conjunto de praxis, saberes, instituciones, cuyo objeto consiste en administrar, gobernar, controlar, orientar, dar un sentido que se supone útil a los comportamientos, gestos y pensamientos de los individuos» (García Fanlo, 2011: 2).

conmemorado, busca el fortalecimiento del propio grupo y de su identidad profesional, la valoración de su actividad en la esfera pública. Los discursos sobre un escritor o una obra literaria a cargo de otros escritores revelan también un aspecto de autorreivindicación, por medio de la afiliación a una línea estética, a una tradición autorizada o a una forma de interpretar la sociedad y el mundo contemporáneo. Más explícito en su función de modelar la realidad de acuerdo a una representación cultural es el caso del discurso institucional (estatal o político no estatal).

Quizás por eso el concepto de dispositivo en el sentido foucaultiano resulte especialmente atractivo, ya que sobrentiende la idea de representación socio-cultural y política. Según aclara Moro Abadía, el dispositivo también «hace referencia a un esquema de representación [...] a través del cual pensar fenómenos socioculturales»: organiza, hace posible algo, «hace existir un espacio particular previo en el que ese “algo” pueda producirse», corresponde a una instancia, un lugar social de intersección entre los seres humanos y los objetos en la sociedad contemporánea, en el que no es posible separar lo técnico de lo simbólico, sino que ambos aspectos se integran en él (Moro Abadía, 2003: 40). Por último, el dispositivo es un espacio de poder y un medio «productor» de saber, de acuerdo a la premisa foucaultiana de que el poder produce saber (Moro Abadía, 2003: 42). Puede pensarse, entonces, que el dispositivo genera representaciones destinadas a la conformación o visibilidad de un poder que implica un saber.

Por su parte, Roger Chartier concibe las representaciones como formas institucionalizadas y objetivadas gracias a las cuales los «representantes» (instancias colectivas o individuos singulares) marcan en forma visible y perpetuada la existencia del grupo, de la comunidad o de la clase (Chartier, 1992: 55).

De aceptarse esta idea, no puede dejar de tenerse en cuenta el valor de esas representaciones para la constitución o consolidación de un espacio de poder. Si en otra oportunidad Chartier habla de la representación como «conjunto de formas teatralizadas y “estilizadas” [...] mediante las cuales los individuos, los grupos y los poderes construyen y proponen una imagen de sí mismos», las manifestaciones de un grupo de poder serían tanto más eficaces según sean «los mecanismos de presentación y persuasión» ejecutados (Chartier, 1996: 95). En conclusión, la apropiación de una obra consagrada parece una oportunidad estimable para proponer un modelo ético y un programa político mediante mecanismos indirectos y, por lo mismo, más atractivos y con mayores posibilidades de adhesión.

En su coyuntura específica, el centenario dispara un abanico de textos muy dispares, entre los que cabría hacer alguna distinción en virtud del lugar de enunciación y del público al que se dirigen.⁸³ Esta distinción puede ser significativa para entender los mecanismos mediante los cuales opera el dispositivo

83 Preferimos hablar de textos y no de actos conmemorativos, puesto que, aun cuando la investigación refiera a actos públicos de homenaje, por ejemplo, la inauguración de una escuela con el nombre de Cervantes o la organización de una exposición cervantina será sobre la base

del centenario en diferentes niveles, de acuerdo al estatus del texto y al público al que se dirige.

Cada serie de discursos debe ser comprendida en su especificidad, es decir, inscrita en sus lugares (y medios) de producción y sus condiciones de posibilidad, relacionada con los principios de regularidad que la ordenan y la controlan, e interrogada en sus modos de acreditación y de veracidad (Chartier, 1996: 61).

En términos generales, y para los casos que vamos a considerar, se reconocen, por lo menos, tres esferas: 1) los ensayos críticos y filosóficos producidos por escritores y los abordajes de corte académico, 2) los artículos y las notas divulgativas de la prensa periódica y 3) las piezas oratorias oficiales pronunciadas en actos públicos. El tercer punto tomará en cuenta, en el caso de que existan, los actos oficiales promovidos por el sistema de enseñanza, aunque dejaremos afuera de estas consideraciones el lugar que ocupó el *Quijote* y su autor en los programas de los diferentes niveles educativos institucionales, puesto que, hasta donde sabemos, no pueden ligarse en forma directa a las conmemoraciones de los centenarios.⁸⁴

A su vez, los textos sobre Cervantes y el *Quijote* que se reconocen como insertos en un posible dispositivo del centenario corresponden, en su mayoría, a lo que podríamos tener en cuenta como textos críticos. Sin embargo, a menudo, se inscriben en la categoría que señalamos como representaciones míticas, fortaleciendo el *mito quijotesco* tal como ha sido caracterizado antes. Incluso, en alguna oportunidad, el centenario puede propiciar, como forma específica de homenaje, las recreaciones, reescrituras o continuaciones de las aventuras quijotescas, apelando a un diálogo del autor o del texto inspirador con el presente y su adaptación a las circunstancias históricas.

Tanto en las primeras décadas del siglo xx como en el medio siglo, cuando se concentran los homenajes a Cervantes y el *Quijote* en oportunidad de los

de textos que lo refieran o documenten, con todas las implicaciones que alcanza el texto escrito para la ocasión.

84 José Enrique Rodó ocupó, a principio del siglo xx, la cátedra de Literatura de la Sección Secundaria de la Universidad, antes de que el sistema de educación media se independizara del superior. El *Quijote* ha estado en el plan de estudios desde 1898 y permanecido en la currícula de la enseñanza media sin pausas, aunque en diferentes marcos y con variado peso y significación, como lo prueban las exploraciones que he promovido luego de finalizada la redacción de este libro. Durante 2015 y 2016, llevé adelante la dirección de un proyecto de investigación financiado por la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC) (Programa I + D): «El *Quijote* como ícono cultural: sus repercusiones en el imaginario uruguayo, su lugar en la construcción de la identidad nacional». En este marco, María Bedrossian y Carolina Condado exploraron la presencia del *Quijote* y la figura de don Quijote en la enseñanza primaria y secundaria (planes y programas de estudio, anales y revistas, libros de texto, manuales y otros discursos pedagógicos y escolares). Adelantos de esta investigación se presentaron, respectivamente, en el Coloquio Internacional Montevideana IX (junio de 2015) y en las VI Jornadas de Investigación, V Jornadas de Extensión y IV Encuentro de Egresados y Maestrandos de Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (octubre de 2015).

centenarios de 1905 (tercer centenario del primer *Quijote*), 1947 (cuatrocientos años del nacimiento de Cervantes) y 1955 (trescientos cincuenta de la publicación de la primera parte), las tres esferas mencionadas —crítica académica, periodismo y discursos públicos— aparecen lo suficientemente confundidas en el campo cultural uruguayo como para que sea imposible evaluarlas con absoluta independencia.

Respecto a la diferenciación de los posibles destinatarios de estos discursos, el territorio también resulta confuso por el estatus polivalente que ha alcanzado el *Quijote*, al menos, desde fines del siglo XIX, en la medida en que se consagra como clásico de la alta literatura a la vez que goza de un poder inaudito de arraigo popular. Esa «paradójica gloria» del *Quijote*, para usar la expresión de Borges, produce una permanente movilidad en los niveles de recepción lectora (Borges, [1947] 2005: 49).⁸⁵ Así, el impacto masivo de la difusión de una obra o un autor en su centenario obliga a una movilidad de los sectores más ilustrados a efectos de hacer perdurar su diferenciación, si pensamos con Chartier que

la transformación de las formas a través de las cuales se propone un texto legitima recepciones inéditas, creando nuevos públicos y nuevos usos. [...] El compartir los mismos bienes culturales por los distintos grupos que componen una sociedad suscita la búsqueda de nuevas distinciones, aptas a marcar las diferencias conservadas (Chartier, 1996: 60).

Por su parte, Pierre Bourdieu distingue dos tipos de público en la sociedad contemporánea, debido a que un largo proceso de especialización ha llevado al surgimiento de una producción cultural principalmente destinada al mercado. Esas categorías propuestas por Bourdieu no necesariamente se ajustan a los períodos de los que nos ocuparemos. Aun así, y haciendo esa salvedad, pueden ser útiles para explicar el fenómeno de cruces de discursos y niveles de público que opera en el dispositivo del centenario. Bourdieu propone que

mientras la acogida de los productos llamados «comerciales» es más o menos independiente del nivel de instrucción de sus receptores, las obras de arte «puras» solo son accesibles a consumidores dotados de la disposición y la competencia, que son la condición necesaria para su valoración (Bourdieu, 1995: 222).

En el caso de Cervantes y del *Quijote*, no se trata de distinguir, como hace el teórico francés, entre distintos tipos de obra de arte y la labor atribuida al crítico en su clasificación, sino de reconocer tipos de discurso y segmentos del público con relación a *un mismo objeto*, que reúne la condición de funcionar tanto como obra de arte pura como una obra que puede interesar a un público amplio. A las minorías especializadas les corresponderá, por un lado, la divulgación que permita la ampliación del público, así como la orientación de sus

85 Borges se refiere, en este caso, en «Nota sobre el *Quijote*» (Borges, [1947] 2005: 49), a la gloria resultante de la lectura castiza y reductiva que un sector de la crítica española, como ya se mencionó, venía haciendo de la novela desde fines de siglo XIX, que destacaba como mérito lo que, según él, dudosamente lo fuera. El artículo se publicó originariamente en *Realidad Revista de Ideas. Homenaje a Cervantes* en 1947 (recogido en Borges, 2005: 49-52).

gustos y valoraciones, y, por otro, la generación de nuevas diferenciaciones, que garanticen la especificidad de su tarea y su distinción.

Cuando existe una crítica académica, a esta podría caberle un papel orientador y preceptivo, semejante al que Bourdieu le asigna a la enseñanza. Si seguimos ese razonamiento, a esta crítica le competiría la delimitación

entre lo que merece ser transmitido y adquirido y lo que no lo merece, [reproduciendo] continuamente la distinción entre las obras consagradas y las obras ilegítimas y, también, entre la manera legítima y la manera ilegítima de considerar las obras ilegítimas (Bourdieu, 1995: 222).

Gracias a esta labor consagratoria o proceso de canonización, un clásico sería un «best-seller de larga duración, que debe al sistema de enseñanza su consagración» (Bourdieu, 1995: 223). A su vez, la transformación de la obra en *clásico* es una de las formas de su proceso de envejecimiento (la otra es la transformación en *desclasado*). Esta operación de canonización cambia el espectro del público que se interesa por la obra. Los clásicos «resultan cada vez más valorados a medida que nos vamos acercando hacia las edades más avanzadas y los niveles de instrucción más bajos» (Bourdieu, 1995: 378-379). Si consideramos esta perspectiva, lo que venimos llamando dispositivo de homenaje es un operativo de alcances masivos, que tiende a reforzar ese público ya existente o potencial, preparado por un largo proceso consagratorio, y a orientarlo a ciertas formas de actualización simbólica.

Esta premisa parece funcionar en el caso del centenario de Cervantes, pero es más discutible en otros, cuando el operativo de resurgimiento o retorno alcanza a un autor hasta entonces olvidado o discutido. En un caso así, la ocasión del centenario implicaría un dispositivo de rescate del autor, su relanzamiento simbólico, si se pensara en operativos de alcance masivo. También un centenario puede ser una ocasión de consecuencias restringidas a una minoría, aprovechable exclusivamente para el alineamiento estético o ético de los profesionales de la literatura, los críticos o los escritores, como fue el caso del tercer centenario de Góngora en 1927.⁸⁶ Difícilmente puedan encontrarse dos situaciones socioculturales más diferentes que las que pudieron suscitar los centenarios cervantinos en el siglo XX y ese centenario gongorino, antes que nada porque, como se vio en la INTRODUCCIÓN Y DELIMITACIÓN DE LA CUESTIÓN y se ha venido argumentando, Cervantes, y en especial el *Quijote*, reúnen condiciones excepcionales para la conversión de su conmemoración en espectáculo y para la producción de dispositivos de alcances masivos.⁸⁷

86 He revisado las repercusiones rioplatenses del tricentenario de Luis de Góngora, en 1927, fundamentalmente en la forma en que se vio reflejado en las revistas y el lugar que ocupó en la toma de partido frente a las dos fuertes polémicas de la época: la cuestión del artepurismo y el afianzamiento de las vanguardias locales, y la dependencia o autonomía de Hispanoamérica respecto a Madrid («El tricentenario de Luis de Góngora en el Río de la Plata», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, setiembre-octubre de 2004, n.ºs 651-652).

87 La historia crítica del *Quijote* que se ha sintetizado hasta el momento alcanza para mostrar que devino en clásico más de un siglo después de su publicación. Pérez Magallón ubica al

En 1927, Borges sentencia, cuando se ocupa del homenaje a Góngora, que «noventa y nueve años olvidadizos y uno de liviana atención es lo que por centenario se entiende».⁸⁸ En un caso así, tratándose del escritor que difícilmente supere la condición de minoritario y hasta exclusivo, si la intención de la crítica orientadora es encomiástica, deberá crear el público apto para esa recuperación.⁸⁹ No es esa la intención de la ironía borgiana, que no simpatiza con Góngora: «Yo siempre estaré listo a pensar en D. Luis de Góngora cada 100 años. El sentimiento es mío y la palabra *centenario* lo ayuda» (Borges, 1927: 1).⁹⁰

Cuando Borges esgrime sus armas contra Góngora y su poesía,⁹¹ a la que califica de «cuidadosa tecniquería», y a favor de Quevedo, más bien está tomando una opción en el contexto de los cruces poéticos de fines de los años veinte, distanciándose del ultraísmo y expidiéndose sobre la poesía del momento. Por ejemplo, cuando en otro artículo de 1927 juzga el ejercicio verbal puro como un desvío de la poesía, censurándolo en Góngora, porque

una cosa es presentar a la inteligencia un mundo verdadero o fingido y otra es fiarlo todo a la connotación visual o reverencial de vocablos arbitrariamente enlazados. Lo lamentable es que los poetas han abdicado de la imaginación en favor de novelistas e historiadores y trafican con el solo prestigio de las

inglés John Bowle —editor del *Quijote* en Salisbury en 1781— como el primero que lo señala en ese sentido especial cuando escribe en una carta privada a Thomas Percy: «Desde que empecé a profundizar en el texto de *Don Quijote* tuve la convicción de que habría de considerar a este gran autor como un clásico, y de que le trataría como tal» (en Pérez Magallón, 2015: 198). El proceso de canonización de Cervantes en España tiene dos hitos fundamentales: en 1780, con la edición del *Quijote* por la Real Academia Española y, en 1835, con la erección de la estatua de Cervantes en Madrid (Pérez Magallón, 2015).

- 88 Para este y otros aspectos de la relación de Borges con la cultura española, ver el monumental libro editado dirigido por Jorge Schwartz. *Borges babilónico. Una enciclopedia*. Sao Paulo, Companhia das Letras, 2017.
- 89 Los vínculos literarios entre España y América se habían revivificado a partir de la experiencia modernista, lo que hacía posible una repercusión casi inmediata de los fenómenos peninsulares. Los estudios críticos de las décadas del veinte y del treinta revelan una intensa correspondencia e influencias entre escritores españoles y rioplatenses y una afluencia permanente de libros europeos, por lo menos a juzgar por las colaboraciones recíprocas en las revistas de la época y los documentos que han sobrevivido en archivos públicos uruguayos y españoles. En esto juegan un papel fundamental el espíritu militante y el efecto multiplicador de las vanguardias —de la vanguardia estética, en el sentido que lo propone Renato Poggioli (1997)—, así como el de un fenómeno asociado a estas: las revistas. Es seguro que a través de ellas trascendieron al Río de la Plata, casi de inmediato, los tributos españoles a Góngora con motivo de su tercer centenario, lo que se devolvió en artículos aparecidos en revistas literarias de una y de otra orilla.
- 90 Sergio Pastormerlo observó el antihispanismo y le atribuyó un «signo criollista que Borges supo practicar con un fervor decididamente anacrónico, decimonónico, como si fuera un intelectual de la generación del 37» (Pastormerlo, 2006: 3).
- 91 Publicación original: BORGES, Jorge Luis, «Para el centenario de Góngora», en *Síntesis*, año 1, n.º 1, Buenos Aires, junio de 1927, p. 109.

palabras. [...] Acaso, Góngora fue más consciente o menos hipócrita que ellos (Borges, 1997: 327).⁹²

Por su parte, años después, y estudiando la incidencia del gongorismo en América, Emilio Carilla se preguntaba por qué fue tanto más nombrado el tercer centenario de Góngora que el de Cervantes o Lope. La respuesta que ofrece nace también de una paradoja: «no lo necesitaban, como indiscutidos y venerados que eran, y por ello, en relación, fueron los homenajes menos ardorosos y menos juveniles» (Carilla, 1946). Eso corroboraría la necesidad de la polémica como afianzamiento generacional y toma de posición estética. Como opinó en su momento Borges respecto a Góngora: «nuestra polémica es su inmortalidad», lo que, además, suponía un plan generacional: «séanos belicosa su fama» (Borges, [1927] 2003: 210).

A la opinión de Carilla (y la contundencia de Borges) habría que agregar la conveniencia de la poética gongorina en la oportunidad de su tricentenario, ya que coincidió con el debate por la pureza poética y con la reivindicación que hizo de Góngora primero Stéphane Mallarmé y que luego continuaron los ultraístas. Si aceptamos la respuesta de Carilla, la notoriedad sería sinónimo de polémica. Y la adhesión juvenil, de aquellos que compiten por la visibilidad en el campo intelectual, se opondría a la apropiación oficial que suscita el autor clásico, que siempre parecerá menos «ardorosa». Aunque, como se verá, un autor ya canonizado también puede ser objeto de polémica o competencia por su apropiación. Con todo, cuando Alfonso Reyes revisa con cierta distancia la influencia gongorina en América, suscitada por el tercer centenario de Góngora, y pasados unos años del fervor inicial, la evalúa como «otro imperialismo más» (Reyes, 1931: 14).

En el caso de los centenarios cervantinos, no fue necesario, como con Góngora, defender al autor de detractores abiertos de su obra —aunque siempre hay voces solitarias que se alzan a derribar al consagrado, también deseosas de notoriedad o buscando apoyo para alguna peregrina postura. Pero aun con todo esto, Cervantes fue eje de disputas en el sentido en que se leyó su obra y se buscó la apropiación ideológica por diferentes grupos. Ocurrió con altibajos durante casi todo el siglo xx, en especial en ocasiones de los centenarios, más débilmente en el de 1905 y más encarnizadamente en los de 1947 y 1955. Si la polémica por Góngora enfrentó a poetas abanderados de distintas concepciones estéticas, la disputa por Cervantes comprometió discursos que involucraban sectores más amplios de la sociedad, principalmente sectores políticos o ideológicos.

Partiendo de esos supuestos, podemos formular algunas hipótesis respecto al dispositivo del centenario:

- a. un centenario es una ocasión en que el arte puro encuentra un camino de acceso a las mayorías y, eventualmente, se reactualiza como best seller;

92 También sería riesgoso tomarse muy en serio los juicios adversos de Borges, tan contundentes, y, hacerlo así, traicionaría, probablemente, además, el sentido de la literatura borgiana.

- b. ante la inexistencia o debilidad de una crítica universitaria orientadora y profesionalizada, como es en buena medida el caso del campo literario uruguayo hasta muy avanzado el siglo xx, la crítica periodística y el ensayo-conferencia de divulgación asumen la reproducción de la distinción entre lo legítimo y lo ilegítimo, así como de la forma en que deben legitimarse ciertas obras, tanto para el público masivo como para el más entrenado o conocedor. En los dispositivos del centenario, la prensa asume una función divulgadora, orientadora y pedagógica;
- c. la celebración del centenario recoloca el objeto cultural (sea la obra o el autor) en un sistema de vigencias y le otorga un valor;
- d. la relectura crítica del texto clásico sirve para defender un sistema de vigencias estéticas, tanto lingüísticas e ideológicas como políticas.

Tomando en cuenta estas hipótesis, no es inútil revisar un centenario anterior y cercano al cervantino de 1905, en el que estuvieron presentes varios motivos culturales e ideológicos comunes y cuando las celebraciones buscaron, por primera vez, producir efectos masivos o una orientación de alcance político: se trató del cuarto centenario de la Conquista de América en 1892. En ese sentido, será posible comparar las formas de apropiación simbólica y las repercusiones culturales, así como situar el primer centenario cervantino que conmemoró España en el marco de una serie histórica de la que, indudablemente, puede formar parte.

No es posible pretender el análisis de celebraciones de centenarios culturales o políticos nacionales anteriores a 1900 en Uruguay, en la medida en que este se conforma como Estado nacional entre 1825 y 1830.⁹³ Sin embargo, en ese contexto, la consideración de su participación en los festejos peninsulares de 1892 pondrá en evidencia más de un aspecto vinculado a la imagen de sí misma que la joven nación eligió proyectar a través de sus minorías ilustradas.

¿Qué es un centenario y desde cuándo importa?

En 1859, se produjo la primera conmemoración del centenario de un poeta y se trató de Friedrich Schiller. En su homenaje, se realizaron conferencias, desfiles y conciertos en distintas ciudades de una Alemania todavía no unificada. Eric Storm afirma que fue la primera «conmemoración de un héroe nacional» y que no se trató de un acontecimiento dirigido a un público erudito ni especializado, sino de una fiesta nacional, que, más que al poeta, celebraba «su contribución a la cultura nacional». La intención predominante era «fomentar la unidad de la nación y reforzar el sentimiento nacional» (Storm, 2008: 5). En las décadas siguientes, el ejemplo fue imitado en Italia, Bélgica y países con regímenes

93 El estudio de los centenarios patrióticos nacionales ha sido abordado por Carlos Demasi en dos oportunidades: *La conmemoración de los centenarios en Uruguay (1911-1930). Las dificultades de la construcción de la identidad* (2001) y *La lucha por el pasado: historia y nación en Uruguay (1920-1930)* (2004).

jóvenes, como la Tercera República Francesa. En 1880, Portugal organizó el centenario de Luís de Camões.

Por tanto, según confirman varios historiadores del tema, el festejo del centenario, ya sea de un acontecimiento nacional, un artista, un autor o una obra literaria, nació bajo una impronta secularizadora y docente, orientada por el positivismo y los nacionalismos modernos emergentes, que propendieron a la creación de un calendario civil que, inspirado en el religioso, conmemorase los grandes hechos y hombres de la historia. Augusto Comte habría sido uno de los primeros en concebir la idea de un calendario con festividades periódicas que honraran a los hombres destacados de la humanidad (Bernabéu Albert, 1987; 2006; Bernabéu, 1990; Izard, 1997; Storm, 2001; 2008).

De hecho, Santiago Bernabeu, quien ha estudiado en profundidad los acontecimientos vinculados a los festejos de 1892, afirma que

los centenarios pronto imitaron las ceremonias y prácticas religiosas: los lugares santos de peregrinaje, las grandes concentraciones frente al altar —de un pintor o un escritor—, los escapularios, [las] medallas, [las] estampitas y [los] libros conmemorativos [...], cambiando los santos y beatos por descubridores, científicos y pensadores (Bernabeu, s. pag., 1990).

Si pensamos en el centenario de hechos o acciones vinculados a la historia de la nación, este sirve, sobre todo desde el siglo XIX, al igual que cualquier conmemoración de orden patriótico, para asegurar

la incorporación de la versión oficial del pasado nacional e [instituir] una galería de fundadores, padres, enemigos y traidores de la Patria, que encarnan valores morales y constituyen el padrón de referencia de las cualidades que la sociedad evalúa positiva y negativamente (Cosse y Markarian cit. en Demasi, 2001: 37).

Ahora bien, ese

capital patriótico debe moverse periódicamente [mediante] instancias en las cuales participe toda la sociedad. [...] El proceso de formación de esta comunidad debe incluir necesariamente una instancia de socialización [...], en que la comunidad rememore y celebre aquellos acontecimientos del pasado que permiten explicar la conformación y los ideales de su presente (Demasi, 2001: 37).

De modo que la idea misma de nación, en tanto expresión o, más bien, proyección de un imaginario social, depende y es indisoluble de la existencia de instancias colectivas de cohesión (Demasi, 2001: 38).

En el caso de los autores, la ocasión del centenario sirvió para la revisión crítica o para la puesta al día del conocimiento historiográfico si se trató de un hecho relevante o una biografía, pero, sobre todo, para actualizar la relación entre el objeto conmemorado y la sociedad o, como dice Bernabéu, «entre la memoria y el olvido» (Bernabéu Albert, 1987: 20).⁹⁴ Asimismo, como veni-

94 De hecho, como analiza puntualmente Pérez Magallón al estudiar el proceso de monumentalización de Cervantes como símbolo de la identidad cultural española, *monumento* conserva la marca significativa de su etimología latina *monere* ‘advertir’, ‘recordar’ e implica un recuerdo, un lugar de la memoria colectiva (memoria de carácter social o cultural). La función

mos insistiendo, a menudo, el objeto conmemorado se transforma en símbolo de valores nacionales que quieren ser promocionados, cuando no se trata, lisa y llanamente, de dispositivos de propaganda gubernamental.

En ese sentido, habría que atender cómo fue advertida esa función por los contemporáneos, por ejemplo, en los juicios irónicos que, en la época, formula Leopoldo Alas (*Clarín*) en varios de sus «paliques», uno de ellos registrado al comienzo como epígrafe de este capítulo, que se remata con el siguiente diálogo:

—Para ver lo que estamos viendo por culpa del centenario de Colón, más vale decir: ¿Colón dio un mundo a España?

—Bueno; pues devolvérselo.

Otro, bastante explícito, de 1893, presenta un diálogo que da clara cuenta del propósito de muchos de los festejos cuatricentenarios del entonces llamado Descubrimiento de América:

—Niño, ¿quién descubrió América?

—Pando y Valle

—¿Para qué?

—Para darse tono; y ser una vez más secretario (Izard, 1997: 183).⁹⁵

Es cierto que la recuperación de hechos sobresalientes del pasado está relacionada con la creciente importancia que había ganado la concepción historicista de la cultura, pero es inevitable que, en la fusión de horizontes que pone en juego la relectura del pasado, surgiera, sobre todo, una perspectiva que, por tratarse de fenómenos públicos y al ser asumidos los homenajes por instituciones o figuras inscritas en circuitos de poder, no puede dejar de ser considerada un acto político. El discurso encomiástico de hechos y hombres del pasado suele implicar, entonces, recapitulación de una memoria concebida como común y reinserción en una serie que integra el presente, el cual, a su vez, no puede dejar de ser comparado con aquel y obrar como estímulo para el futuro, en una dirección en la que este desea ser orientado.

De todos los centenarios conmemorados en el último tercio del siglo XIX, el de la Conquista de América fue el que concitó más polémicas y expectativas, así como el interés de más naciones, por lo que llegó a percibirse como una celebración de alcance universal, quizás la primera con ese carácter, y, además, sintonizaba perfectamente con lo que este tipo de festejos buscaba promover:

La nueva religión positivista alentó —a imagen de la cristiana— nuevas procesiones (eso sí, cívicas), grandes catedrales del saber (las Exposiciones Universales) y un circuito cultural de lugares de peregrinaje laicos y científicos:

filosófica del monumento radicaría, precisamente, en la relación con el tiempo vivido y la memoria (Pérez Magallón, 2015: 19).

95 Jesús Pando y Valle (1840-1911) desempeñó cargos de funcionario en los ministerios de Gobernación, Fomento, Ultramar y Hacienda y fue autor de *Galería de americanos ilustrados* (1883). Carlos Rama señala a Pando y Valle como uno de los animadores de la Unión Iberoamericana (1982). Según Michel Izard, la voz de *Clarín* es una excepción en un medio periodístico dominado por la loa y la lisonja (Izard, 1997: 183).

ateneos, asociaciones, congresos, etcétera, que sirvieron para mostrar los avances reales en el saber de la humanidad y en la configuración de la imagen de la tierra, en la conexión de todos los pueblos del planeta y en el avance de la economía-mundo; nada había sido más importante que el capítulo inaugurado por el primer viaje colombino en 1492 (Bernabéu Albert, 2006: 302).

Las Exposiciones Universales, concebidas para difundir los logros del progreso científico y técnico y, a la vez, emblema de las relaciones entre los imperios y sus colonias, ya que exponían las peculiaridades antropológicas y culturales de los países colonizados y representaban una vitrina para el despliegue propagandístico de las potencias y de sus conquistas ultramarinas —materiales y simbólicas—, fueron, de algún modo, un antecedente de celebración cultural como dispositivo de monumentalización, atendible para contextualizar la irrupción de la moda de los centenarios. La primera Exposición Universal se celebró en París en 1798 y se sucedieron otras cada vez con mayor frecuencia durante el siglo XIX y hasta la década del treinta del siglo XX inclusive, punto en que su periodicidad comenzó a distanciarse en el tiempo.

El centenario de 1892 fue también un acontecimiento significativo para el modelado de los dispositivos de conmemoración (de hecho, ese año se celebró una Exposición Universal en Madrid, la llamada Exposición Histórico-Americana). En ese año, afirmaba Juan Valera:

A la moda de las exposiciones [le] sucedió, no hace mucho tiempo, la de los centenarios: algo así como mundanas y populares apoteosis, culto y adoración de los héroes. Y hallándose esta moda en todo su auge, se nos vino encima el año 1892, y con él todo un grandísimo empeño, en la peor ocasión que pudiera imaginarse y temerse. Van a cumplirse cuatro siglos desde que se descubrió el Nuevo Mundo, acontecimiento de tal magnitud que no hay en la historia de nuestro linaje otro mayor en lo meramente humano (Valera, 1947a: 947).

La «peor ocasión» a la que se refiere Valera tiene que ver, sobre todo, con la coyuntura que el país soportaba en las coordenadas internacionales: España enfrentada con Estados Unidos por las posibilidades de incidencia en los países hispanoamericanos y en plena lucha por conquistar o mantener esos mercados, con lo cual el centenario de Colón o del Descubrimiento se transformó en un operativo en cuyo terreno se jugó también esa clase de disputas, y no solo de un modo únicamente simbólico.

En el mismo 1892, a considerable distancia de esos problemas y ya muy imbuido de la concepción romántica del *Quijote*, el uruguayo Carlos Roxlo dedicaba un poema al caballero loco:⁹⁶

Si volvieras a nacer
no os habrían de faltar
entuerteros que enderezar
ni agravios que desfacer,
porque hoy lo mismo que ayer,

96 Recogido en Monner Sans, 1916: 161. Allí aparece fechado en 1892.

viejo hidalgo sin segundo
 traza con sombras el mundo
 la curva de su camino,
 prefiriendo lo mezquino
 a lo grave y lo fecundo.
 Hoy todos, buen caballero,
 en nuestra senil cordura
 arrastramos la envoltura
 grosera de tu escudero,
 hoy del prócer y el pechero
 del que aspira y del que alcanza,
 la preferente esperanza
 y la codicia incesante,
 sin cambiar tu Rocinante
 por su rucio Sancho Panza...

(cit. en Monner Sans, 1916: 161).

El poema es representativo de una línea idealizadora del hidalgo manchego, que tiende a interpretar la novela «de forma que refleje la ideología, estética y sensibilidad del período contemporáneo», según la tendencia acomodaticia que definió Anthony Close (2005: 15). En este caso, Roxlo refuerza la crítica a la generalización de la mezquindad y a la codicia *de todas las épocas*, pero, especialmente, de su época contemporánea, edad «senil» (¿edad de hierro u otra posterior, incluso a esta que denostaba don Quijote?), la que emblemataría Sancho, frente a «lo grave y lo fecundo» por lo que lucharía el caballero, oposición que tanta extensión y duración alcanzó.⁹⁷

Las conmemoraciones de 1892: retorno a América

El problema de la lengua

El centenario de la llegada de España al continente americano e inicio de la Conquista, en 1892, llamado entonces centenario de Colón o centenario del Descubrimiento del Nuevo Mundo, ocurría unos ochenta años después de los levantamientos de emancipación de sus colonias y justo entre dos momentos notorios de la creciente ola de prosperidad, poder e influencia de Estados Unidos en el resto de América: la Conferencia Panamericana de Washington (1889) y la Exposición Universal de Chicago (1893) (Sánchez Albarracín, 2003). El interés y la pugna de las dos potencias por liderar los países del centro y sur

97 Sobre el peso de la tradición que ha considerado a Sancho codicioso, egoísta y avaro, tanto como «representante del sensualismo materialista» (Abreu, 2015: 414), es indispensable el trabajo de María Fernanda Abreu sobre las nociones de riqueza y pobreza en Cervantes, no solo por el repaso de fuentes y de equívocos de lectura, sino, además, por su perspectiva atenta a las deseables nociones básicas de justicia e injusticia social (ya advertidas en época de Cervantes y todavía vigentes), no tan a menudo consideradas al interpretar las acciones y palabras de los personajes de ficción (Abreu, 2015: 411-434).

de América queda bastante claro si se tiene en cuenta la fundación de la Unión Iberoamericana en 1885 bajo el patrocinio de España⁹⁸ y la creación, en 1890, de la Unión Panamericana en los Estados Unidos, aunque es cierto que la prédica panamericanista venía de antes.⁹⁹ Fue la Unión Iberoamericana una de las instituciones que lideró la organización de los festejos de 1892.

En este contexto, es explicable que España nacionalizara los festejos cuando, en los hechos, parecían coexistir distintos centenarios: el del descubrimiento, el del descubridor y el de la empresa colonizadora en América. Se hicieron planes a gran escala: en enero de 1891, se creó la Junta Directiva del Centenario, presidida por el presidente del Consejo de Ministros, el conservador Antonio Cánovas del Castillo. Los objetivos de la Junta se definieron como «objetivos programáticos de la celebración: estimular el patriotismo español y potenciar las relaciones culturales con América Latina» (Ramírez Losada, 2009: 282).

Las celebraciones fueron concebidas con suficiente anticipación, consideradas una cuestión de Estado y planeadas a gran escala. Muchísimos actos de muy diverso tipo se llevaron a cabo en España, aunque, al parecer, menos de lo concebido, ya que más de un comentarista opina, como Celestino del Arenal, que

la conmemoración pasó con más pena que gloria, correspondiendo la mayoría de los modestos actos y celebraciones a la iniciativa privada, lo que da idea del escaso eco que lo americano tenía todavía en la España oficial. [...] A lo largo del siglo XIX, las relaciones con las Repúblicas americanas se desarrollaron, con mínimas excepciones, sobre todo, de tipo comercial, en un ambiente frío y hasta con cierta hostilidad, no siempre encubierta. Solo después de la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, la tendencia de acercamiento hispanoamericano empezó a tener, aunque flojo, ambiente en España (Del Arenal, 1994: 16).

Ya desde el sexenio democrático iniciado con la Revolución de 1868, el federalismo español había buscado una aproximación con las Repúblicas hispanoamericanas desde una base de fraternidad y solidaridad, aunque subsistiera una idea tutelar de la península sobre las excolonias. El fin del siglo XIX asistió al crecimiento de la idea de la comunidad hispanoamericana, que llegaría a su apogeo en el primer cuarto del siglo XX (Halperin, 1969; Rama, 1982). La aproximación a las excolonias

98 La Unión Panamericana contó, desde 1896, con filiales en México, Quito, Río de Janeiro, Montevideo, Caracas, etcétera (Bernabéu Albert, 1987: 20).

99 Hay que buscar los antecedentes del panamericanismo en las ideas expresadas ya en épocas de Thomas Jefferson, James Monroe y Henry Clay, cuando se enuncian las primeras pretensiones de incidencia sobre el resto del continente. Suele considerarse que la primera definición clara de estas intenciones está encerrada en el mensaje del presidente Monroe al Congreso de los Estados Unidos el 2 de diciembre de 1823. El contenido de este discurso se conoce como la doctrina Monroe, que suele sintetizarse en el lema: «América para los americanos». Sobre la necesidad de agrupaciones basadas en las similitudes culturales y raciales que respondieran o reaccionaran frente al nuevo panorama internacional y su incidencia en las relaciones entre España e Hispanoamérica, se desarrollará algún otro aspecto en el capítulo «Recuperación del *Quijote*: los primeros centenarios».

tenía la ventaja de servir tanto a conservadores como a liberales, pues, si por un lado reivindicaba un pasado glorioso, rechazaba la leyenda negra y tendía a preservar los restos del Imperio español en las Antillas, por otro, se orientaba hacia el futuro, implicaba una política de regeneración y abría nuevas posibilidades de modernización y secularización (Del Arenal, 1994: 17).

Las dos posturas se reflejarán en los discursos manifestados en oportunidad del centenario de 1892.

A su vez, la importancia de este centenario es evidente si se tiene en cuenta, como señala Salvador Bernabeu, que ni en 1592, ni en 1692, ni en 1792 se habían hecho conmemoraciones, ni monumentos, ni otro tipo de manifestaciones (Bernabéu Albert, 1987). Para empezar, es de señalar que, dada la coordenada histórico-política, se priorizase la Conquista del América por sobre el recordatorio del también centenario de la toma de Granada. Para seguir, y al igual que ocurrió en el más cercano 1992, no faltaron en Hispanoamérica voces que condenaran la Conquista y el sojuzgamiento de los siglos pasados. En ese caso, la polémica se producía sobre heridas más frescas y aun vigentes, dado que existían todavía países bajo el régimen de colonias. De todos modos, las opiniones más difundidas estaban muy lejos de considerar la Conquista y colonización de un modo negativo. Carlos Rama se encargó de mostrar que, tanto en la retórica de 1892 como durante la guerra de Cuba, los discursos liberales no se diferenciaron notoriamente de los conservadores en este punto (Rama, 1982). Menéndez y Pelayo, en este caso, el representante más emblemático del pensamiento reaccionario, toma partido sobre los combates cubanos a favor de la defensa española del territorio, afirmando que «allí, en aquel suelo, descansan los restos de nuestros ascendientes; allí, reposan nuestros padres, los que pasearon [por] el mundo con la antorcha de la civilización, iluminándolo; los que redimieron a una raza esclava e irredenta». A su vez, calificaba a los independentistas de «insensatos bandidos que no tienen siquiera el valor de sus robos y asesinatos y que encubren sus hazañas de presidiarios en libertad al amparo de una idea política» (cit. en Izard, 1997: 184).

La voz solitaria de Pi y Margall declaraba, sin embargo, en las páginas del semanario *Don Quijote*:

Nación alguna tiene derecho a ocupar territorios que otros hombres pueblen como estos no se lo consientan. Si una nación los ocupa por la violencia, los vencidos pueden en todo tiempo combatirla hasta que la arrojen del suelo de su patria (cit. en Izard, 1997: 184).

Y, a su vez, defendía a los insurrectos bajo el siguiente argumento:

¿Es justo que califiquemos ahora de bandoleros a los que contra nosotros se alzan por su independencia? ¿Por unos mismos hechos y por una misma causa han de ser calificados allí de bandidos los que aquí calificamos de héroes? (cit. en Izard, 1997: 184).

En ocasión del centenario de 1892, Juan Valera fue el principal intelectual defensor de la obra de España en América, que, como era previsible, quedó reducida a la defensa de la conquista (Valera, 1947a, 1947b y 1947c).

Valera dedica muchas páginas a la literatura hispanoamericana y al intercambio epistolar con escritores de estas latitudes, recogidos en la colección *Cartas Americanas* (Valera, 1947e). Solo un ejemplo bastará, por ahora, para resumir sus ideas sobre la polémica que suscitó el centenario:

Si nuestro pueblo, nación, casta, raza o como queramos llamarlo, valiéndonos del término más comprensivo, tiene el ser y el brío que yo quiero que tenga, no solo debe haber elevado a su altura a los indios americanos, confundiendo y combinándose con ellos, sino que debe también, a pesar de la corriente, por impetuosa y crecida que sea, de la inmigración de otras razas de Europa, conservar el sello, el carácter primitivo, la marca indeleble de su españolismo. Yo quiero que tenga y si el amor de casta o de raza no me engaña, creo que ha de seguir teniendo el elemento español que hay en América, desde Texas y California hasta el estrecho de Magallanes, la plasmante virtud que identifiquelos otros elementos que se le unan. Así conservará en el conjunto o compuesto la condición propia de una gente que, a pesar de la división política, siga siendo la misma: expansión o renuevo más lozano, más florido y acaso más rico de sazonados frutos en las venideras edades que la planta de que procede, de la que recibió al principio poderosa y vivificante savia, y que tal vez hoy se marchita y decae en esta península del occidente de Europa (Valera, 1949a: 1120).¹⁰⁰

Las festividades de 1892 coincidían, a su vez, con el cenit de una coyuntura económica española favorable, que Jaime Vicens Vives llamó «la cresta dorada de la Restauración» y con el inicio de la guerra colonial (cit. en Bernabéu Albert, 1987: 19).

Pero la celebración se convirtió en un campo de batalla entre España, Italia y Estados Unidos por apropiarse del centenario. España e Italia intentaron infructuosamente acordar que las fechas de las festividades más importantes no coincidieran (Ramírez Losada, 2009: 282). En las negociaciones con Estados Unidos, hubo distintas etapas: si bien, en un primer momento, España vio con buenos ojos las celebraciones previstas para la Conferencia de Washington, pronto las percibió como una amenaza y definió, claramente, su línea de fortalecimiento de las relaciones culturales bilaterales con los países latinoamericanos, ambicionados como mercados y zonas de injerencia por el gran país del norte, por lo que la contienda por la primacía en los festejos se hizo bastante explícita. Así, el embajador de España en Washington advirtió que

de la actividad, el patriotismo y la manera con que supiera llevar a cabo su cometido la comisión encargada de los festejos dependería, en gran medida, el éxito de la política española en América, política que había encontrado su

100 La idea de que en América sobrevive y se renueva el genio de una raza que en España está en decadencia fue lugar común en el entresiglo y volverá a aparecer en los discursos de Zorrilla de San Martín en 1892 y en los homenajes cervantinos de 1905.

fórmula y su momento de realización en la celebración del cuarto centenario, el cual, bajo las apariencias de una solemnidad exterior, envolvía un importantísimo fin político (Ramírez Losada, 2009: 286).

De modo que la celebración del cuarto centenario funcionó como un proceso de reelaboración de una memoria colectiva común a España y Latinoamérica, que subrayó ciertos hechos y puntos clave, como la idea de una única *raza* o comunidad de naciones sustentada en una lengua común, una religión y el glorioso pasado imperial. Carlos Rama, a su vez, afirma que «el año 1892 se convirtió en una inmensa demostración de oratoria, no solo en España, sino asimismo en los países americanos, Italia, Francia, Estados Unidos» (Rama, 1982: 184).

La metáfora de la gran familia, cuya madre y cabeza era España, empezó a prestigiarse, despojando el vínculo de connotaciones de dominio o explotación. En esta construcción identitaria basada en la historia, los Reyes Católicos fueron figuras necesarias para transmitir «las energías y [los] objetivos de antaño al decadente presente» de aislamiento diplomático y económico (Bernabéu Albert, 2006: 302). La figura de la reina Isabel fue especialmente exaltada en el papel de impulsora de Colón, en un momento en que era necesario fortalecer una devoción monárquica bastante decaída, con un rey de solo seis años, una reina extranjera en el trono y la alternancia de los partidos políticos garantizada exclusivamente por la corona, pero cuestionada por los dos extremos, el de republicanos y el de carlistas.¹⁰¹ Los monumentos inaugurados en la época realzan estos símbolos: el de Granada, ubicado en el centro de la ciudad, donde Isabel casi protagoniza la escena, inclinándose maternalmente para escuchar la palabra de Colón, y el del Monasterio de La Rábida, en Huelva, donde se levanta sobre una columna un globo terráqueo que sostiene la corona de la monarquía española. En Barcelona, la estatua se había inaugurado años antes, en 1888 (para la Exposición Universal realizada en esa ciudad), y parece significativo que hayan sido los «empresarios catalanes [quienes] levantaron una gran columna frente al puerto, rematada con una popular escultura de Colón señalando el Nuevo Mundo», a donde también apuntaban sus intereses (Bernabéu Albert, 1987: 306).¹⁰²

101 Michel Izard analiza el lugar simbólico que ocupó la figura de la reina Isabel, incluso en el quinto centenario de 1992, así como la increíble revitalización del concepto de hispanidad a fines del siglo xx para propósitos sospechosos de neoimperialismo (Izard, 1997).

102 Graciana Vázquez Villanueva señala un fenómeno ocurrido en la segunda mitad del siglo xix: «Con el paulatino afianzamiento de la clase sustentadora del liberalismo y la crisis económica, social y política de España, se proponen nuevas estrategias para extender la “misión de España en América”. Una de ellas fue la que impulsan empresarios catalanes, nucleados en una asociación —la Unión Iberoamericana— que, a partir de la idea de que “Iberoamérica es el mercado natural de España”, encarga la redacción de un programa americanista al historiador español Rafael de Altamira (Alicante, 1866 - México, 1951)» (Vázquez Villanueva, 2007). En 1900, Altamira publica *Cuestiones hispanoamericanas*, en la que expone la necesidad que tiene España de vincularse con Hispanoamérica para poder superar su crisis económica y su tardío desarrollo industrial y como estrategia para combatir la amenaza que representaba la política exterior norteamericana (Vázquez Villanueva, 2007: 5). «Para Altamira, el vínculo entre España e Hispanoamérica se fundamentaba en la unidad constituida por la lengua y la

Respecto a los eventos propiamente dichos, Dení Ramírez Losada registra la celebración de

once congresos internacionales, tres grandes exposiciones de carácter internacional[:] la Exposición Histórico-Americana, la Exposición Histórico-Europea y la Exposición de Bellas Artes, y una «vehemente actividad editorial que quedó recogida en los principales diarios y revistas de la época» (Ramírez Losada, 2009: 274).

Bernabéu enumera, por su parte, los siguientes actos: Exposición Histórica-Americana de Madrid, ix Congreso Internacional de Americanistas de La Rábida, Congreso Literario Hispano-Americano, Congreso Mercantil Hispano-Americano-Portugués, Congreso Geográfico Hispano-Americano-Portugués, Congreso Jurídico Iberoamericano, Congreso Pedagógico Hispano-Americano, Congreso Católico de Sevilla, ciclos de conferencias de los Ateneos de Madrid y Barcelona, reuniones de la Sociedad Unión Iberoamericana, etcétera.¹⁰³

En la Exposición Histórico-Americana participaron Alemania, Argentina, Austria, Bolivia, Colombia, Costa Rica, Chile, Dinamarca, República Dominicana, Ecuador, Estados Unidos, España, Guatemala, México, Nicaragua, Noruega, Perú, Portugal, Suecia y Uruguay (Bernabéu Albert, 1987).

La participación oficial de los países de Hispanoamérica parece haberse caracterizado por su españolismo: México y Colombia defendieron las ideas más conservadoras sobre la hispanidad (Ramírez Losada, 2009: 276). México apostaba a un relacionamiento conjunto de los países hispanoamericanos con España, basado en los vínculos culturales: el gobierno de Porfirio Díaz recelaba del panamericanismo norteamericano y apostó todas las cartas a destacar el aporte mexicano en los festejos españoles. Para esto, donó una colección de arte precolombino que sirviera para mostrar que el legado de México no era inferior al de otras culturas de la Antigüedad grecolatina, aun a despecho de la corriente de historiadores mexicanos prohispanicos que se habían dedicado a resaltar los rasgos negativos de las culturas indígenas. También Colombia empeñó buena parte de sus arcas en la donación de un tesoro del arte precolombino al Estado español (Ramírez Losada, 2009; Sánchez Albarracín, 2003).

cultura, que desarrolla partiendo de la identificación de España como nación, en un proceso de “religación nacionalista”, que se amplía a “civilización española” y enfatizando lo esencial que tiene de español la sociedad americana. La base de esta concepción está en la definición ficticia de nación, concebida como comunidad de cultura. A partir de esta, sustenta su idea sobre la “misión española en América”» (Vázquez Villanueva, 2007: 5). Según Altamira, hay dos componentes básicos a partir de los cuales se constituye la «Comunidad Iberoamericana de Naciones»: «la historia común y el idioma común para españoles y americanos. La lengua como formadora de un grupo humano, propuesta por Fichte, deviene en Altamira en el deseo de implementar, a través de una tarea propagandística en Hispanoamérica, la defensa del castellano, identificado siempre como una de las bases sostenedoras de unión de cultura entre España y América» (Vázquez Villanueva, 2007: 5).

103 Estados Unidos, por su parte, había celebrado la Primera Conferencia Internacional Americana en 1889-1890 y organizó la Exposición Internacional de 1893 (Ramírez Losada, 2009: 274).

Los distintos países enviaron sus representantes culturales a los festejos de Madrid: Rubén Darío representó a Nicaragua; Ricardo Palma, a Perú, y Juan Zorrilla de San Martín, a Uruguay, los tres representantes americanos a quienes María del Milagro Caballero Wangüemert llama los «consagrados» de la celebración (Caballero Wangüemert, 1986: 113). Sin embargo, como señala Enrique Sánchez Albarracín, solo tres latinoamericanos tuvieron la posibilidad de dictar conferencias en el Ateneo de Madrid, todos ellos diplomáticos:

el mexicano Vicente Riva Palacio, el uruguayo Juan Zorrilla de San Martín y el ministro peruano Pedro Alejandrino del Solar; tres hombres de un total de 300 representantes latinoamericanos presentes en España en 1892; tres disertaciones americanas frente a 52 discursos peninsulares (Sánchez Albarracín, 2003: 3).

Esto, evidentemente, provocó un gran desequilibrio en los debates.

Como es evidente, la elección de los oradores no era casual y, particularmente, Zorrilla representaba una voz muy conveniente para la ocasión: excelente disertador, pero, sobre todo, un convencido y fervoroso hispanófilo. Rubén Darío retrata así al Zorrilla de aquellos tiempos:

Le recuerdo en días de triunfos y de gozos, entre fiestas y pompas españolas. Las delegaciones de las repúblicas americanas contaban, como era de razón, sobre todo las tropicales, con sujetos verbosos y hábiles para el discurso, pero en conjunto, no podíamos presentar delante de un Castelar sino al delegado uruguayo, a la sazón ministro de su país ante Su Majestad Católica. A su fama asentada de gran poeta unía el dominante prestigio de una elocuencia, sí a veces harto fogosa, por lo mismo plenamente representativa de nuestros entusiasmos y vivacidades continentales (cit. en Sánchez Albarracín, 2003: 8).¹⁰⁴

Su elocuencia fue admirada también por los españoles. Galdós decía en una carta enviada a *La Prensa* de Buenos Aires:

Y con Echegaray cito también al ministro del Uruguay, señor Zorrilla de San Martín, que, en aquella noche de alegrías literarias, habló en nombre de América y de las letras americanas. [...] Posee, como pocos, el arte supremo de arrebatar al auditorio y de comunicarle el fuego de su inspiración tempestuosa [...]. Amigo de España, ardiente admirador de nuestras glorias, que son, por la unidad de la lengua, comunes a todos los países que tienen por dioses mayores a Cervantes, Calderón y Quevedo (cit. en Fernández y Medina, 1965: xxxiii).

Otro testimonio de esas conmemoraciones, en este caso, en una nota de prensa un poco posterior, firmada por Saiz de Ulloa, puede revelar otras aristas de la admiración que suscitó Zorrilla en filas españolas:

Fue de ver la sorpresa, el asombro que produjo entre los españoles sobre todo, yo entre ellos, aquella voz musical y vibrante, aquel florecimiento de la lengua castellana en labios americanos, aquella elocuencia inesperada que venía desde el otro lado del mar, como un eco del mismo mar: fresca y honda, llena

104 La cita corresponde al siguiente artículo: Darío, Rubén, «Zorrilla de San Martín», en *Mundial*, n.º 22, vol. 4, año 11, febrero de 1913, p. 864, en ídem, *Obras completas*, vol. xx, Madrid: Editorial Biblioteca Rubén Darío, 1929, pp. 45-48.

de pensamientos atrevidos, de ideas muy grandes y revelaciones no atendidas. Con saberse, como se sabía, que en América se habla el español, se ignoraba que pudiese hablarse así (cit. en Fernández y Medina, 1965: xxix).¹⁰⁵

Como es obvio, la sorpresa excede, con toda probabilidad, una cuestión de pericia lingüística y contiene implícito el elogio a los contenidos de su discurso, que solo podían agradar a un español que desconocía que en América el castellano pudiera alcanzar niveles similares a los de España.

Zorrilla se presentó en el Ateneo como portavoz de las minorías cultas de Hispanoamérica y más empeñado en mostrar la filiación hispánica que en reivindicar la originalidad de las culturas americanas. La vigencia y legitimidad de esa filiación se apoya, en los discursos de Zorrilla, en la lengua, en la religión y en la herencia cultural. En el discurso pronunciado en el monasterio de La Rábida, «El mensaje de América», en ocasión de la inauguración del monumento antedicho, vuelve a reivindicar esa delegación autoasignada: «Seré yo, a pesar de todo, quien preste su voz a nuestra América, que, efectivamente, necesita hablar, que quiere hablar, que nos hace señas imperiosas de que hablemos en este momento» (Zorrilla de San Martín, 1965: 41).

En el mensaje que América devuelve a España por boca de Zorrilla, la imagen de esa nación no puede ser más reparadora:

Ella existía en la raza cuando nosotros no habíamos nacido; ella es, pues, la madre; no la madre anciana, pues los pueblos no tienen edad mientras viven, sino la madre eternamente núbil. [...] La América nació de una herida de gloria que esa España se hizo en el corazón. Sí, señores, hoy es un día de justicias seculares. [...] La América, señores, reconoce su deuda: en las puertas del convento de La Rábida, arrodillada en esta tierra que pisó Colón el mensajero, y que es la tierra santa de la redención americana (Zorrilla de San Martín, 1965: 50-51).

Miguel Cané, embajador argentino en España, también describe conmovido la experiencia en el Ateneo madrileño, cuando el orador uruguayo repasó en su conferencia las características de cada pabellón patrio americano:

Esa noche fui allí por primera vez, y con encanto respiré su culta atmósfera, tan afectuosa para nosotros. [...] Cuando Zorrilla, de pie en la cumbre que parte el istmo americano, [...] descubrió una a una las naciones desprendidas del vigoroso cuerpo de España, sus luchas feroces, herencia de su organismo pasional, sus esfuerzos por surgir a la luz, sus riquezas, sus esperanzas y su fe en el porvenir; cuando ligó todo ese pasado al pasado de la madre patria, y confundió en la imagen esplendorosa del triunfo definitivo que reservan los días venideros a la raza entera, entonces los ojos se llenaron de lágrimas, los corazones se agitaron a romperse y las manos se buscaron instintivamente. Núñez de Arce,¹⁰⁶ que estaba a mi lado, murmuraba a cada instante, a mi oído, palabras de gratitud, y fue con un abrazo estrecho que recibió a Zorrilla, cuando este descendió de la tribuna (Cit. en Fernández y Medina, 1965: xxvi).

105 La nota fue publicada originalmente en *El Correo de París*, el 23 de mayo de 1898.

106 Se refiere a Gaspar Núñez de Arce (1834-1903), escritor y político español de ideas liberales.

En los discursos de Zorrilla, adquiere una fuerza inusitada el sentido de la emoción patriótica, el orgullo por la nación y el reforzamiento de sus símbolos, reafirmaciones que, como se sabe, en la época estaban en marcado ascenso. Además de esto, la estimulación al patriotismo aglutinador y sentimental fue sostenido en la construcción del Uruguay moderno y contemporáneo, no solo por razones políticas internas: fue una necesidad también por la pequeñez territorial frente a sus dos gigantes vecinos. De hecho, Zorrilla aprovecha retóricamente esa pequeñez: el «regalo» que envió Uruguay a los festejos, dice, es el más modesto, pero, a la vez, el más sentido (Zorrilla de San Martín, 1965: 58). Y es precisamente en la construcción de ese patriotismo nacional, de un modelo moderno y válido de nación, que algunos sectores (tanto conservadores como progresistas) volvieron la mirada a España: en este caso, Zorrilla busca, para América en general y para Uruguay en particular, un origen legitimador de una tradición occidental y cristiana que permita superar las heridas de la Conquista, el choque de la colonización y la exterminación de las culturas indígenas, como bien puede ejemplificar su obra poética.¹⁰⁷

Además de todo lo dicho, uno de los aspectos más importantes que procuraron las conferencias españolas del centenario de 1892 fue difundir estudios sobre la historia o geografía de América. También a Zorrilla le tocó esta misión en representación de Uruguay. Otro de sus discursos fundamentales, pronunciado en La Rábida, trató del «Descubrimiento y conquista del Río de la Plata». En él, reafirma algunas tesis que se encontraban implícitas en su epopeya *Tabaré* (1888): la llegada de los españoles coincide con la decadencia de la cultura indígena, y eso se manifiesta en la naturaleza física (tanto de la geografía como del hombre nativo) que «aguarda un nuevo salvador» (Caballero Wangüemert, 1986: 113). Un mundo nuevo o resurgente inaugura la epopeya de Tabaré, el indio de ojos azules: «El Uruguay y el Plata vivían su salvaje primavera / la sonrisa de Dios, de que nacieran, / aún palpita en las aguas y en las selvas» (Zorrilla de San Martín, 1956: 17).¹⁰⁸ De acuerdo a la impronta ideológico-afectiva que mueve la construcción de Tabaré, el indio mestizo está

107 En Uruguay, los grupos indígenas habían sido exterminados *oficialmente* en 1831, en un operativo masivo a cargo del ejército del primer gobierno constitucional en una encerrona sangrienta en la zona de Salsipuedes, al norte del país. Quienes sobrevivieron fueron emigrando hacia Brasil o asimilándose sin resistencia y sin dejar huellas culturales nítidas o identificables. La importancia de esta masacre no implica que no existiera —antes y después de esa fecha— una presencia indígena mestizada y asimilada, dispersa en todo el territorio nacional, que la opinión común ha invisibilizado sistemáticamente. Asimismo, la minoría afrodescendiente, moderadamente integrada, fue prácticamente invisibilizada hasta los años veinte. El mito del Uruguay como país de población exclusivamente blanca y europea está hoy, sin embargo, en franca revisión. Por el contrario, la contribución indígena femenina al acervo genético uruguayo ha mostrado —a través del ADN mitocondrial— ser sustancial, con porcentajes que van desde un 20 % en Montevideo a un 62 % en Tacuarembó (Figueiro, 2013: 148).

108 *Tabaré* se publica el mismo año que *Azul*, la primera obra de Rubén Darío, coincidencia que Caballero Wangüemert señala como «un curioso ejemplo del sincretismo americano en cuanto a movimientos literarios se refiere» (Caballero Wangüemert, 1986: 117).

predestinado a la muerte, para dar paso a una civilización más madura, la cual aparece como necesaria para la expiación de un error. Caballero Wangüemert entiende que el mestizaje problemático que ejemplifica el *Tabaré* puede leerse como «trasunto poético de las tensiones decimonónicas entre España y sus antiguas colonias». En ese sentido, la solución conciliadora, aunque al precio de la muerte del personaje,

no deja de ser un acierto que soluciona el dilema sarmientino: el mestizo Tabaré es un personaje capaz de atenuar la genuina barbarie del indio con los subyacentes recuerdos de la madre cristiana, sin perder la ingenuidad y los impulsos de la barbarie indígena [ya que lleva] en sí el vagamente recordado trasunto de una cultura y la herencia de un temperamento que, como fuerzas del misterioso influjo, a la par perturban y suavizan el alma primitiva del personaje (Caballero Wangüemert, 1986: 115).

Es decir, Tabaré redime su raza antes de morir, gracias a la sensibilidad que aporta la civilización y al bautismo cristiano: es una muerte que opera históricamente como una transformación providencial.

De este modo, tanto por sus discursos ficcionales como por sus ensayos y disertaciones públicas, Zorrilla se alinea en lo que Emilio Carilla llamaría «americanismo del mestizaje», que entiende que lo esencialmente americano nace de la «fórmula conciliadora de lo indígena y lo europeo» (cit. en Caballero Wangüemert, 1986: 115). El americanismo de Zorrilla, basado en el idealismo hispánico y la fe católica, solo puede presentar la Conquista desde una óptica providencialista. Partiendo de esa raíz conservadora, el uruguayo coincidirá, sin embargo, con otros acercamientos finiseculares a España, como contrafuerte para la oposición a Estados Unidos.

De regreso a Montevideo, Zorrilla publicará *Resonancias del camino* (1896), reflexiones que podrían considerarse dentro del género de la literatura de viajes. Se trata de un testimonio del típico viaje iniciático del intelectual latinoamericano al Viejo Mundo, que incluye el planteo de los problemas sociales de España, aunque no abandona el punto de vista sentimental e idealizado de lo español.¹⁰⁹

En síntesis, la presencia y el desempeño de Zorrilla en España afianzaron las relaciones simbólicas con Uruguay, así como ocurrió con muchos de los países latinoamericanos gracias a los festejos del cuarto centenario. La *Antología de poetas hispanoamericanos*, preparada por Menéndez y Pelayo entre 1892 y 1895 por encargo de la Real Academia Española, significó el reconocimiento oficial de la independencia cultural y de los valores literarios de las excolonias. Las relaciones epistolares de Unamuno con Zorrilla prolongarían el vínculo (como se verá en el capítulo próximo) y entrelazarían dos universos culturales distintos,

109 La literatura de idealización de lo hispánico, en sus diferentes variantes, se intensifica a comienzos del siglo XX, como señala Caballero Wangüemert (1986: 125) mencionando como ejemplos las *El alma española* (1908), de Ricardo Rojas, *La gloria de don Ramiro* (1908), de Enrique Larreta y *El solar de la raza* (1913), de Manuel Gálvez. En Uruguay, podría agregarse *El embrujo de Sevilla* (1922), de Carlos Reyles.

pero que buscan acercarse, como puede apreciarse en otras correspondencias cruzadas de la época: la que intercambia, a su vez, Unamuno con Carlos Reyles y Alberto Nin Frías, y la que acerca a Leopoldo Alas con José Enrique Rodó.

No es objeto de esta investigación analizar las celebraciones de 1892 más que en tanto preparación de un territorio de reencuentro simbólico y en tanto antecedente conmemorativo. Solo se señalará que en Uruguay existió una Comisión Central de los Trabajos Conmemorativos del IV Centenario de la Llegada de Colón, que editó para la ocasión una revista de número único, en la que se detallan las actividades y puede calibrarse la importancia que revistieron en su momento.¹¹⁰

Para reseñar las aportaciones americanas a las polémicas sobre la lengua, hay que remitirse al ya mencionado Congreso Literario Hispanoamericano, también de 1892. En él, según afirma Graciana Vázquez, se «funda la construcción de una dominancia discursiva [de la lengua española] que se extiende hasta nuestros días» (cit. en Bertolotti y Coll, 2012: 452). La oportunidad de la celebración del Descubrimiento ayuda a consolidar el valor de la lengua como «patrimonio y unidad y como instrumento de civilización y de religión» (Bertolotti y Coll, 2012: 452).

Desde entonces, la preservación de la lengua española quedará al servicio de relaciones asimétricas de poder simbólico entre España y sus excolonias, como confirma Vázquez, en la medida en que se difunde

esta configuración ideológica del imaginario social del hispanismo, concebido como un nacionalismo lingüístico sustentado en una identidad política y étnica, una lengua común y un amplio territorio —América con su riqueza—, al expandir el sentido canónico de «la lengua es la patria» para españoles e hispanoamericanos (cit. en Bertolotti y Coll, 2012: 452).

Los latinoamericanos presentes en el Congreso fueron —una vez más—: Rubén Darío (Nicaragua), Ricardo Palma (Perú), Juan Zorrilla de San Martín (Uruguay) y, luego, Calixto Oyuela y Vicente Quesada (Argentina), Soledad Acosta de Samper y Ernesto Restrepo Tirado (Colombia), Juan Ferraz y Manuel María Peralta (Costa Rica), Fernando Cruz (Guatemala), Vicente Riva Palacio y Francisco Sosa (México).

En términos generales, los representantes rechazaron la política lingüística dominante en el Congreso, dado que esta censuraba las variedades americanas, de modo que las opiniones se dividieron entre la tendencia peninsular a preservar la unidad de la lengua bajo la consigna de la superioridad de la norma europea y la defendida por los latinoamericanos, tendiente al respeto de las variedades

110 La bibliografía al respecto no abunda. Véase: CAIRO SOLA, Fernando, *Conmemoración del cuarto centenario del Descubrimiento de América (1892) en Maldonado, Pan de Azúcar, Rocha y Castillos*, Montevideo: Ed. Grupo Catalunya, 1992. Sobre la inauguración del monumento a Cristóbal Colón en la ciudad de Durazno, puede encontrarse información en la siguiente página: <<http://www.welcomeuruguay.com/durazno/monumento-cristobal-colon.html>>.

y con respaldo en los trabajos de Andrés Bello, Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro.

Ricardo Palma rechazó la política de la Real Academia Española al negarse a incluir en el diccionario algunos términos de uso culto en Perú. Para Vázquez, la intervención de Palma pone en escena la lucha por el poder político lingüístico de parte de los dos grupos, en la que puja «[...] el ejercicio de la autoridad institucional de la RAE, como asociación de centralización y jerarquización, frente a la legitimidad de sus pares hispanoamericanos, a través del reconocimiento de sus decisiones» (cit. en Bertolotti y Coll, 2012: 452).

La relación de las excolonias con la Real Academia Española conoció variables durante el siglo XIX. En 1823, existió una propuesta tendiente a que lo relacionado con la lengua en Argentina fuera estudiado y dilucidado por una academia en Buenos Aires, idea similar a la que surgía en Bogotá en la misma época. En 1825, México propiciaba la creación de una Academia Hispanoamericana de la Lengua, aunque sin intenciones separatistas. Las ideas de sumisión o rebeldía a la Real Academia Española estuvieron signadas por las vicisitudes filosóficas y políticas de los distintos países (Bertolotti y Coll, 2012: 456).

A su vez, hacia 1870, la Real Academia Española impulsó la creación de academias correspondientes en América, lo que reanimó las reacciones contra la tutela normativa peninsular. De igual modo, estas se fueron constituyendo anexadas a las políticas lingüísticas de España, en los últimos años del siglo XIX,¹¹¹ con el apoyo de los intelectuales más destacados de cada país, sin que por eso dejara de discutirse el problema de la lengua y de las variantes nacionales y americanas.

Además de las opiniones dispersas en distintos artículos, y de la pieza oratoria que pronunció en las ceremonias del cuarto centenario, Zorrilla de San Martín manifestó sus ideas acerca de una política de lengua en una nota, «Concepto de literatura americana» (1899), publicado en el primer número de *La Revista*, dirigida por Julio Herrera y Reissig: allí manifiesta que, para alcanzar un logro estético, los hispanoamericanos deben escribir en el castellano académico peninsular, basándose, entre otras cosas, en que «no conocemos las lenguas de nuestros aborígenes, si es que ellas existieron con la perfección que exige la obra de arte» (Zorrilla de San Martín, 1975: 149). Para Zorrilla, la formación de una literatura nacional debía construirse partiendo de un lenguaje que se expresara con «ingenua sencillez, en buen castellano y en forma sobria y dura» (Zorrilla de San Martín, 1975: 150).

En la obra literaria de Zorrilla, como puede comprobarse en *La leyenda patria* (1879), *Tabaré* (1888) y *La epopeya de Artigas* (1910), no se registran marcas lingüísticas regionales que den la pauta de un autor de habla rioplatense (Bertolotti y Coll, 2012: 465). En *Tabaré*, debido a las exigencias del tema, figuran, deliberadamente, términos indígenas en la toponimia oriental, en los

111 Las fechas en que se constituyeron las primeras academias correspondientes fueron: Colombia, 1871; México y Ecuador, 1875; El Salvador, 1880; Venezuela, 1881; Chile, 1886; Perú, 1887, y Guatemala, 1888 (Bertolotti y Coll, 2012: 456-457).

nombres de personajes, plantas y animales de la región, especialmente guaraníes. En el Congreso Hispanoamericano, Zorrilla defendió la postura americanista de reclamar la aceptación de las variantes no peninsulares, pero adhiriendo a una postura conciliadora, afiliada a la línea de Andrés Bello,

que legitima un americanismo no rupturista en aras de la conservación de la unidad del español. [De este modo, se] concilia unidad con diversidad, enfatizando la unidad de la gramática y reconociendo la diversidad en el léxico, defendiendo aquellas incorporaciones que se expliquen por vacíos léxicos del español (Bertolotti y Coll, 2012: 466).

Las posiciones teóricas sobre estos temas son, como queda claro, absolutamente coherentes con las opciones que registra su obra ficcional.

Debe aclararse que el tópico sobre el que abundó Zorrilla en diferentes oportunidades —la idea de la lengua castellana como unificadora de una cultura y hasta de una «raza»—, no suscitaba absoluto consenso en las élites culturales rioplatenses. Durante el siglo XIX, la reflexión sobre el «español americano» se articuló, como señalan Virginia Bertolotti y Magdalena Coll, «en torno a los temas que definen ese siglo en Hispanoamérica: la independencia y la formación de las nuevas naciones americanas» (Bertolotti y Coll, 2012: 448). La mayoría de los escritores del siglo XIX se ocupó de temas relacionados con la identidad lingüística y su diferenciación del español peninsular. Según fueran sus posiciones políticas y filosóficas,

unos se miran en el espejo español para ver cómo parecerse y otros lo hacen para ver cómo diferenciarse. [...] A mediados de siglo, los intelectuales se verán urgidos por dar solución al problema de la lengua en el marco nacional, americano (Bertolotti y Coll, 2012: 445).

En ese contexto, surgen innumerables polémicas, de las cuales, la más célebre y estudiada es, probablemente, la que enfrentó en Chile a Bello y Sarmiento, centrada en la posibilidad de una reforma ortográfica (Narvaja de Arnoux, 2006; Di Tullio, 2010).

En Argentina, la cuestión del idioma tiene una larga historia de debates y polémicas que se remontan, por lo menos, a la llamada generación del 37, cuando la diferenciación idiomática estaba todavía vinculada a la emancipación política (Di Tullio, 2010 [2003]: 21-40). Una reseña del proceso debe tener en cuenta algunos hitos, como el rechazo de Juan María Gutiérrez del diploma de académico correspondiente de la Real Academia Española en 1876. La renuncia dio lugar a fuertes polémicas, una de ellas con el periodista hispanófilo Juan Martínez Villergas, luego recogida en *Diez cartas de un porteño* (1876). En una de las piezas públicas del intercambio epistolar, Gutiérrez dejará claro que «la cuestión que ventilamos no es simplemente gramatical ni de Academias: es cuestión social» (Alonso, 2010). En consonancia con esto, muchos años después, en 1899, Unamuno afirmaría, en un artículo del diario *El Sol*:

Hay que levantar voz y bandera contra el purismo casticista que, apareciendo cual simple empeño de conservar la castidad de la lengua castellana, es en

realidad solapado instrumento de todo género de estancamiento espiritual, y lo que es peor aún, de reacción solapada y verdadera (cit. en Alonso, 2010).

También en respuesta a la negativa de Juan María Gutiérrez a integrar la Real Academia Española, el 14 de enero de 1876, en el diario *La Nación*, de Buenos Aires, se publica una carta firmada en Montevideo por Francisco Antonio Berra, destacado intelectual y pedagogo nacido en Buenos Aires, pero que repartía su actividad entre las dos orillas del Río de la Plata y, de hecho, tuvo una importante actividad en el Ateneo de Montevideo, en la política local y en la reforma educativa uruguaya, clave del siglo XIX, que llevó adelante José Pedro Varela (1845-1879) en pro de la universalización de la educación primaria y que se concretó en la Ley de Educación Común de 1977.

En su intervención pública sobre el rechazo de Gutiérrez como académico, Berra alertaba sobre las consecuencias nefastas de esta actitud, ya que

no puede concebir que el pueblo sea, por el solo hecho de servirse del idioma, quien lo organice y dirija, pues —concediéndole a Gutiérrez que un idioma está íntimamente ligado al pensamiento de quienes lo hablan— si queda en manos del pueblo, necesariamente será como piensa el pueblo, es decir, un pensar imperfecto (Alfón, 2008: 6).

Para Berra, la humanidad debe tender a una perfección del idioma que solo puede resultar de la intervención científica de expertos: «Este traslado del idioma de manos incultas a manos científicas sería necesario para arribar a la lengua que estima necesaria: una lengua universal» (Alfón, 2008: 6).

Por tanto,

Berra no encuentra ninguna ventaja en que Argentina llegue a ostentar un idioma propio, solo encuentra eso como un obstáculo al progreso, concepto central en su planteo evolucionista. [...] El medio de comunicación y progreso por excelencia es la palabra, que debe ser entendida por todos, porque todos conformamos la humanidad, cuyo interés es la universalidad del pensamiento y de la lengua. «La doctrina del ilustrado Gutiérrez [—dice Berra—] cohonesto esa localización y la recomienda, sin embargo, por no haberse apercibido, creo, de que ella es la rémora más poderosa de nuestros adelantos, porque nos aísla del resto de la humanidad, privándonos de todos sus progresos» (Alfón, 2008: 7).

Berra considera improductivo el impulso nacionalizador y cree que la generalización de la ciencia y el progreso colaborarán en la creación de una lengua única:

Su defensa del castellano radica, por tanto, en hallarlo más general que un castellano porteño. No lo defiende vía casticismo, ideología que repudia todo tipo de esperanto, sino por ser una zona intermedia entre un dialecto y un cosmolecto. Es más, Berra anhela que el castellano se universalice aún más, incorporando los aportes de América, para lo cual entiende necesario la fundación de academias correspondientes, que reúnan y envíen a Madrid esos aportes (Alfón, 2008: 7).

Un segundo hito en la cuestión del idioma puede señalarse en 1900, momento de la publicación del polémico libro de Lucien Abeille, *Idioma nacional de los argentinos* (1900), que valoraba positivamente las mezclas lingüísticas

(del castellano con las lenguas autóctonas y luego con el habla de los inmigrantes), de las que resultaría, según el autor, un producto nacional único. Estas opiniones dieron lugar a intensos debates. Para entonces, la élite dirigente ilustrada deponía lentamente su antihispanismo y revisaba su aceptación de la inmigración masiva de europeos. Algunas reacciones al libro de Abeille se manifestaron en los escritos de Ernesto Quesada —*El problema del idioma nacional* (1900) y *El «criollismo» en la literatura argentina* (1902)—, en los cuales este reivindica la pureza del castellano y aboga contra su corrupción, rechazando la reproducción de la oralidad propia de la literatura gauchesca, así como las «contaminaciones» resultantes de la inmigración (Ennis, 2008).

También otros integrantes de la llamada generación del 80, como Miguel Cané o Lucio Mansilla, se expresaron sobre el problema de la lengua (Di Tullio, 2010). En principio, cuando estos escritores asumieron sus posiciones políticas e intelectuales, bajo el magisterio del 37,

la lengua —su manejo, su aprendizaje, su relación con otros idiomas— ya no resultaba una zona problemática. No solo se reconocen con el español peninsular [del que ya no era imperioso tomar distancia], sino que se valoran como legítimos rasgos de la modalidad dialectal aun los no reconocidos por la autoridad académica (Di Tullio, 2010: 66).

En términos generales, fueron abiertos a los préstamos lingüísticos y asumieron el poliglotismo como marca de nivel cultural.

Cuando Mansilla hablaba del «idioma nacional», se refería inequívocamente al español, con modulaciones propias. Aunque manifestaba lealtad hacia el español, el orgullo se lo atribuía a los rasgos específicamente rioplatenses (Di Tullio, 2010: 67).

Sin embargo, ya a principios del siglo xx, los cambios sociales producidos por el aluvión inmigratorio que los mismos hombres del 80 habían promovido —inspirados en Alberdi y sus coetáneos— y la consiguiente amenaza de la pérdida del poder político generaron, en algunos de ellos, una evolución ideológica refractaria que se manifiesta simbólicamente en la cuestión del idioma: «el horror hacia la degradación del español se va a convertir en otra forma de defender derechos adquiridos» (Di Tullio, 2010: 66).

En Argentina, las posiciones respecto a esta cuestión han partido, durante el siglo xix y comienzos del xx, de una pregunta básica, según lo ha estudiado Ángela Di Tullio: «¿Cómo hacer de la lengua heredada de la metrópoli una lengua propia?», pregunta que, a su vez, se proyecta sobre la definición de la propia identidad colectiva (Di Tullio, 2010: 14). En los primeros años del siglo xx, la relación entre lengua y nación aparece «profundamente modificada» por el fenómeno de la inmigración,

[pues] su presencia refuerza indirectamente la función simbólica de la lengua española como factor de identidad colectiva y la desvía de los planteamientos críticos, antes hegemónicos, hacia la cultura española. La escuela será el ámbito privilegiado de la acción; a la educación primaria se le confía la tarea de

erradicar todo vestigio de los rasgos idiosincráticos y de las características de los inmigrantes —valores, cultura y, sobre todo, idioma— para lograr el ideal de un Estado unicultural y monoglosico (Di Tullio, 2010: 15).

Años después, Borges publicaba *El idioma de los argentinos* (1928), donde definía las características de este, gracias a un equilibrio que se basaba en un «matiz de diferenciación, matiz que es lo bastante discreto para no entorpecer la circulación total del idioma y lo bastante nítido para que en él oigamos la patria» (cit. en Di Tullio, 2010: 212). El mismo Borges había esgrimido, sin embargo, el lunfardo y cocoliche aporteñado, como arma para defender la creatividad y la autonomía estética, en una respuesta saturada de ingenio y dominio verbal¹¹² a un artículo en que Guillermo de Torre —en *La Gaceta Literaria*— había propuesto a Madrid como «meridiano intelectual de Hispanoamérica».¹¹³

Durante la primera mitad del siglo xx, la emigración afianza posiciones en las sociedades platenses, asciende económicamente y empieza a acceder a lugares de prestigio intelectual, todo lo cual consolida y legitima algunas variaciones lingüísticas y, con ellas, valoraciones de la llamada *cuestión del idioma*. Sin entrar en las múltiples derivaciones de estos fenómenos, anotaremos el estallido de otra polémica cuando Américo Castro, perteneciente al Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, publica un diagnóstico con pretensiones lingüístico-sociales (Di Tullio, 2002-2003; Di Tullio, 2010).¹¹⁴ La demoledora

112 BORGES, Jorge Luis y Jorge MASTRONARDI, «A un meridiano encontrao en una fiambrera» (firmado por Ortelli y Gasset), en *Martín Fierro*, n.º 42, Buenos Aires, 10 de junio de 1927.

113 TORRE, Guillermo de, «Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica», en *La Gaceta Literaria*, n.º 29, Madrid, 15 de abril de 1927. La bibliografía sobre esta polémica transatlántica de 1927 es, a estas alturas, frondosísima, de modo que señalaremos algunos hitos orientadores: GONZÁLEZ BOIXO, José Carlos, «“El meridiano intelectual de Hispanoamérica”, polémica suscitada en 1927 por *La Gaceta Literaria*», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 459, Madrid, setiembre de 1988, pp. 166-171; ALEMANY BAY, Carmen, *La polémica del meridiano intelectual de Hispanoamérica (1927)*. *Estudio y textos*, Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1998; SCHWARTZ, Jorge, *Las vanguardias latinoamericanas*, Madrid: Cátedra, 1991 (2.ª ed. ampliada y corregida, México: Fondo de Cultura Económica, 2002); MANZONI, Celina, «La polémica del meridiano intelectual de 1927. El problema del idioma nacional», en *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias*, n.º 4, Año 4, n.º 7, Caracas, enero-junio, 1996, pp. 121-132; CROCE, Marcela (comp.), *Polémicas intelectuales en América Latina, del «meridiano intelectual» al caso Padilla (1927-1971)*, Buenos Aires: Ediciones Simurg, 2006; ROSETTI, Mariana, «La polémica del meridiano intelectual de 1927. La lucha por el cauce de las corrientes intelectuales» [EN LÍNEA], en *Lexis*, vol. XXXVI, n.º 1, Pontificia Universidad Católica de Perú, 2012, pp. 131-144. Disponible en: <http://www.academia.edu/2387539/La_polemica_del_Meridiano_Intelectual_de_1927_La_lucha_por_el_cauce_de_las_corrientes_intelectuales>.

114 Castro sigue la línea de cuestionar la «incorrección» en el habla de los argentinos, que venían sancionando desde principios de siglo distintos gramáticos españoles llegados a la Argentina para enseñar gramática en las escuelas, redactar manuales y trabajar como correctores en la prensa, en un intento hispanófilo de algunos sectores, preocupados por preservar el «tesoro» y la «pureza» de la lengua. En esa línea, se situaba también el estudio *El problema argentino de la lengua* (1934), de Amado Alonso. Pero Castro iba más lejos en el intento de explicar las causas socioculturales y económicas del «problema», achacándolas a factores como la laxitud de las jerarquías «debidas» entre lo culto y lo popular, la falta de una minoría rectora,

respuesta de Borges, en el artículo que tituló «Las alarmas del doctor Castro», además de poner de manifiesto tensiones relativas a los lugares de poder en el campo intelectual, apunta a erradicar la pretensión normativa académica española en nombre de los argentinos cultos.

En ese episodio, entra en escena un uruguayo con antecedentes aguerridos en el tema, Vicente Rossi, a quien Di Tullio llama, inspirada en Borges, «un montonero de la filología», y detecta como representante de una «utopía lingüística de corte nacionalista» (Di Tullio, 2010: 215). Rossi desbarata las reglas implícitas que habían dominado este tipo de polémicas, adoptando, en su *Vocabulario de vasallaje* (1931) y sus *Folletos lenguaraces* (1927), un lenguaje

bizarro y un estilo de barricada —burlón, de invectiva o de apasionado entusiasmo— [que] se ajustan, sin embargo, a lo osado de su tesis: la necesidad de romper el vasallaje cultural y lingüístico que imponen las instituciones españolas y sus secuaces locales (Di Tullio, 2010: 215).

Por esos medios, venía defendiendo el «idioma argentino-uruguayo» como una entidad ya formada, una construcción legítima de todas las clases sociales, valorizando la inventiva y agilidad del lunfardo y el aporte italiano, que «ha desalojado asperezas y circunloquios de la lengua, cooperando en su llaneza y claridad», a la vez que consideraba que el castellano era el idioma que en el Río de la Plata «se estudia menos, el que menos se desea y al que se le dispensa instintiva antipatía» (Di Tullio, 2010: 216).

Borges simpatiza con la posición y el estilo que asume Rossi, y muy probablemente comparte el fastidio por algunos de sus contrincantes: «Divisa por divisa, me quedo con la de mi patria y prefiero un abierto montonero como Rossi a un virrey clandestino como lo fue don Ricardo Monner Sans (además, Vicente Rossi escribe incomparablemente mejor)» (Borges, 1928: 36). De todos modos, en una reseña de 1928, había optado por mantener una distancia prudente de las premisas de Rossi:¹¹⁵ «Yo descreo de su hipótesis valerosa por dos razones: primero, es curioso que lo tengamos tan callado a ese idioma distinto; segundo, la disconformidad señalada puede no ser con el idioma corriente, sino con los chapuceros de la Academia» (Borges, 1928: 36).

En 1933, Borges vuelve a poner en su lugar los términos del enfrentamiento que provoca Rossi, de un modo en que bordea él mismo la injuria por medio de la metonimia, el recurso ingenioso, el propio giro lunfardesco:

Un vistoso duelo (que no es a muerte) entre un matrero criollo-genovés de vocación charrúa con la lenta partida de policianos, adscriptos esta vez a un Instituto de Filología que despacha glosarios y conferencias en la calle Viamonte —antes calle del Templo, de meretricia y barullera memoria (Di Tullio, 2010: 218).

la anomia porteña y el culto a la transgresión, así como el ascenso de los inmigrantes a lugares de poder (DI TULLIO, 2002-2003).

115 En 1928, reseñó un libro del uruguayo sobre estos temas. Véase: BORGES, Jorge Luis, «Idioma nacional rioplatense, por Vicente Rossi», en *Síntesis*, n.º 18, Buenos Aires, noviembre de 1928, p. 36.

Reseñar *grosso modo* las polémicas históricas sobre la cuestión del idioma en Argentina en el marco de las fechas de la investigación que desarrollamos y sus antecedentes sirve para evidenciar que tales enfrentamientos no existieron en Uruguay. Si bien, como se vio, a menudo, algunos uruguayos tallaron en las polémicas de la otra orilla, evidentemente no se sintió del mismo modo la necesidad imperiosa de reivindicar una forma propia de expresión que consolidara un campo autónomo respecto, por ejemplo, de España.

Bertolotti y Coll, al estudiar las posiciones de «los políticos de la lengua», como llaman a quienes llevaron adelante las polémicas sobre la cuestión en América en el siglo XIX, hablan de una cierta «despreocupación [en Uruguay] por una variedad americana del español». Destacan apenas una figura, el español Orestes Araújo, quien tuvo un papel importante en el desarrollo de la educación como mano derecha de José Pedro Varela. Aunque su principal obra escrita corresponde al campo de la historia de la educación, dejó una serie de artículos con opiniones que registran sus actitudes ante la lengua. En alguno de ellos, señala neologismos que detecta en el habla de los uruguayos y en la escritura de sus contemporáneos (sobre todo, italianismos y galicismos), preocupándose de distinguir aquellos que eran innecesarios cuando existían términos capaces de expresar significados similares. En artículo de 1876 (un año antes de la promulgación de la Ley de Educación Común), Araújo señala: «Hacia donde quiera que volvamos los ojos, no hacemos sino observar groseros errores ortográficos que dan una pobre idea (e injusta en cierta parte) del grado de instrucción de esta República» (cit. en Bertolotti y Coll, 2012: 464).

Al margen de algunas breves incursiones en el diagnóstico, descripción o valoración de la lengua,¹¹⁶ en términos generales, Bertolotti y Coll asumen que

Uruguay no tuvo un Andrés Bello que participara de la definición de lo que se suele llamar políticas lingüísticas ni tampoco quien hiciera planificación lingüística. No tuvo, tampoco, un gran codificador lingüístico de la talla del venezolano. [...] No hubo, creemos, gramáticos nacionales, aunque sí hubo libros escolares y algunos lexicones. [...] Una somera mirada revela la inexistencia de una preocupación por una variedad de cuño americano (Bertolotti y Coll, 2012: 463).

116 Las autoras registran, por ejemplo, algún caso aislado de opiniones y valoraciones sobre la lengua con relación a la identidad y al mayor o menor grado de autonomía. Uno de esos casos se conecta con el campo intelectual argentino, ya que algunos de los integrantes de la generación del 37 argentina se exiliaron en Montevideo durante el gobierno de Rosas, lo que tuvo gran predicamento. Publicaron en distintos medios de prensa, e, incluso, fundaron otros, como *El Iniciador*, *Muera Rosas* o *La Revista del Plata*, dirigida por Alberdi y Cané. En junio de 1839, esta revista publicó una nota sin firma, en la cual se defendía la capacidad innovadora y la potencia creadora del lenguaje, al margen de las imposiciones normativas, frente a «los puristas españoles que no son españoles, a los defensores del casticismo español que lo son más que los españoles mismos, a los que creen en la inmovilidad de las lenguas y en la identidad de su índole y su forma, al través de os distintos climas y civilizaciones, a los que creen que Servantes [sic] fijó la lengua española, para que en lo venidero no se hablase más español que el de Servantes [sic]» (cit. en Bertolotti y Coll, 2012: 458).

Esto no significa, por supuesto, que tales variedades locales no existieran. Por un lado, en las últimas décadas del siglo XIX, el 46 % de la población de Montevideo era extranjera:¹¹⁷ casi la mitad de esta eran italianos y solo un 30 %, españoles (muchos de los cuales no hablaban castellano como lengua cotidiana, sino gallego), lo que no solo incidió en la evolución del habla local, sino que, probablemente, favoreció la conciencia lingüística de los habitantes. Mientras tanto, al norte del Río Negro, la presencia de la lengua portuguesa era «extremadamente fuerte», cuestión que, al parecer, preocupó más a las clases dirigentes, que evaluaban esto como una amenaza a la integridad nacional y política (Bertolotti y Coll, 2012: 463).

Por otro lado, existían también expresiones literarias que empezaban a recoger esas variedades, como el sainete y la gauchesca, «sobre todo en lo que podemos suponer las ligadas a las hablas menos urbanas» (Bertolotti y Coll, 2012: 457). La más notoria de esas expresiones literarias que implica una manifestación del español con rasgos americanos en territorio uruguayo es la literatura gauchesca.

En términos generales, no puede decirse que la literatura gauchesca haya suscitado rechazo evidente o directo en los sectores más representativos del campo intelectual uruguayo. Francisco Bauzá (1849-1899), crítico literario conservador de tendencia hispanófila, fue uno de los primeros en reivindicar la gauchesca, que valoró como «poesía popular de la revolución» y como «la raíz de la literatura nacional». Bauzá consideraba a Bartolomé Hidalgo un «intérprete verídico del sentimiento nacional y jefe de una escuela nueva», cuyo primer mérito fue conjugar «las armas y las letras» en un momento histórico crítico (Bauzá, 1953: 99-100). A pesar de esto, no deja de considerar la gauchesca como una expresión poética menor, insuficiente en el manejo de las «reglas artísticas», reflejo de la pobreza del medio en que nació y resultado de una necesidad combativa, pero que evolucionaría con el progreso material y espiritual de la nación (Bauzá, 1953: 100).

Por su parte, aun antes de abordar específicamente el tema del lenguaje, en «El americanismo literario» (parte de su significativo y elogioso ensayo *Juan María Gutiérrez y su época*), Rodó opina que la independencia literaria tiene que surgir del «criterio propio que discierna de lo que conviene adquirir del modelo, lo que hay de falso e inoportuno en la imitación», así como el hecho de que uno de los desafíos de las generaciones precedentes fue dar voz

a nuestras inquietudes espirituales, que son, no las de una determinada latitud de la tierra, sino la de todos los pueblos vinculados por el genio de una misma civilización, y que, a medida que nuestra capacidad literaria adelantase, había de adquirir superior importancia, sobre la espontánea sencillez del tema nativo, aquel elemento de interés que denominaba Ixart la vitalidad intelectual de los asuntos (Rodó, 1957: 693).

Rodó le reprochará a la literatura de la independencia, absorbida «como los tiempos mismos a que dio expresión, por un sentimiento y una idea», su

117 En 1889, los extranjeros llegaban a ser 100 000 en un total de 215 000 habitantes (46 %) (Nahum, 1993: 220).

artificiosa realización, el «clasicismo de su forma», que no dio ninguna estrofa «que guardara la repercusión del galope de la montonera al través de las cuchillas y las pampas» (Rodó, 1957: 696), por completo desconectada de la «hermosa poesía popular» que «germinaba en las trovas del gaucho guitarrero y vagabundo» (Rodó, 1957: 696).

En ese contexto, ubica el surgimiento de la expresión de Hidalgo, para él, un payador semiculto [...], que ensayó interpretar en forma escrita el balbuceo de la imaginación del paisano. Pero esta poesía, ni pasó de diálogos festivos que solo muy superficialmente reflejan el sentimiento popular (Rodó, 1957: 697).

Asimismo, Rodó considera a Hidalgo un poeta popular y le otorga valor en cuanto germen de la identidad literaria nacional, quien «daba voz a la inspiración ingenua y agreste sin los prestigios de la forma que la hacen grata a las imaginaciones cultas» (Rodó, 1957: 772). Si bien reconoce la condición de representante de valores patrióticos y la utilidad histórica de su obra, objeto que, al reproducir el lenguaje de los gauchos, Hidalgo transgrede la norma castellana y corrompe el lenguaje, contribuyendo a la fragmentación de la unidad lingüística hispanoamericana.

Son méritos del Romanticismo el impulso igualitario y la democratización de la literatura, que, según Rodó, asumió la conciencia de que «las literaturas fuesen expresiones de la personalidad de las naciones, [...] cuya crítica había de fundarse en el modo de pensar y sentir propio de cada raza y de cada pueblo, en el estudio, en su naturaleza, sus costumbres y sus tradiciones» (Rodó, 1957: 697). En Europa, la nacionalización de las literaturas, que debió pasar por un primer «grito de guerra» contra «los antiguos dioses», fue una etapa necesaria para retomar, de otro modo, la «altiva afirmación del propio abolengo literario. Shakespeare, la comedia española, el romancero, las canciones de gesta, los nibelungos y las sagas reverdecieron con el aroma y la virtud del teruño» (Rodó, 1957: 697). En ese momento, los pueblos de América, en cambio, «vivían su niñez» y necesitaban aún del «conocimiento de [sí] mismos» (Rodó, 1957: 698).

En esa etapa de búsqueda y tanteo, de aprendizaje rudimentario, ubica Rodó a la gauchesca, una «espontánea floración de los campos, [...] desvinculada [—para él—] del movimiento literario y del espíritu del hombre de la ciudad» (Rodó, 1957: 696). Su apunte intentar remontar la supuesta claudicación estética que exigió el lenguaje de la insurgencia:

Hidalgo [creó la forma en que pudo cantarse] la epopeya de la montonera. Merced a él, además de llevar la representación de las aspiraciones democráticas y de los instintos indómitos del pueblo, por nuestro modo de colaboración en el drama revolucionario, fuimos también demócratas, plebeyos, en literatura (Rodó, 1957: 696).

De acuerdo a esta sensibilidad y a estas premisas ideológicas, juzgará también el *Martín Fierro*, que practica, según él, «el mismo remedo, no depurado ni adaptado artísticamente, sino nimio y lleno de inútiles escorias, del modo de decir del hombre de campo: género de preocupación seudorrealista» que afea la

«realización formal» de la obra de José Hernández (Rodó, 1957: 712). Las valoraciones sobre el lenguaje y su función estética, así como la actitud ante la lengua, serán puntos de partida necesarios para entender cabalmente las posiciones de Rodó ante la cultura española y, en particular, ante el alcance simbólico de la figura de don Quijote, que se desarrollarán en el capítulo siguiente.

La política conmemorativa española de 1892 a 1905

Al igual que ocurrió en 1905 con el centenario del primer viaje de Colón, esta era la primera vez que se celebraba un centenario cervantino. De hecho, nunca se había conmemorado el de ninguna otra novela o libro alguno (Storm, 2008: 3). Necesariamente, debía tratarse de un autor o una obra foránea, porque la propia existencia del campo literario apenas podía contar cien años: si nos remitimos al inicio de la literatura nacional, el centenario de los *Cielitos*, de Bartolomé Hidalgo, se cumplió en un momento de relanzamiento del prestigio de la poesía gauchesca —remozada por José Alonso y Trelles, Elías Regules, entre otros—, pero no dio lugar a actos o discursos relevantes que reflexionaran específicamente sobre la efeméride.¹¹⁸

Si bien otros países europeos se habían anticipado al respecto, el de los doscientos años de la muerte de Calderón fue el primero que en España se festejó a gran escala:

La comparación con otros países, que se adelantaron hasta dos décadas al caso español, pone de manifiesto que este tipo de celebraciones era el producto una nueva fase del nacionalismo: la de la «nacionalización de las masas» (Storm, 2008: 3).

En ese sentido, y frente a la realidad de una población mayoritariamente rural y analfabeta, la celebración del pasado y de los grandes hombres y hazañas a efectos de dar forma a la nacionalización de las masas necesitó de los monumentos públicos, como fue el caso mencionado de los dedicados a Cristóbal Colón.¹¹⁹ Entre 1875 y 1898, se levantaron 16 monumentos públicos solo en Madrid. Incluso después del Desastre de Cuba, pareció más urgente fomentar un imaginario de grandeza y unidad: en 1901, se levantó el monumento a Cánovas

118 Dos publicaciones dan cuenta del interés por Hidalgo en el entorno de fechas próximas al centenario de los *Cielitos*: por un lado, el libro de Mario Falcão Espalter, *El poeta oriental Bartolomé Hidalgo*, de 1918 (producto de una conferencia leída el 8 de junio de 1818 en el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay); por otro, el volumen preparado por Wilfredo Pi, *Antología gauchesca: los clásicos*, de 1917, da cuenta, desde el título, del lugar canónico que ya se le otorgaba al género. El monumento a Bartolomé Hidalgo en Montevideo, realizado por el escultor Ramón Bauzá en granito gris y ubicado en avenida Agraciada y el pasaje Hermanos Ruiz, se inaugura recién en 1946.

119 Incluso antes de los entusiasmos de 1892, la nobleza encargó el monumento a Colón en Madrid como regalo de bodas de Alfonso XII (1878). Como se mencionó antes, Pérez Magallón (2015) ha estudiado el contexto y la significación de la erección de la estatua de Cervantes en Madrid (1835), así como el proceso de monumentalización de su figura como escritor nacional y, expresamente, con relación a la figura de Calderón de la Barca.

(a solo tres años de su asesinato y costado por suscripción voluntaria). En 1902, se inauguraron monumentos a Lope de Vega, Quevedo y Goya, entre otros.

Según Storm, el tercer centenario del *Quijote* debía ser el equivalente a lo que significó el monumento a Alfonso XII para la escultura conmemorativa y las grandes construcciones para la dignificación de Madrid. Ya en 1903, frente a la necesidad de proyectar las conmemoraciones, Mariano de Cavia convocaba a los festejos bajo el argumento de que «es menester que en 1905 se haga la más luminosa y esplendorosa fiesta que jamás ha celebrado pueblo alguno en honor de la mejor gloria de su raza, de su habla y de su alma nacional» (cit. en Storm, 2001: 295).¹²⁰

Los alcances políticos de los dispositivos de conmemoración de los centenarios de escritores fueron advertidos en muchos casos de forma bastante explícita. Es así, por ejemplo, que Antonio Maura, presidente del gobierno español, negó no solo el apoyo estatal a las conmemoraciones del centenario de *El dos de mayo*, sino también al centenario del escritor liberal José de Espronceda en 1908; incluso, intentó impedir que el rey asistiera a los festejos coordinados para la ocasión por el ayuntamiento de Madrid (Storm, 2008: 4).

Pero, si los anteriores gobiernos españoles no se habían mostrado muy proclives a organizar centenarios a gran escala, «con el Desastre de 1898 todo pareció cambiar». El tercer centenario de Diego de Velázquez llegó demasiado pronto y, «con la memoria del Desastre todavía viva, convenía organizar una fiesta digna y respetable, [pero] [...] con el centenario del Quijote todo iba a ser diferente» (Storm, 2008: 8).

La tradición cultural española y, en particular, el *Quijote* aparecían como un capital invaluable y adecuado para contrarrestar las humillaciones políticas y militares. Más allá de que las conmemoraciones quizás no estuvieron a la altura de las expectativas, los discursos y textos del centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote*, en 1905, se tiñeron de alusiones políticas.

De acuerdo a Storm, varias circunstancias podrían explicar que los festejos no hayan tenido el éxito esperado. La primera y más evidente se funda en que la iniciativa y el liderazgo del homenaje correspondió a los liberales y republicanos, en especial a José Ortega Munilla —padre de Ortega y Gasset y jefe de redacción de *El Imparcial*, desde donde hizo campaña— y a Francisco Navarro Ledesma, mientras que el gobierno era de signo conservador. Para seguir, el Premio Nobel concedido ese año al dramaturgo José Echegaray y otros premios internacionales a Santiago Ramón y Cajal y al músico Manuel García, por una parte, saturaron la agenda del público ilustrado, aunque, por otra, devolvían la confianza y el orgullo patriótico. Opina Storm que, si bien

120 Se trata de dos artículos de Mariano de Cavia publicados en 1903 en *El Imparcial*, desde donde se lanzó la primera convocatoria para la organización de un gran festejo cervantino: «La celebración del centenario» y «El centenario del *Quijote*». En ellos, se planteaban ya dos pilares del dispositivo del centenario: la necesidad de dar participación a las excolonias y la utilidad de este como lanzamiento del espíritu de resurgimiento o reconstrucción simbólica de la nación (Storm, 2001: 296).

los conservadores no tenían mucho interés en movilizar las capas populares [...], prefiriendo impresionar y disciplinar a las masas en vez de movilizarlas y fomentar su participación, los liberales y republicanos, que sí eran partidarios de desarrollar una campaña activa en el campo simbólico, no lograron dejar su impronta sobre el centenario [...] y terminaron por abandonar la causa (Storm, 2008: 8).

Los actos de la Real Academia Española dedicados a honrar a Cervantes convocaron a Juan Valera y a Marcelino Menéndez y Pelayo. El primero murió poco antes de la ceremonia, por lo que el discurso fue leído por el abogado y político Alejandro Pidal, tío de Ramón Menéndez Pidal. El enfoque de Valera coincidía con el de Menéndez y Pelayo en el intento de depurar la lectura del *Quijote* de interpretaciones políticas y filosóficas. Ya había abordado este tema, en especial, la ausencia de verdades ocultas en el libro de Cervantes, en su discurso de ingreso a la Academia en 1864 (Valera, 1947c) y había afirmado la necesidad de una crítica filológica moderna.

Menéndez y Pelayo, por su parte, no evitó la defensa del libro desde un punto de vista cristiano. Pero Pidal, en la introducción a su lectura, desvió bastante el tono, hablando del *Quijote* como «el libro en que está cifrado todo el sublime contenido de la gloriosa civilización española» y del pueblo español como la encarnación de la «democracia cristiana» (Valera, 1947b: 1245). Siguiendo la tónica a la que se adscribía el discurso de Pidal, el acto de la Real Academia se cerró con una misa a la memoria de Cervantes, que contó con la asistencia del rey y un elogio fúnebre del obispo Ignacio Montes de Oca y Obregón, que lo presentó como el «típico caballero cristiano y español», afirmando que «la decadencia había empezado cuando los cálculos matemáticos y especulaciones prosaicas habían sustituido a las virtudes quijotescas». El obispo auspiciaba un renacimiento cuando «todos los hispanoparlantes se uniesen y reconociesen en la cruz de Jesucristo la única salvación de la raza latina». Solo la religión podía lograr «la regeneración de la patria, que, además, no se limitaría a las fronteras nacionales» (Storm, 2008: 12).

Hubo, sin embargo, muchos homenajes de signo menos conservador y en los que se criticó, incluso, la intolerancia de la Iglesia en la época de Cervantes. Storm releva varios ejemplos de un fenómeno que llama «subjetivación de la política», generado, o, por lo menos, coincidentemente, en el entorno de fechas del centenario del *Quijote*. Se trata de opiniones políticas esgrimidas con un fin nacionalista, que apenas tienen en cuenta el libro al que remiten y que atribuyen ciertas cualidades tanto a don Quijote como a Cervantes. Storm menciona, entre otros, el discurso de Jacinto Octavio Picón, amigo de Ortega Munilla, en la Real Academia de Bellas Artes, en el que incita a los españoles a emular a don Quijote, haciendo de la patria y la justicia su Dulcinea, para acabar con «el atraso, el fanatismo, la holganza [...] y la rutina», y, de ese modo, convertir a España en «opulenta y dichosa». Julián Calleja, en el Colegio Médico de Madrid, abogó por que las fiestas cervantinas ayudaran a la «regeneración intelectual del país»,

a combatir la ignorancia y a «entrar en el concierto universal de naciones más adelantadas». Ramón y Cajal, por su parte, «se lamentaba de que en España no había civismo y faltaban espíritus emprendedores y que en su lugar dominaban la ignorancia y la resignación; en resumen, sobraban los Sanchos y faltaban los Quijotes» (Storm, 2008: 12).

Los actos del Ateneo fueron organizados por Francisco Navarro Ledesma, Francisco Icaza (entonces diplomático en España), Ramón Pérez de Ayala y el joven José Ortega y Gasset. Aunque se leyeron poemas del propio Icaza y de Rubén Darío, ningún intelectual español de renombre aceptó participar: Giner de los Ríos declinó la invitación, Pérez Galdós se abstuvo, aunque había sido uno de los inspiradores del centenario,¹²¹ y Emilia Pardo Bazán escribió unos párrafos en los que se burlaba del centenario. Storm considera que la excusa dada por José Echegaray, reciente Premio Nobel, podía explicar la actitud de aparente desinterés de muchos:

«El *Quijote* es mi libro predilecto, una creación prodigiosa que, dada mi pequeñez, temería profanarla si pretendiera fabricar cárcel para su inmensidad en unas pocas cuartillas». Delante de su grandeza [, dice Storm,] se asombró y no se atrevía a añadir nada más (Storm, 2008: 12).

Dos discursos leídos por científicos —el criminólogo Rafael Salillas y el médico Ricardo Royo Villanova— hicieron hincapié en la perdurabilidad de la injusticia y la ignorancia desde la época de Cervantes. Pesimista respecto al futuro de la nación, Royo opinó que

don Quijote estaba enterrado para siempre en España, mientras que, en América y, sobre todo, en los Estados Unidos, su espíritu todavía estaba vivo. Especialmente, la figura de Theodore Roosevelt [...] representaba un buen ejemplo de «hombre de acción» que arremetía contra la ignorancia y el egoísmo. (cit. en Storm, 2008: 15).

Terminó su discurso con una frase que aludía a la derrota en Cuba, tradicionalmente atribuida al último rey de Granada: «Lloremos como mujeres lo que no hemos sabido conservar como hombres» (cit. en Storm, 2008: 15).

El político demócrata liberal José Canalejas, quien también tomó parte en la oratoria en el Ateneo, fue más optimista. Abogó por una gran transformación de España, atribuyendo la decadencia a la nobleza y la monarquía, opinando que el gran ejemplo de la novela de Cervantes no está en la lucha del caballero, sino al final, cuando el protagonista recupera la razón. Si se seguía con la analogía esperable, España debía recuperar la razón, dedicándose al trabajo, para recobrar la grandeza con sus propias fuerzas. Al parecer, al público convocado en el Ateneo le satisfizo esta interpretación, porque Canalejas fue el conferenciante más aplaudido.

121 Gracias a su artículo pionero de 1898 (Storm, 2008: 12).

Recuperación del *Quijote*: los primeros centenarios

No hay otra estatua que la de Cervantes para simbolizar la España del pasado común, la España del sol sin poniente.

José Enrique Rodó

Si los intelectuales y hasta los políticos españoles venían recurriendo al *Quijote* en su búsqueda de símbolos nacionales que calmaran su ansiedad patriótica, interpellando al libro en la necesidad de respuestas a distintas crisis y exigiéndole una hipótesis sobre la identidad, el futuro y el pasado de la nación, el centenario de 1905 ocurrió en un momento apto para que se potenciaron esas exploraciones, que, simultáneamente, fueron recogidas y aprovechadas desde América Latina. Pero si, como afirma Bourdieu, la circulación internacional de las ideas se caracteriza por un tráfico de textos que «viajan sin su campo de producción», la lectura uruguaya de los textos del centenario español caerá —como se tratará de explicar— en un contexto específico, con marcos y problemas propios (Bourdieu, 2002: 4).

En ninguna época se intensificó tanto el acercamiento al *Quijote* indagando sobre el problema español como en los años que rodean la fecha del llamado Desastre de 1898. Entonces, el héroe vencido sirvió de arquetipo moral (también romántico, al fin) y de síntesis de una concepción prefigurada de la historia de España. Una historia que se construía de acuerdo a mitos como el coraje guerrero y una presunción autoritaria que se remontaba a la Reconquista, pero cuyo resultado se percibía de otro modo en el angustioso presente. La fórmula de Friedrich Nietzsche estaba arraigada en muchos españoles, quienes compartían que la nación debía pagar el pecado de «haber querido demasiado» (Ortiz-Osés, 2003: 42). En las abundantes páginas de los intelectuales del 98 sobre Cervantes, se adelgazan al extremo las consideraciones de índole puramente literaria para dejar ganar terreno a la reinterpretación o reescritura en clave histórica, ideológico-política o personal (Storm, 2001; Close, 2005). Buscan respuestas a través del *Quijote* y también ofrecen respuestas a través de él; así, se expanden, casi hasta el monopolio, las lecturas que Icaza llamó «al margen del *Quijote*» o la orientación del cervantismo que Gutiérrez, con un afán más interpretativo y una distancia mucho mayor, clasificará como «extrínseca» (Icaza, 1918: 128; Gutiérrez, 1999: 113).

Anthony Close llama la atención sobre algunos procedimientos de la crítica posromántica española que marcarán profundamente y por décadas los estudios

cervantinos y, sobre todo, los discursos destinados a públicos masivos. Uno de ellos consiste en la identificación entre Cervantes y don Quijote como idealistas «baqueteados», lo que da por sentado «que la literatura es la expresión cándida y directa de la vida y experiencias reales del autor» (Close, 2005: 143). Una cita de Maeztu alcanza para sintetizar una opinión que, formulada de diferentes maneras, corrió como lugar común:

Cuando se piensa en la vida de Cervantes es cuando se siente mejor el *Quijote*... Y don Quijote es el mismo Cervantes, desposeído de circunstancias baladíes, pero abstracto, idealizado, elevándose por encima del tiempo y del espacio hasta tocar en el corazón de cuantos hombres han puesto sus sueños más arriba que sus medios de realizarlos (Maeztu, 1972: 64).¹²²

Otra identificación productiva desde fines del siglo XIX fue la de la vida de Cervantes con la España de su época, así como la idea de que «la melancolía [...] embargaba a Cervantes en su contemplación de la sociedad española del siglo XVII». Esta, a su vez,

era intensificada o aliviada por un contraste adicional; intensificada por cuantos expresaban su añoranza de lo que España había sido en otros tiempos, y aliviada por los que insistían más bien en lo que aún podían llegar a ser (Close, 2005: 145).

Estas dos alternativas reavivaban la vieja polémica acerca de si Cervantes había escrito un libro constructivo o destructivo. La primera opción se inscribía en la línea de las opiniones de Lord Byron y John Ruskin. Una versión más atenuada de esa perspectiva era la que consideraba que Cervantes se había dejado llevar por el derrotismo (y, en esa línea, ubica Close a Maeztu, a Ramón y Cajal y a Adolfo Bonilla). Maeztu, como otros contemporáneos, reflexionaba sobre la posibilidad de encontrar en el *Quijote* «el libro de la filosofía nacional» y, más aún, lo creía «un libro de decadencia», atendiendo la opinión de Byron, para quien «fue un gran libro que mató a un gran pueblo» (Maeztu, 1972: 58, 62,57). El primer

¹²² Ramiro de Maeztu atravesó por una serie de etapas diferentes en su valoración del *Quijote*, al igual que Unamuno (Storm, 2001; Close, 2005). En 1901, sostiene que el *Quijote* es expresión y consecuencia de un fracaso y una derrota tanto personal (de Cervantes) como colectiva (del Imperio español). En 1905, se opone a los festejos cervantinos, argumentando que pertenecen «a gente vieja» y al academicismo literario, en una serie de artículos en los que denuncia la ausencia de los verdaderos Quijotes, «hombres de acción que defiendan un ideal firme». En «Hamlet y don Quijote» (1906), señala que uno representa la duda y otro, la fe, pero la actitud de Hamlet produce Quijotes en su público, mientras que don Quijote provoca en este la actitud analítica de Hamlet. Las dos figuras representan el alma de sus pueblos, porque Inglaterra conquistó un Imperio y España lo perdió. En *Don Quijote, don Juan y la Celestina* (1929) piensa ya que el propósito de Cervantes fue consolarnos «de nuestros desconsuelos, limpiándonos la cabeza de ilusiones», pero esta lección histórica no puede convertirse en máxima del alma española, válida para cualquier época, puesto que, según él, en la suya, se necesitan ideales. Es necesario inmunizar al lector contemporáneo contra «la sugestión de desencanto que [el libro] quiera infiltrarnos». Sobre las posiciones centrales de los escritores de principios del siglo XX con relación al *Quijote*, véase Alarcón Sierra, 2009.

Unamuno y Navarro Ledesma, en cambio, consideraban que el *Quijote* contenía un mensaje que ofrecía una promesa de regeneración (Close, 2005: 145).

Los escritores del 98 se formaron en la concepción hegeliana de la filosofía de la historia, en la convicción de que un espíritu nacional ha ido modelando el pasado de la nación y que la historia no se conoce en la enumeración de hechos, sino en el desvelamiento de una ley espiritual subyacente y en la posibilidad de explicar cómo los hechos han cumplido o frustrado esa ley. La idea se completa con la creencia de una España ideal que aún espera su realización (Storm, 2001; Close, 2005: 173).

Una de las evidencias de la crisis del primer positivismo fue la progresiva desvalorización de los datos y hechos que este había privilegiado en exceso. La comprensión de esa mentalidad colectiva de la *raza* necesitaba de un acercamiento psicológico o poético, para el cual una fuente imprescindible eran los clásicos literarios de la nación, método que ya había predicado Joaquín Costa. Un antecedente de este método, por entonces valioso para muchos, fue el empleado por Hippolyte Taine en la *Histoire de la littérature anglaise*, en la que afirmaba que «el carácter de la raza, [...] después de varias oscilaciones, se manifiesta en la concepción de un cierto modelo colectivo, que se convierte en motor de su historia» (Close, 2005: 175).¹²³

Costa y Giner de los Ríos,¹²⁴ por ejemplo, inspirados, por una parte, en el krausismo y, por otra, en la dialéctica hegeliana, consideraban dos niveles presentes en todo momento histórico: uno, superficial visible, y otro, subterráneo, que sintetiza todas las expresiones del pasado (la intrahistoria) y que fluye vivificando las manifestaciones culturales del presente (el arte, la literatura, la vida colectiva).

Unamuno desarrolla sus primeras ideas sobre el carácter nacional en su libro *En torno al casticismo* (1895), cuando afirma que la fidelidad a la casta y a la tradición tuvo un origen y un sustento en Castilla, vinculada a la ortodoxia católica, la intolerancia y el espíritu conquistador, lo que otorgó una idea de nación a lo que antes era un conglomerado poco homogéneo.¹²⁵ Según Unamuno, la decadencia española empieza cuando la lucha se centra en la persecución del protestantismo y en la cerrazón al exterior; por eso, la recuperación necesita el

123 Algunos contemporáneos a Joaquín Costa, como Pompeyo Gener (1840-1919) y Valentín Almirall (1849-1919), adhirieron a las teorías racistas que resonaban en Europa por esos años, centrándose en la descripción de los males de España de acuerdo a su composición étnica, en particular, a la incidencia de semitas (árabes y judíos), bereberes y mongólicos (gitanos), así como del menor componente de germánicos y románicos (arios), «más aptos para la vida moderna». Analizaron, según estas premisas, el papel central de Castilla en la península debido a la Reconquista y la importancia de las confrontaciones raciales en la definición del carácter nacional (esto se desarrolla en detalle en: Storm, 2001: 108-109).

124 El primero, en *Estudios de literatura y arte*; el segundo, en *Poesía popular española* (Close, 2005: 176).

125 La casta, en las páginas de Unamuno, debe relacionarse, principalmente, con la idea del carácter nacional.

reintegro a Europa. A su vez, la mayor expresión de España y su punto de madurez se expresa, para Unamuno, en la literatura de los siglos de oro.

En *En torno al casticismo*, sostiene que don Quijote es un símbolo y un mito nacional, además de universal, y que el carácter nacional está disociado en don Quijote (el ideal, lo absoluto) y Sancho (lo real e individual). Unamuno encuentra la solución a la encrucijada histórica de España en el último capítulo del *Quijote* —«que debe ser nuestro evangelio de regeneración nacional»— en el retorno a la cordura, en la sensatez de Alonso Quijano.

Las célebres provocaciones unamunianas de «muera don Quijote!» y «viva Alonso Quijano, *el Bueno!*» (1898) apuntan al abandono de veleidades heroicas anacrónicas y a la necesidad de regenerar España. Como don Quijote es símbolo de una España moribunda, que debe renunciar a sus locuras, España debe hacerlo, entre otras cosas, a la aventura colonial, y debe apostar a la sensatez y el sentido común del pueblo.

La evolución personal y filosófica de Unamuno lo lleva, en adelante, a dotar a don Quijote de sus propias obsesiones, como la búsqueda de la inmortalidad y la gloria, que simboliza en Dulcinea. En «El caballero de la triste figura» (1896), aparecen ideas que crecerán *a posteriori* en la obra de Unamuno, como aquella de que don Quijote no es un ente de ficción, sino un ser real, cuyo biógrafo fue Cide Hamete Benengeli (Alarcón Sierra, 2009). Por tanto, Cervantes es apenas un traductor del cronista —no árabe, sino judío marroquí, según Unamuno. El escritor vasco toma el puesto de Cervantes en el protagonismo creador en *Vida de don Quijote y Sancho* (1905), llegando, incluso, a declarar que uno de sus propósitos es liberar al *Quijote* del propio Cervantes y devolverle su autonomía, puesto que «el mismo don Quijote, envolviéndose en Cide Hamete Benengeli, [le] dictó a Cervantes» la obra, y «para que Cervantes contara su vida y yo la explicara y comentara, nacieron don Quijote y Sancho; Cervantes nació para explicarla, y para comentarla, nací yo» (Unamuno, 1964: 14-16).

Pero, en el epílogo de *Amor y pedagogía* (1902), se produce el giro fundamental: la posibilidad de salvación por la cordura de Alonso Quijano sustituirá a la redención por la locura de don Quijote. En *Vida de don Quijote y Sancho*, al reescribir las aventuras cervantinas, pero centrándose solo en aquellas que protagonizan el hidalgo y el escudero, Unamuno modela la lectura del *Quijote* de acuerdo a su propia historia, intereses y preocupaciones. «El protagonista del libro es el propio Unamuno, quien al final del ensayo declara que “mi vida y mi obra son una confesión perpetua”» (Alarcón Sierra, 2009). Para afirmar la existencia autónoma del hidalgo manchego, Unamuno se basa en un criterio nietzscheano de la verdad, de acuerdo a una tendencia vitalista de base irracionalista: es todo aquello que es vida o induce a obrar. La verdad se sustenta en la fe y se opone a la lógica y la razón, y, en ese sentido, debe ser imitado don Quijote, sobre todo, en su afrenta del ridículo, con su locura de negarse a la muerte y de aspirar a la gloria eterna. Ese «deseo de inmortalidad» tiene varios sustentos, verbigracia, la idea de Dios, pero también el amor a la dama, y, por eso, «don

Quijote juntó en Dulcinea a la mujer y a la Gloria, y ya que no pudiera perpetuarse por ella en hijo de carne, buscó eternizarse por ella en hazañas de espíritu» (Unamuno, 1964: 79-80). Dulcinea representa asimismo la verdad personal que el individuo busca.

Se entiende, de este modo y en esta etapa, que la locura de don Quijote es una locura necesaria, y la muerte de él, un instrumento para que aflore la bondad. Unamuno es uno de los primeros en formular la idea de la qui jotización de Sancho, proceso que lleva al extremo de plantear que Sancho será por quien «ha de asentar[se] para siempre el qui jotismo sobre la tierra de los hombres». El qui jotismo «volverá cuando Sancho [...] embrace el lanzón y se lance a hacer de don Quijote. Y su amo vendrá entonces y encarnará en él» (Unamuno, 1964: 329). En «El sepulcro de don Quijote» (1906), luego anexado como capítulo inicial de *Vida de don Quijote y Sancho*, propone rescatar al personaje de su sepulcro donde algunos «lo guardan para que no resucite» y convertirlo en un mesías salvífico. En *Del sentimiento trágico de la vida* (1912), Unamuno sugiere el «culto al qui jotismo como religión nacional», por lo que el libro de Cervantes se convierte en una filosofía espiritualista personal y nacional.

Esta larga explicación anterior se hace necesaria en la medida en que ayuda a mostrar que las miradas sobre el *Quijote* y las apropiaciones simbólicas destacadas en Uruguay, en los primeros años del siglo xx, se conectan, directa o indirectamente, con los acercamientos novecentistas españoles, y eso se debe, entre otras cosas, a la importancia que tuvo Unamuno para sus contemporáneos en España y en algunos países de América Latina. Otro será el caso de las interpretaciones de Azorín y Ganivet, también muy leídos, especialmente el primero, pero ninguno de ellos tuvo la incidencia de Unamuno en la primera década del siglo xx y de Ortega y Gasset en la segunda. Los uruguayos Juan Zorrilla de San Martín, José Enrique Rodó, Carlos Reyles, Carlos Vaz Ferreira y Alberto Nin Frías, a quienes nos vamos a referir a continuación, mantuvieron correspondencia con Unamuno, aunque esta no sea la única causa de su predicamento. Solo en el caso de Zorrilla podemos suponer estrictamente una coincidencia con Unamuno en algún aspecto vinculado a la espiritualidad qui jotesca y a la valoración simbólica de Dulcinea, y, probablemente, deba atribuirse a los dos un resabio romántico. Solo con Zorrilla puede suponerse también un genuino debate epistolar, en el que los dos se acercan mano a mano al *Quijote* intercambiando pareceres diferentes. En los otros casos se lo trató como maestro.

De un modo u otro, una impronta unamuniana se hará sentir en los textos de Rodó y Reyles, aunque en aspectos distintos entre sí, y puede conjeturarse que la lectura de Unamuno aparece implícita y asimilada en los artículos y ensayos de los dos, lo que no debe sorprender en absoluto si se tiene en cuenta el enorme efecto que tuvo su forma de interpretar el *Quijote*, no solo en el campo del cervantismo extrínseco, sino también —aun sin un reconocimiento explícito— en el ámbito de la crítica académica cervantina especializada del siglo xx, como bien lo ha demostrado Close (2005). Aun así, debe aclararse que los textos

que tomaremos en cuenta para este capítulo no pueden considerarse académicos ni corresponden, estrictamente, al campo de la crítica literaria; más bien se trata de escritos que, partiendo del comentario de la obra cervantina, se expresan sobre temas vitales, como el de la nacionalidad, o sobre problemas de alcance filosófico, político, social o cultural, por lo que, quizás, forman parte más de la historia intelectual que de la historia de la literatura propiamente dicha.

Lo cierto es que la importancia de la figura de Unamuno puede considerarse uno de los ejes que contribuye a rotar el interés de los escritores americanos de Francia a España. El propio escritor tiende los lazos para esa recuperación —en buena medida, a través de una copiosa correspondencia con autores americanos. Dice en una carta a Carlos Reyles: «Comprendo y me explico que la juventud americana no venga a buscar agua del pozo de España, que es hoy charca estancada» (González Briz, 2001: 175). La emergencia de un pensamiento liberal y moderno en la España del 98, la calidad literaria de esa generación, la propia capacidad de interrogarse sobre España y lo español tienden puentes en un momento en que los escritores hispanos de América también se interrogan, apremiados por la potencia anglosajona en lo político internacional y por la necesidad local de construir literaturas nacionales, acerca de su identidad cultural y de su pertenencia o invención de una tradición.

Don Quijote al sur y Calibán al norte

En la América Latina del novecientos, la lectura del *Quijote*, considerada autónomamente, se veía afectada, al igual que en la España finisecular, por los contextos que la realidad imponía. La perspectiva con que se leyó el *Quijote* durante el vértice de los siglos XIX y XX registra ecos de las lecturas españolas. Los sucesos políticos provocados por la guerra de Cuba, la anexión de Panamá y toda la serie de circunstancias internacionales en la que estos se enmarcan ponen en jaque el futuro político inmediato de las jóvenes naciones latinoamericanas o, al menos, así es percibido por un sector de políticos e intelectuales. La crisis de definición identitaria que surge de este estado de cosas sirve, de algún modo, para facilitar un reflejo especular con la que, por su parte, sufrían los intelectuales españoles, más que nada en el uso de imágenes y símbolos, como será el caso de don Quijote. Claro que no puede desconocerse el peso también gravitante de una crisis ideológica finisecular que sobrepasó las circunstancias políticas concretas (Zavala, 1977).

Es en esa zona crítica de fechas cuando las referencias al *Quijote* en América del Sur empiezan a ofrecer un matiz que supera los enfoques dominantes del siglo XIX, que se habían ocupado del libro preferentemente como modelo de lengua y, por tanto, como un monumento respetable del pasado que ligaba a las jóvenes naciones a una matriz europea y occidental.¹²⁶ El *Quijote* de Cervantes sirvió para proponer

126 Sobre la idea del texto como *monumento* se volverá más adelante. Para el desarrollo histórico del concepto y, en especial, su relación con Cervantes, remito al libro ya citado de Pérez Magallón (2015).

pureza idiomática, amor a la madre patria e, incluso, en algún caso, fidelidad a la Iglesia Católica: tres pilares que fortalecían un perfil muy nítido en la construcción de una identidad continental y en el rechazo de otros modelos (Icaza, 1918).

En el entresiglos, la obra de Cervantes fue, en América Latina, más que nunca, un campo fértil de batalla lingüística e ideológica, ya sea cuando desde posiciones conservadoras se lo esgrimió como modelo casticista como cuando se llegó a él en busca de una raíz común que dotara de identidad a las nuevas naciones de origen hispánico. En los entornos del novecientos, parecía claro que el *Quijote* podía emblematizar también, para los latinoamericanos, «el problema de su destino», como lo afirmó Ortega y Gasset para los españoles (Ortega y Gasset, 1914: 127). Esta productividad se agudizó en los comienzos del siglo xx, merced a las circunstancias políticas internacionales. En adelante, las lecturas simbólicas del *Quijote* fueron más prolíficas en las cercanías de los centenarios, ocasiones en las que el homenaje, como se viene fundamentando, se hace acto de visibilidad y propaganda y, por tanto, se contamina de las circunstancias político-culturales de la hora.

Así que, también en el campo literario uruguayo, el *Quijote* y Cervantes aparecen con fuerza hacia 1905, año en que, como vimos, en España se ejercitan y difunden múltiples discursos sobre el centenario de la novela. El interés creciente hacia la cultura española se remonta a 1892, cuando la fecha propició el acercamiento a la cultura española y lo que podría llamarse la reconciliación de los latinoamericanos con España y sus símbolos, si se tiene en cuenta que el siglo xix fue genéricamente antiespañol (Ardao, 1971). Como se vio en el capítulo anterior, uno de los discursos leídos por Zorrilla de San Martín en los festejos del centenario de 1892 se dedicó a «La lengua castellana», tema que le sirvió para adoptar la figura de Cervantes como territorio común —en tanto representa la perfección y el orgullo del idioma.¹²⁷ Zorrilla llega, incluso, por intermedio de Cervantes, a justificar la conquista y la colonización «civilizadora» de España en América:

No es concebible que pueda existir un hijo de la tierra de Cervantes que no vea en la conservación de la unidad de su lengua dentro de la gran familia hispanoamericana el triunfo de la España descubridora de mundos (Zorrilla de San Martín, 1905: 158).

Como ilustra el epígrafe elegido para iniciar este capítulo, Rodó piensa en Cervantes como una estatua que simboliza «la España del pasado común, la España del sol sin poniente» (Rodó, 1957: 1147). La estatua a Cervantes en Montevideo, réplica de la madrileña, ubicada en la escalinata de la Biblioteca Nacional, fue erigida solo en 1986. Francis Santana estuvo estudiando el contexto de su emplazamiento y el debate o, al menos, los intercambios de opiniones que generó en la prensa de la época, en el marco del proyecto de investigación que dirigió, con financiación de la csic (Programa I + D): «El *Quijote* como ícono cultural: sus repercusiones en el imaginario uruguayo, su lugar en la construcción de la identidad nacional».

127 La «cuestión del idioma» o el «problema de la lengua» en los países platenses —según se ha denominado— y su desarrollo en el siglo xix y las primeras décadas del xx, como preocupación que acompaña a los intelectuales hispanoamericanos en la reflexión sobre la independencia y formación de las nuevas naciones, ha sido considerado en el capítulo anterior, de modo que no abundaremos en las implicancias de la posición de Zorrilla al respecto.

Esta referencia de Zorrilla plantea algunas preocupaciones político-culturales de la época, así como los derroteros por donde podía transitar, sin pudores, el comentario cervantino. Esto significa que, como pocos autores, Cervantes —y, en especial el *Quijote*— fue recurrentemente útil para reivindicaciones nacionalistas y hasta raciales,¹²⁸ en una época especialmente crítica para la pretendida hispanidad. Del mismo modo y por la misma época, empieza a ejercitarse por su intermedio una vertiente de algún modo contraria: el *Quijote* como símbolo del fracaso y la derrota histórica de España.

Las figuras centrales que se manifiestan hacia 1905 en Uruguay, y que se expresan por encima del lugar común de la apología genérica en oportunidad del tercer centenario de la publicación del *Quijote*, serán José Enrique Rodó y Juan Zorrilla de San Martín, aunque deben mencionarse las páginas dedicadas a Cervantes por el ya formado Víctor Pérez Petit y por el joven Alberto Nin Frías. Pero es en los textos de los dos escritores más rápidamente canonizados del entresiglo en los que resulta más productivo analizar el alcance del mito del Quijote.

Los textos de Rodó deben leerse a lo largo del ciclo que va desde 1905 a 1916. En la primera fecha, tenía 34 años, pero ya había publicado *Ariel* y con él llegó su veneración como maestro.¹²⁹ Zorrilla, también tempranamente consagrado con *Tabaré* (1886), tenía 50 años en 1905 y era considerado entonces un patriarca, por lo que ejercía un magisterio indudable. Además de ese perfil oficial común,¹³⁰ ambos coinciden en el rescate de la filiación cultural hispánica y en la

128 La exaltación de la idea de raza se dio, por impregnación romántica, desde el último tercio del siglo XIX y hasta casi la primera mitad del XX. En ese contexto, se vinculaba con la idea nacional expresada por la lengua también nacional, la identificación del principio étnico con la nación, por lo que fue corriente hablar tanto «de “raza francesa” [como], por ejemplo, de “raza inglesa” o de “raza española”, y así, sucesivamente, siguiendo la línea de los idiomas nacionales» (Ardao, 1980: 41).

129 Sylvia Molloy llama la atención sobre la forma en que Rodó, a través del *Ariel*, «construyó su personalidad cultural» marmórea y monumental, «que respondía tanto a impulsos personales como a necesidades colectivas» (Molloy, 2012: 87). Así como *Ariel* devino rápidamente en ícono cultural, objeto fetiche que hizo difícil, a menudo, discriminar el texto de su monumento, Molloy observa que el proceso de fusión no se detuvo en eso, sino que fue más allá, alcanzando a su autor: «texto y estatua se funden con la figura del maestro mismo [...], el autor se vuelve su obra misma: decir *Ariel* es lo mismo que decir Rodó. Lejos de ser obra de los años y la merecida fama, el proceso de monumentalización comienza en vida misma de Rodó, es obra del propio autor. Tempranamente [...] comienza a trabajar [en] una particular imagen de sí, aquello que Gide llama “un être factice préféré” y que Rodó llamará más tarde “personalidad complementaria”, para proyectarla ante el público que la ratifica. Así, podría decirse que el monumento personal de Rodó construye —esa autofiguración como viejo y venerado maestro cuando todavía no tiene treinta años— es menos producto de su obra que pose autorial precursora» (Molloy, 2012: 88-89). La autora enmarca esta actitud que califica de «nestorismo finisecular» (detectable también en Miguel Cané, Domingo Sarmiento y José Vasconcelos), «en que la impostada superioridad de los años, a la vez que funciona como metáfora de una élite intelectual masculina, inventa la memoria cultural comunitaria» (Molloy, 2012: 89).

130 Este perfil oficial es evidente en el caso de Zorrilla, tempranamente celebrado como «poeta de la patria», y es común en ambos la temprana consagración y el amplio reconocimiento de su obra como patrimonio nacional. En el terreno estrictamente político, Zorrilla fue diputado por la Unión Cívica del Uruguay (partido católico) y embajador en varios países. Rodó

exaltación de la lengua castiza, motivos que se anudan fuertemente con la valoración de Cervantes.

En cualquiera de los dos casos, no pueden desatenderse los contactos del modo de leer el *Quijote* en Uruguay con las repercusiones que el mismo tema tenía en España y en otras partes de Latinoamérica, y de estas con el contexto político internacional en que se inscriben.

Desde los orígenes, los intelectuales americanos que acudieron al *Quijote* lo hicieron para abreviar de una fuente común de la que se sentían dignatarios. Por eso, es frecuente que el estudio de la literatura hispánica en el siglo XIX venga de la mano de cierta tentación conservadora. Es a partir de la posibilidad de reconocer la existencia de otra España, en este caso, liberal, que las relaciones de los intelectuales necesitan redefinirse. Como se señaló, a fines del siglo XIX, se produce un verdadero retorno a España, propiciado por las mentes más ilustres e ilustradas del continente americano, que tiene mucho que ver con la amenaza creciente de dominio norteamericano. Entonces, irrumpe con fuerza el *mito* del Quijote con un sentido propio en el campo cultural uruguayo, un sentido que es el mismo que ocurre en otros intelectuales de América Latina.¹³¹ Zorrilla de San Martín o Rodó encontrarán en el *Quijote* el símbolo de una España idealista, civilizadora, encarnando el espiritualismo que representa la latinidad frente al pragmatismo norteamericano. De acuerdo a estas visiones, el prosaísmo materialista se identifica con la exaltación de la mediocridad y la supresión de las diferencias espirituales en pro de una democracia niveladora. A su vez, como la oposición entre latinos (hispánicos) y anglosajones, don Quijote simboliza también, en algunos textos novecentistas, la victoria moral sobre la fuerza. Lo expuesto pone en evidencia que, a través del mito, los escritores del momento toman posición en las contiendas ideológicas de esos días. Y la perspectiva con que los intelectuales uruguayos miran hacia España responde asimismo a un fenómeno —ideológico, estético y de sensibilidad— muy fin de siglo y muy latinoamericano.

La búsqueda de las raíces latinas y, en particular, hispánicas, en buena medida, fue una respuesta de una minoría intelectual a la amenazante ofensiva norteamericana sobre el sur del continente y al creciente prestigio del modelo nórdico en algunos sectores de las clases dirigentes de América del Sur. En 1898, Cuba alcanza su independencia a través de una guerra en la que Estados Unidos venció a España, conforme a la doctrina Monroe que pretendía que «América [fuera] para los americanos». En 1900, Theodore Roosevelt asume la presidencia y, en 1903, logra separar Panamá de Colombia, asegurando para el dominio estadounidense el usufructo perpetuo del canal. Simultáneamente, la creación de

fue diputado por el Partido Colorado. Adhirió al batllismo, del que iría apartándose a partir de 1906, manifestando discrepancias con la personalidad autoritaria de Batlle, lo que lo alejó un tanto de las esferas gubernamentales.

131 Debe pensarse de modo tangencial el caso de Enrique José Varona. Por ser cubano, debía tener otra visión de España que los sudamericanos. En su *Cervantes* de 1892, centenario del descubrimiento, desliza un llamado a la independencia de los pueblos a partir de la imagen del *Quijote* (Varona, 1892: 66).

organizaciones panamericanas intenta difundir la idea de naciones libres e iguales. En la práctica, menos iguales eran las repúblicas de Centroamérica, para las cuales Roosevelt justificaba la *política del garrote*.

En este contexto político, debe situarse lo que Halperin Donghi llama el «retorno afectuoso hacia el pasado español» que, aunque puede funcionar como legítima aspiración para las artes y la cultura y «está en la base de una reconciliación cada vez más sincera con la antigua metrópoli, no puede servir de punto de partida para un alineamiento internacional políticamente eficaz» (Halperin, 1969: 295). En los países hispanos, la derrota española en 1898 y el afianzamiento de la doctrina Monroe reavivaron la «nordomanía» de algunos sectores dirigentes de América del Sur.¹³² En otros, urgió la necesidad de redefinir una identidad propia que pudiera oponerse eficazmente al triunfante modelo norteamericano —visto, por un lado, en sus riesgos imperialistas—, en especial, a la democracia mercantil y masificadora que atentaba contra el modelo que esas mismas minorías representaban.

La reacción antinorteamericana de las élites ilustradas de principio de siglo puede entenderse, según Halperin, por un temor a las consecuencias de las innovaciones que ellos mismos habían contribuido a introducir por estas latitudes. De este modo, distingue una resistencia «revolucionaria» de otra conservadora, esta última, «defensora en los hechos de los lazos establecidos con otras potencias hegemónicas a lo largo del siglo XIX» (Halperin, 1969: 297). Para el caso, tres nombres máximos ilustran la crítica antinorteamericana: José Martí, Rubén Darío y José Enrique Rodó. Si el primero de ellos debió tomar también una distancia imperiosa de España, y pudo predicar la necesidad de que América volviera la mirada al indio para salvarse, Darío y Rodó estaban muy lejos de representar una opción «revolucionaria», en el sentido que le da Halperin. Su antinorteamericanismo tiene que ver con un pensamiento elitista, con el horror a la masificación y mercantilización de la sociedad, a la democracia que nivela hacia abajo y pone en peligro, como diría Rodó, «la selección de las clases dirigentes y la nobleza con que obliga la tradición» (Rodó, 1967: 520).

La disyuntiva entre España y Norteamérica, por su parte, tenía su historia. Lily Litvak detecta en el último tercio del siglo XIX el origen de la polémica sobre la superioridad de las razas o civilizaciones: la que enfrentaba, en este caso, a latinos con anglosajones y germánicos (Litvak, 1980). La teoría de la

132 Un ejemplo puntual de esta actitud puede señalarse en este fragmento de un artículo anónimo (año 1, n.º 31), publicado en *La Revista Literaria*, de Montevideo, el 26 de noviembre de 1865, llevada adelante por jóvenes del selecto patriciado local: «Si la América es la que representa el porvenir, la España representa el pasado. [...] Dios quiso detener el progreso en la América del Sud, cuando hizo que la España conquistara. Aun hoy, después de cincuenta años de libertad, cincuenta años empleados en desligarnos de la España, nuestro progreso es un progreso enfermo. Todavía tenemos demasiada admiración por la fuerza, demasiado entusiasmo por la espada, para que podamos llamarnos grandes y libres. Herencia fatal de la España y resultado fatal del catolicismo, somos enemigos de las innovaciones, y solo lentamente, empujados por la corriente irresistible del progreso [...], es que seguimos los ejemplos, los grandes ejemplos que nos da la República del Norte» (cit. en Bertolotti y Coll, 2012: 463).

«decadencia latina» parecía ser refrendada, precisamente, por las derrotas militares y políticas que sufrieran Francia y España frente a Alemania y Estados Unidos en las postrimerías de ese siglo. Simultáneamente a tales hechos político-militares, comienzan a surgir voces que propician «la agrupación de varios países europeos sobre bases culturales, lingüísticas o raciales comunes» (Litvak, 1980: 12): paneslavismo, panlatinismo o pangermanismo, basadas en teorías de corte racista —como el darwinismo evolucionista, el pensamiento de Gobineau y de otros. Además de buscar respuestas en la historia común —que, en ocasiones, llega a incluir a Grecia y el helenismo—, en orígenes exaltados hasta la extenuación y en la reafirmación de sus valores, el panlatinismo busca dar una explicación a la decadencia de Occidente y propicia la unión supranacional como forma de resistencia contra la supremacía anglosajona. Frente a la contundente inferioridad militar y económica, comienza a gestarse la idea de la superioridad espiritual del mundo latino. También aparecen quienes admiten y aun justifican la supremacía germana. Otros, como los catalanes Gabriel Alomar y Jaime Brossa, proponen «la formación de una aristocracia intelectual que tome las riendas del gobierno e inculque el espíritu moderno en los pueblos latinos» (Cit. en Litvak, 1980: 22).¹³³

A estos debates se les suma el reclamo a favor de la necesidad de élites ilustradas orientadoras de los pueblos, por contraposición a la democracia masificadora y materialista del norte, proceso que se da en América y España. En el ambiente estaban, entonces, las preocupaciones por el progreso material y espiritual de los países latinos, la conveniencia o no de una minoría ilustrada que guiara a las masas, la necesidad del ideal para el desarrollo del individuo y la sociedad, la incidencia de la educación y la religión en el carácter de los pueblos (o su papel en el atraso cultural y económico), la oposición entre espiritualismo católico y pragmatismo protestante, la disyuntiva entre educar para el progreso material y el éxito social o atender a fines espirituales, manteniendo la fidelidad a la tradición humanista grecolatina.

En medio del torrente de escritos sobre el tema, es posible detectar, en España e Iberoamérica, que el personaje de don Quijote funciona como un símbolo recurrente, aunque con movilidad de sentidos. Litvak menciona un artículo sobre el tema del Desastre nacional, escrito por José de Elola y Gutiérrez en 1902, en el que «en nombre de la lucha de razas predica la necesidad que tiene España de dejar de ser quijotesca y de cambiar, aunque no por ello deba convertirse en Sancho Panza como lo es Inglaterra» (Litvak, 1980: 46). Y antes, como ya se dijo, Joaquín Costa consideraba la necesidad de

una raza española grande y poderosa, contrapuesta a la raza sajona, para establecer un equilibrio moral en el juego infinito de la historia... Al lado del Sancho británico... Se irguiese puro, luminoso, soñador, el Quijote español (Costa, 1969: 171).

133 ALOMAR, Gabriel, «El liberalisme català», serie de artículos en *El Pobre Catalá*, diciembre de 1904 - enero de 1905. BROSSA, Jaime. «L'anglosaxanisme», en *Catalonia*, julio de 1898.

El llamado Desastre conmovió a la intelectualidad del sur de América: El noventiocho [—dice Roberto Fernández Retamar—] no es solo una fecha española, [...] sino también, y acaso sobre todo, una fecha hispanoamericana, la cual debe servir para designar un conjunto no menos complejo de escritores y pensadores de este lado del Atlántico, a quienes se [les] suele llamar con el vago nombre de «modernistas». Es el noventiocho —la visible presencia del imperialismo norteamericano en la América Latina— lo que, habiendo sido anunciado por Martí, da razón de la obra ulterior de un Darío o un Rodó (Fernández Retamar, 1995: 17).

Como se sabe, la prédica de Rodó tuvo gran influencia en el resto de América y propició la concepción de la actividad intelectual como un combate de ideas. El escritor cubano Julio Antonio Mella reivindica en ese sentido el pensamiento de Rodó, en 1924:

Intelectual es el trabajador del pensamiento. ¡El trabajador! o sea, el único hombre que a juicio de Rodó merece la vida [...] aquel que empuña la pluma para combatir las iniquidades, como otros empuñan el arado para fecundar la tierra, o la espada para libertar a los pueblos, o los puñales para ajusticiar a los tiranos (Fernández Retamar, 1997: 21).

La idea de la escritura al servicio de las ideas, que se agudiza en el continente a partir de la necesidad de enfrentar la amenaza creciente del imperialismo norteamericano, llegó a extenderse al ejercicio crítico y teñirlo de interpretaciones políticas. Como en España la actividad crítica de la generación del 98 no puede desvincularse del pensamiento político y la búsqueda de la identidad nacional, en Latinoamérica ocurre otro tanto.

Hasta es posible que Rodó concibiera *Ariel* como respuesta a la intervención norteamericana en Cuba, como afirmó Emir Rodríguez Monegal (1957).¹³⁴ Aun así, Fernández Retamar apunta a que

en el discurso definitivo [de *Ariel*] solo se encuentran dos alusiones directas al hecho histórico que fue su primer motor; ambas alusiones permiten advertir cómo ha trascendido Rodó la circunstancia histórica inicial para plantarse de lleno en el problema esencial: la proclamada decadencia de la raza latina (Fernández Retamar, 1971: 35).

Por su parte, Gordon Brotherston opina que a Rodó

la nordomanía de Alberdi le parecía reprochable más por considerarla abyecta en sí, que por repugnancia a los Estados Unidos. Y una mera imitación del «hipnotizador audaz» del norte de una manera «unilateral» y «sonámbula», como dijo citando a Tarde, significaría la mutilación de la personalidad y una completa subordinación a «los fuertes» —tal como son significativamente llamados— en el proceso evolutivo. Rodó tenía miedo de que América Latina, lejos de ser Ariel, podía estarse convirtiendo en un «esclavo deforme» (Brotherston, 1967).

134 Consideraremos estas interpretaciones aun a riesgo de asumir que el texto dice mucho más que lo escrito y de encontrar en la obra más de lo que Rodó ha puesto, según la advertencia de Molloy (2012: 88).

Así como el personaje de don Quijote sirve a Unamuno y Ortega y Gasset para meditar sobre el carácter y destino histórico de España, Latinoamérica encuentra su símbolo en el personaje de Ariel, que Rodó identifica con lo que llama «nuestra civilización». No obstante la fuerza de Ariel y la oposición al Calibán del Norte, luego tan aprovechada y hasta invertida, Rodó también aprovecha el simbolismo que trae adherida la figura de don Quijote en un sentido político.¹³⁵

El primer acercamiento de Rodó a don Quijote es en 1906, inmediatamente después del primer centenario: se trata de un capítulo de *El mirador de Próspero* que lleva como título «El Cristo a la jineta» (Rodó, 1957: 521). En 1909, incluye, en *Motivos de Proteo*, el capítulo «Don Quijote vencido» (Rodó, 1957: fragmento XI, 310-311) y, en 1915, el artículo «La filosofía del Quijote y el descubrimiento de América» o «El centenario de Cervantes» en *La Nota* de Buenos Aires (Rodó, 1957: 1210-1211).¹³⁶ Además de esto, hay referencias sueltas al *Quijote* en distintos textos, generalmente con relación al idealismo, en la crítica al sentido común que agosta la imaginación, en la ramplonería que abunda amparada en lo razonable, como en una oportunidad en que anhela una cuota de locura quijotesca: «¿Por qué el Maestro de la buena locura no hará de vez en cuando alguna providencial aparición en nuestro mundo de gentes cuerdas y chiquitas?» Rodó, 1957: 513). O en el prólogo a *El terruño*, novela de Carlos Reyles, en el que comenta la visión paródica con que el autor trata determinadas situaciones cuando afirma: «No es, desde luego, la aspiración ideal la que está satirizada [...], sino la vanidad de la aspiración ideal. No es Dulcinea del Toboso en quien se ceban los filos de la sátira, sino Aldonza Lorenzo» (Rodó, 1957: 996). La cita pone de relieve un tipo de lectura del *Quijote* que solo puede percibir la sátira en lo bajo y prosaico, sin tomar en cuenta una posible parodia al estereotipo caballeresco y a los modelos de damas y amores petrarquescos.

Los tres ensayos mencionados redondean cabalmente el sentido con que Rodó lee a Cervantes y que bien puede y debe complementarse, porque está en perfecta sintonía con aquellos, con otros textos en los que se expide acerca de España y la cultura española como matriz y tradición a preservar. Es en el último de los tres mencionados que España y don Quijote se fusionarán simbólicamente.

135 También Zorrilla de San Martín reflexionó sobre estos tópicos en «A mi América española», de su libro *Las Américas* (1945). En otro capítulo de este libro, «Ariel y Calibán americanos», existe una marginalia sobre don Quijote y los Estados Unidos.

136 Originariamente, «La filosofía del *Quijote* y el descubrimiento de América», aunque publicado con el título «El centenario de Cervantes» en las *Obras completas* (Rodó, 1957: 1210-1211).

Don Quijote espiritual y Sancho positivo

Como se dijo, en lo que hace a los vínculos intelectuales de Uruguay con España, la zona de fechas que media entre 1892 y la primera década del siglo xx parece clave. Arturo Ardao ha estudiado esa reconquista de posiciones, indicando que el siglo xix había sido antiespañol, con algunas excepciones como las de Magariños Cervantes y de Zorrilla de San Martín (Ardao, 1971: 229). Según Ardao, el vínculo con la exmetrópoli se consolidó a través de Unamuno, así como por la presencia fuerte e influencia de la *Revista de Occidente*. En todo caso, no fue el tradicionalismo al estilo de Magariños o de Zorrilla, sino la España liberal la que despertó nueva adhesión.

Por primera vez lo español contemporáneo adquirió con él, para nosotros, la categoría de universalidad que sin dificultad conferíamos a lo francés, lo sajón o lo germano. 1905 con *Vida de don Quijote y Sancho* [de Unamuno] y 1913 con *Del sentimiento trágico de la vida* [de Ortega y Gasset] señalan los momentos culminantes (Ardao, 1971: 233).

Además del señalado magisterio americano de Ortega y Gasset,¹³⁷ su acercamiento al *Quijote* fue fundamental para la historia crítica del libro, «quizás [—dice Riley—] la obra más seminal del siglo, llena de intuiciones más tarde desarrolladas por otros» (Riley, 2004: 228). Montero Reguera sintetiza algunas ideas de Ortega y Gasset que han gozado de posteridad fecunda, por ejemplo, la duda acerca de la supuesta ejemplaridad de las *Novelas ejemplares*, el perspectivismo como una de las claves del *Quijote* y el carácter de esta creación cervantina como germen de la novela moderna, como dictamina esta advertencia orteguiana:

Falta el libro donde se demuestre al detalle que toda novela lleva dentro, como una íntima filigrana, el *Quijote*, de la misma manera que todo poema épico lleva, como el fruto del hueso, la *Iliada* (cit. en Montero Reguera, 2001: 206).

La doble influencia de Unamuno y de Ortega y Gasset en el Río de la Plata nos interesa especialmente en la medida que, a través de estos dos pensadores, ingresan también nuevas lecturas del *Quijote*. Es más, tanto Unamuno como Ortega y Gasset hacen del *Quijote* un punto de partida para el desarrollo de una filosofía propia y de una posición ante el problema nacional. En carta al joven uruguayo Alberto Nin Frías, fechada en octubre de 1903, Unamuno narra la génesis de su *Vida de don Quijote y Sancho*:

El caso es que hará cosa de dos meses cogí un día el *Quijote* y una cuartilla de papel, encabezando esta así: «La vida de D. Quijote y Sancho, según Miguel de Cervantes, explicada y comentada por M. de U.» Abrí aquel, y empezando por su primera línea fui entretejiendo con sus pasos y pensamientos culminantes

137 Sobre la trascendencia de la figura de Ortega y Gasset en América Latina, véase: MEDIN, Tzvi, *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, México: Fondo de Cultura Económica, 1934. Para relevar su presencia en la cultura argentina a través de sus colaboraciones en el diario *La Nación*, véase: CAMPOMAR, Marta M, *Ortega y Gasset en La Nación*, Buenos Aires: Elefante Blanco, 2003.

mis libres meditaciones, y trabajando en ello a diario, y hasta cinco horas algún día, he terminado mi labor, que redondeo ahora. Me ha resultado una filosofía y más bien una teología a la española, a la genuina española... (cit. en Ardao, 1971: 235-236).

El magisterio de Unamuno, y solo después de Ortega y Gasset entre los intelectuales rioplatenses de principios de siglo, trajo consigo la actualización de la devoción a Cervantes, quien adquiriría una nueva dimensión de lectura frente a la tradición crítica predominante del Romanticismo alemán, más específicamente nacionalista y ajustada a aspectos muy parciales.

Es preciso detenerse en la oportunidad en que estos estudios sobre el *Quijote* se inscriben, las posibles lecturas de que los autores disponían, la cita y la reelaboración, y las valoraciones originales. Con todo, no es demasiado sencillo rastrear las fuentes críticas del novecientos si se tiene en cuenta que las bibliografías de Cervantes consultadas se dedican con prioridad al siglo xx; de épocas anteriores solo consignan lo más significativo, que no necesariamente coincide con lo más divulgado en el Río de la Plata.¹³⁸ Respecto a la crítica española, sabemos que Menéndez y Pelayo y Unamuno fueron abundantemente leídos en Uruguay y que los textos de Leopoldo Alas y Juan Valera gozaron de bastante difusión. En algunas ocasiones, Carlos Reyles, cuyo ensayo es el más tardío de todos los que comentaremos, cita a Ortega y Gasset y a Américo Castro, lo que, en cierta forma, inaugura en Uruguay las lecturas del *Quijote* ajustadas a nuevos paradigmas.

Casi con toda seguridad el libro de Montalvo —*Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*—, muy elogiado por Rodó, habrá circulado en Montevideo desde su publicación en 1895. Es probable que los uruguayos estuvieran familiarizados, directa o indirectamente, con las opiniones románticas acerca del *Quijote* de Schlegel, Coleridge, Heine y Walter Scott y, con certeza, la crítica de Charles-Augustin Sainte-Beuve, puesto que Rodó lo cita como base teórica para sus clases de literatura, algo que sabemos gracias a los apuntes de un estudiante que han sobrevivido (González Briz, 2001). De estas fuentes habrían bebido los novecentistas la concepción idealista del personaje, las cuales, sin duda, refuerzan y circunscriben las lecturas españolas y marcan claramente los ensayos uruguayos escogidos para este trabajo.

138 En esta y otras búsquedas, he consultado la siguiente bibliografía: MURILLO, Luis Andrés, *Miguel de Cervantes, bibliografía fundamental*, Madrid: Castalia, 1990; LÓPEZ ESTRADA, Francisco, *Siglos de oro: Renacimiento*, vol. II, tomos I y II, en Francisco RICO (coord.), *Historia y crítica de la literatura española*, Barcelona: Editorial Crítica, 1980; RILEY, Edward C, *Introducción al Quijote*, Barcelona: Editorial Crítica, 1990; FERNÁNDEZ, Jaime, *Bibliografía del Quijote 1900-1997* [EN LÍNEA]. Disponible en: <<http://cervantes.tamu.edu/V2/Bibliografias/biblquijot/C.htm>>; FERNÁNDEZ, Jaime, *Bibliografía del Quijote por unidades narrativas y materiales de la novela*, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2008; *Bibliografía electrónica internacional cervantina (BEIC) (CIBO) y Anuario bibliográfico cervantino (ABC)* [EN LÍNEA]. Disponibles en: <<http://cervantes.tamu.edu/esp/cibo/The%20Cervantes%20Project.htm>> y <<http://cervantes.tamu.edu/V2/Bibliografias/ABC.htm>> respectivamente.

Del mismo modo, parece pertinente poner en relación los aportes de los mencionados escritores uruguayos con las distintas concepciones de la literatura que se desprendan de otros artículos ensayísticos, así como, eventualmente, del sistema filosófico que las sustenta: el espiritualismo católico de Zorrilla, el idealismo laico de Rodó y el vitalismo voluntarista de Reyles. Un punto común en todos ellos, pero como se ha visto, no tanto excepcional, es que el interés por la mayor novela de Cervantes parece reactivarse al momento de teorizar sobre nociones como el ideal, la voluntad y la pertenencia a una cultura y a una lengua.¹³⁹

En el caso de Alberto Nin Frías, la incidencia de Unamuno como seguidor de un protestantismo sui generis en alguna etapa y, luego, desde su crisis religiosa parece ser indiscutible.¹⁴⁰ El texto más elocuente de su admiración por Cervantes es un folleto publicado en 1900, que también es útil para saber que su interés por el autor y la cultura española es, por lo menos, anterior al intercambio epistolar con Unamuno (Nin Frías, 1900).

En una carta a Nin Frías, Rodó menciona haber leído el «hermoso opúsculo» sobre Cervantes de este joven novecentista, a quien veía como una promesa, tal vez como un posible discípulo. Más allá de los ocasionales compromisos que lo inclinaran al elogio, el pensador ya consagrado podía encontrar audacia en el texto de un muchacho de 18 años y un interés por la suerte de la cultura latinoamericana y sus valores espirituales, que convergían con algunas de sus preocupaciones. Hasta es probable que la lectura de *Ariel* esté en la génesis de estos planteos. Quizás el interés de Rodó sea lo más importante al momento de atender el texto de Nin Frías.¹⁴¹ El ensayo no posee valor crítico ni aporta nada

139 No está demás agregar un ejemplo para refrendar un tópico más que recurrente. En un poema publicado en 1906, «Saludo a América», Juan Antonio Cavestany asocia *lengua materna* y *madre patria*: «nuestro hermoso idioma / que es fuego y es dulzura, que es bronce y es cristal / en el vibrante y rico lenguaje castellano, / la forma más gallarda del pensamiento humano, / la lengua que en Cervantes es cántico triunfal» (CAVESTANY, Juan Antonio, «Saludo a América», en *El Hispano-Americano*, año VI, n.º 138, Montevideo, 9 de febrero de 1911, p. 5). María Bedrossian ha encontrado este texto buscando referencias cervantinas genéricas en la prensa periódica nacional para el proyecto de la CSIC que dirige.

140 Alberto Nin Frías (1879-1937) fue doctor en Filosofía y Letras y cursó estudios en Inglaterra, Suiza y Bélgica. Tuvo varios cargos diplomáticos que le permitieron recorrer Europa, Estados Unidos y América Latina. Colaboró en numerosas revistas uruguayas y extranjeras. Fue ensayista y narrador, «abrumado de preocupaciones filosóficas», pero siempre guiado por «su idealismo vitalista que se nutre en la escuela crítica-positiva de Taine y Carlyle y de una concepción religiosa protestante» (Blixen, 2001: 111). Otros aspectos de la vida y obra de Nin Frías son abordados en los siguientes trabajos: José Pedro Barrán estudia su narrativa homoerótica en *Amor y transgresión* (2001); Carla Giaudrone, en *La degeneración del 900* (2005), aborda los rasgos helénicos de su obra, en relación con la de Rodó; por su parte, Fernando Loustanaun, en su novela sobre José Enrique Rodó, *Diario de un demócrata moribundo* (2006), presenta a Nin Frías como un interlocutor privilegiado.

141 En un comentario de 1906 sobre *Nuevos ensayos de crítica literaria y filosófica*, de Nin Frías, Rodó afirma «lo opuesto de nuestros respectivos puntos de partida, en nuestra orientación ideal. Él procede del protestantismo; yo, del helenismo, pero [...] nuestros espíritus se aproximan cada día más» (Rodó, 1967: 1001-1002).

al conocimiento de Cervantes o su obra, pero la peculiaridad de sus aspiraciones, así como la pretensión de diagnóstico sociocultural, vinculadas al autor español, son dignas de curiosidad. Bajo la advocación de Hipólito Taine, Nin Frías enuncia como primer propósito «servir a la raza» y «levantar entre nosotros el genio de España». En este caso, la preocupación se limita a «la América española», para la cual propone la aceptación de dos modelos: el español, del cual provendría una influencia «moral, propicia a la educación del corazón», y el de Estados Unidos, cuya influencia «intelectual» sería «necesaria al desarrollo económico e industrial». El autor cree en el poder edificante de la belleza, cree que por medio de la literatura pueden llegar «la verdad, la justicia y el amor patrio». De acuerdo a ese afán reformador de los hombres y de los pueblos, establece sus propuestas en una especie de manifiesto. En este punto, entra a tallar la necesidad de volver sobre Cervantes como nombre culminante del genio de una «raza»:

Me propongo hacer amar a la madre España, entusiasmando a las masas ilustradas con sus grandes poetas, principalmente Cervantes que, como Homero entre los helenos, [...] domina a los demás por encerrar en sí las fibras más enérgicas de su pueblo (Nin Frías, 1900: 6).

Las propuestas concretas para propiciar los cambios pasan, según el joven escritor, por la reformulación de los programas de literatura en el bachillerato, que, en su opinión, deben «dar amplio margen a la literatura española, considerándola nacional para los Ibero-Americanos» a la par que cuestiona la abundancia de «autores exóticos» en los programas vigentes en la época.¹⁴² Asimismo, pretende la creación de una sociedad o un club literario especialmente destinado a difundir al autor y su obra, sin olvidar los fines sociales. Por eso, se enuncian altos, y un tanto vagos, objetivos como «el anhelo común de que Cervantes sea la personificación del pueblo ibero y del americano, porque él ha reunido todas nuestras virtudes y todas nuestras glorias. Para ello se impone un renacimiento político-social» (Nin Frías, 1900: 6).

El autor del pequeño folleto enuncia, en la primera parte, las condiciones espirituales de la sociedad que se plantea fundar, argumentando su necesidad de modo casi propagandístico. En la segunda parte, establece las condiciones prácticas que —entiende— servirían de marco material y jurídico, llegando a proponer «la fundación de una ciudad del nombre de Cervantes, cuyo territorio fuese común al de todos estos pueblos hermanos». Su fértil imaginación —que se mezcla, además, con la pretensión de ser un «espíritu moderno» y pragmático— no

142 A los efectos de conocer el programa de literatura que se impartía en la única cátedra que existía en la época, a cargo de José Enrique Rodó, y un estudio e interpretación de sus contenidos y metodología, véase: ROCCA, Pablo, *Enseñanza y teoría de la literatura en José Enrique Rodó*, Montevideo: Banda Oriental, 2001. Los datos que recoge este estudio revelan un curso panorámico, con pretensiones universalistas. Algunas conclusiones del autor respecto a la importancia concedida a la literatura hispanoamericana sirven para atenuar las afirmaciones de Nin Frías, quien mantuvo con Rodó una relación ambivalente entre la admiración y la polémica.

descuida planificar actividades semanales, mensuales, anuales y hasta quinquenales, así como su estricta reglamentación.

Al margen de este plan altruista y algo ingenuo, lo que importa para esta perspectiva es la valoración que se hace de Cervantes y el quijotismo. Nin Frías piensa que, si el objetivo es infundir ideales en los individuos, debe proponérselos modelos. Para eso, se destaca la «personalidad moral de Cervantes», lo «sublimemente religioso que transparenta el carácter de don Quijote, a la par de las inclinaciones reales y positivas de Sancho, verdadero hijo de nuestra época democrática» (Nin Frías, 1900: 9). La devoción de Nin Frías por lo tradicional español parece provenir de un fondo irracional, que se vincula a la fe, la moral y el sentimiento de la raza. Esto se combina con la admiración por el progreso material y la modernidad que ve encarnadas en Norteamérica. Cervantes sintetizaría ambas tendencias en la medida en que, para este autor, aun siendo genuinamente español, propone una crítica a la sociedad de su época a través del «quijotismo», actitud vital indeseada, aunque no claramente definida, que ha hundido a España y, en consecuencia, a Latinoamérica. Esa visión «moderna» de Cervantes, cuyo Sancho encarna los objetivos materializables del pueblo, puede oponerse con éxito a «los desmanes de los conquistadores nórdicos». Aunque se llama a un combate, no se pretende derrotar a nadie, sino «latinizar la alta cultura espiritual» (Nin Frías, 1900: 14) de Norteamérica. Tales son los ambiciosos propósitos con los que Nin Frías intenta conjugar las distintas ideas que le seducen.

Ya se mencionó la influencia que Rodó ejerció evidentemente en Nin Frías. Cuando aquel se hace cargo, en 1898, de la cátedra de Literatura en la sección secundaria de la Universidad, Nin Frías tenía 16 años, por lo que bien pudo ser su alumno. Esto último solo puede formularse en un plano hipotético, ya que también cursó algunos años de estudio en Europa. De todos modos, la diferencia de edad y el lugar que ya ocupaba Rodó en la cultura nacional volvían insoslayable su magisterio. Esto no impidió al joven hacer una crítica independiente, polemizando con el maestro, como lo revela la correspondencia que se ha conservado (Rodó, 1967).

Rodó: belleza moral del quijotismo

Dejando de lado estos entusiasmos de juventud, interesa considerar la más reflexiva opinión de Rodó sobre Cervantes y su obra, con relación a los vínculos latinoamericanos, así como las oportunidades y los marcos temáticos que elige para expresarlas. En *Ariel* ya aparecía su hispanofilia, y así lo entendió, desde España, Leopoldo Alas, cuando comentó la publicación del libro para el suplemento *Los Lunes*, de *El Imparcial* de Madrid, en una nota del 23 de abril de 1900:¹⁴³ «aunque [*Ariel*] no trata directamente de esa nueva tendencia a reconciliarse con España [...], en el fondo y como corolario de su idea va a lo mismo». Del igual modo, la

143 Casualmente, la fecha coincide con la conmemoración de la muerte de Cervantes. El artículo sirve de prólogo a *Ariel*, en la edición de Espasa-Calpe, México, 1948.

prédica rodoniana a favor del idealismo, por oposición al utilitarismo norteamericano, le hace concluir al español que «lo que Rodó pide a los americanos latinos es que sean siempre... lo que son... es decir, españoles, hijos de la vida clásica y de la vida cristiana».

El afianzamiento de posiciones filosóficas va a menudo unido a un alineamiento político-ideológico. En *El mirador de Próspero* (1910), Rodó dice:

Como el positivismo [se] degeneró en América en un «empirismo utilitarista» de muy bajo vuelo y de muy mezquina capacidad [...], en lo tocante a la acción y al gobierno de la vida, llevaba a una exclusiva consideración de los intereses materiales, [...] a la indiferencia por todo cuanto ultrapasara los límites de la finalidad inmediata que se resume en los términos de lo práctico y lo útil (Rodó, 1967: 519).

El sentido práctico de la vida es despreciado por Rodó, por oposición al idealismo que, según él, debe orientar la vida de los individuos y los pueblos. Para explicar el alcance de esos contrastes, recurrió más de una vez a los simbolismos adheridos a las figuras de don Quijote y Sancho:

El sentido práctico, orientándose como el buen sentido de Sancho, en exclusiva persecución de lo útil, si alguna vez padecía eclipses había de ser, como en el inmortal escudero, para desviarse en dirección de esos quijotismos de la utilidad que fingen ínsulas y tesoros donde el quijotismo de lo ideal finge Dulcineas, castillos y gigantes (Rodó, 1967: 520).

La atención prestada a España por el uruguayo tiene que ver con la búsqueda de modelos culturales que, alejados del peligro bárbaro que podía representar el pasado indígena o aun gauchesco, pudieran, sin embargo, permitir la construcción de una identidad. En muchas de estas opiniones está implícita la diferencia entre un modelo de sociedad que se procura edificar y la democracia del norte, asimilada al utilitarismo pragmático y a la negación de la tradición espiritual europea, que implica, para Rodó, la aniquilación de algunas diferencias que pone en riesgo el «gobierno de los mejores»:

La obsesión utilitaria ejerce más influjo en las «democracias nuevas», donde no encontraría resistencia de esas poderosas fuerzas de idealidad inmanente que tienen fijas, en los pueblos de civilización secular, la alta cultura científica y artística, la selección de clases dirigentes y la nobleza con que obliga la tradición (Rodó, 1967: 520).

Es por esto que apoya la necesidad de «el renovado contacto con las viejas e inexhaustas fuentes de idealidad de la cultura clásica y cristiana» (Rodó, 1967: 520).

Dos aspectos son relevantes para entender la valoración de España en este programa político rodoniano, aspectos que ya podían percibirse en una carta enviada por Rodó a Leopoldo Alas en 1897. En primer lugar, la conciencia de una fuerza creciente en la península a favor de la modernización política y cultural, que se identifica, principalmente, con la herencia de Emilio Castelar —otro abanderado del latinismo—, y que permite colocarla a la altura de los otros países europeos, admirados por su grado de civilización: «Liberalizar a España, hacer

que con originalidad y energía intervenga en el concierto de la cultura europea contemporánea *equivale a hacerla más nuestra*¹⁴⁴ (Rodó, 1957: 1326).

Retornar a España le permitía a América la apropiación de la tradición clásica, de ahí la importancia que Rodó —quien se define como un helenista y se ha formado con los franceses del siglo XIX— da al concepto de latinidad. En segundo lugar, el otro aspecto tiene que ver con la preeminencia otorgada a la conservación de la lengua castiza en la construcción de una cultura nacional o americana superior. Para Rodó, estos lazos de unión deben afianzarse, «los dos pedazos de la gran patria a que pertenecemos, y que, sobre el quebrantamiento de su unidad política, debe conservar siempre su unidad espiritual» (Rodó, 1967: 1326).

En efecto, en el artículo de 1915 —«El centenario de Cervantes»—, el autor de *Ariel* entiende el homenaje a Cervantes como una «obligación americana» de amor filial, que es expresión de la conciencia

de una continuidad histórica y de un abolengo que nos da solar y linaje conocido en las tradiciones de la humanidad civilizada. Y esa persistente herencia no tiene manifestación *más representativa y cabal que la del idioma* (Rodó, 1957: 1147).¹⁴⁵

Por un lado, la lengua y su más alta expresión, la literatura, afianzan el sentido de pertenencia a una comunidad cultural, como se vio al reseñar el desarrollo de la cuestión del idioma en el capítulo anterior. Por otro lado, se desliza una revalorización de la Conquista, que es también una reivindicación de lo que Rodó considera *nuestro* europeísmo. Cervantes representa el espíritu renacentista de la Conquista, y la muerte del ideal caballeresco dará lugar a otro tipo de heroísmo que encarnaron los conquistadores. Esta valoración positiva de la colonización, una vez restaurados los vínculos que la revolución de independencia había roto, y que es común también a Zorrilla de San Martín, propone una visión de América como prolongación de lo europeo, una variante más atenuada y menos derrotista de la teoría del derrame, bastante frecuente en los discursos españoles de fines de siglo XIX, que consistía en justificar el debilitamiento de España a causa del desangramiento que había producido la entrega de sus fuerzas en la Conquista. La decadencia de la madre era interpretada, metafóricamente, en la necesidad que tuvo de volcar sus fuerzas nutricias para el crecimiento de sus hijos, sacrificando las propias. Ángel Ganivet, en el *Idearium español* (1897), había llegado al extremo de atribuir la causa de la ruina de España a la Conquista de América.

En el párrafo que sigue, Rodó reivindica la herencia española justo en un aspecto por entonces desprestigiado —la fuerza guerrera, el valor, el triunfo—, a la vez que destaca de lo americano aquello que, aunque parece autóctono es, sin embargo, español. Aun detrás de la aparente barbarie, hay un antepasado digno, con «abolengo de solar conocido», es decir, un linaje legitimador, una filiación ilustre, civilizada y civilizatoria:

144 Destacados míos.

145 Destacados míos.

América nació para que muriese don Quijote, o mejor, para hacerle renacer entero de razón y de fuerzas, incorporando a su valor magnánimo y a su imaginación heroica el objetivo real. Mientras, con el Quijote, mueren los héroes de las fábulas de caballerías que representaban ideales vetustos, melancólicos como Tristán, vagos e inconsistentes como Lanzarote, inmaculados como Amadís, se consagra en las tremendas lides de América el nuevo tipo heroico, rudo y sanguíneo, de los Cortés, Pizarros y Balboas, perseguidores de realidades positivas; apasionados, tanto como de la gloria, del oro, del poder. Mientras la armadura herrumbrosa y la adarga antigua y el simulacro de celada del iluso caballero se deshacen en un rincón oscuro, resplandecen al sol de América las vibrantes espadas, las firmes corazas de Toledo. Mientras Rocinante, escualido e inútil, fallece de vejez y de hambre, se desparraman por las pampas, los montes y los valles del Nuevo Mundo los briosos potros andaluces, los heroicos caballos del conquistador, progenitores de aquellos que un día habrán de formar, con el gaucho y el llanero, el organismo del centauro americano. [...] Así, el sentido crítico del Quijote tiene por complemento afirmativo la grande empresa de España, que es la conquista de América (Rodó, 1957: 1148).

Es cierto que la España contemporánea no ofrecía un panorama muy alentador para un demócrata liberal como Rodó a efectos de levantarse como modelo digno del rol materno, como ejemplo a imitar, de ahí que el acercamiento a España esté teñido siempre de cierta contradicción y apunte, generalmente, a una identificación esencialista que necesita nutrirse de un pasado o un porvenir. De hecho, debe señalarse que la preocupación por España que manifiesta Rodó lo acerca a la que manifiestan por entonces los escritores peninsulares de la llamada generación del 98. Sobre todo, por una *idea* de España que no solo debe sobrevivir «embebecida o transfigurada, en nuestra América», como lo predicaba en buena medida la teoría del derrame, sino que despierta «aparte, y en su propio solar, y en su personalidad propia y continua», una admiración de origen romántico, afianzada en la esencia del pueblo, y que solo puede rescatarse si se superan las expresiones caducas (Rodó, 1957: 721). En «La España niña», de *El mirador de Próspero*, afirma que las energías de España no están acabadas, sino que duermen latentes a la espera de «su hora propicia» que verá el renacimiento simultáneo a la América española.

A propósito de un texto de Gregorio Martínez Sierra, publicado en 1908, Susan Kirkpatrick señala la identificación de España con la femineidad y, particularmente, de la figura de una España niña, imagen que, como se ve, aparece también en Rodó por la misma época. Kirkpatrick relaciona esta imagen femenina con el pasado y la

incapacidad de madurar para convertirse en una sociedad moderna competente. [...] La feminización metafórica de España recoge miedos implícitos en las discusiones sobre la decadencia nacional, la abulia y la debilidad, a la vez que identifica la situación del país con el desarrollo detenido de las mujeres confinadas al pasado (Kirkpatrick, 2003: 143).

Esto no significa que se le asigne un valor puramente negativo a la femi- nidad, sino que la metáfora «sirve también para expresar ambivalencia ante una modernidad que, siendo muy admirada y deseada, resulta foránea». Entonces, «su afeminada falta de sofisticación se percibe como un rasgo que facilita la pre- servación de algo saludable y vital» (Kirkpatrick, 2003: 144).

Rodó, a la vez, en ese mismo pasaje de «La España niña», en el que comenta un libro del venezolano Manuel Díaz Rodríguez, augura un renacer español que solo puede surgir de las reservas populares, del «alma popular», de la «ori- ginalidad latente», que debe preservarse en la resistencia frente al «europeísmo invasor, predicado hoy por el alto y fuerte Unamuno». Y agrega:

Me deja melancólico lo que a otros conforta y alegra: el esforzarse en vencer la tristeza de que España se va con el pensamiento de que no importa que se vaya, puesto que queda en América, y por eso no he concedido nunca, ni concedo, ni espero conceder, que España se va... (Rodó, 1957: 722).

Rodó apuesta, en ese texto, al futuro de la América hispánica, pero desde otras bases distintas a las de algunos de sus contemporáneos que predicaban la alarma por el destino de la antigua metrópoli, es decir, sostiene otras premisas diferentes a las de quienes por esa época sustentaban, frente a la comprobación de la decadencia histórica, la tesis referida del desangramiento de España:

Yo no he dudado nunca del porvenir de esta América nacida de España. Yo he creído siempre que, mediante América, el genio de España, y la más sutil esen- cia de su genio, que es su idioma, tienen puente seguro con que pasar sobre la corriente de los siglos y alcanzar hasta donde alcance en el tiempo la huella del hombre (Rodó, 1957: 721).

Se ha visto algún ejemplo de estas tendencias en la retórica que produjo el cuarto centenario del Descubrimiento, en 1892, aun desde una perspectiva poética que enmascaraba o atenuaba la formulación de esa hipótesis que, a partir de 1898, adquiere mayor fuerza y utilidad.

Parecidas preocupaciones rondan, entonces, los escritos sobre Cervantes del adolescente Nin Frías y de Rodó. El motivo quijotesco es una excusa para interrogarse sobre deudas, influencias, dependencias e independencias cultura- les. Ambos coinciden en la búsqueda de una identidad cultural, de un porve- nir, de un derrotero nacional y subcontinental. La oposición rodoniana entre pragmatismo norteamericano e idealismo de cuño hispánico es también tomada por Nin, quien disuelve la contradicción. Para Rodó, don Quijote representa el idealismo puro, la superación de un «ideal moribundo» para dar paso a nuevas formas de espiritualidad y de heroísmo que reunirán, en un porvenir común, a España y América: «Al figurar una viva oposición de ideales, [Cervantes] dejó escrita en ese libro la epopeya de la civilización española» (Rodó, 1957: 1212). En cambio, para Nin Frías, en la derrota del quijotismo está la crítica al idea- lismo estéril que América ha heredado de España y que el espíritu moderno, ya anticipado por Cervantes, debe superar.

Con relación al tema de España, por ejemplo, además de cuestionar el sistema monárquico, el joven escritor afirma que, en la época de Cervantes, el país ibérico «tenía la supremacía intelectual sobre las otras naciones de la época, y en efecto, el papel que ahora desempeña Francia era el que representaba ella». La pérdida de la hegemonía cultural española, que denunciaba Unamuno, es confirmada por Rodó, así como advierte «el estado de postración y decadencia que hoy nos presenta». Al considerar el *Quijote*, asistimos a una recorrida por ciertos lugares comunes, como la posición del libro respecto a las novelas de caballería, el valor que tiene como escuela de estilo y la vigencia y actualidad que ofrece, por cuanto «adquiere [...] nuevo interés al transcurrir el tiempo», pero al observar la oposición entre don Quijote y Sancho es cuando afloran otras de las preocupaciones más específicas de Rodó y, como hemos visto, de su época.

El hallazgo de apuntes de clase, pertenecientes a los cursos de literatura impartidos por José Enrique Rodó, nos facilita un acceso diferente a su punto de vista sobre Cervantes. Las referidas notas fueron tomadas por Hipólito Barbagelata, alumno de Rodó, presumiblemente entre 1898 y 1903 (González Briz, 2001).¹⁴⁶ Estas revelan, en buena medida, los alcances del curso, de nivel secundario, que pretendía dar al alumno una noción general acerca de autores y obras significativos de la literatura universal. Por tanto, no se encuentra aquí la sutileza o elegancia que puede brillar en los artículos de Rodó sobre Cervantes. Con todo, tienen la utilidad de poner en evidencia las *verdades* más aceptadas y divulgadas en la época. Los apuntes valoran en el *Quijote* «un mérito de carácter superior [...] en la personificación de dos tendencias que, desde que el mundo es tal, se han encontrado en todos los pueblos» (Cit. en González Briz, 2001: 187). De este modo, la interpretación simbólica, influida quizá por las lecturas románticas de la obra, se basaría en que el caballero representa «la tendencia generosa, desinteresada, la que nos impele a perseguir un ideal, a prestar servicios a nuestros semejantes», mientras que Sancho, «un labrador vulgar y grosero, de carácter positivo y sensual», pone de manifiesto «la tendencia interesada, la que nos hace buscar la prosperidad material, el lucro». Esta dicotomía entre las actividades nobles del espíritu y las finalidades materiales y pragmáticas de la vida humana significa una reformulación de la polaridad presente en su *Ariel* y se conecta con los modelos ideológicos *míticos* que venimos considerando: Ariel como representación del ideal y del espíritu, y Calibán como la concepción

146 Poco se sabe de Hipólito Barbagelata. Su hermano, Hugo (1885-1971), fue un destacado crítico y periodista uruguayo, quien comenzó su formación en Montevideo y la completó en París, donde se radicó. Escribió estudios históricos y literarios, reunió antologías y tradujo trabajos de escritores latinoamericanos al francés. Se dedicó especialmente a la obra de Rodó, Zorrilla, Eduardo Acevedo Díaz y Rubén Darío, además de publicar un volumen de cartas de Rodó a diversos correspondientes. En 1964, durante un viaje a París del historiador y entonces ministro de Instrucción Pública, Juan E. Pivel Devoto (1910-1997), se produce un encuentro con Hugo Barbagelata, quien le hizo entrega de los apuntes de clase de su hermano, tomados durante un curso de Rodó. El manuscrito se ha conservado en el Archivo de Juan E. Pivel Devoto (Brando, 2001; González Briz, 2001).

utilitaria, que Rodó identifica, a su vez, con la forma de vida norteamericana. De este modo, se vincula con esa visión un tanto arbitraria que algunos españoles proponían, en la primera década del siglo xx, de don Quijote como modelo de lo ibérico frente a un Sancho prototipo de lo anglosajón. De todas formas, Rodó salva el facilismo rescatando la complejidad de Cervantes en la presentación de oposiciones complementarias, quien «nos aconseja buscar y tener la generosidad, el idealismo de don Quijote, unidos al buen sentido práctico de Sancho, sin la insensatez de aquel ni la grosería de este» (González Briz, 2001: 186).

En estos apuntes de sus clases de literatura, Rodó apuntala el simbolismo del Quijote en las categorías heredadas, con mucha probabilidad, de sus lecturas europeas. En ese sentido, don Quijote representa el espíritu y Sancho representa el materialismo. Don Quijote es «la tendencia generosa, desinteresada, la que nos impele a perseguir un ideal, a prestar servicios a nuestros semejantes», mientras que Sancho, «un labrador vulgar y grosero, de carácter positivo y sensual», pone de manifiesto «la tendencia interesada, la que nos hace buscar la prosperidad material, el lucro» (González Briz, 2001: 186).

También es evidente que Rodó participa de la visión moderna del *Quijote* inaugurada con el Romanticismo, la que consolidó la superación de los tipos cómicos y la parodia. Como se ha dicho, es probable que de la *Filosofía del arte*, de Schelling, arranque la dicotomía entre lo trascendente y lo empírico, emblemática en el *Quijote*. De acuerdo a esta concepción, los personajes son funcionales a la idea de la lucha eterna del espíritu entre el ideal y el pueblo. Schlegel y Heine tenderán a expandir esas interpretaciones históricas, e igual suerte tendrán los elogios de Hegel al *Quijote* como modelo de obra artística, cuya acción se basa en oposiciones y permite la libertad de un personaje con independencia de la sociedad. O la importancia que al humor cervantino dieron Richter y Schopenhauer, como procedimiento elevado para poner en evidencia las antítesis de la vida (Menéndez y Pelayo, 1943: 201; Rodríguez, 2003). En adelante, y por esos carriles de significación, comienzan los personajes a adquirir categoría de símbolos.

Es necesario detenerse un momento en el método de análisis de Rodó para considerar un aspecto señalado por Close sobre el modo de proceder de la crítica simbólica y alegórica española de fines del siglo xix y comienzos del xx. Se trata de la confluencia de dos tendencias, aparentemente contradictorias, de acercamiento a la creación literaria, que William Wimsatt y Cleanth Brooks encuentran en los estudios ingleses, pero que pueden hacerse extensivas como tendencia general de la crítica europea: por un lado, «la fuerza de la erudición, anticuaria, de carácter pragmático, escéptico, factualista, textual, bibliográfico y biográfico» y, por otro, «la fuerza de la devoción al genio poético, a la personalidad, la originalidad, el alma y la emoción, las virtudes y los vicios, la vida, el sufrimiento y la muerte de los creadores literarios» (Close, 2005: 141-142). Esta confluencia dio como resultado un esquema más o menos frecuente de acercamiento a la creación literaria que parte del análisis del contexto, pasa

por la biografía, para luego encontrar en la obra conexiones, cuando no analogías, con la vida y la historia. Y el *Quijote*, dice Close, tendió a leerse como el resultado de la interacción de la vida y los padecimientos de Cervantes con la historia española del siglo de oro, y señala como libro típico en el ejercicio de este procedimiento crítico el de Maeztu, *Don Quijote, don Juan y la Celestina* (1926), que se estructura en tres secciones: 1) la vida de Cervantes, 2) la España de Cervantes y 3) la concepción del Quijote (Close, 2005: 142).

Los apuntes tomados por Barbagelata dan cuenta, a su vez, de los pasos con que el profesor Rodó aborda la obra cervantina, que aparecen documentados bajo los siguientes subtítulos: «1) Carácter de la época y medio en el que actuó, 2) Su vida, 3) Su labor literaria y en especial su inmortal obra: el *Quijote*». ¹⁴⁷ El tercer punto se ramificaba del siguiente modo: «Argumento, género literario y estilo del Quijote, carácter simbólico del Quijote, teoría de Taine» (González Briz, 2001: 182). ¹⁴⁸ La forma en que son encarados estos puntos ejemplifica de un modo más exhaustivo el alcance simbólico que Rodó encuentra en el *Quijote*.

Un Cristo a la jineta

Así como los escritores surgidos en el entorno del 98 peninsular encontraron en el personaje de don Quijote un símbolo para expresar la reflexión sobre España, puede afirmarse que, aquellos que, por la misma época, pueden nuclearse bajo las banderas del modernismo,

también consideraron el *Quijote* como uno de sus libros predilectos [...], [destacando en este], por un lado, el idealismo, la ilusión, la fantasía y el ensueño, que posibilitan la creación de un mundo imaginativo alejado de la realidad. En segundo lugar, el sentido humanitario: la locura quijotesca se interpreta como un acto de caridad en el que el héroe defiende a los débiles sin preocuparse de sí mismo; en tercer lugar, [...] un sentimiento religioso: don Quijote es comparado en muchas ocasiones con Cristo y se le atribuye una naturaleza divina por su excesiva humanidad. Y, finalmente, el sentido artístico de la obra de Cervantes (Montero Reguera, 2001: 206). ¹⁴⁹

147 Rodó cita como fuente biográfica la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* de Mayans y Siscar, que prologó la edición londinense de 1738.

148 Obviamente, no podemos dar fe de que estos apuntes sean una transcripción exacta de la palabra rodoniana y de que no se traten de una reconstrucción posterior. Aun así, por todo lo visto, hay elementos para pensar que son medianamente fieles (véase González Briz, 2001).

149 Aparte de las creaciones de Rubén Darío, de importante repercusión a comienzos del novecientos, Montero Reguera agrega que hay pocos ensayos modernistas dedicados a don Quijote: *La tristeza del Quijote*, de Gregorio Martínez Sierra (publicado en Madrid en 1905), *La muerte de don Quijote*, de Jacinto Benavente, algunas páginas de Juan Ramón Jiménez que destacan los valores estéticos del *Quijote*, especialmente el ritmo y la variedad léxica, que considera de origen popular, y los artículos de Emilio Carrere, con notas de costumbrismo y melancolía («La estatua de Cervantes», «A la estatua de Cervantes le hace falta media espada») (Montero Reguera, 2001: 206).

En sintonía con esa impronta intercontinental, Víctor Pérez Petit,¹⁵⁰ abogado, político, narrador y periodista, contemporáneo y amigo de Rodó, publica en Uruguay, en 1905, un breve libro como homenaje al centenario de Cervantes, justificándolo por la «gloria inmarcesible» de don Quijote (Pérez Petit, 1905: 11) y declarando que el libro es un «monumento de la literatura castellana» (Pérez Petit, 1905: 19). La monumentalización del texto-obra, en este caso, del *Quijote*, representa una opinión que se reitera bajo diferentes formulaciones en distintos textos del período estudiado —y que ya destacamos en forma genérica como una tendencia propia de comienzos del siglo xx. Puede ser este el momento de señalar al respecto la utilidad de las recientes investigaciones de Pérez Magallón (2015) sobre la monumentalización de Cervantes y su obra. Este estudioso registra ya en 1903, en Austria, una referencia al *monumento* como

obra realizada por la mano humana y creada con el fin específico de mantener hazañas o destinos individuales (o un conjunto de estos) siempre vivos y presentes en la conciencia de las generaciones venideras (cit. en Pérez Magallón, 2015: 17).

En 1925, el *Diccionario* de la Real Academia Española incorporaba para *monumento* la acepción de «obra científica, artística o literaria que se hace memorable por su mérito excepcional» (cit. en Pérez Magallón, 2015: 17). Siglos antes, el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Sebastián de Covarrubias (1611) remitía a la definición latina: «est quid quid nos monet», por lo que estaría implícito en su uso la idea de aquello que nos «advierde y recuerda»,

algo relacionado con las intervenciones humanas en las diferentes esferas que marcan el rumbo de la humanidad o de los ámbitos nacionales de la humanidad. [...] Françoise Choay, basándose en la raíz latina de la voz, *monumentum* y su fuente *monere* («advertir», «recordar»), pone el acento en la naturaleza afectiva de la palabra (Pérez Magallón, 2015: 17).

Monumento sería, de acuerdo a las voces y prácticas estudiadas por Pérez Magallón, cualquier artefacto digno de rememorar, levantado por una comunidad para que las generaciones presentes lo recuerden y para imprimirles en su memoria afectiva un lazo emocional que lo ligue con «la identidad de una comunidad» (Pérez Magallón, 2015: 18). El oportuno comentario de Pérez Petit pone su texto en la línea de valoración de la obra que se desplegó entre sus contemporáneos.

150 Víctor Pérez Petit (1871-1947) fue miembro correspondiente de la Real Academia Española. Como crítico, se ocupó del naturalismo —que introdujo— y, especialmente, de la obra de Émile Zola, participó en el debate sobre civilización y barbarie, y comentó a Rodó, de quien fue amigo y con quien compartió la dirección de la *Revista Nacional de Literatura y Crítica*. Como creador, «representó en las letras uruguayas el caso no infrecuente del escritor que, desde un decoroso nivel de calidad, proyecta sus intereses sobre un registro de géneros prácticamente exhaustivo, y llega a desarrollar, de este modo, una personalidad literaria considerable y respetada, sin que empero ninguna obra en singular, ninguna página memorable sean capaces de salvarlos del olvido tras la muerte y la variación regular de escuelas y estilos» (Real de Azúa, 2001: 148).

Su aproximación es de tipo ensayístico, en la que primeramente destaca la capacidad del *Quijote* de hablar a todos: este es, para Pérez Petit, el secreto que la obra esconde. En ese sentido, es fundamental advertir la capacidad simbólica que encierra para el comentarista, el tipo del «loco soñador», dentro del cual cada lector encontrará su imagen, no exenta de valor moral, en una página saturada de elementos románticos:

Don Quijote es ese hombre que va tras un ideal y encuentra una desilusión; es eso otro que lucha por una idea y perece al darle vida; es aquel de más allá que fracasa en todas las tentativas por no adaptarse al medio en que vive; [...] es el niño víctima de su fantasía, el hombre esclavo de sus pasiones, el viejo vencido por la vida; es, en fin, el símbolo de todos los hombres, porque todos tenemos en el cerebro un ideal irrealizable y en el corazón un sentimiento que nunca armonizará con la realidad (Pérez Petit, 1905: 41).

Atribuye su carga simbólica al «genio» singular de Cervantes. No falta en las aproximaciones de Pérez Petit la potencialidad filosófica y aun religiosa que revela el *Quijote* de acuerdo a una mirada que, como se dijo, si bien ya estaba esbozada desde el siglo XIX, adquiere fuerza en el pensamiento idealista y traza una línea crítica que aprovecharán los autores católicos y que por esta época asume una connotación mesiánica: «Don Quijote es la razón de ser del hombre en la tierra; es Prometeo escalando los cielos para robarle la luz de su inteligencia; es Jesús subiendo al Sinaí para regenerar el mundo» (Pérez Petit, 1905: 46). En todo caso, para Pérez Petit, don Quijote es el héroe espiritual de una época laica, que necesita encontrar un sentido al sacrificio, a la moderación de las pasiones, al altruismo y la generosidad. Y ese es el sentido del *Quijote* en cuanto ejemplo moral que comparte con Rodó y Reyles en el campo uruguayo, poco propenso a la imaginería religiosa tanto como a la devoción, pero necesitado, desde la estabilización del batllismo, del sostén de una mística laica.

Además de la justa mención de su contribución a los escasos textos de homenaje que aparecen en 1905 en Uruguay, estas citas de Pérez Petit sirven para introducir un tópico que, al parecer, nace a comienzos del siglo XX: se trata de la sacralización de don Quijote, en las variantes de encontrar en el héroe atributos de Cristo o asemejarlo a él, de santificarlo, o, incluso, el extremo de su cristificación, es decir, convertirlo en un Cristo, recursos que van a gozar de exitosa prosperidad hasta el presente.¹⁵¹

151 Un interesante trabajo de Cyril Aslanov (2008) analiza el origen y la fortuna de la imagen dolorista de don Quijote, a partir del Romanticismo y el Posromanticismo, que transformó al hidalgo manchego en un santo o en un «equivalente laicizado de Jesús», rastreando, incluso, la importancia de la iconografía en esa conversión (comenzando, para el caso, por las célebres ilustraciones de Gustave Doré al texto de Cervantes). Según indaga Aslanov, las lecturas románticas del *Quijote* hicieron que el héroe de Cervantes se volviera una figura de cristiano ejemplar o aun una *imitatio Christi*. Sin embargo, afirma que «la cristianización del Quijote puede también reflejar la voluntad de racionalizar la religión cristiana, ya que el hecho mismo de poner en comunicación un texto sagrado y una novela secular supone una tendencia hacia la laicización de la cultura católica. [...] Equiparar implícitamente un personaje novelesco

Sin ir más lejos, Rodó tituló «El Cristo a la jineta» el único artículo que escribió en fechas cercanas al centenario de 1905, o sea, inmediatamente después de este (Rodó, 1957: 521). Aunque se recoge en *El mirador de Próspero* (1908), está fechado dos años antes, ya que el libro reúne artículos dispersos en diarios y revistas, muchos de ellos enviados a *La Nación* de Buenos Aires (Rodríguez Monegal, 1957: 484).

La idea rodoniana de «Cristo a la jineta» sale del propio texto de Cervantes, ya que en el capítulo xvi de la segunda parte del *Quijote* aparece una caracterización muy semejante de un personaje en boca de Sancho, que sirve de base a Rodó para la identificación de don Quijote: «—Déjenme besar —respondió Sancho—, porque me parece vuesa merced el primer santo a la jineta¹⁵² que he visto en todos los días de mi vida» (Cervantes Saavedra, 2005: 564).

Esta corresponde al episodio del encuentro del hidalgo y escudero con don Diego de Miranda, a quien don Quijote llamará el Caballero del Verde Gabán, figura que se presenta espejada a la de don Quijote, pero, a la vez, como si se reflejara en un espejo invertido, ya que su forma de vida es opuesta en muchos aspectos: cómoda, holgada y dedicada a cuidar la hacienda y la paz familiar. Como señala Randolph D. Pope,

los dos tienen una edad semejante, pero difieren marcadamente en los recursos de que disponen y en su vocación. Más que una simple conversación, se trata de un conflicto soterrado: es frecuente en las historias de héroes y santos enfrentarlos a otras posibilidades de vida, tentándolos con una vida más segura y menos esforzada. Don Quijote parece escuchar con alguna pesadumbre la descripción de la vida de don Diego, que puede corresponder a un ideal erasmista, pero se ríe cuando Sancho extrema considerando al rico caballero un santo. Son sospechosas la elogiosa descripción que don Diego hace de sí mismo, así como su vestimenta, que a pesar de ceñirse en todo a la moda del momento, incluso con moderación, no deja de revelar cierta vanidad y sugiere por el predominio del verde —color asociado a lo erótico y a los bufones— alguna extravagancia. Las limitaciones de la vida grata pero de escaso vuelo del Caballero del Verde Gabán se revelan inmediatamente cuando cuenta que

con el hombre-Dios de los cristianos supone un proceso inverso de humanización de Jesús [...]. De este modo, la posibilidad de establecer una equivalencia entre el héroe cervantino y Jesús supone una total descontextualización de la obra y su transformación en una fábula de dimensión universal. Desde la Francia de la edad romántica o posromántica hasta la Rusia soviética se nota una continuidad en la reapropiación de la figura del hidalgo manchego y en la reinterpretación dolorista, carente de la dimensión burlesca del *Quijote* en su contexto de producción barroco» (Aslanov, 2008: 549-550). El autor señala, de todos modos, que «la equivalencia entre Jesús y don Quijote es estimulada por el texto mismo del *Quijote*, donde se encuentran algunas reminiscencias del texto neotestamentario» (Aslanov, 2008: 550).

152 «El modo de cabalgar a la jineta, o sea, con estribos cortos, al mantener la pierna medio doblada, permite sujetar mejor el caballo y da mayor agilidad al jinete; don Quijote monta a la brida, o sea, con estribos largos» (véase: <http://cvc.cervantes.es/obref/quijote/edicion/parte2/cap16/default_01.htm>). Este punto es trabajado especialmente por Augustin Redondo en «El personaje del Caballero del Verde Gabán», recogido en *Otra manera de leer el Quijote* (Redondo, 1998: 265-289).

tiene un hijo que se dedica a la poesía, vocación que deja a don Diego perplejo, pero que don Quijote defiende con elocuencia, devuelto a un terreno en que supera en conocimiento y sensibilidad a su rico vecino manchego.¹⁵³

La vida de Diego de Miranda puede ser vista «como peligrosa alternativa vital» por el maltrecho don Quijote, aunque no debe descartarse el matiz irónico señalado en su cuidadosa vestimenta y su falta de riesgo. Uno de los aspectos que diferencia a don Diego es la calidad y el estilo del apero y demás accesorios para montar, que combina con su ropa:

Venía sobre muy hermosa yegua tordilla, vestido un gabán de paño fino verde, jironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo y de la jineta, asimismo de morado y verde; traía un alfanje morisco pendiente de un ancho tahalí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas, que, por hacer labor con todo el vestido, parecía mejor que si fueran de oro puro (Cervantes Saavedra, 2005: 561).

Tanto énfasis en el vestuario y en los colores podría admitir una sospecha de frivolidad mundana y hasta falsedad, según aparece en otros personajes del *Quijote*, como el fanfarrón Vicente de la Rosa en el capítulo LI de la primera parte (Cervantes Saavedra, 2005: 441). Por tanto, el deslumbramiento de Sancho por don Diego de Miranda y el deseo de besar su mano tratándolo de santo, además de causar risa a don Quijote, ocurren, quizás, en contraste con la ironía del narrador cervantino al presentarlo. En todo caso, si bien podría considerarse, desde algún punto de vista, un modelo de virtud, se distancia claramente del modelo tradicional de santo guerrero.¹⁵⁴

Aunque la idea del santo guerrero se remonta al Bajo Imperio romano, principalmente a los escritos de Agustín de Hipona y a las teorías de las dos ciudades, en la Edad Media, las órdenes de caballerías dieron gran desarrollo al modelo de caballero cristiano. Los libros de caballerías que parodia Cervantes y lee con fruición Alonso Quijano, surgidos a fines del siglo xv, pusieron, sin embargo, mayor relieve en los rasgos mundanos de los caballeros, identificados más bien con el amor, el

153 Se trata del comentario genérico del episodio disponible en la edición en línea del Centro Virtual Cervantes (<http://cvc.cervantes.es/literatura/clasicos/quijote/edicion/parte2/cap16/nota_cap_16.htm>). Pope ofrece también una bibliografía básica de trabajos dedicados a analizar ese pasaje, de Alberto Sánchez, Ruth El Saffar, Luis Murillo, Jack Weiger y uno suyo. Clark Colahan y Alfred Rodríguez muestran la tradición de la vida cómoda como una tentación del caballero andante. Las sospechas sobre el valor del color verde y las dudas sobre la virtud del Caballero del Verde Gabán se dan en See V. A. Chamberlain y Jack Weiner, Francisco Márquez Villanueva y Percas de Ponseti, entre otros.

154 Aunque se ha señalado la coincidencia de la forma de vida de don Diego, según él la relata, con el modelo de virtud propuesto por Erasmo, basado en la prudencia, la piedad y la moderación. Como ejemplo del *aurea mediocritas* del neopiecurismo que atraía a Erasmo y del *justo medio* aristotélico, Márquez Villanueva estudió el personaje destacando, sobre todo, «la ausencia de vicios más que el cultivo de virtudes» y su idea de la felicidad definida «más bien por la ausencia de preocupación y el dolor moral que no por sus grandes halagos, triunfos y alegrías» (Álvarez, 2007: 148).

ansia de fama y el renombre (Huizinga, 1995; Duby, 1997). De igual modo, la caballería se asocia, en el imaginario social y literario, a la milicia o, cuando menos, a lances heroicos.¹⁵⁵ Pero, claramente, Diego de Miranda no pertenece a ninguno de estos dos modelos, ni al histórico ni al literario, sino que representa los valores y características de la nueva burguesía rural. Eso explica la profunda diferencia que lo separa de don Quijote. Incluso montar a la jineta correspondería a un modo más hábil o virtuoso, pero más distante de las costumbres de la caballería.

Si consideramos el texto desde esta perspectiva, a la luz de la crítica cervantina del siglo xx, resulta bastante probable que el sentido que Rodó pretendió darle a la frase para referirse a don Quijote no se ajuste en todo al sentido que Cervantes puso en boca de Sancho como elogio del Caballero del Verde Gabán. Parece evidente que Rodó exalta lo contrario al *justo medio* que encarna don Diego:

Después del Cristo de paz, hubo menester la humana historia del Cristo guerrero, y entonces naciste tú, don Quijote, Cristo militante, Cristo con armas, implica contradicción, de donde nace, en parte lo cómico de tu figura, y también lo que de sublime hay en ella (Rodó, 1967: 538).

El paralelismo que establece Rodó se fundamenta en los valores cristianos, y la distancia entre el ideal evangélico contemplativo y el militar activo se explica por las necesidades de la época, como si la edad de hierro exigiera una intervención de las caballerías, como piensa don Quijote, pero, en este caso, el valor de la acción pasa por el tamiz del idealismo de Rodó. El escritor uruguayo encuentra en la paradoja del cristianismo guerrero la manifestación de lo sublime y de lo ridículo unidos, paradoja muy romántica y que, presumiblemente, abreva en Schlegel.¹⁵⁶ De acuerdo a un método más poético que reflexivo, reforzado en el uso de la segunda persona, va desarrollando la idea del paralelismo entre Cristo y don Quijote, con identificaciones de este tipo:

Cuarenta días y cuarenta noches pasó él en retiro del desierto, y tú, en tu penitencia de Sierra Morena, pasaras otros tantos, a no sacarte de allí maquinaciones de los hombres. Rameras hubo a su lado y las purificó su caridad; como a tu lado, y transfiguradas por tu gentileza, maritornes y mozas del partido. Él dijo: «Bienaventurados los que padecen persecución de la justicia», y tú, pasando del dicho inaudito al hecho temerario, trozaste la cadena de los galeotes (Rodó, 1967: 521).

El artículo se extiende luego en el mismo sentido, pero ganando en un *crescendo* de idealización del personaje y su proyección social y espiritual como guía de los lectores futuros:

155 La idea de la santidad que puede ganarse por las armas no era totalmente ajena a la época de Cervantes, al menos si nos atenemos al comentario que Alonso Fernández de Avellaneda pone en boca de su don Quijote apócrifo cuando insta a Sancho a salir de aventuras: «Pero creo que vuestra merced querrá ahora que nos volvamos santos andantes para ganar el paraíso terrenal» (Fernández de Avellaneda en Cervantes Saavedra, 1962: 1154).

156 Véase Caeiro, 2005.

El letrero que en Barcelona cosen a tu espalda es el «Este es el Rey de los Judíos», con que se te expone a la irrisión. Sansón Carrasco es el Judas que te entrega. Un publicano, San Mateo, escribió el Evangelio de Cristo, y otro publicano, Miguel de Cervantes, tu Evangelio. Dos naturalezas había en ti, como en el Redentor, la humana y la divina; la divina de don Quijote, la humana de Alonso Quijano, *el Bueno*. Murió Alonso Quijano y para otros quedaron su hacienda, y las armas tuyas, y el rocín flaco y el galgo corredor, pero tú, don Quijote, tú, si moriste, resucitaste al tercer día: no para subir al cielo, sino para proseguir y consumir tus aventuras gloriosas; y aún andas por el mundo, aunque invisible y ubicuo, y aún deshaces agravios, y enderezas entuertos, y tienes guerra con encantadores, y favoreces a los débiles, los necesitados y los humildes, ¡oh sublime don Quijote, Cristo ejecutivo, Cristo-León, Cristo a la jineta! (Rodó, 1967: 521).¹⁵⁷

Al comentar la obra de Unamuno, ya se ha mencionado su presentación del quijotismo como religión y de don Quijote como un Cristo español. Desde entonces, la asociación con la «locura de la cruz»,¹⁵⁸ de cuño paulista, ha servido, en distintos momentos, para expresar la radicalidad con que don Quijote asume su empresa, por lo menos, si nos atenemos solo al marco temporal y al recorte previsto para nuestro trabajo, hasta León Felipe.¹⁵⁹

Por su parte, Rodó asimila otra identificación que tiene su interés en el apelativo que le da a don Quijote como «Cristo-león». En toda tradición cristiana, Cristo es representado a la vez como cordero y como león; «león de Judá» es asignación apoyada en la profecía de Jacob (Gén 49, 9) y retomada en la visión apocalíptica de Juan (Ap 5, 5). El sacrificio de Cristo es asociado al triunfo, y, por eso, se presenta manso y humilde de corazón, al mismo tiempo que posee una fuerza divina y victoriosa. Así lo explica San Agustín, diciendo que es «cordero en la pasión y león en la resurrección» (Torres, 2013: 55). El epíteto de Rodó

157 Francisco Rico advierte sobre el éxito de los giros «desfacer entuertos» y «enderezar entuertos», tan frecuentes en las referencias académicas y populares que se refieren a don Quijote y que, sin embargo, «no aparecen jamás en la pluma de Cervantes». «El remedo arcaizante que se oye en el mundo de don Quijote es desfacer y, sobre todo, naturalmente, enderezar tuertos. No podía ser de otra manera, porque antes del siglo XVIII la forma *entuerto*, no recogida en Covarrubias ni en *Autoridades* ni en su heredero de 1780, solo se documenta con el valor de “dolores de vientre que suelen sobrevenir a las mujeres poco después de haber parido”» (Rico, 2012: 211-212). Sin embargo, encuentra la primera aparición de «deshacer entuertos» en una parodia cervantina ya en 1687 (Rico, 2012: 213).

158 En el caso de Rodó, puede conjeturarse su posible inspiración en la *Vie de Jésus*, de Ernest Renan, así como en su lección inaugural en el College de France, en la que este presenta a Jesús como un «homme incomparable»: «La relectura del Evangelio realizada por Renan procuró acreditar la tesis según la cual Jesús había sido un hombre exaltado al límite de la locura. En varios pasajes de la lectura neoarianista que Renan hizo de los Evangelios se podría creer que no se trata de Jesús, sino de don Quijote» (Aslanov, 2008: 552).

159 Cesáreo Bandera ha trabajado sobre la impregnación cristiana del héroe de Cervantes, aunque asume el arrepentimiento final de haberse dejado llevar por «la imitación a Amadís» antes que «por la imitación de Cristo». Aun así, para el crítico, el libro de Cervantes propondría un modelo de imitación de Cristo (véase: BANDERA, Cesáreo, *«Monda y desnuda»: la humilde historia de don Quijote*, Madrid: Editorial Iberoamericana/Universidad de Navarra, 2005).

asume la cristificación de don Quijote ya arraigada y le incorpora los atributos del león, gracias al valor demostrado en el episodio. Si Sancho identifica a Diego de Miranda como santo y nombra a don Quijote «caballero de los leones», Rodó fusiona esas valencias con la advocación de «Cristo-león».

Otro aspecto también sugerido en el texto de Rodó con relación a don Quijote, el del heroísmo extremo y altruista que suscita incompreensión por la radicalidad de su entrega, ha llevado muchos años después a Carlos Quijano¹⁶⁰ a aprovechar la calificación de Rodó para aplicarla al héroe patrio, José Gervasio Artigas, en 1964 cuando, por las circunstancias políticas que atravesaba el continente, también debía apelarse a la necesidad de la lucha y argumentar la nobleza del mesianismo incomprendido. La figura de un Cristo combatiente servía nuevamente para reivindicar los valores evangélicos, en especial, la apuesta por los más desfavorecidos, pero también para sostener la validez de la derrota o la incompreensión de las mayorías:

El héroe que no contó con el favor de los dioses. El combatiente de carne y hueso en un perdido rincón del mundo, en un perdido rincón de América, que debió librar una larga batalla, sin pausa, solo, contra los de fuera y contra los propios. El héroe limpio de oropel y sin eco, cuyo único refugio era la fe de los más humildes y más desamparados, y también su misma fe, nunca quebrantada, en esos desamparados y humildes. ¿Qué otro personaje a lo largo y a lo ancho de todo el continente sostuvo combate semejante? ¿Qué otro personaje a lo largo y a lo ancho de la memoria de los hombres mantiene silencio tan digno, soporta sufrimiento tan constante y prolongado cuando, dicho su mensaje y cumplida su jornada, queda solo, ya definitivamente solo, en diálogo con Dios y a la espera de la muerte? Bienvenida ella si es súbita y más si se cumple en la euforia de la pelea. Desgraciado de aquel que padece lento agonizar y mayor su gloria si no cede a los golpes de las horas, y a las acechanzas del abandono y a la física decrepitud.

Otros hubieran querido explicarse y justificarse. Él, en su recóndito ostracismo, no. Ni se explicó ni se justificó. Después de haber librado batalla, calló. Ese, su augusto silencio, no tiene paralelo ni ejemplo. Una crucifixión que duró treinta años. Cristo a la jineta, él sí. Nuestro Cristo a la jineta, que, en su inmenso desamparo, luego de mostrarnos cómo se combate, nos enseñó cómo se espera. Allí sobre la cruz, pudo preguntarse si su afán había sido necesario y fecundo. Allí, sobre la cruz pudo, en un humano momento de flaqueza, también impetrar: «Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado?». Pero ya despojado de todo orgullo, ya liberado de toda vanidad, si es que algún día la tuvo, él, Cristo inmortal a la jineta, desvalido y miserable, enmudeció y se inclinó.

160 Carlos Quijano (Montevideo, 1900 - México, 1984) fue un importante ensayista y periodista, partidario de un socialismo latinoamericanista de corte antiimperialista. Fundó, en 1939, el semanario *Marcha*, que acompañó, con su crítica lúcida, la historia uruguaya hasta su clausura por el gobierno militar en 1974, momento en que Quijano debió partir al exilio mexicano. Como señaló Hugo Alfaro, la «tarea más honda y fecunda de Quijano, porque se extiende casi a lo largo del siglo, fue pensar el país» (Alfaro, 2001: 174).

Tanto o más que su brioso batallar es su transido silencio, el que ahora nos golpea, el que nos golpeará siempre mientras los orientales, y aún los americanos, no seamos lo que él quiso que fuéramos.

Sí, él, Cristo a la jineta, nuestro Cristo a la jineta, para redención de nuestros pecados y salvación de nuestra alma y nuestra tierra. Sí, él, nuestro Cristo a la jineta, para ayudarnos a vivir y para ayudarnos a morir.

El mensaje del combatiente podrá —deberá— cumplirse un día y quedar vacío de virtualidad creadora. La enseñanza del hombre nunca se agotará (Quijano, 1964: 11).

Varios mitologemas se cruzan en estas notas de arenga. Es inevitable pensar que Quijano tiene en cuenta el don Quijote-Cristo de Rodó, asociación que aprovecha y cuyo corrimiento alcanza a la figura de Artigas, que aparece como modelo mesiánico e impulso al compromiso activo contra otras formas de poder hegemónicas. Nada más el uso de la fórmula arcaica «brioso batallar» sugiere héroes de otras épocas, andantes a caballo y voluntarismo quijotesco. Pero por si eso no bastara, la aclaración que necesita enfatizar Quijano, repitiéndola, pone su texto en diálogo con el de Rodó, a quien corrige suavemente, a la vez que lo cita implícitamente: «Cristo a la jineta, él sí. *Nuestro Cristo a la jineta*».

Ya se ha mencionado que Gervasio Antonio de Posadas, en una carta al general José de San Martín, se refirió a Artigas como un *quijote* del Río de la Plata (González Gadea, 2005: 18). En la recreación literaria, también Zorrilla tomó al héroe de la independencia oriental como una encarnación de don Quijote en *La epopeya de Artigas* (1910):

La inaudita creación de Cervantes, el español que creó a don Quijote, es el poema de la inmortalidad; eso que hace reír y llorar al mismo tiempo, solo eso es lo que ha hecho del Quijote el humano poema universal. Las armas del hidalgo manchego cobran todas las formas de que puede vestirse el hombre; dentro de todas ellas cabe el caballero que sirvió a Dulcinea, «solo para poder llamarse suyo»; esta se llama Ciencia, Belleza, Patria y siempre Gloria. ¿Será menos locura el abnegarse por una Dulcinea real, pero puramente humana, simple labradora de tierra, que por la imaginación del buen Alonso Quijano? ¿Dónde está la realidad, objeto de la abnegación del hombre? Según sea ese objeto, y no según la armadura del caballero que lo sirve, la acción humana será más o menos cuerda; para serlo en absoluto, Absoluto ha de ser aquel objeto. Solo los santos han sentido, pues, el amor heroico. Que solo Dios es el Todo Amable. Y, sin embargo, aquel instinto tiene siempre algo de sagrado; infunde siempre respeto.

Artigas, gran Quijote vestido de casaquilla de blandengue y de poncho americano, fue el agente más visible de su acción heroica (cit. en González Gadea, 2005: 34).

Si, además, Bolívar se sintió él mismo un *quijote* en momentos en que consideraba estéril su lucha, escaso el apoyo o imposible el triunfo, se pone de manifiesto la identificación del personaje con el idealismo altruista activo (y la admiración aun en la derrota o el ridículo) en la época de las revoluciones

independentistas de las primeras décadas del siglo XIX (González Gadea, 2005). Otras urgencias políticas apelan a los mismos simbolismos, según puede leerse en el diario del Che, cuando anota, al internarse en las selvas de Bolivia: «Ya siento en los talones los ijares de Rocinante» (cit. en Muñoz Molina, 1999).

Santidad y heroísmo salvífico son invocados, entonces, muchas veces a lo largo del siglo XX como atributos quijotescos, cuando se quiere establecer comparaciones con figuras o actitudes históricas. Si bien la idea del quijotismo como religión debe a Unamuno su extensión, es probable que la popularización de la imagen del Quijote cristificado se deba al célebre poema con que Rubén Darío honró en España el acto de celebración de los trescientos años del libro de Cervantes en 1905.¹⁶¹

Es el año de la publicación de *Cantos de vida y esperanza*, que salió en una edición de 500 ejemplares, costada por el autor. Antes de eso, el 13 de mayo, Darío no asistió a los actos de homenaje a Cervantes en el paraninfo de la Universidad Central, alegando enfermedad, y el actor Ricardo Calvo leyó el poema escrito para la ocasión (Rovira, 2009). En la segunda edición del libro, Darío agregó la dedicatoria a Navarro Ledesma, el más activo de los promotores y organizadores del acto, que falleciera en setiembre de 1905:

«Letanía de Nuestro Señor don Quijote»
Rey de los hidalgos, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón.

Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad...

¡Caballero errante de los caballeros,
varón de varones, príncipe de fieros,
par entre los pares, maestro, salud!
¡Salud, porque juzgo que hoy muy poca tienes,
entre los aplausos o entre los desdenes,
y entre las coronas y los parabienes
y las tonterías de la multitud!

161 Una variante de esta santificación quijotesca es expresada en el artículo de Napoleón Baccino Ponce de León, publicado en 1985, en el que el atributo de santidad pasa del personaje al autor, reencarnando valores laicos relacionados con la esencia de una forma de españolismo (Baccino Ponce de León, 1985: 13).

¡Tú, para quien pocas fueron las victorias
antiguas y para quien clásicas glorias
serían apenas de ley y razón,
soportas elogios, memorias, discursos,
resistes certámenes, tarjetas, concursos,
y, teniendo, a Orfeo, tienes a orfeón!

Escucha, divino Rolando del sueño,
a un enamorado de tu Clavileño,
y cuyo Pegaso relincha hacia ti;
escucha los versos de estas letanías,
hechas con las cosas de todos los días
y con otras que en lo misterioso vi.

¡Ruega por nosotros, hambrientos de vida,
con el alma a tientas, con la fe perdida,
llenos de congojas y faltos de sol,
por advenedizas almas de manga ancha,
que ridiculizan el ser de la Mancha,
el ser generoso y el ser español!

¡Ruega por nosotros, que necesitamos
las mágicas rosas, los sublimes ramos
de laurel! *Pro nobis ora*, gran señor.
(Tiembla la floresta de laurel del mundo,
y antes que tu hermano vago, Segismundo,
el pálido Hamlet te ofrece una flor.)

Ruega generoso, piadoso, orgulloso,
ruega casto, puro, celeste, animoso;
por nos intercede, suplica por nos,
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios.

De tantas tristezas, de dolores tantos,
de los superhombres de Nietzsche, de cantos
áfonos, recetas que firma un doctor,
de las epidemias de horribles blasfemias
de las Academias,
líbranos, señor.

De rudos malsines,¹⁶²
falsos paladines,
y espíritus finos y blandos y ruines,

162 Cizañeros, ponzoñosos.

del hampa que sacia
su canallocracia
con burlar la gloria, la vida, el honor,
del puñal con gracia,
¡líbranos, señor!
Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos,
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad...

Ora por nosotros, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión;
¡que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón!
(Darío, 1967: 685).

José Carlos Rovira ha estudiado la repercusión de *Cantos de vida y esperanza* en el contexto madrileño de la época y también ha afirmado:

Creo que el homenaje de Rubén al *Quijote* fue lo más sorprendente en literatura que se produjo en la España de 1905. Las «Letanías de Nuestro Señor don Quijote» resonaron con fuerza en aquel Madrid conmemorativo. Algunos de entre el mundo académico no debieron conciliar el sueño aquel día por el estupor que le habría producido las palabras del nicaragüense leídas en aquel acto (Rovira, 2009).¹⁶³

Lo cierto es que, además de emprender contra los discursos, las memorias y las academias, el poema conjuga todos los tópicos que venimos relevando en textos españoles y latinoamericanos en la época. Tiene la virtud de concentrar ideas y representaciones sobre el *Quijote* que se debatían desde 1898 en la prensa cultural y en otros escritos y discursos, y, a su vez, la capacidad de proyectarlos a una divulgación máxima gracias al género poético, de por sí más sintético y favorable a la difusión, y sobre todo, respaldada por el ya enorme prestigio de Darío en los dos continentes.¹⁶⁴

El ruego a don Quijote-Cristo que «nos libre» (a los pueblos hispánicos, debe entenderse) «del hampa que sacia / su canallocracia / con burlar la gloria, la vida, el honor», lo acerca a las aspiraciones y sospechas rodonianas acerca del triunfo

163 En la primera edición, el poema figuró con un título plural: «Letanías», que fue corregido en las posteriores.

164 Comentando el poema, dice Darío en *Historia de mis libros* (1913): «afirmo mi arraigado idealismo, mi pasión por lo elevado y heroico, la figura del caballero simbólico está coronado de luz y de tristeza. En el poema se intenta la sonrisa del humour —como un recuerdo de la portentosa creación cervantina—, mas tras el sonreír está el rostro de la humana tortura ante las realidades que no tocan la complexión y el pellejo de Sancho» (cit. en Arellano, 2005: 4).

de la democracia entendida como vulgarización masiva y concepción materialista del mundo, la despreciable entronización del «vulgo errante, municipal y espeso» sobre cualquier forma de aristocracia espiritual (Darío, 1967: 680). Entre otras referencias al triunfo del prosaísmo, puede encontrarse, probablemente, una alusión indirecta a las circunstancias internacionales, cuando Darío se opone, en ese poema, a las «advenedizas almas de manga ancha, / que ridiculizan el ser de la Mancha, / el ser generoso y el ser español» (Darío, 1967: 686).

En cierta forma, el nicaragüense había entrado en el debate, en oportunidad de la provocación de Unamuno en la que solicitaba que «¡muera don Quijote!» para que «¡viva Alonso Quijano, *el Bueno!*» (1898),¹⁶⁵ cuando contestó, en un artículo de *La Nación*, «don Quijote no puede ni debe morir»¹⁶⁶ y elaboró la identificación del hidalgo manchego con las naciones de habla hispana, en el sentido que lo había visto Zorrilla de San Martín y según lo va a desarrollar más extensamente Rodó:

Don Quijote no puede ni debe morir; en sus avatares cambia de aspecto, pero es el que trae la sal de la gloria, el oro del ideal, el alma del mundo. Un tiempo se llamó el Cid, y aun muerto ganó batallas. Otro, Cristóbal Colón, y su Dulcinea fue la América... (cit. en Arellano, 2005: 8).

Don Quijote sintetizaba el vínculo con España y lo más destacable de su historia, desde la Reconquista liderada por Castilla hasta la Conquista de América. La identificación con Cristóbal Colón reúne dos mitos fuertes de fin de siglo en el reforzamiento de los contactos culturales, al igual que ocurre en el poema dedicado al descubridor, que resalta los mismos aspectos, aunque, en la crítica al vulgo, agrega una nota de desprecio por las revoluciones independentistas, que separaron a los hijos de la madre patria:

«A Colón»

La cruz que nos llevaste padece mengua
y tras encanalladas revoluciones
la canalla escritora mancha la lengua
que escribieron Cervantes y Calderones

(Darío, 1967).

Cervantes y Calderón representan, como es obvio, la pureza de la casta por medio del idioma, y don Quijote, la historia de idealismos y el afán de gloria que unía a América con España. Este —en la «Letanía...»— también predica la pureza natural contra la sofisticación vana, la pasión contra la ciencia y la religión contra la blasfemia. Como a su vez lo desarrolla en la oda «A Roosevelt», Darío sostiene que la fe católica preservará una identidad latinoamericana espiritual frente al avance del pragmatismo anglosajón. Confirma asimismo la unión de estos dos términos en otro poema, «Preludio» (1906), dedicado a José Santos Chocano:

165 Publicado en *Vida Nueva*, de Madrid, el 2 de julio de 1898.

166 Publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, 2 de febrero de 1889.

Va, como don Quijote en ideal campaña;
vive de amor de América y de pasión de España;
y envuelto en armonía, en melodía y canto,
tiene rasgos de héroe y actitudes de santo

(Darío, 1967).

La identificación religiosa asumía un valor político, que confirmaba una España tradicional mientras se desintegraba la que podía identificarse con héroes y conquistadores. Darío escribió muchos textos prohispanicos y unos cuantos que manifiestan su devoción por Cervantes: «Un soneto a Cervantes», el ensayo «Hércules y don Quijote», dos crónicas de su estancia en Castilla: «En tierra de D. Quijote» y «La cuna del manco». Sin embargo, la interpretación simbólico-política más elocuente para el marco de este trabajo es la que desarrolló en un cuento publicado en 1899 en Buenos Aires, que llevaba como título las iniciales «D. Q.», en el que identificaba diáfano al Quijote con cierta forma de heroísmo estéril representada por el bando español en la guerra de Cuba, ya que el enigmático personaje de esas iniciales que protagoniza el relato —y que es «seco de carnes, enjuto de rostro, etc.»— es un soldado español que se suicida antes de aceptar la derrota frente al avance norteamericano (Darío, 1994: 317-319).¹⁶⁷

Poco después de la difusión de los homenajes darianos, Evaristo Carriego (1883-1912) asume la imagería crística en la serie «Por el alma de don Quijote», de *Misas herejes* (1908). Y Rodó, en el otro margen del Río de la Plata, propone el ideal de un «Cristo a la jineta», desde una perspectiva espiritual laica.

Debe señalarse que, la protesta del espíritu contra el materialismo burgués triunfante en la sociedad y en los espacios o lugares simbólicos de concentración del poder cultural —academias, discursos, homenajes— que define Darío en la «Letanía de Nuestro Señor don Quijote» es característica de la modernidad estética, al menos en el sentido en que la entiende Matei Calinescu (2003).¹⁶⁸ Si Darío gusta de la postura antiburguesa del artista marginal, la misma línea antiprosáica y antimercantilista lo lleva a refugiarse en una aristocracia espiritual conservadora, atemporal, ahistórica y, por tanto, imposible y evasiva.

Rodó, por su parte, promueve un proyecto que intenta conciliar las aspiraciones espirituales del escritor con su integración a una élite que, en su ideal, debería regir los rumbos de la sociedad. Despreció las vulgaridades de las masas

167 El relato apareció en el *Almanaque Peuser* (Buenos Aires, 1899). Lo rescató Roberto Ibáñez en sus *Páginas desconocidas de Rubén Darío* (Montevideo, 1970) (Darío, 1994: 317).

168 Este define la modernidad histórica como la expresión de la hegemonía del capitalismo, de los valores que promueve y del ascenso de la burguesía dirigente. La escuela filosófica que corresponde a este empuje es el positivismo, con su concepción lineal y progresiva del tiempo, la fe en la ciencia y el progreso constantes e irreversibles, la adoración de lo útil y rentable (y del dinero como símbolo). La modernidad estética corresponde al reverso complementario de la modernidad histórica. Se presenta como antiburguesa, reclama un lugar para el artista marginado e improductivo en el esquema económico capitalista y defiende los valores del espíritu, amenazados por el utilitarismo, y la concepción del arte como objeto impráctico. Del enfrentamiento de ambas expresiones surge la expulsión del artista a los márgenes sociales, que dan lugar al dandi y al bohemio, fenómenos que van desplazándolo hacia franjas cada vez más reducidas de incidencia en la cuestión pública (Calinescu, 2003).

amorfos, tanto como el utilitarismo pragmático de la burguesía, y aspiró a una clase dirigente fundada en la sensibilidad y la inteligencia, la «aristocracia de los mejores», concebida como el producto de una educación y selección espiritual, sin tener en cuenta el necesario contacto —y la inevitable contaminación— entre las minorías cultas y el poder económico.

Trincheras morales de América

Sin embargo, a pesar del laicismo dominante, hay acercamientos católicos al *Quijote* en Uruguay en el entresiglo. El caso más importante, y ya mencionado, es el de Zorrilla de San Martín. En su obra, las referencias a Cervantes y al *Quijote* son constantes, desde la dedicatoria de *Tabaré* (1888) hasta su obra póstuma *Las Américas* (1945),¹⁶⁹ pero el mayor desarrollo de su interpretación del *Quijote* está en el ensayo *Huerto cerrado* (1900), en el que, antes que ejercitar una crítica literaria, toma la novela de Cervantes como insumo para reflexiones de carácter moral o espiritual, así como lo hace en las cartas que le dirigiera a Unamuno, en las que comenta su *Vida de don Quijote y Sancho* (Visca, 1955). Las reflexiones de Zorrilla —como también algunas páginas de Rodó— siguen el derrotero de los valores morales y la persecución del ideal y del amor, pero no hay en ellas una tan explícita reafirmación de la lengua o de la pertenencia a una tradición, énfasis que sí ocurre en Rodó, porque en Zorrilla esto no representa un conflicto. En parte, por su época: no sintoniza todavía con el criticismo escéptico de los noventayochistas o la crisis espiritual del modernismo. En una parte mayor, quizá, porque su formación es tan genuinamente jesuita como española y llega a Cervantes por lo que él mismo consideraría derecho de linaje, sin complejos: «Soy tan devoto como Ud. de don Quijote. Sobre mi mesa de luz tengo dos libros amigos: [...] la *Imitación de Cristo* y *don Quijote*», dice en una carta a Unamuno (Visca, 1955: 28). Las lecturas no revelan una contradicción ni una necesidad de acercamiento entre lo español y lo americano, porque de acuerdo a sus ideas las dos culturas forman una solución de continuidad casi natural. El *Tabaré* (1888), que tanto gustara a Unamuno, es la representación poética e ideológica de esa mixtura.

Esa admiración —y exaltación de lo *español*— puede muy bien sintetizarse en este fragmento de una carta de Unamuno a Nin Frías:

¡Hermoso poema! Lo he leído —en voz alta leyéndolo a amigos— tres veces; a las veces peca de exuberante en frondosidad, pero hasta este defecto, y mejor que defecto, exceso, es hondamente español, como el poema todo. Hay en él sentimientos, visión y vislumbres. Es de lo más permanente y hermoso de verdad que en América se ha hecho; el final es sublime (Visca, 1955: 61).

El poema es, formalmente, la perfecta asimilación de la tradición lírica hispánica pese a sus vocablos guaraníes. Y era también el tipo de literatura que los

169 El padre José María Vidal ha rastreado con sumo cuidado las referencias a Cervantes en la obra de Zorrilla (Vidal, 1948: 338-373).

Europeos querían leer de escritores americanos. Porque, en opinión de Unamuno, quien extiende su juicio a otros críticos, los españoles reclaman a los americanos que sean americanos, es decir, como ellos creen que debe ser el pensamiento y la literatura americanos. Dice en carta a Carlos Reyles, a propósito de estos, que «aún sus raíces, que crecen en busca del suelo, no han dado con el suelo nativo; me resulta una literatura de esplendentes hojas que se bañan al sol del pensamiento cosmopolita, pero con las raíces al aire» (Cit. en González Briz, 2001: 176). Recíprocamente, le hacía el mismo reproche al autor de *El embrujo de Sevilla* sobre su visión de España: «Acaso tenga usted razón —no lo afirmo— al querer que seamos como a usted le parece debemos ser; lo que creo es que no somos como usted nos cree» (González Briz, 2001: 178).

El acercamiento de Zorrilla a la novela cervantina no es desde la crítica literaria ni cultural. Al considerarlo, nos alejamos, aunque solo aparentemente, del peso de las circunstancias y los contextos que afectan los artículos de Rodó o los esfuerzos de Nin Frías. Es un ensayo de carácter moral, que se centra en el tema de la humildad como virtud cristiana, aunque manejado con una gran libertad imaginativa y doctrinaria (Zorrilla de San Martín, 1978 [1900]). La raíz de esta condición está, para Zorrilla, en el convencimiento de que todo mérito es, en realidad, un don. «La humildad es un acto de religión» que está en estrecha relación con el sentimiento de dependencia. Fuera de la devoción religiosa, en ningún vínculo como en el amor humano —que es «absoluta dependencia»— se encuentra la humildad en su forma más pura.

Más aún, en este ensayo, el extremo desamparo que produce la necesidad de otro, sin el cual no se puede vivir, es considerado adoración. Pero, aunque la divinidad debe adorarse, el cristianismo propone, como el amor humano, la reciprocidad, puesto que Dios mismo se humilla en la cruz. La exposición argumental de Zorrilla rebosa de doctrina teológica, pero también paga su deuda al concepto del amor cortés, por cierto, igualmente religioso. En ese cruce de influencias se produce el enganche con Cervantes, quien escribe desde una estricta perspectiva católica, pero rinde tributo una y otra vez, paródica, nostálgicamente, al ideal cortesano petrarquista del amor.

Zorrilla parte del supuesto de una ley universal de coincidencia espiritual que comprende los cuerpos celestes y los microscópicos tanto como las almas, y que tiende a la armonía y la correspondencia: «Todo es humildad, obediencia, necesidad recíproca, amor». Esta compulsión está en el origen del deseo de reconocimiento y aplauso: «Esa necesidad que siente el hombre de tener alguien por quien y para quien vivir y a quien ofrecer el triunfo que obtiene da un sentido, por fin, algún sentido, a esa palabra *gloria* que no se concibe en uno solo» (Zorrilla de San Martín, 1978).

En ese marco, atiende a la figura del *Quijote* de Cervantes como una desviación, como una «brújula loca». El caballero padece de una monomanía que refleja —según el escritor uruguayo— un error humano de todas las épocas: sustituir a Dios por otro ideal, «cambiar de nombre a Dios». Así, puede ocurrir esa

sustitución por la ciencia o la ley. En este caso, «le llama Dulcinea del Toboso». En tal confusión radica, para Zorrilla, la locura de don Quijote, y, por eso, es necesaria la recuperación de la cordura para una muerte cristiana.

Pero, aunque erróneo, el culto a la dama es «un acto de religión» y una prueba de humildad, que permite al hombre sentirse un mero instrumento y le evita caer en la soberbia y recibir el aplauso y la gloria como «un estímulo de bien obrar, es decir, de obedecer un mandato» (Zorrilla de San Martín, 1978). Invirtiendo el razonamiento de Zorrilla, esa forma de piedad podría leerse también como un encubrimiento de la vanidad, y el elogio desmedido que don Quijote hace de su dama, como una forma de engrandecerse a sí mismo. De igual modo se bordean, también en el artículo, ideas tales como los desencuentros que se producen entre el ideal cortesano del Renacimiento —con su religión del amor— y el ideal ascético de la Contrarreforma, o la degradación de los valores caballerescos, que se traduce en la reconversión de la fe en nuevos y engañosos absolutos.¹⁷⁰

Años después de este ensayo, el autor de *Tabaré* encuentra coincidencias entre sus preocupaciones y las que asoman en *Vida de don Quijote y Sancho*, de Unamuno, y así se lo hace saber:

Yo he hecho mentalmente muchas veces ese mismo libro, sin duda alguna; en sentido contrario algunas veces, en idéntico sentido otras, con mucho menos mérito ético y estético siempre, pero con el mismo genio, con el mismo calor de sangre humana, con el mismo espíritu de fe, de esperanza y de caridad (Visca, 1955).

Destaca «una revelación» en el análisis psicológico del amor a Aldonza que hace Unamuno, volviendo sobre sus propios pasos. La locura del caballero es ahora «una polea loca, una palanca con su fuerza y su punto de apoyo, pero casi sin resistencia», una energía que se dispara olvidando su centro —coherentemente con sus opiniones anteriores—, pero que puede explicarse, según la fórmula del escritor vasco, como la explosión de un amor humano reprimido. La admiración de Zorrilla por la hondura metafísica de que Unamuno dota a su *Vida de don Quijote y Sancho* es también el descubrimiento de procedimientos estéticos ya presentes en Cervantes: ubicar en el mismo plano a don Quijote, a Cervantes, a Alonso Quijano y al propio Unamuno, todos «entes de la misma

170 En épocas más cercanas, Salvador de Madariaga ha estudiado esta delegación del obrar y de todos los altos fines en Dulcinea, antes que como fin religioso, como una sustitución de la aspiración de gloria: don Quijote tiene que creer en Dulcinea para creer en sí mismo (Madariaga, 1947). Por su lado, Dámaso Alonso se refiere al tema de la fama para contradecir la idea de que esta sea para don Quijote lo que la vida eterna era para el caballero medieval —la máxima recompensa—: una sustitución del paraíso (Alonso, 1968). Uno y otro rozan ese triángulo que establece Zorrilla entre el héroe, el deseo de aplauso y de reconocimiento y su amada. La psicología moderna permite otros acercamientos que no eran posibles para el uruguayo, incluso, la posibilidad de que el ideal y la dama no sean otra cosa que la proyección de un «deseo triangular», la vivencia vicaria del deseo de otro, como postula René Girard (Girard, 1985). No deja de ser interesante que Anthony Close considere estas lecturas críticas que atraviesan el siglo xx como deudoras de la perspectiva romántica (Close, 2005).

naturaleza», para lograr una «ilusión completa». Participa, asimismo, de esa idea —que Unamuno aprovecha en su narrativa, como, por ejemplo, en *Niebla* (1914)— de la independencia de los entes de ficción y del propio relato, en la medida en que le reconoce a su contemporáneo el descubrimiento de aspectos de la obra «que no vio Cervantes».

Por último, las disidencias espirituales se marcan con elegancia y consideración. Respecto al episodio de Roque Guinart, narrado y comentado por Unamuno en *Vida de don Quijote y Sancho*, advierte Zorrilla el riesgo de creer que el arrepentimiento supone siempre el perdón y que alcanza con las buenas intenciones. En ese intercambio, es el propio Unamuno quien acerca el texto a la literatura rioplatense al hacer dialogar a los bandidos de Cervantes con el Juan Moreira de Eduardo Gutiérrez o el Martín Fierro de José Hernández, personajes para los que matar es «desgraciarse», perder la gracia de Dios. Y esto da pie, en una carta de 1906, a la interpolación, por parte de Zorrilla, de la historia criolla de un criminal arrepentido, que, en parte, ilustra la idea del español de que la pureza de corazón basta para la salvación. Zorrilla no ofrece una respuesta, solo su duda de buen cristiano, acercando una vez más posiciones: «¿es ese un asesino?».

Otro intelectual católico uruguayo, Mario Falcão Espalter,¹⁷¹ publica un libro en Barcelona con solo 24 años, *Del pensamiento a la pluma* (1914), en el que dedica un capítulo de carácter prospectivo, «A propósito del tercer centenario del *Quijote*», con la finalidad de marcar el territorio simbólico en que, en su opinión, ha de celebrarse el centenario de 1916.¹⁷² El texto entra en el registro ensayístico de opinión, ya que, desde el comienzo, apunta a expedirse «acerca de la enojosa cuestión del ideal intelectual de América, que para [él] es el *Quijote* irremisiblemente», aunque el asunto central de que va a tratar es el trabajo de Rodríguez Marín (sus comentarios a la edición del *Quijote*, publicada por la Real Academia Española en 1912) (Falcão Espalter, 1914: 343). El otro propósito que declara es «apuntar algunas formas para el homenaje», principalmente la propuesta de que el *Quijote* se lea de manera sistemática en las escuelas públicas y privadas.¹⁷³ Por lo pronto, al igual que Rodó, siente el homenaje como una obligación americana, pero, más que nada, recomienda el *Quijote* en las escuelas y bibliotecas como recurso civilizatorio y como antídoto de otras lecturas, tal

171 Mario Falcão Espalter (1892-1941) fue crítico y ensayista múltiple, y se dedicó, sobre todo, a la literatura uruguaya, pero también a la historia, la política y la plástica (Da Rosa, 2001: 212).

172 A diferencia de la importancia pública que tuvo el centenario de 1905, las celebraciones de 1916 fueron modestas en España, e, incluso, dice Montero Reguera, «desde el punto de vista crítico, los resultados no fueron muy destacados: abunda la crítica extravagante, pero es posible destacar el libro de Francisco de Icaza (*El Quijote durante tres siglos*), con rica información y sugerentes interpretaciones, aunque hoy ya desfasado; y los volúmenes de Adolfo Bonilla y San Martín que, si bien no referidos exclusivamente al Quijote, incluyen ideas y consideraciones inteligentes, a la par que son reveladores del encono que en ocasiones demuestra el cervantismo. Una nueva edición del centenario viene a cerrar el de 1916: no es otra que la que publicó Rodríguez Marín en 1916-1917, con ilustraciones de Ricardo Marina» (Montero Reguera, 2001: 202).

173 Un desarrollo más detenido de la propuesta pedagógica será desarrollado en Falcão Espalter, 1916.

como pensaba Montalvo, además de que vincula la belleza a regiones ideales y abstractas, desligadas de asideros materiales concretos:

América necesita del néctar que purifica el corazón y ablanda las entrañas de las fieras; necesita del Arte, del amor a la Belleza, mas no del arte patibulario ni lascivo de demagogos y sensuales, sino de la belleza emanada de las íntegras, puras y bienaventuradas ideas de Platón (Falcão Espalter, 1914: 346).

También como Montalvo, aunque años después, abjura de la supremacía de la lengua francesa, porque

una cosa es recibir educación literaria francesa (y no se olvide que a menudo, y sobre todo en la niñez y juventud, con los conceptos artísticos van muchas ideas de contrabando), y otra es recibirla española o castellana. Y América, si no quiere perder su riquísimo tesoro lingüístico e ideológico (se puede también escribir en castellano y pensar en francés, galicismo mental, que decía Valera), si América no quiere ser vencida por el elemento de Septentrión, debe ser española, pues, ¿cómo defenderse con ajenas armas? (Falcão Espalter, 1914:).

Gracias al texto de Falcão Espalter, puede comprobarse que el debate sobre el enfrentamiento de las razas y la pugna por la supremacía en el panorama internacional estuvo vigente, por lo menos, hasta la primera guerra mundial. Los conflictos y las alternativas no difieren mucho, al menos en este libro, de las argumentaciones de 1905. Y, como se verá que ocurre en otros períodos del siglo xx, la reiteración abusiva de un uso simbólico, su aprovechamiento epigonal, trae consigo una agudización de las aristas, una extremosidad notoria que, como en este caso, roza el fanatismo militante:

Si está decretado que la raza sajona predomine en el mundo, lo que aún es discutible, no dude nadie que detrás de la última trinchera latina morirá peleando bizarramente la civilización española, y su último cañón de sitio y resistencia será don Quijote de la Mancha. [...] ¡Don Quijote ha de conquistar América para nuestra raza hispánica! (Falcão Espalter, 1914: 347).

Ilusiones constructivas y voluntarismo quijotesco

Para encontrar una lectura moderna del *Quijote*, que no solo lo considere en el plano literario como parodia de los libros de caballería y que no se rigidice en el plano simbólico para servir a una interpretación política o racial, aunque más no sea en el plano de la espiritualidad hispánica, hay que esperar a los acercamientos de Carlos Reyles. Su forma de leer el *Quijote* nos coloca frente a la perspectiva más actual entre las que se vienen considerando, porque se advierte un esfuerzo por actualizar la crítica para enriquecerla con los últimos aportes de la filosofía y la psicología, además de un conocimiento de la crítica literaria reciente. Asimismo, Reyles no se coloca en la posición del americano que lee a Cervantes, ni intenta deducir conclusiones colonialistas ni anticolonialistas, que parten de la premisa de que el *Quijote* es igual a España, sino que pretende una mirada más universalista.

De todas formas, el vínculo afectivo de Reyles con España resulta manifiesto: baste recordar el título y la atmósfera de una novela como *El embrujo de Sevilla*.¹⁷⁴ Tampoco escapa a su interés el tema, el destino y la forma propios del escritor americano, según lo demuestra su correspondencia con Unamuno (González Briz, 2001). Pero parecería que Reyles entra y sale más cómodamente de los diferentes puntos de vista y logra una mayor plasticidad y variedad como crítico. Esto no parece deberse, necesariamente, a un mayor o más amplio caudal cultural —todos los escritores considerados aquí revelan una formación muy sólida en literatura española y en el pensamiento de su época—, tanto como al temperamento cosmopolita y versátil de Reyles, ni a las varias décadas que separan su más extenso estudio, que incluyera en su volumen de ensayos *Incitaciones* (1936), de los artículos de Zorrilla y Rodó. De todos modos, la obra ensayística filosófica de Reyles se extiende desde *La muerte del cisne* (1910), que fue escrita, sobre todo, contra *Ariel*,¹⁷⁵ pasando por los *Diálogos olímpicos* (1918) y *Panoramas del mundo actual* (1932), hasta el final *Ego sum* (1939).

La evolución filosófica de Reyles ha sido desentrañada por Ardao, quien señala una matriz constante en el escritor basada en el materialismo metafísico y el vitalismo ético, y observa que el cambio fundamental no se da en el campo de la «filosofía del ser», sino en la «filosofía de los valores» (Ardao, 1971: 298)¹⁷⁶. Si en su origen ese materialismo metafísico era un materialismo de la fuerza, sostenido por la idea de «voluntad de dominio» tomada de Nietzsche, la moral derivada era una moral de la vida, que resultaba en una «moral de la voluntad» y, a la postre, de la fuerza, en una línea declarada de filiación en este y en Schopenhauer. En ensayos posteriores, sin negar explícitamente la voluntad de dominio nietzscheana, Reyles le adiciona la «voluntad de conciencia»,¹⁷⁷ lo que implicará, según Ardao, un «hondo giro experimentado por la doctrina moral de Reyles», ya que con la ideas de «altruismo» e «ilusión vital» que apuntan a la conservación de la vida estaba relativizando bastante, si no negando, el imperio de la voluntad de dominio. Surge así una moral «que si sigue siendo de la vida no es ya literalmente del principio agresivo de la fuerza» (Ardao, 1971: 302). La voluntad de conciencia era el fundamento de los valores morales con que el altruismo regula el egoísmo natural.

174 REYLES, Carlos, *El embrujo de Sevilla*, Madrid: Calpe, 1922.

175 Para un panorama general sobre su obra y el antiarielismo, véanse MARTÍNEZ MORENO, Carlos, «Los narradores del 900. Carlos Reyles», en *Capítulo Oriental*, n.º 16, Montevideo, CEDAL, 1968; LOCKHART, Washington, «El pensamiento y la crítica», en *Capítulo Oriental*, n.º 22, Montevideo, CEDAL, 1968.

176 Un estudio reciente profundiza en la lectura y recepción de Nietzsche en Uruguay, dando especial relevancia al caso de Reyles, y resulta imprescindible complemento para quien se interese por su obra. Se trata de *Nietzsche en Uruguay, 1900-1920. José Enrique Rodó, Carlos Reyles y Carlos Vaz Ferreira*, de Pablo Drews, Montevideo, Universidad de la República/CSIC, 2016.

177 Reyles habría tomado el concepto de «voluntad de conciencia» de Alfred Fouillée, aunque solo menciona ese origen, al pasar, en *La muerte del cisne* (Ardao, 1971: 302).

El giro de Reyles se manifiesta también en el lenguaje y los símbolos elegidos. Si, en la primera etapa, opta por símbolos de la mitología griega (o el cisne, de impronta fuertemente modernista y clasicista), en la segunda, hará uso

de los dos grandes mitos señoriales —en sentido hispánico y no nietzscheano, don y don— que dio España al espíritu universal. Si don Juan representa a su modo la voluntad de dominación, posesión y creación, don Quijote, al suyo de la voluntad de conciencia, con su cortejo de ilusiones, quimeras, mentiras y sueños que nos dan razones de existir, obrar, pensar, inventar (Ardao, 1971: 306).¹⁷⁸

Don Quijote encarna, para Reyles, el «maravilloso sonambulismo del hombre» que, sin embargo, lo conduce a una meta superior, que no es ficción ni espejismo: una forma de solidaridad universal por el espíritu. «Paradójicamente [—dice Ardao—,] es por esta optimista forma de donquijotismo que se cumple en el antiguo nietzscheano la postergación —ya que no la abolición— ética de lo dionisiaco: la resurrección del cisne» (Ardao, 1971: 306).

En el «Arte de novelar», Reyles postula que «la novela [...] obedece a una necesidad íntima, orgánica del hombre: la de crear mundos imaginarios y soñarse en su contemplación o vivir dentro de ellos apasionadamente» (Reyles, [1936] 1966: 120). De este modo, y gracias a la amplitud de sus posibilidades, el novelista se asemeja a Dios —cita Reyles a François Mauriac en este punto—, y sus criaturas tienen un espesor tanto o más real que los seres de carne y hueso. Esto no ocurre solo porque ellas «siguen viviendo intensamente aún después de desaparecidos nosotros», sino porque suponen la suma de muchos, «una vida compuesta de miles de vidas». Además, los verdaderos héroes son, para Reyles, «nacionalísimos, y por eso mismo acaso universales». Y la novela aventaja a la historia a la hora de «conocer lo íntimo de los pueblos», porque está más lejos de los compromisos políticos. Por supuesto, el *Quijote* es rápidamente convocado, retomando la idea de arquetipo de lo español. Pero el uruguayo indaga también en la naturaleza de la novela, en las diferencias entre ficción y realidad, para concluir en el ilusionismo de toda «representación». En cualquier caso, la novela gana, para él, en atractivo, aun respecto del cine, por la libertad imaginativa de la que goza.

En el artículo que sigue a este, en *Incitaciones*, Reyles considerará, en particular, la mayor novela de Cervantes. La inquietud es la misma: la transformación

178 Para muchos intelectuales españoles, don Quijote y don Juan se presentan como arquetipos masculinos antagónicos. Respecto a esta recurrente oposición, véase: GUTIÉRREZ, Carlos M., «Don Quijote y don Juan: notas a una oposición finisecular», en FRANCISCO BLASCO, Ricardo DE LA FUENTE y Alfredo MATEOS (coords.), *Una nueva lectura: actas del Congreso sobre José Zorrilla*, Valladolid: Universidad de Valladolid, 1995, pp. 343-349.

Algunos, como Unamuno, destacan los rasgos negativos de don Juan, frente a la masculinidad ideal de don Quijote; Ortega y Gasset se interesa por la sensualidad dionisiaca de don Juan desde la perspectiva de la «razón vital», inspirada en Nietzsche. El don Juan orteguiano adopta características del Übermensch nietzscheano. Sobre la postura de Ortega y Gasset en particular, véase: CHITKUSOL, Chaiwut, «Don Juan Tenorio como el Übermensch español: una reinterpretación orteguiana», en *Bulletin of Hispanic Studies*, vol. 88, n.º 5, Liverpool University Press, 2011, pp. 533-544.

de la realidad en la novela, las deudas e independencias mutuas. Parte de la circunstancia del escritor, de su desencanto de «hidalgo sin blanca», de la pobreza de España que obligaba a sus hombres a vivir de «los recuerdos y los sueños» (Reyles, 1966: 71). Entonces, la novela —de algún modo, según él, toda novela— procede como el propio personaje cervantino: busca oponer «el mundo de la ilusión al mundo de la realidad». Pero al crítico le preocupa determinar de dónde extrae el novelista su materia narrativa, y aplica su hipótesis al *Quijote*. La creación responde a «la propia y amarga experiencia de la vida [y a] la propensión irrefrenable de las criaturas a no ver las cosas como son sino como las desean» (Reyles, 1966: 137). Pero si don Quijote procede como un novelista —de hecho, Cervantes vio esa posibilidad al anotar que «muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y dalle fin al pie de la letra» (Cervantes Saavedra, 2005: 1, 1, 29)—, entonces, todo el libro puede ser leído como una teoría de la novela. En esta línea de razonamiento, sería posible considerar, de algún modo, el carácter alienante de toda escritura de ficción y, por ende, de toda lectura, por cuanto opera como sustitución de la vida, aunque Reyles prefiere creer en la necesidad de una ilusión saludable y revivificadora para el espíritu y aun para la acción.

De alguna manera, el *Quijote* vuelve a ser una oportunidad para replantear el «problema de España», y, al respecto, Reyles ve una cara distinta que Rodó. Si aquel rescata, en la época del *Quijote*, el nacimiento de un nuevo tipo de idealismo heroico cuya máxima expresión es la Conquista, para Reyles, *Don Quijote de la Mancha* es el libro de la ruina nacional. El personaje es un prototipo de tantos aventureros que «rehúsan [...] embarcarse en la moderna aventura del trabajo» (Reyles, 1966: 138). El escritor se hace eco, quizá, de algunas lecturas noventayochistas españolas. Pero, sobre todo, responde a las concepciones filosóficas y políticas que sustentó en ensayos y aun indirectamente en sus ficciones: la exaltación de la fuerza, del trabajo y del éxito, aprendidos de Nietzsche, la búsqueda del progreso material y la modernización. Sin embargo, en esta oportunidad, eso no le impide el reconocimiento del idealismo gratuito, pero no estéril, del personaje.

Partícipe de una concepción artística bien instalada en el siglo xx —que desconfía de la ingenuidad mimética gracias a sus tempranas lecturas de Proust y de Joyce y a un aparato filosófico que se nutre de Arthur Schopenhauer, Friedrich Nietzsche, Henri Bergson, Sigmund Freud y Albert Einstein—, aun así, Reyles cae, ocasionalmente, en opiniones que conservan una idea esencialista, apriorística de la obra de arte, casi independiente de la voluntad del artista. El escritor retrasa notoriamente al crítico cuando asegura que su novela *El embrujo de Sevilla* nació a pesar suyo, más bien que fue la ciudad misma quien se la dictó al oído (Reyles, 1966: 183). Sin embargo, no cae nunca en el antiguo lugar común que veía a Cervantes como un «ingenio lego»,¹⁷⁹ inconsciente de la grandeza

179 Fue Juan Valera el que acuñó la formulación, que tanto éxito tuvo, de Cervantes como «ingenio casi lego», en *Sobre el Quijote y sobre las diferentes maneras de comentarle y juzgarle* (Madrid, 1864).

de su arte (resabio romántico de la idea del genio innato y que todavía pesa, por ejemplo, en el discurso de Rodó).¹⁸⁰ Cuando dice: «Llega un momento en que Cervantes comprende que ha rebasado los límites de su propia intención», apunta a otro plano: la opinión no desmerece a Cervantes, antes bien enaltece la naturaleza del personaje. Reivindica la independencia de las criaturas literarias respecto de sus creadores, de cuya tutela «suelen libertarse» (Reyles, 1966: 75), tema al que ya se había acercado Zorrilla y que en Europa ya había sido incluido de manera más inquietante en la propia ficción por Pirandello y Unamuno.

Al llegar al núcleo de su estudio, Reyles aborda la relación entre «la locura de don Quijote y nuestra locura». La segunda es entendida como «nuestra divina y tragi-cómica facultad de soñar y oponer a las duras realidades nuestros sueños, convirtiéndonos por ese arte a nosotros en sonámbulos y a nuestra vida en puros espejismos y fantasmagorías» (Reyles, 1966: 76). La razón humana se empeña en distinguir, de algún modo, esa universal locura de la otra, que se define como tal, aunque, por momentos, ambas se confunden o se invierten. Pero más allá de esa «rareza» que se extiende a todos, de esa locura frecuente, de esa amenaza de la sinrazón, Reyles advierte la presencia enfermiza de los sueños e ideales en la vida corriente —y, especialmente, en los poetas, en los religiosos, en los enamorados—, de la que don Quijote sería un espejo o un símbolo. En su opinión, Cervantes sabe que «el delirio de grandezas y las extraviadas imaginaciones del paranoico se parecen extrañamente a las ordenadas, rigurosas y fantásticas imaginéras del hombre cuerdo» (Reyles, 1966: 74). De esta suerte, el quijotismo representa la persecución de un ideal con viento a favor o en contra, independiente del sentido común y los fines prácticos que agobian la existencia. Y no se distancia tanto del «ilusionismo del cuerdo», quien necesariamente debe partir de invenciones que después

[...] se convierten en aspiraciones batalladoras y luego en realidades tangibles y durables. Son las ilusiones constructivas. Pero en su raíz los sueños del buen Quijano no se diferencian esencialmente de los que nos hicieron acariciar las Salantes, los Eldorados, las edades de oro, las tierras prometidas, e instigaron a buscar tozudamente la verdad, la realidad, la libertad, el bien sin más heraldos que la pobre razón, engañada por los sentidos, que nos da nociones falsas de las cosas, las pasiones que nos ciegan, los instintos que nos tironean en sentido contrario, los fantaseos que nos extravían (Reyles, 1966: 77).

También Rodó había planteado la paradoja de una «locura razonable y [una] sublime cordura» en «Don Quijote vencido» (Rodó, 1957: 310). Para Reyles, el delirio caballeresco es un objetivo tan válido como la tardía propuesta pastoril de don Quijote a Sancho, porque es solo una nueva forma de que se reviste el idealismo. De acuerdo a Rodó, lo verdaderamente importante es que el hombre tenga algo superior a lo que aspirar, por encima de las «bajas realidades de este

180 En un ensayo sobre «Montalvo» de *El mirador de Próspero*, Rodó elogia a Cervantes como «el más único y abrumador de los modelos», pero afirma que «careció, en fuerza de su propia absoluta naturalidad, de la conciencia del estilo» (Rodó, 1967: 614).

mundo» (Rodó, 1957: 311), para vertir, por esta vía, su prédica pedagógica en favor del ideal espiritual y para reivindicar la condición soñadora del personaje y un voluntarismo enraizado más allá de la utilidad, que permite sobreponerse al fracaso. El «Don Quijote vencido» de Rodó

busca la manera de dar a su existencia nueva sazón ideal. Convierte el castigo de su vencimiento en proporción de gustar una poesía y una hermosura nuevas. Propende desde aquel punto a la idealidad de la quietud, como hasta entonces había propendido a la idealidad de la acción y a la aventura (Rodó, 1957: 311).

En cierta forma, desde las antípodas ideológicas, Reyles acepta esa condición común a todos los hombres de acción: «Cuando nos quedamos solos con nuestra razón, sin ilusiones [...], dejamos de obrar, y por ende de existir. Por eso, sin duda, don Quijote, al recobrar el juicio, pierde la vida» (Reyles, 1966: 79). Esta opinión puede aprovecharse para notar la transformación filosófica del escritor. Partiendo de la fidelidad integral al materialismo y a la «moral de la fuerza», a las que adhiere en su juventud, llega a concebir, en su madurez, la noción de «voluntad de conciencia» que funciona como el principio generador de los valores morales.

A partir de los *Diálogos olímpicos* empieza a crecer en Reyles la idea de la *ilusión vital* que ayuda a vivir. Y el arrastre romántico que traía la figura de don Quijote, pasando por la interpretación de Ortega y Gasset, lo hacía más que apropiado para el voluntarismo y la ilusión puros frente a las meras condiciones materiales de la vida. La reiteración de las referencias al *Quijote* en sus ensayos debe considerarse en ese sentido, como fórmula para encarnar una nueva forma de optimismo. En *Incitaciones*, Reyles recurre dos veces a una cita de *Hamlet*: «Nosotros somos hechos de la misma tela que nuestros sueños» (Reyles, 1966: 81). Esto puede ser otro ejemplo de la relevancia creciente que adquiere en el escritor la necesidad de la ilusión y el ideal en la constitución de la personalidad humana, y que, sorprendentemente, lo emparenta a sus antecesores críticos. Es aquí donde Reyles se acerca a Rodó y, en ese cruce, coinciden las interpretaciones del *Quijote*. Ardao ya ha puesto de manifiesto esta proximidad:

En la insistente filosofía uruguaya del ideal, de principio del siglo, *La muerte del cisne* había sido el anti-Ariel. El donquijotismo final de Reyles acorta distancias. Pandora se confunde casi con el geniecillo de Próspero, representando como él la esfera de idealidad que orienta la acción humana, con la misma fundamentación inmanente de los valores en la vida (Ardao, 1971: 305).

Precisamente, en esa línea, se inscribe el capítulo de *Incitaciones* sobre la locura de don Quijote. Las referencias al «sueño» y a la locura del caballero manchego dan pie también al crítico para reflexionar sobre el tópico del «engaño a los ojos» —que retoma de Américo Castro.

Del mismo modo, considera temas como la multiplicidad de puntos de vista acerca de la realidad, la disyuntiva entre racionalismo y vitalismo, «el subjetivismo del conocer y, sobre todo, del obrar; la personalidad como algo ligero y evanescente», que ponen de manifiesto que Cervantes «vislumbra problemas que

no existían en su tiempo» (Reyles, 1966: 140) y que resultaban muy actuales en 1936, fecha de publicación del libro. Por cierto, Reyles concluye afirmando su absoluta modernidad conflictiva, puesto que

en el engaño a los ojos podrían tener sus fuentes el pragmatismo, las ilusiones vitales, que tan principal papel desempeñan en la filosofía de Nietzsche, la mentira saludable de Ibsen, el subjetivismo de Pirandello, [...] O'Neill, Unamuno (Reyles, 1966: 84).

La preocupación de Rodó por el creciente materialismo de la sociedad moderna, la necesidad de la ilusión a la que aspira Reyles para el hombre de acción y de empuje, así como el espiritualismo cristiano de Zorrilla, permiten tomar el personaje de don Quijote como símbolo positivo de las mejores aspiraciones humanas. Son lecturas deudoras quizá de la perspectiva romántica, pero, sobre todo, enraizadas en las circunstancias. Más allá de las diferencias que deben quedar claras, estos escritores uruguayos coinciden en el rescate del idealismo por encima de la adversidad material, llámese aquel sentido religioso en Zorrilla, aquel refinamiento espiritual en Rodó y Nin Frías o aquel impulso vital en Reyles. Del mismo modo, el *Quijote* se imponía como perfección de la lengua y del estilo, máximo representante de lo español, en un momento en que los intelectuales uruguayos precisaban referentes tradicionales que dieran solidez a la idea de nación ilustrada, por oposición a formas artísticas *no cultas* que pudieran incorporar la lengua gauchesca o el cocoliche inmigrante.

Se trata de lecturas de una época ansiosa por encontrar fórmulas a las que oponer al sentido práctico y burgués de la vida que parecía imponerse, amenazando ciertos valores o jerarquías. El *Quijote* se retoma como modelo de desinterés frente al materialismo, como la inteligencia opuesta a la fuerza, como la reacción a una evolución social que amenazaba los valores sobre los que estaba cimentada la «cultura», tal como ellos la entendían.

Respecto a las orientaciones filosóficas predominantes a comienzos del siglo xx, una vez más es necesario citar a Arturo Ardao. En *Etapas de la inteligencia uruguaya*, señala que en la historia intelectual del país se ha dado, «como en ningún otro país de América, la sucesión de dos prolongadas mentalidades políticas suprapartidarias: el principismo y el idealismo», enlazadas por el evolucionismo. En el principismo del siglo xix, las definiciones se hacían en torno a los «principios», «fruto de una concepción abstracta, indiferente a las contingencias de la historia»; en cambio, en el idealismo del siglo xx, los ideales resultan «de una concepción empirista y relativista de los fines ofrecidos a la acción humana por las concretas realidades históricas» (Ardao, 1971: 425). Durante el siglo xx, puede reconocerse en Uruguay una importante corriente filosófica

interesada por la fundamentación y explicación del ideal o de los ideales, en su esencia y en su función. Han sido sus grandes representantes [...] Rodó, Vaz Ferreira, Massera, Reyles, Figari, Frugoni, desde puntos de partida y desarrollos doctrinarios muy diversos. Se ha tratado, de todos modos, de la original versión vernácula de la contemporánea filosofía de los valores. Y por diferentes que

puedan parecer unas veces, y otras realmente puedan ser muchas fórmulas, resulta que hay en el marxista Frugoni un declarado arielismo (Ardao, 1971: 422).

Emilio Frugoni (1880-1969), solo nueve años menor que Rodó, tenía 20 cuando se publicó *Ariel* y encarnaba el grupo de destinatarios privilegiado al que el libro se dirigía. De hecho, mantuvo con Rodó, en la relación que siempre lo unió a aquel, una posición de discípulo, al igual que ocurrió en su vínculo con Carlos Vaz Ferreira (1872-1958). Ardao imagina a Frugoni como el óptimo representante del personaje de Enjolrás (de *Ariel*), cuyo nombre Rodó toma del líder de barricada, personaje de *Los miserables* de Victor Hugo, y representa en él la juventud pensadora y, al mismo tiempo, militante (Ardao, 1971: 419).

Frugoni, vinculado a las juventudes ácratas por el ambiente paterno (Zubillaga, 2000: 23), inició su actividad política en el Partido Colorado, colaboró en *El Día* e, incluso, peleó en la guerra civil de 1904, pero ya a fines de ese año se embarcó en la fundación del Partido Socialista (1905), por el que fue diputado en más de una oportunidad y permaneció fiel a esas ideas, que le costaron cárcel y exilio, hasta su muerte. En 1920, se negó a acatar las exigencias propuestas por la Tercera Internacional, lo que dio lugar a una escisión, de la que resultó la creación del Partido Comunista del Uruguay, por lo que Frugoni refundó un Partido Socialista que mantendría las consignas de la Segunda Internacional.

En la etapa inicial de su militancia, recibió el padrino y el aliento de Rodó, quien también había prologado su primer libro de poemas.

Fiel al mensaje de su Próspero, declaró entonces el Maestro, enfrentando prejuicios sociales y religiosos: «Hombres nuevos de entusiasmo e ideal necesitamos; hombres capaces de apasionarse por ideas y de convertir ese entusiasmo en voluntad perseverante. Así, habrá luz y fuerza en el espíritu de la juventud, lo mismo cuando la pasión del ideal se personifique en el socialista Frugoni que cuando se encarne en el evangelista Nin Frías» (Ardao, 1971: 424).

Quizás no sea casual, entonces, pensar al joven maestro y a su discípulo unidos en el aprovechamiento de la figura de don Quijote para representar, precisamente, la esfera de los ideales que Ardao les señalaba en común. En 1916, año del centenario de la muerte de Cervantes, la revista *Fray Mocho*, de Buenos Aires, publica un poema de Frugoni, «*In memoriam*: poesía a don Quijote»: se trata de un breve texto de impronta ética y de denuncia a la corrupción, a la hipocresía y a la simulación que implica la *pose* quijotesca, ya completamente asumida como representación mítica que supone desinterés material y lucha por la justicia. En el poema de Frugoni, don Quijote no se opone a Sancho materialista, sino a los falsos Quijotes, a los que simulan ese quijotismo mitificado:

¡Don Quijote! ¡Don Quijote! Cuántos por el mundo van
con tu lanza y con tu yelmo, simulando tu ademán
protector y generoso, y tu gallarda altivez
pero en vez
de tener como tú un alma

encendida en noble afán,
 tienen alma de truhán.
 Van por el mundo afectando desinterés y valor;
 juran mil veces al día por su dama y por su honor;
 ostentan una arrogancia magnífica que está en
 las gentes y no en el ánimo, siempre mezquino
 se proclaman caballeros andantes en lucha por
 la justicia y por el bien;
 Se dicen desfaceadores de entuertos y paladines;
 de víctimas inmoladas a bárbaros o ruines;
 intentos, y en tanto son
 lacayos de cualquier amo, follones y malandrines
 sumisos como falderos, voraces como mastines,
 perros con piel de león...

El desinterés y el valor, la lucha en nombre del bien y la justicia —tópicos fuertes de la representación mítica quijotesca— son, en este caso, afectados: el afán de justicia radica en las palabras y no en el «ánimo». Hay que ir más allá de las declaraciones para detectar estas simulaciones de quienes, por detrás de esas actitudes nobles e impostadamente quijotescas, son, en realidad, «lacayos de cualquier amo», «sumisos como falderos» y «voraces como mastines».

Algún eco de este poema recuerda la belicosidad desenmascaradora de Darío cuando rogaba, en la «Letanía...», ser librado de los «rudos malsines, falsos paladines, / y espíritus finos y blandos y ruines, / del hampa que sacia su canallocracia, / con burlas la gloria, la vida, el honor, / del puñal con gracia».

Dada la posición político-ideológica de Frugoni, parece claro que no debería temer a la «canallocracia» ni a la vulgaridad de las masas, ni siquiera a las «revoluciones canallas»; su proyecto socialista dista mucho de la exaltación de una minoría que salvaguarde la aristocracia del espíritu. Su crítica parece coincidir con el modernismo en la postura antiburguesa —la crítica a la mercantilización de la sociedad capitalista (la voracidad), a la entronización del interés y del cálculo (la simulación), que implica la amoralidad, a la posibilidad de poner precio a las ideas o las convicciones (el servir a cualquier amo)—, así como en la reivindicación del idealismo puro en la intención, en la actitud, en el «ánimo». Por una parte, podemos suponer latente en el poema de Frugoni una fibra política más concreta y un blanco más específico que en el caso de Darío, cuyo poema habilita, por la apertura, las paradojas y el humor, la polisemia y hasta la ambigüedad.¹⁸¹ Por otra parte, es muy probable que el uruguayo tuviera presente el antecedente dariano, que escribiera, al menos, tomando como punto de partida el tono combativo de aquel poema célebre. Algunos calcos sutiles así lo sugieren: la coincidencia de términos («generoso», «ruines»), la cercanía de otros («ánimo» y «animoso» —en el sentido que en estos dos casos se usan—), la

181 Carlos Zubillaga estudia el fenómeno de la poesía social en Uruguay a comienzos de siglo xx, confrontándola con la estética modernista. Véase Zubillaga, 2000.

posible asociación de «malsines» con «mastines»,¹⁸² ya que en los dos aparecen para calificar a los enemigos del quijotismo.¹⁸³

Sin embargo, de alguna forma, Frugoni va más allá del mito al denunciar su impostación.¹⁸⁴ A su vez, otro hombre formado en el novecientos, el filósofo Carlos Vaz Ferreira, llegará a formular la superación del mito, postulando el *superquijotismo*. En su conferencia «¿Cuál es el signo de la inquietud humana?», recogida en *Fermentario* (1938), Vaz Ferreira adoptaría motivos del *Quijote* para ejemplificar el concepto de «optimismo del valor», en el marco de una tendencia que advierte sobre el pesimismo creciente de la época y lo que él entiende como una tendencia humana al acrecentamiento permanente de los valores, un progreso reconocible en la historia de la civilización humana:

Hay dos sentidos de 'optimismo' y 'pesimismo': optimismo (o pesimismo) de éxito, y optimismo (o pesimismo) de valor. [...] Mejor que definición, un ejemplo: para juzgar alguna aventura de don Quijote, podremos ser —y razonablemente muchas veces seremos— pesimistas de éxito, pero optimistas (este es el otro sentido) en cuanto al valor moral, en cuanto al signo 'bueno' o 'malo'. Y declararemos generosa y noble esa aventura: juzgaremos que es buena. Ese optimismo sobre el signo moral es el optimismo de valor.

Optimismo o pesimismo de valor versa sobre el signo moral: bueno o malo.

Y bien, en cuanto a cierta gran aventura que ha emprendido y lleva adelante cierta especie en cierto planeta, podría ser arriesgado y, si se quiere, ilusorio, el optimismo de éxito (ya veremos, por lo demás, que esta es mala manera de plantear, pues en cuanto a éxito parcial, es adecuado el optimismo y en verdad, la discusión razonable sería sobre los casos y el grado).

Pero lo que me parece que debe ser sostenido contra la superficialidad de ciertas teorías y de ciertos estados de espíritu hoy dominantes, y no obstante el dolor y el desaliento que en este momento del mundo esas teorías y esos estados de espíritu acompañan, y hasta precisamente engendran o refuerzan, el que debe ser sostenido es el optimismo en el otro sentido: el optimismo de valor (Vaz Ferreira, 1938: 203-204).

182 Es curioso que, además, *canalla* tenga, por su etimología, una sugerencia perruna.

183 En un poema de Guzmán Papini y Zas, «Puños de hierro», publicado en 1906 en *La Ilustración Uruguaya*, se elige presentar a don Quijote «con su audaz y redentora lanza / a los molinos del burgués azote», que el «soñador andante [...] castigará de heroico modo». María Bedrossian ha encontrado este texto buscando referencias cervantinas genéricas en la prensa periódica nacional para el proyecto de la CSIC, mencionado en notas al pie anteriores.

184 Los círculos anarquistas también fueron cultores de la figura de don Quijote como emblema del idealismo desinteresado. En la Colección Ángel Falco del Archivo Literario de la Biblioteca Nacional, se conserva un poemita, al parecer, inédito, del escritor anarquista, que retoma esas representaciones. El poeta canario Froilán Vázquez Ledesma, perteneciente al circuito militante de las primeras décadas del siglo, dedica un poema al estridente anarquista y luchador por los derechos laborales, Leoncio Lasso de la Vega, también poeta y narrador, en el que identifica su figura con don Quijote, por reunir «fuerza viril» y «corazón magnánimo» (véase: <https://issuu.com/mathiasiguiniz/docs/poes_a_y_anarquismo_en_canelones.d_df523aaf6670c7>, consultado en noviembre de 2013).

Para Vaz Ferreira, el optimismo de éxito no puede ser más que relativo, ya que el hombre no puede pretender conciliar todos los ideales y llevar cada uno de ellos a su plenitud, ni siquiera con la imaginación. De igual modo, puede reconocerse el optimismo parcial respecto a la obtención de algo en esas direcciones. Pero, «en cuanto al valor, en cuanto al signo moral de la aventura humana, aquí, sí, sin restricciones» (Vaz Ferreira, 1938: 214).

Si Vaz Ferreira entiende las religiones como búsquedas de seguridades que anestesian la inquietud moral del hombre, la mayor evidencia del mejoramiento intelectual y moral se expresaría en

los sin anestesia: los que no han podido obtener la seguridad religiosa. Y esa sí que es aventura de don Quijote: —el superquijotismo— la superaventura —la más heroica de todas—: ¡Que así se viva, que así se luche, que así se hagan sacrificios! (Vaz Ferreira, 1938: 214).

Recuérdese que Darío pedía a un don Quijote divinizado su intercesión por los descreídos, los sin Dios (los sin Quijote y sin Sancho), los que van por la vida «con el alma a tuestas, con la fe perdida», apostando todavía a la salvación gracias a este «señor de los tristes», que «nadie ha podido vencer todavía». Las contradicciones presentes en aquel texto —un poema al fin, no un cuerpo doctrinal— parecerían recogidas por Vaz Ferreira cuando propone la superación del mito, consciente de que la época actual necesita aún de un *superquijotismo* de la voluntad y del ánimo, inmune, incluso, a la falta de fe y de ilusión en el triunfo de los ideales. Es decir: un optimismo del valor más que un optimismo del éxito, pero su prédica hace necesario —en un mundo sin fe— refundar el mito quijotesco de la fe autosuficiente y de la nobleza del fracaso.

En otros pasajes de *Fermentario*, Vaz Ferreira cultiva el apotegma y otras formas de escritura reflexiva que se expresan en brevísimos textos, a veces, humorísticos o, incluso, irónicos. En algunos de ellos, vuelve al *Quijote*:

Un final mejor

¿Que los pájaros de antaño no encuentran nidos hogaño?

Sea: no se buscarán aventuras.

Pero que cuando ataquen los rebaños o molinos de viento, encuentren por los menos Quijotes a la defensiva (Vaz Ferreira, 1938: 175).

En otra sección, dedicada a comentar libros y autores, anotará:

Leyendo a Unamuno

Unamuno, que exalta el quijotismo y desprecia la razón, no comprende el supremo quijotismo de la razón. El quijotismo sin ilusión es el más heroico de todos.

Investigar y explicar sin término ni aun esperado; comprender para comprender más, sabiendo que cada comprensión hace pulular más incomprensiones; sabiéndolo de antemano, sin ilusión... Y darse a eso, gozando y sufriendo, es el quijotismo supremo. Atacamos molinos de viento ideológicos sin la ilusión de que crearlos gigantes o de vencerlos... (Vaz Ferreira, 1938: 187).

Acaso las diferentes menciones de Vaz Ferreira sobre don Quijote resulten complementarias para interpretar el nuevo significado con el que el filósofo uruguayo dota al símbolo: imaginar un Quijote que, habiendo perdido la ilusión —aun la ilusión pastoril que hubiera bastado a Reyles para oponerse a «las

bajas realidades de este mundo» (Rodó, 1957: 311)—, siguiera luchando. Por lo pronto, en esta última referencia se desliza una primera persona gramatical muy significativa, la que asume o propone un ideal encarnado en la razón (en la investigación, en la explicación) y no en la sinrazón que exaltaba el mito quijotesco, lo que supone una torsión de este, una paradoja, similar a aquella fórmula rodoniana de la «locura razonable y la sublime cordura» (Rodó, 1957: 311).

Como conclusión de este capítulo, puede afirmarse que, en los primeros años del siglo xx, especialmente en los entornos de las fechas conmemorativas de 1905 y 1916, la mayoría de los textos encontrados sobre don Quijote corresponden al género ensayístico, ya sean de corte filosófico (centrados en aspectos considerados atributos del héroe como la voluntad, el querer, el ideal y el idealismo, la sinrazón, la lucha contra lo imposible, las aspiraciones humanas), o ya sean de sesgo más político (centrados en la prédica de una alineación latinoamericana con España y Francia, por oposición al poderío anglosajón, fundamentalmente norteamericano). El contexto cultural español y latinoamericano propició el florecimiento de textos sobre Cervantes y el *Quijote* en el campo de la crítica de ideas más que en el terreno de la ficción (con la salvedad de algunas expresiones poéticas que tuvieron en Rubén Darío su mayor exponente), orientados, quizás, a la formación de un público, de una élite nacional consumidora de bienes simbólicos que respaldara un proyecto cultural propio, capaz de hacer frente a la posible masificación y vulgarización de la cultura con que amenazaban, en el imaginario de los sectores dirigentes, las posibilidades de fácil ascenso social, principalmente en un momento de gran impulso de inmigración europea poco calificada a los países platenses.

En ese contexto, ocurre la apropiación del *Quijote* por parte de algunos de los escritores uruguayos más notorios del novecientos y de una segunda línea de discípulos y allegados (Rodó, Zorrilla, Reyles, Frugoni, Nin Frías, Pérez Petit), que reacomoda el mito a la funcionalidad que demandaba el momento, por lo que este les sirve para impostar un abolengo europeo, para refundar la pertenencia a la comunidad cultural internacional de la recién inventada latinidad o para fortalecer una identidad nacional basada en valores altruistas, espirituales y desinteresados, es decir, antiprosaicos, antimaterialistas, contrarios al cálculo y a la utilidad que caracteriza la fase pujante del capitalismo, representada, entonces, por Estados Unidos.

La exaltación del espiritualismo desinteresado como fin de la cultura y de las acciones humanas sirve, a la vez, a menudo, para asegurar la distinción ya no solo entre la élite cultural dirigente y las masas trabajadoras, sino también entre la primera y una burguesía recién ascendida, en muchos casos, de origen inmigrante, con códigos más pragmáticos y entendidos como «modernos». La prédica aseguraba la función orientadora de los *mejores*, quienes se autoasignaban el rol, aun en los casos de una desventajosa posición económica, en nombre de valores tradicionales, nacionales o *raciales* y deseables.

Si bien pudieron existir diferencias entre las figuras mencionadas, muchas veces inscriptas en polos de poder o en campos ideológico políticos opuestos (el catolicismo conservador, el batllismo o el socialismo), no se manifiestan tensiones ni enfrentamientos respecto de la apropiación simbólica del *Quijote* y aún menos ambivalencias respecto a la orientación ideológica de su autor, cuestión que emergerá con fuerza y caracterizará los otros dos centenarios cervantinos que ocurren al promediar el siglo, como se verá en los dos capítulos siguientes.

Podemos concluir que los textos más recurrentes en las primeras décadas del siglo xx y, en especial, en torno a los centenarios cervantinos de 1905 y 1916, corresponden a la categoría señalada en la introducción, de textos críticos centrados en la difusión o interpretación de la obra de Cervantes. Dentro de esa categoría, como pudo verse, se perfila claramente la existencia de aquellos que promueven representaciones míticas tomando algún aspecto de la vida o la obra de Cervantes para un uso persuasivo, invocando la fábula contenida en el *Quijote* o alguna característica de los personajes para impulsar determinados valores —políticos, ideológicos— asociados simbólicamente a estos, de modo que se empieza a crear un público masivo que reproduce estas asociaciones al punto de que la prédica se va integrando a la opinión común.

De todos modos, el público al que parecen dirigirse prioritariamente los discursos novecentistas estaría constituido por un restringido grupo de pares (escritores, artistas, intelectuales, políticos) y un público más amplio, pero que conforma, en definitiva, una minoría culta e informada, encargada de diseminar esas representaciones por el cuerpo social sobre el que tiene predicamento simbólico. Esto podría inferirse al tomar en cuenta los marcos de difusión de estos discursos (piezas oratorias y conferencias, folletos, artículos de diarios y revistas), muchos de los cuales serían publicados también, en breve plazo, como capítulos o secciones de libros, cerrando un circuito de recepción que los consolida en un estatus superior al fijarlos en un soporte digno de la perduración para la posteridad.

El Quijote en el exilio

Los textos clásicos, que parecen decir siempre lo que se quiere leer: textos dóciles a las mutaciones, interesan porque constituyen campos de lucha donde se debaten sistemas e interpretaciones enemigas: su revisión periódica es una de las maneras de medir la transformación histórica de los modos de lectura (objetivo fundamental de la teoría crítica).

Josefina Ludmer, *Las tretas del débil*

El medio siglo encuentra un panorama más complejo aún para la recepción cervantina. Si en los centenarios del *Quijote* (1905) y de Cervantes (1916) el marco político internacional favoreció la politización en las aproximaciones al libro y al autor, los agitados y duros acontecimientos que se sucedieron en España en el correr de la primera mitad del siglo xx hicieron que, en los siguientes centenarios, se retomaran e incluso extremaran las lecturas politizadas. Precisamente porque contaban con esos antecedentes, los acercamientos de mediados de siglo ingresaron rápidamente en la identificación política.

En Cuba y en 1943, Mario Aguilera Fuentes publica unos ensayos poéticos —*En un lugar de América*— en los que vierte sus opiniones políticas e ideas de pacificación con relación a los hechos que estaban conmoviendo al mundo. La marca de la guerra mundial se hace sentir fuertemente en los ensayos de Aguilera, quien cree asistir a una especie de apocalipsis, ya que «nunca el dolor del hombre fue más agudo ni más universal» (Aguilera, 1943: 10). Uno de los ensayos de Aguilera lleva como título «Quijote en exilio», imagen que condensa una idea implícita en muchos textos escritos en América Latina durante los años cuarenta y cincuenta por españoles y americanos.

Aguilera diagnostica acerbamente el presente de la «raza hispana» y propone sus ideas de cambio basadas en el humanitarismo, en ese estilo de ficción quijotesca a que ha invitado con tanta frecuencia el *Quijote* desde el siglo xix. No se trata de continuaciones ni recreaciones, sino de aprovechar el formato de la aventura quijotesca para hacerle decir algo al personaje con respecto al presente:

Don Quijote no se ha resignado a llevar en España una vida procaz en pugna con su valimiento y su prosapia, y añorando por la República armoniosa a que alude en su invocación [de la edad de oro] se ha venido a América, y en anda de otero en otero y de valle en valle con el recuerdo de la España genuina en la conciencia y Dulcinea, como poemático motivo, en el cofre del alma en busca de la aurora, sonrosada, que *via bilice*, en aras de la especie, su leal pronunciamiento

de Justicia. [...] Por eso anda don Quijote por América: frecuenta universidades, hace discursos sobre la vida pulcra que él encarna; compone panegíricos en loa de las vidas preclaras que coronó el laurel y que togó la muerte; [...] y vaticina un mañana de insólita ventura, esplendorosa, en que la Raza toda, la de acá y la de allá; la que erigió castillos almenados y la que decretó la Libertad del continente en los campos gloriosos de Ayacucho [...], diga al mundo que Patria es el derecho que tiene todo hombre de no ser lastimado en su decoro, y el deber que le asiste, como ser humano, de brindar al planeta una civilización fecunda sin expoliaciones y una cultura fértil sin hipocresía (Aguilera, 1943: 50).

La transparente analogía que recupera el simbolismo quijotesco para los derrotados republicanos en el exilio manifiesta que, en la década del cuarenta, había que repensar España de acuerdo a la necesidad de saldar simbólicamente la brutal ruptura de la guerra civil y encontrar una razón de ser —histórica, ideológica— del español en el destierro. Entonces, resurge con otra fuerza el mito de don Quijote para refundar una identidad histórica en términos que reproducían los mitemas novecentistas, como lo sintetiza esta afirmación de Francisco Ayala en 1947, exiliado en Buenos Aires, en el diario *La Nación*: «De nuevo le pedimos [al *Quijote*] la clave de aquel ser histórico en que la tozudez heroica se quiebra siempre, aunque nunca se doble, y en que todo ímpetu resulta al final baldío en su inocencia y desnudo de eficacia». La necesidad de refundar las claves hispánicas rescata la tradición de lectura que fomentaron los hombres del 98, por lo que Ayala, cuando decía que «siempre que un español se hace cuestión de su ser histórico» vuelve al *Quijote* a buscar en él «la clave de aquel destino», estaba reformulando las ansiedades que había manifestado Ortega y Gasset (Ayala, 1984: 9).¹⁸⁵

El cuarto centenario del nacimiento de Cervantes, en 1947, y la celebración de los trescientos cincuenta años de la publicación del *Quijote*, en 1955, ocurrirán en un contexto político que no podía dejar de incidir en cualquier manifestación cultural que vinculara a España con Latinoamérica y casi que con cualquier otro país. La guerra civil española (1936-1939) había suscitado gran adhesión en América Latina y en sectores republicanos y socialistas de todo el mundo. La caída de la República, con la entronización del bando rebelde en el poder y la férrea dictadura de Francisco Franco, empujó a miles de españoles al exilio que, desde los países de acogida, siguieron luchando en muchos casos y de diversas maneras por la situación de España. Organizaciones de solidaridad y denuncia, actos políticos y diversas publicaciones prolongaron sus actividades durante casi dos décadas, la mayor parte de las veces en alianza con fuerzas políticas de esos países que los habían recibido.

185 Francisco Ayala publicó tres artículos sobre Cervantes en los primeros años de su exilio en Buenos Aires: «Nota sobre la creación del *Quijote*», «Técnica y espíritu de la novela moderna» y «La invención del *Quijote* como problema técnico literario», luego recogidos en *La invención del Quijote* (1950).

Don Quijote fusilado

Ningún intelectual uruguayo destacado visitó España durante la guerra civil y no hubo delegados del país en el Congreso de Escritores Antifascistas, en julio de 1937, por lo que existen pocos testimonios literarios locales que documenten esa experiencia.

Niall Binns detectó, sin embargo, tres textos de corte testimonial sobre el período bélico publicados en Uruguay: *Don Quijote fusilado* (1939), de Alberto Etchepare, *Por qué luché contra los rojos* (1961), del profranquista Santicaten (seudónimo de Joaquín Martínez Arboleya), y *Una aventura en España* (1938), de Wing (seudónimo de Luis Alfredo Sciutto), futbolista, periodista deportivo y corresponsal de *El Pueblo*, quien, partiendo de una perspectiva equilibrada en la simpatía por los bandos en contienda, al final de la guerra, se inclina por los vencedores y, de hecho, vuelve a España como cronista de la instauración del franquismo (Binns, 2010).

Alberto Etchepare se dedicó, antes y después de la guerra civil española, al periodismo humorístico. Cuando estalla la guerra, tiene solo 25 años y decide ir a España con mínimos recursos económicos como reportero independiente. El propósito que consigue es recorrer el país y enviar crónicas a dos medios de prensa montevidéanos, *Uruguay* y *El País*, que pagan sus colaboraciones. Al regreso, reúne en libro sus notas, que ven la luz con un prólogo del escritor y destacado dirigente socialista Emilio Frugoni, mencionado en el capítulo anterior. El respaldo de Frugoni alcanzaría para entender que no se trataba de crónicas imparciales, pero aun así, este se encarga de advertir que el impulso que animó al autor fue, a la vez que podría relatar los hechos como corresponsal, «vivirlos con su alma inquieta y encendida en el fervor de los ideales que la República Española encarnaba», porque

desde la primera noticia, él se sintió dominado por el ansia de acercarse al drama hispano más que para contemplarlo como un simple espectador y narrarlo como testigo presencial, para vivirlo, para sentirlo en carne propia, sirviendo con la pluma, y también si cuadraba, con el fusil, la causa del gran protagonista de este drama, que era el heroico amor del pueblo a sus derechos y a su dignidad (Frugoni, 1940: 10).

Sin experiencia como corresponsal, Etchepare se atreve, sin embargo, a probarse en el oficio que ejercerá con verdadera pasión. La experiencia española da nacimiento al escritor, a la par de madurar al muchacho, según comenta afectuosamente Frugoni: «He aquí que la guerra de España nos ha llevado [a] un “atorrante” (usando el vocablo en su más amable acepción) y nos devuelve [a] un gran periodista» (Frugoni, 1940: 11).

Además de relatar la vida y las movilizaciones en las principales ciudades, Etchepare recorrió los frentes de batalla y las zonas rurales; entrevistó a Dolores Ibarruri, a Largo Caballero y al general José Miaja, entre otros. Cuando Uruguay rompió relaciones diplomáticas con España, logró una entrevista con el ministro

de Gobierno Julio Álvarez del Vayo, por lo que obtuvo la versión republicana del fusilamiento en Madrid de las hermanas Consuelo y Dolores Aguiar Mella Díaz, hijas de padre español y madre uruguaya, nacidas en Montevideo y familiares del vicecónsul uruguayo. Esas muertes habían propiciado que el dictador Gabriel Terra¹⁸⁶ rompiera relaciones con la República Española.¹⁸⁷ Los episodios más conmovedores en las páginas de Etchepare son aquellos en los que relata sus encuentros con milicianos uruguayos que integraban las Brigadas Internacionales y, aún más, el recuerdo de varios de ellos que dejaron su vida en España. De cada uno de ellos rescata un encuentro, una palabra, una hazaña valiente para que sirviera de consuelo a la familia.

Con los antecedentes registrados hasta aquí, quizás pueda entenderse que el título que Etchepare había elegido para el libro de testimonios españoles no necesitaba demasiada explicación en el contexto cultural de la época. Sin embargo, hay dos momentos del libro que se conectan directamente con el título y le asignan un sentido muy específico, que actualiza el mito político que venía afianzándose, mediante diversas transformaciones adaptativas, desde el último tercio del siglo XIX.

La primera y escasa mención a don Quijote ocurre camino a un lugar de misteriosa tradición cervantina,¹⁸⁸ Alcázar de San Juan,

atravesando en automóvil los campos de la Mancha y evocando a Nuestro Señor don Quijote. El horizonte se nos va abriendo como un libro de caballerías, y ante la vista de los molinos de viento nos embriagamos de leyenda. Paisaje gris. Campos áridos, tristes y pedregosos. La carretera de cemento ha borrado las huellas de Rocinante. El coche, potente y raudo, devoraba nafta y kilómetros, mientras a nosotros se nos volaba la imaginación. Por un instante

186 Político conservador y antiliberal, Gabriel Terra (1873-1942) fue presidente constitucional entre 1931 y 1933, cuando dio un golpe de Estado que disolvió el Parlamento y acalló a la prensa, con el apoyo del ejército y del sector mayoritario del Partido Nacional. El batllismo y los sectores de izquierda hicieron oposición permanente a la dictadura de Terra. En 1935, el gobierno de facto resistió un intento de sublevación y el presidente sobrevivió a un atentado contra su persona. En política internacional, el terrismo se alineó a Estados Unidos e Inglaterra. En 1935, a instancias de Terra, Uruguay rompió relaciones con la URSS y con la República Española, y luego apoyó el falangismo y reconoció el gobierno de Franco a partir de 1937. Estableció contactos, asimismo, con la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler. Después de impulsar una reforma constitucional, el sector terrista llamó a elecciones en 1938, que ganó Alfredo Baldomir, proveniente de las mismas filas y cuñado de Terra. Resultó electo con la abstención del batllismo y del «nacionalismo independiente».

187 En 2001, las hermanas Aguiar fueron beatificadas por el Papa Juan Pablo II.

188 Se ha insistido en Alcázar de San Juan como lugar de nacimiento de Cervantes, gracias al hallazgo de una partida de nacimiento en la Iglesia Parroquial de Santa María de un hijo de Blas Cervantes Saavedra y Catalina López, cuyo nombre era Miguel. En 1748, Blas Nasarre, bibliotecario mayor del reino y cervantista, escribió al margen de dicha partida: «Este fue el autor de la Historia de don Quixote». Esta conjetura se ha descartado, sin embargo, porque un Cervantes 11 años menor haría imposible, entre otras cosas, su participación en Lepanto Véase: <<http://www.alcazarcervantino.es/introduccion/partidabautismo.htm>>.

temimos atropellar la sombra augusta de don Quijote que, como alma en pena, debe estar vagando por estas tierras secas y desoladas.

Los molinos se nos antojaban —como al hidalgo manchego— seres fantásticos que huían despavoridos de un invisible enemigo que les grita: «¡Arriba las astas!».

Nuestro chofer —antiguo conductor de taxis en Madrid— no es sensible a estas divagaciones y nos corta el chorro de la inspiración:

—¡Qué te digo que son ellos!

—¿Quiénes? ¿Los molinos? —Íbamos a decirle en criollo: «¡Salí de ahí!», pero reponiéndonos le decimos castizamente:

—¡Quita, hombre, quita...!

—¡Los aviones! ¿Pero dónde tiés los ojos tú?¹⁸⁹

Efectivamente, a lo lejos cruza una escuadrilla de aviones. Aunque se dirigen en sentido contrario, el chofer alarmado no atiende razones y hunde el acelerador a fondo. Pasamos a más de 100 kilómetros por hora por el pueblo del Toboso, cuna de la ingrata por quien tanto penó don Alonso Quijano. Tan solo alcanzamos a gritarle al grupo de casas un «¡Chau, Dulcinea!», que se pierde en el aire frío del atardecer castellano (Etchepare, 1940: 55).

Lo que, en primer lugar, parece ser una estampa paisajística y cultural, que aprovecha la evocación legendaria de un mundo clausurado y arcaico, contrastante con la velocidad del automóvil, se actualiza poco a poco hasta que el narrador sufre la confusión muy quijotesca de suponer la animación de los molinos. Los aviones enemigos, superpuestos metafóricamente a aquellos, son representantes de la modernidad, pero también de la destrucción de los ideales y la idea de justicia.

El otro momento significativo del libro en relación con la metáfora del título llega al final de este, porque se cierra con un epílogo ficcional, a cargo de Vicente Basso Maglio, «El vuelo de don Quijote», que se agrega sin advertencia previa, como si fuera una crónica más de la guerra.¹⁹⁰ La única marca distintiva

189 Resulta interesante esta forma que reproduce la contracción del lenguaje hablado, propia de algunas zonas de España («tiés» por «tienes»), a la luz de la larga serie de polémicas sobre la validez de la norma culta peninsular para regir el español americano —repasadas en el capítulo I de LA RECEPCIÓN AMERICANA Y LA CONSTITUCIÓN DEL MITO QUIJOTESCO—, que tantas veces aparece en estas como una variante vulgar y baja respecto a la matriz. Por el contrario, en este caso, la caricatura a cargo de un escritor americano culto rebaja la variante vulgar hispánica, lo que podría, eventualmente, pensarse en términos de inversión de la dicotomía civilización/barbarie, dado el contexto político-militar cruento, que impone una violencia irracional y fratricida. Respecto a la locución, una versión oral del *Romance de don Gaijeros*, recogida por Antonio Cid, en León (España), en 1979, registra el siguiente verso: «—¿Dónde ties las damas, moro,las que te sueles lograrre?» (véase: <<https://depts.washington.edu/hisprom/optional/balladaction.php?igrh=0151>>.)

190 Vicente Basso Maglio (1887-1961) fue un poeta uruguayo muy reconocido en los años treinta y cuarenta del siglo pasado. Su poesía se caracterizó por la exigencia formal, la musicalidad, el uso del símbolo espiritual. Jorge Medina Vidal consideró que «pocas veces la llamada poesía pura, en el sentido ampliatorio que le daba Pedro Henríquez Ureña, tuvo representación tan digna en el Uruguay como en su obra». Muy vinculado a la radio, fue fundador de *El Observador* (Blixen, 2001: 70-71).

en este capítulo es la firma final a cargo de otro autor (y la carátula del libro, en la que se anunciaba «Una nota literaria de V. Basso Maglio»). El protagonista del relato es don Quijote:

Don Quijote despertó antes de la hora. Sin embargo, había llegado muy fatigado. Tuvo que entrar por el fondo del mundo. Había andado a pie y descalzo como Juan de la Cruz cuando huyó de la prisión, como todos los que pueden escapar de las cárceles del alma, de los campos de concentración, de las Guayanas, de Lípari. Había dejado a Rocinante desde que había cambiado los libros de caballería por los de metafísica, había visto que la muerte iba siempre a caballo. [...] Miró con un poco de desconfianza mi receptor de radio. ¿Se lanzaría contra él? No se lo pregunté. Y, ¡aunque se lo hubiera preguntado! Ninguna pregunta detuvo jamás a don Quijote. Fue el único hombre a quien no detuvieron las preguntas. ¡Trágico de verdad! Más puro que Segismundo, aunque Bergson pudiera oponerse a esto. Además, si por algo se caracteriza esta época es, precisamente, porque el hombre ya no tiene necesidad de preguntar. Dije: se caracteriza; perdón, ¡pequeño burgués! No queremos ya aquel mundo de carácter, jerarquía de pensamiento, alegoría de la razón. Por eso, este momento no es una época; estamos fuera del tiempo; hablamos de espacio puro, como hablan los profetas. [...] Estamos hartos de historia [...] y de cultura [...] y de lo subconsciente (Basso Maglio, 1940: 154).

En la ficción concebida por Basso, don Quijote escucha por el receptor de radio una prédica a favor del amor, la libertad de los hombres y la importancia de la fe «indemostrable», con algún aditamento evangélico («tienen oídos y no oyen, tienen ojos y no ven»). Don Quijote dialoga con la voz emitida por el receptor (a quien se dirige como «señor duque»), cuestionando el exceso de circunloquio, la redundancia en algunos casos, la reserva en otros, el exceso de escrúpulo, mientras sonríe «como un ángel, figura de un retablo que vendrá». Frente a la retórica grandilocuente pero hueca del discurso emitido, don Quijote se indigna y emprende contra el aparato, mientras se aboca a discutir la diferencia entre dos expresiones que a menudo se usan, sin embargo, con el mismo propósito, «en realidad» y «en verdad», fundamentando lo siguiente:

«En verdad» es la fe del hombre, de su humanidad, de ese creer que es todo sentir y que se basta a sí mismo, el héroe milagroso, hijo de la justicia y de la paz. Pero, «en realidad» es solo de la razón, ¿qué digo?, de la fuerza de la razón, del fascismo. Gracias, señor duque. Y bienaventurados los pobres de espíritu porque todos estamos ya en el reino de los cielos (Basso Maglio, 1940: 157).

El equívoco que el narrador intenta aclarar a don Quijote es que quien habla no es un duque, sino Gregorio Marañón, en una conferencia sobre el Padre Feijoo. Después de dictaminar que de todos modos le otorga el título de duque, sin más, pregunta don Quijote: «¿Con quién está el señor duque?». Y la respuesta que dicta la urgencia histórica no se hace esperar:

—Con ellos, maestro.

—¿Cómo con ellos, hijo mío?

—Sí, con ellos. «Ellos y nosotros» —dice Gorki.

¡Qué sonrisa la de don Quijote!

Quizás sirva aclarar que Gregorio Marañón, muy respetado en todos los círculos intelectuales y científicos y de orígenes liberales, apoyó el franquismo al comienzo de la guerra civil, lo que generó fuertes polémicas en torno a su figura. Cuando en 1937 visitó Chile, el dictador Gabriel Terra lo invitó a Uruguay, donde su visita suscitó enfrentamientos públicos de diversos grupos políticos en torno al problema español.¹⁹¹

El texto de Basso Maglio se basa en un diálogo entre don Quijote y el narrador, pero centrado en el discurso del primero. Es don Quijote quien se detiene a valorar la fe sustentada en el sentimiento o la pasión, por encima de la razón y el pensamiento (lo que llama «la razón de la sinrazón»), como una característica fuertemente española. La pregunta por Sancho no podía faltar, y la respuesta da cuenta de un nuevo giro posible en los simbolismos políticos de amo y escudero, que, a su vez, retoma el sentido novecentista que hacía a Sancho representante del pragmatismo vulgar, pero agregando ahora la nota de baja ambición política y negado por el propio don Quijote:

¡No me hables de ese... requeté! Fue primero secretario de la Junta de Burgos y ahora es rector de la Universidad de Salamanca.¹⁹² Pero, no se conforma; aspira a la dictadura. Y sonrió el antiguo caballero como si el Greco hiciera sonreír por una sola vez a una de sus criaturas (Basso Maglio, 1940: 161).

Luego de comunicar don Quijote su decisión de viajar a Alemania, la ficción de Basso termina con una carta enviada desde aquel país, en la que el caballero cuenta sus últimas aventuras. Se trata de un final con poco de cervantino, algo de fantasía del absurdo y mucho de simbolismo, que hace decir a don Quijote:

191 Un fragmento del discurso del anciano Carlos Reyles en oportunidad de la visita de Gregorio Marañón a Uruguay, en 1937, puede servir para medir la temperatura de la situación: «Cuesta mucho ir contra la juventud, aunque sea para hacerle el bien; la juventud no presente lo por venir, el futuro y todo, temen que este los condene sin apelación. Cuesta mucho ir contra el pueblo, es nuestro padre y al igual de Júpiter tiene en las manos los rayos que fulminan, ¿cómo no halagarlo? Sin embargo, hay voces que se levantan airadas y dicen a voz en cuello: mentira. Así Unamuno, el español más grande y más español de España. Estaba obligado a hablar, y al ver a la bravía España enmascarada irrisoriamente con el disfraz de esclava bolchevique lanzó sus anatemas a los cuatro vientos contra Moscú, contra las invasiones de los bárbaros, contra los que trocaron la república, que el pueblo engañado creía defender, por el despotismo rojo, el más cruel y estúpido de todos los despotismos. Y murió de dolor, del dolor de su España vendida y crucificada. Otro español republicano de gran volumen representativo, el doctor Marañón, flagela ahora los desmanes, los crímenes y la barbarie del Frente Popular bolcheviquizado. La voz extinguida de Unamuno renace en el enfervorizado pecho del doctor Marañón». (REYLES, Carlos. «La voz extinguida de Unamuno renace en Marañón» [EN LÍNEA], en *El Pueblo*, Montevideo, 16 de marzo de 1937). Disponible en: <<http://impactoguerracivil.wikispaces.com/Uruguay>>.

192 No sabemos a qué se refiere esta serie. La secretaria de la Junta de Burgos puede aludir al propio Franco o, quizás, a José María Pemán y Pemartín (secretario de Cultura y figurón propagandista del régimen). La equiparación con el rector de Salamanca, en caso de tratarse de Unamuno, que lo fue hasta fines de 1936, parece excesiva, aunque, quizás, en el contexto de la época, pudiera explicarse.

Allí dice el señor Goebbels: los pueblos piensan primitivamente. Por esa mala interpretación del primitivismo que quiere decir barbarie, me confundieron con un judío. ¡Esta barbilla! Claro, tenía yo todo el aspecto de un Trotsky, de un ortodoxo de la cuarta internacional [...]. Y me entregaron al verdugo (Basso Maglio, 1940: 163).

Pese a los tremebundos hachazos, la ficción señala que los nazis no logran decapitar a don Quijote:

Eso no parecía ya un acto de ejecución, ni menos un acto de justicia; parecía un acto de prestidigitación, una burla al poder del imperio. Y heme aquí en el espacio puro, siempre vivo, como el hombre. No busques nada de esto en los diarios, porque tú sabes que los censuran. Te abraza tu padre, don Quijote (Basso Maglio, 1940: 163).

Para evaluar el sentido de las ideas asociadas al personaje cervantino en el relato de Basso debe tenerse en cuenta la fecha de publicación. Si bien las crónicas de Etchepare fueron escritas en simultaneidad a los hechos narrados, el libro fue publicado después de la caída de la República y ante la evidencia del avance del fascismo no solo en España, sino también en otros países de Europa. Eso podría explicar la tendencia a defender una fe que estaría por encima de la razón o, como dice el propio Basso, «de la fuerza de la razón», pero que, en cierta forma, aparece debilitada al colocarse en el estatus de un sueño que no ha sido eficaz en la práctica, una locura idealista —«la razón de la sinrazón»—, aunque destinada a permanecer latente en una esfera intemporal, a la espera de su manifestación en mejores tiempos.

El sueño republicano fue muy breve, y, ya en los años cuarenta, el recorrido simbólico que debió cargar el personaje de don Quijote se vio marcado en el Río de la Plata por la presencia de los españoles exiliados y la identificación con sus propias batallas, ilusiones y fracasos.

El exilio republicano español

Las investigaciones sobre migración insisten en que el individuo que abandona su país por razones económicas tiende a asimilarse más rápidamente al país que lo acoge. La necesidad o el deseo de ascenso social hace necesario disminuir las diferencias que pueden caracterizarlo como extranjero. En cambio, el exiliado político tiende a fortalecer simbólicamente los lazos que lo unen al pasado y a mantener encendido el deseo de regresar (Escudero, 1998; Dutrénit, Allier y Coraza, 2008). Al finalizar la guerra civil, fueron miles los que abandonaron el territorio español rumbo a los destinos más variados. Entre ellos, cientos de escritores, intelectuales, artistas. Uno de los destinos más elegidos en primer lugar fue México, gracias al tratamiento preferencial del gobierno de ese país, que ofrecía muchas oportunidades de trabajo en ese campo. En segundo lugar,

se ubicarían Argentina y Puerto Rico, que también ofrecieron plazas en sus universidades o en su mercado cultural a muchos.¹⁹³

Es cierto que el fluido contacto entre intelectuales de una y otra orilla del Atlántico existía desde comienzos de siglo, así como la colaboración en revistas o las visitas de escritores, como se vio en los capítulos 1 y 2. En los países que concentraron los nombres más influyentes del exilio español, los estudios críticos y la investigación han sido más profusos, lo que no ocurrió tanto en Uruguay. Sin embargo, contaba con privilegiadas condiciones para alojar refugiados españoles gracias a la estabilidad política de las últimas décadas, la tolerancia ideológica y el nivel económico y social bastante más benigno que en otros países de habla hispana. Aun así, atrajo menos escritores y artistas debido a que no podía ofrecer muchas posibilidades de trabajo intelectual remunerado ni de publicación a gran escala.

En buena medida, la posición y la suerte de los intelectuales españoles aceleró en el Río de la Plata una tendencia al compromiso social del escritor con los problemas de su época. La situación en la región se complejizó, entre otras cosas, luego de la crisis del sistema capitalista en 1929, que

arrasó con los regímenes democráticos: el presidente argentino Hipólito Yrigoyen fue desplazado del poder por un pronunciamiento militar respaldado por sectores conservadores locales y representantes del capital extranjero en setiembre de 1930, en tanto que el presidente uruguayo Gabriel Terra encabezó la reacción conservadora con un autogolpe de Estado en marzo de 1933. El deterioro de la institucionalidad democrática se correspondió en la región con la incidencia de las ideologías totalitarias europeas en ascenso (Zubillaga, 2008: 10).

De ahí que el alzamiento militar de julio de 1936 en España, bien visto por los sectores gubernamentales en los países platenses, generara fuertes polémicas y realineamientos:

Los golpistas uruguayos (los colorados seguidores de Terra; los nacionalistas acaudillados por Luis Alberto de Herrera) manifestaron tempranamente su solidaridad con la España Nacional; en tanto la oposición conformada por colorados batllistas, nacionalistas independientes, socialistas y comunistas se alineó en la causa de la República Española. Incluso el partido de orientación católica (Unión Cívica), también opuesto al golpe de Estado de Terra, fuertemente influenciado por el pensamiento de Maritain, expresó un severo rechazo al franquismo, cuestionando la tesis cruzadista del movimiento (Zubillaga, 2008: 11).

Esa posición de un sector importante de la Iglesia y de políticos católicos fue una diferencia importante entre Uruguay y Argentina.

193 Para mayor precisión de datos, véase: AXEITOS, Xosé Luís, «El exilio gallego sesenta años después», en *Ínsula*, n.º 627, Madrid, 1999, p. 8. Axeitos menciona La Habana, Buenos Aires, Montevideo y México como «los puntos geográficos de acogida masiva». Para el exilio republicano en Argentina, véase Wechsler, 2005.

La restauración democrática en Uruguay fue posible mediante un nuevo golpe de Estado de Alfredo Baldomir, en febrero de 1942, que concluyó con un llamado a elecciones. De modo que, al finalizar la guerra civil española, el país vivía un período de fragilidad institucional, pero, en las elecciones de 1942, el electorado se volcó a votar una fórmula que consolidara la democracia y alejara cualquier sospecha de fascismo.¹⁹⁴ Sobre todo en las ciudades, y en particular en el sur, una clase media bastante extendida gozaba de un considerable bienestar. El compromiso político de los escritores se manifestaba principalmente en las campañas de solidaridad con perseguidos de otras latitudes y se expresaba tanto en manifiestos como en ayuda económica. Frente al horror de la guerra de España y de la segunda guerra mundial, podía resultarles a algunos paradisíaca la vida en un país en el que se respiraba una «rara libertad», como declaró Rafael Alberti a poco de llegado de España, en una carta al escritor uruguayo Cipriano Santiago Vitúreira, en 1941.¹⁹⁵

La historia de las relaciones diplomáticas entre Uruguay y España fue compleja en esos tramos históricos y siguió los derroteros de la política local: en setiembre de 1936, el gobierno uruguayo interrumpió las relaciones diplomáticas con la República Española, argumentando que ese gobierno no tenía «los medios necesarios para impedir las más elementales violaciones del Derecho Internacional y aún de la misma moral universal que exigen el respeto de la vida humana de la que nadie puede ser privado arbitrariamente». Como se mencionó, el hecho concreto que motivó la ruptura fue el ataque perpetrado por milicianos contra la Villa de San Pablo, en Madrid, propiedad de la Asociación Civil del Uruguay, que se hallaba bajo la protección del Consulado General uruguayo, y el ajusticiamiento de las hermanas Dolores y Consuelo Aguiar, familiares del vicecónsul uruguayo (Zubillaga, 2008: 12). El reconocimiento al gobierno de Burgos se produjo en diciembre de 1937, de hecho, con el intercambio de agentes diplomáticos, y, al final de la guerra civil, ocurrió el reconocimiento *de jure* del régimen. El sector triunfante en las elecciones de 1942 en Uruguay simpatizaba con la causa republicana, y eso se tradujo en el apoyo al bloqueo internacional del régimen franquista, pero no en la inmediata interrupción diplomática. En 1945, cuando la Asamblea de las Naciones Unidas condenó el gobierno de Franco y recomendó el retiro de embajadores de España, la Embajada uruguayo se encontraba vacante por la muerte del ministro Virgilio Sampognaro, de modo que el nuevo cargo no se proveyó hasta 1952, año del restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre los dos países. De todas maneras, Uruguay

194 Como se dijo, si bien el gobierno saliente había sido elegido en las urnas, las elecciones que lo consagraron habían sido polémicas y algunos sectores de los partidos tradicionales (Colorado y Blanco) no comparecieron. Solo en las elecciones de 1942 se retornó a la normalidad institucional democrática. Para una visión global del período, véase Nahum, 2013.

195 Archivo de Cipriano S. Vitúreira, resguardado por su hijo, el señor Santiago Vitúreira. Es necesario agradecer la generosa autorización de los herederos que nos permitió hacer uso de estos materiales.

fue consecuente luego en la condena al régimen franquista, pues fue uno de los países que votó en contra de la admisión de España en la ONU hasta 1955 (Zubillaga, 2008).

Argentina, por su parte, vivió una sucesión de gobiernos militares, aunque amplios sectores sociales vivían una situación económica favorable. A pesar de la simpatía de mucha gente por la República Española, para los gobernantes de turno los exiliados eran un problema, cuando no una amenaza. De igual modo, Buenos Aires era una ciudad acogedora para el extranjero, no solo por su vocación cosmopolita, su prosperidad económica y su auspicioso crecimiento demográfico y edilicio. Emilia de Zuleta señala que la capital argentina les permitía entonces a los intelectuales la experiencia de círculos de contacto personal, lugares donde la gente se encontraba, como los cafés de la avenida de Mayo, las redacciones de los diarios y las revistas que no cesaban de florecer (Zuleta, 1999: 40).¹⁹⁶ A la simpatía de grandes sectores de la intelectualidad por la suerte de la República desde sus inicios se le sumó una coyuntura popular favorable, dada la creciente tendencia a la organización y movilización, como lo explica Luis Alberto Romero:

En 1936, las asociaciones y [los] grupos de solidaridad con la República brotaron como hongos. En agosto ya había unas doscientas en todo el país. El impulso de los españoles fue importante, pero la clave se encuentra en [la] singularidad social de la Argentina de entonces: una sociedad dinámica, con una fuerte movilidad ascendente y un denso asociacionismo. [...] En esta densa trama asociativa predominó la gran tradición cultural e ideológica liberal y democrática, diferente y opuesta de la católica y nacionalista antes mencionada. La biblioteca popular y la parroquia fueron las instituciones barriales típicas de ambos mundos. Alimentados por la corriente liberal, una parte importante de los sectores populares desarrollaron por entonces una actitud básica, reformista y progresista, que se reconoció en la España republicana y se identificó con ella. En una época en que la política local despertaba poco interés, debido al fraude sistemático que hacía el gobierno, la solidaridad con la República ofreció una causa justa que alimentó la ilusión colectiva y convocó el apoyo generoso de muchos (Romero, s. f.).

Durante los largos años del franquismo, Hispanoamérica produjo tanta literatura española como la propia península. Es conocido el famoso verso de León Felipe en el que sostiene que los exiliados se habían «llevado [consigo] la canción»¹⁹⁷. La afirmación parece hoy soberbia e injusta, aunque es indiscutible que, prestigiada por los grandes nombres de la literatura española de la época (como Juan Ramón Jiménez, León Felipe, Pedro Salinas, Francisco Ayala,

196 Según parece, dos cafés enfrentados congregaban a españoles de uno y otro bando. Afirma Ernesto Goldar que «los rebeldes han instalado su cuartel general en el café Español, al lado del teatro Avenida, por avenida de Mayo y Salta. Enfrente están los leales, en el Iberia, y la policía dispone entre café y café, por el medio de la calzada, una fila de seguridad para evitar encontronazos» (Goldar, 1986: 209).

197 Ver *El Exilio de las Españas de 1939 en las Américas: «a donde fue la canción»*. J.M. Naharro Calderón coord. Barcelona: Anthropos, 1991.

Rafael Alberti), promocionada por nobles banderas políticas, la literatura del exilio gozó ciertamente de mayor difusión y reconocimiento mundial que la producida en España durante esos años. Manuel Aznar Soler afirma que

la obra literaria del exilio republicano español fue, durante los años cuarenta, muy superior estéticamente a la publicada en la España franquista [...]. Y como México y Buenos Aires fueron, no solo durante los años cuarenta, sino durante muchos más, las capitales editoriales de la literatura española, esa obra impresa de nuestro exilio cultural fue, por su magnitud e importancia, inventariada muy pronto [...] o descrita en síntesis panorámicas (Aznar Soler, 1999: 3-5).

A pesar de esto, existe en el campo literario uruguayo una producción de menor brillo pero valiosa, tanto desde el punto de vista literario como en su dimensión testimonial, que, opacada por los grandes nombres, pasó desapercibida y no ha sido reclamada por España ni por América.

Las figuras más importantes del exilio español en Uruguay —por su proyección hispánica y por la magnitud de sus obras— fueron Margarita Xirgú y José Bergamín.¹⁹⁸ También la radicación de Rafael Alberti en la cercana Buenos Aires le permitió a este establecer lazos importantes con el medio cultural uruguayo y el hecho de que frecuentara Punta del Este dio como resultado uno de los mejores libros de su exilio: *Poemas de Punta del Este* (1979). Alberti se radicó en Argentina en 1940 e inmediatamente estableció vínculos con intelectuales y artistas uruguayos. Como ha sido ampliamente documentado, las visitas a Uruguay, las correspondencias cruzadas con escritores montevideanos, las publicaciones en libro y las páginas de revistas se sucedieron en forma ininterrumpida hasta 1962, fecha en que el poeta se trasladó a Roma.¹⁹⁹

En términos generales, puede decirse que estos republicanos desterrados al final de la guerra civil española quedarían siempre fuertemente marcados por esa experiencia y, por tanto, su literatura se desprende con dificultad de esos temas. La actividad cultural de Xirgú y Bergamín estaría abocada a la difusión de la cultura española, y su inserción e importante reconocimiento parte del supuesto de que encarnaron el talento de la resistencia republicana en el exilio,

198 Véanse: GRILLO, Rosa María, *José Bergamín en Uruguay, una docencia heterodoxa*, Montevideo: Cal y Canto, 1995; Ídem, «La prehistoria de un poeta: Bergamín en Uruguay», en Gonzalo PENALVA CANDELA (ed.), *Homenaje a José Bergamín*, Madrid: Comunidad de Madrid, 1997, pp. 198-207.

199 Sobre el exilio español en Argentina y el lugar de Alberti y León en él, puede consultarse: ZULETA, Emilia de, «Letras españolas en la revista *Sur*», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Buenos Aires, enero-marzo de 1977, pp. 113-145; Ídem, «Relaciones literarias entre España y la Argentina», Madrid: Ediciones Cultura Hispánica/I. C. I., 1983; GRILLO, Rosa María, «La literatura del exilio», en Luis de LLERA ESTEBAN (coord.), *El último exilio español en América*, Madrid: Mapfre, 1996, pp. 315-515; SCHWARZSTEIN, DORA, *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en la Argentina*, Barcelona: Crítica, 2001. Los vínculos que estableció Alberti con escritores uruguayos y sus publicaciones en el país han sido relevados y analizados en: ROCCA, Pablo y María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ, *Rafael Alberti en Uruguay (correspondencia, testimonios, crítica)*, Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2002.

que en Uruguay gozaba de amplísima simpatía. El empeño por seguir hablando de España y de la causa republicana se convirtió en motivo de vivir. Así lo afirma María Teresa León en el prólogo de su libro de memorias, publicado en 1979: «Nos dirán que somos obstinados. Pero, ¿quién se atrevería a hacer la crítica de los sentimientos que nos ayudaron a vivir?» (León, 1979).

Al margen de esos nombres destacados, Uruguay recibió a muchos otros escritores, artistas, periodistas y editores, quienes animaron una zona importante de la vida cultural y, en muchos casos, se establecieron definitivamente en el país. Algunos, entre los cientos de españoles vinculados a estas actividades, ejercitaron asimismo la literatura de ficción o de corte periodístico, una producción híbrida, a caballo entre dos culturas, difícil de clasificar para unos y para otros, pero que, en definitiva, ilumina un período de la cultura, tanto de España como del Río de la Plata (véase González Briz, 2009).

La actividad de los exiliados políticos españoles se desarrolló también en importantes publicaciones que alentaban el prorrepblicanismo en Uruguay, algunas de la propia colectividad, como *España Democrática*, *España Republicana* y *España Moderna*, y otras dirigidas por uruguayos afines a esta perspectiva ideológica, como el *Boletín de AIAPE* (Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores)²⁰⁰ y el *Boletín Antinazi*. En unas y otras páginas, pueden encontrarse textos de Rafael Alberti aún inéditos en libro, artículos nunca recogidos de María Teresa León, un espacio semanal dedicado a la poesía de aquí y de allá, donde muchas veces comparecieron textos escritos especialmente para esos medios.²⁰¹

La simpatía de que gozó en Uruguay —y en toda América— la causa de la República Española, el numeroso contingente de uruguayos que habían ido a combatir como voluntarios en los días de la guerra civil, y aun los muchos que dejaron su vida en los campos españoles, el hecho de que la causa se viera como condensación y España, al decir de Octavio Paz, como «el lugar de la prueba» (cit. en Torres Fierro, 2007: 137) de una lucha más amplia contra el fascismo en

200 La AIAPE «por la defensa de la cultura», dedicada a promover la literatura, las artes plásticas y la cultura en general, era la principal organización que en Montevideo trabajó activamente a favor de la causa republicana y contra el fascismo. Además de montar exposiciones de artes plásticas, editar libros, organizar ciclos de conferencias y promover acciones de ayuda a exiliados, llevaba adelante una publicación: el *Boletín de AIAPE*. Sofía Arzarello, Juvenal Ortiz Saralegui, Alejandro Laureiro, Jesualdo Sosa, Gervasio Guillot Muñoz, Guillermo García Moyano y Roberto Ibáñez fueron algunos de los escritores vinculados a la revista en la mayor parte de su historia (1936-1943).

201 He revisado estas publicaciones, al principio estimulada por el eminente hispanista francés Robert Marrast, a quien conocí en 2003 y con quien he mantenido correspondencia desde entonces y lamentablemente fallecido en 2015. Con su orientación, detecté los primeros textos inéditos de Rafael Alberti, que se los he enviado para una próxima edición de su *Prosa completa*. A medida que avancé en mi investigación, en la prensa de esos años, fui encontrando, hasta casualmente, nuevos textos no recogidos. En 2010, completé, a pedido del profesor Marrast, la búsqueda de inéditos de Alberti en algunas publicaciones periódicas argentinas desde la década del cuarenta al la del sesenta.

ascenso, que estallaría en la segunda guerra mundial, explica que la hispanofilia de posguerra en la cultura uruguaya fuera un fenómeno que excedió la presencia concreta de exiliados políticos. Muchas obras, programas radiales, actos culturales y publicaciones periódicas pro República fueron llevados adelante por uruguayos, y la poesía de los años treinta se vio tentada con frecuencia a la imitación de los españoles, en especial de García Lorca, y a dedicar innumerables poemas, en general, romances, a la guerra civil y al drama de España.

En Montevideo, las actividades febriles del Comité Pro-Defensa de la República Española, instalado en 1936, llevaron a que su presidente, el escritor Ildefonso Pereda Valdés, organizara una compilación, el *Cancionero de la guerra civil española*.²⁰² Asimismo, la muerte de Federico García Lorca suscitó innumerables creaciones poéticas, algunas de las cuales se recogen en el libro *Poeta fusilado*, compilado en 1937, por Juvenal Ortiz Saralegui. El primero incorpora poemas de Federico García Lorca, Antonio Machado, Emilio Prados, Miguel Hernández, Manuel Altolaguirre, Pablo Neruda, el argentino Raúl González Tuñón y los uruguayos Emilio Frugoni y Álvaro Figueredo, entre otros. La selección se organiza en diferentes secciones temáticas: «España», «El poeta asesinado», «Héroes», «Madrid», «Romancero de la guerra civil» y «Populares». Tal vez Pereda se haya inspirado en la experiencia que Alberti y Prados llevarán adelante en la guerra en las páginas centrales de la revista *Octubre*.²⁰³ Tal voluntad de recoger poemas anónimos de combatientes, o firmados en el mismo campo de batalla, refleja la intención de acercar la poesía a las masas, lo que corresponde a un signo de época. Todos los intelectuales que transitaron por estos proyectos colectivos en el ápice de la modernidad, pero una modernidad socialista y democrático-radical, coincidieron —más allá de las posiciones políticas concretas— en la convicción de que la poesía es un instrumento apto para transformar la sociedad y para redimir la conciencia de las mayorías populares.

Pero también hubo en Uruguay, durante la guerra y posguerra, aunque en menor medida, simpatizantes activos del bando español insurrecto. Ángel Aller, por ejemplo, tuvo una activa militancia en esta línea y también José María

202 PEREDA VALDÉS, Ildefonso (comp.), *Cancionero de la guerra civil española*, Montevideo: Claudio García & Cía., 1937. Bajo el título se lee: «Publicación del Comité Pro-Defensa de la República Española». En la contratapa se advierte: «Esta obra de solidaridad hacia España, se vende a \$ 0,50 en la Casa Editorial y en el Centro Pro-Defensa de la República Española. “La Bolsa de los Libros” ha obsequiado al Comité de Damas de Protección a la Infancia con cien ejemplares para ser vendidos a beneficio de los huérfanos, hijos de los soldados que lucharon en el frente de batalla».

203 Alberti se refiere a esta experiencia en el prólogo de su *Romancero general de la guerra española* (publicado en Buenos Aires por el Patronato Hispano Argentino de la Cultura en 1944). Otro modelo posible, aunque su aparición fue casi simultánea, puede ser el volumen *Poetas de guerra (edición tomada de los documentos históricos del 5.º Regimiento)*, (Madrid, 1937). Ese libro circuló en Montevideo, ya que hay una reseña conjunta de las dos compilaciones, la española y la uruguaya, firmada por Gervasio Guillot Muñoz (véase: GUILLOT MUÑOZ, Gervasio, «Dos antologías de la guerra de España», en *Ensayos*, n.º 12, Montevideo, junio de 1937, pp. 239-240).

del Rey, quien alcanzó a publicar un grueso libro de *Ensayos*, editado por el Instituto de Cultura Hispánica, órgano cultural creado por el franquismo para las relaciones culturales entre España y América.²⁰⁴

Concluida la guerra civil, la resistencia al franquismo o su débil apoyo en círculos intelectuales uruguayos no cedió. En los años cuarenta, la resistencia antifranquista fue activísima, bajo la forma de la denuncia, la organización de actividades en apoyo a las víctimas de la guerra, el envío de ayuda económica, etcétera. Ese activismo prorrepblicano, sostenido en el tiempo con inusitada intensidad, es solo comparable al que suscitó años después la Revolución cubana en América Latina. En el imaginario de la militancia de izquierda, la causa cubana vino a sustituir a la española cuando esta última empezaba a agonizar. Probablemente, la fuerza del aparato militante y propagandístico del Partido Comunista explique, en buena medida, la organización y continuidad de estos fenómenos.

Pero la prolongada dictadura española obligó a tomar otros caminos que el de la lucha o la reivindicación más directa. Los años cincuenta, en este sentido, mientras que en el ámbito internacional estarían marcados por el fin de la posguerra y de la política de contención, así como por la guerra de Corea, fueron pautando otro escenario en el panorama local, en lo relativo a la visión de España. En el protagonismo cultural, ocurrió un relevo generacional que dio mayor visibilidad a un conjunto importante de exiliados españoles que eran muy jóvenes, casi niños, durante la guerra civil y que lograron insertarse en la cultura uruguaya con una perspectiva más definitiva que los mayores. Una publicación decisiva para esta nueva política de diálogo, de encuentro entre la cultura española de la diáspora y la cultura uruguaya, fue la revista *Deslinde*, editada en Montevideo entre 1956 y 1961, que tuvo entre sus redactores y colaboradores a varios españoles, como Benito Milla —quien pocos años después se convertiría en uno de los principales editores de Uruguay y, luego, de América—, el poeta y narrador José Carmona Blanco, el periodista y narrador Francisco Contreras Pazo —largos años vinculado al diario *El Día*— y el poeta y narrador Cristóbal Deber Otero. Esa pertenencia de origen motivó a que sus artículos culturales en *Deslinde* otorgaran importante espacio a la temática española y a la necesidad de ponerse al día con lo que estaba ocurriendo en la península, cuando ya las esperanzas de retorno de los exiliados políticos habían menguado y se iba consolidando la adaptación al nuevo medio.

204 El 2 de noviembre de 1940 se inauguró el Consejo de la Hispanidad, compuesto por 74 miembros reclutados del Gobierno, el Ejército y la Falange, con el objetivo de fomentar relaciones más estrechas con los países de Latinoamérica. Desde 1944 en adelante, los contactos culturales y diplomáticos adquirieron mayor relevancia a la vista de la creciente condena internacional. En 1946, y coincidiendo con una de las etapas más duras para el régimen, el Consejo de la Hispanidad se reorganizó y se le cambió el nombre por Instituto de Cultura Hispánica (Aznar y Wechsler, 2005: 180).

Deslinde no se definió como publicación de españoles en el exilio ni se presentó como órgano de activismo político (a diferencia de otras publicaciones, como *España Republicana* o *España Democrática*). La diferencia da cuenta de la situación y del momento histórico, cuando «el tema de España» seguía siendo una preocupación relevante para los exiliados españoles en Uruguay, pero, a la vez, se había procesado un acomodo al país de recepción y una necesaria integración al igual que un decaimiento de las esperanzas de retorno. *Deslinde* es un ejemplo de la forma en que un grupo de españoles manifestó su necesidad de expresión cultural, intentando aunar la preocupación por la actualidad local con la agenda internacional, pero dando amplia cabida a temas vinculados con España y a las voces de escritores que producían dentro y fuera de la península.

Debe señalarse, entonces, que la mirada hacia España fue cambiando de matices desde la oposición en el exilio americano, de acuerdo a las modificaciones que se iban produciendo en la evolución interna del propio régimen y con relación al panorama internacional. En los años cuarenta, el franquismo buscó fortalecer las relaciones con Hispanoamérica debido al aislamiento internacional en el contexto de la segunda posguerra europea, que identificó el régimen con los vencidos y boicoteó toda ayuda de los vencedores para su reconstrucción. Ya se mencionó que, en 1945, una comisión de la ONU recomendó la ruptura de relaciones diplomáticas con España, informando que el régimen franquista representaba una amenaza para la paz mundial. La ONU decidió, entonces, un boicot que mantuvo a España aislada por cuatro años. En lo sucesivo, y a medida que se tensaba la relación entre Estados Unidos y la Unión Soviética, Franco fue poniendo mayor énfasis en enunciar el carácter anticomunista de su gobierno, lo que, entre otras cosas, posibilitaría unos años después el apoyo norteamericano.

Mientras tanto, en el intento de acercarse a los países hispanoamericanos, la política franquista de fines de los años cuarenta se basó en aspectos culturales y religiosos, abandonando el discurso de corte imperialista que había dominado en los años de la guerra civil y posterior guerra mundial, bajo la impronta fascista que después se iría desmontando convenientemente (Pelta, 2005; Zubillaga, 2008; Minardi, 2010). El resultado no fue el esperado: en un extremo, México fue el país que ejerció una hostilidad más intensa; otros opusieron una condena más moderada, pero algunos países de Hispanoamérica ayudaron a España en los años de aislamiento, y un grupo de representantes latinoamericanos realizó gestiones ante Estados Unidos para levantar el bloqueo (Pelta, 2005).

Las relaciones con Argentina vivieron un momento de esplendor durante el primer peronismo (1946-1955) y, en particular, en algunos momentos de circunstancial alianza entre Franco y Perón. Argentina defendió a España ante la ONU y envió importante apoyo económico que permitió su supervivencia durante el boicot: el pacto empezó a declinar a medida que Argentina disminuyó el excedente en la producción de trigo y que Franco avanzó en su acercamiento a Estados Unidos. Mientras tanto, ambos países echarían mano (y se auxiliarían

mutuamente en esta empresa) al concepto de hispanidad como forma de consolidar un territorio simbólico de influencia que fortaleciera el posicionamiento internacional, especialmente contra las ambiciones neocoloniales norteamericanas sobre el sur de América. Una vez más, España representaba una alternativa simbólica para resistir la presión de los Estados Unidos.

El año 1947 fue clave para las relaciones entre Franco y Perón: el año anterior se había firmado el convenio comercial y la conveniencia mutua se sellaba pública y glamorosamente en la visita de Eva a España. A su vez, el centenario de Cervantes era una oportunidad estimable para las declaraciones públicas.²⁰⁵

El franquismo, la Argentina y la política de la hispanidad

También puede afirmarse que 1947 fue un año clave de difusión del concepto de hispanidad, gestado y sostenido desde la península, ante todo, con un fin propagandístico.

Según Ramiro de Maeztu, el primero en utilizar el término fue el sacerdote Zacarías de Vizcarra, español radicado en Argentina, quien, en 1926, propuso en Buenos Aires que debía cambiarse el término «raza» por «hispanidad» para la celebración del 12 de octubre. Maeztu había sido embajador en Argentina durante la dictadura de Primo de Rivera. En 1931, publicó en la revista *Acción Española*, titulado «La hispanidad», un artículo cargado de nostalgia de la España imperial y en el que depositaba su esperanza en la historia.²⁰⁶ Allí afirmó, entre otras cosas:

Hay [una] parte puramente histórica, que nos descubre las capacidades de los pueblos hispánicos cuando el ideal los ilumina. Todo un sistema de doctrinas, de sentimientos, de leyes, de moral, con el que fuimos grandes; todo un sistema que parecía sepultarse entre las cenizas del pretérito y que ahora, en las ruinas del liberalismo, en el desprestigio de Rousseau, en el probado utopismo de Marx, vuelve a alzarse ante nuestras miradas y nos hace decir que nuestro siglo XVI, con todos sus descuidos, de reparación obligada, tenía razón y llevaba consigo el porvenir. Y aunque es muy cierto que la Historia nos descubre dos Hispanidades diversas, que Herriot días pasados ha querido distinguir, diciendo que era la una la del Greco, con su misticismo, su ensoñación y su intelectualismo, y la otra de Goya, con su realismo y su afición a la «canalla», y que pudieran llamarse también la España de don Quijote y la de Sancho, la

205 La visita de Eva Duarte a España y sus repercusiones políticas y simbólicas, tanto en el sentido más explícito de la conveniencia material que representaba la ayuda económica argentina como en el aprovechamiento de la oportunidad por el franquismo para desplegar sus «estéticas para las muchedumbres», pero muy especialmente en el contexto ideológico de la época, ha sido estudiada por Raquel Pelta (Pelta, 2005). A su vez, Juan Diego Vila ha analizado el discurso pronunciado por Perón en ocasión de los festejos del centenario de Cervantes, en 1947, en su contexto y en su operatividad política (Vila, 2009).

206 Desde antes de la proclamación de la República, Maeztu colaboró en el movimiento y la revista *Acción Española*, escribiendo también su presentación. Desde el número 28 de la revista, Maeztu figuró formalmente como su director y lo fue hasta el último número, el de junio de 1936 (Suárez, 2001).

del espíritu y la de la materia, la verdad es que las dos no son sino una, y toda la cuestión se reduce a determinar quién debe gobernarla, si los suspiros o los eructos. Aquí ha triunfado, por el momento, Sancho; no me extrañará, sin embargo, que los pueblos de América acaben por seguir a don Quijote. En todo caso, hallarán unos y otros su esperanza en la Historia: *ex praeterito spes in futurum* (Maeztu, 1931).

En este pasaje, retoma el simbolismo de la dualidad don Quijote/Sancho, en el sentido posromántico en que se construyó a principios del siglo xx: contraposición entre espíritu y materia, ensoñación y realismo, pero, a su vez, indudablemente, recupera la funcionalidad política de los personajes cervantinos. Anthony Close afirma que libros como *Defensa de la hispanidad* deben su origen, entre otras cosas, al influyente antecedente de Unamuno. Es, dice, una de las tantas variantes de «meditaciones sobre el *Quijote*» que este ha disparado en el siglo xx (Close, 2005: 196): un primer grupo aprovechó el personaje o libro de Cervantes para reflexiones filosóficas o morales, como sería el caso de *Don Quijote, don Juan y la Celestina* (1929) del propio Maeztu, y un segundo grupo le dedicó meditaciones histórico-políticas sobre el sentido de España; por ejemplo, los «apologistas católicos como Maeztu y García Morente».²⁰⁷

Luego de escribir una serie de artículos sobre el tema, Maeztu los recogió en libro, en 1934, con el título *Defensa de la hispanidad*. Desarrolla allí la idea de decadencia y la defensa de los valores católicos y de las tradiciones hispánicas, muy en consonancia también con algunas de las ideas de entresiglos. El falangismo recogerá de Maeztu el tópico de la hispanidad, un motivo recurrente en adelante en el discurso político franquista, que apeló fuertemente a la historia como elemento de legitimidad, bajo la consigna del providencialismo y la misión (o cruzada) que le correspondía a España en la historia universal y que se tradujo en la forma de imperialismo cultural hacia América Latina (Minardi, 2010: 35).²⁰⁸

Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla explica que el concepto de hispanidad o «ideal hispánico» como mito de alcances políticos concretos había sido adoptado e institucionalizado ya durante la guerra civil española, operando como un componente de la identidad que se aspiraba a construir.

La *hispanidad* como elemento de propaganda en esos años era implementada para consumo interno y estaba destinada a servir como un mito histórico aglutinante en la zona nacionalista, intentando crear la equivalencia entre el

207 En el caso de Manuel García Morente, se refiere concretamente a *Idea de la hispanidad* (publicado en Buenos Aires por Espasa-Calpe en 1938). García Morente (1886-1942) había salido de España apenas estallada la guerra civil, se había convertido al catolicismo y emigrado a la Argentina para hacerse cargo del rectorado de la Universidad de Tucumán (1937). Volvió a España, se ordenó sacerdote; fue consejero de la Hispanidad y dio clases en la Universidad Central de Madrid hasta su muerte. La *Idea de la hispanidad* surgió de unas conferencias pronunciadas en Tucumán, al final de su estadía en Argentina.

208 Adriana Minardi estudió la construcción y función del objeto discursivo *hispanidad* durante el franquismo y, en especial, en los discursos de fin de año de Francisco Franco, como núcleo o condensado ideológico que le serviría al régimen para sustentar la trama argumentativa con que persuadir al gran público (Minardi, 2010).

mensaje de las fuerzas rebeldes y la Gran España Imperial (Delgado Gómez-Escalonilla, 1988).

El franquismo retomó, en este aspecto, doctrinas anteriores basadas en la idea de un *Volksgeist* («espíritu del pueblo» o «genio del pueblo») español intemporal, identificado, sobre todo, con Castilla y su historia, así como con el catolicismo. Desde la primera posguerra mundial, la ideología de la hispanidad concibió a España como alternativa frente a la decadencia occidental y a América como una reserva de valores. En ese sentido, el aporte de los países americanos aparecía como vivificador frente a la decadencia europea. El motivo de que la sangre hispánica en América revitalizaría el viejo (y decadente) tronco hispánico reapareció con frecuencia desde fines del siglo xx, como se vio en los capítulos anteriores, hasta sus últimas expresiones en el discurso franquista. Con relación a eso, la idea y la imagen de la madre patria generosa y fecunda, que mantenía lazos filiales con las excolonias, creó «una dimensión antropomorfizante en que la relación entre una y otros se concibe en términos familiares y se aleja de la idea de dominio» (Pelta, 2005: 171). De acuerdo a la visión providencialista de la historia, la Edad Media sería una época especialmente exaltada porque, como argumentó el español Rodrigo Fernández Carvajal en un artículo de prensa, «Precisiones sobre la hispanidad», de 1947, esa época fue, «en último término, la obra magnífica de una virtud: la unanimidad» (cit. en Pelta, 2005: 175), y el Descubrimiento de América, el hecho decisivo y más importante de la historia de España, el cual marcó el comienzo del apogeo del Imperio. Esto explica la importancia dada, tanto en España como en algunos países sudamericanos, a los festejos del 12 de octubre.

Otros hechos, particularmente seleccionados para destacar el carácter heroico del pueblo español, intentan reescribir su historia como si se tratase de una «epopeya ininterrumpida»: la resistencia de Numancia frente a los romanos —también aprovechada por republicanos, como se verá—, la reconquista de Granada, la Contrarreforma, la guerra de Independencia contra los franceses y, como corolario, la «cruzada» de 1936 (Pelta, 2005: 179). El pilar político de esa ideología fue, como ya se mencionó, la creación, en 1940, del Consejo de la Hispanidad, que procuró estrechar lazos con Hispanoamérica y que, en 1946, se transformaría en Instituto de Cultura Hispánica.

Casi con seguridad, en las páginas de la prensa prorrepública de Buenos Aires pueda seguirse, con bastante exactitud, las reacciones de los exiliados a la propaganda franquista de la hispanidad.²⁰⁹ Ya en 1941, se advierte, en una nota

209 He registrado y copiado algunos artículos críticos de este dispositivo franquista de la hispanidad, en *España Republicana* de Buenos Aires (1918-1964) y en el también republicano periódico bonaerense *Pueblo Español*. Transcribo algunos títulos sugestivos: «Las Américas rechazan la hispanidad de la Falange», en *España Republicana*, Buenos Aires, 11 de setiembre de 1943; «El Congreso de la Hispanidad», en *España Republicana*, Buenos Aires, 29 de noviembre de 1941; CASTRILLEJO, José, «La raíz de la hispanidad», 1947; «Hispanidad», 1947; «En la línea de la hispanidad», Hispanidad. Buenos Aires, 2.ª quincena de abril de 1947; «El significado que tiene para el pueblo la fiesta de la raza», en *Pueblo español*, 2.ª

del periódico *Pueblo Español*, la dualidad de la conmemoración del 12 de octubre, así como del uso político que hizo de la fecha el gobierno español:

En España y también en los países americanos de habla hispana, se conmemora el 12 de octubre como fiesta de la raza. Como siempre, en esta ocasión, dos conceptos pugnan por darle a ese día el carácter que debe inspirar su exaltación. El concepto de los franquistas, que recogen la herencia de la vieja reacción española, dispuesta en sus propósitos a repetir, aunque para sus actuales amos de Berlín, la acción expansionista y de saqueo que animó a quienes llevaron la dirección de aquella empresa cumbre de 1492, y el concepto del pueblo, que aprovecha esta circunstancia para expresar su espíritu fraternal, con que el pueblo español, en aquella época, extendía sus brazos de amistad hacia los pueblos hermanos de este continente.

Con la conmemoración que hace la Falange nada tenemos que ver, y es más, contra ella estamos con todas nuestras fuerzas, como lo está nuestro pueblo. Esa es la conmemoración que representa la barbarie, la incultura y el odio de las razas, la que representa el sometimiento a la colonia, el odio y la barbarie (Sin autor. «El significado que tiene para el pueblo la fiesta de la raza», en *Pueblo Español*, 2da. época, n.º 13. Buenos Aires, 12 de octubre de 1941).

Unos años después, en la fecha clave de 1947, el tema es tratado de manera más paródica y radical en *España Republicana*, semanario del Centro Republicano Español:

Nació la hispanidad franquista con el propósito de volcarse todos los años al llegar el 12 de octubre. Pero no es suficiente esa fecha, pues se necesita manejar muy frecuentemente el disco hispánico a fin de que no se interrumpan las tareas infiltrantes que ordena von Faupel. Por tal motivo, están siendo buscadas otras fechas que permitan el zancadilleo hispánico.

Habrán otros muchos días. El de la salida de Colón, el de la salida y el regreso del segundo viaje, el de la salida y el del regreso del tercero, los días correspondientes a la fundación de cada ciudad americana, los de la llegada de Cortés a México, de Pizarro a Perú, de Ximénez de Quesada a Santa Marta, del cruce del estrecho por Magallanes, el de la vista del Pacífico por Núñez de Balboa, el de la llegada de Hernando de Soto a Florida, etc., etc. Si se agregan los días en que nacieron cada uno de los conquistadores, los de su muerte, los de sus casamientos, los natalicios de sus hijos y otros hechos fastuosos, de los que Franco es legítimo heredero, habrá para que no haya fecha en el almanaque carente de valor histórico («Los días de la hispanidad», en *España Republicana*, Buenos Aires, 6 de marzo de 1943).

Dada la circunstancia política que se viene reseñando, el centenario cervantino de 1947 resultó muy aprovechable por el franquismo en su operativo de incidencia simbólica sobre América Latina y la correspondiente búsqueda de

época, n.º 13, Buenos Aires, 12 de octubre de 1941. María Teresa Pochat ha fichado y clasificado exhaustivamente el periódico *España Republicana* de Buenos Aires. Algunas conclusiones pueden leerse en Pochat, 2006b: 195-207. Y, más específicamente, en lo relacionado con este capítulo, en Pochat, 2006a: 631-638.

captación de adhesiones, desarrollado especialmente en Argentina, dado que las condiciones eran más propicias que en otros lugares y el peso que este país podía tener en su zona de influencia. De igual modo, el peronismo en el poder se sumó a la estrategia desplegando sus fines propios de recuperación del hispanismo como factor aglutinante subcontinental que Argentina aspiraba a liderar, a efectos de contrarrestar el polo norteamericano.

El acto oficial de homenaje a Cervantes, organizado por la Academia Argentina de Letras en 1947, contó con la participación de la Embajada de España y del presidente Perón.²¹⁰ Carlos Ibarguren, al abrir el acto como presidente de la Academia Argentina de Letras, puso de manifiesto un concepto de la alta cultura como espacio preservado de las luchas del presente e incontaminado de las urgencias de la política:

En medio de la borrasca que agita el mundo, del materialismo mecánico y de las luchas políticas, sociales y económicas que, diríase, nublan la luz de las bellas letras, es consoladora la tarea de mantener limpio el lenguaje, cultivar en nuestro apacible huerto académico las flores del espíritu y del arte y glorificar, como lo hacemos ahora, la obra insuperable de Cervantes, que inmortaliza el genio de nuestra raza (Ibarguren, 1947: 462).

Las metáforas elegidas inducen a la oposición entre la limpieza, luz y serenidad del apartado y aséptico jardín del arte, y la suciedad, oscuridad y turbulencia que dominaba la actividad política, quizás un mal necesario en un momento que exigía intervención, aunque nada de eso menciona Ibarguren, quien, sin embargo, había sido ministro de Instrucción Pública muchos años antes. En este caso, se ubica como académico, disertando a favor de la separación de las esferas literaria y política, en tanto una corre el riesgo de ser enturbiada por la otra.

Perón no parte, claro, del mismo presupuesto, aunque no discuta la autonomía de la esfera crítica o académica. El discurso reniega, en todo caso, de lo que se espera del presidente de la nación en un acto semejante, para, aun bajo el tópico de la modestia, poner en evidencia que su contribución iba a ser fundamentalmente política y no «tan solo halago de circunstancias o simple ropaje que vistiera una conveniencia ocasional» en una «conmemoración protocolar del día de la Raza». De modo que Perón hablaría como político, lo que ya está implícito en el exordio de su discurso:

Únicamente puede justificarse el que rompa mi silencio, la exaltación de nuestro espíritu ante la contemplación reflexiva de la influencia que para sacar al mundo del caos en que se debate puede ejercer el tesoro espiritual que encierra la titánica obra cervantina, suma y compendio apasionado y brillante del inmortal genio de España (Perón, 1947: 473).

Ya ha señalado Juan Diego Vila el gesto mesiánico que expresa una única y altruista motivación, que justifica la alocución presidencial. El presidente, asimismo, se constituye en el discurso como alguien cuya presencia y voz

210 Véase Perón, 1947: 492.

pacientemente se aguarda, [hablando] ante quienes —tácitamente se descuenta— anhelan que no calle. Y Perón, huelga decirlo, se reconoce a sí mismo en la espera entusiasta del otro cuya paciencia lo confirma en el lugar del estadista, puesto que él es el que puede reconocer en el pasado artístico las condiciones de un porvenir sin caos (Vila, 2009).

En la intervención, Perón exalta la tradición hispana y el simbolismo del *Quijote* como matriz de «latinidad» y «humanismo» con que ha de combatirse «la concepción materialista de la vida». Los términos con que se acerca al *Quijote* y a Cervantes repiten los tópicos más socorridos y ya comentados en el centenario de 1905, lo que, cuatro décadas después y en la circunstancia del franquismo en el poder, duplicaría su acento conservador, necesitado de reforzar la identidad americana-hispana y católica en un pasado cifrado en la época de la Conquista y la colonización:

Para nosotros los latinos, la raza es un estilo. Un estilo de vida que nos enseña a saber vivir practicando el bien y a saber morir con dignidad. Nuestro homenaje a la madre España constituye también una adhesión a la cultura occidental. Porque España aportó al occidente la más valiosa de las contribuciones: el descubrimiento y la colonización de un nuevo mundo ganado para la causa de la cultura occidental. [...] Su empresa tuvo el signo de una auténtica misión. Ella no vino a las Indias ávida de ganancias y dispuesta a volver la espalda y marcharse una vez exprimido y saboreado el fruto. Venía para que estos pueblos se organizaran bajo el imperio del derecho y vivieran pacíficamente. No aspiraba a destruir al indio, sino a ganarlo para la fe y dignificarlo como ser humano... (Perón, 1947: 476).

El gesto de retornar a España apelando a los mismos mitos que resaltaron los intelectuales del entresiglo anterior tenía —salvando enormes diferencias— una causa común en el sentido de acentuar las diferencias con Estados Unidos y de fortalecer un polo subcontinental alineado con la tradición hispana y latina.²¹¹

Desde la perspectiva leal, varios artículos de prensa bonaerenses se hicieron eco del riesgo de la apropiación franquista de los festejos peninsulares. Es así que muchas de las notas de la prensa republicana sobre el centenario publicadas en Buenos Aires son reactivas respecto a los festejos oficiales que pretendieron apropiarse de él, sesgando su interpretación, al contrario de lo que ocurrió en Montevideo, donde la apropiación política corrió inicialmente por

211 La segunda guerra mundial aumentó la influencia estadounidense en América Latina y en los años cincuenta se vivió el auge de la influencia en la región. El gobierno de Harry S. Truman (1945-1953) fomentó la reconstrucción europea y lanzó una ofensiva de guerra fría en América Latina, sobre todo a partir de 1947. La posibilidad de una amenaza comunista en América Latina se convirtió en la preocupación primordial después de la guerra, y la necesidad de redefinir el sistema panamericano se tradujo, en 1947, en la aprobación del Pacto de Río, que establecía el ataque a cualquier estado americano como una agresión a todos, demandando medidas colectivas de rechazo. La creación de la Organización de Estados Americanos (OEA), en Bogotá en 1948, se corresponde como un segundo paso en la estrategia de la administración Truman (Halperin, 1990; Hobsbawn, 1999).

cuenta de los exiliados y, en todo caso, serían los simpatizantes de los nacionalistas quienes responderían intentando despojar a Cervantes y el *Quijote* de connotaciones políticas.

Esto puede apreciarse, del lado argentino, en artículos como el titulado «Capricho de los hados. El franquismo frente al iv centenario de Cervantes», de *España Republicana*, que firma Luis Amador Sánchez, en el que este lamenta la situación en que la fecha encontró a España:

No hay duda de que Franco ha tomado posesión de todas las armas materiales y espirituales del gran arsenal de España [...]. Esto de ahora, por ejemplo, es el de personificar el homenaje del cuarto centenario de Cervantes. Los miembros de la Falange, en cuyo programa no se ha hecho mención especial alguna cultural, el Caudillo, que jamás se señaló por su amor a las letras y que nunca fue un sobresaliente en las armas, no son, ni una ni otro, base sólida, ni siquiera brillante oportunidad, para rendir tributo a Cervantes. [...] Los que hoy aprisionan la inteligencia con el cinturón de hierro de una censura que quema los libros como en los mejores días de la Inquisición, y libros que no son de Carlos Marx, sino de historiadores, poetas y pedagogos; los que han elegido Alcalá de Henares, ciudad natal de Cervantes, como prisión política y horrenda, asiento de tribunales militares sumarísimos e insaciables y lugar de fusilamientos, [...] ni la coincidencia de una España franquista es la más a propósito para vestirse con las galas que merece el recuerdo del Príncipe de las letras castellanas (Amador Sánchez, 1947).

También ocurre la intervención de opinión en la política peninsular, amparándose en la autoridad de Cervantes, como en la notita anónima, «Cervantes y su voto», en la que se sobreentiende cuál habría sido el voto de Cervantes y Juan Ruiz en el referéndum convocado por Franco en ese año, al basarse en citas de sus obras relativas a la libertad.²¹² A su vez, Miguel de Almilibia titula, sin tapujos, su larga nota en *Pueblo Español*: «La afrenta de los bellacos. Cervantes y la fementida canalla»; en esta, enfrenta los homenajes españoles y reivindica el derecho de los leales sobre la memoria y la obra de Cervantes:

¿Con qué derecho, que no sea el de una cínica osadía, se atreve un régimen universalmente condenado a acercarse, en son de insultante e hipócrita homenaje, a la noble y recia figura del Príncipe de nuestros ingenios? ¿Qué tienen que ver las poderosas fuerzas regresivas que mantienen a nuestra patria en el infortunio con quien, superando las amarguras de una vida áspera y cruel, supo dar a la humanidad una obra de valor eterno? ¿Qué afinidad puede existir en las turbas de malandrines y follones con el caballero andante, guerrillero de su tiempo, don Quijote de la Mancha? ¿Qué cabe de común en la zafia rufianesca de espadones, sicarios y estraperlistas con el Alonso mil veces hidalgo Alonso Quijano, *el Bueno*?

²¹² «Cervantes y su voto», en *España Republicana*, Buenos Aires, 1ra. quincena de julio de 1947. El 6 de julio de 1947, el gobierno español convocó a un referéndum o plebiscito nacional a fin de someter a la votación del electorado la Ley de Sucesión a la Jefatura del Estado y la Constitución de España en Reino, aprobada en Cortes el 7 de junio. Esta ley fue aprobada por una mayoría bastante cómoda, que Franco consideró un éxito.

Cuestión esta más que académica. No vale decir que hay dos Españas y que las dos coinciden en rendir pleitesía a quien supo crear una figura magníficamente española y profundamente humana. Españas puede haber muchas, las hay, pero la España de don Quijote, la España de Cervantes es la España única, la España generosa, liberal y progresiva [...], la que actualmente se agita en la clandestinidad, preparándose, tesonera e indomable, a romper sus cadenas, o lucha abiertamente contra trasgos, vestigios y endriagos con uniformes de la Falange y la Guardia Civil. La España de Cervantes, la España de don Quijote, es la que pierde la mano en Lepanto, y con la otra escribe su obra inmortal (Almilibia, 1947).

Los actos centrales de homenaje organizados por las agrupaciones culturales prorrepúblicas se publicitaron en Buenos Aires bajo la consigna de «homenaje a Cervantes de la España leal», argumentando que «la España leal, la España republicana, es la única que puede asumir dignamente este tributo de fervor, sin conceder al genio de Cervantes indulgencias que no necesita» (1947: 7).²¹³

Teresa Pochat señala algunos textos clave publicados en este periódico de Buenos Aires en 1947, que dan cuenta del carácter que había asumido la obra cervantina, como alguna opinión de Alejandro Casona, para quien «Cervantes es tan argentino como español, porque es una herencia sagrada que no admite particiones» (Pochat, 2006a: 632). Ricardo Baeza aprovecha la ocasión para reprobar «las conmemoraciones patrióticas y la estrecha concepción del nacionalismo que rige en aquel momento» (Pochat, 2006a: 633). Cuando se informa de los actos en otras partes del mundo, se destacan los de significación política, sobre todo los que apuntan a los tópicos que venimos considerando: el discurso de Diego Martínez Barrio, presidente del gobierno republicano en el exilio, difundido a través de la Radiodifusión Francesa, en el que afirma que «don Quijote refleja a España, la encarna y simboliza. Él y ella recorren el mundo desolado sin rendirse a la cruda realidad», o la opinión vertida por Sánchez Albornoz en una conferencia en la Sorbona, en la que traza «un paralelo magistral entre la República y el Quijote» (Pochat, 2006a: 634). La identificación de los españoles leales con Cervantes se hace posible, para Casona, en tanto el escritor es sentido por estos como «más suyo que nunca, porque también él supo de la soledad y el cautiverio [...] y porque comenzó a escribir en una cárcel el libro que había de hacer inmortal a España en la cultura del mundo» (cit. en Pochat, 2006a: 635). También es importante señalar, para mostrar cabalmente la vehemencia con que pudieron protagonizarse las efemérides, que el 11 de octubre, *España Republicana* informó que, en la puerta del teatro en que se realizaron los homenajes a Cervantes, se repartieron unos volantes en los que se acusaba a los organizadores de un «aire de conspiración marxista», que el semanario atribuye a la envidia de un grupo de «falangistas ultramarinos y analfabetos» (cit. en Pochat, 2006a: 636).²¹⁴

213 Durante 1947 se dieron a conocer los programas y el detalle de las actividades. Las notas se intensifican a partir del mes de setiembre, tanto en *Pueblo Español* como en *España Republicana*, las dos publicaciones que hemos revisado.

214 Montero Reguera señala la distinción entre un cervantismo que identifica autor y obra y otro que tiende a oponerlos. Así, por ejemplo, en las devotas lecturas del *Quijote* y las

Recuperación de Numancia

En agosto de 1937, se había estrenado en París una puesta en escena de *Numancia*, la pieza dramática escrita por Cervantes, a cargo de Jean Louis Barrault, con música de Alejo Carpentier. El propio Carpentier escribió una reseña del espectáculo, no sin señalar la sorpresa frente al hecho de que Cervantes se hubiera puesto «de moda». *Numancia* era la obra más vista del momento, dadas las sugerencias dramáticas que esta podía despertar en ese contexto histórico:

Es este el tipo de drama clásico del que hubiéramos podido decir, en otros tiempos, que en él moría hasta el apuntador. Pero ahora toda ironía nos es vedada. Los acontecimientos no nos permiten sonreír. El simple cable de la prensa diaria ha vuelto a poner de actualidad la obra de Cervantes, con todo su formidable aporte de humanidad doliente. El contenido latente del drama ha surgido, pujante, tremendo, después de siglos de silencio (Carpentier, 1985: 73-75).

Se sabe que toda obra puede resignificarse en cualquier época por causas sociales o culturales que actualizan el texto o lo hacen funcional a un nuevo sentido histórico. Tanto o más ocurre con el teatro, en la medida que una puesta en escena produce un nuevo texto, esta vez espectacular, siempre imbricado con el contexto de su elección y representación (Bobes Naves, 2004). La tragedia en verso que Cervantes había compuesto entre 1580 y 1587, *El cerco de Numancia* —y que fuera publicada solo en 1784—, trata de la destrucción de la ciudad celtíbera por Escipión Emiliano en el 133 a. de C. Ante la negativa del ejército romano a aceptar una rendición honrosa de la ciudad y la decisión de tomarla por las armas, los numantinos queman sus bienes, matan a sus mujeres e hijos y luego se suicidan. Cuando los romanos entran a Numancia, encuentran a un único sobreviviente, Viriato, que se arroja de una torre. El tema fue retomado por Lope de Vega (*La Santa Liga*, 1609), Francisco de Rojas Zorrilla (*Numancia cercada y Numancia destruida*), entre otros, pero, en especial, la pieza cervantina interesó a los románticos, como Shelley, los Schegel, Humboldt, Goethe y Schopenhauer (Valbuena Prat, 1960: 145-146).²¹⁵

En lo referente a las representaciones más atadas a los acontecimientos de la política española, fue Rafael Alberti quien recordó el rescate que se hizo de la

interpretaciones que hacen de la obra los escritores de la llamada generación del 98, estos se muestran mucho más proclives a la obra que al autor (Montero Reguera, 2001: 201). Décadas después, buena parte de la crítica que se produjo en España durante el franquismo vuelve a escindir obra y autor, aunque, en el centenario cervantino de 1947, la crítica española en la península asumió tonos propagandísticos, acentuando la figura de un Cervantes «hombre de fe, soldado, mutilado» y proponiendo una idea del personaje como «esforzado y desinteresado héroe caballeresco [...], proyección simbólica de algunos protagonistas de la historia de España, al tiempo que se introduce el pensamiento falangista y la idea del Imperio» (Montero Reguera, 2001: 218).

215 Ángel Valbuena Prat, en la introducción a *El cerco de Numancia*, repasa la historia del tema en la literatura, antes y después de Cervantes. No menciona la versión de Rafael Alberti. Se refiere a las adaptaciones del siglo XIX y luego anota: «Todavía ha habido otras derivaciones de inferior calidad» (Valbuena Prat, 1960: 146).

Numancia cervantina en 1809, cuando Zaragoza estaba cercada por las tropas napoleónicas.²¹⁶ En los momentos más dramáticos de la guerra civil española, el propio Alberti escribió una versión, en la que adaptaba la pieza a esas circunstancias específicas (Alberti, 1943: 12). La obra de Alberti fue estrenada en el Teatro de la Zarzuela de Madrid el 26 de diciembre de 1937, dirigida por María Teresa León, y el texto fue editado en noviembre del mismo año (Jiménez León, 2001: 1181). Era una versión bastante libre del texto cervantino, con muchos versos suprimidos y otros tantos agregados por Alberti para lograr un lenguaje y un verso que permitieran una comunicación más directa y ágil con el espectador de la primera mitad del siglo xx. Las modificaciones buscaban, a su vez, actualizar el drama a los hechos políticos del momento. Algunos pasajes referían explícitamente a los invasores extranjeros en el territorio español, y el vestuario carecía de cualquier ambigüedad: los soldados romanos vestían uniformes fascistas y saludaban con el brazo en alto.

Una nueva edición de la *Numancia* albertiana vio la luz en Buenos Aires en 1943, simultáneamente a su estreno en el Teatro del Sodre de Montevideo, dirigida por Margarita Xirgú. El prólogo de Alberti a la obra está firmado en ese mismo año, en Montevideo. Al año siguiente, según su propio testimonio, el poeta viajó por Uruguay y Argentina, dando conferencias y presentando un espectáculo en compañía del laudista Paco Aguilar y del pianista Donato O. Colacelli.²¹⁷

Marcelino Jiménez León ha estudiado en detalle las diferencias significativas en los textos de las publicaciones de 1937 y 1943, así como en los prólogos de Alberti a cada una de ellas. Pertenecen a momentos históricos distintos, y si una estaba destinada a ser representada ante los milicianos como arenga al servicio de la resistencia y de la lucha, la otra estaría más teñida por los tonos sombríos de la causa perdida y por una esperanza de victoria histórica más lejana e incierta. Como bien rastrea Jiménez León, Alberti habría eludido, en la versión de 1937, un pronóstico directo de segura derrota en relación con la conflagración del presente: los madrileños serían los herederos y se transformarían en los vengadores de Numancia. En 1943, el paralelismo era más cabal: el único triunfo posible venía precisamente de una derrota digna y valerosa. La obra representada en Montevideo por primera vez terminaba con las palabras de la Fama, que aseguraban la victoria en el renombre futuro y después de su alegato y el cierre de España «[d]el libro de su historia», y, en la escena, «se hace el oscuro» en clara alusión al período franquista (Alberti, 1943: 116).

En el prólogo de 1943, mucho más extenso que el de 1937, Alberti menciona la representación francesa de Barrault, declarando que se trata de una traducción de su versión: «Su resonancia llega a París, donde un joven actor, Jean Louis Barrault, la lleva, traducida, a escena» (Alberti, 1943: 13). Esta

216 También es interesante recordar que la sociedad revolucionaria secreta que integró el joven José de Espronceda junto con sus amigos Patricio de la Escosura y Ventura de la Vega entre 1823 y 1825 se llamó Los Numantinos.

217 El dato es proporcionado por Alberti en la introducción a O. C., I: CL (Alberti, 1988).

afirmación puede ser discutida. La versión francesa se representó unos meses antes que la española y aun que su publicación. No obstante, es posible que el texto de Alberti circulara antes, ya que *El Mono Azul* anunciaba en junio su próximo estreno, aunque se haría efectivo solo en diciembre. En el intermedio, se producía el II Congreso de Escritores Antifascistas, cuando varios intelectuales habían relacionado la defensa de Madrid con el heroísmo de Numancia (Jiménez León, 2001: 1180). Aún así, es difícil suponer que la versión de Barrault se basara íntegramente en la de Alberti. Por la reseña de Carpentier sabemos que la francesa estaba compuesta de dos actos, mientras que la madrileña contaba con tres. Además, al haber participado Carpentier en el II Congreso de Escritores Antifascistas, debió estar al tanto de la repercusión del tema en España y, sin embargo, nunca menciona la obra albertiana, antes bien alude al hecho de que la puesta de Barrault «parece haber sido escrita ayer por lo actual de su asunto», refiriéndose siempre a la autoría de Cervantes (Carpentier, 1985: 73). El caso es que se ha probado que el tema circulaba en España hacía ya un tiempo como referente histórico y literario para enaltecer la resistencia de Madrid (Jiménez León, 2001).

Respecto a la situación en la década del cuarenta, no es raro que haya sido en Montevideo donde se produjo el estreno de la *Numancia* de Alberti, en la versión del exilio. La guerra de España concitó en Uruguay una atención importante de la población, que podía seguir por radio las emisiones republicanas, y entre 1936 y 1944, como ya se señaló, se multiplicaban las publicaciones, los actos y las obras de creación relativas al tema español. El estreno de esta pieza en particular se enmarca en el emprendimiento que Margarita Xirgú llevaba adelante junto con Román Viñoly Barreto, en 1943, de crear la Comedia Nacional en Montevideo (Pignataro y Carbajal, 2001: 192). De hecho, Alberti dedicó la obra a Margarita, dejando asentado que había sido escrita en esa ciudad.²¹⁸

A fines de 1943, el crítico uruguayo Carlos Martínez Moreno comentaba que la puesta en escena de Cervantes, «en un arreglo del drama por Rafael Alberti —que le agregó un indebido prólogo—, [dio lugar] a uno de los mejores espectáculos de la actuación de Margarita Xirgú y a un verdadero homenaje a España» (Martínez Moreno, 1994: 351). En setiembre, un texto de Rafael Alberti en *España Republicana* de Buenos Aires, que no ha sido recogido hasta el momento en las recopilaciones de su prosa completa, comentaba el estreno montevidiano.²¹⁹ El artículo es un fragmento del prólogo a la edición de *Numancia*, publicada por Losada (Alberti, 1943).

Un año antes, María Teresa León daba a conocer otro texto en el periódico *España Democrática* de Montevideo, titulado «La tierra arrasada». Como se dijo, la escritora había participado en la puesta en escena de la *Numancia* de 1937

218 Adriana Nicoloff está desarrollando una investigación sobre las distintas versiones y las representaciones de la *Numancia* albertiana en el marco de su tesis de Maestría en Teoría e Historia del Teatro (FHCE, Udelar).

219 «Numancia», en *España Republicana*, Buenos Aires, 4 de setiembre de 1943, p. 6.

y, en 1938, había escrito una nota, «Justificación de *Numancia*», en la que defendía el paralelo histórico y la vigencia del modelo, buscando contrarrestar las acusaciones que habían llovido sobre el derrotismo de la pieza, que, con su final tan trágico, parecía no alentar suficientemente a los milicianos (Jiménez León, 2001: 1183). Ninguna consideración escénica se hace en el artículo montevideano de León en 1942, de carácter político y fuertemente atado a las circunstancias, en el que reivindicaba la actitud valerosa de los numantinos, cotejándola con otras formas de resistencia frente al avance del fascismo en Europa:

Algo sabemos sus actuales herederos del dolor que representa el abandono y destrucción de cuanto poseíamos. La orden dada por Stalin a los ejércitos soviéticos hace unos meses; la que dieron los holandeses de destruir los campos de petróleo de Java; la ira con que de isla en isla van volándose factorías, fábricas y puertos, son otros tantos actos de valor que nosotros, los que vivimos algunos años al límite de las fuerzas humanas, comprendemos en toda su grandeza. La tierra arrasada tiene un lejano antecedente: Numancia (León, 1942: 2).

Varios años después, cuando en 1947 las páginas montevideanas se llenaban de artículos en homenaje a Cervantes, Rafael Alberti recuperaba el simbolismo de Numancia en una nota en *España Democrática*, «Cervantes nos pertenece», para apropiarse del autor del *Quijote* en nombre de los republicanos en el exilio:

¿Quiénes mejor que nosotros, españoles leales, errabundos ahora por tan distintos rincones de la tierra, tirados hoy aquí, temidos allá; quiénes mejor que nosotros para amar y entender la grande y golpeada vida —cuerpo y espíritu— de Miguel de Cervantes? (Alberti, 1947).

Es por entonces, en el año más emblemático de una propaganda a favor de la llamada *hispanidad*, que reuniría en una causa común a la Argentina de Perón y a la España de Franco, como se vio, cuando Cervantes era disputado como campo de batalla propicio para la lucha por el poder político manifestado en el ámbito simbólico público: discursos, artículos de prensa, homenajes masivos.

El texto de Alberti se publicó como extracto de una conferencia dictada en Buenos Aires. En los fastos cervantinos del 47 —como luego en los de 1955, en la conmemoración de los trescientos cincuenta años de la publicación del *Quijote*—, la obra de Cervantes se celebraría en un terreno en extremo politizado y polarizado, retomando el estatus de un mito en el sentido en que lo venimos manejando en capítulos anteriores. Y el simbolismo de Numancia, en particular, se acomodó perfectamente a la celebración de una causa que, aunque hubiera insumido los mejores esfuerzos y el heroísmo de los mejores hombres, se asumió perdida. Ni siquiera la impregnación de las marcas habituales del discurso propiciado por el Partido Comunista, siempre esperanzador y tendiente a la construcción de un futuro promisorio que sobrevendrá de la lucha, alcanzó a borrar el tono nostálgico que predominaba en la evocación de Alberti, por encima de la arenga activista:

... ¡Numantinos!, ¡libertad! ¡Españoles, libertad! Era el mismo grito, el mismo nuestro de aquellas horas decisivas. ¡Morir de pie, antes que vivir arrodillados! Allí en Madrid, frente a aquella escena real de Numancia, presenciándola, con esa sencillez inocente de los héroes del pueblo, al lado de sus madres, novias, esposas, hermanas, estaban los milicianos, nuestros soldados de Usera, los de la Casa de Campo y el Puente de los Franceses, los de la Ciudad Universitaria, Vallecas, el Puente de Toledo, los del ¡no pasarán!, ese grito que Madrid, nuestra capital de la gloria, ostentó grabado sobre su baleada frente durante casi dos años y medio, y que para pasarlo tuvo que recurrir la traición española al auxilio de fuerzas extranjeras, sufriendo, pero ahora en el hazmerreír de un pobre Escipión de libre y miedo, su primera derrota bélica, el fascismo italiano. ¡Oh, inolvidables campos de Guadalajara! (Alberti, 1947: 5).

Interesa señalar un punto de coincidencia entre los artículos de María Teresa León y Rafael Alberti, separados por cinco años de diferencia: dos oraciones idénticas que revelan la huella de la escritura anterior en la más tardía: «La fórmula del heroísmo de Numancia nos pertenece íntegra. Cuando nos sentimos los españoles acorralados por la desgracia, volvemos hacia ella nuestros ojos» (León, 1942: 2; Alberti, 1947: 5). Las mismas líneas se repiten en los dos artículos y el hecho permite tejer alguna hipótesis.²²⁰

En primer lugar, León y Alberti escribieron en conjunto guiones para cine, lo que hace pensar en una creación más o menos habitual a cuatro manos.²²¹ Gonzalo de Sebastián, hijo de María Teresa León, confirmó el papel de su madre como secretaria eficientísima y correctora absoluta de la obra de Alberti.²²² A su vez, parece haber sido más hábil para encontrar formas de ganar dinero, colocar artículos, diseñar colecciones,²²³ en fin, llevar adelante la administración de la obra y los recursos creativos, así como fue mucho más activa a la hora de escribir prosa, incluida la forma epistolar. Hay que agregar el casi erudito conocimiento que María Teresa tenía de la vida y obra de Cervantes, como se documenta en el libro que escribió sobre él, una especie de biografía novelada: *Cervantes, el*

220 He dado cuenta de estas coincidencias en GONZÁLEZ BRIZ, María de los Ángeles, «La *Numancia* de Rafael Alberti y María Teresa León. ¿Palimpsesto o copia?», en Eduardo URBINA y Jesús G. MAESTRO (eds.), *Anuario de Estudios Cervantinos. Cervantes entre dos siglos de oro: de La Galatea al Persiles*, Vigo: Editorial Academia del Hispanismo, 2007.

221 Juan Manuel de Prada emprendió la difícil tarea de dilucidar aspectos creativos de uno y otro en la elaboración de los guiones de cine, por lo que llegó a interesantes conclusiones en torno al buen dominio de León en el terreno de la prosa y a los aciertos poéticos de Alberti y se inclinó por esa hipótesis en la división del trabajo (PRADA, Juan Manuel de, «María Teresa León y el cine», en Gonzalo SANTONJA (ed.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2003, pp. 331-340).

222 Entrevisté a Gonzalo de Sebastián en su casa de Buenos Aires en 2001.

223 En un cuadernillo escolar, de los tantos que Gonzalo de Sebastián guarda con anotaciones de su madre, se encuentran el diseño de una colección de clásicos españoles, con proyectos para prólogos, y tantas otras anotaciones prácticas relativas a relaciones públicas que documentan la hipótesis que desarrollo aquí. También se registran notas o apuntes biográficos sobre Cervantes. Por gentileza de su hijo, el cuaderno obra en mi poder.

soldado que nos enseñó a hablar (León, 1978).²²⁴ Por tanto, es posible conjeturar que, en un caso extremo, León escribió el artículo a efectos de que Alberti dictara la conferencia sobre Cervantes, echando mano para eso a un fragmento de su producción anterior. La otra posibilidad es que Alberti produjera una primera versión que María Teresa luego retocó, imprimiéndole su huella. En el caso de aceptar la primera hipótesis, sería tentador pensar que, consciente o inconscientemente, León quiso dejar sentada por escrito la marca de esa colaboración.

En segundo lugar, los mismos artículos, publicados en *España Democrática* de Montevideo, habían aparecido unas semanas antes en *España Republicana* de Buenos Aires: esto ocurrió con el artículo de 1942 de María Teresa y con el de Alberti de 1947.²²⁵ Más allá del estricto punto sobre la autoría, que es apenas anecdótico, esta suma reafirma el aprovechamiento del simbolismo de Numancia en momentos de crisis y ante la necesidad de contrarrestar la utilización de Cervantes por parte del franquismo, oponiendo otro modelo histórico de hispanidad.

Como conclusión, este capítulo intenta describir el contexto político, ideológico y cultural en el que reaparece la mitificación del *Quijote* en el medio siglo. La publicación de un conjunto de crónicas de guerra, como *Don Quijote fusilado*, de Alberto Etchepare, en 1939, inicia la apertura de la recuperación del *mito quijotesco* en Uruguay, aplicado a las dolorosas circunstancias españolas. Los riesgos de la inestabilidad democrática rioplatense en los años treinta, el fenómeno de la llegada de exiliados en los años cuarenta (no solo a Uruguay, sino también a Argentina) y la empatía con la causa republicana impactan en el campo literario uruguayo y fortalecen el desarrollo de una literatura comprometida con la situación política, muchas veces concretamente de denuncia o de militancia augural que apunta a futuras liberaciones. La figura de don Quijote y aun la de Cervantes sirven como metáforas o símbolos en estos textos, resignificados, cuando todavía está cercano el recuerdo de las apropiaciones novecentistas del personaje en las páginas de los ensayos y la crítica de ideas.

A su vez, los adherentes al franquismo restituyen la apelación al mismo mito, pero con signo contrario, y a un Cervantes soldado y católico, retomando también algún antecedente en el fin de siglo anterior. El *mito quijotesco* resonará lateralmente en la política de la hispanidad, impulsada por la España franquista y por el peronismo argentino. El campo literario uruguayo sirve, en este sentido,

224 María Teresa León también es autora del volumen *Cervantes*. Véase: LEÓN, María Teresa, *Cervantes*, vol. 58, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1969 (colección Los Hombres de la Historia). El libro fue reimpresso en 1993 en Buenos Aires por Página/12 y el Centro Editor de América Latina.

225 «La tierra arrasada», de María Teresa León, aparece publicado bajo el mismo título en *España Republicana* de Buenos Aires el 23 de mayo de 1942. Al finalizar el artículo se lee: «Prohibida la reproducción. Derechos reservados por Phac». Esto también se puede ver al final del artículo de Rafael Alberti, «Cervantes nos pertenece», publicado igualmente en *España Republicana* el 27 de setiembre de 1947 y luego en *España Democrática* de Montevideo el 16 de octubre del mismo año.

a veces, como territorio de pasaje y repercusión de estos procesos, pues registra —en la zona de fechas que tiene su centro en el centenario de 1947— una escala mucho más atenuada de debates y una menos visible presencia de las posiciones más conservadoras. La reescritura de la obra y el estreno de *Numancia* en Montevideo ponen de relieve este centro cultural como un polo que habilita el diálogo permanente para la actividad de los exiliados más notorios radicados en la otra orilla y un terreno en el que repican —de ida y vuelta— las opiniones vertidas en la prensa prorrepública de Buenos Aires al respecto.

Cervantes escindido: la arena política y el campo intelectual

Los centenarios cervantinos de 1947 y 1955

Articular históricamente el pasado no significa conocerlo «tal como verdaderamente fue». Significa apoderarse de un recuerdo tal como este relumbra en un instante de peligro.

Walter Benjamin, *Sobre el concepto de la historia*

La expresión de los centenarios cervantinos de 1947 y 1955 en Uruguay tiene un aspecto en común, signado por el tono fuertemente politizado de los artículos de prensa y las conferencias (en tanto discursos destinados a una amplia difusión y, por tanto, aptos para la propaganda y concientización de las masas), tal como se vio que ocurría en Argentina durante el mismo período. Aun así, pueden registrarse matices diferenciados en cada una de las dos fechas, con relación a las circunstancias de la política local e internacional, aunque en los dos momentos los intelectuales y artistas aparecen, casi inevitablemente, comprometidos con estas.

Montero Reguera se ha referido a las circunstancias españolas de posguerra que enmarcan el centenario de 1947. Según él, se hace evidente —en la crítica cervantina, pero también en algunas ficciones aparecidas por entonces—

el intento de asimilar obra y autor a las nuevas ideas imperantes. Así se explica la novela de Ángel María Pascual Amadís, de claro significado político, a través de alegorías y referencias directas: en ella se recrea a un esforzado y desinteresado héroe caballeresco y su proyección simbólica en algunos protagonistas de la historia de España, al tiempo que se introduce el pensamiento falangista y la idea del Imperio. Son ideas muy similares a las que se pueden encontrar sobre el autor o sobre la novela en boca de altos representantes de la España del momento: Cervantes es el prototipo español de todos los tiempos (Montero Reguera, 2001: 225).

Siguiendo la línea de distinción entre cervantismo de autor y de obra, el crítico señala que, hacia 1947, Cervantes se vuelve el prototipo del español, que concentra las vocación de las armas con la de las letras, a la vez que se quiere reforzar en el imaginario colectivo la entereza en circunstancias adversas, presentándolo, en la dura posguerra, como soldado y como mutilado, capaz de casi cualquier renunciamento (Montero Reguera, 2001).

Adhiriendo a una españolidad esencialista, Montero Reguera destaca, por ejemplo, las siguientes expresiones de un «alto representante de la España del momento», en un artículo de 1948 de la *Revista de Filología Española*:

La consagración literaria, en una obra de dimensiones inmortales, del concepto español del mundo y de la vida que es el de ese eterno peregrinar por los confines de la tierra defendiendo la causa de los débiles, el sentido de la libertad y el imperio de la justicia; imperecederas andanzas y aventuras en las que la vida se pone a cada instante en riesgo para defender una empresa noble, de romántica ambición y de un ideal remoto y casi inasequible (Montero Reguera, 2001: 218).

Acerca de los numerosos actos conmemorativos de los cuatrocientos años del nacimiento de Cervantes en la península, destaca la propaganda evidente y la carga ideológica, aunque es oportunidad del surgimiento de publicaciones e iniciáticas académicas,

dignas de aplauso, algunas de las cuales todavía perviven, como emblema del mejor cervantismo: la revista *Anales Cervantinos* (el recuerdo, ahora, de Alberto Sánchez se hace obligado), varios volúmenes monográficos, libros sobre el *Quijote* (Montero Reguera 2001: 218).

Para medir la repercusión de esos dos centenarios cervantinos en la prensa uruguaya y sus aprovechamientos mítico-politizados, en el sentido que hemos priorizado en este trabajo, se tuvieron en cuenta las noticias sobre actos conmemorativos y homenajes, así como los artículos más extensos aparecidos en las páginas de las publicaciones periódicas que consideramos más representativas dentro del espectro político local: *España Democrática*,²²⁶ el diario *El País* y el semanario *Marcha*.²²⁷

226 El periódico *España Democrática* apareció el 24 de octubre de 1936 como respuesta clara a los acontecimientos de la guerra y al realineamiento ideológico de la colectividad española. Ya en el número inicial se publica un artículo titulado «García Lorca y Alberti», firmado por el poeta Alejandro Laureiro. Se trata, en realidad, de una breve nota en la que este destaca la naturaleza popular y, por ende, aliada de la democracia española. Por si quedaran dudas sobre la orientación política de *España Democrática*, el propio Pereda Valdés se encarga, el 5 de diciembre de 1936, de aportar las pistas necesarias para la recuperación de Lorca como poeta revolucionario, convertido desde el escepticismo por la propia fuerza de los acontecimientos, equiparándolo a Alberti, destacado, especialmente, por su vinculación política activa y, en particular, con el Partido Comunista.

227 El diario *El País* es el más antiguo de los que existen actualmente en Uruguay. De tendencia liberal conservadora y nacionalista, e identificado tradicionalmente con el Partido Nacional o Blanco, fue fundado en 1918. Cuando en 1931 el Partido Nacional se escinde en dos facciones, por un lado, la liderada por Luis Alberto de Herrera (herrerismo) y, por otro, la del Partido Nacional Independiente, llamado también Nacionalismo Independiente, *El País* se transforma en vocero de este segundo sector. En esta etapa, el diario se opone al nacionalismo de Herrera, fuertemente antinorteamericano y al que se ha acusado de cercanía al nazismo y al franquismo. Por tanto, las opiniones vertidas en el diario en el entorno de 1947 tienden a la condena del franquismo. En 1958, el Partido Nacional se reune, ganando las elecciones después de noventa y tres años sin llegar al poder. Pero ya en los homenajes cervantinos de 1955, *El País* acentúa su prédica anticomunista y, en consecuencia, mira con

En cuanto a los discursos de carácter más académico que, por regla general, se apartan de esa funcionalidad directamente política, a efectos de intentar una mirada del conjunto, tuvimos en cuenta, además de las noticias de prensa sobre actos o conferencias dictadas, muchas veces acompañadas del texto o de una síntesis de ellas, los artículos aparecidos en publicaciones del ámbito público estatal: la *Revista Nacional: Literatura, Arte, Ciencia*,²²⁸ publicada por el Ministerio de Instrucción Pública, y las publicaciones de la Facultad de Humanidades y Ciencias, fundada en 1945. Luego del centenario de 1947, se dio a conocer también un volumen que recogía una serie de conferencias pronunciadas en el Instituto de Estudios Superiores, dependiente de la Universidad de la República.²²⁹

Por un lado, en el ámbito más claramente masivo de difusión cultural atento a lo hispánico, la prensa prorrepública ostentaba la mayor visibilidad. Hasta 1946, los exiliados alimentaban la esperanza del retorno a España, luego del desfavorable fin de la segunda guerra mundial para las potencias fascistas. Frustradas las expectativas de una intervención de los aliados contra el régimen de Franco, el destierro se volvió inevitable y empezó a considerarse más definitivo. En el centenario cervantino de 1947, los discursos vertidos para la ocasión por los

sospecha las actividades de los grupos que mantienen el activismo prorrepública. El semanario *Marcha*, dirigido por Carlos Quijano, apareció en 1939 y continuó hasta 1974, cuando fue clausurado por la dictadura militar. Fue el semanario político y cultural más destacado del Uruguay, tanto por su línea independiente como por el notable equipo de colaboradores, por lo que se distribuyó en muchos países de América Latina. Sus posiciones políticas fueron antinorteamericanas y críticas a las políticas neoliberales y, básicamente, tercermundistas. Entre los colaboradores más destacados puede mencionarse a Julio Castro, Sarandy Cabrera, Arturo Ardao, Hugo Alfaro, Homero Alsina Thevenet, Carlos Martínez Moreno, Manuel Flores Mora, Carlos Real de Azúa, Mario Benedetti, Eduardo Galeano, Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal, Alfredo Zitarrosa, María Esther Gilio, Salvador Puig e Idea Vilariño.

228 Primera época, año 1, n.º 1, enero de 1938; año 17, n.º 186, junio de 1954; segunda época, año 1, n.º 187, enero de 1956; año 12, n.º 231, enero-marzo de 1967; tercera época, año 1, n.º 232, enero-abril de 1968; año 1, n.º 134, setiembre-diciembre de 1968.

229 El Instituto de Estudios Superiores se fundó en Montevideo en el año 1931. Sus estatutos definían estos cometidos: «Artículo 1.º - Por iniciativa de los profesores Adolfo Berro García, Luis A. Barbagelata Birabén y Eduardo de Salterain Herrera, se funda en Montevideo un Instituto de Estudios Superiores cuya finalidad es: a) La difusión y profundización de la cultura científica superior, con absoluta prescindencia de fines profesionales. b) El fomento de las investigaciones de naturaleza científica. Artículo 2.º - A tales efectos, la acción del Instituto de Estudios Superiores se dirigirá principalmente hacia la enseñanza científica superior, enteramente gratuita, en la que podrá participar cualquier persona que tenga la necesaria preparación previa». En el Instituto funcionaron diversas secciones de investigación: Investigaciones Musicales, Filología y Fonética Experimental, Investigaciones Meteorológicas, Investigaciones y Criminología y Ciencias Afines, Investigaciones Físico-Matemáticas, Investigaciones Geográficas, Investigaciones Botánicas, Historia de las Ciencias, Filosofía y Ciencias de la Educación, Investigaciones Geológicas, Investigaciones Paleontológicas, Literatura Hispanoamericana y Arqueología Indígena Uruguaya (véase: VAZ FERREIRA, Carlos, «Proyecto de Instituto de Estudios Superiores» (presentado por el rector al Consejo Universitario el 13 de febrero de 1929 y aprobado por esta misma corporación en esta misma fecha), en *Anales de la Universidad*, entrega n.º 142, Biblioteca del UPPU).

escritores o políticos simpatizantes y comprometidos con la causa republicana, al menos en la prensa y, hasta donde puede saberse, en las conferencias de homenaje, enfatizarían, entonces, más aún que el puro idealismo quijotesco y el empecinamiento voluntarioso de otros momentos del siglo,²³⁰ la dignidad de la derrota del pretendido caballero. A su vez, se destacaría la figura de Cervantes apelando a ciertos tópicos: en lo ideológico, a la incompreensión de la España de su época, a la tendencia a la heterodoxia o, por lo menos, resistencia a la visión monolítica de la Contrarreforma, a la exaltación de la libertad y la justicia; en lo personal, a la frustración, a la soledad, a la pobreza, al desencuentro con la fama, a la adversidad permanente y a la lucha a brazo partido sin recompensa alguna.

Instituciones, tradición y arenga: el escenario cultural en 1947

En fueros oficiales uruguayos, entre 1947 y 1948, la *Revista Nacional* dio lugar a numerosos artículos sobre la vida, la obra y la lengua de Cervantes,²³¹ y el Instituto de Estudios Superiores publicó un volumen especial dedicado al centenario.

Los artículos que reúne el volumen son los siguientes: «El caballero andante» de Eduardo de Salterain y Herrera; «Cervantes en Inglaterra» de J. G. Bruton; «Cervantes, maestro del idioma» de Alberto Rusconi; «Los *Entremeses* de Cervantes (sus posibilidades escénicas en la actualidad)» de Fernando García Esteban; «El ideal de don Quijote y la fuerza que lo mantiene» de Jorge Enrique Mesías S. J.; «El tiempo de Cervantes» de Carlos Lacalle, y «Estética en el *Quijote* de Cervantes Saavedra» de Hugo Petraglia Aguirre (*Cervantes. Ciclo de conferencias organizadas por la Sección de Literatura Iberoamericana*, 1948).

Los trabajos de Mesías y de Lacalle son los que más acusan el peso de la opinión impresionista. Más aún el primero, que apunta a la necesidad del idealismo en

épocas de crisis y convulsiones sociales extraordinarias, cuando, a los rescoldos todavía humeantes de contiendas pasadas, se [les] suman las voces de súplica que piden el retorno de la dichosa edad, aquella a quien los antiguos pusieron el nombre de dorada (Mesías, 1948: 67).

Lacalle, profesor de historia, asume un tono divulgativo, incluso, quizás, con pretensión poética, a través del que filtra alguna valoración, por ejemplo, cuando asume sin más:

230 Véase el capítulo 2, «Recuperación del *Quijote*: los primeros centenarios» de esta parte.

231 Los artículos aparecidos en la *Revista Nacional* son los siguientes: BENAVENTE, Manuel, «Los versos de Cervantes», en *Revista Nacional*, año IX, n.º 105, Montevideo, 1947, pp. 354-369; RUSCONI, Alberto, «Cervantes, maestro del idioma», en *Revista Nacional*, año IX, n.º 105, Montevideo, 1947, pp. 369-387; «La Academia Nacional de Letras y el IV centenario del nacimiento de Cervantes», en *Revista Nacional*, año IX, n.º 105, Montevideo, 1947, pp. 466-468; VIDAL, José María, S. D. B. «Cervantes en Zorrilla de San Martín», en *Revista Nacional*, año IX, n.º 108, Montevideo, 1948, pp. 338-373; «Primera Exposición Cervantina en Uruguay» y «Cervantes en la Academia», en *Revista Nacional*, año IX, n.º 108, Montevideo, 1948, pp. 461-463.

El siglo xvi ha dicho en español que la vida ha de ser una conquista de la gloria. El siglo xvii dirá, también en español, que la vida es sueño. Gloria y sueño. No importa. Ambos son hijos del espíritu. Lo que importa es atender la última palabra española, que es escuchada con atención por la Europa del siglo xvii. La última palabra, la de Gracián, que dice: «Elegir idea heroica» (Lacalle, 1948: 12).

El tiempo de Cervantes es, para Lacalle, «un tiempo cuyo drama se actualiza en todo momento. En todo aquel en que para la divina locura de don Quijote, la aparente bondad del molino transfigure sus ingenuas aspas en brazos de gigante» (Lacalle, 1948: 94). En medio de intentos públicos y privados por apoyar la especialización en las humanidades, los artículos recogidos en estas publicaciones mantienen todavía zonas en las que abunda la opinión, la directiva moral, la tendencia a la ejemplificación, cuando no la sacralización lisa y llana de autor y personajes.

A pesar de esto, debe reconocerse que estos esfuerzos dan cuenta de un lento pero sostenido afianzamiento del campo académico, sobre todo si se compara con el centenario anterior. El territorio académico fue siempre delgadísimo en un país que, frente a la inexistencia de instituciones que ampararan los estudios literarios, propició la divulgación crítica en la prensa masiva o en revistas de frecuencia periódica para un estrecho público de escritores y lectores cultos, pero que aún no constituían una verdadera comunidad académica. Se entiende que, para hablar de su consolidación, sería necesario que existan espacios institucionales o publicaciones que respalden o avalen los estudios específicos, que se utilice un lenguaje o un formato más o menos estandarizado, encajar en una tradición y dar cuenta de que se conoce, o sea, ingresando en un cuerpo de ideas. Estas condiciones podrían servir, *grosso modo*, para establecer, en este caso, la diferencia entre el ensayo crítico y los estudios literarios con pretensiones de erudición. Por último, y esto ya más con relación al aspecto central que hemos venido destacando, podría observarse que el discurso académico espera una respuesta diferida, sin desmedro de la comprensión inmediata. Es decir, apela a una perdurabilidad basada en la erudición. El texto crítico divulgativo o de circunstancia, sobre todo el que elige como soporte la prensa masiva, ata más su recepción al presente.

Concretamente en los estudios dedicados a Cervantes se va a ir distinguiendo o recortando, con el avance del siglo, un sector cada vez más especializado, cuando en los textos críticos de las primeras décadas predominaban las conclusiones de tipo general y las exploraciones filosóficas o ideológicas, pero, más que nada, orientadas a fomentar virtudes morales.²³² A la vez, el acceso de las capas medias a condiciones educativas muy buenas generó, en menos de un siglo, una minoría ampliamente preparada (aun muchas veces sin titulación universitaria), cuyo medio de expresión fue la prensa periódica, y un público apto para interesarse

232 Entiéndase como textos fundamentales los producidos por Zorrilla, Rodó y Reyles, comentados en el capítulo 2 de esta parte.

por su producción.²³³ Eso explica, solo a modo de ejemplo, la aparición en las páginas de *Marcha* de extensos artículos sobre música de Lauro Ayestarán o sobre literatura de Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal, que superaron con mucho los márgenes usuales de la nota de prensa, lo que revela unos niveles de reflexión, originalidad y erudición que dan cuenta de la maduración de un campo académico que pugnaba por consolidarse de manera más formal.

Hacia 1945, irrumpe en Uruguay una nueva generación que se integra, casi masivamente, al semanario *Marcha* y que se expresa en una serie de revistas culturales (como *Escritura*, *Clinamen*, *Asir*, *Número*), además de contar pronto con una obra propia. La atención de estos jóvenes a la novedad fue asidua y constante, sobre todo en el sector que se aglutinó en torno a *Marcha* y a *Número*, en el que se encontraban Emir Rodríguez Monegal —director de la sección literaria del semanario entre 1945 y 1958—, Idea Vilariño, Mario Benedetti, Sarandy Cabrera y Manuel A. Claps. Algunos de ellos llegaron a integrarse a la enseñanza universitaria en la Facultad de Humanidades y Ciencias, aunque el golpe de Estado militar de 1973 destituyó a muchos y solo algunos de ellos continuaron sus carreras académicas fuera del país. Si se compara con las etapas anteriores del país e, incluso, hasta varias décadas después, la generación del 45 tuvo el privilegio de encontrar espacios institucionales oficiales desde los comienzos de su actividad.

En los años cuarenta empieza también a redefinirse el marco institucional-cultural. Atendidas en conjunto, las iniciativas para el desarrollo de la cultura consolidadas en el marco del Estado son muy significativas: en 1937, se aprueba la Ley de Derechos de Autor; en 1949, se produce la refundación del Museo Histórico Nacional (creado en 1911); en 1942, se instituye la Comisión Nacional de Bellas Artes, encargada de la organización del Salón Nacional de Artes Plásticas; en 1944, se crea el Cine Arte del Servicio Oficial de Difusión Radio Eléctrica (Sodre);²³⁴ en 1945, se funda la Facultad de Humanidades y Ciencias, lo que propicia el estudio y la investigación independientemente del ejercicio de una profesión; en el mismo año, se crea el Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios (INIAL); en 1947, se constituye la Comedia Nacional y, en 1951, se crea el Instituto de Profesores Artigas, con el cometido de formar profesores para la enseñanza media. La institucionalización de estos

233 Según los datos que recoge Carlos Maggi, basándose en cifras de los *Anuarios bibliográficos de la Biblioteca Nacional*, tomados de los registros de adquisición de la Biblioteca Nacional, en 1950, se editan, aproximadamente, 100 títulos de libros de Humanidades, con una tirada de 500 ejemplares cada uno; en 1963, la cifra asciende a 160 títulos con tiraje promedio de 1200 y con ventas de 182 000, y, en 1967, se registran 200 títulos con tiraje promedio de 2500 ejemplares y con ventas de 500 000 (MAGGI, Carlos, «Sociedad y literatura en el presente. El boom editorial», en *Capítulo Oriental: la Historia de la Literatura Uruguaya*, n.º 3, Montevideo, Centro Editor de América Latina, 1968, p. 41).

234 Órgano del Estado dedicado especialmente a las actividades musicales y dependiente del Ministerio de Educación y Cultura. A su vez, en el ámbito privado, se funda el Cine Club (1948) y el Cine Universitario (1949) (Monné, 2008).

espacios de formación y divulgación irá mostrando irregularmente sus frutos tanto en el campo de las letras como en los otros, en los años siguientes.

En el ámbito de la Academia Nacional de Letras, que presidía Raúl Montero Bustamante, debe destacarse el esfuerzo por reunir y publicar estudios sobre Cervantes en la *Revista Nacional* en 1947. Además de eso, la Academia llamó a un concurso de ensayo sobre temas cervantinos.²³⁵ La letra del llamado invitaba a honrar al creador del libro, «en el que hallaron su más alta expresión, con el idioma, el idealismo y el espíritu de la raza, y en el que el alma española palpita en lo que tiene de heroica, de recia...»²³⁶. La cita sirve para mostrar la sorprendente pervivencia de un discurso todavía atado a nociones como la exaltación de la raza y el idioma, heredadas del siglo XIX y, en general, asociadas con puntos de vista conservadores. Si bien no se trata, en este caso, de la utilización de una retórica del pasado con fines políticos concretos, como se vio en el capítulo anterior, en el caso de las conmemoraciones oficiales argentinas, se dio probablemente como un procedimiento naturalizado inconsciente, que pone en evidencia que en las esferas oficiales, aún en el Uruguay laico y batllista, sobrevivían esos presupuestos sin mucho cuestionamiento sobre sus bases o legitimidad.²³⁷

Desde las páginas del semanario *Marcha*, nada sospechosas de oficialismo, se convoca también a un concurso, en este caso, Sonetos a Don Quijote. Una vez conocido el fallo y el nombre de su ganador, José E. Etcheverry, profesor de literatura y crítico literario,²³⁸ Elena Rojas (seudónimo de Idea Vilariño) envía una carta al semanario cuestionando el espíritu del concurso y su resultado: reprocha el tenor de la convocatoria, que invita a ejercitar una forma poética anticuada, y el pobre resultado de los poemas ganadores, que, según ella, celebran una idea del *Quijote* «que provee Enseñanza Secundaria». A la crítica, sale al cruce defendiéndolo Emir Rodríguez Monegal, uno de los miembros del jurado (los otros eran Roberto Ibáñez y Domingo Luis Bordoli). El juicio pone en evidencia la vigencia en el medio siglo de una forma de homenaje que, al parecer, solo podía concebirse, tratándose de Cervantes, volcada en una estética rígida y clasicista y que no parecía interpelar el presente ni la creatividad de los escritores locales (Rojas, 1948).

235 En 1947, la Academia llamó a concurso a escritores y estudiantes para la presentación de un ensayo original sobre la vida y la obra de Cervantes. En el concurso entre escritores, el primer premio fue adjudicado a Adolfo Rodríguez Mallarini, el segundo, a Alberto Álves Patiño y el tercero, al poeta Idefonso Pereda Valdés. En el concurso para estudiantes, el primer premio se adjudicó a Alejandro Gallinal Castellanos, el segundo premio a Alejandro André González y el tercer premio a José Agustín Aguerre Cat. El ensayo de Pereda Valdés fue publicado en 1952 bajo el título *Cervantinas*.

236 Ver en *Revista Nacional*, año IX, n.º 105, Montevideo, 1947, p. 467.

237 Aún varios años después, el *Quijote* sigue dando lugar a este tipo de homenaje, como lo evidencia, por ejemplo, el caso de un libro que intenta recrear la novela cervantina en verso, particularmente en sonetos. Se trata de: DALBONO, Pedro, *El eterno Quijote. Síntesis en verso de El ingenioso hidalgo de la Mancha*, Montevideo: Prometeo, 1958.

238 Los otros premios les correspondieron a A. Carreras y a Ariel Badano; obtuvieron menciones Daniel Vidart, Carlos María Gutiérrez, Álvaro Figueredo y Mario Benedetti, entre otros (en *Marcha*, n.º 404. Montevideo, 5 de setiembre de 1947).

Conocedora de la poesía de Rubén Darío, Vilariño se basa en una estrofa de la «Letanía de Nuestro Señor don Quijote» para objetar la necesidad de esa convocatoria, de la que poco se podía esperar, dada su naturaleza:

En cuanto al homenaje a Cervantes que el concurso significaba es muy loable, pero no deja de traernos los versos de Darío al Quijote que creímos pudieran defenderlo para siempre: «Tú, para quien pocas fueran las victorias / antiguas y para quien clásicas glorias / serían apenas de ley y razón, / soportas elogios, memorias, discursos, / resistes certámenes, tarjetas, concursos» (Rojas, 1948).

Si bien, como se vio antes, el poema de Darío consolida más que ningún otro la sacralización del personaje, alerta, como hará después Borges, sobre la vulgarización y el reduccionismo popularizante a que está expuesto el libro clásico.

La primera reflexión de la joven Idea Vilariño excede la circunstancia concreta y muestra la ansiedad por expresiones poéticas nuevas, tarea que ella misma estaba pretendiendo llevar a cabo:

Nuestra poesía, la argentina también, están miserablemente estancadas, metidas en un pantano del que nadie hace nada por salir. Pobre poesía provinciana, sin originalidad, sin fuerza, vegeta sin que aparezca para vivificarla ningún poeta verdadero, ningún intenso, ningún nuevo, ningún desesperado, ningún revolucionario. Nadie sabe cantar, nadie tiene mensaje. Los mayores no nos sirven de nada, los jóvenes se limitan a registrar sus personales vivencias mezquinas, insulsas, manidas, literarias. Es exactamente la poesía correspondiente a este período tibiamente burgués, burocrático, y de cultura media. Pero hay otras cosas por debajo, removiéndose, que tapamos púdicamente o que ignoramos por estar vulgares, cómodos y con la sensibilidad mellada. Por ellas, en otras partes, hay poesía aún (Rojas, 1948: 40).

Además de estas declaraciones, que ponen de manifiesto la actitud parricida que será el punto de partida para la enunciación de un programa creativo del que toma parte activa —la promoción de la llamada generación del 45— y que se refuerza en la crítica a sus contemporáneos, la poeta se expide también sobre la forma y el espíritu que, según ella, parece animar la convocatoria de *Marcha*. Cuestiona el constreñimiento formal del soneto y los resultados a los que suele venir amarrado:

Y ¿por qué sonetos? Ya teníamos bastantes, ya sufrimos habitualmente montones de sonetos, de mediocres, insuficientes, mal hechos sonetos.

El soneto es difícil. El soneto, cuando no es manejado con maestría, es una de las formas más aburridas, insuficientes, estúpidas. Si ya teníamos tanto, ¿por qué provocar este aluvión? Cada época tiene sus temas y sus formas; ni Neruda, ni Vallejo, ni de Andrade lo necesitan casi, lo soportan. No da para el alma del hombre actual, para su dimensión (Rojas, 1948: 41).

Por último, acomete directamente la crítica despiadada a los poemas ganadores del concurso:

En cuanto a los resultados prácticos, a las obras que causó el concurso, poco se puede decir. Se abusó de los juegos de palabras, se cayó a menudo en el

absurdo, en el absurdo ripioso, en el ripio a secas. [...] Los finales desdichados, la aliteración cuando Dios quiso, las rimas forzadas o vulgares, el plan traicionado o inexistente, el intento de dar lo que no se podía de otro modo por el uso de palabras familiares a los clásicos se vieron profusamente repartidos, además de un aire colectivo de pobreza y falsas galas (Rojas, 1948: 41).

La respuesta de Rodríguez Monegal alega que «el espíritu que guio a los organizadores y [a]l jurado fue el de ofrecer una amplia oportunidad» y, en otro orden, argumenta con un tono caballeresco que a la vez desenmascara a Vilaríño:

No comparto el espíritu negativo y pesimista que la informa. Temo que usted haya extendido su propia capacidad de augur y vate. Y quizá el porvenir, quizá la poesía que en estos momentos hace Idea Vilaríño (para citar solo un ejemplo valioso) se encargue pronto, se esté encargando ya, de desmentir, de abrumar, con su hermosa realidad, las rotundas negaciones de su nota (Rodríguez Monegal, 1948: 50-51).

A su vez, en julio de 1947, entró a consideración del Parlamento una iniciativa del Consejo de Educación Primaria que proponía darle el nombre de Cervantes a una escuela pública de Montevideo, en el marco de los «numerosos actos conmemorativos» que se realizarían en homenaje al escritor. Además de esta iniciativa, que el Poder Legislativo aprobó por unanimidad, se informaba sobre otras formas de celebración, consistentes en: «Que los maestros de todo el país exalten en las escuelas la figura genial de Cervantes, a través de su obra y su vida; que el Departamento Editorial edite un volumen especial conteniendo trozos escogidos del *Quijote* y otras obras» (Consejo de Educación Primaria y Normal, 1947: 12). La edición resultante, publicada en efecto por el Ministerio de Instrucción Pública, reunía en un volumen una selección de capítulos del *Quijote* y *El retablo de las maravillas*, y llevaba como prólogo un texto de Rodó sobre don Quijote, «El Cristo a la jineta», de *El mirador de Próspero* (1906), ya comentado. La elección de ese breve texto en una publicación estatal del medio siglo implicaba una mirada hacia atrás, un gesto de retorno a la perspectiva novecentista y, otra vez, una opción por la imagen sacralizada del personaje cervantino.

Las opiniones vertidas en los discursos parlamentarios son, como puede esperarse, propias de la retórica encomiástica de ocasión, y se observa en ellos la recurrencia a algunos mitos asociados a Cervantes, como la consideración de un senador de apellido Castellanos, que ampliaba el homenaje a «ese maravilloso acervo que constituye el tesoro de las letras hispanas; acervo que perfila, sin duda, uno de los signos más ciertos del genio de la raza» (Consejo de Educación Primaria y Normal, 1947: 12). Entre varios discursos más o menos convencionales, se distingue el del senador Alberto Suárez, quien propuso extender el homenaje a

los herederos de su espíritu, de su voluntad de progreso que, en España, o arrojados de la madre patria, muertos, asesinados, o manteniendo en alto la bandera de la libertad en cualquier nación del mundo, llámense García Lorca,

Machado o Alberti, han sabido ofrecer particularmente a los pueblos de América un ejemplo maravilloso de lucha por la independencia y la libertad de su patria. Creo que ellos, los españoles fieles a la República y al antifranquismo, los mejores herederos del Cervantes al que hoy rinde homenaje el Senado (Consejo Nacional de Educación Primaria y Normal, 1947: 12).

Como se verá, al menos en las esferas de los discursos públicos masivos, la reivindicación militante de un Cervantes o un Quijote antifranquista será casi la única alternativa que se ofrezca al homenaje anquilosado o adherido a formas retóricas convencionales y, por tanto, vaciadas de contenidos que interpelen el presente.

Pero estos no fueron los únicos episodios de aquellos festejos. La prensa de 1947 divulgó la existencia de dos coleccionistas de piezas bibliográficas cervantinas: Arturo Xalabré y Orlando Firpo. Xalabré, quien ya era reconocido entre los cervantistas por el hallazgo de la edición montevideana del *Quijote* de 1888 (Báig y Baños, 1934), organizó la primera exposición sobre Cervantes en Uruguay y presentó 380 ediciones diferentes del *Quijote* en la Asociación de Estudiantes y Profesionales Católicas (Xalabré, 1962).²³⁹ Por su parte, Orlando Firpo llegó a reunir una importante biblioteca cervantina e inauguró en 1942 sede propia en la calle 8 de Octubre, n.º 2974. En 1947, la revista *Ateneo García Lorca* dedicó un artículo a la descripción de este acervo, lo que hace posible conocer hoy su existencia (Vitureira, 1947: 18-20). Gracias a esta descripción, se sabe que Firpo poseyó un *Quijote* impreso en Valencia en 1605, además de otras nueve ediciones de la obra del siglo XVII, la edición príncipe de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (1617), una edición de 1531 de la *Cárcel de amor*, entre otras rarezas.²⁴⁰

Respecto a la colección de Xalabré, disponemos de una valoración muy amplia de la exposición a través de un folleto que el mismo organizador publicó quince años después, en el que transcribió notas de prensa y cartas recibidas e incluyó fotografías de las conferencias y de las salas de exposición. Figuran, además, fotografías de varias piezas artísticas, entre las que se destaca un busto de don Quijote esculpido por Pablo Serrano.²⁴¹ Lamentablemente, tampoco

239 Xalabré fue nombrado miembro de la Comisión de Organización Mundial para la Celebración del Centenario Cervantino, según afirma el senador de la Unión Cívica, Salvador García Pintos, en la sesión de la Cámara de Representantes del 12 de noviembre de 1947 (Xalabré, 1962: 8). El folleto de 1962 publica una foto de Xalabré en Madrid, en ocasión de la Segunda Exposición Bibliográfica Cervantina de 1948.

240 Según me informó su hijo, el escribano Orlando Firpo, el 8 de julio de 2005 en una conversación telefónica, su padre, Orlando Firpo, murió en 1964 y sus hijos desconocen el paradero de la biblioteca y no conservan un catálogo de esta.

241 Pablo Serrano (1908-1985) fue uno de los artistas plásticos más importantes del siglo XX español. Emigró a Buenos Aires en 1929 y entre esa ciudad y Montevideo vivió y trabajó durante veinticinco años. En los años 1944, 1951 y 1954, obtuvo el Primer Premio Nacional del Salón de Bellas Artes de Montevideo, y ya era uno de los escultores más reconocidos de Uruguay y respetados en Latinoamérica. Pueden apreciarse esculturas públicas de Serrano en Argentina, Uruguay, Chile, Puerto Rico y México. Regresa a España tras obtener el Gran

en este caso se conoce un catálogo de los ejemplares que se expusieron. Los periódicos que se hicieron eco de la difusión y del elogio de la exposición en la Asociación de Estudiantes y Profesionales Católicos respondían, en la mayor parte, a sectores católicos o conservadores nacionales, como *El Diario Español*, *El Bien Público*, el diario *La Mañana*, *Irradiemos* (*Federación Uruguaya de Mujeres de Acción Católica*), el magazín *Mundo Uruguayo*, *La Tribuna Popular* y *Civismo*. Y extranjeros, como *La Nación* de Buenos Aires y el diario *Yá* de Madrid.²⁴² Del mismo modo, se transcribieron cartas, telegramas recibidos y textos de discursos de obispos uruguayos y españoles, todos ellos elogiaban al coleccionista por su esfuerzo y, por encima de todo, por su cristiana ejemplaridad que también se impregnaba, claro está, del ejemplo «supremo» de Cervantes. Un artículo de *El Diario Español* de Montevideo afirmaba, citando al conservador Manuel García Morente:

«El tipo humano que mejor simboliza la esencia de la hispanidad es, sin duda, el tipo de caballero cristiano», caracterizado por «más querer transformar que explotar la realidad; el mirar los objetos reales solo como simples términos de un esfuerzo personal que quiere transfigurarlos según propios dictados de la conciencia; el lanzarse a las empresas, grandes o pequeñas, por fe en su vocación más bien que por cálculo prudente de posibilidades, y, por fin, en envolver su vida entera en una religiosidad toda llena de fuego y fervores apasionados, una religiosidad trepidante de impaciencia, por alcanzar pronto, y si fuera posible, ya mismo la eterna beatitud (Eguía Ruiz, 1962: 99).

Quien firma el artículo, el sacerdote jesuita Constancio Eguía Ruiz, no duda en atribuir a Xalambri el título de «auténtico caballero cristiano de la comunidad hispánica», algo a lo que, según él, «aspira todo buen español allá en el fondo de su alma».

Por su parte, el propio Xalambri se hace eco de la misma aspiración, al tiempo que protesta contra quienes acusan a Cervantes de heterodoxia en materia religiosa. Probablemente, se esté refiriendo, aunque sin nombrarlo, a Manuel García Puertas, profesor universitario en la Facultad de Humanidades y exiliado español, quien, siguiendo a Américo Castro, sustenta, en su tesis de licenciatura

Premio en la Bienal de Montevideo de 1955 y el Gran Premio de Escultura en la Bienal Hispanoamericana de Barcelona. Fundó el Grupo El Paso en el año 1957 junto con artistas como Antonio Saura, Manolo Millares, Rafael Canogar o Juana Francés. El Paso se convirtió en el movimiento de vanguardia que introdujo el arte abstracto en la península, revitalizando el mundo artístico español de posguerra. En setiembre de 1975, retiró su obra de una exposición en Ginebra como protesta por los últimos fusilamientos franquistas. En el año 1982, se le concedió el Premio Príncipe de Asturias de las Artes por la trascendencia universal de su obra.

242 *Yá* fue un diario español fundado por Editorial Católica durante la Segunda República. El primer número apareció en 1935. De orientación ultraconservadora, y en el que la Iglesia tuvo una injerencia directa, fue uno de los periódicos más populares e influyentes de España durante el franquismo. En 1975, año de la muerte de Franco, era el periódico más vendido en Madrid, con 177 000 ejemplares diarios, y decayó paulatinamente hasta su desaparición en 1996. Apenas comenzada la guerra civil el 20 de julio de 1936, fue clausurado y, durante ese período, el Partido Comunista de España utilizó sus rotativas para publicar *Mundo Obrero*.

publicada en 1962,²⁴³ la hipótesis de la simulación e hipocresía de Cervantes con relación a la sociedad de su tiempo, a la que critica de manera velada a través del simbolismo, la analogía, la metáfora y la reticencia:

Si Cervantes fuera un miserable hipócrita, como ruinmente lo ha maltratado un conocido profesor, juro que no me habría molestado un ápice por coleccionarlo. Si lo he hecho, es porque, a través del Quijote se transparenta límpida, sufrida, heroica y serena, humanamente pecadora, pero católicamente arrepen-tida y nobilísima, la figura genial del mismo Cervantes, tipo acabado de caballero cristiano, hispanófilo y español (García Puertas, 1962: 103).

La omisión del nombre resta importancia al profesor aludido y coloca la «opinión» en un ámbito contingente y efímero, al que sobrevivirá el catolicismo del *Quijote*.

La retórica que asume Xalabré en el folleto referido es sorprendentemente arcaica y grandilocuente: como ocurría en otro ámbito con los sonetos criticados por Vilaríño, la adhesión al pasado también afecta el estilo que parece, por momentos, imitar el uso de la lengua en el siglo xvii español. Solo como ejemplo del fondo y de la forma que lo inspira, puede servir este pasaje, en el que el autor promete la donación de la biblioteca al Estado para la creación de un Museo Cervantino, que

constituirá —también la constituye ahora— vigorosa y ardiente glorificación de la madre patria España, glorificada con amor y con obras por Uruguay que siente el incontenible orgullo de ser hijo suyo, de ser hispanoamericano que sella sus blasones con la Cruz, el Quijote y el Avemaría (Xalabré, 1962: 73).

La inflamación prohispanica en pleno franquismo se ampara en una retórica sustentada en valores que se proponen como eternos e intemporales y, por tanto, dignos del museo. Años después, al momento de evaluar los acontecimientos del pasado en tiempos posteriores a la Revolución cubana y más duros para la política uruguaya y latinoamericana, cuando en 1962 da a conocer el folleto, Xalabré ya no ahorra las opiniones morales y políticas que atraviesan su valoración del *Quijote*, quebrando la aparente distancia aséptica del coleccionista que solo muestra lo eternizable. Y será, precisamente, para argumentar la necesidad de erigir una estatua (para eternizar) a Cervantes cuando consienta, ahora sí, en descender a la consideración de las circunstancias históricas, puesto que parecen demandar otra belicosidad o se advierten riesgos mayores. Los valores siguen siendo inmortales, pero es evidente la urgencia por dotarlos de una iconización elocuente:

Y no se malpiense en un simple y mezquino busto. Por lo menos, concébase la trilogía: Cervantes, don Quijote y Sancho Panza. Más que nunca, hoy sería un monumento dinámico de fe, emblemática barrera frente al materialismo; monumento de un canto a la recia y noble personalidad humana, antepuesto a la ruin masificación marxista; monumento de batalla por la libertad cristiana, que no muere, rompiendo la esclavitud soviética; estatua de la serena y fraterna

243 Véase García Puertas, 1962.

sonrisa del optimismo para drenaje de la cobardía y crueldad del odio comunista. Sí; deberá ser monumento viviente, que hable a la Dulcinea de la patria que, cuanto más amada, más se la engrandece. Y a la gratitud de la patria-hija que se gloria por la tradición de gloria inmortal recibida de la patria-madre, España (Xalambri, 1962: 105).

Es evidente la analogía con el lenguaje empleado por los intelectuales latinoamericanos en 1905. El uso simbólico de don Quijote como emblema de la fe y del espiritualismo frente al peligro de la masificación materialista había funcionado, en 1905, para oponerse a la democracia mercantilista norteamericana. Ya desde el centenario cervantino de 1955 se aplicará el mismo silogismo cambiando el polo opuesto por el materialismo comunista soviético.

Las exposiciones referidas no fueron iniciativas ocurridas en la esfera público-estatal, aunque Xalambri afirma que la Academia Nacional de Letras le propuso organizarla en su sede y con su auspicio, lo que el cervantófilo rechazó, según dice, porque ya se había comprometido con la Asociación de Estudiantes y Profesionales Católicos (Xalambri, 1962). De todos modos, las formas de homenaje que hemos reseñado hasta ahora no desentonan entre sí, sino que parecen responder a una reverencia distante hacia el objeto monumentalizado del pasado, frente al cual los valores destacables son del orden de la perdurabilidad, es decir, de una tradición a preservar. Tal suele ser también la inspiración del coleccionismo como manera de homenaje: el espíritu que anima al coleccionista siempre es conservador. La exposición coloca el objeto en el museo, y la museificación atañe a las obras muertas, no circulantes, del pasado.

Si se tiene en cuenta el concepto de dispositivo presentado en el capítulo 1 de esta parte, no es difícil determinar qué líneas de visibilidad así como de subjetivación priorizan este tipo de homenajes. Una de las funciones propuestas para el dispositivo del centenario es hacer ver, destacar ciertas cualidades del objeto conmemorado, mientras que se opacan o invisibilizan otras, lo que resulta en una especie de plusvalía que se agrega al valor del objeto y se pone en relación con el sujeto que se expresa a través de él (Moro Abadía, 2003: 38-39). La monumentalización del pasado por medio del homenaje visibiliza al organizador —delineándolo, incluso, si se trata de un grupo—, que se atribuye las cualidades del objeto o alguna propiedad de este, al que impregna de su ideología. Al mismo tiempo, procura orientar al público hacia una determinada actitud frente al objeto conmemorado y reforzar ciertas relaciones sociales. La operación de visibilizar un clásico (legitimado por el proceso de envejecimiento que implicó su canonización) funciona como forma de persuasión y legitimación de un grupo o un sector y, con él, de un sistema de vigencias que el clásico representa, ya sea tanto en el orden estético como en el ideológico (Bourdieu, 1995: 223). El operativo consiste en hacerle decir al objeto algo que no dice necesariamente por sí mismo.

Si se piensa en los actos o discursos de homenaje que proponen o construyen estatuas, dan nombre a una escuela pública, montan una exposición de ediciones antiguas y objetos fetichizados o convocan a un concurso de creaciones

bajo la forma rígida (y clásica) del soneto, el o los convocantes dicen de sí mismos esos atributos: la estabilidad y la permanencia (del Estado, de la religión que representan, del estatus atribuido al arte que por proximidad le infiltra al crítico), la legitimidad sustentada en una tradición digna de conservarse. Entonces, la celebración aglutina y condensa pasado, presente y futuro en un acto. Como señala Mona Ozouf:

Si interrogamos el vocabulario de la conmemoración, la finalidad de la fiesta es puramente conservadora: solo se trata de mantener, de perpetuar, de guardar. Sin embargo, todo recuerdo se asfixia si no está sostenido por un proyecto. La convocatoria a la memoria debe ser, aquí también, dirigida por una representación del futuro. Y, de hecho, los organizadores de las fiestas tienen claro el futuro en la cabeza, pero a condición de que sea un futuro exclusivamente repetitivo (en Demasi, 2001: 39).

Bien podría aplicarse esta actitud reverencial hacia el pasado como garantía de un futuro repetitivo al Uruguay batllista del medio siglo, aposentado y satisfecho de sí, y, en especial, a los sectores intelectuales que, oficial o extraoficialmente, lo representaban.

Más allá de las conmemoraciones oficiales y de esas líneas del rescate bibliográfico, inspiradas en formas de la devoción al pasado, lo cierto es que, en 1947, las relaciones simbólicas con España estaban atadas, en amplios sectores del quehacer cultural, a la circunstancia política del franquismo entronizado en el poder y a la fuerte presencia de exiliados en el Río de la Plata. Y, como ya se advirtió, muchas de las lecturas que se hicieron de la obra de Cervantes reflejan ese contexto, y, así, la figura de don Quijote reforzó, una vez más, su productividad como mito al servicio de las circunstancias políticas.

En 1947, León Felipe visitó el Río de la Plata. Llegó primero a Buenos Aires y a fines de junio estaba en Montevideo, y permaneció unos meses entre las dos orillas. En Uruguay, recorrió otras ciudades del interior dando conferencias y leyendo poemas. El tema cervantino fue motivo de una conferencia en la capital argentina, luego recogida por la revista *Sur*, y también en Uruguay, aunque no se conservan registros ni datos muy precisos.²⁴⁴ Pero la *Revista del Ateneo Federico García Lorca* (Vitureira, 1947, p. 14.), en el número que dedica al cuarto centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes, publica un artículo, «Habla León Felipe», que reproduce un extracto de la conferencia montevideana, referido al heroísmo español bajo un tono poético, desgarrador y provocativo. El grito de Cervantes se asemeja al grito del descubrimiento de América y al grito del año 36, durante la resistencia de Madrid: los españoles, dice León Felipe, «estamos desentonados para siempre» (León Felipe, 1947a: 13-14).

La tesis de que Cervantes es un «poeta prometeico» y el *Quijote* es una profecía aparece más desarrollada en la publicación argentina: «Lo que hace cuatro siglos era imaginativo nada más... Ficción... Farsa... Pantomima... se cumplió hace

244 En el Museo de la Palabra (Sodre) se conserva una grabación del recitado de cuatro poemas de León Felipe, pero ninguna conferencia suya.

diez años como tragedia y realidad» (León Felipe, 1947a, p. 15). En sus conferencias, comenta y, de algún modo, reescribe el poema «Vencidos», escrito en 1920. El poeta español se hace cargo de la diferencia entre el desaliento individual que inspiró el poema y el alcance simbólico que adquirieron los motivos de la batalla perdida y la amargura del ideal estéril a partir de los acontecimientos de las últimas décadas:

Hace treinta años que escribí estos versos. Ahora los repito aquí con un lamento redoblado... La Historia ha llenado de carne y hueso el símbolo... y ha puesto un número gigantesco de españoles [...] donde, aparentemente, no había más que un caballero y un criado (León Felipe, 1947b: 81).²⁴⁵

Cuando lee el poema en 1947, lo resignifica mediante esa interpretación, pero, además, refuerza el sentido de reescritura, agregándole una estrofa que luego no recogerá en las publicaciones posteriores:

Vencida... desterrada, por la llanura
del Mundo... sin armas y sin hogar,
agobiada de amargura,
se vuelve a ver la figura
de don Quijote pasar
(León Felipe, 1947a: 81).²⁴⁶

Aunque el motivo de la conferencia sea Cervantes, el tema de fondo de León Felipe es España. El *Quijote* no es símbolo, para él, de la grandeza moral o del heroísmo nacional, sino la comprobación de su fracaso como entidad histórica: España ha muerto, o es un fantasma, y solo queda de ella una idea y la posibilidad de «defender aquello que definía humana y luminosamente al español en la Historia», porque «lo sustantivo del español es la locura y la derrota» (León Felipe, 1947b, p. 81). La figura de don Quijote oscila, en las páginas de León Felipe, entre el *clown* (la figura grotesca) y el poeta prometeico, y esa tensión se

245 Miguel Cabañas Bravo repasa la evolución del tema cervantino y quijotesco en León Felipe (2014: 419-449).

246 En la edición de *Obras completas* de León Felipe que hemos consultado, de Adolfo Ballano Bueno y Andrés Ramón Vázquez, con prólogo de Guillermo de Torre (realizada por Losada en Buenos Aires en 1963), no se incluye la conferencia, aunque se recoge en la bibliografía final: «Vencidos» (conferencia), en *Sur*, xvi, n.º 158, 1947, pp. 76-85. El poema «Vencidos» aparece en dichas *Obras completas* incluido en *Versos y oraciones de caminante*: «Por la manchega llanura / se vuelve a ver la figura / de don Quijote pasar... / Y ahora ociosa y abollada va en el rucio la armadura, / ya va ocioso el caballero, sin peto y sin espaldar... / va cargado de amargura... / que allá encontró sepultura / su amoroso batallar... / va cargado de amargura... / que allá “quedó su ventura” / en la playa de Barcino, frente al mar... / Por la manchega llanura se vuelve a ver la figura / de don Quijote pasar... / va cargado de amargura... / va, vencido, el caballero de retorno a su lugar. / Cuántas veces, don Quijote, por esa misma llanura / en horas de desaliento así te miró pasar... / y cuántas te gritó: Hazme sitio en tu montura / y llévame a tu lugar; / hazme sitio en tu montura, caballero derrotado, / hazme sitio en tu montura / que yo también voy cargado / de amargura / y no puedo batallar. / Ponme a la grupa contigo, / caballero del honor, / ponme a la grupa contigo / y llévame a ser contigo pastor... / Por la manchega llanura / se vuelve a ver la figura / de don Quijote pasar... (48-49).

explica porque el mundo está al revés y se ríe de los valores nobles, porque la justicia también ha muerto.

Mediante una serie de preguntas que apuntan a desarmar los lugares comunes, para volver a dotarlos de sentido, León Felipe reescribe la mitificación de don Quijote, retomando algunas interrogantes que Ortega y Gasset se había planteado en *Meditaciones del Quijote*, en 1914, aunque adaptadas a las nuevas circunstancias históricas y mucho más nítidamente politizadas:

¿Qué es España? ¿Es España don Quijote? ¿Qué España es don Quijote? ¿La España leal?... ¿Y leal a quién? El bachiller disfrazado derrota a la España de don Quijote... A la España leal... Pero no leal a ningún gobierno, sino leal a los principios eternos, sustantivos y españoles, de justicia primaria y de dignidad humana [...]. Porque no se trataba de restaurar una corona, ni de limpiarle el polvo y la polilla al gorro frigio... Ni de ningún privilegio legislativo y provincial (León Felipe, 1947a: 81).

De acuerdo a esa estrategia discursiva que recurre a paradojas y negaciones retóricas, que se sirve de la interrogación y la ironía, León Felipe parte de la afirmación de que don Quijote es un payaso, para decir después que los redentores del mundo también lo fueron: «También [lo fue] Cristo, [aunque] ahora quieran explotarlo como tirano y dictador ejecutivo... Un día el Papa bendecirá la bomba atómica y se la pondrá en la mano al niño Jesús en lugar de la esfera y la cruz» (Felipe, 1947). La ironía trágica distancia al autor de los dogmatismos y utilizaciones de derecha e izquierda, pero sin renunciar al simbolismo. Advierte que

ya andan por ahí unos personajes que hacen charlas y tocan la guitarra, hablando cínicamente de lealtad y quijotismo. Si ven que es negocio y un buen artificio para enmascararse, volverán a levantar el brazo con el negro gesto criminal y saludarán al caballero: ¡Viva don Quijote emperador! (León Felipe, 1947a: 82).

Pero el primero en reírse de don Quijote es Cervantes, como Dios se ríe de España. Frente al imperio de la sinrazón y la crueldad, solo es posible conjeturar que los dioses duermen, y la tarea del poeta es despertarlos con sus blasfemias, si es necesario, como los antiguos profetas. Por fin, la payasada se invierte y don Quijote es Prometeo:

El hombre más valiente y más legítimo que ha nacido en este planeta podrido y abominable [...] es el poeta prometeico que escapa de su crónica y entra en la historia hecho símbolo y carne, vestido de payaso y gritando por los caminos: ¡Justicia! (Felipe, 1947: 85).

Durante su permanencia en Montevideo, el joven poeta Humberto Megget toma contacto con León Felipe, asiste a su conferencia y lo visita en su hotel. De ese vínculo surge un poema volante, «Saludo al hombre León Felipe», que fue distribuido en el café Sorocabana por esos días, bajo las firmas de Jorge Brito, Humberto Megget y Abraham Schultz:

A todos los poetas del mundo
en el sentido épico y activo
que aquí damos a la palabra
y el oficio. Y a los anarquistas,
a los anarquistas angélicos y
académicos, que en esencia son estos
mismos poetas, en una palabra:

A LAS MILICIAS QUIJOTESCAS DEL MUNDO.

Les llamamos ahora desde el viento para que griten
de rodillas por su garganta:

¡JONÁS! ¡LEVANTA TU CABEZA QUE NO ESTÁS SOLO,
AQUÍ ESTAMOS, SEÑOR!

Desde todas las ventanas ensangrentadas del
mundo te están afirmando con su silencio los

muertos, porque sí,
¡EL QUIJOTE HA MUERTO!
¡ESPAÑA HA MUERTO!
¡LA POESÍA HA MUERTO!

Solo los vivos aplauden.

Pero ellos ya no podrán llevar uvas a su tumba
ni vengarse de los dioses no es para ellos tu
mensaje jubiloso de muerte, anunciación de la LUZ.

A la ciudad de los aplausos, a los espectadores
conmovidos e impasibles del martirio, yo les grito

Juan el Poeta:

«YO CONOZCO TUS OBRAS, QUE NI ERES FRÍO NI CALIENTE,
¡OJALÁ FUESES FRÍO O CALIENTE!

¡MAS PORQUE ERES TIBIO Y NI FRÍO NI CALIENTE,
TE VOMITARÉ DE MI BOCA!».²⁴⁷

En Montevideo. 10/7/47

(Megget, 1991: 31).

El texto está más cerca de la provocación dadaísta que de la poesía comprometida, aunque los tonos sombríos puedan explicarse, en parte, por el trágico contexto de la segunda posguerra mundial y la dura situación de España, que hacen parecer absurdo cualquier propósito que confíe en la eficacia transformadora de la palabra. Por eso, juega con el desaliento de la derrota en paralelo con la inutilidad de la poesía: idealismo político estéril y marginación del artista se conjugan en el sintagma «a las milicias quijotescas del mundo». Con un tono bíblico profético muy próximo a algunos textos de León Felipe, más la recurrencia a algunos tópicos suyos como el grito y la locura, el poema es un homenaje, una respuesta, un contrapunto juvenil a la conferencia del poeta español. El tono también provocativo de León Felipe, distanciado del discurso

247 El final del poema corresponde a una cita de Apocalipsis 3, 16.

de la izquierda oficial, quizás convenza o involucre más a los más jóvenes, que se suman a su indignación.²⁴⁸

Además de la referida conferencia, el Ateneo Federico García Lorca organizó una serie de festejos en homenaje a Cervantes. En la papelería conservada de esta institución, se encuentra una carta de setiembre de 1947, dirigida a José Rovira Armengol, «representante del Gobierno Republicano en el exilio», en la que se destaca que el producto de los actos organizados será «destinado al beneficio del pueblo español, colaborando con la campaña de salvación y liberación de la conciencia de Cervantes, hecha carne y luz de su heroico pueblo sacrificado»²⁴⁹. Firma la carta el escritor uruguayo Cipriano S. Viturera, presidente del Ateneo, pero, en otras notas enviadas a varias personalidades solicitando cooperación económica, figuran las firmas de Juana de Ibarbourou, Emilio Oribe, Bernabé Michelena, José Cúneo, Vicente Basso Maglio y Carlos Sabat Ercasty.²⁵⁰ Es claro el espíritu que animaba la convocatoria, así como las fluidas relaciones de los uruguayos que animaban el Ateneo con las organizaciones políticas de los exiliados.

En esos actos se ofrecieron conferencia y recitales musicales en las salas del Sodre, además de lo cual se representó *Los habladores*, entremés atribuido a Cervantes, aunque su autoría sea aun hoy discutida. Las conferencias fueron recogidas en el primer número de una revista del Ateneo, que no tuvo luego la continuidad que sus organizadores pretendieron. Allí se publicaron dos sonetos dedicados a Cervantes, a los que bien podrían corresponderles también muchas de las opiniones de Idea Vilariño referidas a los premiados y publicados por *Marcha*. Pero, sobre todo, estos sirven de perfecta muestra de la convivencia de modelos sin contradicción ni aparente intersección: la politización circunstancial y la serena monumentalización. Uno de los sonetos, por ejemplo, corresponde al ya mencionado coleccionista Orlando Firpo:

«Philobiblion»

Este esplendor de letras inmortales,
alba galaxia de ingenio antiguo,
es de la soledad jardín contiguo
aromado de esencias siderales.
Las horas lentas, de vagar ambiguo,
tienen de una presencia las señales;
¡Es ELLA!... De los puntos cardinales
los libros colman el empeño exiguo.
Es Cervantes la enseña de esta cita,
don Quijote, el esfuerzo que concita,

248 Quizás la mayor distancia con ese lenguaje que llamo *oficial* de la izquierda es la ausencia, en estos textos, de la arenga ingenua del optimismo revolucionario.

249 Copia de carta dactilografiada, proporcionada por Santiago Viturera (hijo).

250 Viturera fue, además de poeta, un activo trabajador de la cultura. Fundador y director del Ateneo Federico García Lorca, tuvo un papel central en los festejos cervantinos. Agradecemos a su hijo José Santiago la copia de muchos documentos de su archivo personal.

y sus poemas, mensajes milagrosos;
¡Signo inmortal de antigua compañía!
Consuelo de la noche para el día,
calma que irradia halagos victoriosos.
(Firpo, 1947, 20).

El poema del bibliófilo exalta el amor al libro, pero no en su condición de objeto, sino como «mensaje» y «compañía». Una vez más, Cervantes suscita asociaciones que reúnen la inmortalidad de las letras y el jardín solitario y descansado que parece trascender lo contingente, en un campo metafórico muy familiar al que evocaba Carlos Ibarguren en el homenaje de la Academia Argentina de Letras.²⁵¹ El homenaje de Firpo admite solo muy débilmente una lectura politizada, si se quiere leer en ese sentido el esfuerzo quijoteril y, como augurios de mejores tiempos, los días y halagos victoriosos que sobrevendrán a la noche. El otro soneto que ornamenta la publicación corresponde al poeta Carlos Sabat Escasty,²⁵² el cual dialoga con el anterior en tanto está dedicado a la Biblioteca Cervantina que Firpo había fundado:

CERVANTES
EN LA BIBLIOTECA CERVANTINA AMELIA MARTY DE FIRPO
¡Oh, Miguel de Cervantes y Saavedra!
Jamás ingenio igual en la ironía,
jamás tristeza igual que igual se ría
del sueño humano que el candor celebra.
Tapices de la Mancha en grácil hebra,
luz de la muerte en la caballería,
carcajada de Sancho en la alquería,
y en el yelmo inmortal, áspera piedra.
Mundo y trasmundo a la verdad abiertos,
ventas-castillos y agramantes-huertos,
dama, la labradora del Toboso,
Norte de estrella en todos los caminos;
y don Quijote hiriendo los molinos,
grande de fe, y por grande, doloroso!
(Sabat Escasty, 1947, p. 21).

En este caso, el soneto, que pone de relieve paradojas muy cervantinas, revela, quizás, un mayor conocimiento de la obra y de la crítica más difundida. Puede sospecharse una reminiscencia orteguiana en la idea del trasmundo, concepto de origen platónico que Ortega y Gasset desarrolló en *Meditaciones del Quijote*, considerando la obra como libro-escorzo que pone en conexión o funde dos dimensiones de profundidad: la material-sensible con el acto puramente intelectual (Ortega

251 Véase el capítulo anterior.

252 Sabat Escasty fue también profesor de Literatura Española Medieval en la por entonces recién fundada Facultad de Humanidades y Ciencias. La poeta Esther de Cáceres dictaba Literatura Española Contemporánea.

y Gasset, 1914: 80-83).²⁵³ Sin duda, algunos tópicos románticos también se cuelan en el poema: la risa, por una parte, como defensa frente a la derrota del ideal y, por otra, inevitable, y la grandeza del dolor. Sabat escribió muchos sonetos (el profesor Hyalmar Blixen, quien fue su amigo, cuenta que escribió uno cada día a su tercera y última esposa) y es inevitable que muchos caigan en un retoricismo poco feliz, así como paguen tributo a la verbosidad que Ida Vitale señaló como característica del poeta (Vitale, 2001: 232). De todos modos, puede pensarse en una auténtica frecuentación y admiración hacia Cervantes. Dice también Blixen que, cuando Sabat era niño, su padre le leía a los hijos todas las noches al terminar la cena, y «en general era un capítulo de *Don Quijote de la Mancha*».²⁵⁴

A su vez, en noviembre de 1947, aparece en un artículo del periódico montevideano *España Democrática* una transcripción de un pasaje de una conferencia de Cipriano Vitureira en ocasión de los festejos cervantinos. Vitureira pertenecía a una generación más joven que la de los sonetistas anteriores, y su participación manifiesta, por lo tanto, otra actitud ante la circunstancia, que se pone de manifiesto ya en el título de la nota de prensa: «Cervantes en nuestro tiempo».²⁵⁵ El punto fundamental de la conferencia es la necesidad de actualizar la lectura del *Quijote*, enfrentándose a «retóricos y profesores al uso» que pueden «definir, medir, desarrugar, planchar y remendar la vida agitada y llena de golpes, miserias y grandezas de Quijote y Sancho en el libro o de ambos en Cervantes o en la vida» y que analizan la ficción «en relación únicamente con lo figurativo preconcebido o establecido, sea esto lo que fuera», y «sin la dialéctica particular de la acción representativa y estética», porque, para Vitureira, «los seres de ficción y los medios del arte se dividen y unen a la vez en un equilibrio que les es propio, que es la base de la obra misma» (Vitureira, 1947: 22).

Si, por un lado, afirma que don Quijote y Sancho fracasan porque «actúan en un mundo mal hecho», por el otro, cree que con el «romanticismo desvariado del ingenioso hidalgo» se defiende la idealidad, aun cuando comporte el fracaso, pero advierte sobre los excesos de interpretación de los «sectarios del corazón o del esfuerzo» que obliteran los aspectos más realistas de la novela, lo que él llama el «humanismo popular» (Vitureira, 1947: 22) de Cervantes. Estos diferentes argumentos terminarán por contraponer la visión de su generación —que alinea con Alberti, García Lorca, Hernández, Bergamín, Larrea, etc.— a la del noventayochismo, en tanto que la época que él encarna «no mide su teatro, entre un pañuelo de aldeas, bajo la amable luz, contemplando los patios limpios y silenciosos», como Azorín, ni piden trascendencia —«más locura, más pasión» (Vitureira, 1947: 23)— de espaldas a la realidad, como Unamuno.

253 El concepto de *escorzo* en el campo filosófico, referido a las distintas perspectivas que se muestran de un objeto en oposición a la idea de totalidad o esencia que siempre escapa a la percepción, probablemente, Ortega y Gasset se lo deba a la teoría de Edmund Husserl.

254 «Vida y obra de Carlos Sabat Ercasty» [EN LÍNEA]. Disponible en: <http://letrasuruguay.espaciolatino.com/blixen_hyalmar/carlos_sabat_ercasty.htm>.

255 El texto entero fue reproducido en una separata publicada por el Ateneo Federico García Lorca y de allí extraemos las citas (véase Vitureira, 1947).

Nuestra generación tiene otro signo. Nuestra edad mide su corazón en el teatro del mundo [...], y escribe cuando puede y como puede, con urgencias de tiempo y de dolores. Ya no encuentra otros espacios silenciosos y limpios, a no ser las llanuras de los campos de concentración, los blancos patios de la muerte en sus huesos (Vitureira, 1947: 23).

El texto marca, además, una línea clara de disenso con una tradición de lectura que enfrentó los caracteres y los simbolismos de don Quijote y Sancho como representantes de la dualidad del hombre y, sobre todo, con su vulgarización en la oposición entre aristocracia espiritual y pueblo embrutecido. Vitureira reacciona contra quienes, intelectuales o no,

dividen para reinar [...], viendo un Quijote lírico y un Sancho prosaico, de cuyas contradicciones ríen, a cuyas polémicas asisten, en cuyas desgracias descansan su inmoral existencia egoísta o la vacuidad de su destino [...]. Nuestra generación no puede dividir a Cervantes. Los poetas de hoy no nos ganamos el sueldo dando clases con eso (Vitureira, 1947: 26).

La mirada de Vitureira incorpora a los personajes cervantinos en una nueva visión integradora del hombre y principalmente a Sancho en un también nuevo y enaltecido concepto de *pueblo*, idea que unos años más adelante van a extremar los poetas sociales, en especial Blas de Otero y Gabriel Celaya, quienes, incluso, la ponderarán por encima de su amo.²⁵⁶ En este caso, el poeta uruguayo da un primer paso hacia esa representación cuando afirma:

Nuestra generación [siente a don Quijote y Sancho] unidos por la materia plástica y por la materia humana, tal como los sintió Daumier, como aparecidos del polvo de una catástrofe, arrastrando consigo jirones de una época, espejos cóncavo uno y convexo el otro, el afuera y el adentro del mundo y del hombre (Vitureira, 1947: 5).

No pueden faltar, en su arrebatado militante, alusiones a la hora actual de España, aunque eso signifique profanar el terreno sagrado, pero ya no incontaminado, de la literatura. Con todo, Cervantes sigue estando por encima de los bandos:

No he nombrado a [la] Falange. Porque sé que si la nombro corre un escalofrío necesario y bendecido por esta sala... El revolucionario constructivo Cervantes, ese no les pertenece ni a los panzistas ni a los quijotistas, ni a los ahítos de poder ni a los de gloria... No es de los dictadores ni de los militares. Porque Cervantes es un principio, es una unidad, la base, la realidad trascendida del hombre y de la tierra que pisa (Vitureira, 1947: 5).

En las mismas páginas de *España Democrática*, Rafael Alberti va mucho más lejos. Desde el título, se apropia del mito: «Cervantes nos pertenece». Nadie más que los fracasados luchadores de la República perdida pueden considerarse legítimamente herederos de Cervantes. El sueño romántico que representó el

256 «A Sancho Panza», de *Cantos iberos* (1955) de Gabriel Celaya, y «Me llamarán, nos llamarán a todos», de Blas de Otero, son dos casos que ejemplifican esa visión de la poesía social de posguerra.

Quijote para la crítica posterior al siglo XIX se transforma, entonces, en el sueño revolucionario cuando los dos tienen en común la derrota del ideal frente a la realidad, que, en el momento, se encarna en la prepotencia del fascismo. Pero al mito quijotesco se le une también la apropiación del autor, de quien se rescatará un perfil diferente al que procuró privilegiar el discurso oficial, el del soldado del imperio, el católico ejemplar. Se pondrá énfasis, en este caso, en el cautiverio y la ingratitud de su patria:

¿Quiénes mejor que nosotros, españoles leales, errabundos ahora por tan distintos rincones de la tierra, tirados hoy aquí, temidos allá; quiénes mejor que nosotros para amar y entender la grande y golpeada vida —cuerpo y espíritu— de Miguel de Cervantes? (Alberti, 1947: 5).

Cervantes también soldado, Cervantes delatado y traicionado, «alma justa e ilusionada, pareja a la que, sangrante y llena de esperanza alienta en nosotros», exaltó el heroísmo de Numancia, la primera gran «quijotada española» (Alberti, 1947: 5).²⁵⁷ El *Quijote* se había leído antes como la advertencia o la comprobación de la imposibilidad de subsistencia de un ideal colectivo quizá noble, aunque perimido, incapaz de resistir el empuje de la modernidad capitalista incipiente. De acuerdo a la interpretación de la historia que puede inferirse del texto, esta recupera una mirada que había gozado de gran predicamento en los alrededores del centenario de 1905: Cervantes sería un testigo de la inevitable decadencia de España, que empezó con el sueño imposible de restauración de un orden y que, entre otras cosas, precipitó el país a la ruina. Alberti recurre a la estrategia de aunar los atributos de héroe y autor, espejando en ellos la identificación del hablante colectivo que asume el discurso —«los españoles leales»— y aprovechando, como ha dicho Juan Diego Vila, las posibilidades del «signo bifronte» de la dupla Cervantes-don Quijote (Vila, 2005a), pero, en este caso, para rescatar de ambas figuras signos comunes y afines a la lucha por un ideal, aunque no abstracto, sino militar y militante, ya que la condición de soldado se acerca simbólicamente a la del miliciano de la República o a la del militante de la resistencia antifranquista.

En 1947, podía recuperarse el heroísmo patético del *Quijote* con otro sentido colectivo, aggiornato a los acontecimientos nacionales que significaron otra ruina. También otro sueño español se había frustrado, embanderado con altos ideales que no soportaron la contundencia de los hechos. Pero Madrid había resistido la ocupación de los nacionalistas hasta más allá de sus fuerzas y era posible parangonarla, en la construcción del imaginario de izquierda, a una nueva Numancia. De este modo, Cervantes reingresa de dos formas distintas al territorio del mito predicado por Alberti: como creador del héroe quijotesco, «caballero errante de la libertad, su más genial y eterno combatiente», y como actualizador del también heroico sacrificio numantino. Con todo, Alberti se

257 En este caso, el mito de Numancia, ya tratado en el capítulo anterior, en el que se hizo referencia a este artículo de Rafael Alberti, sirve de nexos entre Cervantes, el *Quijote* y el idealismo político destruido por la prepotencia de la fuerza.

aparta del «punto de partida melancólico» que ha recurrido (y recurre) sucesivamente a don Quijote como modelo de la lucha política (Vila, 2005a); lo mueve la confianza en un provenir que seguramente resultará de la lucha —«cuando nos sentimos los españoles acorralados por la desgracia, volvemos hacia Numancia nuestros ojos»— y de la bravura de los hijos de España.

Mientras tanto, y a diferencia de lo que ocurrió en Argentina, en las convocatorias uruguayas no figura participación diplomática de España en los festejos, con la única excepción de la exposición organizada por Xalambri.

Como se ve, los panegíricos tienden a polarizarse y a aprovecharse en un sentido utilitario político. Desde la izquierda rioplatense se refuerza, como se dijo, la imagen del «Quijote en el exilio», acicateando la idea de que el personaje de Cervantes es un mito rechazado por el bando triunfal.

1955: guerra fría en torno a Cervantes

El debate se retoma en 1955, al cumplirse los trescientos cincuenta años de la publicación del *Quijote*. Como ejemplo de la atmósfera de la época, puede servir el mensaje que envía un artículo sin firma en *España Democrática* de Montevideo, en el que se advierte sobre la lectura que se hace de la novela en la España franquista, se refuerza la imagen del «Quijote en el exilio» («El genio y los pigmeos», 1955) y acicatea la idea de que el personaje es rechazado por el oficialismo.

Según se cita, Eugenio Montes escribe en el periódico falangista madrileño *Arriba* que «Cervantes ha escrito un libro genial, pero este ha contribuido a la destrucción de nuestra patria», mientras Ernesto Giménez Caballero propone «expulsar a Cervantes de España». ²⁵⁸ En realidad, más allá de su aplicación, se trataba de tópicos que habían nacido en España durante la crisis política de fin del siglo XIX: la crítica al exceso de idealismo y a la aspiración desmedida, el llamado a aplicarse a cuidar las tierras y vivir cristianamente, como Alonso Quijano, fueron analogías aprovechadas en general por los sectores conservadores, pero, como se vio en la INTRODUCCIÓN..., también se valieron de ellas algunos ideólogos del regeneracionismo para cuestionar los sueños imperialistas y la batalladora vanidad nobiliaria, reclamando la necesidad de progreso y trabajo.

Sobre todo en América, donde los españoles exiliados encuentran su tribuna y su público, el *Quijote* vuelve a convertirse, más agudamente en 1955, en campo

²⁵⁸ Giménez Caballero —importante ideólogo del falangismo y luego del régimen— fue un activo propagandista de la crítica al *Quijote* y al quijotismo. Sus opiniones, continuadoras de las provocadoras ideas de Maeztu, son anteriores a la guerra civil, como lo rastrea y documenta Ursel Schaub, quien recoge citas muy elocuentes, como esta, de un artículo de 1932: «Debe recordar España frente al *Quijote* que don Quijote mató nuestro mito nacional del Cid. Que el Señor de los débiles españoles —don Quijote— venció al Señor de los españoles fuertes. Al Dios de Rodrigo de Vivar» (cit. en Schaub, 2011: 849). O esta otra, en la que propone «desenmascarar definitivamente al *Quijote* como el libro más antinacional, peligroso, inmoral y trágico de España. El libro más desterrable de España. El libro más temible y corrosivo de España. El peor veneno de España. Libro sádico que no termina nunca de estrangularnos y dejarnos morir santamente» (cit. en Schaub, 2011: 849).

de batalla ideológico, símbolo-mito del que quieren apropiarse unos y otros en aras de la justicia o de la universalidad, aprovechando la visibilidad del centenario. En Uruguay, una gran cantidad de firmas célebres adhieren a la convocatoria que, siguiendo la recomendación de la Unesco, fue propiciada por un grupo de intelectuales, a efectos de organizar los festejos por los trescientos cincuenta años del *Quijote*. Rafael Alberti, Atahualpa del Cioppo, Clemente Estable, Alfredo Mario Ferreiro, Bernabé Michelena, Emilio Oribe, Carlos Quijano, Ángel Rama y Alberto Zum Felde son solo algunos de los más destacados que refrendan el comunicado público. Sin excepciones, los convocantes participan de la condena al franquismo y, en un contexto internacional marcado por el acercamiento de España y Estados Unidos, las repercusiones en el panorama político local no se hacen esperar: la prensa es la palestra de las polémicas que tienen a Cervantes y el *Quijote* como eje.

Publicaciones periódicas representantes de todo el espectro político del país anuncian la convocatoria de la Comisión Organizadora, que concentraba sus actividades en Casa de España: concursos de artes plásticas y de ensayos sobre Cervantes, junto con un ciclo de conferencias.

En el concurso de artes, obtuvo el primer premio de pintura un óleo de Pedro Costigliolo y, en grabado, una xilografía de Luis Mazzey.²⁵⁹ Las conferencias trataron sobre variados temas relacionados con Cervantes y el *Quijote*; respecto al panorama de 1947, puede observarse en el 55 un campo crítico más vasto y especializado, aunque, a juzgar solo por los títulos y los pocos trabajos que fueron posteriormente publicados, bastante irregular. Los profesores Evangelio Bonilla y José Pereira Rodríguez disertaron, respectivamente, sobre «El momento cervantino» y «El yantar de don Quijote» (esta última conferencia fue recogida fragmentariamente por el diario *El País*).²⁶⁰ Rodríguez Monegal desarrolló el tema «El *Quijote* y la literatura de su época», que luego publicaría como extenso artículo en *Marcha*. La poeta Selva Márquez habló de «Don Quijote, Cervantes y Gogol», y la exposición del dibujante español exiliado Roberto Gómez se tituló «El ingenioso caricaturista don Miguel de Cervantes Saavedra».²⁶¹

Una caricatura de Roberto, como solía firmar, había ilustrado, a su vez, la página de *Marcha* en que se anunciaron los primeros homenajes. En esta, se representaba a Franco escuchando la radio, mientras se oía: «En el Uruguay se conmemora el 350 aniversario de la publicación del Quijote, del escritor español Miguel de Cervantes Saavedra...». Agregaba Roberto un comentario en boca de

259 El concurso literario, patrocinado por Ediciones Don Quijote, de Paysandú, tuvo dos categorías: a) estudiantes liceales de todo el país y b) profesores y escritores del interior. En la primera de ellas, fue premiado un trabajo de la alumna María Inés Capucho, de Paso de los Toros. En la segunda, el profesor Carlos Estefanell, de la ciudad de Paysandú.

260 PEREIRA RODRÍGUEZ, José, «El yantar de don Quijote», en *El País*, Montevideo, 31 de julio de 1955. En la misma página, el diario publica la «Parábola de Cervantes y del Quijote», de Borges, mencionando como fuente a la revista *Sur*.

261 Luego publicada en el n.º 2 de la revista *La Vélota* de Paysandú, en diciembre de 1955.

Franco: «—Ese Cervantes me suena... Debe ser algún comunista exiliado, de esos que hablan mal de mí».²⁶²

El también español Luis Pérez Infante conferenció sobre «La docencia poética de Cervantes» y «El discurso de don Quijote a los cabreros»; Carlos Quijano, sobre «El feudalismo a través del *Quijote*»; el filósofo Arturo Ardao, sobre «Unamuno y Ortega en la filosofía española», y el eminente lingüista Eugenio Coseriu —radicado entonces en Uruguay— sobre «El lenguaje de Cervantes». Los escritores, por su parte, fueron convocados para comentar algunos capítulos del libro, como Francisco Espínola, que habló sobre «El Caballero del Verde Gabán», Alfredo Gravina y Cipriano S. Viturera, que hablaron sobre «Dos episodios del *Quijote*», y Alfredo Mario Ferreiro, quien trató la «Supuesta niñez y mocedad de don Quijote».²⁶³ En el caso de las conferencias de las que se conserva únicamente el título, solo el de la exposición de García Puertas parece sugerir una lectura más circunstanciada, al estilo de las que se registraban en 1947, tendiente a suscitar la analogía con la situación de la España franquista: «Los trabajos de Cervantes: hambre, censura, cárcel». Sin embargo, aunque las actividades parecen revestidas de un tono erudito o, al menos, especializado, algunas notas de prensa ponen de manifiesto una clara tensión social en el ámbito cultural, que tuvo a Cervantes como campo de batalla.

La extensa nómina de conferencistas y los temas interesan, entonces, para calibrar esa tensión que no se explica por los temas o la falta de competencia de la mayoría de los protagonistas de los actos, sino por las orientaciones ideológicas o político-partidarias de algunos de ellos. Unos sueltos, sin firma, aparecidos en dos de los diarios más leídos de Montevideo, uno de orientación colorada batllista y el otro blanco nacionalista, entre mayo y julio de 1955, registran la temperatura de la época. En el diario *El Día*, una nota titulada «Peligrosa inadvertencia» refiere a la organización de los festejos cervantinos, «empañada por dos circunstancias que habrían pasado inadvertidas a aquellos participantes del ciclo cultural, que no persiguen otra finalidad que la muy digna de estímulo, de recordar y estudiar a aquel príncipe de la lengua» («Peligrosa inadvertencia», 1955).

Las circunstancias que enturbiarían estos propósitos, dignos de la retórica del siglo XIX, que erigía la obra de Cervantes como modelo de la lengua castellana, eran, en primer término, la cooptación de los festejos por

unos cuantos pseudo intelectuales, en su mayoría escritorzuelos militantes del partido comunista, que nada tienen que ver con Cervantes ni con *El Quijote*.

262 *Marcha*, Montevideo, 10 de junio de 1955.

263 No se han publicado estos textos, muchos de los cuales, como el de Ferreiro, suscitan curiosidad por la sorprendente conjunción de título y autor. En el archivo personal de Viturera, se conservó el texto de su conferencia, «El diálogo entre Sancho y Teresa Panza», y las presentaciones de los autores por parte de otros escritores que, a pesar de no tratar de Cervantes, pueden tener interés para conocer mejor a los protagonistas de esa instantánea de la cultura uruguaya. La aproximación de Gravina, «El discurso de don Quijote sobre las armas y las letras», muy marcada por la orientación comunista de su autor, se publicó en el n.º 2 de *Gaceta de Cultura*, en setiembre de 1955.

Su presencia, entre lo más recio de nuestra intelectualidad, no hace sino introducir confusiones lamentables y privar de jerarquía lo que debió ser una elevada expresión del pensamiento nacional («Peligrosa inadvertencia», 1955).

Y, en segundo término, el hecho de que las actividades se llevaran a cabo en Casa de España, lugar que, para el autor de la nota, «los servidores de Moscú convirtieron en un nido de intrigas soviéticas».

En el mes de julio, *El País* recoge una preocupación similar frente a quienes utilizan la figura —«idealista» y «pura»— de don Quijote, «con finalidades extrañas a la misma esencia del quijotismo», llevados por una «pretensión utilitaria». La columna censura también la lista de adherentes, en la que figuran, según el matutino, «intelectuales simpatizantes del anti-quijotismo que se cultiva colectivamente en la URSS» («En un lugar de la Mancha», 1955).

El anónimo autor de la nota destaca que

hace trescientos cincuenta años, [el Caballero de la Triste Figura] salió a campar por el mundo, erguido sobre su rocín flaco y sin otro ánimo que el de conquistar la fama para depositarla humildemente a los pies de la sin par Dulcinea. [Aun así, dice] la humanidad es más proclive a reverenciar el materialismo y silvestre realismo de Sancho Panza, porque secretamente le tiene ojeriza a quienes, como don Quijote, salen a los caminos del idealismo y tras larga batalla logran ínsulas Baratarias para usufructo del escudero socarrón y malicioso, más ambicioso del yantar y del dormir, que de acometer empresas por el bien ajeno y mantenerse en vela frente a follones y malandrines («En un lugar de la Mancha», 1955).

En el contexto de la nota, bien puede entenderse que alusiones tan poco delicadas al materialismo grosero y utilitario depositado en Sancho refieren, en otro orden, a la prédica marxista, a la que implícitamente se ataca por su peligroso y alienante colectivismo. Sancho se transforma, también en este caso, en símbolo, aunque no queda muy claro si lo es en forma genérica del común de los hombres simples que, ajenos al ideal, no ven más allá del interés inmediato y pueden ser manipulados bajo pretexto de progreso, o si alude a las capas bajas de la sociedad o bien a quienes hablan en nombre de la clase obrera, esgrimiendo argumentos materialistas para alcanzar la transformación social.

Como complemento de esta nota, *El País* publica otra también breve, también anónima, con el sugestivo título «De Quijote a Quijote», en la que recoge las opiniones de Dostoievski sobre el libro de Cervantes, con esta introducción:

Dostoievski, el Quijote ruso, el hombre que se batió solo contra el intelectualismo de su época, los marxistas, los pseudo liberales ateos, los científicistas, los que ven en la sola ciencia y en el solo progreso material la solución para todos los males de Rusia y del mundo; el hombre que creía que el pueblo, aunque no esté instruido, está más educado que los intelectuales, puesto que era un cristiano: el intelectual que lo que más odió en su vida fue al anticristiano que creía —o llegaría a creer, si en verdad era profundo— que sin inmortalidad todo estaba permitido... En una palabra, a los Raskolnokoff, los Karamasov, los

Nikolai Stavroguin, publicó en 1877, en su *Diario de un escritor*, un homenaje al otro Quijote, al español, a quien comprendió si no mejor, por lo menos más rápidamente que Unamuno, quizás porque su situación de luchador, solitario y dudoso en la esperanza, tanto se le asemejaba («De Quijote a Quijote», en *El País*, Montevideo, 2 de julio, 1955).

El espíritu de la guerra fría estaba planteado en todos los frentes de expresión colectiva y, a esos efectos, cualquier referencia a Rusia —entonces URSS— venía bien. En 1955, la disputa se había trasladado a la oposición materialismo/espiritualismo, que era una forma encubierta de dirimir entre colectivismo y capitalismo individualista.

Si cabe el matiz, los textos de los homenajes cervantinos de 1947 estaban más afines a la identificación del *Quijote* con el heroísmo noble y frustrado de la República perdida. En 1955, el enfrentamiento era más pragmático y directo: el mito se había politizado a un extremo quizá nunca antes concebido.

Profesionalización de la crítica hacia los años sesenta y una vuelta de tuerca

Las primeras tesis de licenciatura de estudiantes de Letras publicadas por la Facultad de Humanidades y Ciencias estuvieron dedicadas a estudios sobre Cervantes.²⁶⁴ Se trató de los trabajos de Jorge Medina Vidal, «La poesía lírica de Cervantes» (1959), y del español Manuel García Puertas, «Cervantes y la crisis del Renacimiento español» (1962).²⁶⁵ Los objetivos con que se había fundado la Facultad no priorizaban la titulación, ni el cumplimiento de demasiados requisitos formales, aunque, en sus estatutos, estaba previsto otorgar el título de doctor y el diploma de profesor (Monné, 2008). Carlos Vaz Ferreira, su inspirador y primer decano, la proyectó como una institución que fomentara los estudios libres y como alternativa a las carreras profesionales con fines utilitarios, «un lugar donde se estudiara por estudiar» (Vaz Ferreira, 1947a: 17). Por tanto, la mayoría de los estudiantes de las primeras décadas asistieron a sus cursos sin rendir exámenes u obtener título alguno. Esto ocurrió con muchos de los integrantes de la llamada generación del 45, incluso con algunos que luego fueron profesores de la propia institución. Sin embargo, García Puertas y Medina Vidal lograron licenciarse, y, quizás por esa excepcionalidad, se haya considerado conveniente la publicación de los primeros trabajos. No sabemos qué proceso formal cumplieron esas

264 La Revista de la Facultad había publicado ya otros trabajos sobre Cervantes, como es el caso de un artículo del ya mencionado Carlos Sabat Ercasty, suscitado por el centenario del 47 (Sabat Ercasty, 1948).

265 García Puertas ya tenía una trayectoria en el medio cultural uruguayo como especialista en literatura española. De hecho, el Ministerio de Instrucción Pública había publicado en Montevideo en 1954 su obra *Humanidad y humanismo en Fernando de Herrera, el divino*. Además de esto, el destaque que reviste su presencia en conferencias y actos públicos en las celebraciones cervantinas de 1955 ayudaría a corroborar un reconocimiento público a esa trayectoria.

investigaciones, la forma en que se elegían los temas ni bajo qué tipo de tutorías se elaboraban. De todos modos, hay que admitir que, a partir de estas fechas, cuando empiezan a hacerse notorios los frutos de la institucionalización de los estudios literarios en el país, empieza también a registrarse la coincidencia de una serie de estudios de corte más riguroso sobre la obra de Cervantes, lo que podría juzgarse como promesa de un cervantismo local. Si esa línea de crecimiento hubiera continuado en esa progresión inicial, probablemente no serían necesarias tantas conjeturas, pero no fue así.

Es verdad que muchos de los estudios sobre Cervantes en ocasión de los centenarios fueron aproximaciones de idóneos o estudiosos de otras áreas que se acercaron a Cervantes desde su disciplina, fuera cual fuera. Otros fueron estudios de tipo más general, como ya se ha comentado en más de una oportunidad (para el caso, son ilustrativos los espacios dedicados a Cervantes en la *Revista Nacional* y el ciclo de conferencias brindado por el Instituto de Estudios Superiores).²⁶⁶

Un paso intermedio en el trayecto hacia la especialización de los estudios literarios lo constituyen las tesis de licenciatura que mencionamos. Ningún comentario sobre la inmadurez y el desamparo del área en el país puede ser más elocuente (y despiadado) que el de Juan Bautista Avalle-Arce en una reseña para la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, del Colegio de México, en la que se dedica a esas dos tesis publicadas por la Facultad de Humanidades y Ciencias de Montevideo.

Respecto al libro de García Puertas, Avalle-Arce opina que el problema que se planteó el autor es demasiado vasto y complejo, al punto que «causa vértigo por su profundidad y dimensiones. Ni el más pintado, creo yo, podría salir airoso en el tratamiento» (Avalle-Arce, 1965: 158). Por tanto,

es solo natural que una tesis de licenciatura que se aboque a tan vertiginoso panorama sufra de mareo ideológico. [...] Dejemos de lado, pues, el problema de la crisis del Renacimiento español y pasemos a lo que tiene que decir García Puertas sobre Cervantes con relación a esa crisis. Aquí el autor no se halla tan a la intemperie, pues se resguarda tras varias obras consagradas, en particular la de Américo Castro. No hay, en consecuencia, mayor originalidad [...] en la tesis del autor, si es que la reconstruyo bien, pues no hallo su expresión íntegra por ningún lado. [...] Pero lo seriamente grave de este trabajo es que las conclusiones citadas están mucho mejor demostradas y escritas en otras obras anteriores (Avalle-Arce, 1965: 199).

Respecto al trabajo de Medina Vidal, el mismo cervantista argentino —que con 38 años ya había publicado por entonces *Conocimiento y vida en Cervantes* (1959) y *Deslindes cervantinos* (1961)— es bastante más drástico. Opina que «debe ser condenado a la hoguera, sin expurgos ni paliativos de ningún tipo» (Avalle-Arce, 1965: 158). Las objeciones son más serias y más profundas que las interpuestas a García Puertas, de quien señala la simplificación y la falta de

266 La *Revista Nacional* dedicó páginas a trabajos sobre Cervantes en sus números de 1947 y 1948.

originalidad y con cuyas ideas sobre la heterodoxia religiosa, además, no comulga. De la segunda tesis opina que «demuestra un total desconocimiento de la continuidad temática que va desde los trovadores provenzales hasta, por lo menos, el ocaso del Renacimiento». Y más aún, afirma que «el más leve contacto con la teoría del amor en occidente habría evitado trazar superfluos paralelos entre poemas cuajados de los más rancios tópicos, que para la época de Cervantes tenían más de cuatro siglos de vigencia» (Avalle-Arce, 1965: 159). El crítico hace notar la profundidad de la ignorancia y desorientación del trabajo de Medina al transcribir un párrafo, agregando que «cualquier comentario sería ensañamiento»: «Estos dos ejemplos tienen un interés muy relativo al repetir el tema italianizante de las armas de amor, que también aparece en Gutierre de Cetina, Gregorio Silvestre, José Manuel Bleuca, Herrera, etc.» (Avalle-Arce, 1965):²⁶⁷

El señalamiento de las paupérrimas condiciones en que se encontraban los estudios académicos hispánicos en Uruguay puede inferirse en el último párrafo de la reseña de Avalle-Arce:

La función más atendible y loable de toda reseña es el diálogo simulado que se entabla con su autor y obra a criticar, a fines de auscultar el pulso de nuestra disciplina en diversos círculos, escuelas o países. Y las dos obras que me han tocado en suerte comentar niegan la posibilidad al diálogo [...]. Y esto me lleva a preguntar: ¿por qué la Universidad de la República ha visto conveniente publicar estas dos obras, muy en particular la segunda? Creo yo que es hora de que el honesto desempeño de nuestras disciplinas se deshaga de los vanidosos pruritos personales, sociales o nacionales que permiten se publiquen obras como la última reseñada. Solo puede redundar en beneficio de todos (Avalle-Arce, 1965: 200).

Lo único que puede agregarse a estos desoladores comentarios es la comparación que las opiniones de Avalle-Arce suscitan entre las posibilidades formativas y laborales de Jorge Medina Vidal en Montevideo, quien tenía, más o menos, su misma edad, y las condiciones de su propia formación, iniciada en Buenos Aires junto a Amado Alonso y continuada en Harvard, también bajo su magisterio. El Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires había sido fundado en 1923, a instancias del entonces decano Ricardo Rojas, y Américo Castro había sido su primer director. A su vez, Amado Alonso lo había dirigido por veinte años y había formado para entonces, por lo menos, una generación de críticos y filólogos (Barrenechea, 1998). Estas referencias alcanzan para medir, por contraste, el retraso de la institucionalización universitaria en el tan cercano pero casi inexistente ámbito literario uruguayo, cuando en 1960 la producción de tesis de licenciatura se estaba apenas iniciando y los resultados eran los referidos antes. La Universidad de Buenos

²⁶⁷ Creo que es posible considerar que la grotesca y escolar inclusión de José Manuel Bleuca en esta serie pudiera tratarse de una errata, en tanto Bleuca fue responsable de una edición de la poesía de Fernando de Herrera (1948), además de la edición del *Cancionero* de 1628 y de varias antologías de poesía española tradicional, pero esto no pasa de ser una conjetura ni objetiva la necesidad del señalamiento de Avalle-Arce.

Aires había contratado profesores españoles especialmente para la capacitación de las siguientes generaciones que se harían cargo de los estudios hispánicos. Los pocos profesores extranjeros que dictaron clases en Montevideo lo fueron, décadas después, porque casualmente recalaron en la ciudad a causa de la guerra u otros exilios y no a causa de una planificación generosa de ningún individuo, grupo o institución.

Sin embargo, en los años sesenta y setenta, al amparo, entre otras cosas, del enorme crecimiento de la enseñanza secundaria y de su cuerpo profesoral, aparecen los primeros indicios de cervantismo, concentrado en tres figuras: Guido Castillo (1922-2010), Cecilio Peña (1925-2000) y una generación más tarde, Jorge Albistur (1940).

Si hubiera que arriesgar una hipótesis que justificara ese crecimiento del estudio de la literatura española en el país, esta apuntaría al magisterio de José Bergamín o, más bien, a su seductor ejercicio de la docencia en la Facultad de Humanidades. Bergamín se radicó en Montevideo una vez que, gracias a gestiones de amigos, entre ellos Rafael Alberti, obtuvo un contrato como profesor en esta Facultad. Vivió en Uruguay entre 1947 y 1954, por lo que formó a más de una generación de estudiantes en literatura española. Además del recuerdo de sus clases, sobre todo de su estilo personal, los que fueron sus alumnos recordaron siempre el magisterio ejercido luego en el café o en las tertulias interminables en su propia casa (Rama, 1972). Lo cierto es que, probablemente, el influjo de Bergamín deba reconocerse en los fundamentales estudios becquerianos de José Pedro Díaz, quien fue su alumno.²⁶⁸

Es indudable que Bergamín fue un gran conocedor de la literatura española. Y si fuera necesario señalarlo, su interés por Cervantes en particular se evidencia, ante todo, en su producción teatral, llena de marcas cervantinas, como bien lo ha demostrado Teresa Santa María.²⁶⁹ Asimismo, cuando llegó a Uruguay, ya había publicado un libro en México, en 1941 —*El pozo de la angustia*—, en el que recogía dos ensayos de tema cervantino: «Sancho Panza en el purgatorio» y «Como sobre ascuas». También en México fundó la revista *El pasajero* (1943-1944), con una sección que servía para interrogarse sobre la identificación de don Quijote con lo español y el sentido del exilio de los republicanos del otro lado del Atlántico (Cabañas Bravo, 2014: 421-422). En 1950, publicó un artículo sobre Cervantes y una novela que ampliaba una conferencia dictada en la Universidad.²⁷⁰ A su vez, en 1954, daría a conocer, como separata de la revista

268 Me refiero al fundamental aporte de: DÍAZ, José Pedro, *Gustavo Adolfo Bécquer: vida y poesía*, Madrid: Gredos, 1962.

269 SANTA MARÍA FERNÁNDEZ, María Teresa, *El teatro en el exilio de José Bergamín* [EN LÍNEA], Universitat Autòma de Barcelona, febrero de 2001. Disponible en: <<http://ddd.uab.cat/pub/tesis/2001/tdx-0327107-160203/mtsmf1de1.pdf>>.

270 Véase Bergamín, 1950: 27-42.

de la Facultad de Humanidades y Ciencias, *Fronteras infernales de la poesía: Shakespeare, Cervantes, y Quevedo*.²⁷¹

Respecto a sus antecedentes académicos o profesoriales, basta tomar en cuenta la opinión de Montero Reguera cuando repasa los nombres de la generación del 27 vinculados al cervantismo para abrir un paréntesis de duda acerca de su posible rigor académico o método docente en ese sentido:

Catedráticos formados en la escuela filológica española fueron Pedro Salinas, Jorge Guillén, Dámaso Alonso, Gerardo Diego. Los demás son poetas, ensayistas, mas no filólogos de profesión; eso no impide que se acerquen igualmente al *Quijote*, desde perspectivas muy distintas: más técnicamente, Francisco Ayala; filosóficamente, María Zambrano; desde una perspectiva extraordinariamente personal, José Bergamín (Montero Reguera, 2001: 212).

Guido Castillo fue alumno y colaborador cercano de Bergamín; Domingo Bordoli y Cecilio Peña asistieron a sus cursos en Humanidades. Los dos primeros dictaron luego, a su vez, clases en el Instituto de Profesores Artigas, aunque Bordoli más orientado hacia la literatura clásica. Además de la admiración personal, los dos últimos compartían con el maestro (o conservaron gracias a él) un cristianismo asistemático, un poco romántico y sui géneris, de signo humanitario, compasivo y progresista, poco frecuente en Uruguay y más en aquellos años de posiciones radicales. El cervantismo de este grupo, vinculado a la revista *Asir*, está teñido de esa impronta.²⁷²

Dentro del marco que señalamos, Bordoli le dedicó al *Quijote* tres capítulos de su libro *Los clásicos y nosotros*.²⁷³ Pero, quizás, su obra cervantina más importante fue inocular el interés por Cervantes en sus discípulos, sobre todo cuando uno de ellos, Jorge Albistur, se iba a destacar tanto en el área. Guido Castillo, por su parte, fue un gran conocedor de poesía en general y de los clásicos españoles en particular, y dejó dos estudios de carácter didáctico: uno sobre Garcilaso y otro llamado *Notas sobre el Quijote*, que, mediante un método de comentario básicamente temático, cercano a la estilística (y que mucho le debe a las lecturas de Azorín, además, como es obvio, de a las de Américo Castro, Francisco Márquez Villanueva, Salvador de Madariaga), formó a generaciones de estudiantes de secundaria en Uruguay (Abella, 2001).

Cecilio Peña, en cambio, no dictó clases en la educación superior. Cursó estudios en el Instituto de Profesores Artigas y se dedicó a la enseñanza en educación secundaria. Gran conocedor de la obra de Cervantes, publicó estudios generales (*Cervantes*, 1973) y particulares sobre su obra (*Hacia el sentido del Persiles*, 1988, donde explora algunas de sus significaciones simbólicas

271 Bergamín, 1954.

272 Preparé un artículo en el que abordo *Notas sobre el Quijote*, de Guido Castillo, sus fuentes, su encuadre crítico y sus aportes para un dossier sobre el Quijote convocado por la Revista *Cuadernos del Sur* de Bahía Blanca (en prensa).

273 Se trata de «El humorismo de buen corazón. Cervantes», «La madurez» y «Nuestras circunstancias: Hamlet, don Quijote, Zorrilla» (Bordoli, 1965).

en clave religiosa), además de preparar ediciones de algunas *Novelas ejemplares* (*Rinconete y Cortadillo*, *La ilustre fregona* y *La gitanilla*).²⁷⁴ A propósito, la importante presencia de Cervantes en los programas de literatura de secundaria, correspondientes al plan de estudios implantado en 1976, motivó varias ediciones de obras breves con introducción y notas para estudiantes, que realizaron Peña y Albistur. Este fenómeno podría no ser relevante en otro panorama, pero debe señalarse en un país que se caracterizó por la casi inexistencia de ediciones nacionales de la obra de Cervantes (véase la bibliografía).²⁷⁵

La mejor forma de cerrar el balance de este período es reseñando la contribución de Jorge Albistur, quien se dedicó de forma sostenida y sistemática a la literatura española y, en particular, a Cervantes. Ya en 1968, publicó *El teatro de Cervantes y Leyendo el Quijote*, y, en 1976, *La ejemplaridad en las ejemplares*, además de editar, en 1972, una selección de capítulos del *Quijote* para estudiantes.

Albistur, formado en las lecturas noventayochistas, admirador en particular de Azorín y Baroja, se acerca a la novela de Cervantes procurando «leer fielmente a Cervantes, sin recurrir a las habituales interpretaciones simbólicas, que aparecen al fin como subterfugios; busca escuchar a Cervantes sin hacerle decir lo que no dijo» (Albistur, [1968] 1974: 8). En varias oportunidades, Albistur objeta, por ejemplo, las lecturas abusivas propias de Unamuno, quien lee «un *Quijote* sin Cervantes», pero también las que hacen del personaje «un símbolo o un mito» (Albistur, 1974: 10). Su objetivo, por el contrario, es

acercarse al personaje tal como lo creyó el novelista, aunque este sea un bosquejo del que hoy —enriquecido y complicado hasta el infinito— motiva las más variadas reflexiones. Sin duda se ha de infiltrar a cada paso este segundo *Quijote*, para arrojar su sombra inmensa sobre el primero y exclusivamente cervantino (Albistur, 1974: 10).

El lugar elegido para el comentario de textos es más cercano al de Pedro Salinas, a quien Albistur cita en varias oportunidades, y en alguna también menciona las críticas de Cernuda a los abusos cometidos contra Cervantes, relativas a que cada crítico ha encontrado en el *Quijote* lo que su capricho le ha dictado.

274 Preparé un capítulo, «Cecilio Peña (1925-2000): el último Cervantes y el incipiente cervantismo uruguayo», para el libro colectivo *Cervantes y América Latina: ensayos sobre la interpretación latinoamericana del autor alcalaíno*, que coordinaron Alberto Rodríguez, María Stoopon y Jorge R. G. Sagastume (Dickinson College), (en prensa).

275 El llamado Plan 76 proponía, en el primer curso de Literatura (tercer año de secundaria), el análisis y comentario de una de las *Novelas ejemplares* o un entremés; en el segundo curso (cuarto año liceal), el estudio de la primera parte del *Quijote*, y, en el tercer curso (quinto año de enseñanza secundaria), el estudio de la segunda parte del *Quijote*. Entre 1960 y 1980, aproximadamente, se produjo una enorme cantidad de librillos destinados a estudiantes y profesores de secundaria, de muy irregular extensión y calidad (ediciones de la Casa del Estudiante, Editorial Técnica y Fondo de Cultura Universitaria). Debe señalarse que la existencia de espacios de publicación y la demanda de un público real también ayudó a la consolidación de cierta especialización. En la década de los setenta, la editorial Banda Oriental editó varias obras breves de Cervantes, preparadas con prólogos y notas para los estudiantes de secundaria.

Albistur abordará un comentario a partir del texto, integrando a asimilando el contexto histórico, a efectos de proponer una interpretación en cierta forma personal, una «toma de posición» frente al texto.

Aun así, la lectura de Albistur, por una parte, da bastante importancia a aspectos que privilegiaron las lecturas románticas del *Quijote*, en el sentido en que las ha estudiado Close. Así ocurre con la importancia de la personalidad de Alonso Quijano que puede inferirse de la protohistoria, así como la misma perspectiva con relación a Aldonza Lorenzo, y el concepto de heroísmo vinculado a la condición de «soñador» (Close, 2005).

Un ejemplo de cómo se infiltra —para usar su mismo verbo— esa concepción aparece en este fragmento del prólogo:

¿Cuál es la responsabilidad de Cervantes ante esta dimensión de su criatura novelesca? ¿Hasta dónde le cabe a él, y a su corta intención de atacar una literatura a la moda, el mérito de haber puesto a caballo sobre Rocinante al ideal, el sueño, la fe, la locura necia a los ojos del hombre, pero sabia a los ojos de Dios? No tuvo, sin duda, conciencia cabal de tales alcances y lejos de su personaje. Es la humanidad quien ha visto todo esto [...]. Nietzsche ha expresado este fenómeno de creación colectiva. Al *Quijote*, ha dicho, no lo escribió Cervantes; lo hemos escrito nosotros. Occidente se mira en este libro y cada cual ve reproducido allí lo que lleva en el corazón. La mayor gloria de Cervantes consiste en haber adivinado o intuido a este ser de alma una y múltiple, capaz de contener lo que media humanidad quisiera decir de sí misma (Albistur, 1974: 10).

Por otra parte, es una lectura cristiana confesa, que busca, a partir del *Quijote*, respuestas a las preguntas humanas universales, tomando partido por la cordura serena de Alonso Quijano, reconfortado al fin por la piedad religiosa y el ideal ascético de la moderación. En una línea crítica de inspiración azoriniana, explora los últimos días de Cervantes, quien también halla el único consuelo en la fe. Pero no resulta accesorio detenerse en las páginas que agrega Albistur en la segunda edición de 1974.

Como se dijo, la crítica no es un ejercicio aséptico, que pueda hacerse al margen de la historia. Entre 1968 y 1974, en Uruguay, había corrido mucha agua, sobre todo a partir del surgimiento del movimiento tupamaro y la consiguiente represión (estado de sitio, suspensión de las garantías constitucionales, golpe de Estado de los militares y disolución del parlamento en 1973). Así lo sugiere el propio Albistur en un nuevo epílogo a la segunda edición: «Días vendrán en que podrá valorarse con justicia cuánto el país y el mundo han cambiado en estos siete años» (Albistur, 1974: 153). También su perspectiva y su lectura de Cervantes han cambiado y siente el peso de unas circunstancias que, en la primera edición, se entendían como ajenas a la obra. Ahora, debe leerse a Cervantes considerando más su relación con el contexto histórico, «influido por determinantes sociales, manifestándose a propósito de ellas y hasta polemizando, tal vez veladamente». La relectura del *Quijote* «despierta reflexiones linderas con algunas inquietudes actuales» (Albistur, 1974: 153-154). Las nuevas

perspectivas que ingresan en el discurso crítico para relativizar algunos asertos anteriores no están ajenas a las lecturas de Arnold Hauser, a su interpretación del *Quijote* como obra manierista y a su concepto del antihéroe como producto de la alienación que el reciente capitalismo producía en el sujeto. Albistur releo el *Quijote* y percibe un «mundo en movimiento», una sucesión de desplazamientos en la que la aspiración de medrar es, más crudamente, una forma de resolver la miseria. En las actitudes de los muchos personajes que se trasladan y se transforman a sí mismos, a veces en forma sonámbula, descubre la repetición del núcleo más férreo de la novela: la búsqueda de una «ilusoria liberación» (Albistur, 1974: 157).

Esta vez, el estudioso de Cervantes se pregunta si hay una «ideología» coherente en Cervantes, y solo puede concluir con prudencia que no debe leerse la obra como una representación cabal de los ideales contrarreformistas, pues antes bien es necesario aceptar en ella una apertura a la heterodoxia y una seducción por la doctrina «suave» y «moderada» de Erasmo (Albistur, 1974: 158).

Frente a la conmoción que despierta el punto de vista de Hauser, quien llega a proponer la misma enfermedad mental como un producto de las frustraciones que impone el medio social, Albistur accede a sintetizar el impulso de don Quijote como un «idealismo impuro», que contiene, a la vez, narcisismo y generosidad. La otra gran conmoción permea el texto desde el contexto, y la lectura del *Quijote* se vuelve también, necesariamente, críticamente, una lectura del presente en que se inscribe la palabra crítica. Quién sabe si al emitir el juicio difícil de idealista impuro, para quien quiso salvar a los galeotes «sin pensar demasiado si ellos lo merecen», no pensaría Albistur en el mesianismo revolucionario que se alzaba —y se esgrimía— por esos mismos días, contra una crueldad como la que enfrentó don Quijote, que él estima «todavía actual»:

También en nuestros tiempos don Quijote, la víctima de esa crueldad [...] y el paladín más formidable contra este gigantesco molino de viento, vive hoy en muchos hombres. Nuestro primer epílogo, de hace unos años, terminaba con la mirada puesta en la otra vida. Los mismos sentimientos que entonces nos llevaban a mirar hacia lo alto, nos obligan a mirar en torno nuestro, a nuestro propio mundo (Albistur, 1974: 171).

El propio autor revisa su aproximación anterior, en la que nada importaba la sensibilidad social o política de Cervantes y se concluía que pocas obras pueden estar ajenas a lo que ocurre en su tiempo: «Son épocas felices, decía Valle Inclán, las épocas capaces de olvidar su destino histórico [—y no era la época de Cervantes—,] de las nacidas sin preocupación sobre sí mismas» (Albistur, 1974: 154).

Tampoco aquella fue de esas épocas en que le tocó a Albistur escribir este segundo epílogo. Como se ha visto en este capítulo y en los anteriores, algunos momentos de la historia fuerzan el ingreso más violento de los contextos en la creación y en el ejercicio crítico. Sirva este caso, que opera como vuelta de tuerca que obliga a la reaparición de la lectura circunstanciada, como último ejemplo

de la permanente mutación de la mirada y de la interpretación en tensión dialéctica con las presiones sociales.

Puede concluirse, visto en conjunto el repaso de fechas que se ha hecho en estos últimos capítulos, que cada una de las encrucijadas que se eligieron para recuperar el uso del *Quijote* como símbolo no corresponden, precisamente, a épocas felices. «En todas las fases de mi vida me acosaron los espectros del escuálido hidalgo y de su panzudo escudero, señaladamente cuando en el cruce de un camino me detuve indeciso», escribió Heine (cit. en Icaza, 1918: 161). Como se ha intentado mostrar, también las obras literarias son más expoliadas por la crítica en «los cruces de caminos», y la suerte del *Quijote* ha sido más polémica y productiva en su capacidad de interpelar la sociedad en las épocas de encrucijadas más agudas.

En 1947, probablemente atento al panorama crítico y a los intertextos sugeridos por las lecturas extrínsecas a la obra, Borges había escrito en un artículo para la revista *Realidad*:

Ciertamente, no hay cosa alguna que no pueda convertirse en un símbolo [...]; en tal sentido, también lo serán Sancho y Quijote, hechos de palabras entrelazadas, vale decir, de símbolos. Mi propósito no es controvertir esa mágica afirmación; lo que niego es la hipótesis monstruosa de que esos españoles, amigos nuestros, no sean gente de este mundo sino las dos mitades de un alma (Borges, 1947: 235).

Borges estaba objetando una forma de leer el *Quijote* que se había momificado desde el Romanticismo. Persistente en su esfuerzo iconoclasta, desarmaba la visión idealista de los personajes que trascendía su condición literaria, al fin nominativa, para convertirlos en símbolos de la naturaleza humana. Jugando con los conceptos, dejaba caer la posibilidad de una existencia más concreta de «esos españoles, amigos nuestros», a la vez que advertía sobre la arbitrariedad última de cualquier signo. Quizá el propósito en realidad combatiente con que Borges participó del homenaje del momento fuera devolverle a la novela de Cervantes la frescura y el espesor novelesco que había ido perdiendo a través de siglos de interpretaciones, cuando no se tratara de un guiño irónico respecto a las afirmaciones de Unamuno, quien había considerado que don Quijote y Sancho eran tan o más reales que Cervantes.²⁷⁶

Ya se ha dicho que la cuestión del exceso de interpretaciones y simbolismos que arrastraba la novela no era nueva y había sido advertida con preocupación por Alfonso Reyes en el centenario de 1916:

La mejor manera de honrar al autor del *Quijote* es no aumentar la secta de cervantistas, sino acrecer el número de los lectores de Cervantes. Los exégetas febriles que le han salido al libro quieren hacernos de él un tratado de metafísica hegeliana (Reyes, 1948: 128).

276 Sobre la ambigua relación intelectual que unió a Borges con Unamuno, volveremos en el capítulo «Huellas de Cervantes en ficciones conjeturales, testimonio y novela» de LA RECEPCIÓN DEL *QUIJOTE* EN LA FICCIÓN.

Como se vio en los primeros capítulos, las lecturas americanas que se hicieron del *Quijote* en la primera mitad del siglo xx permiten ver a las claras la deuda con la perspectiva romántica idealista y, además, trascendente, que transformó la valoración occidental del libro. Simultáneamente, prosperaron las apropiaciones míticas, en particular las que pueden agruparse en la categoría del «cervantismo extrínseco» que Carlos María Gutiérrez particularizó como «hermenéutico simbólico» (Gutiérrez, 1999: 113) y que habían surgido en España desde el último tercio del siglo xix, para alcanzar su ápice en los entornos de 1898 y 1905 (Varela Olea, 2003; Storm, 2001 y 2008). Estas posibilidades fueron más lejos que nunca en su mecanización simbólica cuando las circunstancias históricas y políticas se hicieron más complejas, como había ocurrido puntualmente en el entresiglo anterior y volvía a ocurrir, aunque en un escenario diferente (que enfrentaba a bandos también diferentes), en el centenario de 1947. Entonces, la metafísica se transformó en operativo de propaganda circunstancial.

En Uruguay, como en España y en el resto de América, los acercamientos críticos al *Quijote* se multiplicaron en el siglo xx desde las más variadas perspectivas, aunque, quizá —y sobre todo durante la primera mitad—, predominaron las efusiones impresionistas que no podían ir más allá de su condición canónica que lo proponían como modelo de lengua culta y de virtudes morales. La oportunidad de los centenarios fue cuando se concentró una forma de resurgimiento del mito quijotesco que, siguiendo la línea de la tradición idealista, se aprovecharía con un nuevo sentido político, funcional a las circunstancias del momento.

Parte IV

LA RECEPCIÓN DEL *QUIJOTE*
EN LA FICCIÓN

Huellas de Cervantes en ficciones conjeturales, testimonio y novela

*Más que reconstrucciones de filólogos,
más que modelizaciones provisoriamente rigurosas,
más que la mediación de hermeneutas recepcionistas,
creo que la lectura es una suposición —esa es la hipó-
tesis— porque o bien todo es repetición [...],
o bien, nada es repetición, ya que el río pasa
y el hombre tampoco queda, o la misma repetición
es diferente.*

Lisa Block De Behar, *Al margen de Borges*²⁷⁷

Nicolás Rosa ha observado algunas derivaciones inquietantes de la proliferación de continuaciones de las aventuras de don Quijote a cargo de otros autores. Para empezar, señala que

la constitución de una serialidad de predecesores y sucesores fue elaborada fuertemente por escrituras relevantes en la propia historia de la literatura [, como Cervantes o Borges], e incluso sus imitadores, en esto que llamamos hoy metarrelato y, con mayor exigencia, metaficción. La escritura genera en su organización la propia historia de su producción (Rosa, 2006: 141).

Esta tradición nos enfrenta a la existencia de un personaje de nombre don Quijote que, sin embargo, registra «variaciones en su mundo ficcional» al ser retomado por otros escritores que no son Cervantes, al punto de no poder determinarse con certeza a quién designa y de tener que aceptar que el mismo nombre se atribuye a personajes de diferentes autores.²⁷⁸ Y, a su vez, el «realismo paradójal» de Cervantes nos lleva a otras cuestiones que no son ajenas a la existencia de *continuaciones* y a los inestables estatutos de legitimidades que pone en evidencia el «Pierre Menard, autor del *Quijote*» de Borges (incluido en *Ficciones*, 1944):

¿Qué pasa con el Nombre del *Quijote* de un autor ficticio creado por un autor real pero sosias de un escritor ficticio? Si aceptamos la noción de «mundo» como metafísica ontológica de la ficción, la obra de Cervantes como la de Borges son el fundamento crítico de la inestabilidad del concepto de verdad discursiva: si la verdad referencial es objetable, si la verdad del discurso es inestable, si la verdad del sujeto que soporta la ficción es siempre infiel, los

²⁷⁷ Block de Behar, 1987.

²⁷⁸ Algunas ficciones contrafácticas o continuaciones de las aventuras de don Quijote podrían modificar ligeramente el nombre aun remitiendo al de Cervantes como original, pero, en la mayoría de los casos, este se retoma sin problematizar la *diferencia*.

«mundos posibles» son reemplazados por «mundos erráticos», donde el valor de verdad que legitima al mundo es doble y engendra la suspicacia de la mentira que se hace pasar por verdad [...]. El universo del *Quijote* se organiza a partir de un fundamento diferente del nuestro, el de la locura, pero también y por eso, como mundos traducidos de otros mundos [...]. El *Quijote* es un mundo pensado por otros mundos y por ende es revocable el nombre del autor Cervantes, de la misma manera que el «plagio» —la falsificación— de Avellaneda, al reafirmar el contenido de la obra, obliga al autor Cervantes a afirmar sus derechos de creación y simultáneamente sus derechos de autor. El «semblante» de la verdad, y aquí semblante quiere decir el parecer-aparecer de la verdad, que como dice la doxa tiene dos caras, es el hacer parecido. [...] El *Quijote* de Avellaneda no es la copia, ni el facsímil, es una nueva aparición del semblante substancial del *Quijote*, reniega del valor jurídico de la falsificación como antecesor del *Quijote* de Pierre Menard, [...] recubre y exalta al *Quijote* y lo exonera de cualquier valor legislativo. La única ley evidente de prioridad es la que antecede a los que marcarán la sucesión (Rosa, 2006: 142-143).

Estas advertencias de Rosa servirán de marco para considerar las ficciones conjeturales sobre los destinos del libro o las vicisitudes del autor, así como las *continuaciones quijoteriles*, especialmente en los casos en que estas aprovechan la inestabilidad autorial como estrategia de inscripción escritural e, incluso, como motivación, excusa o fundamentación (convenciones recurrentes aun cuando la ficción se exima de estas categorías y, por supuesto, pueda prescindir de ellas). Es posible, asimismo, pensar en la ficción contrafáctica posterior y la continuación *espuria* como una condición dada por la *organización* misma de la obra cervantina que, desestabilizando las nociones de verdad y falsedad, autoría, traducción, fuente y falsificación, paternidad y bastardía, habilita e invita, implícitamente, a estos ejercicios.

Ya hemos considerado el breve relato uruguayo de Vicente Basso Maglio, «El vuelo de don Quijote», que funcionó como epílogo de *Don Quijote fusilado* (1939), en el que se recreaban nuevas apariciones del personaje cervantino, esa vez insertas en el contexto de la guerra civil española (capítulo 3). Pero hemos encontrado, por lo menos, dos relatos anteriores, uno de ellos, «Don Quijote en la Argentina», firmado por Tristán Gulliver y publicado en una revista montevideana en 1912.²⁷⁹ El segundo relato de este tipo es de 1927 y aparece firmado por Carlos Bosque, aunque ambientado y escrito en Buenos Aires, según consta al pie.²⁸⁰

En el primer caso, el relato se publica en una revista dirigida por Orestes Aquarone, quien había sido dibujante de la ya mencionada revista bonaerense

279 Véase Gulliver, 1912. María Bedrossian me ha facilitado el dato de este breve relato, durante la investigación del proyecto I + D, de CSIC, «El *Quijote* como ícono cultural: sus repercusiones en el imaginario uruguayo, su lugar en la construcción de la identidad nacional» proyecto que orienté y dirigí entre 2015 y 2016.

280 No disponemos de ningún dato sobre el autor. Un Carlos Bosque, a quien se lo ubica también en Buenos Aires, firma trece textos publicados en la revista rioplatense *Caras y Caretas*, entre 1903 y 1905 (véase Rogers, 2007).

Don Quijote y de la uruguaya *Rojo y Negro*. La breve ficción narra las ocurrencias de un don Quijote «revivido» o «resucitado», que busca a Sancho para una nueva salida en tierras americanas, principalmente interesado en conocer Argentina, «rival de Jauja» y «protectora de infelices, a despecho de malandrines y encantadores», ya que se encuentra alcanzado por «la ola de civilización, el frenesí patriótico que venía allende los mares». El narrador apunta a que «tal rumor, exacerbado hasta lo inconcebible, conmovió la lápida de don Quijote» y lo relanzó a sus aventuras. Sancho vive tranquilamente en su aldea, aunque aggiornado a modas contemporáneas —juega al fútbol, ha evolucionado al punto de conocer el derecho de huelga. Al principio, se resiste un poco, alegando que en esas tierras no hay encantadores, sino solo «trigo en abundancia y carne congelada», pero termina convencido de emprender la nueva aventura de conocer «algo superior», que don Quijote «creía realizado en ese país» (Gulliver, 1912: 34).

Si desde Avellaneda en adelante el *Quijote* ha suscitado especialmente continuaciones y versiones, también el destino del libro ha generado nuevas ficciones, y en América fundamentalmente, la especulación conjetural sobre la llegada de las primeras ediciones al continente. Esto ocurre, por lo menos, desde el relato de Ricardo Palma, «El primer ejemplar del *Quijote*», que integró las *Tradiciones peruanas* (1889-1908), hasta el cuento de Manuel Mujica Láinez, «El libro 1605», de *Misteriosa Buenos Aires* (1951) (Mujica Láinez, 2004: 38-42), y con seguridad puedan encontrarse múltiples ejemplos de rastreo ficcional de la llegada de estos primeros volúmenes del libro de Cervantes. Bosque sigue ese patrón ficcional. Más de veinte años antes que Mujica Láinez, crea un relato conjetural acerca de las consecuencias de la llegada de la primera edición del *Quijote* a Buenos Aires. Su relato, «Don Quijote en Sudamérica» se vale, además, de otros recursos cervantinos para enmarcar su historia, lo que nos pone tras la pista sugerida por Nicolás Rosa. Uno de ellos es el tópico del manuscrito hallado que, aunque es de origen tradicional, formatea el *Quijote*, como es sabido, dándole un giro moderno e irreverente que sobrepasa la búsqueda de ambigüedad entre ficción e historia propias de los libros de caballerías, a la vez que enrarece la paternidad de la obra.

El narrador elegido por Bosque también pone de manifiesto una distancia con el material narrado que no alcanza para dilucidar el punto en que afecta su veracidad; la existencia de una fuente la confirmaría, a la vez que aleja el hecho de sus testigos o protagonistas, lo que se hace explícito en el comienzo del cuento:

Si se ha de creer lo que dicen unos antiguos papeles llegados a nuestro poder, el primer ejemplar de la célebre obra de Miguel de Cervantes produjo en las márgenes del Río de la Plata los más terribles efectos. Fue causa de que quedara «biuda», como en las crónicas de la época se escribe, la muy donosa señora doña Leonor Cervantes de Bracamonte, porque el muy alto señor de Bracamonte prefirió desaparecer del mundo de los vivos a seguir sufriendo los sofocones que le daba diariamente su consorte (Bosque, 1927: 167).

Orgullosa hasta aquel momento del sonoro apellido de su esposo, tan pronto como el barco de Juan Carlos llegó allá por los años de 1612 con la «copia primera», como en los papeles a que he aludido se la llama, del inmortal don Quijote de la Mancha, empezó la buena señora, sea o no sea con motivo, a contar a todos los porteños que el Miguel de Cervantes, autor del libro, era primo suyo, pues procedía ella de aquellos Lioneles de Cervantes que, allá por 1540, pasaron a Nueva España, no por ser ningún sabio el medio sordo oidor, sino por contar con siete incansables hijas, las que podían servir en Indias como soberbios ejemplares para la propagación de la especie (Bosque, 1927: 127).

Por una parte, el efecto de la lectura del *Quijote* en doña Leonor es similar al que opera tras la lectura de las ficciones de caballerías en Alonso Quijano, al menos en el primer sentido de despertar la megalomanía. El segundo efecto directo que produce la lectura es el deseo de transformarse ella misma en escritora, además de ser la intermediaria imprescindible para la lectura del único ejemplar del *Quijote* existente en Buenos Aires y su única exégeta: «Al domicilio de doña Leonor tenía que ir el que deseara conocer aquel primor de libro, y ella era la comentadora de los pasajes más sabrosos» (Bosque, 1927: 128).

Las tertulias literarias en casa de doña Leonor derivan en varias ocasiones en la comparación de las aventuras caballerescas con la empresa colonizadora en Argentina: la fundación de Salta y, en especial, las luchas con los indígenas, lo que deja en evidencia, sin embargo, que estas tuvieron, la mayoría de las veces, más semejanza con el enfrentamiento de don Quijote al ejército de ovejas y carneros que con las empresas de Amadís. El personaje narrador, quien más adelante se autoidentificará con Sancho, al oír la lectura del capítulo XVIII del *Quijote*, afirma:

Me parece estar viendo a los que con mi señor el licenciado Lerma salieron de San Miguel de Tucumán, el año de gracia de mil quinientos ochenta y dos. Por lo fieros y lanudos que eran, en nada, ¡vive Dios!, desmereció el ejército de que el bravo capitán Abad formaba parte, del pacífico rebaño tan fieramente alanceado por el iluso caballero andante (Bosque, 1927: 127).

Frente a los ardientes y épicos relatos que hace el capitán Abad de la excursión de Tucumán a Salta, en el que destaca los muchísimos

peligros afrontados con el más sereno ánimo, las peleas con los indios, [contando] cómo, a este quiero, a este no quiero, mató, lanza en ristre, y tal como se atraviesa a una langosta, a más de cien cobrizos paladines (Bosque, 1927: 128).

El contexto sugiere la exageración del relato, lo que está reforzado por el tratamiento dado a los indios como «cobrizos paladines», que los asimila a los caballeros de las ficciones que alimentaron la imaginación de Alonso Quijano y con quienes tantas veces se comparó a los conquistadores. El procedimiento de engrandecer al enemigo para resaltar las propias hazañas, dotándolo también de un imaginario código de honor compartido, es, en definitiva, el mismo que utiliza don Quijote. A la vez, la parodia asume un segundo grado de complicidad con el lector al invertirse la fórmula usada por Martín Fierro en el Canto III de la

obra homónima, cuando narra la pelea con los indios: «hicieron el entrevero, / y en aquella mezclanza / este quiero, este no quiero, / nos escogían con la lanza» (Hernández, 1960: 33). Si bien se usa la misma expresión, que en Martín Fierro sirve para evidenciar la fiereza del enemigo y la absoluta impotencia del ejército de reclutas, en las palabras del capitán está al servicio de la exaltación del valor español. La sola inversión alimenta la sospecha de impostura o, al menos, de una idealización de los combates. También el capitán León narraba las campañas colonizadoras poniéndolas «de oro y azul [...] tras largos años de entusiasmo y de locura épica de una gloria que tuvo tanto y tanto de égloga pastoril y de pacífica dominación» (Bosque, 1927: 129).

Es el narrador el encargado de contrarrestar esas versiones, desmitificando los ribetes más sobresalientes de la épica conquistadora:

Todos los que en América hemos peleado sabemos que solo fueron viajes de arrieros, emigraciones de pastores, arreadas de porquerizos. Antes el látigo que el mandoble, más bien la pica contra el buey remolón que la lanza contra el indígena brioso, hemos ido esgrimiendo, por cierto (Bosque, 1927: 128).

La semejanza entre la novela de Cervantes y la colonización, respecto a las asimetrías entre discursos y hechos, lleva a pensar en su inspiración americana:

Creo que alguien [le] llevó a ese Miguel de Cervantes el soplo de lo que por aquí sucedía, puesto que tan pintiparadamente describe las pjaras mansas, baladoras, mugidoras y hasta gruñidoras, con que hemos conquistado estas Indias, y que lo que dice don Quijote tiene su origen en el sol indio que hace ver [todo] como heroico, grande, caballeresco». Buscando esas semejanzas, cuenta que, en una oportunidad, yendo a las Salinas Grandes, «túveme que quitar el capacete, pues sentía los sesos fritos en aquella sartén. Gritáronme los amigos que tal no hiciera, que los indios andaban ocultos tras los pajonales. «Mátenme indios y cómanme caranchos, pero a lo que te criaste, y déjate de yelmos y armas y libros de caballerías, que el peor contrario acá es el sol y no con quien naces, sino con quien paces, como dijo Sancho y pues como al mundo vinieron mis señores los indios andan, como ellos quiero desnudarme para mejor poderlos dominar» (Bosque, 1927: 129).

La anécdota propiamente dicha apunta a una incursión en territorio indio, hacia el norte argentino, en busca de plata y otros metales preciosos. Las comparaciones con las aventuras de don Quijote son permanentes: la expedición parte cargada de puercos, mulas y calderos, porque «los tocinos y el maíz, mi señor de la Triste Figura, antes que los arcabuces y los bridones, son los elementos a que se debe la conquista de las Indias». Los expedicionarios soportan un ataque de los infieles, quienes más bien son bandoleros bastante pacíficos que les roban casi todas las pertenencias, incluida buena parte de la caballada. Quizás lo más paradójico sea que el triunfo final al que el cuento remite no cumple con afanes de gloria militar o heroica, sino que es un triunfo de valores burgueses y mestizos: el joven héroe de la campaña conquista riquezas materiales para sustentar una familia, ya que espera un hijo nacido de su matrimonio con una india de la tribu calchaquí.

La breve recreación de Bosque intenta reconstruir ficcionalmente una primera recepción del *Quijote*, aprovechando los recursos cervantinos para desmontar la empresa colonizadora desde un ángulo desmitificador. Por una parte, el género elegido y el paralelismo propuesto entre el protagonista del libro y los colonizadores españoles operan en sentido contrario, por ejemplo, a las opiniones vertidas por Rodó en los ensayos de homenaje, especialmente en el que dedica a don Quijote y la Conquista de América, en 1915. La visión heroica de la gesta española en América que aporta Rodó es sustituida, sin confrontación alguna, en el cuento de Bosque, por la presentación de una empresa improvisada, prosaica, casual, risiblemente pretenciosa, como muchas de las aventuras quijotescas, calcadas de un modelo ideal y libresco —teórico— del que solo pueden resultar parodia. Por otra parte, nada de esto supone un cuestionamiento de los resultados «civilizatorios» de la conquista, en tanto se mitigan —por el humor— las posibles consecuencias de una dominación violenta, así como no se problematiza siquiera la idea de una imposición cultural o la aculturación de los nativos como subproducto de la colonización. A su vez, el final feliz supone el éxito de un mestizaje sin conflictos y el augurio de una sociedad nueva e integrada, que se proyecta hacia el presente del lector. Además de esto, y en términos generales, podemos aventurar una hipótesis respecto a las ficciones recabadas sobre el destino del libro. Podría decirse que aquellas que tienen como objeto recrear la recepción de la edición de 1605 en el Río de la Plata, su llegada o descubrimiento, funcionan como reivindicación de legitimidad y apropiación originaria del libro, estableciendo un derecho de pertenencia a la comunidad (universal o específicamente *hispanica*) de lectores del *Quijote*, a despecho de distancias o rupturas independentistas o de sospechas de colonización, cuestión que atraviesa distintos momentos históricos.

Sin embargo, y en el otro extremo del siglo xx, en una circunstancia cultural y sociopolítica muy diferente, durante la última dictadura uruguaya, Eduardo Galeano publica, en Buenos Aires, el primer libro de una trilogía —*Memoria del fuego*— que recoge un par de fragmentos que resucitan ciertos aspectos del *mito quijotesco*, emergentes en un relato de ficción conjetural (Galeano, 2000 [1982]).

El primer texto, «1597. Sevilla. En un lugar de la cárcel», apela a una identificación entre obra y autor que, si tenemos en cuenta la distinción propuesta por Montero Reguera (2001: 201) y mencionada en la introducción, aparece como respuesta a la construcción del Cervantes militar, católico y oficialista que divulgó el franquismo, y se inscribe como una contrafigura de esa imagen. Esta otra, difundida por los exiliados españoles y los discursos culturales de la izquierda del espectro político en general en las décadas de los cuarenta y cincuenta, según se ha visto en los capítulos anteriores, acentuó los aspectos más sufridos de la vida del autor, en su condición de derrotado y abandonado de la España imperial. En el contexto histórico en que se inscribe el texto de Galeano, la prisión de Cervantes dialoga, sin decirlo explícitamente, con la circunstancia política de Uruguay, cuando permanecían en prisión miles de

presos políticos, sobreentendiendo la complicidad de un público que sabe leer entre líneas las posibles alusiones. Para reforzar esa identificación esperada, el autor evita referir a las posibles causas de la prisión de Cervantes en Sevilla, orientando el sentido del texto hacia la idea de la escritura como forma de la resistencia y proponiendo la ficción como espacio de libertad que las condiciones materiales pueden negar.

Fue herido y mutilado por los turcos. Fue asaltado por los piratas y azotado por los moros. Fue excomulgado por los curas. Estuvo preso en Argel y en Castro del Río. Ahora está preso en Sevilla. Sentado en el suelo, ante la cama de piedra, duda. Moja la pluma en el tintero y duda, los ojos fijos a la luz de la vela, la mano útil quieta en el aire.

¿Vale la pena insistir? Todavía le duele la respuesta del rey Felipe, cuando por segunda vez le pidió empleo en América: Busque por acá en qué se le haga merced. Si han cambiado las cosas desde entonces, han cambiado para peor. Antes tuvo, al menos, la esperanza de una respuesta. Desde hace tiempo el rey de negras ropas, ausente del mundo, no habla más que con sus propios fantasmas entre los muros del Escorial.

Miguel de Cervantes, solo en su celda, no escribe al rey. No pide ningún cargo vacante en las Indias. Sobre la hoja desnuda, empieza a contar las malandanzas de un poeta errante, hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor.

Suenan tristes ruidos en la cárcel. No los oye (Galeano, 2000).²⁸¹

El tópico de la cárcel, «donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación»,²⁸² apenas necesita mencionar la dureza de la cama de piedra para convocar todas las connotaciones asociadas a él, tan sugestivas en el contexto de la primera publicación de *Memoria del fuego*. Asimismo, a la indiferencia regia por el sufrimiento de los individuos se le agrega la reflexión sobre el encierro del poder en una esfera fantasmal, lejos del contacto con la realidad viva, lo que, al margen de las alusiones a la personalidad de Felipe II, se proyecta también hacia el régimen político uruguayo, insensible no solo ante sus propios presos políticos, sino encerrado en un circuito de poder que perdía progresiva y aceleradamente el escaso contacto que alguna vez pudo tener con algún sector de la ciudadanía.²⁸³

281 Como fuentes de consulta para este fragmento, Galeano menciona, además del *Quijote*, la obra de Francisco Rodríguez Marín, *El Quijote y don Quijote en América*, publicado en Madrid por la Librería de los Sucesores de Hernando, en 1911.

282 La conocida referencia es del prólogo de la primera parte de *Don Quijote de la Mancha* (Cervantes Saavedra, 2005: 7).

283 Ya en 1980, la dictadura uruguaya había sufrido un duro revés en las urnas, cuando sometió a plebiscito una reforma constitucional, que el electorado rechazó por un porcentaje muy amplio. En 1982, se empezaba a negociar una salida democrática frente a la decadencia del régimen. Aunque con partidos políticos proscritos, las libertades recortadas e, incluso, nuevos presos políticos que fueron encarcelados en ese mismo año, se realizaron elecciones internas de los partidos autorizados.

Galeano aprovecha también un motivo que ha resultado muy atractivo a escritores y críticos latinoamericanos, al menos, desde el siglo XIX: imaginar la posibilidad de que la escritura del *Quijote* sea el resultado indirecto de la negativa del rey de otorgarle un puesto en las Indias, como si la necesidad de renunciar al sueño de venir a América para escapar de la pobreza y de la falta de oportunidades hubiera cuajado en otra empresa sustitutiva, que en este fragmento Galeano concibe como otro modo de errancia, que se aventura por el terreno de la imaginación y los riesgos literarios. También en este sentido identifica autor y personaje, proponiendo a don Quijote como poeta. La ficción se presenta, a su vez, como compensación del dolor y de la falta de libertades, como manera de abstraerse de las adversidades físicas y concretas, y propone una forma de consuelo y esperanza válida también para el presente histórico.

En otro pasaje del mismo libro, el autor evoca la fecha y circunstancia de la muerte de Cervantes: «1616. Madrid. Cervantes» (Galeano, 2000: 212-213). Fiel a la tradición de las ficciones conjeturales cervantinas, concibe un diálogo entre los personajes frente a la agonía del autor. La estrategia busca fundir cervantinamente los dos planos, al punto de que los personajes son portavoces de los datos del autorretrato que Cervantes ofrece en el prólogo a las *Novelas ejemplares*, en 1613, y la agonía del autor copia, a su vez, detalles de la muerte de Alonso Quijano.

—¿Qué nuevas traes de nuestro padre?

—Yace, señor, entre lágrimas y rezos. Hinchado está, y de color ceniza. Ya ha puesto el alma en paz con el escribano y con el cura. Las lloronas esperan.

—Si tuviera yo el bálsamo de Fierabrás... ¡Dos tragos y al punto sanaría!

—¿A los setenta años que casi tiene, y en agonía? ¿Con seis dientes en la boca y una sola mano que sirve?²⁸⁴ ¿Con cicatrices tantas de batallas, afrentas y prisiones? De nada serviría ese feo Blas (Galeano, 2000: 212).

Los personajes se interrogan también sobre el destino que les espera una vez muerto su creador, conscientes de que «para quedarse en el mundo nos hizo» (Galeano, 2000: 213). La necesidad que expresan los personajes de continuar las aventuras como forma de homenajear al autor aparece como transferencia de la intención de Galeano en cuanto segundo autor y continuador de una empresa, la cual, probablemente, pueda encontrarse como trasfondo de la mayoría de los relatos conjeturales. Lo cierto es que el frustrado viaje de Cervantes a América vuelve a aparecer como motivación que alimenta el afán continuador de sus seguidores:

—¿Adónde iremos a parar, tan solos?

—Iremos adonde él quiso y no pudo.

284 Alude a los datos que aporta Cervantes en su irónico autorretrato, en el prólogo a las *Novelas ejemplares*.

—¿Adónde, señor?

—A enderezar lo que tuerto está en las costas de Cartagena, la hondonada de La Paz y los bosques de Soconusco.

—A que nos muelan por allá los huesos.

—Has de saber, Sancho, hermano mío de caminos y carreras, que en las Indias la gloria aguarda a los caballeros andantes, sedientos de justicia y fama... (Galeano, 2000: 213).

La necesidad de «enderezar tuertos» americanos funciona, en el contexto de producción y de recepción en que se inscribe, como denuncia posible de las injusticias sociales flagrantes en el continente, retomando una de las formas en que ha sido aprovechado el *mito quijotesco* en clave política durante el siglo xx. A su vez, la vocación activa del caballero puede asociarse a la necesidad de la lucha militante en pro de cambios sociales y políticos, sugerida especialmente en el cierre del texto, que sugiere un paso a la acción:

—Y tú, Rocinante, entérate: en las Indias, los caballos calzan plata y oro, muerden. ¡Son tenidos por dioses!

—Tras mil palizas, mil y una.

—Calla, Sancho.

—¿No nos dijo nuestro padre que América es refugio de malandrines y santuario de putas?

—¡Calla, te digo!

—Quien a las Indias se embarca, nos dijo, en los muelles deja la conciencia.²⁸⁵

—¡Pues allá iremos, a lavar la honra de quien libres nos parió en la cárcel!

—¿Y si aquí lo lloramos?

—¿Homenaje llamas a semejante traición? ¡Ah, bellaco! ¡Volveremos al camino! Si para quedarse en el mundo nos hizo, por el mundo lo llevaremos. ¡Alcánzame la celada! ¡La adarga al brazo, Sancho! ¡La lanza! (Galeano, 2000: 213).

Muchos años después, en 2005, en ocasión del cuarto centenario del *Quijote*, Galeano publica otro breve texto, esta vez para la prensa periódica de Buenos Aires,²⁸⁶ en el que resume muchas de las paradojas que pone en evidencia el libro de Cervantes, pero, sobre todo, las que ha recogido la crítica y revela la historia de la lectura del libro, como las variables cómicas y trágicas con que

285 Galeano está adjudicando a Cervantes, por boca de Sancho, la opinión aportada por la voz que asume el relato en *El celoso extremeño*, cuando afirma «que es el pasarse a las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconduto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores (a quien llaman ciertos los peritos en el arte), añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos» (Galeano, 2000 [1982]: 175).

286 Véase Galeano, 2005.

se ha leído, la ridiculez y sabiduría con que se ha identificado al protagonista, las paradojas que implica la sabiduría de Sancho en el gobierno, y, sumando a esto, diseminadas en breves apartados autónomos, se dedica a las que rodearon la vida del autor: una vez más aparece el frustrado viaje a América, el posible judaísmo, la contraposición entre la cárcel y la libertad creativa. El homenaje de Galeano resume también muchos de los tópicos que han servido para asociar la figura de don Quijote al sueño de la utopía política de igualdad social, mencionando, por ejemplo, la abolición de la propiedad privada, para lo que toma como base el nostálgico Discurso de la Edad de Oro (capítulo XI de la primera parte del *Quijote*).²⁸⁷

Al respecto, puede traerse a cuento el gesto político que caracterizó la intervención de José Mujica, expresidente de Uruguay, durante su participación en la maratón de veinticuatro horas de lectura del *Quijote*, organizada en Montevideo por la Embajada de España el 25 de mayo de 2012. El programa de gobierno de Mujica, quien fue electo como candidato de un partido que reúne las fuerzas mayoritarias de la izquierda uruguaya desde 1971, no es, en ningún sentido, un programa revolucionario ni estatista ni colectivista, ni siquiera puede considerarse socialista en su proyecto económico, en el sentido de que proponga alguna limitación a la propiedad privada. Sin embargo, la figura de Mujica está fuertemente marcada por su juventud revolucionaria en el Movimiento Tupamaro de fines de los años sesenta y setenta y por sus reivindicaciones de reparto de tierras entre los campesinos, su encarcelamiento durante la dictadura y su imagen de hombre común, su opción de vida sencilla vinculada al trabajo rural de escala doméstica. Las presentaciones públicas del expresidente tendieron a reforzar esa imagen y ese perfil, incluso a manifestarse a favor de ciertas utopías anticapitalistas, que promueven el retorno a una vida sencilla, en contacto con la naturaleza, por lo que resulta absolutamente coherente —dada la tradición de lectura mítico-política que arrastra este pasaje— que hubiera elegido leer el fragmento del *Quijote* correspondiente al Discurso de la Edad de Oro, detalle que no dejaron de registrar en el día, por ejemplo, los diarios de España.²⁸⁸ Más allá del hecho de que el mito quijotesco sirviera para reforzar un programa propagandístico de la figura y la acción presidencial o partidaria, interesa destacar la forma en que esto realimentó

287 Como se ha mencionado en anteriores casos, el Discurso de la Edad de Oro, pronunciado por don Quijote ante los cabreros, ha sido inevitablemente reapropiado con finalidades políticas de distinto tipo. En junio de 1935, durante la dictadura de Gabriel Terra, la revista *Caminos* publica una nota anónima titulada «Don Quijote, agitador profesional. Aspecto de su crítica social» (1935: 14), en la que solo se transcribe el discurso, sin comentario alguno.

288 Analicé el alcance político-propagandístico de la apropiación del Discurso de la Edad de Oro (y, en particular, el caso de Mujica) con relación a los destellos utópicos que han acompañado el horizonte de recepción contemporáneo a Cervantes y las asociaciones que aún perduran gracias a la historia de su lectura en la ponencia: «Reconversiones persistentes del *Quijote* como mito político: valencias de la edad de oro», presentada en el X Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro (AISO), entre el 14 y el 18 de julio de 2014 en Venecia.

relaciones simbólicas que hemos visto recorrer, con diferentes manifestaciones y enormes variantes, los discursos políticos masivos en el último siglo.²⁸⁹

El *Quijote* en prisión: la primera salida

Al organizar las Jornadas Cervantinas en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de Montevideo, en 2005, Eleonora Basso y Alicia Torres reunieron en una mesa de conferencias a algunos escritores y críticos que, dados sus antecedentes, podían hablar de su relación con el *Quijote* y tenían una experiencia en común: habían estado presos durante muchos años en las cárceles de la dictadura uruguaya (1973-1985). Estos fueron Alfredo Alzugarat, Marcelo Estefanell, Carlos Caillabet y Carlos Liscano. Cada uno de ellos expresó, a su manera, la historia de su relación con la obra de Cervantes nacida en prisión.

El aporte de Liscano es, quizás, el que apunta más directamente al impacto de la lectura de Cervantes en la pérdida de su inocencia como lector y, en el mismo sentido que hemos visto en los apartados anteriores, a la vinculación de esa experiencia con el nacimiento del escritor. Aunque, por ese entonces,

estaba muy lejos de ponerme a escribir nada [—dice Liscano—], esa lectura cambió mi forma de leer, de ver la literatura. También me amargó la vida. Perdí la inocencia del lector que se deja fascinar por una historia. A partir de ese momento empecé a fijarme más en cómo me contaban una historia y no en lo que me contaban. Es más, me estropeó todo lo poco que había leído y me había gustado, porque empecé a preguntarme cómo esos libros estaban contados, y no me acordaba porque nunca le había prestado atención al modo, a las formas. Entonces sentí la necesidad de volver para atrás y releer todo lo que me había gustado (Liscano, 2006: 167-168).

289 Un grupo político que integra el Frente Amplio y que apoyó a José Mujica en la anterior elección, la Corriente de Acción y Pensamiento Libertad (CAP-L), usó para su campaña propagandística la imagen de don Quijote en bicicleta. El icono distintivo del grupo se basa en una modificación creativa del conocido don Quijote de Picasso. La página web y el blog en los que difunden sus ideas se llaman Quijoteando (véase: <<http://caplo.blogspot.com/2007/11/corriente-de-accin-y-pensamiento.html>>). Cuando Mujica ganó la presidencia (en noviembre de 2009), Marcelo Estefanell, viejo compañero de militancia de este y escritor de una novela que continúa el *Quijote*, publicó un artículo de homenaje en el que comparaba al político con don Quijote: «Desde mis 21 años de edad —y pese a que él no tenía más que 35—, para mí, el Pepe Mujica era “el Viejo”: una especie de don Quijote enanado a una bicicleta; vestía pantalones burdos y se abrigaba con un gabán grueso; se cubría la cabeza con una boina vasca y llevaba un bolso de lona terciado a la espalda [...]. Cuando “el Viejo” Mujica entró al parlamento como diputado, en 1995, comenzaba otra etapa de su vida que nadie imaginó como el principio de un proceso que iba a culminar en la máxima magistratura. Ese día, este Quijote moderno, empezó a hacerse conocido por su sencillez en el hablar, por su sempiterna campera y por su nuevo Rocinante: en lugar de la bicicleta, una antigua Vespa» («De guerrillero a presidente», publicado el 30 de noviembre de 2009 en: <<http://www.180.com.uy/>>).

Evidentemente, las cuatro presentaciones dedican, en mayor o menor medida, un espacio al testimonio, reconstruyendo el valor de la experiencia lectora en la cárcel. Liscano pone el énfasis en las ventajas de la fantasía controlada que ofrece la ficción, en un ambiente caracterizado por la ausencia de sucesos, la escasez de objetos y hasta de palabras. Entonces, la lectura, en especial de la novela, ofrece la liberación de la fantasía en un territorio suficientemente acotado y concreto «como para no salir volando hacia el delirio y la triste locura». En ese contexto, el preso es un tipo de lector que mide el valor de una novela por la cantidad de páginas y que se entrena para hacer de cualquier texto una reelaboración valiosa. En la cárcel,

la necesidad que la vida tiene de la fantasía hacía del preso del penal de Libertad un lector de segundo nivel, digamos, un lector que no se conformaba solo con las jugadas más elementales del narrador. Un lector exigente que, cuando no encontraba una buena novela, ponía de sí humor, ironía, de modo de transformarla en una novela mejor (Liscano, 2006: 166).

El tránsito del lector voraz, que lee en la cárcel con el interés y la fruición del descubridor, desde «las etiquetas que traen los frascos de medicamentos» (Liscano, 2006: 166) hasta «los papeles que encuentra por la calle» (del capítulo IX de la primera parte de *Don Quijote*), termina, con frecuencia, en su transformación en escritor.

En el caso de Liscano, dos aspectos de la lectura del *Quijote* le impactan de manera especial y lo acercan a revelaciones inesperadas. El primero fue el descubrimiento «de que se trataba de una traducción». El segundo fue «el encuentro con Álvaro Tarfe» y el juego de incluir la ficción en la ficción. Esto último, según Liscano, lo

hundió en una reflexión que me duró semanas, o meses o años. Volví para atrás y empecé a ver que el *Quijote* trata de la literatura y no de lo que me habían hecho creer, o que yo había entendido: que era una especie de inventario de la lengua, o de las recetas de cocina de España, o de la realidad social de fines del siglo XVI. O que don Quijote era una especie de santo, que representaba el alma de España ni zarandajas similares (Liscano, 2006: 168).

Gracias al descubrimiento de estos resortes constructivos, Liscano empieza a reflexionar sobre los aspectos formales de la novela, cuestión que, a lo largo del tiempo, terminará por hacerlo escritor. Por eso, y más que nada, el *Quijote* es evocado en su recuerdo lector, atado a la revelación de la cadena de lecturas presente en cada texto:

Lo que estos descubrimientos significaron [fue] que la novela, toda novela, está más influida por otras novelas que por la realidad. [...] Una novela encierra, o debe contener, su propia teoría, su propia explicación, sus normas de lectura (Liscano, 2006: 168).

A partir del *Quijote*, puede comprenderse la escritura como acto provocado por la lectura, como actividad extensiva a esta y, a la vez, como acto salvífico, previo a la «triste locura» de Alonso Quijano, cuando

muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y dalle fin al pie de la letras, como allí se promete, y sin duda lo hiciera; y aun se saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran (Cervantes Saavedra, 2005: 29).

Si don Quijote es un emulador de los personajes novelescos, es posible imaginar que ese paso previo a la locura está informado también por un afán emulador: el novelista es un imitador, un Pierre Menard que intenta disimular su propósito, o un rebelde que lucha infructuosamente por escapar de la angustia de la influencia.

Uno escribe [—dice Liscano—] para parecerse a los maestros que admira, no para impresionar al lector actual. Uno escribe para dialogar con aquellos libros que le cambiaron la vida. Para parecerse o para diferenciarse, pero en todo caso siempre referido hacia atrás, hacia la literatura, hacia la novela. Descreo de la originalidad como búsqueda. [...] Toda novela es un diálogo entre libros, un modo de seguir una tradición muy larga que, para la novela moderna, comienza con Cervantes (Liscano, 2006: 168).

Respecto a los otros expositores de aquella mesa que se armó con el título «Don Quijote en prisión», el aporte de Caillabet es el más ceñido al testimonio: se dedica a reconstruir la importancia de la lectura en la cárcel como forma de encuentro con los otros, en tanto era uno de los pocos temas permitidos en los escasos paseos, los «trilles» de una hora diaria en el patio, como clave para transmitir información codificada y también como espacio de libertad imaginativa. Confiesa también que en su época de estudiante, imbuido de análisis marxista y deseoso de encontrar fórmulas para transformar el mundo, el *Quijote* le había parecido «un entretenimiento caprichoso», no había encontrado en él

nada útil para entender y transformar la realidad. Después comprendí que *Quijote* no entiende a *Quijote* quizá porque dos polos del mismo signo se rechazan. [...] [En la cárcel,] lo abordé por dos razones: una, porque Cervantes lo escribió preso y, dos, porque estaba harto de que se considerara a nuestra pretendida revolución una quijotada. Una quijotada era algo imposible, utópico, cuando la palabra *utopía* todavía era mal vista por la izquierda y se daba de patadas con mi interpretación de la historia que me señalaba que inexorablemente la humanidad iba rumbo al socialismo (Caillabet, 2006: 163).

Sorpresivamente, el interés por la lectura del *Quijote* no parece, en el caso de Caillabet, un mero resultado del ocio que empuja al «desocupado lector» privado de libertad, sino que va guiado por los coletazos de la interpretación romántica del libro, cuyas vastas repercusiones políticas relevamos en la primera y segunda parte de este trabajo. Pero el resultado no es el esperado. La primera lectura le produce «un gran desasosiego. A Cervantes se le disparaba don Quijote y yo no podía seguir ese vértigo libertario». Diez años después, ya en libertad, intenta una segunda lectura que, sin embargo, conecta más con la primera expectativa identificatoria, pero capaz de conclusiones más maduras: «comprendí que yo había atropellado la realidad como don Quijote y que un Sancho comenzaba a despuntar en mi vida». La lectura politizada asume una clave enteramente biográfica, con evidente matiz autocrítico, pero sin arrepentimiento:

Los sobrevivientes ya no cabalgamos, pero paso a paso continuamos el trille de los presos mientras aquel pasado revolucionario quedó en mi memoria a lomo de Rocinante en desprolija y perpetua arremetida contra enemigos tan astutos que para la mayoría de los mortales parecían, y parecen, ser lo que no son.

Quisiera volver a quijotear, pero ya estoy cuerdo y en invierno, me duelen los huesos y el cuerpo no acompaña. Añoro a don Quijote, pero me declaro Sancho. [...] Para mí ya es tarde y solo me queda el compromiso con pasadas quijotadas. De la locura no se debería permitir sobrevivir a riesgo de volverse cuerdo y no soñar más con futuros justicieros (Caillabet, 2006: 164).

También Alfredo Alzugarat narra, en su exposición, su primer contacto con la lectura del *Quijote*, no sin antes analizar, a su vez, la función creativa y antiaalienante de la lectura (tan asimilable también para él como reverso de la escritura imposible de practicar en esas condiciones carcelarias). En 1980, lo aíslan en una celda individual en la que no había nada, salvo una edición del *Quijote*, a la que el preso se aplica devotamente:

Nunca leí con tanta atención, agradecí a algún ser superior mi extraña fortuna y me sentí Alonso Quijano leyendo hasta secársele el cerebro; me sentí don Quijote cabalgando con los sueños a cuestras, la manchega llanura era todo el mundo posible. [...] Nada había que no estuviese en ese libro. En esos días, junto a Cervantes, nací de nuevo, reí, lloré, perdí la noción del tiempo y sobre todas las cosas soñé, soñé incansablemente. Aprendí que el *Quijote* es un manual para soñadores, para cazadores de utopías, para los que no les alcanza con vivir su sola vida y quisieran vivir la de todos. Comprendí que valía la pena leer aunque fuera por ese solo libro, y me sentí el hombre más afortunado (Alzugarat, 2006: 151).

En la comunicación de Alzugarat se sobreentiende la asociación del *Quijote* con las utopías de la izquierda revolucionaria de los años setenta y aparece un intento crítico de sistematizar la recurrencia de la figura de don Quijote en algunas creaciones literarias posteriores de antiguos presos, como el poema «La vuelta de don Quijote», de Juan Baladán Gadea, incluido en un libro editado en Italia, en 1989, o los de Gladys Castelvechi, dedicados a personajes de la obra de Cervantes e incluidos en *Ejercicios de castellano* (1984). También para ellos, «el *Quijote* ha sido un paradigma a emular y cifra de una sociedad más justa y humana» (Alzugarat, 2006: 151).

Hemos dejado para el final la intervención de Marcelo Estefanell, porque es, de los cuatro, el que ha desarrollado una obra posterior estrechamente vinculada con Cervantes y, en especial, con el *Quijote*, al punto de que se puede decir que la cárcel ha inoculado en él una forma profunda y personal de cervantismo.

En su exposición de 2005, Estefanell postula que el preso es el «lector perfecto», quien mejor cumple con el requisito indispensable de «desocupado lector», y, de hecho, «es difícil encontrar desocupado más idóneo». Desocupado y solo, el joven preso también «se maravilla» al saber que el libro «se engendró en una cárcel». Es la primera grata sorpresa del prólogo. La segunda es la garantía

de libertad que otorga, dice Estefanell, cuando deja el juicio del libro al criterio y libre albedrío del lector. Esa posibilidad de

hacer de la historia todo aquello que te pareciere [fue] un acicate adicional y un bálsamo al mismo tiempo. Es más, tras sucesivas lecturas, y haciendo abstracción de cualquier otra contingencia, me gustaba pensar y sentir que Cervantes había escrito aquel libro extraordinario para nosotros los presos, e incluso, exagerando un poco más, azuzando mi vanidad y mi egotismo, he llegado a jugar con la idea de que Cervantes había escrito el *Quijote* solo para mí, para aquel desocupado lector que, al igual que Alonso Quijano, *el Bueno*, había hecho de la lectura su actividad principal (Estefanell, 2006: 156).

Es cierto que hay algo un poco descomunal, por cierto que sea, en las conclusiones de Estefanell cuando calcula que, a un promedio de tres libros por semana, a los doce años de prisión pudo haber leído unos 1728 títulos. Gracias a eso, era posible la única forma de diálogo con otros seres humanos y la incorporación de experiencias, porque realmente leer equivalía a «salir de aventuras» (Estefanell, 2006: 158).²⁹⁰

Al salir de prisión, el interés de Estefanell por Cervantes en general y por el *Quijote* en particular se extendió a lecturas sistemáticas e incorporación de la tradición crítica. Aun así, declara su molestia por la solemnidad con que se suele enseñar el *Quijote* en el marco del sistema educativo formal: «En el caso de Homero, Virgilio o Dante, puede aceptarse, pero en Cervantes y su don Quijote, la solemnidad, a excepción de contados pasajes, sobra por todas partes» (Estefanell, 2003: 16). Por eso, se propone escribir un libro de divulgación, que solo procure acercar a lectores al clásico, «sacarle todo ropaje ideológico, sociológico y antropológico» para intentar, una vez más, recuperar una forma de lectura «donde la burla y la sátira de todo y a todos son las principales dueñas de la obra», liberando la palabra cervantina de arrastres y adherencias —sobre las que se ha abundado en capítulos anteriores de este trabajo—, porque «encontrar rasgos del ser nacional o de la hispanidad más representativa en don Quijote es pedir —usando palabras de Sancho Panza— cotufas en el golfo (o peras al olmo)» (Estefanell, 2003: 16).

De esta intención nace *Don Quijote a la cancha. Encuentro con el hidalgo que quiso ser personaje literario*, cuya primera expresión surgió en una serie de artículos publicados en el semanario *Brecha* bajo el título común de «Leer en Libertad», en los que compartía y comentaba algunas de sus lecturas carcelarias, a pedido de Ana Inés Larre Borges, quien destacó

la originalidad de sus opiniones, siempre libre de los prejuicios que provoca leer por obligación, ambición o prestigio. Los motivos por los que hacemos las cosas perduran en lo que hacemos. La lectura guarda también la huella de nuestros deseos. [...] [El último artículo] lo dedicó —con estratégico efecto

290 De hecho, Ana Inés Larre Borges afirma en el prólogo de la obra de Estefanell, *Don Quijote a la cancha. Encuentro con el hidalgo que quiso ser personaje literario*, que este llevaba, efectivamente, la cuenta de los libros que leía en prisión y que fueron, al menos, 1600 (Estefanell, 2003: 8).

y en un amoroso gesto de gratitud y justicia— a don Quijote de la Mancha (Larre Borges en Estefanell, 2003: 8).

El libro posterior, más allá del comentario de pasajes del *Quijote*, del recorrido por personajes y situaciones, de la explicación amena de sus estrategias narrativas (juegos autorales y de voces narrativas, manejo de la ficción dentro de la ficción), es, sobre todo, la celebración de un goce lector. Por eso, también el lugar de la lectura en la construcción de los personajes cervantinos y su importancia en el desarrollo novelesco bajo la forma de literatura dentro de la literatura es uno de los aspectos más aprovechados por los comentarios de Estefanell, quien pretende así integrar a su lector a ese circuito en el que él mismo se vio involucrado desde la primera lectura: un preso que escribe, un hidalgo que enloquece de tanto leer, un preso que leyendo se salva de la insania.

Segunda salida en clave conjetural

*Para Stalin, los Rembrandt del Ermitage pertenecen
a la época de Rembrandt;
para Picasso, pertenecen a la época de Picasso.
Para un lector de novelas policiales, don Quijote
perteneció a la época de Cervantes;
para Flaubert, pertenece también a la época
de Flaubert. Y para muchos Flaubert desconocidos.*

André Malraux, *El hombre precario y la literatura*

Con la misma pasión incontenible con que leyó en los años de prisión, Estefanell concibió un segundo libro dedicado a Cervantes, que apareció pocos meses después del primero, con el título *Don Quijote, caballero de los galgos*. En realidad, sucumbía así al primer impulso que generó en Alonso Quijano la compulsión lectora: «tomar la pluma y darle fin al pie de la letra», e iniciaba al recorrido de la ficción conjetural o contrafáctica, al sumar nuevas aventuras de don Quijote y Sancho inventadas por él.

Un anticipo de este deseo se plantea en el cierre de *Don Quijote a la cancha...*, pues, en su último capítulo, se desvía del enfoque que dominó los 11 anteriores, haciendo ingresar al lector-crítico, que ha asumido la primera persona, al mundo ficcional cervantino, convirtiéndose más explícitamente en narrador. La mutación del contrato textual explicitada al comienzo del capítulo 12 permite que este narrador ingrese a la venta de Juan Palomeque, por lo que puede conocer «de primera mano» a los personajes cervantinos (incluidos Sansón Carrasco, don Diego de Miranda, los duques y el canónigo de Toledo, además de quienes protagonizan los episodios de 1605). Logra también dialogar con don Quijote, a quien le informa de la existencia de una segunda parte y a quien lo interroga sobre las razones que lo llevaron a abandonar la caballería andante y a renegar, al final de la novela de 1615, de la influencia del *Amadís de Gaula* y de «toda la infinita caterva de su linaje» (Cervantes Saavedra, 2005: 934).

Esta pregunta da pie para la primera «corrección» del final cervantino, movimiento de apropiación o reescritura, ya que el don Quijote estefanelliano lo desmiente: «Solo la muerte podrá hacerme abandonar la insigne caballería andante y a mi dulce enemiga, la sin par Dulcinea del Toboso» (Estefanell, 2003: 224). En el nuevo relato propuesto, el personaje «solo durante un año se estuvo quedo y sin tomar las armas por el mandamiento que le impuso el de la Blanca Luna» y, en ese intervalo, según explica Maese Nicolás, *el Barbero*, «nos hicimos pastores, criamos corderos y compusimos églogas que todavía permanecen grabadas en las cortezas de los sufridos alcornocques» (Estefanell, 2003: 224). Es entonces cuando don Quijote revela que existió una cuarta salida, aún no relatada por ningún historiador que «desmienta a Cide Hamete». El narrador y *alter ego* de Estefanell (ya personaje, apodado por los otros «Señor Desconocido»), se ofrece a tomar nota de sus historias, pero don Quijote responde que contar sus memorias no es tarea de los caballeros y que es a él a quien le corresponde hurgar en los anales de la Mancha en busca de posibles manuscritos. La conversación se interrumpe aquí para dar lugar a que el cura lea un manuscrito encontrado, que se trata nada menos que de *Don Quijote a la cancha...*, juego por el cual el libro que lee el lector comenzará a ser leído por los personajes, con lo que el volumen se cierra en un reenvío circular a las primeras líneas escritas por Estefanell.

En el segundo volumen estefanelliano, *Don Quijote, caballero de los galgos*, una clave especial de las nuevas aventuras ya está presente en el título: la compañía de dos galgos que se suman a la pareja principal y, además de participar activamente en ellas, adquieren voz e, incluso, a menudo, carácter narrador, o, al menos, comentan determinados pasajes presentes o pasados de la ficción, que nos recuerdan, por momentos, aunque no son galgos, a Cipión y Berganza (y quizás formen parte de una especie de homenaje a esos otros perros cervantinos). Los galgos de Estefanell podrían inspirarse en la figura del «galgo corredor», perteneciente a Alonso Quijano, y que se presenta en el primer párrafo del capítulo I del *Quijote* (1605) y que no se vuelve a mencionar en la novela. Quizás pueda pensarse que el autor uruguayo tiene presente también la alusión peyorativa —por supuesto, irónica— a Cide Hamete Benengeli por parte del narrador del capítulo IX (*Quijote*, 1605): «el galgo de su autor» (Cervantes Saavedra, 2005: 84), por su condición de árabe mentiroso. En una reescritura tan arriesgada no estaría demás este guiño respecto al estatus de la legitimidad autorial y de la supuesta fidelidad a la veracidad de la historia.

En un guiño del escritor latinoamericano a su cultura, este les otorga a los perros los nombres de Tabaco y Tomate, supuesta ocurrencia del cura Pero Pérez, «aduciendo que la conquistada América bien merecía un recuerdo por la generosidad y singularidad de tantos productos nuevos aportados para gusto y solaz de los cristianos españoles» (Estefanell, 2004: 26).

En esta novela de ficción contrafáctica, una de las voces narradoras (ya que la variedad de estas es un punto complejo de la factura, como lo es en el *Quijote*

de Cervantes) declara que los galgos que acompañan a don Quijote y Sancho en estas correrías fueron proporcionados por el bachiller Sansón Carrasco

cuando estos se convirtieron en pastores mientras duró la imposibilidad de usar las armas por parte de don Quijote; junto al Cura, al Barbero y al ladino Sansón Carrasco salieron por los prados y los montes imitando la vida pastoril (Estefanell, 2004: 26).

De modo que Estefanell no concibe solo una continuación posible que en el relato se presume hallada en un manuscrito perdido, sino que interviene el texto de 1615, adicionándole contenidos y negando implícitamente el final de Cervantes, para reescribir su propia versión de la muerte heroica del personaje, ocurrida, en este caso, en el campo de batalla, en un enfrentamiento contra el Caballero Rojo y Negro.

El marco que Estefanell urde para su relato asume, punto por punto, el homenaje a los más importantes procedimientos cervantinos, puesto que parte de un antiguo cartapacio que por azar llega a manos del autor (Marcelo Estefanell también en la ficción), firmado por Josep Martorell y descendiente, a su vez, de Joanot Martorell, autor de *Tirant lo Blanc*. Poco antes de morir, un tal Jaume Ribot envía a Uruguay unos manuscritos hallados en una mina abandonada cerca de Andorra y custodiados secreta y devotamente durante siglos por su familia. También en este caso se hizo necesario traducir los documentos, escritos en catalán, de lo que se encargó el propio Ribot. A su vez, la tarea de traducir los textos de Estefanell al catalán será confiada a un desconocido pariente, Joan Estefanell, un primo que el autor encuentra en una búsqueda por Internet.

El primer libro de Estefanell, *Don Quijote a la cancha...*, es mencionado en *El retorno de don Quijote, caballero de los galgos*, ya que, gracias a la lectura del primero, Jaume Ribot sabe de la existencia de Estefanell, con quien se comunica por correo electrónico y decide confiarle los manuscritos. El reenvío de la segunda parte a un texto anteriormente publicado por el autor copia también el recurso usado por Cervantes en 1615.

En un juego muy cervantino de cajas chinas, el manuscrito hallado coincidirá, en algunos aspectos, con el libro de Estefanell: por lo pronto, el título y las dedicatorias. El supernarrador asumido como Estefanell opina sobre la materia que va trasladando e, incluso, sobre las cualidades de la traducción, así como sobre los silencios elegidos por alguno de los intermediarios o sobre datos escamoteados y sus posibles causas, e interviene explicando, cuando es del caso, un hiato producido por un daño o faltante en el manuscrito. El lenguaje elegido por ese supernarrador imita bastante, por momentos, el estilo de Cervantes, aunque, a la vez, se permite interpolaciones con coloquialismos o formas actuales. Un apéndice del manuscrito, «Apuntes y sugerencias», firmado por Jaume Ribot, sirve también como insumo para que el texto se vaya construyendo con su permanente comentario al margen (así como con el comentario del comentario).

No falta tampoco el recurso cervantino de evidenciar la duda del narrador: «Y aquí, amable lector, llegamos a un fragmento hartamente difícil de creer [—dice el

traductor—], pero me temo que no tengo otra opción más allá de advertírselo» (Estefanell, 2004: 46). De igual modo, se interpolan comentarios sobre el estilo, incluso entre la forma de hablar (o contar) de los propios personajes, como ocurre con este diálogo de un perro pastor con uno de los galgos:

—¿Cómo contaros esto? —se preguntó en voz alta Tomate.

—A lo que saliere —respondió el perro pastor—, pero no se te quede lo esencial por meter tantos ripios (Estefanell, 2004: 47).

Uno de los personajes más interesantes con quien se cruza el Quijote de Estefanell es Bernal Díaz del Castillo, quien ha leído a Cervantes y alaba su libro, lo que puede tomarse como un segundo guiño de diálogo con América Latina. El autor aprovecha, en este caso, datos y estilo de la obra de Bernal Díaz e, incluso, se lo hace saber al lector:

—¡Bendito sea vuestra merced, señor adelantado! —exclamó don Quijote—. Si oírlo es como leer vuestras crónicas.

Ante este comentario del Caballero de la Triste Figura, el recopilador de esta historia anota que, efectivamente, el Adelantado habla como escribe, al menos en el texto que Jaime Ribot, el traductor, se tomó el trabajo de chequear con la obra de Bernal Díaz del Castillo, publicada al fin en 1632 (Estefanell, 2004: 64).

En la ficción conjetural de Estefanell que continúa a Cervantes, agregando nuevas aventuras del hidalgo (como si se tratara, en efecto, de un nuevo manuscrito del siglo XVII hallado en épocas recientes), reaparece la venta de Juan Palomeque, *el Zurdo*, y, en ella, confluyen abigarradamente personajes de la primera y segunda parte del libro escrito por Cervantes. Estos se encuentran ya con la posibilidad de leer la segunda parte del *Quijote*, además de conocer y discutir la de Avellaneda. Pero lo más inaudito, que les parece a los personajes «cosa de encantamiento», es que toman contacto con *Don Quijote a la cancha...*, de Estefanell, escrito «en el tercer milenio». El término *cancha* deja a don Quijote

atónito por provenir de la inconmensurable América: ese vasto mundo nuevo conquistado por tantos valientes y católicos españoles que, sin ser caballeros andantes, se comportaron como tales.

—Espero que este escritorcillo no mezcle aserrín con pan molido —dijo Sancho—; y si me menta, no ponga en mi boca refranes que no dije (Estefanell, 2004: 88).²⁹¹

El *Quijote* de Estefanell está concebido desde una perspectiva amable y reparadora, como si quisiera enmendar los fracasos o melancolías del de Cervantes y darle al personaje la posibilidad de verdaderos combates y verdaderas victorias. En los personajes que lo rodean predomina la admiración por encima de la tentación de ridiculizarlo, más que nada porque sus acciones son diferentes, así como sus resultados: «No es capaz de discursos ditirámicos ni de proveer consejos para gobernar una ínsula. Tampoco será engañado por duques ni perseguido de curas y barberos ni objeto de burla alguna» (Alzugarat, 2006: 154). Parecería que el acto supremo que se atribuye Estefanell es el de devolverle a la criatura cervantina la

291 Frase esta última con que Estefanell se venga del personaje, burlándose, a su vez, de él.

identidad desestabilizada por la novela apócrifa, permitiéndole derrotar, «en un choque portentoso», a su doble ficticio, el personaje de Avellaneda. Sin embargo, mucho más trascendente es la posibilidad de enfrentarlo a Aldonza Lorenzo, quien, en esta continuación uruguaya, asume su identidad de Dulcinea y le devuelve el reconocimiento a don Quijote. Por eso, mucho más literario todavía que el personaje de Cervantes, el de Estefanell es «un don Quijote epifánico [—como bien ha señalado Alzugarat—], al que todos tributan homenaje. Con él los nobles ideales de la caballería se imponen para siempre» (Alzugarat, 2006: 154).

Volver a mirar a España: volver a Cervantes

A partir de los años noventa del siglo xx, puede reconocerse una leve huella en la narrativa uruguaya que marca un retorno a España en el horizonte ficcional.

En 1989, se publica *Maluco, la novela de los descubridores*, de Napoleón Baccino Ponce de León.²⁹² La historia trata de Juanillo Ponce de León, quien escribe una carta a Carlos v contando sus experiencias como bufón de la flota al mando de Magallanes que partió de Sevilla en agosto de 1519 y regresó a España tres años después, luego de haber dado la vuelta al mundo y haber perdido a la mayoría de sus hombres, entre ellos, a su comandante. Muchos años después, el objeto de la carta es reclamar una pensión al emperador, cuya ausencia es significativa en la novela, como ha señalado Roberto Ferro, ya que

la huella de la lectura de la carta de Juanillo se manifiesta en la respuesta que hace al rey Juan Ginés de Sepúlveda, que revela la orden real de constatar la verdad del relato. Pero es una huella que marca la ausencia de la voz de Carlos v, tan poderosa dentro de la economía de la novela, que no desaparece sin antes dejar su rastro indeleble. La elisión tiene mayor relevancia porque la carta de Sepúlveda está datada el 21 de setiembre de 1558, fecha de la muerte del rey, por lo tanto, no habrá posibilidad alguna de atenuar esa ausencia (Ferro, 2001: 35).

La osadía y desmesura de la empresa de navegación que narra el subalterno Juanillo funciona como metáfora de las angustias y del destino humano, reflejando una opinión de su autor sobre «la belleza de los grandes esfuerzos inútiles» (cit. en González Briz, 2001: 59-60). Pero el resorte narrativo que interesará, en este caso, es la coincidencia entre el apellido del autor y el del personaje. Como guiño de complicidad, permite también imaginar la estirpe de los antepasados españoles (del narrador, del lector, de la mayoría de la población uruguaya que tiene antepasados inmigrantes por más de una línea de ascendencia).²⁹³

En el momento en que se publica la novela, con un país todavía devastado moral y económicamente, y humillado internacionalmente por las huellas

292 BACCINO PONCE DE LEÓN, Napoleón, *Maluco, la novela de los descubridores*, La Habana: Casa de las Américas, 1989 (2.ª ed., Barcelona: Seiz Barral, 1990).

293 Recuérdese el ya mencionado artículo de Napoleón Baccino, «San Miguel de Cervantes, patrono de España», en el que el autor reúne en una breve nota la tradición que identifica obra y nación, así como reivindica el lugar privilegiado de Cervantes en la narrativa contemporánea

de la dictadura, ante la inminencia de la celebración del quinto centenario del Descubrimiento, que pasó a ser, en una terminología políticamente más correcta, Encuentro de Dos Mundos, la mirada hacia España estaba cambiando una vez más, y, en ese sentido, es pertinente esta provisoria conclusión como cierre de un recorrido simbólico por los lazos culturales. Desde el fin del franquismo y aun antes, España había sido un destino bastante frecuente de la inmigración económica uruguaya de los años setenta, que algunos consideraron convenientemente «de retorno», por tratarse muchas veces de nietos de inmigrantes, pero no en todos los casos. Mientras España, a partir de 1980, aceleró el camino hacia la prosperidad europea, los antepasados españoles, antes casi siempre ignorados por los uruguayos, cuando no despreciados —en una sociedad que había necesitado, para construirse desde el aluvión inmigratorio, del olvido de los orígenes—, comenzaron lentamente a prestigiarse. Este movimiento simbólico ha dejado, como se dijo, al menos algunas leves huellas en la literatura de los últimos años, ya sea en un registro nostálgico, afectivo o irónico, aunque no es un fenómeno que haya merecido atención por el momento.²⁹⁴

A los efectos que involucran el tema de nuestro trabajo, las ficciones de afinidad cervantina (por otra parte, tan escasas en Uruguay), esta huella es marcada e indica la fuerza aun inconsciente que mantiene en el imaginario la conexión entre Cervantes y la tradición española como dotación de identidad, cuando las condiciones para sostenerla se vuelven, como en este caso, precarias.

Esta búsqueda de los orígenes está presente, aunque de modo bastante indirecto, en la ficción de Estefanell y apareció también en otra novela uruguaya, de 1997, en la que Cervantes y el *Quijote* asumirían un lugar fundamental en la trama. Se trata de *Los pelagatos*, de Alberto Gallo, premiada por la editorial Planeta de Argentina y publicada luego en Buenos Aires.²⁹⁵

Los pelagatos, al igual que *El retorno de don Quijote, caballero de los galgos*, apela a la identificación del narrador protagonista con el nombre del autor que firma la portada del libro. También se desarrolla como una autobiografía, al menos en otro sentido: el propósito de narrar una historia que arranca en la infancia y culmina en la confirmación de la edad adulta. Es decir, aunque podría leerse como novela de aprendizaje, la coincidencia entre el nombre del autor de la portada y el del narrador induce, equívocamente, a la identificación autobiográfica, que se distiende solo cuando empiezan a proliferar los acontecimientos inauditos. Asimismo, no presenta otros requisitos establecidos por Philippe Lejeune para la existencia del pacto autobiográfico. De hecho, no hay títulos

294 Además de las ficciones mencionadas, otros casos en que aparece esa ansiedad de retorno o ansiedad por los orígenes es en la novela *Atlántico* (2006), de Andrea Blanqué, y, en algún sentido, la cáustica *Hispania Help* (2009), de Mercedes Estramil. Aunque ambas novelas puedan pensarse, desde una cierta perspectiva crítica, como parte posible de una serie, solo lo dejamos anotado, ya que no tienen ninguna conexión con el tema de este trabajo.

295 El hecho de que los títulos que estamos considerando se hayan publicado en Buenos Aires da cuenta de la fragilidad de mercado editorial uruguayo en esos años, aunque esta consideración entra fuera de nuestro trabajo.

que establezcan el carácter de *memorias* ni una sección donde se selle de forma explícita un «compromiso del narrador de comportarse como si fuera el autor» (Lejeune, 1991: 47-61). De igual modo, ciertas coincidencias sugieren un débil pacto en ese sentido que, por eso mismo, desliza el relato hacia una zona incierta entre verdad y ficción que es uno de sus puntos más fuertes: la edad, el barrio donde creció el personaje y algunos datos de su formación, que aparecen en *Los pelagatos*, se repiten en los reportajes concedidos por el autor.

Este historial de vida incluye la preocupación por los orígenes, el deseo de recuperar las voces y las vidas de sus antepasados (la historia de sus padres y abuelos, para empezar), de modo que estos ayuden a explicar los rasgos excepcionales que caracterizan su personalidad, en especial su dificultad de adaptación al mundo. Claro que la reconstrucción de esas historias se da en un plano más simbólico que realista. Y esa puede ser una de las claves para entender el humor del libro (en muchos aspectos, humor negro, pero que adopta registros grotescos y paródicos, principalmente de algunos géneros cinematográficos). Quizá lo que hace más difícil entrar en el juego novelesco sea, precisamente, la falta de ensamblaje, no de las partes, cuyo armado puede corresponderle al lector, sino de los distintos tonos que adopta en cada una de ellas, a veces sin una clara motivación que relacione tono y trama. Es decir, el pasaje del sentimentalismo a lo grotesco —y viceversa— es, muchas veces, inexplicable, u ocurre en una transición tan frágil que desconcierta. Porque la índole paródica de algunos episodios tampoco se presenta nítidamente.

De todas maneras, el gesto que apunta a la parodia está presente en buena parte de la historia de este chico de barrio, cuyo padre es mago y prestidigitador en un programa de televisión para niños. La vivienda familiar está lindera al cine del barrio de Colón, por lo que el niño escucha cada noche, desde su dormitorio, los diálogos de las películas que no siempre puede ver. Gracias a este recurso, la reiteración de los diálogos escuchados una y otra vez (en todo tipo de películas, con cierta predominancia de las de aventuras) asaltan la memoria del protagonista en los momentos más insospechados, y él hace de ellos un uso artificioso que, muchas veces, sustituye su deseo y decisión propia y se transforma en recetas para salir del paso, en un procedimiento que, por momentos, nos recuerda a los discursos (y acciones) librescos de don Quijote con relación a lo leído en los relatos caballerescos.

Independientemente de este punto, un fuerte nexo argumental une la historia del adolescente montevideano de los años setenta con el libro de Cervantes. Por un lado, la abuela Antonia —quien había sido una infatigable luchadora y amante de varios hombres, además de pasarse el día aplicando refranes a todas las situaciones— le confía antes de morir una misteriosa herencia encerrada en una caja de roble que contiene una primera edición del *Quijote* de 1605, dedicada especialmente por el autor: «Dirigida a Juan Gallo de Andrada, leal compañero de andanzas, entrañable amigo y padrino del ingenioso hidalgo» (Gallo, 1997: 216). El legado resulta una carga para el protagonista, no solo

porque detesta el *Quijote*, mal aprendido y peor enseñado en las clases de literatura, sino porque la posesión del libro lo va a ir enredando en una serie de acontecimientos en los que se conjugarán recursos propios del policial negro y película de carretera.

Esa malla argumental sostiene, de hecho, una segunda trama que es, en realidad, la que da inicio al libro y funciona como historia paralela, si bien en esta el recurso paródico humorístico está reducido al mínimo. La edición de 1605, conservada primorosamente en Uruguay por los descendientes de Juan Gallo, viene acompañada de seis cartas (por supuesto, desconocidas) que este le dirigió a Felipe III, dándole cuenta, a pedido del rey, de su conocimiento del autor del *Quijote* y de las vivencias que compartieron en sus años mozos.

De modo que la novela se estructura dando lugar a las dos historias que tienen, sin embargo, un fuerte punto de contacto, porque Juan Gallo de Andrada, escribano de cámara de Felipe II, es un antepasado directo del protagonista, llamado Alberto Gallo, como el autor. El tono de las cartas del certificador real, a quien le correspondió nada menos que poner precio al libro más célebre escrito en castellano, es de un resentimiento tan profundo hacia Cervantes como lo fue el amor y la admiración que sintió por él. Es la historia contada por el segundón, a quien nunca lo tocó la fama, ni en Nápoles, ni en Lepanto, ni en Argel, lugares donde compartió con Cervantes toda clase de vicisitudes. Aún habiendo logrado llegar a escribano de cámara del rey, Gallo siente que la publicación del *Quijote* es un golpe mortal a su orgullo y quedará atado, por toda la eternidad, a ver estampado su nombre en la primera página del libro, lo que confirma para siempre su lugar de sombra de Cervantes, su condición de nadie.

A raíz de una serie de complicaciones en las que el adolescente uruguayo se ve envuelto y por culpa de una *femme fatale*, inspirada en las películas del género policial negro, este pierde el valioso ejemplar, pues una banda de mafiosos huye con él por la frontera de Brasil (que opera, en el imaginario uruguayo, como el territorio sin ley, simétrico a lo que representaría en el cine norteamericano atravesar la frontera mexicana).

Más allá de las enormes diferencias que no es necesario desarrollar, hay un aspecto que une a *Los pelagatos* con *Maluco...*, y es la necesidad (o el deseo) del autor uruguayo de construir a sus antepasados españoles mediante la ficción novelesca. Bufón de corte o escribano real, los dos narradores (que, además, se expresan en género epistolar) reclaman ante una especie de desatención del poderoso, escriben desde la acritud y, muchas veces, desde la irreverencia que les facilita la convicción de haberlo perdido todo o de saber que ya no hallarán favores ni reconocimientos, aunque hayan contribuido al engrandecimiento del reino, arriesgado su vida, sido partícipes de hechos clave de la historia y testigos cercanos de la vida de grandes personajes. Dignos sin fortuna, inteligentes con poca suerte, no elegidos por el azar, marginales de la gloria, desvelan con sus historias entretelones significativos y matices de los grandes hechos y los grandes hombres.

Las coincidencias nominales señaladas entre los personajes que pertenecen a un pasado español que data de varios siglos y la firma autorial alientan a pensar en una forma subsidiaria de creación de la propia imagen del autor, quien reafirma indirectamente un sentido de pertenencia ancestral que coincide —en esa precisa coyuntura histórica— con un centro de poder que representa España, por ser, entre otras cosas, el mayor mercado editorial de la lengua y dominante en términos económicos.

Resulta significativa, si se mira desde una perspectiva más amplia, esa elección de punto de vista como metáfora del escritor hispanoamericano que mira hacia España con actitud digna pero reclamante, con cierta resignación de quien ha sido condenado a una voz marginal y desatendida y de quien asume la posición de descendiente ignorado que recupera su lugar mediante la ficción.

Esta posición que comparten personaje y autor en tanto subalternos al poder, pero configurando una forma de estatus alternativa concedida por la singularidad o el talento, en un mundo absolutamente gobernado por intereses mercantiles, puede conectarse, en cierto modo, con la posición del escritor en la sociedad áurea. La necesidad de los autores de edificarse un nombre, un perfil, y de autocimentar un prestigio que les permitiera legitimar un lugar simbólico en la sociedad, así como un sustento material que, por medio del mecenazgo, garantizara el vivir de las letras, generó una ambigua relación entre los escritores y el poder (personajes nobles e influyentes en la Corte), como se ha estudiado en dedicatorias, galería de escritores, parnasos y correspondencia de época (Carreño, 2004; Martínez Hernández, 2010). La necesidad de ganar el reconocimiento dio lugar a la tónica del merecimiento, en cuanto conjunto de ideas y argumentos adecuados para fundamentarlo. Esta tónica sobreentiende, a menudo, en textos de escritores del siglo de oro (como Lope o Cervantes, entre otros), la evidencia penosa de la falta de reconocimiento del poderoso. En cierta forma, esa tensión también puede detectarse como un legado cervantino, visible, por ejemplo, en la mencionada novela de Alberto Gallo. Si en el contexto social del siglo xvii Juan Gallo de Andrada aparece como alguien más cercano a los poderosos y amparado por una protección burocrática nobiliaria de la que carece el escritor pobre y sin mecenas fuerte, el enfoque de los siglos eleva a Cervantes y vuelve insignificante al escribano de cámara del rey, lo que, implícitamente, prestigia el oficio del escritor gracias a una perspectiva ampliada que lo redimensiona.

Tomando en cuenta el camino que se ha ido diseñando y recorrido en el transcurso de esta investigación, es interesante observar que el *Quijote* reaparezca en la literatura uruguaya de fines del siglo xx unido a este gesto de retorno simbólico a España, en un sentido mucho más rico y más problemático que el ocurrido un siglo antes, aunque son épocas demasiado cercanas como para sacar conclusiones y menos aún pretender generalizarlas.

Parte V

INSCRIPCIONES DE ENTRESIGLOS:
IDENTIFICACIONES,
REPETICIONES Y DIFERENCIAS

Los textos de ficción más recientes analizados en el último capítulo y pertenecientes a Eduardo Galeano, Alberto Gallo y Marcelo Estefanell logran, sin duda, desprejarse de la apreciación del *Quijote* en el sentido mítico reductivo de representación de valores colectivos, señalada al inicio, como la latinidad o la hispanidad, tal como se ha visto que funcionó en el entresiglo anterior.

Si bien no es pretensión de este trabajo proponer una periodización que abarque la producción literaria uruguaya en su conjunto, en el correr de la investigación se ha ido definiendo un recorrido por distintos textos que trazan una cartografía específica delineada por las relaciones simbólicas con España y, en especial, por aquellos en los que dichas relaciones aparecen mediadas por la figura de don Quijote o la estimación de Cervantes.²⁹⁶ Solo en ese aspecto pueden reconocerse momentos marcados por esas oscilaciones entre acercamiento y distancia, identificación en un ámbito lingüístico y cultural común, y tendencias a la diferenciación nacionalista o al cosmopolitismo (que, a menudo, se ha confundido con europeísmo), de los que las expresiones literarias aquí consideradas han ido dando cuenta.

Así, se percibe un primer momento (durante el siglo XIX) de iniciales y modestas referencias al *Quijote* en la literatura nacional, presente en las primeras bibliotecas y leído hasta ingenuamente por los primeros escritores criollos (sin excluir la breve aparición gauchesca), aunque todavía sin manifestarse en ellas tensión alguna respecto a la pertenencia cultural del objeto y su inscripción en el imaginario nacional, no discutida.

Un segundo momento, cuyo eje puede ser trazado por los centenarios de 1905 y 1916, se recorta en las primeras décadas del siglo XX, en el que creemos reconocer en la serie literaria el esfuerzo por la edificación del imaginario de la nación moderna mediante la reintegración simbólica a España. Paralelo a esto, en el imaginario ácrata y socialista, el *Quijote* pudo representar también valores universalistas, fácilmente identificables para todos los públicos. Asimismo, el pensamiento filosófico novecentista se nutrió del símbolo, abrevando no solo en la filosofía española, sino europea.

El rescate espiritualista laico de don Quijote corrió por distintas vías, desde la mencionada invocación dolorista y heroica hasta la reivindicación de la locura quijotesca, que, incluso, pasó en algún momento a representar al artista mismo, reforzando la metáfora romántica de su conflictiva relación con la sociedad. En ese sentido, lo retomaron, momentáneamente, por ejemplo, algunos textos de corte surrealista en la década del cuarenta que volvieron a reclamar su universalismo.

Al detenerse en fechas, se ha observado que, cuando ocurrió el tercer centenario de Góngora en 1927, se pusieron en evidencia algunas diferencias en las formas latinoamericanas del posible homenaje y una tensión en las relaciones con

296 De hecho, a los efectos de este trabajo, ha sido necesario, en buena medida, prescindir de las periodizaciones ya clásicas de la historiografía literaria uruguaya, que no se adecuan, como es lógico, a esta cartografía.

España, agudizada ese mismo año por la polémica sobre la pretensión española de instituir Madrid como «meridiano cultural de Hispanoamérica». Las repercusiones de este debate «por el meridiano» en todo el continente (así como sus expresiones uruguayas) dan cuenta de uno de los momentos en que la necesidad de marcar distancia con España se hizo más acuciante, en un movimiento de fuerte empuje hacia la autonomía cultural de América Latina con relación a la exmetrópolis.

Sin embargo, debe destacarse que, en ningún caso, hemos registrado que este movimiento separatista alcanzara la figura de don Quijote o la obra cervantina, aun a pesar de la estrecha vinculación simbólica que estas adeudaban con la nación española. Por el contrario, en 1927, encontramos una de las primeras ficciones conjeturales rioplatenses que se hace cargo de la repercusión de la llegada del primer ejemplar del *Quijote*, reivindicándolo en un legítimo derecho de pertenencia y vinculándolo a la amabilidad de la conquista, que se presenta como «inofensiva» en estos territorios.

Como ya se dijo, la guerra civil española y las circunstancias políticas de las décadas de los treinta y cuarenta del siglo pasado volvieron a anudar los destinos de las dos orillas del Atlántico y a comprometer la búsqueda de una identidad cultural común que la literatura podía sellar, así como la expresión de ideas con las que se debía embanderar.

Durante los años cincuenta y sesenta, se produjo un pico cultural que coincidió con los frutos de la sociedad del bienestar económico y con el empuje de las clases medias urbanas en Uruguay, pero que daría paso, hacia el final del período, a un rápido deterioro que culminaría en el derrumbe político, económico e institucional de los años setenta. En ese marco, se distingue un primer momento de fortalecimiento y cierta autonomía del campo literario local, aunque en estrecho y casi inmediato contacto permanente con las novedades de la literatura europea, norteamericana y latinoamericana. En un aspecto muy acotado, las referencias al *Quijote* en este período se bifurcaron en dos manifestaciones. Por un lado, una serie de artículos que determinaron acercamientos más eruditos o profesionales, en una incipiente conformación del campo académico que abortaría el inicio de la dictadura militar. Por otro, la apelación al mito quijotesco francamente político, reservado casi exclusivamente a las manifestaciones referidas a la dictadura franquista en España y a la identificación de los exiliados en Latinoamérica.

Los contactos culturales entre Uruguay y España parecen trazar, durante el siglo xx, un dibujo sinuoso de vaivenes permanentes, cuyos puntos son marcados, más que nada, por las circunstancias políticas. La dictadura uruguaya, por ejemplo, permitió reciclar, además de consignas, íconos y canciones de la guerra civil española, cuya memoria estaba todavía fresca en el imaginario colectivo, en virtud de la permanencia del franquismo en el poder y de la radicación de exiliados, una serie de simbolismos vinculados a la lucha y a la resistencia cultural, entre los que puede señalarse el mito quijotesco. Esta

circunstancia se materializó en la literatura a partir de los testimonios de los presos políticos y de sus producciones ficcionales surgidas años después, y en las connotaciones implícitas en textos de la época, como las mencionadas referencias de Eduardo Galeano.

Por el contrario, la última década del siglo xx y lo que en esta sección hemos llamado *entresiglos*²⁹⁷ están marcados por una tendencia al distanciamiento con respecto a lo español, signada, en el comienzo, por las polémicas en torno al quinto centenario de la llegada de los españoles al continente²⁹⁸ y sostenida por el crecimiento económico de España y su cada vez más plena integración a la Unión Europea (es precisamente en 1992 cuando este país adopta el euro como moneda oficial). Las distintas crisis económicas que Uruguay enfrentó en ese período, las aspiraciones a la migración forzosa hacia Europa a causa del desempleo y el consiguiente endurecimiento de la política de ingreso de latinoamericanos al territorio español en los últimos años del siglo xx y principios del XXI enfriaron, aún más, unas relaciones que oscilaban entre la familiaridad histórica y la ajenidad posmoderna. De igual modo, las relaciones culturales y los vínculos que espejan los textos literarios y los fenómenos artísticos no son, de ningún modo, un reflejo mecánico de estas circunstancias que aquí, como a lo largo de este libro, se emplean solo como marco atendible para su interpretación. Más bien, por el contrario, como se ha intentado mostrar, los últimos textos de ficción relevados ponen de manifiesto una mirada finisecular hacia España y de lo español cargada de ambigua fascinación.

297 Zona de fechas que extenderemos, por razones operativas, hasta el centenario cervantino de 2005, cuyas expresiones quedan fuera de esta investigación.

298 Germán Patiño reseñó ya, en ese momento, las posiciones continentales frente a los debates suscitados por el quinto centenario de la llegada de Colón a América. Véase: PATIÑO, Germán, «Debate al quinto centenario del descubrimiento de América» [EN LÍNEA], en *El Hombre y la Máquina*, n.º 15, Cali, marzo de 1993. Disponible en: <<http://ingenieria.uao.edu.co/hombreymaquina/index.php/ediciones/72-edicion08/332-index-02>> (consultado en noviembre de 2013).

BIBLIOGRAFÍA

Ediciones consultadas de *Don Quijote de la Mancha*

- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, Madrid: Real Academia Española/Asociación de Academias de la Lengua Española, 2004 (introducción y notas de Francisco Rico, prólogos de Francisco Ayala y Martín de Riquer, entre otros).
- *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Alcalá de Henares: Ediciones del Centro de Estudios Cervantinos, 1993 (edición de Florencio Sevilla Arroyo y Antonio del Rey Hazas).
- *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Barcelona: Crítica, 1998 (edición del Instituto Cervantes, dirigida por Francisco Rico).
- *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Madrid: Castalia, 1991 (edición anotada de Luis Andrés Murillo).
- *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Buenos Aires: Eudeba, 2005 [1969] (edición anotada por Celina Sabor de Cortázar e Isaías Lerner. Prólogo de Marcos Morínigo).
- *Obras completas. I. Don Quijote de la Mancha. Seguido del Quijote de Avellaneda*, Barcelona: Planeta, 1962 (edición, introducción y notas de Martín de Riquer).

Ediciones de otras obras de Cervantes

- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, *La Galatea*, Madrid: Cátedra, 2011 [1995] (edición de Francisco López Estrada y María Teresa López García-Berdoy).
- *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, Madrid: Castalia, 1969 (edición de Juan Bautista Avalle-Arce).
- *Novelas ejemplares*, Madrid: Castalia, 1982 (edición de Juan Bautista Avalle-Arce).

Biografías consultadas de Cervantes

- LUCÍA MEGÍA, José Manuel, *La juventud de Cervantes. Una vida en construcción*. Madrid: EDAF, 2016.
- *La madurez de Cervantes*, Una vida en la Corte, Madrid: EDAF, 2016.

Bibliografía y fuentes sobre el *Quijote* en América en la etapa colonial y el siglo XIX

- ALBERDI, Juan Bautista, *Peregrinación de luz del día o viaje y aventuras de la verdad en el Nuevo Mundo*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1983.
- AYESTARÁN, Lauro, *El folklore musical uruguayo*, Montevideo: Arca, 1967.
- «La primitiva poesía gauchesca en el Uruguay: 1812-1851», en *Revista del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios*, n.º 1, año 1, tomo 1, Montevideo, diciembre de 1949, pp. 143-208.

- BÁIG BAÑOS, Aurelio, *El primer Quijote suramericano y el uruguayo don Arturo E. Xalambri*, Madrid: Unión Poligráfica S. A., 1934.
- BARBÁCHANO, Carlos, «El desastre del 98 en la literatura española de la época», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 665, Madrid, noviembre de 2005.
- BARCIA, Pedro Luis, «El *Quijote* en la Argentina. Período hispánico», en *Boletín de estudios hispánicos* (BOEHI), n.º 30, Bahía Blanca, mayo de 2004, pp. 73-92.
- BIAGINI, Hugo E., «La revolución del 90 y el semanario *Don Quijote*», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 487, Madrid, enero de 1991, pp. 103-110.
- CABALLERO CALDERÓN, Eduardo (ed.), *Cervantes en Colombia*, Madrid: Patronato del IV Centenario de Cervantes, 1948.
- CHÁVEZ, Fermín, *Historia y antología de la poesía gauchesca*, Buenos Aires: Margus Ediciones, 2004.
- FERRER, Damián, *De Cervantes al Martín Fierro*, La Plata: Ediciones Almafuerte, 1989.
- FERRÉS, Carlos, *Época colonial. La compañía de Jesús en Montevideo*, Montevideo: Biblioteca Artigas, 1975.
- FURLONG, Guillermo S. J., *Los jesuitas y la cultura rioplatense*, Buenos Aires: Huarpes, 1946.
- HERNÁNDEZ, José, *Martín Fierro*, Buenos Aires: Eudeba, 1960.
- ICAZA, Francisco A., *El Quijote durante tres siglos*, Madrid: Imprenta de Fortanet, 1918.
- LEONARD, Irving A., *Los libros del conquistador*, México: Fondo de Cultura Económica, 1953.
- MONTERO REGUERA, José, «La recepción del *Quijote* en Hispanoamérica», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 500, Madrid, febrero de 1992, pp. 133-140.
- PALMA, Ricardo. «Sobre el *Quijote* en América», en ídem, *Cien tradiciones peruanas*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977, pp. 396-401 (selección y prólogo de José Miguel Oviedo).
- «Sobre el *Quijote* en América» [EN LÍNEA], en Eva M.^a VALERO JUAN (recop.), «El *Quijote* en Perú», en Centro Virtual Cervantes, *El Quijote en América*. Disponible en: <http://cvc.cervantes.es/literatura/quijote_america/peru> (consultado en noviembre de 2012).
- PÉREZ CASTELLANO, José Manuel, *Selección de escritos. Observaciones sobre agricultura*, tomo II, Montevideo: Biblioteca Artigas, 1968 (colección Clásicos Uruguayos) (prólogo de Benjamín Fernández y Medina).
- RODRÍGUEZ MARÍN, Francisco, *Estudios cervantinos*, Madrid: Atlas, 1949.
- ROJO VEGA, Anastasio, «Los libreros españoles y América», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 500, Madrid, febrero de 1992, pp. 115-131.
- SABAT PEBET, Juan Carlos, «Las bibliotecas de don Manuel Cipriano de Melo y doña María Clara Zabala», en *Boletín Histórico*, n.ºs 75-76, Montevideo, enero-junio de 1958.
- SALVADOR, Álvaro, «Relecturas americanas de Cervantes», en Juan Carlos RODRÍGUEZ; SALVADOR A., ESTEBAN, A., *Cervantes y América*, Granada: Diputación de Granada, 2005.
- ZAVALA, Iris, *Fin de siglo: modernismo, 98 y bohemia*, Madrid: Cuadernos para el Diálogo, 1977.

Fuentes sobre el *Quijote* en el Novecientos

- ALARCÓN SIERRA, Rafael, «Don Quijote y el modernismo» [EN LÍNEA], en *Magazine Modernista*, n.º 11, mayo de 2009. Disponible en: <<http://magazinmodernista.com/>>.
- BADANELLI, Pedro (comp.), *Cartas inéditas de Unamuno a Alberto Nin Frías*, Buenos Aires: Edición La Mandrágora, 1962.

- BAUZÁ, Francisco, *Estudios literarios*, Montevideo: Biblioteca Artigas, 1953 [1885] (colección Clásicos Uruguayos).
- COSTA, Joaquín, *Oligarquía y caciquismo. Colectivismo agrario y otros escritos*, Madrid: Alianza, 1969.
- DARÍO, Rubén, *Poesías completas*, Madrid: Aguilar, 1967 (edición, introducción y notas de Alfonso Méndez Plancarte. Aumentada con nuevas poesías y otras adiciones por Antonio Oliver Belmas).
- FALCÃO ESPALTER, Mario, «A propósito del tercer centenario del *Quijote*», en ídem, *Del pensamiento a la pluma: variaciones literarias, discursos, esbozos críticos*, Barcelona: Luis Gilli, 1914.
- *El Quijote en las escuelas*, Montevideo: Imprenta La Buena Prensa, 1916.
- FRUGONI, Emilio, «In memoriam: poesía a don Quijote», en *Fray Mocho*, año 5, n.º 232, Buenos Aires, octubre de 1916 (dibujo de Peláez).
- LUGONES, Leopoldo, «Dos ilustres lunáticos», en ídem, *Lunario sentimental*, Buenos Aires: Arnold Moen, 1909.
- MAEZTU, Ramiro, *Don Quijote, don Juan y la Celestina*, Madrid: Espasa-Calpe, 1972.
- MESÍAS, Jorge Enrique, «El ideal de don Quijote y la fuerza que lo mantiene», en *Cervantes*, Ciclo de conferencias organizadas por la Sección de Literatura Iberoamericana, Montevideo: Instituto de Estudios Superiores (Talleres Gráficos Al Libro Inglés), 1948: 67.
- MARTÍNEZ RUIZ, José (*Azorín*), *Clásicos y modernos*, Buenos Aires: Losada, 1949.
- MORA GUARNIDO, José, «Hamlet y don Quijote», en *Alhambra*, n.º 20, Granada, 1917, pp. 351-354.
- NIN FRÍAS, Alberto, *Cervantes*, ensayo sobre una sociedad literario-internacional, Montevideo: M. Martínez, 1900.
- ORTEGA Y GASSET, José, *Meditaciones del Quijote*, Madrid: Revista de Occidente, 1914.
- PÉREZ PETIT, Víctor, *Cervantes*, Montevideo: Dornaleche y Reyes, 1905.
- REYLES, Carlos, *La muerte del cisne*, París: Ollendorff, 1910.
- RODÓ, JOSÉ ENRIQUE, «Correspondencia. Con Leopoldo Alas», en ídem, *Obras completas*, 2.ª ed., Madrid: Aguilar, 1967, pp. 1122-1128 (edición, prólogo, bibliografía y notas de Emir Rodríguez Monegal).
- «Don Quijote vencido», en ídem, «Motivos de Proteo», *Obras completas*, Madrid: Aguilar, 1957, pp. 310-311 (edición, prólogo, bibliografía y notas de Emir Rodríguez Monegal).
- «El centenario de Cervantes», en ídem, «Escritos misceláneos», *Obras completas*, Madrid: Aguilar, 1957, pp. 1210-1211 (edición, prólogo, bibliografía y notas de Emir Rodríguez Monegal).
- «El Cristo a la jineta», en ídem, «El mirador de Próspero», *Obras completas*, Madrid: Aguilar, 1957, pp. 521-522 (edición, prólogo, bibliografía y notas de Emir Rodríguez Monegal).
- «El Rat-Pick», en ídem, «El mirador de Próspero», *Obras completas*, Madrid: Aguilar, 1957, pp. 508-514 (edición, prólogo, bibliografía y notas de Emir Rodríguez Monegal).
- «La España niña», en ídem, «El mirador de Próspero», *Obras completas*, Madrid: Aguilar, 1957, pp. 721-722 (edición, prólogo, bibliografía y notas de Emir Rodríguez Monegal).
- «Montalvo», en ídem, «El mirador de Próspero», *Obras completas*, 2.ª ed., Madrid: Aguilar, 1967, pp. 589-627 (edición, prólogo, bibliografía y notas de Emir Rodríguez Monegal).

- RODÓ, JOSÉ ENRIQUE, *Obras completas*, 2.ª ed., Madrid: Aguilar, 1967 (edición, prólogo, bibliografía y notas de Emir Rodríguez Monegal).
- «Prólogo», en ídem, «El terruño», *Obras completas*, Madrid: Aguilar, 1957, pp. 992-997 (edición, prólogo, bibliografía y notas de Emir Rodríguez Monegal).
- UNAMUNO, MIGUEL, *Vida de don Quijote y Sancho*, Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública, 1964.
- VALERA, JUAN, «El centenario», en ídem, *Obras completas*, vol. III, Madrid: Aguilar, 1947a, pp. 947-956.
- «Consideraciones sobre el *Quijote*», en ídem, *Obras completas*, vol. III, Madrid: Aguilar, 1947b, pp. 1245-1258.
- «Sobre el Quijote y sobre las diferentes maneras de comentarlo y juzgarlo», en ídem, *Obras completas*, vol. III, Madrid: Aguilar, 1947c, pp. 1064-1086.
- «Tabaré», en ídem, *Obras completas*, vol. III, Madrid: Aguilar, 1947d, pp. 386-397.
- «Cartas Americanas», en *Obras completas*, vol. III, Madrid: Aguilar, 1947e.
- «Geometría moral», en ídem, *Obras completas*, vol. II, Madrid: Aguilar, 1949a, pp. 119-1127.
- «La estafeta de Urganda, o aviso de Cide Asam-Quzad Benengeli sobre el desencanto de don Quijote», en ídem, *Obras completas*, vol. II, Madrid: Aguilar, 1949b, pp. 280-292.
- VAZ FERREIRA, CARLOS, «¿Cuál es el signo moral de la inquietud humana?», en ídem, *Fermentario*, Montevideo: Tipografía Atlántida, 1938, pp. 199-217.
- VISCA, ARTURO S. (comp.), *Correspondencia de Zorrilla de San Martín y Unamuno*, Montevideo: I. N. I. A. L., 1955.
- ZORRILLA DE SAN MARTÍN, JUAN, «A mi América española», en ídem, *Las Américas*, Montevideo: Ed. Ceibo, 1945.
- *Conferencias y discursos*, tomo I, Montevideo: Dornaleche y Ramos, 1905.
- *Conferencias y discursos*. Montevideo: Biblioteca «Artigas», Colección de Clásicos Uruguayos, 1965: XIX a XLIX [1905].
- «Humildad», en ídem, «Huerto cerrado», *Ensayos*, tomo III, Montevideo: Biblioteca Artigas, 1978 (colección Clásicos Uruguayos) (prólogo de Arturo Sergio Visca).
- *Juan Zorrilla de San Martín en la prensa. Escritos y discursos*, Montevideo: Ediciones del Sesquicentenario, 1975 (recopilación, ordenación, estudio preliminar y notas de Antonio Seluja).

Fuentes sobre el *Quijote* en los centenarios rioplatenses de 1947 y 1955

- AGUILERA FUENTES, MARIO, *En un lugar de América*, La Habana: Molina y Compañía, 1943.
- ALBERTI, RAFAEL, «Cervantes nos pertenece», en *España Democrática*, Montevideo, 16 de octubre de 1947.
- «La *Numancia*» (sobre la representación en Montevideo por Margarita Xirgú), en *El Comercio*, Lima, 25 de abril de 1947.
- *Numancia* (versión de *El cerco de Numancia*, de Miguel de Cervantes), Buenos Aires: Losada, 1943.
- *Obras completas*, Madrid: Aguilar, 1988 (edición, introducción, bibliografía y notas de Luis García Montero).

- AMADOR SÁNCHEZ, Julio. «Capricho de los hados. El franquismo frente al Cuarto Centenario de Cervantes», en *España Republicana*, Buenos Aires, 14 de junio de 1947.
- AMILIBIA, Miguel de, «La afrenta de los bellacos. Cervantes y la fementida canalla», en *Pueblo Español*, Buenos Aires, 1.ª quincena de junio de 1947.
- Autores varios, «Homenaje a Cervantes. IV Centenario del Nacimiento de Miguel de Cervantes. Ateneo Federico García Lorca». Coordinado por Santiago Viturera, en *Revista del Ateneo Federico García Lorca*, n.º 1, Montevideo, octubre de 1947.
- Autores varios, *Homenaje a Cervantes en el IV Centenario de su Nacimiento*, Montevideo: Consejo Nacional de Educación Primaria, 31 de octubre de 1947.
- Autores Varios, *Boletín de la Academia Argentina de Letras. Homenaje a Cervantes*, tomo XVI, n.º 61, Buenos Aires, octubre de 1947.
- AZAÑA, Manuel, *Cervantes y la invención del Quijote*, Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria/Cuadernos de Literatura 10, 1969 (fragmento de la edición de Madrid: Espasa Calpe, 1934: 5-72).
- BENAVENTE, Manuel, *Tres conferencias sobre Cervantes*, San José: Ed. Cenit, 1947.
- BERGAMÍN, José, «La primera edición disparatada... selección autorizada», en *Revista del Ateneo Federico García Lorca. Homenaje a Cervantes*, Montevideo, 1947, pp. 9-10.
- CARPENTIER, Alejo, «Numancia», en ídem, *Crónicas*, tomo II, La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1985, pp. 73-79 (originalmente en *Carteles*, 22 de agosto de 1937).
- Consejo de Educación Primaria y Normal, *Homenaje a Cervantes en el IV Centenario de su Nacimiento*, Montevideo: Consejo de Educación Primaria y Normal, 1947.
- «El genio y los pigmeos», en *España Democrática*, Montevideo, 14 de abril de 1955.
- «El significado que tiene para el pueblo la fiesta de la raza», en *Pueblo Español*, 2da. época, n.º 13, Buenos Aires, 12 de octubre de 1941.
- FELIPE, León, «Habla León Felipe», en *Homenaje a Cervantes. IV Centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes*. Ateneo Federico García Lorca. Montevideo, *Revista del Ateneo Federico García Lorca*. n.º 1. Montevideo: Octubre de 1947a: 13-14.
- «Pie para el niño de Ballecas de Velázquez», en *Homenaje a Cervantes. IV Centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes*. Ateneo Federico García Lorca. Montevideo, *Revista del Ateneo Federico García Lorca*, n.º 1, Montevideo: Octubre de 1947b: 13.
- «Vencidos», en *Revista Sur*, n.º 158, Buenos Aires, 1947c, pp. 76-85.
- FIRPO, Orlando, «Philobiblion», en *Revista del Ateneo Federico García Lorca*, n.º 1, Montevideo, octubre de 1947.
- GÓMEZ, Roberto. «El ingenioso caricaturista don Miguel de Cervantes Saavedra», en *La Velela*, Paysandú, n.º 2, diciembre de 1955.
- IBARBOUROU, Juana de, «Cervantes», en *Revista del Ateneo Federico García Lorca*, Montevideo, n.º 1, octubre de 1947, p. 15.
- IBARGUREN, Carlos, «Discurso de don Carlos Ibarguren», en *Boletín de la Academia Argentina de Letras. Homenaje a Cervantes*, tomo XVI, n.º 61, Buenos Aires, octubre de 1947, pp. 461-466.
- MAEZTU, Ramiro de, *Defensa de la hispanidad*, Madrid: Riapl, 2001 [1998] (introducción de Federico Suárez).
- MARTÍNEZ MORENO, Carlos, «Otro año para el teatro», en ídem, *Crítica teatral*, tomo I, Montevideo: Cámara de Senadores, 1994, pp. 351-352.
- MEGGET, Humberto, *Obra completa*, Montevideo: Banda Oriental, 1991.

- ORTIZ SARALEGUI, «Yo sé quién soy», contesta don Quijote a Franco», en *Revista del Ateneo Federico García Lora*, Montevideo, n.º 1, octubre de 1947, p. 15.
- PERÓN, Juan Domingo, «Discurso de S. E. el señor presidente de la nación, general Juan Domingo Perón, en la sesión de homenaje a Cervantes», en *Boletín de la Academia Argentina de Letras. Homenaje a Cervantes*, tomo XVI, n.º 61, Buenos Aires, octubre de 1947, pp. 467-500.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir, «Carta abierta a Elena Rojas», en *Clinamen*, n.º 5, mayo-junio de 1948, pp. 50-51.
- ROJAS, Elena. «Concurso de sonetos cervantinos», en *Clinamen*, n.º 4, Montevideo, enero de 1948, pp. 40-41.
- TRAPIELLO, Andrés, *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil* [EN LÍNEA], Barcelona: Planeta, 1994.
- VITUREIRA, Cipriano S., «Cervantes en nuestro tiempo», en *Revista del Ateneo Federico García Lorca*, Montevideo, n.º 1, octubre de 1947, p. 15.

Fuentes sobre reescritura, recreaciones americanas y ficciones críticas relacionadas con el *Quijote*

- ALZUGARAT, Alfredo, «Las cárceles de la dictadura como espacios de lectura y reescritura del *Quijote*», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 147-154.
- BOSQUE, Carlos. «Don Quijote en Sudamérica», en *La Pluma*, año 1, n.º 1, Montevideo, 1927, pp. 127-134.
- CAILLABET, Carlos, «Los presos cuando trillan», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 161-164.
- ESTEFANELL, Marcelo, *Don Quijote a la cancha. Encuentro con el hidalgo que quiso ser personaje literario*, Buenos Aires: Ediciones Carolina, 2003 (prólogo de Ana Inés Larre Borges).
- ESTEFANELL, Marcelo, *El retorno de don Quijote, caballero de los galgos*, Buenos Aires: Carolina, 2004.
- «Don Quijote de la Mancha y el lector perfecto: un preso», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 155-159.
- GALEANO, Eduardo, «1597. Sevilla. En un lugar de la cárcel», en ídem, *Memoria del fuego I. Los nacimientos*, Montevideo: Ediciones del Chanchito, 2000 [1982], p. 188.
- «1616. Madrid. Cervantes», en ídem, *Memoria del fuego I. Los nacimientos*, Montevideo: Ediciones del Chanchito, 2000 [1982], p. 212.
- «Don Quijote de las paradojas», en *Página 12*, Buenos Aires, domingo 13 de febrero de 2005.
- GALLO, Alberto, *Los pelagatos*, Buenos Aires: Planeta, 1997.
- GULLIVER, Tristán (seudónimo de Ismael Urdaneta), «Don Quijote en la Argentina. Cap. 1», en *La Semana*, n.º 134, 23 de marzo de 1912.

- GUTIÉRREZ, Carlos María, «Viento del sur», en Juan Armando EPPLE, *Microquijotes*, Barcelona: Ediciones Thule, 2005, pp. 75-76.
- LEVRERO, Mario, «Giambattista Grozzo, autor de “Pierre Menard, autor del *Quijote*”», en Julio ORTEGA, *La cervantiada*, México: Ediciones del Equilibrista, 1992, pp. 57-58 (recoge 36 textos de escritores españoles e hispanoamericanos sobre Cervantes, muchos de los cuales son textos de ficción, aunque algunos están más cercanos a la crítica literaria).
- MONTALVO, Juan, *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, París: Garnier, 1930.
- MUJICA LÁINEZ, «El libro (1605)», en ídem, *Misteriosa Buenos Aires*, Madrid: ABC, 2004, pp. 38-42.
- SHUA, Ana María, «El ojo de la cerradura», en Julio ORTEGA, *La cervantiada*, México: Ediciones del Equilibrista, 1992, p. 119.

Bibliografía teórica, crítica e historiográfica

- ABELLA, Alcides, «Guido Castillo», en Alberto OREGGIONI (ed.), *Nuevo diccionario de literatura uruguaya*, Montevideo: Banda Oriental, 2001.
- ABREU, María Fernanda, «Pobres y ricos en el *Quijote* de 1615: réplicas-resistencia de Sancho y razones de Cervantes. *Dos lados en contrapunto*», en *eHumanista/Cervantes*, vol. 4, Santa Barbara, 2015, pp. 411-434.
- ACHUGAR, Hugo, «Parnasos fundacionales: letra, nación y Estado en el siglo XIX», en *Revista Iberoamericana*, vol. LXIII, n.º 178-179, University of Pittsburgh, enero-junio de 1997, pp. 13-31.
- AGAMBEN, Giorgio, «¿Qué es un dispositivo?», en *Tiempo de Crítica*, año I, n.º 36, Montevideo, 23 de noviembre de 2012, p. 15.
- ALFARO, Hugo, «Carlos Quijano», en Alberto OREGGIONI (ed.), *Nuevo diccionario de literatura uruguaya*, Montevideo: Banda Oriental, 2001, pp. 173-175.
- ALFÓN, Fernando, «La Nación y los combates por la lengua» [EN LÍNEA], en *La Biblioteca*, n.º 7, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2008, pp. 402-430. Disponible en: <<http://www.bn.gov.ar/imagenes/investigacion/17.pdf>>.
- ALONSO, Dámaso. *Del Siglo de Oro a este siglo de siglos*. Madrid: Gredos, 1968.
- ALONSO, Rodolfo, «Juan María Gutiérrez contra la Academia» [EN LÍNEA], en *Mediaisla*, 26 de junio de 2010. Disponible en: <<http://mediaisla.net/revista/2010/06/juan-maria-gutierrez-contra-la-academia/>>.
- ÁLVAREZ, Josefa, «El Caballero del Verde Gabán: algunas consideraciones desde el epicureísmo y el estoicismo», en *Anales Cervantinos*, vol. XXXIX, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2007, pp. 147-148.
- ÁLVAREZ DE MIRANDA, Pedro, «Sobre el *quijotismo* dieciochesco y las imitaciones reaccionarias del *Quijote* en el primer siglo XIX» [EN LÍNEA], en *Dieciocho. Hispanic Enlightenment*, vol. 27, n.º 1, University of Virginia, 2004. Disponible en: <<http://faculty.virginia.edu/dieciocho/submitarticles.htm>>.
- AMADOR SÁNCHEZ, Julio. «Capricho de los hados. El franquismo frente al Cuarto Centenario de Cervantes», en *España Republicana*, Buenos Aires, 14 de junio de 1947.
- ARAYA, Guillermo, *El pensamiento de Américo Castro*, Madrid: Alianza, 1983.
- ARDAO, Arturo, *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*, México: FCE, 1950.
- *Etapas de la inteligencia uruguaya*, Montevideo: Universidad de la República, 1971.

- ARDAO, Arturo, *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1980.
- ARELLANO, José Eduardo. *Ruben Darío: Don Quijote no puede ni debe morir* (Páginas cervantinas). Madrid: Universidad de Navarra, Iberoamericana, Vervuert, 2005.
- ARES PONS, Roberto, *España en América*, Montevideo: Casa del Estudiante, 1970.
- ASCUNCE, José Ángel, *El Quijote como tragedia y la tragedia de don Quijote*, Kassel: Reichenberger, 2005.
- ASENSI PÉREZ, Manuel, «La maleta de Cervantes o el olvido del autor», en ídem, *Crítica y sabotaje*, Barcelona: Siglo XXI, 2011, pp. 182-214.
- ASLANOV, Cyril. «¿Mitologización o cristianización? Algunas lecturas románticas y postrománticas del *Quijote*», en *Cervantes y las religiones*. Universidad de Navarra/Iberoamericana Vervuert, 2008: 549-568 (Ruth Fine y Santiago López Navia editores).
- AVALLE-ARCE, Juan Bautista, «Reseña del libro: Jorge Medina Vidal», en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 18, n.º 1-2, México, 1965-1966, pp. 198-200.
- *Novelas ejemplares*, 3 vols., Madrid: Castalia, 1982.
- AYALA, Francisco, *Cervantes y Quevedo*, Ariel: Barcelona, 1984.
- *Experiencia e invención*, Madrid: Taurus, 1960.
- *Los ensayos. Teoría y crítica literaria*, Madrid: Aguilar, 1972 (prólogo de Helio Carpintero).
- AZNAR SOLER, Manuel, «Las literaturas del exilio republicano español de 1939: El estado de la cuestión», en *Insula: revista de letras y ciencias humanas*, n.º 627, Madrid, 1999: 3-5
- AZNAR, Yayo y Diana B. WECHSLER (comps.), *La memoria compartida. España y la Argentina en la construcción de un imaginario cultural (1898-1950)*, Buenos Aires: Paidós, 2005.
- BÁIG BAÑOS, Aurelio, *El primer Quijote suramericano y el uruguayo don Arturo E. Xalambri*, Madrid. Unión Poligráfica S.A., 1934.
- BARCIA, Pedro Luis, «Ficciones cervantinas contrafácticas» [EN LÍNEA], en Pedro Luis BARCIA, Óscar CAEIRO, Horacio CASTILLO, et al., *Lecturas cervantinas*, Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 2005.
- BARRENECHEA, Ana María, «Amado Alonso en el Instituto de Filología de la Argentina», Homenaje a Amado Alonso (1896-1996), en *Cauce. Revista de Filología y su Didáctica*, Buenos Aires, 1997-1998, pp. 95-106.
- BARTHES, Roland, *Mitologías*, México: Siglo XXI, 1981.
- BASAGODA, Roger D., *Espronceda, poesías inéditas. Fernán Caballero, cartas desconocidas*, Montevideo: Imprenta El Siglo Ilustrado, 1940 (notas y comentarios de Roger D. Basagoda).
- BELZÚN, Carmen, «De cómo llegó al Río de la Plata el primer ejemplar del *Quijote* de 1605, su recepción y el desenlace de la historia en Manuel Mujica Láinez», en Alicia PARODI, Julia D'ONOFRIO y Juan Diego VILA (eds.), *El Quijote en Buenos Aires*, Buenos Aires: Asociación de Cervantistas/Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas Doctor Dámaso Alonso, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2006.
- BERNABEU, Santiago, «Del centenario de Colón al encuentro de Dos Mundos» [EN LÍNEA], en *América 92*. Boletín informativo de la Comisión Nacional del V Centenario de América, Madrid, Sociedad Estatal V Centenario, abril-julio de 1990. Disponible en: <<http://usuarios.multimania.es/Onuba/AP200.htm>>.

- BERNABÉU ALBERT, Salvador, «De leyendas, tópicos e imágenes. Colón y los estudios colombinos en torno a 1892», en ídem, *Congreso Internacional Cristóbal Colón 1506-2006. Historia y Leyenda*, 2006, pp. 299-333.
- *1892: el IV centenario del descubrimiento de América: coyuntura y conmemoraciones*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Centro de Estudios Históricos, 1987.
- BERTOLOTTI, Virginia y Magdalena COLL, «Reflexiones sobre la lengua en América», en ídem, *Reflexión lingüística y lengua en la España del siglo XIX: marcos, panoramas y nuevas aportaciones*, München: Lincom, 2012, pp. 443-466.
- BINNS, Niall, «Aventura y aprendizaje en Wing (Luis Alfredo Sciutto). Un testimonio uruguayo sobre la guerra civil española», en *Letral. Revista Electrónica de Estudios Transatlánticos*, n.º 5, Universidad de Granada, 2010, pp. 46-63. Disponible en: <<http://www.proyectoletral.es/revista/index.php>>.
- BLOCK DE BEHAR, Lisa, *Al margen de Borges*, México/Buenos Aires: Siglo XXI, 1987.
- BLOCK DE BEHAR, Lisa, «Introducción» a «Experiencia estética y teoría de la recepción literaria», en *Maldoror*, n.º 19, Montevideo, 1985, pp. 9-16 (dedicado a la teoría de la recepción estética).
- BLIXEN, Carina, «Alberto Nin Frías», en Alberto OREGGIONI (ed.), *Nuevo diccionario de literatura uruguaya*, Montevideo: Banda Oriental, 2001, pp. 110-111.
- «Vicente Basso Maglio», en Alberto OREGGIONI (ed.), *Nuevo diccionario de literatura uruguaya*, Montevideo: Banda Oriental, 2001, pp. 70-71.
- BOBES NAVES, María del Carmen, «Teatro y semiología», en *Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, vol. CLXXVII, n.ºs 699-700, Consejo Superior de Investigación Científica, marzo-abril de 2004, pp. 497-508.
- BORGES, Jorge Luis, *Cervantes y el Quijote*, Buenos Aires: Emecé, 2005.
- *Ficciones. El Aleph. El informe de Brodie*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2005 (prólogo de Iraset Páez Urdaneta. Establecimiento del texto, variantes, notas, cronología y bibliografía de Daniel Martino).
- *Textos recobrados*, Barcelona: Emecé, 2003.
- «Gongorismo», en *Humanidades*, tomo xv, Universidad de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1927, o «El culteranismo», en *La Prensa*, Buenos Aires, 17 de enero de 1927, en ídem, *El idioma de los argentinos*, Buenos Aires: Manuel Gleizer, 1928 y en ídem, *Textos recobrados 1919-1929*, Buenos Aires: Emecé, 1997, pp. 327-329 (edición de Sara Luisa del Carril).
- «Nota al centenario de Góngora», en *Martín Fierro*, año iv, n.º 41, Buenos Aires, 28 de mayo de 1927, p. 1.
- «Nota sobre el Quijote», en *Realidad*, vol. II, n.º 5, Buenos Aires, setiembre-octubre de 1947, reproducido en ídem, *Cervantes y el Quijote*, Buenos Aires: Emecé, 2005, pp. 49-52, y en *El País Cultural*, año xvi, n.º 807, Montevideo, 22 de abril de 2005, p. 12.
- *Textos recobrados 1956-1986*, Buenos Aires: Emecé, 2003, pp. 385-365 (edición de Sara Luisa del Carril y Mercedes Rubio de Zocchi).
- *Otras inquisiciones*, Buenos Aires: Emecé, 1996.
- *Prosa completa*, Buenos Aires: Bruguera, 1984.
- «Sobre los clásicos», en *Nueva antología personal*. Barcelona: Bruguera, 1980.
- BOURDIEU, Pierre, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona: Anagrama, 1995.

- BOURDIEU, Pierre, «Les conditions sociales de la circulation internationale des idées» [EN LÍNEA], en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, vol. 145, n.º 1, SEUIL, diciembre de 2002, pp. 3-8. Disponible en: <http://www.persee.fr/doc/arss_0335-5322_2002_num_145_1_2793> (consultado en febrero de 2015).
- BRANDO, Óscar, «Hugo D. Barbagelata», en Alberto OREGGIONI (ed.), *Nuevo diccionario de literatura uruguaya*, Montevideo: Banda Oriental, 2001, pp. 63-64.
- BROTHERSTON, Gordon, «Introducción» [EN LÍNEA], en José Enrique RODÓ, *Ariel*, Cambridge: Cambridge University Press, 1967 (introducción y notas de Gordon Brotherston). Disponible en: <[http://www.henciclopedia.org.uy/autores/Brotherston/Rodo%20\(II\).htm](http://www.henciclopedia.org.uy/autores/Brotherston/Rodo%20(II).htm)> (consultado en agosto de 2010).
- CABAÑAS BRAVO, Miguel, «Don Quijote entre los artistas del exilio», en *eHumanista/Cervantes*, vol. 3, Santa Barbara, 2014, pp. 419-449. Disponible en: <<http://www.ehumanista.ucsb.edu/cervantes/volumes/3>>. Consultado en diciembre de 2014.
- CADALSO, José, *Cartas marruecas*, Barcelona: Bruguera, 1981 (edición de Mariano Baquero Goyanes).
- CABALLERO WANGÜEMERT, María del Milagro, «Juan Zorrilla de San Martín en la encrucijada del IV Centenario del Descubrimiento de América» [EN LÍNEA], en Bibiano TORRES RAMÍREZ y José HERNÁNDEZ PALOMO (eds.), *Andalucía y América en el siglo XIX. Actas de las V Jornadas de Andalucía y América (Universidad de Santa María de la Rábida)*, vol. 2, Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1986, pp. 105-128. Disponible en: <<http://dspace.unia.es/bitstream/10334/482/1/04JVTII.pdf>>.
- CAEIRO, Óscar, «El *Quijote* o la clave del humor moderno» [EN LÍNEA], en Pedro Luis BARCIA, Óscar CAEIRO, Horacio CASTILLO, et al., *Lecturas cervantinas*, Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 2005. Disponible en: <<http://www.asale.org/ASALE/ConAALEBD?IDDOC=96&menu=3>>.
- CALINESCU, Matei, *Cinco caras de la modernidad. Modernismo, vanguardia, decadencia, kitsch, posmodernismo*, Madrid: Alianza/Tecnos, 2003 (traducción de Francisco Rodríguez Martín).
- CALVINO, Ítalo, *Por qué leer a los clásicos*, Barcelona, Tusquets, 1993.
- CAMPANA, Patrizia, «Encomio y sátira en *Viaje del Parnaso*», en *Anales Cervantinos*, vol. xxxv, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1999, pp. 75-84.
- CAMPOMAR, Marta M., *Ortega y Gasset en La Nación*, Buenos Aires: Elefante Blanco, 2003.
- CANAVAGGIO, Jean, *Don Quijote, del libro al mito*, Madrid: Espasa Calpe, 2006 [2005].
- CARILLA, Emilio, *El gongorismo en América*, Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, 1946.
- , *Hispanoamérica y su expresión literaria: caminos del americanismo*, Buenos Aires: Eudeba, 1969.
- , «Nota sobre la lengua de los románticos: Francisco Acuña de Figueroa», en *Revista de Filología Española*, vol. XLIII, n.ºs 1-2, 1960, pp. 211-217.
- , *Cervantes y América*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1951.
- CARREÑO, Antonio, «El laurel de Apolo de Lope de Vega y otros laureles», en *Bulletin Hispanique*, tomo 106, n.º 1, Université Bordeaux Montaigne, 2004, pp. 103-128.
- CHARAUDEAU, Patrick y Dominique MAINGUENEAU, *Diccionario de análisis del discurso*, Buenos Aires: Amorrotu, 2005.
- CHARTIER, Roger, *Escribir las prácticas: discurso, práctica, representación*, Buenos Aires: Manantial, 1996.
- CHARTIER, Roger, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona: Gedisa, 1992.

- CLOSE, Anthony, *La concepción romántica del Quijote*, Barcelona: Crítica, 2005.
- «La crítica del *Quijote* desde 1925 hasta ahora», en Anthony CLOSE, Agustín DE LA GRANJA, Pablo JAURALDE POU, *et al.*, *Cervantes*, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1995, pp. 311-334.
- CORREA DÍAZ, Luis, «Cervantes y América», *Cervantes en las Américas: mapa de campo y ensayo de bibliografía razonada*. Kasse, Barcelona: Reichenberger Edition, 2006. Edición digital disponible en <http://cvc.cervantes.es/literatura/quijote_america/correa.htm#npasn>.
- COSSE, Isabella y Vania MARKARIAN, 1975: *año de la orientalidad. Identidad, memoria e historia en una dictadura*, Montevideo: Trilce, 1994.
- DA COSTA VIEIRA, Maria Augusta, «Andanzas de don Quijote en tierras brasileñas (1895-1972)», en Julia D'ONOFRIO y Clea GERBER (eds.), *Don Quijote en Azul 5. Actas selectas de las V Jornadas Internacionales Cervantinas celebradas en Azul (Argentina) en 2012*, Azul: Editorial Azul, 2013, pp. 15-24.
- DA COSTA VIEIRA, Maria Augusta, «Crítica, creación e historia en la recepción del *Quijote* en Brasil (1890-1950)», en Antonio BERNAT VISTARINI (ed.), *Volver a Cervantes. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, 2000, Islas Baleares: Universidad de las Islas Baleares, 2001, pp. 1145-1152.
- «Don Quijote y Grande Sertão: Veredas», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 499, Madrid, enero de 1992, pp. 77-85.
- «*Don Quijote* y la novela brasileña: estudio acerca de las proyecciones temáticas y estéticas en *Fogo morto* y *Memórias póstumas de Brás Cubas*», en Derk W. FLITTER, Trevor J. DADSON y Patricia ODBER DE BAUBETA (eds.), *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Birmingham: University of Birmingham, 1995, pp. 307-317.
- «El *Quijote* en la prosa de Machado de Assis», en *Bulletin of Spanish Studies*, vol. LXXXI, n.ºs 4-5, University of Glasgow, 2004.
- «Em torno da recepção do Quixote no Brasil», en André TROUCHE y Livia REIS (orgs.), *Dom Quixote: utopias*, Niterói: EDUFF, 2005.
- «Las relaciones de poder entre narrador y lector: Cervantes, Almeida Garret y Machado de Assis», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 570, Madrid, 1997.
- DA ROSA, Juan Justino, «Mario Falcão Espalter», en Alberto OREGGIONI (ed.), *Nuevo diccionario de literatura uruguaya*, Montevideo: Banda Oriental, 2001, p. 212.
- DARÍO, Ruben. *Cuentos completos*. México: FCE, 1994.
- DE ARAÚJO, Paula Renata, «Don Quijote en la escuela. Relato de una experiencia de lectura con adolescentes brasileños de 13 años», en Julia D'ONOFRIO y Clea GERBER (eds.), *Don Quijote en Azul 5. Actas selectas de las V Jornadas Internacionales Cervantinas celebradas en Azul (Argentina) en 2012*, Azul: Editorial Azul, 2013, pp. 91-102.
- DEL ARENAL, Celestino, *La política exterior de España hacia Iberoamérica*, Madrid: Editorial Complutense, 1994.
- DELEUZE, Gilles, «¿Qué es un dispositivo?», en ídem, *Michel Foucault, filósofo*, Barcelona: Gedisa, 1990, pp. 155-163.
- DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, LORENZO, *Diplomacia franquista y política cultural hacia Iberoamérica, 1939-1953* [EN LÍNEA], Madrid: CSIC/Centro de Estudios Históricos, 1988. Disponible en: <<http://eial.tau.ac.il/index.php/eial/article/view/1305/1331>>.
- «De Quijote a Quijote», en *El País*, Montevideo, 2 de julio, 1955.

- DEMASI, Carlos, *La conmemoración de los centenarios en Uruguay (1911-1930). Las dificultades de la construcción de la identidad*, tesis de maestría, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Montevideo, 2001.
- DEMASI, Carlos, *La lucha por el pasado: historia y nación en Uruguay (1920-1930)*. Montevideo: Trilce, 2004.
- DI TULLIO, Ángela, «Borges vs. Castro: una cuestión de nacionalismos e instituciones», en *Filología* Revista del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas «Dr. Amado Alonso», Universidad de Buenos Aires, tomos XXIV-XXV, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 2002-2003, pp. 21-40.
- *Políticas lingüísticas e inmigración. El caso argentino*, Buenos Aires: Eudeba, 2010 [2003].
- DÍAZ PLAJA, Guillermo, *Don Quijote en el país de Martín Fierro*, Madrid: Cultura Hispánica, 1952.
- Diccionario de Autoridades de la RAE (1726-1739). Disponible en <http://web.frl.es/DA.html>. Consultado en marzo de 2014.
- DUBY, Georges, *Hombres y estructuras de la Edad Media*, Madrid: Siglo XXI, 1997.
- DUTRÉNT, Silvia, Eugenia ALLIER y Enrique CORAZA, *Tiempos de exilios. Memoria e historia de españoles y uruguayos*, Colonia Suiza: Cealci/Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 2008.
- Eco, Umberto, *Semiótica y filosofía del lenguaje*, Barcelona: Lumen, 1990.
- EGUÍA RUIZ, Constanancio. «La hispanidad en tierras uruguayas», en *Xalambri*, Arturo E. *Primera Exposición Cervantina en Uruguay*. Montevideo: Artes Gráficas Covadonga, 1962, pp. 98-103.
- ELIZAINCÍN, Adolfo, Marisa MALCUORI y Virginia BERTELOTTI, *El español de la Banda Oriental del siglo XVI*, Montevideo: Universidad de la República, 2007.
- El Pobrecito Hablador: Periódico Satírico*, Año 1, n.º 1, julio de 1894.
- ENCISO ALONSO-MUÑUMER, Isabel, «Nobleza y mecenazgo en la época de Cervantes», en *Anales Cervantinos*, vol. XL, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008, pp. 47-61.
- ENNIS, Juan Antonio, *Decir la lengua. Debates ideológico-lingüísticos en Argentina desde 1837*, Frankfurt: Peter Lang, 2008.
- «En un lugar de la Mancha», en *El País*, Montevideo, 2 de julio, 1955.
- ESCUADERO, José Antonio (coord.), *Espanoles de ambas orillas. Emigración y concordia social*, Madrid: Sociedad Estatal Lisboa 98, 1998.
- ESTÉVEZ MOLINERO, Ángel, «La corona de los prudentes letrados: canonizaciones en el siglo XV», en *Bulletin Hispanique*, tomo 109, n.º 2, Université Bordeaux Montaigne, 2007, pp. 401-419.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto, *Calibán. Contra la leyenda negra*. Lleida; Universitat de Lleida, 1995.
- *Calibán: apuntes sobre la cultura de nuestra América*, México: Diógenes, 1971. Disponible en: <<http://www.literatura.us/roberto/caliban3.html>>.
- FERNÁNDEZ Y MEDINA, Benjamín, «Prólogo de la primera edición», en Juan ZORRILLA DE SAN MARTÍN, *Conferencias y discursos*, Montevideo: Biblioteca Artigas, 1965 [1905], pp. XIX-XLIX (colección Clásicos Uruguayos).
- FERRATER MORA, José, *Diccionario de filosofía*, tomo II, Madrid: Alianza, 1979, pp. 1014-1015.

- FERRO, Roberto, «Maluco. La novela de los descubridores de Napoleón Baccino. Una invención literaria de la historia», en *Cuadernos DILHA*, año 2, n.ºs 2-3, Mendoza, 2001, pp. 31-62.
- FIGUEIRO, Gonzalo, «Continuidad temporal en la composición genética de las poblaciones indígenas del Uruguay», en *Avances de investigación. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación*, 2011-2012. *Docentes*, Montevideo: Universidad de la República, 2013, pp. 141-155.
- FOUCAULT, Michel, *La arqueología del saber*, México: Siglo XXI, 2006.
- *Las palabras y las cosas*, México: Siglo XXI, 1991.
- ¿Qué es un autor?, 2.ª ed., México: Universidad Autónoma de Tlaxcala/La Letra Editores, 1990 [1969] (traducción de Corina Yturbe).
- FREIRE, Silka, *Teorías literarias del siglo XX. Saberes opuestos, saberes desordenados*, Montevideo: Universidad de la República, 2011.
- FUCHS, Barbara, *Una nación exótica. Maurofilia y construcción de España en la temprana Edad Moderna*, Madrid: Polifemo, 2011.
- GARCÍA FANLO, Luis, «¿Qué es un dispositivo?: Foucault, Deleuze, Agamben» [EN LÍNEA], en *A Parte Rei. Revista de Filosofía*, n.º 74, marzo de 2011, pp. 1-8. Disponible en: <<http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/fanlo74.pdf>>.
- GILMAN, Stephen, *La novela según Cervantes*, México: FCE, 1989.
- GIRARD, René, *Mentira romántica y verdad novelesca*, Barcelona: Ed. Anagrama, 1985.
- GOLDAR, Ernesto, *Los argentinos y la guerra civil española*, Buenos Aires: Contrapunto, 1986.
- GONZÁLEZ BRIZ, María de los Ángeles, «Cuatro lecturas uruguayas del *Quijote*: las perspectivas de Zorrilla de San Martín, Rodó, Reyles y Nin Frías», en *Angélica. Revista de Literatura*, n.º 10, Lucena, 2000-2001 (incluye, en apéndice, los apuntes de Rodó sobre Cervantes, *circa* 1901, y una carta inédita de Unamuno a Carlos Reyles).
- *De España al Río de la Plata: escritores migrantes en el siglo XX*, Montevideo: Rebeca Linke editoras, 2009.
- «Las vidas breves: de Alonso Quijano a Juan María Brausen», en María STOOPEN (ed.), *El Quijote: palimpsestos hispanoamericanos*, México: UNAM, 2013.
- «Napoleón Baccino Ponce de León», en Alberto OREGGIONI (ed.), *Nuevo diccionario de literatura uruguaya*, Montevideo: Banda Oriental, 2001, pp. 59-60.
- *Onetti: las vidas breves del deseo*, Montevideo: Universidad de la República, 2015.
- *Poesía, exilio y contactos de la generación del 27. Uruguay lee a España*, Saarbrücken: Editorial Académica Española, 2011.
- GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO, Agustín, *Cervantes, creador de la novela corta*, 2 vols., Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1956-1958.
- GONZÁLEZ DE MENDOZA, José María, «El buscarruido y *El buscapié*» [EN LÍNEA], en ídem, *Ensayos selectos*, México: Fondo de Cultura Económica, s. f. Disponible en: <<http://www.tablada.unam.mx/poesia/ensayos/inden.html>>.
- GONZÁLEZ GADEA, Diego, *Cervantes en el Uruguay*, Montevideo: El Galeón, 2005.
- GUTIÉRREZ, Carlos M., «Cervantes, un proyecto de modernidad para el fin de siglo (1880-1905)», en *Bulletin of the Cervantes Society of America*, vol. XIX, n.º 1, Cervantes Society of America, 1999, pp. 113-124.
- GUTIÉRREZ, Fátima, «Mitos, amores, palabras y música. Carmen o el desafío de la otra parte» [EN LÍNEA], en Julio SÁNCHEZ TRABALÓN, *Los ojos de Minerva. Racional/irracional: una frontera en constante movimiento*, 2000. Disponible en: <<http://viversan.com/trabalon/colabora/julio5b.htm>>.

- HAGEDORN, Hans Christian, *Don Quijote por tierras extranjeras*, Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 2007.
- HALPERIN DONGHI, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid: Alianza, 1969.
- HALPERIN DONGHI, Tulio, *El espejo de la historia*. Buenos Aires: Sudamericana, 1987.
- *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid: Alianza, 1990.
- HAYA DE LA TORRE, Víctor Raúl, «El problema del indio (1927)», en ídem, *Teoría y táctica del aprismo*, Lima: Ed. La Cultura Peruana, 1931, p. 3.
- HELIODORO VALLE, Rafael y Emilia ROMERO, *Bibliografía cervantina en la América española*, México: UNAM/Academia Mexicana de la Lengua, 1950.
- HOBBSAWN, Eric J., *Historia del siglo XX*, Buenos Aires: Crítica, 1999.
- *Naciones y nacionalismos desde 1870*, Barcelona: Crítica, 1998.
- HUIZINGA, Johan, *El otoño de la Edad Media*, Barcelona: Altaya, 1995.
- INGARDEN, Roman, *La comprensión de la obra de arte literaria*, México: Universidad Iberoamericana, 1968.
- ISER, Wolfgang, «La comprensión de la literatura entre la historia y el futuro», en *Maldoror*, n.º 19, Montevideo, 1985 (dedicado a la teoría de la recepción estética), pp. 59-70.
- IZARD, Michel, «Gestas y efemérides. Sobre el cuarto centenario» [EN LÍNEA], en *Boletín Americanista*, n.º 47, Barcelona, 1997, pp. 181-202. Disponible en: <<http://www.raco.cat/index.php/BoletinAmericanista/article/viewFile/98696/146664>>.
- JÁCOME CLAVIJO, Jorge. *Tras las huellas de Montalvo* (Edición póstuma). Tomo I. *Ensayos*. Quito: Instituto Iberoamericano de Patrimonio Natural y Cultural del Convenio, Andrés Bello, 2007.
- JAUSS, Hans Robert, *La historia de la literatura como provocación*, Barcelona: Península, 2000.
- «El texto poético en el cambio de horizontes de la comprensión», en *Maldoror*, n.º 19, Montevideo, 1985 (dedicado a la teoría de la recepción estética), pp. 17-40.
- JIMÉNEZ, Alfonso Martín, *Cervantes y Pasamonte. La réplica cervantina al Quijote de Avellaneda*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2005.
- JIMÉNEZ LEÓN, Marcelino, «Rafael Alberti y la Numancia de Cervantes», en Antonio BERNAT VISTARINI (ed.), *Volver a Cervantes. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Islas Baleares: Universidad de las Islas Baleares, 2001, pp. 1178-1200.
- JOHNSON, Carroll B., «Cómo se lee hoy el Quijote», en Anthony CLOSE, Agustín DE LA GRANJA, Pablo JAURALDE POU, et al., *Cervantes*, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1995, pp. 335-348.
- KIRKPATRICK, Susan, *Mujer, modernismo y vanguardia en España (1898-1931)*, Madrid: Cátedra, 2003.
- «La sátira política como ejercicio del periodismo de opinión», sin autor. Consultado agosto de 2011. Disponible en <<http://www.learevistas.com/notaHistoria.php?nota=9>>.
- LARRA, Mariano José de, *Figaro. Colección de artículos dramáticos literarios, políticos y de costumbres, publicados en los años 1832, 1833 y 1834*, en El Pobrecito hablador, la Revista Española y El Observador, Montevideo: Imprenta Oriental-San Fernando, 1837.
- LAYUNO, María Ángeles, «Espacios de representación de la memoria. Argentina en España. Museos y exposiciones (1892-1971)», en Yayo AZNAR y Diana B. WECHSLER (comps.), *La memoria compartida. España y la Argentina en la construcción de un imaginario cultural (1898-1950)*, Buenos Aires: Paidós, 2005, pp. 135-168.

- LEJEUNE, Philippe, «El pacto autobiográfico», en «La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental», en *Anthropos*, n.º extraordinario 29, Barcelona, 1991, pp. 47-61.
- LEÓN, María Teresa. *Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar*. Madrid: Altalena, 1978.
- «La tierra arrasada», en *España Democrática*, Montevideo, 17 de junio de 1942: 2.
- LEVIN, Harry, «Cervantes, el quijotismo y la posteridad», en Juan Bautista AVALLE-ARCE y Edward C. RILEY, *Suma cervantina*, Londres: Tamesis Books, 1973, pp. 377-396.
- LISCANO, Carlos, «El papel de don Álvaro Tarfe en mi formación de lector», en Eleonora Basso y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 165-169.
- LITVAK, Lily, *Latinos y anglosajones: orígenes de una polémica*, Zaragoza: Puvill Editor, 1980.
- LÓPEZ BARALT, Luce, *Huellas del Islam en la literatura española*, Madrid: Hipérior, 1985.
- LÓPEZ ESTRADA, Francisco, «Don Quijote en Lima», en *Anales Cervantinos*, vol. I, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1951, pp. 332-336.
- MACEDO SOARES, José Carlos, «Cervantes en el Brasil», *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, tomo XVI, n.º 61, Buenos Aires, octubre de 1947, pp. 589-613.
- MADARIAGA, Salvador de, *Guía del lector del Quijote*, Buenos Aires: Sudamericana, 1947.
- MAEZTU, Ramiro de, *Don Quijote, don Juan y la Celestina*, Madrid: Austral, 1972, p. 62.
- «Hamlet y don Quijote», en TURGUENIEV, Iván, *Hamlet y don Quijote*, Madrid: Sequitur, 2008, pp. 47-57 (fragmento reproducido de *Don Quijote, don Juan y la Celestina*).
- «La hispanidad», en *Acción Española*, n.º 1, Madrid, 15 de diciembre de 1931, n.º 1, pp. 10-18. Disponible en <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003635923&page=10>>. Consultado julio de 2014.
- MALOSSETTI COSTA, Laura, «Los gallegos, el arte y el poder de la risa. El papel de los inmigrantes españoles en la historia de la caricatura política en Buenos Aires (1880-1910)», en Yayo AZNAR y Diana B. WECHSLER (comps.), *La memoria compartida. España y la Argentina en la construcción de un imaginario cultural (1898-1950)*, Buenos Aires: Paidós, 2005.
- MARCO GARCÍA, Antonio, «Propósitos filológicos de la colección Clásicos Castellanos, de la editorial La Lectura (1910-1935)», en Antonio VILANOVA (coord.), *Actas de la Asociación Internacional de Hispanistas*, vol. III, Barcelona, 1992, pp. 81-96.
- MARTÍN MORÁN, José Manuel, «La maleta de Cervantes», en *Anales Cervantinos*, vol. XXXV, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1999, pp. 277-293.
- «La novela moderna en el *Quijote*» [EN LÍNEA], en *Bulletin of the Cervantes Society of America*, vol. 27, n.º 1, Cervantes Society of America, 2007, pp. 201-226. Disponible en: <<http://www.h-net.org/~cervantes/csa/articso7/martinmoranso7.pdf>>.
- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Santiago, «En la Corte la ignorancia vive [...] y [...] son poetas todos. Mecenazgo, bibliofilia y comunicación literaria en la cultura aristocrática de corte», en *Cuadernos de Historia Moderna*, vol. 35, Universidad Complutense de Madrid, 2010, pp. 35-67.
- MARTINO, Daniel, «Notas a "El inmortal"», en Jorge Luis BORGES, *Ficciones. El Aleph. El informe de Brodie*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2005, pp. 283-296 (prólogo de Iraset Páez Urdaneta. Establecimiento del texto, variantes, notas, cronología y bibliografía de Daniel Martino).

- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino, *Historia de las ideas estéticas en España*, Vol. I. Santander: csic, 1943.
- MEREGALLI, Franco, *La literatura desde el punto de vista del receptor*, Ámsterdam: Atlanta/G. A. Rodopi, 1989.
- MIGNOLO, Walter, «Los cánones (y más allá) las fronteras culturales (o ¿de quién es el canon del que hablamos?», en Enric SULLÁ (comp.). *El canon literario*, Madrid: Arco, 1998, pp. 237-270.
- MINARDI, Adriana, ¡Arriba España! *Los mensajes de fin de año de Francisco Franco. Un análisis ideológico-discursivo*, Buenos Aires: Editorial Biblos, 2010.
- MOLHO, Maurice, «Manuscritos hallados en una venta», en José María CASASAYAS (coord.), *Actas del Tercer Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Barcelona: Anthropos, 1993, pp. 57-68.
- MOLLOY, Sylvia, *Poses de fin de siglo. Desbordes de género en la modernidad*, Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2012.
- MONNÉ, Mariana, «La Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias, 1947/1965. Notas sobre un proyecto», en *Colección Estudiantes*, n.º 29, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, febrero de 2008. Disponible en <http://www.fhuce.edu.uy/revista_SADIL/contenido/textos/mariana_monne.htm>.
- MONNER SANS, Ricardo. *Ensayo de antología cervantina*. Buenos Aires: Otero y Cía. Editores, 1916.
- MONTERO ALONSO, Xesús. «Los poetas gallegos ante Sancho Panza en 1905», en *Madrygal*, n.º 8, Universidad Complutense de Madrid, 2005, pp. 11-17.
- MONTERO REGUERA, José, *El Quijote y la crítica contemporánea*, Madrid: Centro de Estudios Cervantinos, 1997.
- «La crítica sobre el *Quijote* en la primera mitad del siglo XX», en Antonio BERNAT VISTARINI (ed.), *Volver a Cervantes. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Islas Baleares: Universidad de las Islas Baleares, 2001.
- «La huella cervantista americana de la escuela filológica española», en Juan Diego VILA (ed.), «El cervantismo argentino: una historia tentativa» (número monográfico), en *Olívar. Revista de Literatura y Cultura Españolas*, año VI, n.º 6, La Plata, 2005, pp. 23-42.
- «La recepción del *Quijote* en Hispanoamérica», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 500, Madrid, febrero de 1992, pp. 133-140.
- MOOG-GRÜNEWALD, María, «Investigación de las influencias y de la recepción», en Manfred SCHMELING (ed.), *Teoría y praxis de la literatura comparada*, Barcelona: Alfa, 1984, pp. 69-100.
- MORO ABADÍA, Óscar, «¿Qué es un dispositivo?», en *Empiria: Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, n.º 6, UNED, 2003, pp. 29-46. Disponible en: <<http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1374433>>.
- MOSCOVICI, Serge y Ivana MARKOVÁ, «La presentación de las representaciones sociales: diálogo con Serge Moscovici», en José Antonio CASTORINA (comp.), *Representaciones sociales. Problemas teóricos y conocimientos infantiles*, Barcelona: Gedisa, 2003, pp. 111-152.
- MUÑOZ MOLINA, Antonio, «Urgencias del *Quijote*», en *Blanco y Negro*, Madrid, 18 de junio de 1999.
- NAHARRO CALDERÓN, José María (coord.), *El exilio de las Españas de 1939: ¿Adónde fue la canción*, Barcelona: Anthropos, 1991.
- NAHUM, Benjamín, *Manual de historia del Uruguay. Tomo I. 1830-1910*, Montevideo: Banda Oriental, 1993.

- NAHUM, Benjamín, *Manual de historia del Uruguay. Tomo II. 1903-2010*, Montevideo: Banda Oriental, 2013.
- NÁLLIM, Carlos Orlando, *Cervantes en las letras argentinas*, Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 1997.
- NARVAJA DE ARNOUX, Elvira, «Marcar la nación en la lengua. La reforma ortográfica chilena (1843-1844)», en Ámbitos: *Revista de Estudios de Ciencias Sociales y Humanidades*, n.º 16, Córdoba, 2006, pp. 41-53.
- ORTIZ-OSÉS, Andrés, *Amor y sentido: una hermenéutica simbólica*, Barcelona: Anthropos, 2003.
- OZOUF, Mona, «La fiesta. Bajo la Revolución francesa», en J. LE GOFF y P. NORA (dirs.), *Hacer la historia III: nuevos temas*, Barcelona: Laia, 1980, pp. 261-282.
- PANTOJA, Antonio, «La imagen como escritura. El discurso visual para la historia», en *Norba. Revista de Historia*, vol. 20, 2007, pp. 185-208.
- PARADA, Alejandro E., *Bibliografía cervantina editada en la Argentina (2005)*, Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 2005.
- PARDO, Javier, «Cine, literatura y mito: don Quijote en el cine, más allá de la adaptación», en *Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, vol. CLXXVII, Consejo Superior de Investigación Científica, marzo-abril de 2011, pp. 237-246.
- PARODI, Alicia, Julia D'ONOFRIO y Juan Diego VILA (eds.), *El Quijote en Buenos Aires*, Buenos Aires: Asociación de Cervantistas/Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas Doctor Dámaso Alonso, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2006.
- PASTORMERLO, Sergio, «Besos bárbaros: pretensión y privación cultural. La figura del supersticioso en la crítica de Borges», en *Orbis Tertius, Revista de Teoría y Crítica Literaria*, año IV, n.º 7, La Plata, 2000, pp. 1-11.
- «Borges, el *Quijote* y los cervantistas españoles», en *Olivar. Revista de Literatura y Cultura Española*, año 7, La Plata, 2006, pp. 119-124. Disponible en <<http://www.olivar.fahce.unlp.edu.ar/article/view/OLlvo7no7no1>>.
- PASTERMAC, Nora, «El anticervantismo de Borges: de Paul Grossac a Pierre Menard», en *Estudios. Filosofía, Historia, Letras*, n.º 31, México, Instituto Tecnológico Autónomo de México, 1992-1993.
- PAZ GAGO, José María, «El *Quijote*: de la novela moderna a la novela postmoderna (nueva incursión en la Cueva de Montesinos)», en Jules WHICKER (ed.), *Actas del Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas 21-26 de agosto de 1995, Birmingham*, vol. 3 (Estudios Áureos II), Birmingham: University of Birmingham, 1998, pp. 108-119.
- «Peligrosa inadvertencia». *El Día*. Montevideo, 31 de mayo de 1955.
- PELLICER, Rosa, «Tras las huellas de Pierre Menard. *El Quijote* en el microrrelato hispanoamericano», en Aurora EGIDO (dir.), «El robo que robaste. El universo de las citas y Miguel de Cervantes», en *Parole Robate. Revista Internazionale di Studi Sulla Citazione*, n.º 8, Parma, diciembre de 2013, pp. 81-95.
- PELTA, Raquel, «Eva Perón, icono de la hispanidad», en Yayo AZNAR y Diana B. WECHSLER (comps.), *La memoria compartida. España y la Argentina en la construcción de un imaginario cultural (1898-1950)*, Buenos Aires: Paidós, 2005, pp. 165-188.
- PENCO, Wilfredo, «Cecilio Peña», en Alberto OREGGIONI (ed.), *Nuevo diccionario de literatura Uruguaya*, Montevideo: Banda Oriental, 2001, p. 138.
- PÉREZ MAGALLÓN, Jesús, *Cervantes, monumento de la nación: problemas de identidad y cultura*, Madrid: Cátedra, 2015.

- PÉREZ RODRÍGUEZ, Marta, *Tras un siglo de recepción cervantina en Brasil. Estudios críticos sobre el Quijote (1900-2000)* [EN LÍNEA], tesis de maestría, Universidad de San Pablo, 2007. Disponible en: <<http://www.teses.usp.br/teses/disponiveis/8/8145/tde-26052008-151439/>> (consultada en noviembre de 2013).
- PIERROTTI, Nelson. «Leer, interpretar y actuar. La influencia del libro en el pensamiento colonial montevideano (1724-1830)», en *Revista Humanidades*. Montevideo, Año VIII, IX, n.º 1, Diciembre 2008-2009: 133-154.
- PIGNATARO, Jorge y María Rosa CARBAJAL, *Diccionario del teatro uruguayo. I. Autores y directores. 1940-2000*, Montevideo: Cal y Canto, 2001.
- PIÑEIRO, Mariano Esteban, «La ciencia de las estrellas», en José Manuel SÁNCHEZ RON, *La ciencia y el Quijote*, Barcelona: Crítica, 2005, pp. 23-35.
- POCHAT, María Teresa, «Buenos Aires, 1947: Cervantes en *España Republicana*», en Alicia Parodi, Julia D'Onofrio y Juan Diego Vila (eds.), *El Quijote en Buenos Aires*, Buenos Aires: Asociación de Cervantistas/Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas Doctor Dámaso Alonso, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2006a, pp. 631-638.
- «España Republicana. Una mirada de la guerra civil desde Argentina», *Olivar. Revista de Literatura y Cultura Españolas*, vol. 7, n.º 8, La Plata, 2006b, pp. 195-207. Disponible en <www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3551/pr.3551.pdf>.
- POGGIOLI, Renato, *The Theory of the Avant-Garde*, Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, 1997 [1962] (traducción por el italiano Gerald Fitzgerald).
- PORRAS, BARRENECHEA, Raúl, «Cervantes en Perú», en *Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, vol. III, Madrid, 1945, pp. 537-544.
- PUJANTE, Ángel Luis y Laura CAMPILO, *Shakespeare en España. Textos 1764-1916*, Universidad de Granada y Universidad de Murcia, Murcia, 2007.
- QUIJANO, Carlos, «El hombre solo», en *Marcha*, Montevideo, 20 de junio de 1964, pp. 11, reproducido en «El país y su gente», en *Cuadernos de Marcha*, 3.ª época, año I, n.º 6, Montevideo, noviembre de 1985.
- QUIROGA, Horacio, *Cuentos*, Caracas: Ayacucho, 2004 [1981].
- RAMA, Ángel, *La generación crítica*, Montevideo: Arca, 1972.
- RAMA, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina*, Madrid: Siglo XXI, 1982.
- RAMÍREZ LOSADA, Dení, «La exposición histórico-americana de Madrid de 1892 y la ausencia de México», en *Revista de Indias*, vol. LXIX, n.º 246, Consejo Superior de Investigación Científica, 2009, pp. 273-306.
- REAL DE AZÚA, Carlos, «Víctor Pérez Petit», en Alberto OREGGIONI (ed.), *Nuevo diccionario de literatura uruguaya*, Montevideo: Banda Oriental, 2001, pp. 148-149.
- REDONDO, Augustin, *Otra manera de leer el Quijote*, Madrid: Castalia, 1998.
- *En busca del Quijote desde la otra orilla*, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2011.
- «Revista Don Quijote» Madrid, Biblioteca Nacional de España, 1920. Disponible en <http://hemerotecadigital.bne.es/cgi-bin/Pandora.exe?fn=select;collection=cabeceras_internet;query=id:000000526;xslt=header-details;lang>.
- REYES, Alfonso, *Entre libros*, Ciudad de México: El Colegio de México, 1948.
- «Compás poético», en *Sur*, año I, n.º 1, Buenos Aires, 1931.
- RICO, Francisco, *En tiempos del Quijote*, Madrid: Acentilado, 2012.

- RICOEUR, Paul, «Autocomprensión e historia», en Tomás CALVO y Remedios ÁVILA (eds.), *La interpretación. Symposium internacional sobre el pensamiento de Paul Ricoeur*, Barcelona: Anthropos, 1991.
- RIERA, Carmen, *El Quijote catalán en torno al tercer centenario*, Barcelona: Destino, 2005.
- RIQUER, Martín de, *Para leer a Cervantes*, Barcelona: Acantilado, 2003.
- RILEY, Edward C., *Introducción al Quijote*, Barcelona: Crítica, 2004.
- *La rara invención. Estudios sobre Cervantes y su posteridad literaria*, Barcelona: Crítica, 2001.
- «¿Qué ha sido de los héroes? El *Quijote* y algunas de las grandes novelas europeas del siglo XX», en ídem, *La rara invención: estudios sobre Cervantes y su posteridad literaria*, Barcelona: Crítica, 2001, pp. 153-168.
- ROBERT, Marthe, *Novela de los orígenes y orígenes de la novela*, Madrid: Taurus, 1973.
- RODRÍGUEZ, Alberto, «La reivindicación del hombre modesto: el cervantismo de Ramón Mesa», ponencia presentada en el Simpósio Internacional Dom Quixote 400 Anos, Instituto Cervantes de São Paulo, 14 a 16 de setiembre de 2005.
- RODRÍGUEZ, Juan Carlos, *El escritor que compró su propio libro. Para leer el Quijote*, Barcelona: Debate, 2003.
- Ángel SALVADOR, Ángel ESTEBAN et al., *Cervantes y América*, Granada: Diputación de Granada, 2005.
- RODRÍGUEZ MARÍN, *Don Quijote en América*, Madrid: Hernando, 1911.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir. «Introducción» a *José Enrique Rodó, Obras Completas*. Madrid: Aguilar, 1957, pp. 7-139.
- ROGERS, Geraldine, «Escuela de aficionados. Lectores y letras de molde en la cultura emergente de 1900», en *Orbis Tertius. Revista de Teoría y Crítica Literaria*, año XII, n.º 13, La Plata, 2007.
- ROMANOS, Melchora, Juan Diego VILA y Nora GONZÁLEZ, *Lecturas de El Quijote: investigaciones, debates y homenajes*, Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 2005 (prólogo de Germán Prósperi).
- ROMERO, José Luis, *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, México: Siglo XXI, 1977.
- ROMERO, Luis Alberto, «La guerra civil española y la polarización ideológica y política: La Argentina, 1936-1946» [EN LÍNEA], en *historiapolitica.com*, Programa Buenos Aires de Historia Política del Siglo XX, s. f. Disponible en: <<http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/laromero2.pdf>>.
- ROMITI, Elena, «Don Quijote de la Mancha y la literatura latinoamericana: el diálogo representativo de Pierre Menard» [CD-ROM], en *Actas del Congreso de la Asociación de Profesores de Literatura*, 2005, s. pag.
- ROSA, Nicolás, *Relatos críticos*, Buenos Aires: Santiago Arcos Editor, 2006.
- ROVIRA, José Carlos, «La lección de Darío en la España de 1905: lo clásico como otro origen de la modernidad», en *Cuadernos del CILHA*, año 10, n.º 11, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 2009, pp. 1515-6125.
- «Rubén Darío en el centenario de *Cantos de vida y esperanza*» [EN LÍNEA], en *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, 2005. Disponible en: <http://bib.cervantesvirtual.com/bib_autor/dario/pcuartonivel.jsp?autor=dario&conten=autor&tit2=El+autor&tit3=Semblanza>.

- SABAT ERCASTY, Carlos, «Cervantes». En la Biblioteca Cervantina Amelia Marty de Firpo, en Viturera, Cipriano Santiago (coord.), *Homenaje a Cervantes. IV Centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes. Ateneo Federico García Lorca*. Montevideo, *Revista del Ateneo Federico García Lorca*. n.º 1. Montevideo: Octubre de 1947, p. 21.
- SAER, Juan José, «Borges francófono», en *Punto de Vista*, n.º 36, Buenos Aires, diciembre de 1989.
- SÁNCHEZ ALBARRACÍN, Enrique, «Circunstancias y semejanzas: las voces latinoamericanas del cuarto centenario de 1892». *Congreso Circunstancias y semejanzas: las voces latinoamericanas del cuarto centenario de 1892*, Universidad de Sonora, marzo 2002. México, 2003. Disponible en <<https://hal.archives-ouvertes.fr/hal-00425024/document>>.
- SCHINASI, Michael, «Ventura de la Vega y la apropiación de Cervantes en el siglo XIX», ponencia presentada en el Congreso El Quijote en Buenos Aires, Buenos Aires, del 20 al 23 de setiembre de 2005.
- SCHAUB, Ursel, «El mito de don Quijote como estrategia de legitimación del golpe de estado del 36», en Christoph STROSETZKI (ed.), *Visiones y revisiones cervantinas. Actas selectas del VII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2011, pp. 845-854.
- SCHWARZSTEIN, Dora, Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en la Argentina, Barcelona: Crítica, 2001.
- SEBOLD, Russell P., «Sobre el nombre español del dolor romántico» [EN LÍNEA], en *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, 2001, extraído de Ínsula. *Revista de Letras y Ciencias Humanas*, n.º 264, Espasa, noviembre de 1968, p. 1; pp. 4-5.
- SEGURA VERA, Susana, *Razonamiento contrafáctico: la posición serial y el número de antecedentes en los pensamientos sobre lo que podría haber sido* [EN LÍNEA], Málaga: Universidad de Málaga, 1999. Disponible en: <<http://riuma.uma.es/xmlui/bitstream/handle/10630/4043/Susana%20Segura%20Vega16280155.pdf?sequence=1>>.
- SOLÁ PARERA, Dafne, *En busca de un discurso identitario y canónico: la reescritura de Rhys y Coetzee en Wide Sargasso Sea y Foe* [EN LÍNEA], tesis doctoral, Universitat Pompeu Fabra, 2005. Disponible en: <<http://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/7431/tdsp1de1.pdf;jsessionid=7B9E19A3B723246D6078B06164A1E55A?sequence=1>>.
- STEFANELLO, Grace y Alberto DE FRANCISCO, «Aplicación de la metodología de mitosistemas para la identificación de mitos y representaciones en medios de comunicación», en Sueli Mara S. P. FERREIRA (coord.), *Anais do XXIX Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação*, San Pablo: Intercom, 2006. Disponible en: <http://www.intercom.org.br/papers/nacionais/2006/lista_resumos_evento_NTC.htm>.
- STOOPEN, María (ed.), *El Quijote: palimpsestos hispanoamericanos*, México: UNAM, 2013.
- STORM, Eric, «El Ateneo de Madrid y el tercer centenario del Quijote de 1905», en Nuria MARTÍNEZ DE CASTILLA MUÑOZ (ed.), *Don Quijote en el Ateneo de Madrid*, Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones, 2008, pp. 11-47.
- , *La perspectiva del progreso. Pensamiento político en la España del cambio de siglo (1890-1914)*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2001.
- SUÁREZ, Federico, «Introducción: Maeztu y el 98», en Ramiro DE MAEZTU, *Defensa de la hispanidad*, Madrid: Riapl, 2001 [1998], pp. 11-66.
- SULLÁ, Enric (comp.), *El canon literario*, Madrid: Arco, 1998.
- TEILLET, Eduardo, *Raza, identidad y ética*, Barcelona: Ediciones del Serbal, 2000.
- TINIANOV, Juri, «Sobre la evolución literaria», en Tzvetan TODOROV, *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, México: Siglo XXI, 2002, pp. 89-102.

- TORRE REVELLO, José, *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española*, Buenos Aires: Jacobo Peuser, 1940.
- TORRES FIERRO, Danubio (comp.), *Octavio Paz en España, 1937*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- TORRES JIMÉNEZ, Raquel, «*Ecce Agnus Dei, qui tollit peccata mundi*. Sobre los símbolos de Jesucristo en la Edad Media», *Hispania Sacra*, vol. 65, n.º extra I, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, enero-junio de 2013, pp. 49-93. Disponible en: <hispaniasacra.revistas.csic.es>.
- TURGUENIEV, Iván, *Hamlet y don Quijote*, Madrid: Sequitur, 2008 (prefacio de Manuel García Puertas).
- ULLA LORENZO, Alejandra, «Reseña de *El parnaso español: canon, mecenazgo y propaganda en la poesía del siglo de oro*, de Julio Vélez-Sainz, Madrid, Visor Libros (Biblioteca Filológica Hispánica), 2006», en *Criticón*, n.ºs 97-98, Presses Universitaires du Midi, 2006, pp. 298-301.
- URBINA, Eduardo y Jesús G. MAESTRO (eds.), *Política y literatura. Miguel de Cervantes frente a la posmodernidad*, Anuario de Estudios Cervantinos V, Vigo: Editorial Academia del Hispanismo, 2009.
- URIBE ECHEVARRÍA, Juan, *Cervantes en las letras hispanoamericanas. Antología y crítica*, Santiago: Universidad de Santiago de Chile, 1949.
- VALBUENA PRAT, *Cervantes Saavedra, Miguel de. Obras Completas*. Recopilación, estudio preliminar, prólogos y notas por Ángel VALBUENA PRAT, Madrid: Aguilar, 1960.
- VARELA OLEA, María de los Ángeles, *Don Quijote, mitologema nacional (literatura y política entre la Septembrina y la II República)*, Madrid: Centro de Estudios Cervantinos, 2003.
- VAZ FERREIRA, Carlos, «Discurso Inaugural», en *Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias*, n.º 1, Montevideo, 1947a.
- «Genialidad y Racionalidad», en *Anales del Ateneo*. 2da. época, n.º 3. Montevideo, octubre de 1947b.
- VÁZQUEZ VILLANUEVA, Graciana, «Ideologías lingüísticas en la larga duración: Hispanoamérica como mercado de la lengua española» [EN LÍNEA], ponencia presentada en el II Congreso Nacional y el VII Internacional de la Asociación Argentina de Semiótica, Rosario, 5 al 7 de setiembre de 2007.
- «La lengua española: ¿herencia cultural o proyecto político-económico? Políticas lingüísticas impuestas y debatidas en el congreso literario hispanoamericano de 1892», en *Revista Signos*, n.º 66, Universidad Católica de Valparaíso, 2008.
- VÉLEZ-SAINZ, Julio, «Lope, poeta laureado», en ídem, *El parnaso español: canon, mecenazgo y propaganda en la poesía del siglo de oro*, Madrid: Visor, 2006.
- VILA, Juan Diego, «Lo que el cura ha dejado de leer: *Rinconete y Cortadillo*, cifra olvidada del *Quijote*», en Alicia PARODI y Juan Diego VILA (eds.), *Para leer el Quijote*, Buenos Aires: Eudeba, 2001, pp. 157-180.
- «*El Quijote* como texto político, don Quijote en la arenga política», en Melchora ROMANOS, Juan Diego VILA y Nora GONZÁLEZ (eds.), *Lecturas de El Quijote: investigaciones, debates y homenajes*, Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 2005, pp. 58-67.
- «El cervantismo argentino: una historia tentativa» (número monográfico), en *Olivar. Revista de Literatura y Cultura Españolas*, año vi, n.º 6, La Plata, 2005.

- VILA, Juan Diego, «La forja del cervantismo argentino. Escuelas, maestros y discípulos de una pasión nacional», en *Olívar. Revista de Literatura y Cultura Españolas*, año vi, n.º 6, La Plata, 2005.
- «Isaías Lerner, el fiel escucha de la voz cervantina», en *Olívar. Revista de Literatura y Cultura Españolas*, año vi, n.º 6, La Plata, 2005, pp. 91-114.
- VILA, Juan Diego, «*El Quijote* y un género velado: el *Lazarillo* y el *Guzmán* frente a frente», en *Criticón*, n.º 101, Presses Universitaires du Midi, 2007, pp. 7-35.
- VILA, Juan Diego, «Cervantes y “el corazón de los montoneros”: Una reescritura católica y militarista del *Quijote*», en Eduardo URBINA y Jesús G. MAESTRO (eds.), *Política y literatura. Miguel de Cervantes frente a la posmodernidad*, Anuario de Estudios Cervantinos v, Vigo: Editorial Academia del Hispanismo, 2009, pp. 165-200.
- VITALE, Ida, «Carlos Sabat Ercasty», en Alberto OREGGIONI (ed.), *Nuevo diccionario de literatura uruguaya*, Montevideo: Banda Oriental, 2001.
- VITUREIRA, CIPRIANO Santiago (coord.), *Homenaje a Cervantes, IV Centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes. Ateneo Federico García Lorca, Revista del Ateneo Federico García Lorca*, n.º 1, Montevideo: Octubre de 1947.
- WEBER DE KURLAT, Frida, «Para la historia del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas Dr. Amado Alonso», en *Homenaje al Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas Doctor Amado Alonso, 1923-1973*, Buenos Aires, 1975, pp. 1-11.
- WECHSLER, Diana, «Bajo el signo del exilio», en Yayo AZNAR y Diana B. WECHSLER (comps.), *La memoria compartida. España y la Argentina en la construcción de un imaginario cultural (1898-1950)*, en *Filología. Revista del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas «Dr. Amado Alonso»*, n.º especial, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires: Paidós, 2005.
- ZALDUMBIDE, Gonzalo, Introducción a MONTALVO, Juan, *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, Quito: Artes Gráficas, 1947.
- ZORRILLA DE SAN MARTÍN, Juan *Conferencias y discursos*, Montevideo: Biblioteca «Artigas», Colección de Clásicos Uruguayos, 1965: XIX a XLIX [1905].
- ZUBILLAGA, Carlos, «El Centro Republicano español de Montevideo: entre la solidaridad y la *realpolitik*» [EN LÍNEA], en dossier «El exilio español de 1939 en América Latina», en *Revista Migraciones y Exilios. Cuadernos AEMIC*, n.º 9, Madrid, 2008, pp. 9-30. Disponible en: <<http://www.aemic.org/ediciones/8>>.
- *El otro Novecientos: poesía social uruguaya*, Montevideo: Colihue Sepé Ediciones, 2000 (antología, prólogo y noticia de los autores de Carlos Zubillaga).
- *Españoles en el Uruguay*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1997.
- ZULETA, Emilia de, *Españoles en la Argentina: el exilio literario de 1936*, Buenos Aires: Ediciones Atril, 1999.
- ZULUETA, Ignacio M., «La tradición cervantina (algunos aspectos de la proyección del *Quijote* en Hispanoamérica)», en *Anales Cervantinos*, vol. XXII, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1984, pp. 143-158.

Bibliografía específica encontrada sobre Cervantes en Uruguay

Ediciones uruguayas de obras de Cervantes

- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Montevideo: Imprenta de la Colonia Española, 1880 (edición conforme a la última corregida por la Academia Española de la Lengua. Regalo a los suscriptores de *La Colonia Española*. Basada en la edición de la Real Academia Española de 1819. Anexa una «Vida de Cervantes», de Martín Fernández de Navarrete).
- *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública, 1966.
- *El retablo de las maravillas. La cueva de Salamanca*, Montevideo: Editorial Técnica, 1979.
- *El retablo de las maravillas*, Montevideo: La Casa del Estudiante, 1981.
- *La Galatea*, Montevideo: El Telégrafo Marítimo, 1883.
- *La gitánilla*, Montevideo: Banda Oriental, 1978 (edición y prólogo de Cecilio Peña).
- *La ilustre fregona*, Montevideo: Banda Oriental, 1978 (edición y prólogo de Cecilio Peña).
- *Novelas ejemplares*, Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública, 1964 (basada en la edición de Losada de 1938, según consta en la anteportada).
- *Novelas ejemplares I. La fuerza de la sangre. La ilustre fregona. Las dos doncellas*, Montevideo: Ediciones de la Plaza, 2014 (edición, prólogo general y notas de María de los Ángeles González Briz. Prólogo a *La fuerza de la sangre* de Guillermina Chichizola, a *La ilustre fregona* de María de los Ángeles González Briz y a *Las dos doncellas* de María Bedrossian).
- *Rinconete y Cortadillo & El retablo de las maravillas*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2013 (prólogo y notas de María de los Ángeles González Briz).

Antologías y selecciones

- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, *Capítulos del Quijote. El retablo de las maravillas*, Montevideo: Consejo Nacional de Enseñanza Primaria, 1947 (con un ensayo de José Enrique Rodó, «El Cristo a la jineta»).
- *Colección lecturas literarias seleccionadas por Lauxar*, Montevideo: Ed. Estudios, s. f.
- *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Montevideo: Banda Oriental, 1972 (selección de algunos capítulos, prólogo y notas de Jorge Albistur).
- *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. Primera parte*, Montevideo: Banda Oriental, 2013 (colección Biblioteca Básica de la Literatura española. Selección de algunos capítulos, prólogo y notas de Sofía Rosa).
- *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. Segunda parte*, Montevideo: Banda Oriental, 2013 (colección Biblioteca Básica de la Literatura española. Selección de algunos capítulos, prólogo y notas de Pedro Peña).

GONZÁLEZ PERERA, Mario, *Páginas del Quijote. Invitación a la lectura de El ingenioso hidalgo*, Montevideo: Proyección, 1990 (selección de textos en una versión libre del compilador, que enlaza unos capítulos con otros).

Bibliografía sobre Cervantes y el *Quijote*

- ABADIE, Roberto y Humberto Zarrilli, *Cervantes. Libro de lenguaje*, Montevideo: Barreiro y Ramos, 1926.
- ACOSTA, Teresa, *Don Quijote el caballero y su gracioso escudero*, registro INAE, 1994 (obra teatral).
- ACUÑA DE FIGUEROA, Francisco, «Letrilla satírica: el hombre de importancia», en ídem, *Obras completas*, Montevideo: Dornaleche y Reyes, 1890, p. 199.
- AGUIAR, Manuel, «Dos capítulos: don Quijote-ídolos e ideales», en *Pegaso*, año VIII, n.º 67, Montevideo, enero de 1924, pp. 28-29.
- AÍNSA, Fernando, «La autoría compartida de don Quijote: los cronistas americanos de esta “peregrina historia”», en *Cuadernos Americanos*, año XIX, vol. 6, n.º 114, México, UNAM, noviembre-diciembre de 2005, pp. 11-23.
- ALBERTI, Rafael, «Cervantes nos pertenece», en *España Democrática*, Montevideo, 16 de octubre de 1947.
- «La *Numancia*», en *El Comercio*, Lima, 25 de abril de 1947 (sobre la representación en Montevideo por Margarita Xirgú).
- ALBISTUR, Jorge, «Cervantes: modernidad del yo, de la palabra y el mundo», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 15-23.
- «Cervantes, un símbolo de todos los lenguajes», en suplemento «La semana», en *El Día*, Montevideo, 20 de abril de 1985, p. 9.
- «Cervantes y América», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 463, Madrid, 1989, pp. 65-72.
- «Cervantes y el Persiles», en Cecilio MARTÍN PEÑA y Jorge ALBISTUR, *Persiles*, Cuadernos de Literatura, Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria, 1977 (contiene «Presentación del Persiles», por Cecilio Peña).
- *Cervantes y la Crónica de Indias*, Montevideo: Banda Oriental, 1989.
- Del andante al peregrino, o de la historia al discurso, Montevideo: Banda Oriental, 1989.
- *El teatro de Cervantes*, Cuadernos de Literatura 7, Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria, 1968.
- *La ejemplaridad de las Ejemplares*, Montevideo: La Casa del Estudiante, 1976.
- «Las *Ejemplares*: “mostrar con propiedad un desatino”», en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Sujeto, barroco y modernidad. 400 años de las Novelas ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014, pp. 19-34.
- *Leyendo el Quijote*, Montevideo: Banda Oriental, 1974 [1968].
- ALFARO, Hugo, «Carlos Quijano», en Alberto OREGGIONI (ed.), *Nuevo diccionario de literatura uruguaya*, Montevideo: Banda Oriental, 2001, pp. 173-175.
- Almanaque de 1933, fábrica de aceites El Cometa, Impresora Uruguaya (con 12 láminas sobre el *Quijote*).

- Almanaque de 1976, IPUSA (con 7 láminas de Fernández Muñiz).
- «Aniversario de Cervantes», en *Escritura*, n.º 1, Montevideo, octubre de 1947.
- ALSINA TEVENET, Homero, «Quijote en el cine. Una lista muy larga», en *El País Cultural*, año XVI, n.º 807, Montevideo, 22 de abril de 2005, pp. 6-7.
- ÁLVES PATIÑO, Alberto, «Cervantes», apartado del *Boletín de la Academia Nacional de Letras*, tomo II, n.º 7, Montevideo, setiembre de 1949.
- ALZUGARAT, Alfredo, «Un eterno caballero andante. El don Quijote de Estefanell», en *El País Cultural*, n.º 811, año XVI, Montevideo, 20 de mayo de 2005, p. 20.
- «Las cárceles de la dictadura como espacios de lectura y reescritura del *Quijote*», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 147-154.
- ANSELMÍ, Susana y María DODERA, «Burlesque: las mujeres de Cervantes», en Xurxo PONCE (coord.), *Festival Internacional Cervantino. El festival de las artes del sur. Octubre y noviembre 2016*, Montevideo: CCE, 2016, pp. 105-133.
- ANTUÑA, José G., *Cervantes y el Quijote en tierras de América*, Madrid, 1960.
- «El meridiano de don Quijote», en ídem, *El nuevo acento*, Buenos Aires/Montevideo: SALRP 21, 1935 (prólogo de Valery Larbaud).
- ARBELECHE, Jorge, «Don Quijote y la alteridad: el otro, los otros, lo otro» [CD-ROM], en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Sujeto, barroco y modernidad. 400 años de las Novelas ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014, pp. 405-414.
- «Don Quijote y la palabra», en *Hermes Criollo*, año 4, n.º 8, Montevideo, marzo-junio de 2005, pp. 22-27.
- ARDAO, Arturo, «El *Quijote* en Unamuno y Ortega», en ídem, *Filosofía de la lengua española*, Montevideo: Alfa, 1963.
- Autores varios, *A cuatro siglos del Quijote. Actas del IV Congreso Nacional y III Internacional de Literatura* [CD-ROM], Asociación de Profesores de Literatura, Paysandú, 2005.
- Autores varios, *Homenaje a Cervantes en el IV Centenario de su Nacimiento*, Montevideo: Consejo Nacional de Educación Primaria, 31 de octubre de 1947.
- Autores varios, Homenaje a Cervantes. Boletín de la Academia Nacional de Letras, Montevideo, 1948.
- AZAÑA, Manuel, *Cervantes y la invención del Quijote*, Cuaderno de Literatura n.º 10, Fundación de Cultura Universitaria, 1969 (fragmento).
- BACCINO PONCE DE LEÓN, Napoleón, «San Miguel de Cervantes, patrono de España», en *Jaque*, Montevideo, 30 de agosto de 1985, p. 13.
- BÁIG BAÑOS, Aurelio, *El primer Quijote suramericano y el uruguayo don Arturo E. Xalambri*, Madrid: Unión Poligráfica S. A., 1934.
- BASCH, Adela, *Abra cancha que allí viene don Quijote de la Mancha*, registro INAE, 2009 (estrenada bajo la dirección de Fabio Zidan).
- BASSO, Eleonora, «*El curioso impertinente* y la “verdad de la historia”», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 208-220.

- BASSO, Eleonora, «Ese “divino don de la habla”. Reflexión sobre el *Coloquio de los perros*», en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Sujeto, barroco y modernidad. 400 años de las Novelas ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014, pp. 35-52.
- y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República, 2006.
- BASSO, Eleonora y María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (eds.), *Utopía prefeminista y melancolías cervantinas*, Montevideo: Universidad de la República/Biblioteca Plural, 2013.
- BASSO MAGLIO, Vicente, «El vuelo de don Quijote», en *Alfar*, n.º 77, Montevideo, 1937, reeditado como epílogo de Alberto ETCHEPARE, *Don Quijote fusilado*, Montevideo: AIPAPE, 1940 (fragmentos reproducidos en «Homenaje a Cervantes. IV Centenario del Nacimiento de Miguel de Cervantes. Ateneo Federico García Lorca», en *Revista del Ateneo Federico García Lorca*, n.º 1, Montevideo, octubre de 1947, pp. 21-23).
- BEDROSSIAN, María, «Aventuras de doncellas en apuros», en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Novelas ejemplares I*, Montevideo: Ediciones de la Plaza, 2014, pp. 47-54.
- «De La Mancha al Uruguay: el *Quijote* en publicaciones periódicas nacionales» [EN LÍNEA], en *Jornadas Académicas 2015 de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (VI Jornadas de Investigación; V Jornadas de Extensión y IV Encuentro de Egresados y Maestrandos)*, 2015. Resumen disponible en: <<http://jornadas.fhuce.edu.uy/>>.
- «Despliegue retórico y mutaciones del cuerpo en simetría multigenérica: Devenir Dorotea», en Eleonora BASSO y María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (eds.), *Utopía prefeminista y melancolías cervantinas*, Montevideo: Universidad de la República/Biblioteca Plural, 2013, pp. 29-38.
- «Interpretaciones pedagógicas de *Don Quijote* para los niños», en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Lugares uruguayos de la memoria: Cervantes en textos, figuras y prácticas*, Montevideo: CSIC/Udelar, 2016 (en prensa).
- «Pepitoria de cuerpos barrocos: apetito y razón en *Las dos doncellas*» [CD-ROM], en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Sujeto, barroco y modernidad. 400 años de las Novelas ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014, pp. 327-335.
- BENAVENTE, Manuel, *Tres conferencias sobre Cervantes*, San José: Ediciones Cenit, 1947.
- BENÍTEZ PEZZOLANO, Hebert, «Autor y personajes: construcciones dialógicas en el *Quijote* y en la mirada “formalista” de Viktor Shklovski», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 186-192.
- BERGAMÍN, José, «Cervantes y Lope de Vega», en *El País*, Montevideo, 3, 4 y 5 de noviembre de 1947 (síntesis de Carlos Alberto Pazos).
- «Desde el “Pozo de la angustia”», en «Homenaje a Cervantes. IV Centenario del Nacimiento de Miguel de Cervantes. Ateneo Federico García Lorca», en *Revista del Ateneo Federico García Lorca*, n.º 1, Montevideo, octubre de 1947, p. 30.
- BERGAMÍN, José, «El lenguaje épico de la razón», conferencia del ciclo Los Lenguajes de la Poesía Española (síntesis de Carlos Alberto Pazos), recogido en Rogelio MARTÍNEZ, *Crónicas del exilio de Bergamín en el Uruguay*. Teatro, crítica, polémicas, crónicas de prensa, testimonios, reportajes, Montevideo: Ediciones José Bergamín, 2004.
- «Fronteras infernales de la poesía: Shakespeare, Cervantes y Quevedo», en *Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias*, n.º 13, Montevideo, 1954, pp. 95-130.

- BERGAMÍN, José, «Ganivet y Unamuno», conferencia del ciclo España entre Dos Luces, en *El País*, Montevideo, 1 de setiembre de 1948 (síntesis de Carlos Alberto Pazos).
- «Horizontes de la novela. Los lejos de la poesía», en *Anales de la Universidad*, n.º 165, Montevideo, 1950, pp. 27-42.
- «La picaresca y Cervantes», en *El País*, Montevideo, 27 y 29 de octubre de 1947.
- «La primera invención disparatada...», en «Homenaje a Cervantes. IV Centenario del Nacimiento de Miguel de Cervantes. Ateneo Federico García Lorca», en *Revista del Ateneo Federico García Lorca*, n.º 1, Montevideo, octubre de 1947, pp. 9-10.
- «Sueño y verdad de Cervantes», conferencia del ciclo El Rostro y la Máscara en la Poesía Española, recogida en *El País*, Montevideo, 12, 13 y 14 de octubre de 1947.
- BERTOLOTTI, Virginia y Magdalena COLL, «¿Pensáis, villano ruin [...] que todo ha de ser errar vos y perdonaros yo?: el tratamiento voseante de don Quijote a Sancho Panza», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 173-185.
- Biblioteca Cervantina Amelia Marty de Firpo, *Tres plaquetas cervantinas*, Montevideo, 1950-1952.
- BILAC, Olavo, «Cervantes y el *Quijote*», en «Homenaje a Cervantes. IV Centenario del Nacimiento de Miguel de Cervantes. Ateneo Federico García Lorca», en *Revista del Ateneo Federico García Lorca*, n.º 1, Montevideo, octubre de 1947, p. 8.
- BOHN, Ariel, «Sobre sangre forzada y *La fuerza de la sangre*» [CD-ROM], en María de los Ángeles González Briz (ed.), *Sujeto, barroco y modernidad. 400 años de las Novelas ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014, pp. 217-225.
- BOLÓN, Alma, «*El curioso impertinente y La historia inmortal: cuando la letra se hace carne*», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 193-207.
- BORDOLI, Domingo, «El humorismo de gran corazón. Cervantes», en ídem, *Los clásicos y nosotros*, Montevideo: Banda Oriental, 1965.
- «La madurez», en ídem, *Los clásicos y nosotros*, Montevideo: Banda Oriental, 1965.
- «Nuestras circunstancias», en ídem, *Los clásicos y nosotros*, Montevideo: Banda Oriental, 1965.
- BORGES, Gastón, «El Coloquio de los perros», en *Festival Internacional Cervantino. El festival de las artes del sur. Octubre y noviembre 2016*, Montevideo: CCE, 2016, pp. 179-208 (coordinación general de Xurxo Ponce).
- BORGES, Jorge Luis, «Nota sobre el *Quijote*», en Xurxo PONCE (coord.), *Realidad*, vol. II, n.º 5, Buenos Aires, setiembre-octubre de 1947, reproducido en ídem, *Cervantes y el Quijote*, Buenos Aires: Emecé, 2005, pp. 49-52, y en *El País Cultural*, año XVI, n.º 807, Montevideo, 22 de abril de 2005, p. 12.
- BOSQUE, Carlos, «Don Quijote en Sudamérica», en *La Pluma*, n.º 1, Montevideo, agosto de 1927, pp. 127-134.

- BRANDO, Óscar, «Don Quijote hoy. Los nuevos mitos», en *Brecha*, Montevideo, 21 de mayo de 2004 (nota sobre *Don Quijote a la cancha*, de Marcelo Estefanell).
- BRANDO, Óscar y Diego N. GONZÁLEZ, «400 años de ediciones del *Quijote*. Aventuras de las imprentas», en *El País Cultural*, año XVII, n.º 834, Montevideo, 28 de octubre de 2005, pp. 1-3.
- BREGANTE CABALLERIZA, Libertario, Fisiología quijotil. Ensayo. Estudio neuro-sico-endócrino de las personalidades e hipótesis sobre la inteligencia, Maracaibo: Universidad de Zulia, 1969.
- BRUTON, Jack G., «Cervantes en Inglaterra», en Instituto de Estudios Superiores, *Cervantes. Ciclo de conferencias organizadas por la Sección de Literatura Iberoamericana*, Montevideo: Instituto de Estudios Superiores (Talleres Gráficos Al Libro Inglés), 1948, pp. 21-32.
- BURGOS ACOSTA, Cecilia Mabel, «Don Quijote molido: golpes y agresiones físicas de una gesta anticaballeresca» [CD-ROM], en María de los Angeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Sujeto, barroco y modernidad. 400 años de las Novelas ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014, pp. 271-285.
- BUSTAMANTE, Francisco, «Vislumbres de liberalismo y mercado en el prólogo a la Primera Parte del *Quijote* y otros paratextos cervantinos», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 105-118.
- CABEZAS, Juan Antonio, «Cervantes y el turismo esencial», suplemento dominical de *El Día*, n.º 2480, Montevideo, 25 de abril de 1981.
- CAILLABET, Carlos, «Los presos cuando trillan», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 161-164.
- CALLORDA, Pedro Erasmo, *El testamento de don Quijote*, México: Murguía, 1918.
- CAMBA, Carlos T., *Tríptico cervantino. Don Quijote. Dulcinea. Sancho Panza*, Montevideo, 1960.
- CANTONNET, María Ester, «El ideal de don Quijote», en suplemento dominical de *El Día*, Montevideo, 23 de mayo de 1965.
- CARDOZO, Doddie, *Siguiendo al Caballero de la Triste Figura*, Montevideo: Editorial Técnica, 1976 (ficha de estudio).
- CASONA, Alejandro, «Temas de siempre. La última isla [La ínsula Barataria del *Quijote*]», en suplemento dominical de *El Día*, Montevideo, 2 de agosto de 1964.
- CASSOU, Jean, *Cervantes*, Montevideo: Ed. Pueblos Unidos, 1947.
- CASTELLANOS, Daniel, «Cervantes en la Academia Nacional de Letras», en *Revista Nacional*, Montevideo, julio de 1945, pp. 5-8 (exposición del entonces ministro de Instrucción Pública para promover la nominación Miguel Cervantes de Saavedra al sillón académico correspondiente al presidente de la Academia Nacional de Letras, fundada en febrero de 1943).
- CASTELLANOS, Daniel, «Discurso de presentación del proyecto por el cual el sillón del presidente de la Academia llevará el nombre de Miguel de Cervantes Saavedra», en *Boletín de la Academia Nacional de Letras*, tomo 1, n.º 2, Montevideo, 1946.
- CASTELVECCHI, Gladys, *Ejercicios de castellano*, Montevideo: Monteverde, 1984.
- CASTILLO, Guido, «Las armas y las letras», en *Letras*, año 11, n.º 6, Florida, noviembre de 1966, pp. 2-5.

- CASTILLO, Guido, *Notas sobre don Quijote*, Cuadernos de Literatura n.º 18, Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria, 1970.
- CASTILLO, Guido, «¿Quién era el Caballero del Verde Gabán? De lo que aconteció a don Quijote con un discreto apóstol Santiago», en *Nuevo Índice*, n.º 17/18, Madrid, 1983, pp. 20-25.
- CASTRO, Américo, «Introducción y conclusión de *El pensamiento de Cervantes*», en *Renacimiento*, n.º 8, 9, 10 y 11, Montevideo, 1930, pp. 21-29.
- «Certamen literario sobre el *Quijote*», en *La Veleza*, n.º 1, Paysandú, julio de 1955.
- CHICHIZOLA, Guillermina, «La fuerza de la sangre» (introducción al texto), en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Novelas ejemplares I*, Montevideo: Ediciones de la Plaza, 2014, pp. 33-38
- «Las formas de la utopía en el episodio de Marcela», en Eleonora BASSO y María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (eds.), *Utopía prefeminista y melancolías cervantinas*, Montevideo: Universidad de la República/Biblioteca Plural, 2013, pp. 39-44.
- CLAVERIA, Carlos, Valentina MORANDI, Lucía ARMAS et al., *La belleza de la biblioteca: la recepción de Cervantes en Uruguay a través de Arturo Xalambrí*, Montevideo: Museo de Artes Decorativas Palacio Taranco/Universidad de Montevideo, 2001.
- CONDADO, Carolina, «Don Quijote en enseñanza secundaria», en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Lugares uruguayos de la memoria: Cervantes en textos, figuras y prácticas*, Montevideo: CSIC/Udelar, 2016 (en prensa).
- «La Cueva de Montesinos y el *Quijote* apócrifo. Apuntes para una posible vinculación», en Eleonora BASSO y María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (eds.), *Utopía prefeminista y melancolías cervantinas*, Montevideo: Universidad de la República/Biblioteca Plural, 2013, pp. 45-51.
- Consejo Nacional de Educación Primaria y Normal, *Homenaje a Cervantes en el IV Centenario de su Nacimiento*, Montevideo: Escuela de Práctica N.º 12, 1947 (contiene los discursos del arquitecto Carlos Pérez Montero y del doctor Emilio Oribe).
- CONTRERAS PAZOS, Francisco, «Carné de viaje. Cuando don Quijote y Sancho presiden la plaza de España, de Madrid, o allí enfrente estaba el cuartel de la Montaña», en suplemento dominical de *El Día*, Montevideo, 26 de febrero de 1984.
- «La ruta de don Quijote», en *Alfar*, n.º 90, Montevideo, 1952.
- CORBELLA, Beatriz, *Por los caminos del Quijote (amores y disparates imposibles)*, registro INAE, 2008.
- *Una ruta real e imaginaria*, registro INAE, 2005 (monólogo que adapta escenas del *Quijote*).
- CORDERY, Lindsey, «Cuando don Quijote fue mujer o las locuras de Charlotte y Kathy», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 287-293.
- CORREA, Pancho, *La tercera salida de don Quijote*, Montevideo: F. Pereira y Leal, 1933.
- CORTINAS, Ismael, «A Cervantes», en *Apolo*, n.º 7, julio de 1907.
- COSTA ALBARRACÍN, Lorena, «El matrimonio de venteros del primer Quijote, entre lo rústico y lo humorístico» [EN LÍNEA], en *Jornadas Académicas 2015 de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (VI Jornadas de Investigación; V Jornadas de Extensión y IV Encuentro de Egresados y Maestrandos)*, 2015. Resumen disponible en: <http://jornadas2015.fhuuce.edu.uy/images/Jornadas_2015/Jornadas2015-Res%C3%BAmenes-WEB.pdf>.

- COTELO, Ruben, «De Henry Fielding a Paul Auster: presencia del *Quijote* en las letras de lengua inglesa», en *Boletín de la Academia Nacional de Letras*, 3.^a época, n.º 10, Montevideo, julio-diciembre de 2001, pp. 77-98.
- COUSTAU, Juan, «Cervantes en la novela Rinconete y Cortadillo con motivo del centenario del *Quijote*», en *Revista Uruguaya*, n.º 4, año I, Montevideo, 15 de junio de 1905, pp. 3-7.
- CRUZ LAMUEDRA, Juan, «Disfrazar la realidad: modos de construir subjetividades en el *Quijote* de 1605» [CD-ROM], en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Sujeto, barroco y modernidad. 400 años de las Novelas ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014, pp. 415-425.
- DA COSTA VIEIRA, Maria Augusta, «El *Quijote* y las huellas cervantinas en Brasil», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/ Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 93-92.
- DALBONO, Pedro, *El eterno Quijote: síntesis en verso de El ingenioso hidalgo de la Mancha*, Montevideo: Prometeo, 1958.
- *Versos del terruño. Sonetos quijotescos. Las coplas del payador perseguido completas*, Montevideo, s. d. (apéndice *Las coplas del payador perseguido*, de Atahualpa Yupanqui).
- DÍAZ PLAJA, Fernando, «La vuelta de Cervantes», en *La verdad desnuda y otras mentiras: cuentos*, Montevideo: El Galeón, 2004, pp. 97-100.
- DIBARBOURE, José Alberto, «El refranero del *Quijote*», en *Letras*, año II, n.º 6, Montevideo, noviembre de 1966, pp. 22-25.
- DIESTE, Rafael, «El idioma de Cervantes en su centenario», en *Alfar*, n.º 87, Montevideo, 1948.
- DÍEZ FERNÁNDEZ, Ignacio, «Hablar y callar: la libertad de Leonisa y doña Estefanía», en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Sujeto, barroco y modernidad. 400 años de las Novelas ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014, pp. 53-74.
- DOMÍNGUEZ, Ivo, *El Derecho como recurso literario en las Novelas ejemplares de Cervantes*, Montevideo: Publicaciones del Instituto de Estudios Superiores, 1972.
- *Tres novelas moriscas*, Montevideo: Publicaciones del Instituto de Estudios Superiores, 1975.
- D'ONOFRIO, Julia, «Motivos, sujetos y discursos simbólicos en las *Novelas ejemplares*», en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Sujeto, barroco y modernidad. 400 años de las Novelas ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014, pp. 53-74.
- «Don Quijote, agitador profesional. Aspecto de su crítica social», en *Caminos. Arte-Crítica-Ciencia*, año I, n.º 4, Montevideo, 1935, p. 14 (transcribe el Discurso de la Edad de Oro, pronunciado por don Quijote ante los cabreros).
- DOSSENA DE NAVIA, Irma, *Dimensiones quijotescas de la obra cumbre de Cervantes*, Montevideo, 1968 (prólogo de Juana de Ibarbourou).
- DURAND, Elizabeth, «Las mujeres del *Quijote*», en suplemento dominical de *El Día*, Montevideo, 30 de marzo de 1975.
- «El círculo de la prensa apoyará el futuro monumento a Cervantes», en *El Debate*, Montevideo, 16 de enero de 1963, p. 2.
- «El genio y los pigmeos», en *España Democrática*, Montevideo, 14 de abril de 1955.

- «El Instituto Cervantes apoya el homenaje al autor de don Quijote», en *El Debate*, Montevideo, 10 de enero de 1963, p. 14.
- «El monumento de los españoles al Uruguay», en *Marcha*, n.º 487, Montevideo, 22 de julio de 1949, p. 16 (nota referida al proyecto de la Plaza Isabel la Castilla en la Ciudad Vieja).
- ESMORIS, Jorge, *El Quijote cada día juega mejor*, 2005 (versión libre humorística, estrenada en el Teatro del Notariado).
- ESTEFANEL, Marcelo, *Don Quijote a la cancha. Encuentro con el hidalgo que quiso ser personaje literario*, Buenos Aires: Ediciones Carolina, 2003 (prólogo de Ana Inés Larre Borges).
- *Don Quijote, caballero de los galgos*, Buenos Aires: Carolina, 2004.
- «Don Quijote de la Mancha y el lector perfecto: un preso», en Eleonora Basso y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 161-164.
- ETCHEPARE, Alberto, *Don Quijote fusilado*, Montevideo: AIPAPE, 1940.
- ETCHEVERRY, José Enrique, «Aspecto del Derecho en la Ínsula Barataria», en *Cuadernos Americanos*, año XIV, n.º 5, México, julio-agosto de 1955, pp. 159-186.
- FALCO, Ángel, *El alma de la raza*, Montevideo: Talleres Bianchi, 1911.
- FALCÃO ESPALTER, Mario, «A propósito del Tercer Centenario del *Quijote*», en ídem, *Del pensamiento a la pluma*, Barcelona: Luis Gili Editor, 1914.
- «Cervantes, colaborador de Felipe II», en *La Prensa*, Buenos Aires, 16 de setiembre de 1928.
- *El Quijote en las escuelas*, Montevideo: Imprenta La Buena Prensa, 1916.
- FELIPE, León, «Habla León Felipe», en «Homenaje a Cervantes. IV Centenario del Nacimiento de Miguel de Cervantes. Ateneo Federico García Lorca», en *Revista del Ateneo Federico García Lorca*, n.º 1, Montevideo, octubre de 1947, pp. 13-14.— «Pie para el niño de Ballecas de Velázquez», en «Homenaje a Cervantes. IV Centenario del Nacimiento de Miguel de Cervantes. Ateneo Federico García Lorca», en *Revista del Ateneo Federico García Lorca*, n.º 1, Montevideo, octubre de 1947, p. 13.
- FERNÁNDEZ FRAGA, Germán, *Don Miguel de Cervantes y Saavedra, emigrante en América*, Montevideo, 1955.
- FERNÁNDEZ SUÁREZ, Álvaro, *El retablo de Maese Pedro. Farsa endiablada de hombres y muñecos*, Montevideo: Editorial Letras, 1945.
- (seudónimo Juan de Lara), «Figura y prehistoria de Sancho Panza», en «Homenaje a Cervantes. IV Centenario del Nacimiento de Miguel de Cervantes. Ateneo Federico García Lorca», en *Revista del Ateneo Federico García Lorca*, n.º 1, Montevideo, octubre de 1947, pp. 25-27.
- «Razón y sinrazón de la vocación quijotesca de Sancho Panza», en *Escritura*, n.º 5, setiembre de 1948, Montevideo, pp. 5-24.
- FERRANDIZ ALBORZ, Francisco, «Don Quijote en Montevideo. Biblioteca cervantista Amalia Marty de Firpo», en suplemento dominical de *El Día*, Montevideo, 18 de abril de 1954.
- «El eterno Quijote», en suplemento dominical de *El Día*, Montevideo, 1 de enero de 1959.

- FERRANDIZ ALBORZ, Francisco, «Reflexiones en torno a Cervantes», en suplemento dominical de *El Día*, Montevideo, 9 de noviembre de 1947.
- «Figuras hispánicas (Cervantes)», en suplemento dominical de *El Día*, Montevideo, 12 de junio de 1955.
- «Otra vez Cervantes», en suplemento dominical de *El Día*, Montevideo, 7 de abril de 1957.
- «Símbolos hispánicos: don Quijote», en suplemento dominical de *El Día*, Montevideo, 24 de julio de 1955.
- FONT, Armengol, «Una aventura quiijotesca; crónicas de unas divertidas aventuras por Carrasco», Montevideo, 1923.
- FRANCO, Cid, «Sobre *Numancia*», en «Homenaje a Cervantes. IV Centenario del Nacimiento de Miguel de Cervantes. Ateneo Federico García Lorca», en *Revista del Ateneo Federico García Lorca*, n.º 1, Montevideo, octubre de 1947, p. 24 (desde Río de Janeiro).
- FREIRE, Silka, «Don Quijote de la Mancha o la negación de la pertenencia», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 282-286.
- FRUGONI, Emilio, «In memoriam: Poesía a Don Quijote», en *Fray Mocho*, año 5, n.º 232, Buenos Aires, 1916 (dibujo de Peláez).
- «Prólogo», en Alberto ETCHEPARE, *Don Quijote fusilado*, Montevideo: AIAPE, 1940.
- FURNIER, Daniela, «Entre Dios y el diablo: las opciones de Sancho y don Quijote en el final del *Quijote* de 1615» [CD-ROM], en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Sujeto, barroco y modernidad. 400 años de las Novelas ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014, pp. 368-380.
- GABRIEL, José, *Curso fundamental de Literatura Española*, Montevideo: Organización Taquigráfica Medina, 1945 (para los cursos de Facultad de Humanidades y Ciencias).
- GALEANO, Eduardo, «1597. Sevilla. En un lugar de la cárcel», en ídem, *Memoria del fuego I. Los nacimientos*, Montevideo: Ediciones del Chanchito, 2000, p. 188.
- «1616. Madrid. Cervantes», en ídem, *Memoria del fuego I. Los nacimientos*, Montevideo: Ediciones del Chanchito, 2000, p. 212.
- «Don Quijote de las paradojas», *Página 12*, Buenos Aires, domingo 13 de febrero de 2005.
- GALLO, Alberto, «¿Es posible odiar al Ingenioso Hidalgo?», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 297-299.
- *Los pelagatos*, Buenos Aires: Planeta, 1997 [novela].
- GALLINAL, Alejandro, *Sobre Cervantes y el Quijote*, Montevideo: Barreiro, 1948.
- GALLINAL HEBER, Alejandro, «Realidad y fábula de Dulcinea», en suplemento dominical de *El Día*, Montevideo, 20 de octubre de 1974.
- GAMBA, Carlos T., «Literatura renacentista. Un aspecto de don Quijote», en *Anales de Instrucción Primaria*, tomo XXVI, n.º 21, Montevideo, octubre de 1929, pp. 261-279.
- «Tríptico cervantino. Don Quijote, Sancho Panza, Dulcinea», Montevideo, 1960 (plaqueta con tres poemas).

- GAMBA, Carlos T., «Un aspecto de don Quijote», en *Capítulos dispersos. Ensayos crítico-literarios*, Montevideo: Edición de autor, 1957.
- GARCÍA CALDERÓN, Ventura, «José Martí», en *Pegaso*, año VIII, n.º 69, Montevideo, marzo de 1924, pp. 114-118 (analogía entre Martí y don Quijote latino).
- GARCÍA ESTEBAN, Fernando, «Los entremeses de Cervantes (sus posibilidades escénicas en la actualidad)», en Instituto de Estudios Superiores, *Cervantes. Ciclo de conferencias organizadas por la Sección de Literatura Iberoamericana*, Montevideo: Instituto de Estudios Superiores (Talleres Gráficos Al Libro Inglés), 1948, pp. 51-65.
- GARCÍA MÉNDEZ, Horacio, «La riqueza de Cervantes», en María GROWEL (coord.), *Cervantes*, Ciclo de conferencias con motivo de la inauguración de la estatua a Cervantes en la Biblioteca Nacional, Montevideo: Embajada de España, 1986.
- GARCÍA PUERTAS, Manuel, «A modo de prefacio», en Iván TURGUENIEV, *Hamlet y don Quijote*, Madrid: Sequitur, 2008, pp. 9-11 (fragmento reproducido de *Cervantes y la crisis del Renacimiento español*, de Manuel GARCÍA PUERTAS, Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias, 1962).
- «A propósito del *Cervantes* de Jean Cassou», en «Homenaje a Cervantes. IV Centenario del Nacimiento de Miguel de Cervantes. Ateneo Federico García Lorca», en *Revista del Ateneo Federico García Lorca*, n.º 1, Montevideo, octubre de 1947, pp. 28-29.
- *Cervantes y la crisis del Renacimiento español*, Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias, 1962.
- «Sobre el realismo cervantino. En el 350 aniversario de la muerte de Cervantes», en *Revista Estudios*, n.º 39, Montevideo, enero-febrero de 1966.
- GARET, Leonardo, *Cervantes*, Montevideo: Editorial Técnica, 1977.
- GARET MAS, Julio, «El cuento infeliz de Sancho Panza», en *Revista de la Universidad de Zulia*, n.º 57, Maracaibo, enero-diciembre de 1977, pp. 100-110.
- *El galgo corredor de don Quijote*, Montevideo, 1969.
- *El poema de los animales y otros cantos*, Montevideo: Numen, 1960 (poemas a «Rocinante», «El rucio de Sancho»).
- *Flores y fauna del Quijote*, Montevideo: Florensa & Lafón, 1969.
- «Poesía y notas quijotescas», en ídem, *Páginas escogidas*, vol. 1, Salto, 1972.
- GASCO, Cecilia y María de los Ángeles OFILA, «Entre la discreción y la locura: el legado de Don Quijote para la literatura de la era digital», en Eleonora BASSO y Ma. de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (eds.), *Utopía prefeminista y melancolías cervantinas*, Montevideo: Universidad de la República/Biblioteca Plural, 2013, pp. 53-62.
- GIL ÁLVAREZ, Miguel, «La música española en la época de Cervantes», en María GROWEL (coord.), *Cervantes*, Ciclo de conferencias con motivo de la inauguración de la estatua a Cervantes en la Biblioteca Nacional, Montevideo: Embajada de España, 1986.
- GINESILLO DE PASAMONTE (seudónimo), «Una revista de arte», en *Bohemia. Revista de Arte*, año 1, n.º 3, Montevideo, pp. 16-17.
- GÓMEZ, Roberto, «El ingenioso caricaturista don Miguel de Cervantes Saavedra», en *La Veleza*, n.º 2, Paysandú, diciembre de 1955.
- GONZÁLEZ, Ariosto, «El *Quijote* como obra histórica», en *Revista Nacional*, n.º 231, Montevideo, 1967, pp. 4-94.
- GONZÁLEZ BRIZ, María de los Ángeles, «¡Al monte tiran! Leandra y la cabra manchada», en Eleonora BASSO y María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (eds.), *Utopía prefeminista y melancolías cervantinas*, Montevideo: Universidad de la República/Biblioteca Plural, 2013, pp. 73-87.

- GONZÁLEZ BRIZ, María de los Ángeles, «Cecilio Peña: el último Cervantes y el incipiente cervantismo uruguayo», en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Lugares uruguayos de la memoria: Cervantes en textos, figuras y prácticas*, Montevideo: CSIC/Udelar, 2016 (en prensa).
- «Cuatro lecturas uruguayas del *Quijote* (las perspectivas de Zorrilla de San Martín, Rodó, Reyes y Nin Frías)», en *Angélica. Revista de Literatura*, vol. 10, Lucena, 2000-2001, pp. 151-191.
- «Del personaje al mito: variaciones de don Quijote en el campo cultural uruguayo», en Julia D'ONOFRIO y Clea GERBER (eds.), *Don Quijote en Azul 5. Actas selectas de las V Jornadas Internacionales Cervantinas celebradas en Azul (Argentina) en 2012*, Azul: Editorial Azul, 2013, pp. 25-34.
- «Educación, aprendizaje y gobierno de sí en *La ilustre fregona*» [CD-ROM], en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Sujeto, barroco y modernidad. 400 años de las Novelas ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014, pp. 226-237.
- «El *Quijote* en América. La llegada y el exilio», en *El País Cultural*, año XVI, n.º 807, Montevideo, 22 de abril de 2005, pp. 8-9.
- «El *Quijote* como campo de batalla: lecturas uruguayas del siglo XX», en José Ángel ASCUNE y Alberto RODRÍGUEZ (eds.), *Cervantes y la modernidad*, Berlín: Reichenberger, 2007.
- «El *Quijote* en América: un itinerario posible», en *Studia Colombiana*, n.º 4, Bogotá, diciembre de 2005, pp. 82-107.
- «El *Quijote* en Uruguay: un itinerario posible», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 119-128.
- «El *Quijote* en Uruguay y un bicentenario», en Julia D'ONOFRIO y Clea GERBER (eds.), *Don Quijote en Azul 5. Actas selectas de las V Jornadas Internacionales Cervantinas celebradas en Azul (Argentina) en 2012*, Azul: Editorial Azul, 2013, pp. 25-34.
- «El último Cervantes (1547-1616). Una vejez prolífica», en *El País Cultural*, año XXV, n.º 1272, Montevideo, 1 de agosto de 2014, pp. 1-3.
- «Hombres y mujeres a la conquista de sí mismos», en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Novelas ejemplares I*, Montevideo: Ediciones de la Plaza, 2014, pp. 34-39.
- «Las vidas breves: de Alonso Quijano a Juan María Brausen», en María STOOPEN (ed.), *El Quijote: palimpsestos hispanoamericanos*, México: UNAM, 2013.
- «Mujeres del *Quijote* que desafían las expectativas», en CUADRO, Inés; FERREIRA, Pablo; GLORENCIA Thul *et al.*, *Avances de investigación*, Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2013, pp. 61-73.
- «Notas sobre nueva crítica cervantina», en *Hermes Criollo*, año 4, n.º 9, Montevideo, julio-octubre de 2005, pp. 131-133.
- *Onetti: las vidas breves del deseo*, Montevideo: Universidad de la República, 2015.
- «Presencia del *Quijote*, memoria inscrita y memoria incorporada», en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Lugares uruguayos de la memoria: Cervantes en textos, figuras y prácticas*, Montevideo: CSIC/Udelar, 2016 (en prensa).

- GONZÁLEZ BRIZ, María de los Ángeles, «Revisitando las *Ejemplares*, 400 años después», en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Sujeto, barroco y modernidad. A 400 años de las Novelas ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014, pp. 11-18.
- *Sujeto, barroco y modernidad. A 400 años de las Novelas ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014.
- «Una colección, doce laberintos y un itinerario de lectura», en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Novelas ejemplares I*, Montevideo: Ediciones de la Plaza, 2014, pp. 7-13.
- «La biblioteca de don Quijote y Don Quijote desde la biblioteca», en *Revista de la Biblioteca Nacional*, n.ºs 11-12, Montevideo, 2016.
- y Adriana Montado, «Mr. Quijote: usos actuales del mito en el cine uruguayo actual» [EN LÍNEA], en *Jornadas Académicas 2015 de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (VI Jornadas de Investigación; V Jornadas de Extensión y IV Encuentro de Egresados y Maestrandos)*, 2015. Resumen disponible en: <http://jornadas2015.fhuce.edu.uy/images/Jornadas_2015/Jornadas2015-Res%C3%BAmenes-WEB.pdf>.
- GONZÁLEZ DE LEÓN, María del Carmen, «Devenir autor, ser Cervantes: “qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo”» [EN LÍNEA], en *Jornadas Académicas 2015 de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (VI Jornadas de Investigación; V Jornadas de Extensión y IV Encuentro de Egresados y Maestrandos)*, 2015. Disponible en: <http://jornadas2015.fhuce.edu.uy/images/Jornadas_2015/Jornadas2015-Res%C3%BAmenes-WEB.pdf>.
- «Operación regreso: fuerzas de oposición al viaje quijotesco», en Eleonora BASSO y María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (eds.), *Utopía prefeminista y melancolías cervantinas*, Montevideo: Universidad de la República/Biblioteca Plural, 2013, pp. 63-71.
- GONZÁLEZ GADEA, Diego, *Cervantes en el Uruguay*, Montevideo: El Galeón, 2005.
- «Cervantes y Vaz Ferreira», en *El País Cultural*, año XVII, n.º 834, Montevideo, 28 de octubre de 2005, p. 3.
- GONZÁLEZ PEREA, Mario, *Páginas del Quijote*, Montevideo, s. d.
- GRAVINA, Alfredo Dante, «El discurso de don Quijote sobre las letras y las armas», en *Gaceta de Cultura*, n.º 2, Montevideo, setiembre de 1955, pp. 4-5.
- «En torno al *Quijote*», en ídem, *Cervantes*, Montevideo: Embajada de España, 1986.
- (coord.), «Prólogo. En torno al Quijote», en *Cervantes*, Ciclo de conferencias con motivo de la inauguración de la estatua a Cervantes en la Biblioteca Nacional, Montevideo: Embajada de España en Uruguay, 1986.
- GUARAGLIA, Malvina y Gabriela SOSA, «La transformación del hidalgo como rito de iniciación mal hecho», en apartado «Cervantes y el *Quijote*», en *Hermes Criollo*, año 4, n.º 9, Montevideo, julio-octubre de 2005, pp. 11-24.
- GUERRINA SODERINI, Alfonso, *El drama quijotesco de los oficios en la época cervantina*, Montevideo, 1979.
- GULLIVER, Tristán (seudónimo de Ismael Urdaneta), «Don Quijote en la Argentina. Cap. I», en *La Semana*, n.º 134, 23 de marzo de 1912, s. p.
- GUTIÉRREZ, Carlos María, «Viento del sur», en Juan Armando EPPLE, *Microquijotes*, Barcelona: Ediciones Thule, 2005, pp. 75-76.

- HAMED, Amir, «Breve inmersión en lo ridículo», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 300-305.
- HARÁN, Lilián, *Cervantes y la novela picaresca. El mundo de Rinconete y Cortadillo*, Montevideo: Editorial Técnica, 1976.
- «Homenaje a Cervantes. IV Centenario del Nacimiento de Miguel de Cervantes. Ateneo Federico García Lorca», en *Revista del Ateneo Federico García Lorca*, n.º 1, Montevideo, octubre de 1947.
- Hontanar (seudónimo de José Sánchez Fontans), *Autores españoles*, Montevideo: Mosca, 1949.
- IBARBOUROU, Juana, «Cervantes», en *Revista del Ateneo Federico García Lorca*, n.º 1, Montevideo, octubre de 1947, p. 15.
- ILARIA, Juan, *Desde Pegaso a Rocinante (conferencia pronunciada en los salones de Jockey Club de Montevideo)*, Montevideo: Editorial MZ, 1987.
- «Los entremeses de Cervantes», en Comisión de Homenaje a Juan Iliaria, *Juan Iliaria: una vida al servicio de la cultura*, Montevideo: Comisión de Homenaje, 1958, p. 4.
- Instituto de Estudios Superiores, *Cervantes. Ciclo de conferencias organizadas por la Sección de Literatura Iberoamericana*, Montevideo: Instituto de Estudios Superiores (Talleres Gráficos Al Libro Inglés), 1948.
- INTROINI, Juan, «Las armas y las letras», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 276-281.
- IPUCHE, Pedro Leandro, «Cervantes», en ídem, *Hombres y nombres. Libro cincuentenario (1909-1959). Ensayos y entretenimientos*, Montevideo: Imprenta Ligur, 1959.
- IRIGOYEN, Emilio, «Reciclajes pedestres del caballero roto. Fragmentos y refacciones del *Quijote* en la plástica popular uruguaya», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 251-258.
- ISELLA RUSSELL, Dora, «Reivindicación de Dulcinea», en María GROWEL (coord.), *Cervantes, Ciclo de conferencias con motivo de la inauguración de la estatua a Cervantes en la Biblioteca Nacional*, Montevideo: Embajada de España en Uruguay, 1986.
- JAUREGUY, Miguel Ángel, «Las horas dolorosas del *Quijote*», en *Revista Nacional*, n.º 55, Montevideo, 1952, pp. 46-62.
- *La risa y el Quijote. Conferencia dictada en el Club Médico, 29 de julio de 1955* (edición de autor).
- *La vida quijotesa del médico*, Montevideo, s. d.
- JIMÉNEZ, Helio, *Artificios y motivos en los libros de caballería*, Montevideo: Géminis, 1973.
- KANIA, Adriana, «La metamorfosis de Isabel-Isabela. *La española inglesa*: ambigüedades, dualidades y cambios» [CD-ROM], en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Sujeto, barroco y modernidad. 400 años de las Novelas ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014, pp. 297-312.
- «El laberinto y el autoconocimiento en *El celoso extremeño*, de Cervantes y *Emma Zunz*, de Borges» [EN LÍNEA], en *Jornadas Académicas 2015 de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (VI Jornadas de Investigación; V Jornadas de Extensión y IV Encuentro de Egresados y Maestrands)*, 2015. Resumen disponible en <<http://jornadas.fhuce.edu.uy/>>.

- KANIA, Adriana, «El sueño de Horacio Maldonado. Antes de la salida “por la puerta falsa de un corral”, la génesis de don Quijote», en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Lugares uruguayos de la memoria: Cervantes en textos, figuras y prácticas*, Montevideo: CSIC/Udelar, 2016 (en prensa).
- LACALLE, Carlos, «El tiempo de Cervantes», en Instituto de Estudios Superiores, *Cervantes. Ciclo de conferencias organizadas por la Sección de Literatura Iberoamericana*, Montevideo: Instituto de Estudios Superiores (Talleres Gráficos Al Libro Inglés), 1948.
- LAGUARDA TRÍAS, Rolando A., «Los americanismos de Cervantes», en suplemento dominical de *El Día*, Montevideo, 14 de agosto de 1984.
- LASPLACES, Alberto, «Cervantes», en *La Cruz del Sur*, año I, n.º 5, Montevideo, 15 de julio de 1927.
- Lauxar (seudónimo de Osvaldo Crispo Acosta), *Lecturas literarias y ejercicios de castellano*, Montevideo: Impresora Uruguaya, 1938 (selección de fragmentos del *Quijote*).
- LEVRERO, Mario, «Giambattista Grozzo, autor de “Pierre Menard, autor del Quijote”», en Julio ORTEGA, *La cervantiada*, México: Ediciones del Equilibrista, 1992, pp. 57-58.
- LIBEDISNSKY, Juana, «Con la traductora Edith Grossman. Ser fiel a la intención del autor», en *El País Cultural*, año XVI, n.º 807, Montevideo, 22 de abril de 2005: 5.
- LISCANO, Carlos, «El amante liberal», en XURXO PONCE (coord.), *Festival Internacional Cervantino. El festival de las artes del sur. Octubre y noviembre 2016*, Montevideo: CCE, 2016, pp. 161-174.
- «El papel de don Álvaro Tarfe en mi formación de lector», en Eleonora Basso y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 165-169.
- LISTA, Julio Alberto, «La trilogía del ensueño: “A don Quijote”, “A Dulcinea”, “A Sancho”», en *Bohemia. Revista de Arte*, año I, n.º 1, Montevideo, 15 de agosto de 1908, p. 9.
- «Los nuevos», en *Bohemia. Revista de Arte*, año I, n.º 1, Montevideo, 15 de agosto de 1908, p. 1 (dirigida por Julio Alberto Lista).
- MACHADO, Janer Cristina, «Leitura de un ideal em transição: o encontro entre Amadís e Don Quijote de la Mancha» [EN LÍNEA], en *Jornadas Académicas 2015 de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (VI Jornadas de Investigación; V Jornadas de Extensión y IV Encuentro de Egresados y Maestrandos)*, 2015. Resumen disponible en: <<http://jornadas.fhuce.edu.uy/>>.
- MALDONADO, Horacio, *El sueño de Alonso Quijano*, Montevideo: El Siglo Ilustrado, 1920.
- MAÑÉ GARZÓN, Pablo, «El genio y los homenajes», en *El País*, Montevideo, miércoles 21 de noviembre de 1962.
- «Divulgación: el autor de *El Quijote*», en *El Debate*, Montevideo, martes 8 de enero de 1963.
- «Se levantará un gran monumento a Cervantes», en *El Diario*, Montevideo, 9 de enero de 1963.
- MARTÍN, Cristina, «¡Perdónalos, Rocinante!», en suplemento dominical de *El Día*, Montevideo, 13 de abril de 1980.
- «Las cárceles de Cervantes», en suplemento dominical de *El Día*, Montevideo, 20 de julio de 1980.
- MARTÍNEZ, Gustavo, «400 años de don Quijote de la Mancha. Caballero de la verdad», en *El País Cultural*, año XVI, n.º 807, Montevideo, 22 de abril de 2005, pp. 1-3.

- MARTÍNEZ, Gustavo, «De Camelot a la Mancha», en *Hermes Criollo*, año 4, n.º 8, Montevideo, marzo-junio de 2005, pp. 28-41.
- «Don Quijote y Tristán Shandy», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 237-243.
- MARTÍNEZ ORAMAS, María del Verdún, «Deshonra y virtud en *La fuerza de la sangre*» [CD-ROM], en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Sujeto, barroco y modernidad. 400 años de las Novelas Ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014, pp. 247-257.
- MARTÍNEZ BLANCO, Daniela, «Acercamientos hacia un posible discurso femenino en el *Quijote*», en Eleonora BASSO y María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (eds.), *Utopía prefeminista y melancolías cervantinas*, Montevideo: Universidad de la República/Biblioteca Plural, 2013, pp. 89-99.
- MARTÍNEZ ROVIRA, Eduardo, «El campo en el *Quijote*», en suplemento dominical de *El Día*, Montevideo, 5 de diciembre de 1971.
- «El *Quijote* en frases», en suplemento dominical de *El Día*, Montevideo, 7 de julio de 1968.
- «Sancho, gobernador de Barataria», en suplemento dominical de *El Día*, Montevideo, 11 de junio de 1982.
- «Subrayando el *Quijote*», en suplemento dominical de *El Día*, Montevideo, 24 de diciembre de 1967.
- MASTALLI, Adriana, «“Como yo perdiste el seso”: Orlando y don Quijote», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 271-275.
- MEDINA, Eugenia, «De frutos y monedas: fertilidad y riqueza en *La Gitanilla*» [CD-ROM], en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Sujeto, barroco y modernidad. 400 años de las Novelas ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014, pp. 258-269.
- MEDINA VIDAL, Jorge, *Aspectos de la poesía lírica de Cervantes*, Montevideo: Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias, 1959.
- MELLIZO, Carlos, «Don Quijote, caballero ocioso», en *Hermes Criollo*, año 4, n.º 8, Montevideo, marzo-junio de 2005, pp. 11-21.
- MERIMÉE, Ernest, *Resumen de historia de la literatura española*, Montevideo: Monteverde & Co., 1915 (traducción de Williams).
- MESIAS, Jorge Enrique S. J., «El ideal de don Quijote y la fuerza que lo mantiene», en Instituto de Estudios Superiores, *Cervantes. Ciclo de conferencias organizadas por la Sección de Literatura Iberoamericana*, Montevideo: Instituto de Estudios Superiores (Talleres Gráficos Al Libro Inglés), 1948, pp. 67-79.
- MESTRE, Joaquín, *Lecturas suplementarias para las escuelas urbanas*, Montevideo: Comini, 1942 (incluye tres fragmentos del *Quijote*).
- MILANS, Aquiles, *El Quijote: sonetos ejemplares*, Montevideo: Imprenta Internacional, 1979.
- MIRANDA, Álvaro, «Apuntes a propósito de don Quijote», en *Foro Literario. Revista de Literatura y Lenguaje*, año 11, vol. 2, n.º 4, Montevideo, segundo semestre de 1978, pp. 48-51.
- MOCTEZUMA, Álvaro, «Casa del Quijote en Montevideo», en *Momento Intelectual*, Montevideo, 23 de mayo de 1945 (sobre la Biblioteca de Arturo E. Xalambri).

- MONTERO BUSTAMANTE, Raúl, «Cervantes, ensayo de una sociedad literario-internacional, por Alberto Nin Frías», en *Revista Literaria*, n.º 4, Montevideo, junio de 1900, pp. 119-120.
- «La muerte de don Quijote», en *Homenaje a Raúl Montero Bustamante. Selección de sus escritos literarios e históricos*, tomo II, Montevideo: Instituto Histórico y Geográfico/Academia Nacional de Letras, 1955.
- MONTIEL BALLESTEROS, Adolfo, *Don Quijote grillo*, Montevideo: Clavileño, 1961.
- MONTOYA JUÁREZ, Jesús, «Cervantes y Ayala o las vueltas cervantinas de la modernidad», en apartado «Cervantes y el Quijote», en *Hermes Criollo*, año 4, n.º 9, Montevideo, julio-octubre de 2005, pp. 25-33.
- MOREIRA, Álvaro, «Risa y llanto», en «Homenaje a Cervantes. IV Centenario del Nacimiento de Miguel de Cervantes. Ateneo Federico García Lorca», en *Revista del Ateneo Federico García Lorca*, n.º 1, Montevideo, octubre de 1947, p. 27.
- MOSERA, Rubens, *Don Quijote de la Mancha y la medicina*, Montevideo: Edición de autor, 1985 (prólogo de Jorge Albistur).
- «La medicina en la época de Cervantes», en *El Día*, Montevideo, 9 de enero de 1986.
- NEBEL ÁLVAREZ, Fernando, «Coloquio cervantesco», en *Bohemia. Revista de Arte*, año III, n.ºs 41 y 42, Montevideo, 25 de agosto de 1910; p. 26 (2.º premio del concurso literario organizado por la revista *Bohemia*. Jurado: José Enrique Rodó, Vicente Pérez Petit y Edmundo Bianchi).
- NEUSCHÄFER, Hans-Jörg, «Utopía y prefeminismo en el Quijote de 1605», en Eleonora Basso y Alicia Torres (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 60-69.
- NICOLOFF, Adriana, «Numancia en Montevideo» [EN LÍNEA], en *Jornadas Académicas 2015 de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (VI Jornadas de Investigación; V Jornadas de Extensión y IV Encuentro de Egresados y Maestrandos)*, 2015. Resumen disponible en: <<http://jornadas.fhuce.edu.uy/>>.
- NIN FRÍAS, Alberto, *Cervantes, ensayo sobre una sociedad literario-internacional*, Montevideo: M. Martínez, 1900.
- «Ensayo sobre los cien mejores libros», en *Vida Moderna*, tomo IV, n.º 11, Montevideo, setiembre de 1901, pp. 226-235.
- OLAIZOLA, Sabas, «Envío de don Quijote», en *Pegaso*, n.º 6, Montevideo, 1921, pp. 36-38.
- OLARÁN CHANS, Justo, *Glosario cervantino: escolios líricos al Quijote*, Buenos Aires: Imprenta López, 1938 (ilustrado por Carlos Vergottini).
- OLID GUERRERO, Eduardo, «Del teatro a la novela cervantina: El narrador como personaje en las *Novelas Ejemplares*», en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Sujeto, barroco y modernidad. 400 años de las Novelas ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014, pp. 149-174.
- ONETTI, Juan Carlos, «Discurso pronunciado al recibir el premio Cervantes (1980)», en ídem, *Obras completas III*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2009, pp. 861-864.
- OÑA, Angie, «Transparente (basada en *El licenciado Vidriera*)», en Xurxo PONCE (coord.), *Festival Internacional Cervantino. El festival de las artes del sur. Octubre y noviembre 2016*, Montevideo: CCE, 2016, pp. 233-256.
- ORDÓÑEZ TARÍN, Fernando, «Crisis de España y murmuraciones perrunas: *El coloquio de los perros*» [CD-ROM], en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Sujeto, barroco y modernidad. 400 años de las Novelas ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014, pp. 238-245.

- ORDÓÑEZ TARÍN, Fernando, «Experiencia y literatura: la naturaleza experimental de la escritura cervantina», en Eleonora Basso y María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (eds.), *Utopía prefeminista y melancolías cervantinas*, Montevideo: Universidad de la República/Biblioteca Plural, 2013, pp. 101-107.
- «Lecturas cervantinas “de ayer y de hoy”» [EN LÍNEA], en *Jornadas Académicas 2015 de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (VI Jornadas de Investigación; V Jornadas de Extensión y IV Encuentro de Egresados y Maestrands)*, 2015. Resumen disponible en: <<http://jornadas.fhuce.edu.uy/>>.
- ORTIZ SARALEGUI, “Yo sé quién soy”, contesta don Quijote a Franco», en «Homenaje a Cervantes. IV Centenario del Nacimiento de Miguel de Cervantes. Ateneo Federico García Lorca», en *Revista del Ateneo Federico García Lorca*, n.º 1, Montevideo, octubre de 1947, p. 15.
- OYARZÁBAL, Silvana Albertina, «El cambio de fortuna en *El amante liberal*» [CD-ROM], en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Sujeto, barroco y modernidad. 400 años de las Novelas ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014, pp. 313-325.
- PALLARES, Ricardo, «El discurso que cabalga», en Eleonora Basso y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 129-145.
- PAPINI y ZAS, Guzmán, «Puños de hierro», en *La Ilustración Uruguaya*, año I, n.º 1, Montevideo, 7 de marzo de 1906, p. 7 (poema).
- PARODI, Alicia, «Magdalena, un intertexto estructurante en el *Quijote* de 1605», en Eleonora Basso y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 24-35.
- Patatas y Zapirón (seudónimos), «Correspondencia del Zapirón», en *El Zapirón, continuación de Zipi-Zape. Periódico joco-serio, crítico, literario e ilustrado con caricaturas*, n.º 2, Montevideo, 15 de junio de 1862, pp. 1-3.
- PEDUZZI ESCUDER, Humberto, «Heroísmo y sabiduría en el *Quijote*», en *Ensayos*, año II, n.º 18, Montevideo, julio de 1938, pp. 270-294.
- PENCE, Rafael, *Un caballero llamado don Quijote*, registro INAE, 2007 (obra teatral, musical infantil).
- PEÑA MARTÍN, Cecilio, *Cervantes*, Montevideo: La Casa del Estudiante, 1973.
- *Cervantes. Vida y obra*, Montevideo: Casa del Estudiante, 1988.
- «Con Monipodio, hacia Cervantes», en *La Torre*, n.ºs 93-94, San Juan de Puerto Rico, julio-diciembre de 1976, pp. 196-205.
- «En el último mundo cervantino», en *Asomante*, año 28, n.º 4, Universidad de Puerto Rico, octubre-diciembre de 1962, pp. 61-68.
- *Hacia el sentido del Persiles*, Montevideo, edición de autor, 1988.
- «Presentación del *Persiles*», en *Revista de Humanidades*, año I, n.º 1, Universidad Autónoma de Chiapas, enero de 1978, pp. 55-70.
- «Prólogo», en Miguel de CERVANTES SAAVEDRA, *La gitanilla*, Montevideo: Banda Oriental, 1982, pp. 5-16.
- «Prólogo», en Miguel de CERVANTES SAAVEDRA, *La ilustre fregona*, Montevideo: Banda Oriental, 1979, pp. 5-28.
- «Prólogo», en Miguel de Cervantes Saavedra, *Rinconete y cortadillo*, Montevideo: Banda Oriental, 1979, pp. 5-18.

- PEÑA MARTÍN, Cecilio y Jorge Albistur, *Persiles*, Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria (Cuadernos de Literatura), 1977 (contiene «Presentación del Persiles», por Cecilio Peña, y «Cervantes y el Persiles», por Jorge Albistur).
- PEREDA VALDÉS, Ildefonso, *Cervantinas*, Montevideo: Dornaleche y Reyes, 1952.
- «De un capítulo del *Quijote* al teatro de Cervantes» [EN LÍNEA], en *Revista de la Universidad de México*, n.º 12, UNAM, agosto de 1957. Disponible en: <http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/ojs_rum/index.php/rum/articulo/view/6970/8208>.
- «Don Quijote y don Juan», en *Revista Nacional*, n.º 225, Montevideo, julio-septiembre de 1965.
- «Los antiqijotes», en ídem, *El negro rioplatense y otros ensayos*, Montevideo: Claudio García, 1937, pp. 108-118.
- y Nicolás FUSCO SANSONE, «Cervantes», en ídem, *Guía de lecturas de autores españoles*, Montevideo: Ediciones Liceo, 1957, pp. 141-175.
- PEREIRA RODRÍGUEZ, José, «Don Quijote ante el mundo», en «Homenaje a Cervantes. IV Centenario del Nacimiento de Miguel de Cervantes. Ateneo Federico García Lorca», en *Revista del Ateneo Federico García Lorca*, n.º 1, Montevideo, octubre de 1947, p. 11.
- PÉREZ, Claudia, «*La Numancia*: versiones neoseculares de un heroísmo incierto», en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Lugares uruguayos de la memoria: Cervantes en textos, figuras y prácticas*, Montevideo: CSIC/Udelar, 2016 (en prensa).
- PÉREZ PETIT, Víctor, *Cantos de la raza*, Montevideo: Maximino García, 1924 (poesía).
- *Cervantes*, Montevideo: Dornaleche y Reyes, 1905 (reproducido como «Cervantes y el *Quijote*», conferencia de 1905, en ídem, *Obras completas. Crítica IV*, 1942).
- PÉREZ RODRÍGUEZ, Marta, «Elementos espejados en la creación cervantina: un paseo desde el *Quijote* hasta las *Novelas ejemplares*», en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Sujeto, barroco y modernidad. 400 años de las Novelas ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014, pp. 175-188.
- PERROTA, Verónica, «Pobres minas (basada en *Las dos doncellas*)», en Xurxo PONCE (coord.), *Festival Internacional Cervantino. El festival de las artes del sur. Octubre y noviembre 2016*. Montevideo: CCE, 2016, pp. 213-228.
- PERUCHENA, Lourdes, «Ángeles e insectos. Belleza-fealdad en los sujetos femeninos del *Quijote de la Mancha*: pautas de inclusión-exclusión de las mujeres en el espacio social (España, comienzos del siglo XVII)», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 208-220.
- «*Espejito, espejito ¿quién es la más hermosa?* Belleza-fealdad como pautas de inclusión-exclusión social de las mujeres (de la España áurea al Uruguay de nuestros días)» [CD-ROM], en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Sujeto, barroco y modernidad. 400 años de las Novelas ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014, pp. 336-356.
- PETRAGLIA AGUIRRE, Hugo, «Estética en el *Quijote* de Cervantes Saavedra», en Instituto de Estudios Superiores, *Cervantes. Ciclo de conferencias organizadas por la Sección de Literatura Iberoamericana*, Montevideo: Instituto de Estudios Superiores (Talleres Gráficos Al Libro Inglés), 1948, pp. 95-108.
- PICWICK (seudónimo), «Cervantes-Darío-Rodó», en *Teseo*, n.º 25, Montevideo, 1924.
- PINTO, Mercedes, «Entre Sancho y don Quijote», en *Carteles*, La Habana, 13 de noviembre de 1938.

- PIRANDELLO, Luigi, «Ariosto e Cervantes», suplemento de la *Rivista della Dante Alighieri*, n.º 12, Montevideo, octubre de 1933.
- PIZARRO, Domingo J., *Quijotes y Tartarines (ensayos dramáticos)*, Rocha, s. d.
- POCIÑA, Andrés, «Comparaciones impropias y propias para intentar comprender un género indefinido: Petronio, Apuleyo y el *Don Quijote* de 1605», en Eleonora Basso y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 70-92.
- PORTA, Eliseo Salvador, *Artigas, valoración psicológica del héroe*, Tomás Gomensoro, 1958.
- POZUELO Y VANCOS, José María, «Los conceptos de “fantasía” e “imaginación” en Cervantes», en *Hermes Criollo*, año 5, n.º 10, Montevideo, 2006, pp. 11-24.
- PUIG, Roberto, «Cervantes, el *Quijote* y el Derecho», en *Nexo*, n.º 111, Montevideo, mayo de 2005.
- QUIJANO, Carlos, «El hombre solo», en *Marcha*, n.º 1210, Montevideo, p. 7, 20 de junio de 1964 (reproducido en «El país y su gente», *Cuadernos de Marcha*, 3.ª época, año I, n.º 6, Montevideo, noviembre de 1985).
- RAMA, Carlos. «Reseña del Quijote por Ramón Gómez de la Serna, México, Hermes, 1947», en *Libros*, Montevideo, 1948.
- RANGUIS, Carlos, «La pintura del siglo de oro», en María GROWEL (coord.), *Cervantes*, Ciclo de conferencias con motivo de la inauguración de la estatua a Cervantes en la Biblioteca Nacional, Montevideo: Embajada de España, 1986.
- REAL, Marcelo, «La novela del curioso impertinente» [CD-ROM], en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Sujeto, barroco y modernidad. 400 años de las Novelas ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014, pp. 357-366.
- REYLES, Carlos, «Arte de novelar», en ídem, *Incitaciones*, Santiago de Chile: Ediciones Ercilla, 1936, incluido en ídem, *Ensayos*, tomo I, Montevideo: Biblioteca Artigas, 1966 (colección Clásicos Uruguayos) (prólogo de Arturo Sergio Visca).
- «Don Quijote como espejo de lo que somos», en *Revista Nacional*, año 1, n.º 1, Montevideo, enero de 1938, pp. 12-22.
- «Don Quijote, la locura del famoso hidalgo y nuestra locura», en ídem, *Incitaciones*, Santiago de Chile: Ediciones Ercilla, 1936, incluido en ídem, *Ensayos*, tomo I, Montevideo: Biblioteca Artigas, 1966 (colección Clásicos Uruguayos) (prólogo de Arturo Sergio Visca).
- «Ego sum», en ídem, *Ensayos*, Buenos Aires: Sopena, 1939.
- *La muerte del cisne*, París: Ollendorff, 1910.
- «Los grandes tipos literarios», en ídem, «Ego sum», *Ensayos*, Buenos Aires: Sopena, 1939, incluido en ídem, *Ensayos*, tomo I, Montevideo: Biblioteca Artigas, 1966 (colección Clásicos Uruguayos) (prólogo de Arturo Sergio Visca).
- RICCIARDELLI, Michele, *Originalidad de la Galatea en la novela pastoril española*, Montevideo: Instituto de Estudios Superiores de Montevideo/García, 1966.
- RODÓ, José Enrique, «Don Quijote vencido», en ídem, «Motivos de Proteo», *Obras completas*, Madrid: Aguilar, 1957, pp. 310-311 (edición, prólogo, bibliografía y notas de Emir Rodríguez Monegal).
- «El Centenario de Cervantes», en ídem, «Escritos Misceláneos», *Obras completas*, Madrid: Aguilar, 1957, pp. 1146-1148 (edición, prólogo, bibliografía y notas de Emir Rodríguez Monegal).

- RODÓ, José Enrique, «El Cristo a la jineta», en ídem, «El mirador de Próspero», *Obras completas*, Madrid: Aguilar, 1957, pp. 521-522 (edición, prólogo, bibliografía y notas de Emir Rodríguez Monegal).
- RODRÍGUEZ DUTRA, «Algunos aspectos de la personalidad del Quijote», en *Revista Nacional*, n.º 162, Montevideo, junio de 1952.
- RODRÍGUEZ MALLARINI, Adolfo, *Cantos a España*, Montevideo, 1935.
- *Cervantes. Su camino, su siembra y su gloria*, Montevideo: Academia Nacional de Letras, 1949.
- *Disertaciones. Seis discursos, tres conferencias y un ensayo*, Montevideo, 1953.
- «Los consejos de don Quijote», en suplemento dominical de *El Día*, Montevideo, 25 de abril de 1976.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir, «En el 350 aniversario. El *Quijote* y la literatura del siglo XVI (1.ª parte)», en *Marcha*, n.º 770, Montevideo, 1.º de julio de 1955.
- «En el 350 aniversario. El *Quijote* y la literatura del siglo XVI (2.ª parte)», en *Marcha*, n.º 771, Montevideo, 8 de julio 1955.
- «En el 350 aniversario. El *Quijote* y la literatura del siglo XVI (3.ª parte)», en *Marcha*, n.º 772, Montevideo, 15 de julio de 1955.
- RODRÍGUEZ REYES, Claudia, «Don *Quijote*: un abordaje desde las estrategias de aprendizaje hacia la enseñanza para la comprensión» [EN LÍNEA], en *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*, n.º 29, Universidad Complutense de Madrid, enero de 2005. Disponible en: <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero29/quijestr.html>>.
- RODRÍGUEZ VILLAMIL, Gustavo, *Cervantes. Catálogo n.º 30*, Montevideo: Libros Antiguos y Modernos, s. f. (registra 795 ítems).
- ROJAS, Elena (seudónimo de Idea Vilariño), «Concurso de sonetos cervantinos», en *Clinamen*, n.º 4, Montevideo, enero de 1948.
- ROMITI, Elena, «Don Quijote de la Mancha y la literatura latinoamericana: el diálogo representativo de Pierre Menard» [CD-ROM], en *Actas del Congreso de la Asociación de Profesores de Literatura*, 2005, s. pag.
- *Literatura comparada. Don Quijote de la Mancha. Comentarios Reales de los Incas*, Montevideo: Trilce, 1990.
- «Sobre las bellotas y la edad de oro en el *Quijote* de 1605», en Eleonora Basso y María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (eds.), *Utopía prefeminista y melancolías cervantinas*, Montevideo: Universidad de la República/Biblioteca Plural, 2013, pp. 109-118.
- ROSTÁN, Débora, «Dar el sí», en Eleonora Basso y María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (eds.), *Utopía prefeminista y melancolías cervantinas*, Montevideo: Universidad de la República/Biblioteca Plural, 2013, pp. 119-131.
- ROXLO, Carlos, «A don Quijote», en ídem, *El libro de las rimas*, Montevideo: Orsini Bertani, 1907, p. 62.
- «A don Quijote de la Mancha», en *El Perú Ilustrado*, Lima, 21 de mayo de 1892.
- ROXLO, Carlos, *Historia crítica de la literatura uruguaya*, Montevideo: Barreiro y Ramos, 1913 (en el apartado sobre Víctor Pérez Petit da su interpretación sobre don Quijote y Sancho).
- RUIBAL, María Elena, «Coleccionismo cervantino en Uruguay. La Biblioteca Cervantina Amalia Martí de Firpo» [EN LÍNEA], en *El donoso escrutinio. Blog de lecturas, libros y actividades de la Asociación de Cervantistas*, 28 de octubre de 2014. Disponible en: <<https://eldonosoescrutinio.wordpress.com/tag/xalambri/>>.

- RUIBAL, María Elena, «Cervantofilia en el Uruguay: la colección de Arturo Xalambri», en *Actas del IX Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas (CINDAC)*, San Paulo, junio-julio de 2015 (en prensa).
- «Un conde de Lemos hermana en Cervantes a Montevideo y a Azul», ponencia presentada en las VII Jornadas Cervantinas de Azul, Azul, 6, 7 y 8 de noviembre de 2014.
- RUSCONI, Alberto, «Cervantes, maestro del idioma», apartado de la *Revista Nacional*, tomo xxxv, año IX, n.º 105, Montevideo.
- «Cervantes, maestro del idioma», en Instituto de Estudios Superiores, *Cervantes. Ciclo de conferencias organizadas por la Sección de Literatura Iberoamericana*, Montevideo: Instituto de Estudios Superiores (Talleres Gráficos Al Libro Inglés), 1948, pp. 33-50.
- RUSSELL, Dora Isella, «Reivindicación de Dulcinea», en María GROWEL (coord.), *Cervantes*, Montevideo: Embajada de España, 1986 (ciclo de conferencias con motivo de la inauguración de la estatua a Cervantes en la Biblioteca Nacional).
- SABAT ERCASTY, Carlos, *Celebración de don Miguel de Cervantes en el Cuarto Centenario de su Nacimiento (1547-1947)*, Montevideo, 1947 (antología).
- «En los 350 años de la muerte de Cervantes», en suplemento dominical de *El Día*, Montevideo, 17 de abril de 1966.
- «La tragicomedia de *El Quijote*», en suplemento dominical de *El Día*, Montevideo, 25 de noviembre de 1945.
- «Soneto a don Miguel de Cervantes Saavedra», en VITUREIRA, CIPRIANO Santiago, (coord.), *Celebración de don Miguel de Cervantes en el Cuarto Centenario de su Nacimiento (1547-1947)*, Montevideo, 1947, p. 52, recogido en «Homenaje a Cervantes. IV Centenario del Nacimiento de Miguel de Cervantes. Ateneo Federico García Lorca», en *Revista del Ateneo Federico García Lorca*, n.º 1, Montevideo, octubre de 1947, p. 18.
- «Unidad y dualidad del sueño y de la vida en la obra de Miguel de Cervantes Saavedra», apartado de la *Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias*, n.º 3, Montevideo, 1948, pp. 23-37.
- SABAT PEBET, Juan Carlos, *Cervantes, en la aventura entre el querer y el poder*, Montevideo, 1948.
- *Contribución hispánica a la cultura uruguaya*, Montevideo: Institución Cultural Española del Uruguay, 1950 (en la página 92 de González Gadea, 2005, se da cuenta del concurso sobre Don Quijote y el Ideal Caballeresco, cuyos ganadores fueron Adán C. Marín y Ricardo Piaggio Victorica).
- «Rodó, lector del *Quijote*», en ídem, *Rodó en la cátedra*, Montevideo, 1931.
- SALGUERO, Rafael, La Ruta de don Quijote, conferencia pronunciada en el Liceo de San José, Montevideo, 1972.
- SALMOIRAGHI, Paula, «Polleras y profecías abriendo y cerrando *Las ejemplares*» [CD-ROM], en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Sujeto, barroco y modernidad. 400 años de las Novelas ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014, pp. 381-395.
- SALTERAIN HERRERA, Eduardo de, «El caballero andante», en Instituto de Estudios Superiores, *Cervantes. Ciclo de conferencias organizadas por la Sección de Literatura Iberoamericana*, Montevideo: Instituto de Estudios Superiores (Talleres Gráficos Al Libro Inglés), 1948, pp. 9-18.

- SANTANA DA CUÑA, Francis M., «Ambigüedades y transgresiones en *La señora Cornelia y La española inglesa*» [CD-ROM], en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Sujeto, barroco y modernidad. 400 años de las Novelas ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014, pp. 286-295.
- «Niveles de estudio de la muerte amorosa: el episodio de Marcela y Grisóstomo desde una perspectiva de género», en Eleonora BASSO y María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (eds.), *Utopía prefeminista y melancolías cervantinas*, Montevideo: Universidad de la República/Biblioteca Plural, 2013, pp. 133-149.
- «Presencia monumental cervantina en el Uruguay. Concreciones, desencuentros y proyectos frustrados (1947-1972)», en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Lugares uruguayos de la memoria: Cervantes en textos, figuras y prácticas*, Montevideo: CSIC/Udelar, 2016 (en prensa).
- SCAFFO, Carlos, *Cervantes. El héroe, el poeta*, Durazno: Trazos, 1952.
- SCHIAFFINO, Rafael, *Cervantes y el Renacimiento español*, Montevideo: Impresora L. I. G. U., 1950.
- *La medicina en los libros de caballería andante*, separata del tomo VI, Buenos Aires: Publicaciones de la Cátedra de Historia de la Medicina, Universidad de Buenos Aires, 1934, pp. 226-244.
- SCHINCA, Milton, *Sancho Panza de Barataria*, 1956 (teatralización de un episodio de *Don Quijote* estrenada en el Teatro del Pueblo, bajo la dirección de Manuel Domínguez Santamaría. El mismo texto se presentó en una función de teatro leído por la Comedia Nacional, en el Centro Cultural de España, el 3 de setiembre de 2005, con el actor Walter Vidarte como invitado y la dirección de Levón).
- SELUJA CECIN, Antonio (recop.), *Juan Zorrilla de San Martín en la prensa. Escritos y discursos*, Montevideo: Ediciones del Sesquicentenario, 1975.
- *Los oficios en la época de Cervantes*, Montevideo: Escuela de Artes Gráficas de la Universidad del Trabajo, s. f.
- SHIMIZU, Norio, «Caballero andante en Japón», en *El País Cultural*, año XVI, n.º 807, Montevideo, 22 de abril de 2005, p. 11.
- SIENRA, Roberto, «El discurso central del *Quijote*», en ídem, *Paráfrasis*, Montevideo: Claudio García, 1940, pp. 57-63 (Montevideo: Biblioteca Artigas, 1968, colección de Clásicos Uruguayos).
- SMITH, Robinson, *The Visionary Gentleman Don Quijote de la Mancha*, Nueva York: Hispanic Society, 1932 (según González Gadea, 2005, quien recoge esta curiosidad bibliográfica, se trata de una recreación libre de la novela hecha por un autor uruguayo).
- SOLARI, Ana, «Mi infancia con el *Quijote*», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 306-310.
- STRAZZARINO, Pedro Héctor, *Los dos habladores* (pieza mimeografiada: adaptación para títeres del entremés atribuido a Cervantes), [Sin fecha. Registrado por González Gadea, 2005].
- TABARES, Jacinto, *Del Gólgota a La Mancha*, Montevideo, 1932 (dedicado «A la República Española»).
- TABÁREZ, Américo, *La tercera salida de don Quijote*, Montevideo: F. Pereyra y Leal, 1933 (se trata de una autobiografía viajera).
- TORRES, Alfredo, «Don Quijote: del ilustrar al recrear», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 247-250.

- TORRES, Alicia, «Don Quijote y los *mass media*, del cánón al kitsch: la fidelidad en la copia», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 259-263.
- TORRES, Teresa, *Cervantes*, Montevideo: Editorial Técnica, 1991.
- TORRES CLADERA, Lorenzo, «Don Quijote liberal y democrático», en *Pegaso*, n.º 71, Montevideo, mayo de 1924.
- TRÍAS, Vivian, «Don Quijote, Sancho Panza y don Miguel de Unamuno», en ídem, *Cuaderno de vacaciones*, Las Piedras: Imprenta Teutonia, 1939, pp. 9-16.
- TUBINO, Francisco M., «Cervantes y el *Quijote*. Notas críticas», en *Renacimiento*, n.ºs 36, 38, 47, 49, 51, 52 y 54, Montevideo, 1923-1925.
- «Un altar cervantista en el Uruguay. La biblioteca de Amelia Marty de Firpo», en «Homenaje a Cervantes. IV Centenario del Nacimiento de Miguel de Cervantes. Ateneo Federico García Lorca», en *Revista del Ateneo Federico García Lorca*, n.º 1, Montevideo, octubre de 1947, pp. 18-20.
- Un oriental (seudónimo), «Estatua de Miguel de Cervantes», en *El Defensor de las leyes*, Montevideo: 30 de enero de 1838.
- UNAMUNO, Miguel de, *Vida de don Quijote y Sancho*, Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública, 1964.
- URDANETA, Ismael, «Edad muerta», en *El almanaque ilustrado*, Montevideo: Dornaleche, 1912, p. 132 (poema).
- VALBUENA PRAT, Ángel, *El Quijote de Cervantes*, Montevideo, 1966 (fragmento de *Historia de la literatura española*).
- VALLEJO, Carlos María, «El alma de don Quijote. Buenos Aires, 1913», en *Tabaré*, n.º 4, Montevideo, 24 de julio de 1914, p. 24.
- «El hidalgo pobre», en *El almanaque ilustrado*, Montevideo: Dornaleche, 1912, pp. 133-134.
- «En loores de don Quijote», en *Tabaré*, n.º 1, Montevideo, abril de 1914, pp. 13-14.
- «Retratos del Solar», en *El almanaque ilustrado*, Montevideo: Dornaleche, 1912, pp. 136-137.
- VARELA, Carlos Manuel, «La fuerza de la sangre», en XURXO PONCE, *Festival Internacional Cervantino. El festival de las artes del sur. Octubre y noviembre 2016*, Montevideo: CCE, 2016, pp. 139-157.
- y Celia BLOCONA, *Don Quijote*, registro INAE, 1985 (premiada en 1985 por la Embajada de España en Montevideo y estrenada el mismo año con dirección de Luis Vidal en el Teatro Circular de Montevideo).
- VARELA ACEVEDO, Luis, «Cervantes», en ídem, *Apuntes de literatura castellana. Tomo 1*, Montevideo: Monteverde & Cía, 1923.
- VARZI, Alfredo, «Sinceros y desinteresados», en *Vida Moderna*, n.º 5, año XI, Montevideo, mayo de 1911, p. 54.
- VAZ FERREIRA, Carlos, «¿Cuál es el signo moral de la inquietud humana?», en ídem, *Fermentario*, Montevideo: Tipografía Atlántida, 1938, pp. 199-217.
- «Genialidad y racionalidad», en *Anales del Ateneo*, 2.ª época, n.º 3, Montevideo, octubre de 1947.
- VEHTAS, Joseph, «La percepción quijotesca», en *La Semana*, de *El Día*, n.º 274, Montevideo, de 12 a 18 de mayo, 1982.

- VEGA DEL ALBA, Gloria. «El refranero en la obra de Cervantes», en María Growel (coord.), *Cervantes*, Ciclo de conferencias con motivo de la inauguración de la estatua a Cervantes en la Biblioteca Nacional, Montevideo: Embajada de España en Uruguay, 1986.
- VERA, Ángeles, «Gitanismo y hechicería: supuestos y realizaciones en *La gitanilla*» [CD-ROM], en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Sujeto, barroco y modernidad. 400 años de las Novelas ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014, pp. 396-403.
- VIARDOT, Louis, «Literatura española. Cervantes juzgado por M. Viardot», en *El Iniciador*, n.º 9, Montevideo, 15 agosto de 1838 (traducción de A. M., firma de Bartolomé Mitre).
- VIDAL, José María, «Cervantes en Zorrilla de San Martín», en *Revista Nacional*, año IX, n.º 108, Montevideo: Imprenta y Linotipia El Misionero, 1948, pp. 338-373.
- VILA, Juan Diego, «De hímeneos zurcidos y textos desgarrados: el escándalo de *La tía fingida* ante la colección de *Novelas ejemplares*», en María de los Ángeles GONZÁLEZ BRIZ (ed.), *Sujeto, barroco y modernidad. 400 años de las Novelas ejemplares*, Montevideo: Ediciones del Grupo de Estudios Cervantinos, 2014, pp. 189-213.
- «El cuerpo desenvuelto de Altisidora: programa narrativo, sujeción femenina y transgresión», en Eleonora BASSO y Alicia TORRES (eds.), *Actas de las Jornadas Cervantinas. A Cuatrocientos Años de la Publicación del Quijote*, Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006, pp. 36-59.
- VILLEGAS SUÁREZ, Ernesto, *El Quijote del bosque y del mar: Antonio de Lussich*, Montevideo: Bibliográfica Pesce, 1979.
- VITUREIRA, Cipriano S., «Cervantes en nuestro tiempo», en «Homenaje a Cervantes. IV Centenario del Nacimiento de Miguel de Cervantes. Ateneo Federico García Lorca», en *Revista del Ateneo Federico García Lorca*, n.º 1, Montevideo, octubre de 1947, pp. 2-6 (concluye en página 12; existe separata).
- Autores varios, «En el IV Centenario del Nacimiento de Cervantes. Ateneo Federico García Lorca», en *Revista del Ateneo Federico García Lorca*, n.º 1, Montevideo, octubre de 1947.
- XALAMBRI, Arturo E., Artículo sin título, en *Guía social ilustrada*, Buenos Aires, 1930.
- «El libro más idealista de la humanidad: la primera edición suramericana del *Quijote* es uruguayo. Cervantes en la literatura nacional. Aspiraciones y anhelos», en Aurelio BAIG BAÑOS, *El primer Quijote suramericano y el uruguayo don Arturo E. Xalambri*, Madrid: Imprenta de Unión Poligráfica s. a., 1934.
- «Gemas cervantinas en la obra de Zorrilla de San Martín», en *El Amigo*, Montevideo, 10 y 17 de enero de 1948, pp. 5 y 6 respectivamente.
- *Primera exposición cervantina en Uruguay. Remembranza*, Montevideo: Artes Gráficas Covandonga, 1962.
- XALAMBRI MAURIZ, Esteban, *Un notario en la palestra*, Montevideo, 1966.
- WOLF-FELDER, Martín, *Cervantes, Ichthyosaura y el estudiante de medicina. Primera introducción al lapsus 13 de Freud*, Montevideo: Roca Viva, 1989.
- ZOLESI, Jerónimo, «El buen caballero», en *Pegaso*, año VIII, n.º 70, Montevideo, abril de 1924, pp. 187-188.
- ZOLESI, Clara Inés, «Cervantes», en ídem, *Mi primer viaje literario. De Garcilaso a Rodó*, Montevideo: Fides, 1927, pp. 113-120.
- ZORRILLA DE SAN MARTÍN, Juan, «A mi América española», en ídem, *Las Américas*, Montevideo: Ed. Ceibo, 1945.

ZORRILLA DE SAN MARTÍN, Juan, *Conferencias y discursos*, tomo I, Montevideo: Dornaleche y Ramos, 1905.

————— «Humildad», en ídem, *Huerto cerrado*, Montevideo: Dornaleche y Reyes, 1900, incluido en ídem, *Ensayos*, tomo III, Montevideo: Biblioteca Artigas, 1978 (colección Clásicos Uruguayos) (prólogo de Arturo Sergio Visca).

————— *Resonancias del camino*, Montevideo: Imprenta Nacional Colorada, 1930.

————— *Tabaré*, Montevideo: Biblioteca Artigas, 1956 [1888] (colección Clásicos Uruguayos).

Por su fecha de publicación y la forma en que sintetiza y potencia recursos narrativos de inaudita variedad, el *Quijote* estuvo destinado a ocupar un lugar fundamental en la historia del arte y, en particular, en el desarrollo de la novela. Aun antes de ese despliegue, el libro tuvo ya en el siglo XVII una inmediata repercusión en el teatro y en las artes plásticas. No menos significativo resultó para la cultura popular, que se apropió rápidamente de sus personajes.

Cada comunidad cultural moderna admite su propia historia con relación a la recepción del *Quijote* y hay miles de páginas al respecto. Su presencia en la cultura uruguaya es vasta y registra no pocas particularidades. Además de aportar un panorama global de su recepción y de ofrecer una amplia bibliografía recabada durante años, este ensayo pone el foco en la manera en que el libro y el personaje se leyeron, especialmente en el siglo XX, en su funcionalidad política.

ISBN: 978-9974-0-1468-8



9 789974 014688